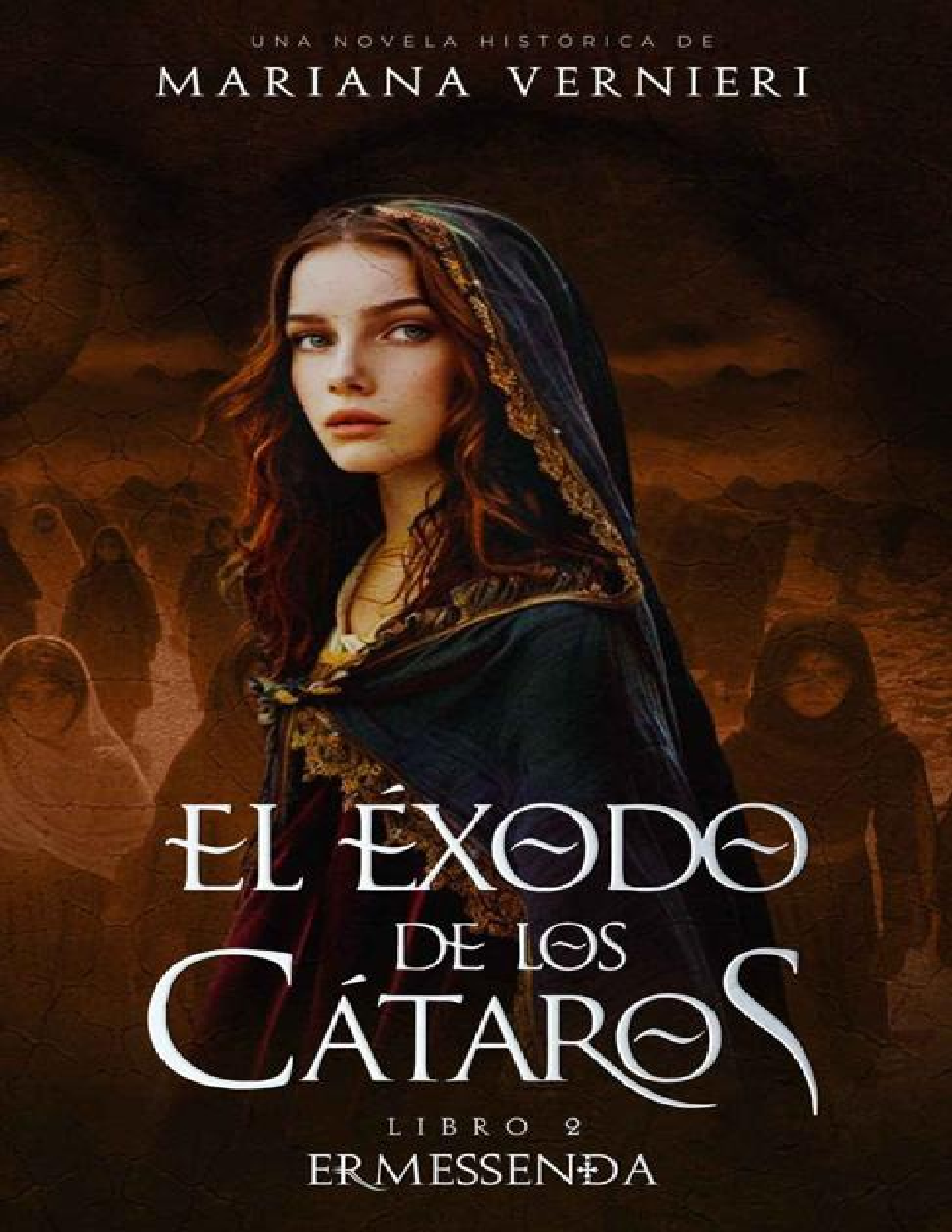
UNA NOVELA HISTÓRICA DE

MARIANA VERNIERI



EL ÉXODO DE LOS CÁTAROS

LIBRO 2

ERMESSENDA

ERMESSENDA

ERMESSENDA

Libro 2

EL ÉXODO DE LOS CÁTAROS

Mariana Vernieri

Copyright del texto © Mariana Vernieri 2024

Todos los derechos reservados.

ISBN: 979-8-9877681-6-7

Editado y corregido por Gabriel Stilman

A la familia, que me enseña que el pasado
y el futuro son lugares reales.

Nota Preliminar

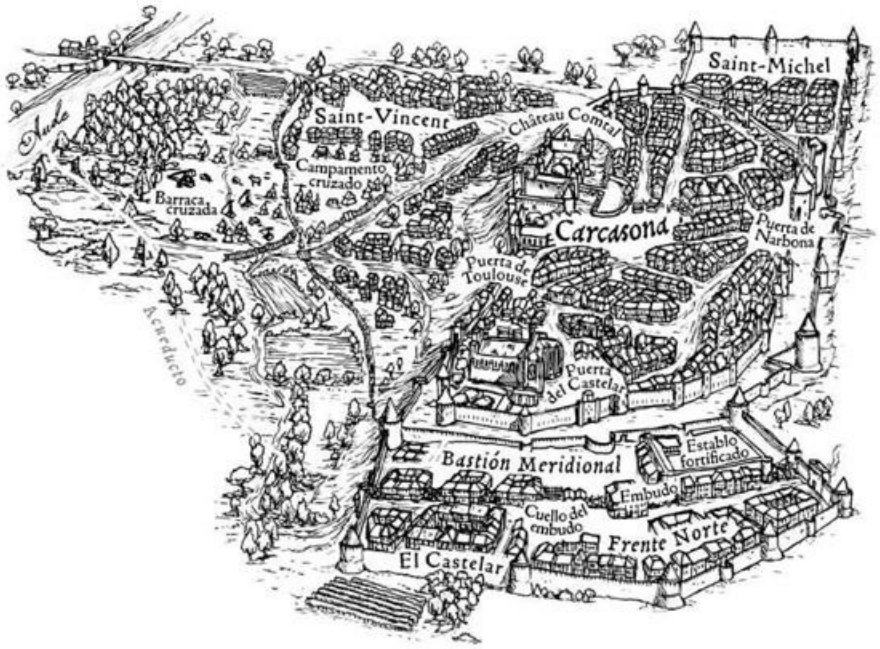
Esta obra se basa en la historia real de mi antepasada directa, Ermessenda de Castellbó. Para lograr un equilibrio interesante entre la realidad y la ficción, he completado los vacíos de información con mi libertad creativa e imaginación, siempre en concordancia con las fuentes. Aunque los documentos disponibles no brindan detalles precisos sobre sus vidas privadas, relaciones, sentimientos y pensamientos, he intentado ser lo más fiel posible a lo que se conoce sobre la época. Por eso, todo lo que se relata en esta historia sucedió o pudo haber sucedido más o menos como se describe.

MAPA de la región pirenAica

1209-1211

MAPA de Carcasona

1209-1211



I
Caminos paralelos
Verano de 1209

El pabellón azul

Verano de 1209
Campamento de Toulouse, Languedoc

Las tiendas del campamento militar de Toulouse se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El ejército aliado, íntegro porque desde el comienzo de la cruzada había evitado entrar en combate, disfrutaba de otra noche de paz. Los hombres del conde de Toulouse se mezclaban fraternalmente con las mesnadas aportadas por sus aliados occitanos. Cientos de caballeros y soldados provenientes de Foix, Cominges, Bearne y otros rincones del Languedoc, compartían chanzas y desvelos con sus vecinos tolosanos, repartidos en las carpas que cubrían la inquieta llanura. Dormían con los estómagos llenos y las mentes tranquilas, confiados de que, por el momento, sus vidas no corrían peligro. El enemigo estaba aún lejos, asolando los suburbios de Carcasona, en las contiguas tierras del vizconde Trencavel. Allí, supuso Robi, no se escucharían tantos ronquidos.

No sólo él y los centinelas que velaban por la seguridad del campamento se mantenían despabilados a esas altas horas de la madrugada. Era una noche perfecta, de cielo despejado, sin frío ni calor. Una brisa plácida invitaba a permanecer afuera al pie de fogatas que, más que calentar, cumplían la función de iluminar el campamento y espantar a los mosquitos. Por momentos, esta brisa traía de la vera del río la única disonancia que quebraba la quietud de la noche. Allí, una docena de caballeros, encabezados por el conde Raimond VI de Toulouse, cantaban, bebían y reían a carcajadas. Robi se preguntó cómo podía aquel hombre continuar alegremente su vida disoluta como si nada. ¿Tan poco significaba para él que Francia y el papa le hubieran declarado la guerra a toda Occitania, y que el vizcondado de su propio sobrino estuviera a punto de sucumbir? A modo de elocuente respuesta a sus interrogantes, Toulouse eructó en forma tan ruidosa que el repugnante estertor, escoltado por el festejo de sus acompañantes, atravesó el campamento hasta llegar a oídos de Robi, quien frunció el ceño y sacudió la cabeza con desaprobación.

Con excepción de esta pandilla, ruidosa pero alejada, la gente respetaba el silencio de la noche. Se apreciaban figuras aisladas por aquí y por allí, ya fuera en solitario, o en pequeños grupos de dos o tres personas que, si hablaban, lo hacían en susurros. En sus inquietos insomnios, Robi podía oír un pensamiento que retumbaba como un grito: Carcasona. Los familiares y amigos que cualquiera de estos occitanos tenía en aquella ciudad estaban tan presentes en los corazones desvelados que se los podía ver deambular como fantasmas entre las fogatas, implorando por ayuda. Una ayuda que no llegaría, porque el jubiloso conde Raimond de Toulouse había dictaminado que no la brindaría.

Robi miró a la luna, casi llena, y supo que, desde el castillo de Foix, su adorada Ermessenda también estaría observándola. Él mismo sentía su garganta cerrada de sólo pensar en la pesadilla que ya estarían viviendo los habitantes de Carcasona y sus alrededores, asediados por los sanguinarios cruzados del comandante Simón de Montfort. Cuánto más severa sería la angustia de su joven esposa, conmovida hasta las entrañas por la devastación y muerte que les esperaba a los carcasoneses. La vio sola y atemorizada, con sus ondas cobrizas derramándose con gracia

sobre su camisa de lino blanco. De pie, intranquila, caminando descalza de aquí para allá, asomándose a la ventana del dormitorio que tan poco tiempo pudieron disfrutar juntos desde la noche de bodas; elevando la vista hacia su cielo ecléctico, fluido pero fiable, en un ruego lacrimoso; confiando en que él, de alguna manera, pudiera convencer al conde de Toulouse de enviar tropas de refuerzo a Carcasona.

Su desvelo por el vizconde Trencavel, allegado a los Foix a pesar de sus impertinencias, por la familia de éste y por tantos otros carcasoneses a quienes ni siquiera conocía, sería suficiente para mantener sus dulces ojos abiertos durante toda la noche. Pero lo que más estaría azotando el corazón de Ermessenda era el destino que aguardaba a los cátaros de aquellas tierras. Cátaros entre los que se contaba su querida amiga, Alaïs de Perelle, junto a su madre y su hermana menor. Simón de Montfort y sus hombres venían demostrándose implacables con estos inofensivos cristianos desde el principio de la cruzada. Como había probado con creces en la masacre de Beziers, así como más tarde en Albi, Narbona, Lauragais y Razès, su crueldad no conocía límites a la hora de erradicar lo que calificaba de herejía.

“Purificación por las llamas” le decían. Pero en la mente de Robi, un cristiano que no había abrazado el catarismo, este eufemismo se traducía en escenas de dolor inimaginable, nunca antes vistas en el Languedoc; en muertes lentas y prematuras de hombres, mujeres y niños que nada habían hecho para merecer tales suplicios.

Sentado fuera de su tienda, Robi buscaba palabras en el fulgor de su pequeña fogata. Sumido en congoja, sostenía una tabla con un pergamino y una pluma. Escribir a Ermessenda era lo único que podía dar sentido a ese tiempo muerto, lejano y vacío. Pero ¿qué podía decirle para aplacar su dolor? ¿Cómo iluminar su esperanza, si él mismo se sentía irremediablemente vencido por las circunstancias?

Carcasona estaba librada a las fauces de los ávidos cruzados. No había nada que él ni su padre pudieran hacer para evitar el horror que aguardaba a sus pobladores. A pesar de las múltiples insistencias del propio Robi y de otros miembros de la hueste, el conde de Toulouse se negaba a marchar hacia aquella ciudad. Estaba empecinado en su postura y no había forma de convencerlo de enviar las tropas que su sobrino Trencavel tan desesperadamente necesitaba. Su enfado por el desplante que el altivo vizconde de Carcasona le había asestado meses atrás, retaceando su ayuda cuando Toulouse se la había solicitado, podía más que el lazo de sangre y la fraternidad occitana. Sin embargo, existían razones aún más profundas para el conflicto entre tío y sobrino. Un hecho terrorífico, sombrío y devastador había sellado irrevocablemente la enemistad entre ambos. Ermessenda ignoraba la cuestión y, si el propósito de Robi era animarla, éste era el momento menos propicio para revelársela.

La toma de rehenes nobles era una práctica usual en tiempos de guerra. A cambio de su liberación, se pedían onerosos rescates, concesiones y derechos varios. Matrimonios y contratos eran muchas veces el corolario de un secuestro en el que, normalmente, la dignidad del confinado era preservada. Los cruzados, desde ya, no se privarían de esta técnica. Pero Simón de Montfort llevó el rapto a niveles inusitados de violencia, haciendo uso fecundo de la indulgencia que el papa Inocencio III había dado a los cruzados y por la cual quedaban perdonadas de antemano todo tipo de transgresiones, incluso las más aberrantes. Alardeando de su inhumanidad y falta de escrúpulos, Montfort convertía a cada cautivo en una carta de negociación

prácticamente invencible. En particular, con la captura de una prisionera hábilmente seleccionada, había logrado dividir a Occitania, corroyendo hasta los más arraigados vínculos familiares.

Un mes atrás, en la rendición de Albi, Montfort había apresado a la familia de Bertrán de Nogaret, el burgomaestre de la ciudad que se desempeñaba a las órdenes del vizconde Trencavel. El aristócrata y su crío Antoine no tardaron en ser liberados a cambio de una pequeña fortuna. Pero el comandante tenía mejores planes para su bella esposa, Serene de Toulouse-Lautrec.

Serene era una joven madre, coqueta y risueña, acostumbrada a los bailes, los paseos por hermosos jardines, los banquetes y la buena vida. Poseedora de una finísima voz cantora, era capaz de alcanzar las notas más altas con delicadeza y naturalidad. Acompañaba sus canciones con el arpa, amenizando con su música angelical las reuniones sociales y los eventos de la corte. Pero para Simón de Montfort, antes que cualquiera de estas cosas, Serene era la prima de Trencavel. Una prima cercana y muy querida, por cuya libertad especulaba que Trencavel estaría dispuesto a ofrecer un precio muy alto. Tanto, que se despachó con una exigencia desmesurada: La joven sólo sería liberada a cambio de lo que Simón más ambicionaba: la *cité* amurallada de Carcasona. El vizconde debía entregar sin más resistencia el mando de la ciudad, completa, con todos sus cátaros, o su prima sufriría el peor de los calvarios. Trencavel estaba más que dispuesto a negociar por su liberación, pero no al punto de entregar su mundo entero a los salvajes cruzados, con cientos de otras personas de su estima allí adentro. Ofreció cien mil sueldos por ella, más de lo que probablemente se hubiera pagado por un rescate en toda la historia del Languedoc. Pero Montfort no contraofertó con una cifra, sino con un tétrico envío: a la carta que decía "*O Carcasona o nada*" la acompañaba un dedo cercenado y blanquísimo como la desdichada Serene. Cuando las aberrantes noticias llegaron al conde Raimond VI de Toulouse, una tormenta de dolor y asombro arrasó su alma, dejándola desgarrada y desnuda ante el cruel azote del destino. Porque la joven rehén era para él aún más cercana. Serene era su sobrina, hija de Baduino de Toulouse, el hermano menor del conde Raimond VI y de Azalais, la difunta madre de Trencavel. Por lo tanto, era tan prima de Raimondet y Wilhelmina como lo era de Trencavel. Incapaz de tolerar tales vejaciones en el seno de su propia familia, el estremecido conde Raimond de Toulouse rogó a Trencavel que entregara su ciudad, tal y como Montfort le exigía. Venciendo su propio orgullo, le ofreció asilo en su campamento. Trencavel respondió con una airada misiva expresando que jamás entregaría Carcasona ni a sus cátaros, demandando en cambio a su tío, una vez más, refuerzos para defenderla, y haciéndolo responsable de los infortunios que sobrevendrían sobre todos los occitanos. Toulouse enfureció al recibir esta respuesta, pero más aún enfureció cuando, ante la negativa de Trencavel a entregar su ciudad, Montfort remitió a Carcasona un segundo dedo de la joven, junto a la promesa de seguir extrayéndoselos uno a uno hasta tanto la ciudad le abriera sus puertas y lo convirtiera en su señor. Una cosa era segura: el arpa de Serene ya nunca volvería a sonar como antes.

Robi no escribiría a Ermessenda sobre nada de esto. Serene era buena amiga de Cecile, la hermana de Robi, y por eso Ermessenda la había tratado en más de una ocasión. A diferencia de las otras amistades de Cecile, a menudo objeto de las críticas de Ermessenda, cada vez que mencionaba a Serene lo hacía con aprecio. No sólo admiraba su música, su aplomo y educación, sino también su exquisito sentido de la moda, que siempre parecía estar en armonía perfecta con la ocasión. Aunque sus diálogos no habían llegado a expandirse todo lo que a Ermessenda le hubiera gustado, ambas se habían tomado un cariño genuino. Saberla maltratada y mutilada en

una asquerosa mazmorra, y sujeta a peores suplicios y probablemente la muerte en un futuro cercano, sería intolerable para ella. Y más angustiante todavía sería comprender que, de un modo u otro, la caída de Carcasona era inevitable. Si Trencavel no terminaba por cederla, la perdería por asalto, ya que sus fuerzas eran ínfimas en comparación con las de los cruzados. Para colmo de males, a causa de la ruptura entre tío y sobrino, ni un solo hombre de Toulouse acudiría en su defensa.

Si pudiera decírselo a la cara y contenerla con un abrazo sería distinto. Era la frialdad de la comunicación a la distancia lo que se le hacía insoportable. Aunque hacía unos pocos años Ermessenda ni siquiera sabía de la existencia de los cátaros, ahora sentía su destino como el de ella misma. Su corazón se rompería al entender que, sin el apoyo de los aliados occitanos, los cátaros de Carcasona estaban condenados a muertes espantosas.

Robi sumergió la pluma en el tintero, pero la volvió a colocar sin dejar una sola marca en el pergamino. Sus ojos, de un azul profundo, reflejaban las preocupaciones acumuladas en sus veintiséis intensos años de vida. Su semblante varonil se había definido con los años. Su frente mostraba leves surcos, marcados en su piel por cada una de las decisiones difíciles que debió tomar, incluso las de no hacer nada, como ahora. Vestía una túnica simple, de paño oscuro, cómoda y práctica para las horas de descanso en el campamento. Pero esta sencillez no lo privaba de su característico refinamiento. Un chaleco liviano cubría su pecho, luciendo los palos gules y dorados de la insignia que su familia había adoptado al prestar homenaje al rey de Aragón.

Dejó la pluma a un lado, con un resoplido. No hallaba en su interior las fuerzas para escribir. Lo único que realmente deseaba era estar al lado de su amada. Acariciarla, envolverla con sus brazos para calmar su frágil temblor. Secar sus lágrimas. Sufrir a su lado... para que ella no sufriera tanto.

El momento de silenciosa reflexión se despedazó cuando, cual potros indómitos, se le vinieron encima tres figuras tambaleantes de andar torpe y bullicioso. Robi giró su cabeza e instintivamente se hizo a un lado para evitar ser arrollado. Uno de los hombres tropezó con la placa en la que Robi apoyaba su pergamino, volcó la tinta, y a duras penas llegó a esquivar la fogata en su desquiciado zigzag. Desde ya, no era otro que el conde Raimond de Toulouse, que volvía a su pabellón completamente borracho. Cantaba a viva voz, y con una desafinación escandalosa, la trova más osada que Robi hubiera oído jamás. Su vozarrón irreverente se elevaba al cielo, desentendido de la necesidad de descanso de sus compañeros de armas. Quienes lo sostenían eran, por un lado, su hijo Raimondet, amigo inseparable de Robi desde la infancia, y, por el otro, el rudo alférez Henri de Valois, mano derecha del conde. Tomando al beodo Toulouse cada uno de un brazo, se esmeraban por regresarlo a destino sin que se desplomara. Eran tiempos aciagos, en los que justo cuando una amenaza existencial se cernía sobre los occitanos, las riendas de su condado más influyente pendían de las manos pegajosas de este voluble hombre.

—Os ayudo —ofreció Robi poniéndose de pie. Raimondet, visiblemente ofuscado, negó con un sacudón de cabeza.

Robi volvió a echarse sobre el pasto húmedo, sin perder de vista al inestable trío. Incapaz de

enfocarse en la difícil tarea de poner por escrito las malas noticias para su esposa, los observó avanzar a trompicones hasta llegar al lujoso pabellón de seda azul de Raimond VI de Toulouse. Era la estructura de mayor extensión del campamento, a pesar de que el conde de Toulouse era el único que dormía solo. Incluso el padre de Robi, el poderoso conde Raimond Roger de Foix, compartía con los condes de Cominges y Bearne una tienda de campaña significativamente menor que la del tolosano. Toulouse, alejado de la diplomacia y tensando hasta el hartazgo la paciencia de sus aliados, se había reservado la mejor de las ubicaciones sólo para él. ¿Qué podía reflejar más claramente sus prioridades?

Esa noche, sin embargo, alguien más se encontraba dentro de la tienda azul. Robi lo supo porque notó el sobresalto de Raimondet y Valois al correr el paño de tela para depositar al conde. Quien fuera que los esperaba allí dentro no era una presencia grata para su amigo, que entró solo a la tienda mientras que el discreto Valois, adoptando un talante circunspecto, decidió aguardar fuera, con su enorme cabeza calva y redonda reflejando la luz de la luna. Un instante después, la voz de Raimondet se elevó desde el interior del pabellón y comenzó a reverberar agriamente en tono de disputa. Robi corrió hacia el lugar del conflicto, pero Valois se le interpuso antes de que pudiera colarse en la tienda azul del conde tolosano. Las palabras se hicieron más nítidas desde la cercanía, y su contenido le indicó que no sería prudente ni necesario intervenir en el altercado.

—¡Vístete y vuela ya mismo de la tienda de mi padre! —exigía desencajado Raimondet—. ¡No admitiré que te aproveches de su embriaguez para imponerle tus sucias prácticas contranatura!

Avisadas por el griterío, varias cabezas se asomaron de entre las tiendas cercanas. Algunos se avecinaron hasta donde estaban Robi y Valois, primero para ver si el conde necesitaba ayuda, y después para entretenerse. El gigantesco alférez gesticuló para espantar a todos, aunque la obediencia que obtuvo fue limitada. Debía contener sus gruñidos para evitarle al conde una mayor vergüenza, y, en silencio, hacer cumplir una orden resultaba difícil incluso para un hombre del porte gigantesco, macizo e intimidante del alférez Valois.

—Pe… perdón señor Raimondet. No fue mi intención importunar a nadie. Debo haberme equivocado de tienda. Ya me marcho. —La voz, inconfundible por su característica cadencia afeminada, era la de Eudald de Laurac, el rechoncho escudero del conde Raimond VI.

—¡Tú no irás a ningún lado! —se impuso ahora la voz beoda del conde—. El que se va es mi hijo, que no tiene nada que hacer aquí.

—Padre, por favor, estás completamente ebrio. Este hombre...

—¡Este hombre es mi invitado! Y no es la primera vez que requiero de él... A falta de mujeres, la compañía de mi buen Eudald es la más grata que puedo concederme. Vete ya y déjanos solos.

Los curiosos ahora cuchicheaban jocosos.

—Pero padre... ¡no sabes lo que dices! La gente hablará. ¡Tu conducta es una deshonra para nuestra familia!

—¡Soy el conde y hago lo que me venga en gana! Que hable quien se atreva... y si no cuidan sus palabras, que se preparen para despedirse de sus lenguas. Mi amigo Eudald pasará la noche aquí

conmigo, y tú nos dejarás en paz… ¡Salvo que quieras ser el primero en perderla!

La amenaza, aunque no intimidó a Raimondet, sí se demostró eficaz para que la legión de indiscretos regresara a sus lugares. Aclarado el motivo de la discordia, Robi también decidió emprender la retirada, pero no llegó a hacerlo sin ser detectado. Raimondet, generalmente afable, emergió iracundo de la tienda. Sus ojos marrones radiaban impotencia.

—¿Qué haces aquí, Roger Bernard? —preguntó de mala manera, mientras Henri de Valois se alejaba en apesadumbrado silencio hacia su propia carpa. Robi se encogió de hombros—. ¿Qué has escuchado? —lo apuró Raimondet, tomándolo por un brazo para forzarlo a detenerse.

—Hablabais muy fuerte —se defendió Robi, aclarando a su amigo que lo había escuchado todo, y no sólo él—. Oí que estabas en problemas y me acerqué por si necesitabas apoyo.

—¡Pues hiciste mal! —recriminó Raimondet, fuera de sí—. No tienes por qué meter tus narices donde nadie te llama.

Robi contuvo su respuesta, atrapado entre la herida en su orgullo por estos agravios y la comprensión por el pesar de su amigo. Pero Raimondet continuó su desbocada perorata:

» ¿Y cómo pudiste alejarte de nuestra tienda dejando a mi hermana a solas con Berald? ¡Ya bastante humillación tengo con la bestia abominable de mi padre como para que tú contribuyas al deshonor de Wilhelmina también!

—¡Estaban dormidos! —protestó Robi, al tiempo que reparaba en que las expresiones de Raimondet sobre su progenitor rebasaban en cólera las que de tanto en tanto empleaba—. Además, Berald es un hombre de buena familia, ¡jamás le tocaría un pelo!

—Más vale que los encuentre bien lejos el uno del otro, o ya se las verán esos dos conmigo —rugió Raimondet, antes de partir como un rayo rumbo a la tienda que los cuatro compartían.

Wilhelmina de Toulouse, la hermana de Raimondet, era la única mujer del campamento. Por eso, sólo le quedaba la opción de compartir tienda con hombres. Como guerrera fuertemente entrenada para la batalla, no se quedaría afuera de la defensa de sus tierras y su gente. Su padre lo había autorizado, ordenando que durmiera junto a su hermano, que sabría cómo cuidarla. Robi, que se sentía como un hermano más de Raimondet y Wilhelmina, pernoctaba con ellos. El otro ocupante de la carpa era Berald de Elbine, un joven arquero de prestigio intachable, hijo del príncipe de Orange.

Hasta el momento, Robi no había revelado a Ermessenda el hecho de que pasaba cada noche bajo el mismo techo que la hermana de su amigo. Enterarse la llenaría de celos. Celos del todo infundados, pero siempre inconvenientes, no por la mera presencia femenina sino por la relación juvenil que Robi había tenido con ella. Por un lado, parecía sabio mantener a Ermessenda en la ignorancia. Por otro, este silencio deliberado ensombrecía la transparencia que siempre había existido entre ellos. Robi se preguntaba si debía confesar este delicado detalle en la carta que le escribiría… la carta.

—¡Raimondet! —gritó Robi cuando éste ya se había retirado unos pasos. El joven Toulouse se

detuvo en seco y dio media vuelta para mirarlo. —No descargues tu ira sobre las personas equivocadas.

Estas palabras parecieron serenar al heredero tolosano, que respiró hondo, dio unos pasos hacia su amigo, y replicó cabizbajo:

—Puede que tengas razón, Robi. Ni tú ni mi hermana... ni siquiera Berald, tenéis la culpa de nada. Es todo por mi padre... ¡Mi padre! —apretó los puños antes de completar su frase—. A veces desearía que estuviera muerto.

—Ten cuidado con lo que deseas —repuso Robi permitiendo ahora que su compasión superara a su rabia—. De la muerte no se regresa.

Raimondet reemprendió su camino pensativo, pero a los dos pasos volvió a girarse hacia Robi y confesó con amargura:

—Sin mi padre, yo sería el conde de Toulouse. Y si lo fuera, no estaríamos aquí holgazaneando, sino frente al campamento cruzado, luchando con todas nuestras fuerzas contra esos malditos y por las vidas de nuestros hermanos de Carcasona. ¿Y sabes por qué mi padre no lo hace? ¡No es porque esté ofendido con mi primo! ¡No, señor! ¡Eso es sólo su burda excusa! En verdad, es por su puro y asqueroso egoísmo. Porque está más cómodo aquí, lejos del peligro, entregándose sin reparos al alcohol, la comida y la lujuria. Y porque no está dispuesto a perder hombres ni recursos en nada que no sea estrictamente necesario para su propia conveniencia y seguridad. Tú lo has dicho muy bien: de la muerte no se regresa. La cuestión es: ¿prefieres la muerte de mil personas o la de una?

La pregunta retórica quedó flotando en el aire mientras Raimondet se alejaba pateando piedras.

En vez de regresar a la tienda junto a su atormentado amigo, Robi caminó unos pasos colina arriba, en dirección contraria. Desde el punto más alto, se detuvo a observar el imponente campamento, enmarcado por la muralla de la ciudad por el oeste, la ribera del Garona al sur, y una empalizada protectora cerrando el perímetro.

Su padre, el conde Raimond Roger de Foix, había abogado por este prodigioso emplazamiento que les permitiría moverse ágilmente dentro y fuera de la ciudad según fuera necesario, proporcionaba acceso al agua del río y a los recursos de la llanura y, sobre todas las cosas, ostentaba una apariencia apabullante. Extendido sobre un vasto territorio, su presencia proyectaba el poder del ejército aliado y disuadía al enemigo. Incluso a esta hora tardía, en que la mayoría dormía, la visión del campamento era formidable. Las luces de los fuegos chispeaban en la negrura, pintando una constelación de estrellas caídas que ilustraban la fortaleza y multitud de los occitanos unidos.

“Casi todos unidos.” Se corrigió Robi en su pensamiento.

Un importante astro faltaba en aquella constelación: Trencavel. Si ese cabeza hueca, corto de vista como su tío, no hubiera negado sus tropas cuando Toulouse las pidió, hoy serían invencibles. La primera victoria de Montfort no había sido Beziers. Fue una victoria sutil e invisible, ajena al campo de batalla… la de provocar la fisura entre los señoríos occitanos

tradicionalmente aliados de Toulouse y Trencavel. Una vez sembrada la inquina entre tío y sobrino, sólo tuvo que esperar a ver junto a quién estaban las alianzas, y atacar primero al más débil.

La cavilación de Robi fue interrumpida por una sombra sospechosa. Algo se movía sigilosamente fuera de los aposentos del conde de Toulouse. Dudó si se trataba de una persona o un animal. Al acercarse logró distinguir que era lo primero. Un hombre daba pequeños pasos al costado de la tienda azul intentando no hacer ruido. Era demasiado delgado para tratarse del conde de Toulouse o de su escudero Eudald. Robi pensó que se deslizaba con la cautela maliciosa que antecede a un acto de violencia. Hasta que vio que la silueta empuñaba un cuchillo goteante, y supo que el delito ya había ocurrido. Tras alcanzar el pasillo abierto, el intruso advirtió la presencia de Robi. Entonces abandonó su sigilo e inició una huida desesperada. Aferrando firmemente su propia daga desenvainada, Robi se lanzó en su persecución. El fugitivo se escabullía entre árboles y tiendas, pero Robi fue más rápido y le dio alcance. Con un movimiento ágil y decidido, se arrojó sobre él y lo inmovilizó contra el suelo. El sujeto, un joven soldado al que Robi conocía del campamento, estaba embadurnado en sangre ajena. Robi le apuntó con su daga al cuello.

—¿De quién es la sangre que te mancha? —gritó. El hombre le clavó sus ojos desorbitados, agitado y desafiante, y, luego de un breve silencio, pronunció sus palabras con una jactancia delirante:

—¡Acabo de asesinar al maldito conde de Toulouse!

La pata de Tòrt

Verano de 1209
Camino al Campamento de Toulouse, Languedoc

Arthur llevaba oculta y segura, entre los pliegues de su ropa, la carta que la esposa de su señor le había encargado entregar. Su madre, hermana del condestable y maestre del castillo de Foix, Guy de Perelle, le había ayudado a esconderla, cosiendo con esmero un bolsillo en el interior de su túnica de viaje, en el medio del pecho, al lado del corazón.

—Prométeme que esta carta llegará a las manos de Robi, y sólo a las de él —le había implorado Ermessenda con ahínco. —¡La correspondencia se pierde todo el tiempo desde que los franceses nos declararon la guerra! Las anteriores cartas no eran vitales. Su pérdida fue triste, pero no crítica. Este mensaje es distinto, pues en él revelo a mi esposo detalles cruciales sobre mis planes. Es imperativo que llegue a Robi. Si cayera en manos enemigas, sería una tragedia... ¿Comprendes?

Era una cuestión de vida o muerte. Ermessenda necesitaba alguien de su plena confianza para la misión, y de todo el personal del castillo, lo había elegido a él. No podía fallarle.

Con un sentimiento de orgullo hinchándole el pecho, Arthur aceptó el desafío, dispuesto a dar todo de sí. Desde su llegada al castillo desde Castellbó siete años atrás, cuando ella era una adolescente y él un chiquillo revoltoso y desarrapado, Ermessenda se había convertido en su protectora y cómplice de aventuras. A pesar de la diferencia de estamentos, Ermessenda le había demostrado *paratge* y amistad, encubriendo sus amoríos con Alaïs, mientras que él y su compañera hacían lo mismo respecto a las relaciones entre Ermessenda y Robi, a quienes primero habían comprometido a casarse, cuando ninguno de los dos lo quería, y luego se los habían prohibido, cuando era lo único que deseaban.

Con veintidós años, Arthur conservaba su delgadez, pero sus músculos habían cobrado fuerza y definición, producto de las horas interminables de trabajo en los establos. Sus cabellos rubios, antes sueltos y arremolinados, ahora estaban más crecidos, lo que hacía necesario sujetarlos en un moño para evitar molestias durante sus labores. Las pecas que salpicaban su rostro se habían acentuado sobre los pómulos, extendiéndose hasta su cuello y sus brazos, regalos del sol de verano. Su ropa era funcional y duradera.

Hacía más de una hora que había partido de Foix junto a su buen amigo Geoffroy para cumplir su misión, a lomos de sus mulos *Saltador* y *Tòrt.* Habían dejado atrás Pamiers, que marcaba el primer tercio del camino a Toulouse. Geoffroy, un año más joven que Arthur, era su contrapunto visual. Aunque Geoffroy era huérfano y no había conocido a ninguno de sus familiares, no cabía dudas de que algún lejano antepasado africano le habría legado aquella fortaleza de hierro, además del tono moreno de su piel. Por ello, a diferencia de Arthur, que llevaba un capillo de paja para proteger su delicada piel, Geoffroy marchaba sin reparos con la cabeza descubierta, su tez curtida indiferente a los rayos del sol. Su cabello oscuro, cortado al ras, evidenciaba su naturaleza práctica y simple. Aunque distaba de ser alto, poseía una constitución más robusta que Arthur.

Pero si sus apariencias contrastaban, algunas cosas importantes en común guardaban en su interior. Como fieles *credentes* cátaros, ambos habían compartido numerosas prédicas y jornadas de reflexión espiritual en las que era imposible ocultar la verdadera naturaleza de cada uno. Los dos amaban a los animales y se desempeñaban como mozos de cuadra en el castillo de Foix, bajo las órdenes del condestable Guy de Perelle. Éste, jefe de ambos y tío de Arthur, era el padre de Alaïs de Perelle: la irresistible prima con la que Arthur había desarrollado un romance prohibido. Romance que empezó como un juego, pero que con los años se convirtió en un gran amor, tan intenso como secreto. La peculiar relación que Alaïs y Arthur habían cultivado, tierna como entre hermanos, pero ardorosa como entre extraños, era desconocida por todos, excepto por dos personas: la señora Ermessenda y Geoffroy, fieles guardianes del secreto. Cuanto más se acercaban a las tierras tolosanas, más aprecio y agradecimiento sentía Arthur por aquel amigo que se había ofrecido a acompañarlo en su viaje, aun a conciencia de los riesgos que ello acarreaba.

El sendero era un mosaico de rocas y lodo, secuela de las recientes precipitaciones. Sin embargo, no parecía atiborrado de los peligros que Ermessenda les había advertido. De hecho, avanzaban a un ritmo más rápido del previsto, y apenas si se habían topado con dos o tres transeúntes en lo que iba del trayecto. La suave brisa veraniega secaba el sudor en el rostro de los jóvenes en su andar casi distendido por los caminos serpenteantes que unían a Foix con Toulouse.

—¡Deja de silbar, Geoffroy! —ordenó Arthur, elevando su voz sobre el insistente estribillo de su amigo—. Estamos cumpliendo con una tarea vital para la señora, no en un paseo festivo.

—No seas tan temeroso, Arthur. El camino está despejado y tranquilo.

Desde que Montfort estrangulaba con su asedio a la región de Carcasona y dentro de ella a Alaïs, a Arthur no sólo le costaba reír, sino también tolerar lo que pudiera parecer el indiferente júbilo de los demás.

—Los cruzados están cerca. Hay cada vez más rumores de viajeros que nunca llegan a destino, ni regresan a casa.

—Y si es tan peligroso como dices... ¿qué hace el señor Roger Bernard en Toulouse? —cuestionó Geoffroy con exasperación—. ¿Por qué no se ha quedado con su esposa en el castillo? Así nadie tendría que arriesgar su vida llevando cartas de un lugar a otro—. La voz grave y seria de la protesta no anulaba su ingenuidad casi infantil.

—Su padre, el conde de Foix, lo ha llamado a su lado. Todos los caballeros de Foix están ahí, junto a Toulouse y las mesnadas aportadas por otros señores occitanos. ¡Han formado un ejército imponente! Pronto los verás con tus propios ojos —respondió Arthur.

—¿Y qué espera tan maravilloso ejército a las puertas de Toulouse hace meses? ¡Están perdiendo el tiempo! ¿O acaso han logrado algo útil? Ni una batalla han librado... ni un solo enfrentamiento con los cruzados, que siguen arrasando las tierras del vizconde Trencavel. ¡Mejor estarían esos hombres en sus hogares, con sus familias, que durmiendo incómodos en tiendas y desgastando sus armaduras lejos de la acción!

Arthur vio en su mente el adorado rostro de la bella Alaïs de Perelle… su amada, la mujer que pudiendo estar con quien quisiera, lo había elegido a él. Carcasona, la ciudad central de los dominios del vizconde disidente, estaba a semanas de ser tomada por los cruzados, según coincidían los entendidos. Arthur elevó una plegaria silenciosa por Alaïs, por su joven prima Evelina, por su tía Daufina y por todos los cátaros que, como ellas, se enfrentaban al más atroz de los peligros: si Montfort los atrapaba con vida, su destino sería la hoguera. Se sacudió este mórbido pensamiento y contestó:

—Si han atacado las tierras de Trencavel, y no las nuestras, es porque nos ven fuertes y unidos mientras que a él lo encontraron aislado. La gran envergadura de un ejército es tan útil para evitar un ataque, como para el éxito en batalla.

—¿Y qué si los cruzados…? —inició Geoffroy, pero su réplica fue interrumpida por un brusco sacudón. Con un bramido agudo y aterrador, su mulo se tropezó, amagando con arrojarlo al suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Arthur.

—Sí... creo que sí —replicó Geoffroy, que a duras penas había conseguido recuperar el equilibrio. Su aliento sonaba agitado por el sobresalto.

No obstante, *Tòrt*, el mulo pardo de Geoffroy, no compartía su optimismo. El animal comenzó a emitir quejidos de dolor y se paralizó, resistiéndose a la orden de su jinete de avanzar. Geoffroy desmontó e intentó hacerlo caminar tirando de su rienda, pero el mulo era incapaz de obedecer. Daba pasitos lastimosos y sus aullidos se hacían más fuertes. Cojeaba de manera evidente, evitando que su pata delantera izquierda tocara el suelo.

—¡Mira esa piedra afilada! —señaló Arthur, desmontando—. Probablemente la pisó con esa pata y se lesionó.

Arthur se apresuró a revisar la pata, mientras Geoffroy trataba de calmar a *Tòrt* con suaves palabras y caricias.

» El casco está caliente y empieza a hincharse —diagnosticó Arthur. Geoffroy frunció el ceño, conmovido por el intenso dolor de su mulo ante el más mínimo roce en la pezuña destrozada.

El silbido de Geoffroy no iba a llamar la atención de nadie, pero los lamentos del equino estarían resonando en medio Languedoc. Geoffroy quiso aliviar la hinchazón con agua fresca. Destapó su odre y vertió su contenido sobre el casco inflamado.

—Esto parece ayudar, ¡dame también el tuyo! —sugirió. Arthur obedeció. Al fin y al cabo, no estaban lejos del río y no costaría rellenar los odres con agua fresca.

» ¡Oh, no! ¡Se le hincha cada vez más! —masculló Geoffroy con la angustia agriando su voz.

—Creo que se ha fracturado el hueso del pedal —concluyó Arthur, cuya experiencia trabajando con su tío Guy en los establos del castillo de Foix le permitía reconocer las señales.

—¿Fracturado? —se horrorizó Geoffroy—. ¿Eso significa que habrá que sacrificarlo? —Su voz flaqueó por la pena, tan intensa como el dolor del animal.

—¡No necesariamente! Estas fracturas pueden sanar, aunque toma tiempo. Recuerdo cuando *Incitatus* sufrió algo similar. La señora Esclarmonde le colocó unas tablillas encima y debajo de la herida, unidas por un vendaje. Luego el caballo reposó durante varias semanas... —La certeza de Arthur languidecía mientras rememoraba —o tal vez meses. Esclarmonde le aplicaba unos ungüentos a diario.

—¡Pero se recuperó! —exclamó Geoffroy, aliviado—. ¡El caballo del señor Roger Bernard está fuerte y sano, y nunca lo he visto cojear!

—Por eso mismo te lo digo, amigo mío. *Tòrt* tiene una posibilidad. Sólo necesitamos entablillarle la pata para que pueda llegar al pueblo más cercano. Lo haremos caminar sin cargarle peso, aunque nos lleve más tiempo. Me temo que la entrega de la carta de la señora Ermessenda deberá esperar hasta mañana.

—¿Y cómo lo haremos?

—He observado a Esclarmonde hacerlo —Arthur destellaba determinación—. No soy experto, pero intentaré replicar lo que aprendí. Iré hasta el río a buscar ramas que puedan servir de tablillas y a recargar los odres.

Montado en *Saltador*, Arthur avanzó entre la espesura. El murmullo del río iba ganando presencia sobre los quejidos de *Tòrt*. Lo embriagaba una punzante preocupación, pero haría lo necesario para salvar al noble compañero de su amigo y completar el encargo de Ermessenda. En cuanto estuvo cerca del agua, amarró su mulo al tronco de un chopo. Llenar las cantimploras resultó sencillo, pero conseguir dos ramas lo suficientemente planas y a la vez resistentes como férula para la pata de *Tòrt* parecía imposible. La situación se volvió crítica. Si el mulo no se recuperaba, tendrían que abandonarlo y seguir a pie. Geoffroy se negaría a dejarlo solo y Arthur debería continuar el viaje por su cuenta para luego conseguir algún veterinario y enviarlo en su ayuda. A ese paso, no llegaría a Toulouse en varias jornadas. Ermessenda había sido terminante sobre la importancia de que la misiva llegara a su esposo sin demoras. Arthur sintió que en algún punto que no podía precisar había dejado de honrar su promesa de la manera cabal que se esperaba de él. No quería que el gris se hiciera más oscuro.

Estaba a un tris de renunciar a su búsqueda, cuando halló un roble caído de cuyas ramas pudo obtener dos tablillas adecuadas para su propósito. Volvió a donde había dejado a su mulo, *Saltador*. Pero unos sonidos provenientes del camino en el que Geoffroy había quedado con *Tòrt* llamaron su atención: voces de hombres, pisadas de animales y el crujido de ruedas de carro. Con sigilo, se asomó entre la vegetación a investigar si su amigo se encontraba a salvo. Tal vez era ayuda lo que había llegado, o tal vez todo lo contrario. Lo que descubrió más allá de las ramas lo estremeció. Tiritando, dio un paso hacia atrás para no dejarse ver por los recién llegados. Un carro cargado por bueyes se había detenido frente a Geoffroy. Dos hombres de aspecto recio y desaliñado interrogaban a su amigo con actitud amenazante. Tras una inspiración profunda para recoger coraje, Arthur avanzó unos pasos, agazapado, hasta volver a esconderse tras un árbol más cercano. Necesitaba ver y escuchar mejor lo que sucedía. El carro, montado sobre dos

enormes ruedas de madera, tiraba de un precario armazón de tablas en cuyo interior iban dos mujeres jóvenes, casi niñas, maniatadas y amordazadas. Las dos muchachas eran muy parecidas entre sí. Sus enormes ojos negros tenían la misma expresión de terror y estaban inundados de lágrimas. Ambas llevaban el pelo negro trenzado detrás de la espalda, y vestían harapos. Los mechones que escapaban de sus trenzas y los jirones arrancados de sus ropas delataban que no habían sido tratadas con gentileza. Probablemente fueran dos jovencísimas hermanas campesinas. El pánico invadió a Arthur y se intensificó aún más cuándo comprendió las palabras que el conductor del carro escupía a Geoffroy entre los agujeros de sus dientes putrefactos:

—¡He preguntado si eres un hereje!

Geoffroy negó con vehemencia. El cochero insistió, exigiendo una prueba de su fe.

» Si eres católico, reza un Ave María —ordenó.

Geoffroy tartamudeó. Su nerviosismo contagioso turbaba el aire de la tarde, tornándolo tan espeso como el agua. Arthur rogó que su amigo pudiera pasar la prueba, pero reconoció que ahora el ingenuo era él. Todo el mundo en el Languedoc, fuera cual fuera su credo, había escuchado alguna vez aquella plegaria. Pero los cátaros no tenían por qué conocerla de memoria. Arthur supo que él mismo sería incapaz de recitarla.

» ¡No tienes todo el día! ¡Reza si no quieres morir! —gruñó el hombre, tamborileando con los dedos de una mano sobre el grueso garrote que sostenía con la otra, ansioso por utilizarlo.

—“Sa... Santa María... Madre de Dios..., Todopoderosa, rogad por nosotros pecadores...”

A Arthur se le cortó la respiración por el terrible error de su amigo.

—¿Todopoderosa ha dicho? ¿Escuchaste eso, Gastón? ¡Este infeliz ama tanto a Santa María que la convierte en diosa! ¡Esta herejía sí que no la conocía! —ironizó el conductor del carro soltando una risa cruel. Su compañero se unió a la carcajada.

—Estos sucios cátaros... Nunca saben recitar correctamente una simple oración. ¡Cómo serán de imbéciles! —dijo el tal Gastón zamarreando a Geoffroy de un brazo para inmovilizarlo con un lazo.

—¡Al carro! —ordenó el interrogador.

Arthur sintió la urgencia de intervenir, mientras empujaban a su amigo hacia el armazón de tiro del carro para arrojarlo junto a las otras dos prisioneras. Pero no había nada que él pudiera hacer. Aquellos hombres tenían garrotes, manguales y hachas de mano, y parecían saber cómo administrarlos, mientras que él y Geoffroy, respetando las creencias de su fe, no portaban arma alguna.

Justo cuando el salvaje Gastón estaba a punto de aplicarle una mordaza a Geoffroy, su jefe lo detuvo.

—Espera, deja que primero responda algo: ¿Eres un *perfecto*?

Geoffroy negó con convicción. Esta vez no mentía. Aunque Geoffroy había sido criado por *perfecto*s, transitando por años de casa cátara en casa cátara debido a su orfandad, no era más que un simple *credente* del catarismo. Cuando no tenía nada en la vida, los *bons homes* y *bonas donas* lo habían acogido en esos hogares con entrega y generosidad, prodigándole afecto, techo y comida y educándolo en su fe. Aunque su aprecio por sus benefactores era inmenso, Geoffroy no estaba ni cerca de tomar los rigurosos votos requeridos para convertirse en *perfecto*. El fiero cochero insistió:

» Los *perfectos* no pueden mentir. Si eres uno de ellos, ¡dime la verdad o arderás en el infierno!

“Los cátaros no creemos en el infierno...” pensó Arthur, y se preguntó quién era en verdad más imbécil.

—No soy un *perfecto* —aseguró Geoffroy con un visible temblor en sus labios—. Ni siquiera soy *credente*. ¡Soy un simple católico que en este momento de zozobra no puede recordar correctamente sus oraciones! —se atrevió a agregar, sorprendiendo a Arthur por la dosis de ingenio en la explicación.

—¡Miente! Es un simple *credente*. Un verdadero *perfecto* jamás mentiría tan burdamente. Es una pena porque por un *perfecto* nos pagarían el doble…

—¿Os pagan? ¿Quién os paga? ¿Por qué alguien pagaría por simples aldeanos? —inquirió Geoffroy, envalentonado ante la adversidad.

—¡No es asunto tuyo! —replicó bruscamente el conductor.

—¡Simón de Montfort! —se le superpuso su acompañante, a quien el otro había llamado Gastón —. Nos da tres monedas de plata por desgraciados como tú. ¡Y seis por cada *perfecto* que le llevemos!

—No tenías que decirle eso, ¡estúpido! —le recriminó su jefe con voz ronca—. ¡No necesitas decirle nada! Sólo tápale la boca, asegura sus ataduras y vámonos.

—¿Y la mula? —preguntó Gastón, observando al maltrecho animal.

—Está arruinada. Mátala.

Arthur pegó un respingo involuntario que sacudió la rama en la que se apoyaba, causando que todos en el carro miraran hacia donde él estaba. La vegetación tupida impidió que lo descubrieran, y enseguida regresaron la mirada al pobre *Tòrt*, que yacía de lado en el suelo ante la dificultad de aguantar por más tiempo su peso sobre la herida inflamada. Arthur apenas respiraba. Ya detrás de su mordaza maloliente, Geoffroy imploraba con lágrimas y gemidos, rogando por la vida de su mulo.

La súplica fue ignorada. El cazador de recompensas levantó su pesado mazo y lo dejó caer sobre la cabeza del animal. La hermana menor posó su cabeza sobre el hombro de la mayor y ambas se echaron a llorar. Su amigo se contorsionaba como loco en un inútil intento por soltarse. Él habría

gritado y llorado también, pero el miedo lo mantuvo inmóvil, oculto entre la vegetación, observando el horrible desenlace.

De un momento a otro, su amigo había sido apresado y marchaba a las manos de Simón de Montfort, su misión estaba comprometida y *Tòrt*, aquel mulo fiel que conocía desde su parición, había muerto.

Cuando el carro terminó de alejarse, Arthur corrió hacia el mulo caído. La pena desbordaba su corazón y las lágrimas sus párpados. Como cátaro, sabía que los animales eran poseedores de un alma inmortal idéntica a la de los humanos. Por eso, el brutal e innecesario asesinato de *Tòrt* le dolía tanto como la pérdida de un hermano. Hizo lo posible por arrastrar el cuerpo hacia un lado del camino, tarea difícil dado el tamaño del animal. Lo cubrió con piedras, ramas y hojas secas, en un entierro improvisado que era todo lo que podía ofrecerle. Alzando la mirada al cielo recortado entre los árboles, Arthur murmuró una oración cátara para que el alma de *Tòrt* encontrara la paz y regresara a este mundo en una forma más venturosa, sin padecer nunca más la perversidad de injustos castigadores. También imploró el milagro de volver a ver a Geoffroy; sabía que el mal era inconmovible, pero pidió tibieza en la crueldad. Luego volvió junto a *Saltador*, su propio mulo al que había dejado atado a un árbol cerca del río.

Apesadumbrado, acarició su cabeza antes de dejarse caer a su lado. Había oído alardear a los cazafortunas de que, camino a Toulouse, decenas de carros como el suyo patrullaban todas las entradas al campamento, y estaban juntando cátaros como moscas con un tarro de miel. Necesitaba reflexionar sobre sus próximos pasos. Si esos bandidos u otros de su calaña lo atrapaban, era hombre muerto.

Seguir avanzando hacia Toulouse era un acto de temeridad. No le quedaba más remedio que abandonar la misión. Así las cosas, regresar a Foix parecía lo más razonable. Se sentía como un fracaso estrepitoso, pero peor sería que la carta cayera en manos de esos matones.

***

Arthur siente el tacto de la carta cosida a su túnica. Decide extraerla de su bolsillo oculto, con la intención de quemarla. Desata con impaciencia las costuras de su madre. Si va a regresar a Foix, es preferible hacerlo sin pruebas incriminatorias en caso de ser capturado. No duda de que eso es lo que Ermessenda hubiera querido. Enciende una pequeña fogata. Sostiene el papel de Játiva doblado en cuatro, justo encima de la llama. El resplandor anaranjado ilumina la apretada caligrafía de Ermessenda. El calor abraza la mano temblorosa que la sostiene. Sin embargo, justo antes de arrojar la carta al fuego, un impulso lo paraliza. Comprende, como por una revelación divina, que antes de quemar aquella misiva necesita leerla.

Aunque en general sea considerado un acto de deshonestidad leer la correspondencia ajena sin permiso, en este caso es lo contrario. Ermessenda había hablado de un asunto de vital importancia, que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte de muchas personas. Si, por alguna razón, ella y su esposo Roger Bernard no lograban reunirse, la información contenida en esa carta estaría más segura con él, un servidor leal a ambos, que reducida a cenizas e ignorada para siempre. Por eso, seguro de sus buenas intenciones, ya no vacila. Despliega los dobleces de la carta y empieza a leer.

3

La segunda travesía

Verano de 1209
Camino a Carcasona, Languedoc
Unas horas más tarde

El calor bochornoso de la tarde veraniega sólo se soportaba gracias a un persistente hilo de viento seco que arremolinaba el polvo del camino, y a la sombra que las encinas y cipreses regalaban de tramo en tramo. El cielo comenzaba a teñirse de los vibrantes tonos de naranja, rosa y púrpura del atardecer, mientras Ermessenda de Castellbó y Guy de Perelle promediaban su cabalgata hacia Carcasona. Vestían capuchas livianas y mantos de lino que los resguardaban del sol despiadado y de las miradas ajenas. El silencio entre ambos denotaba el cansancio y la tensión de la travesía, pero lo cómodos que se sentían sin necesidad de palabras evidenciaba la familiaridad que habían desarrollado con los años.

El único sonido que los acompañaba era el persistente crujir de las piedrecillas bajo los cascos de *Violante* y *Mistral*, sus leales caballos. Los mismos que, siete años atrás, habían surcado los Pirineos junto a ellos en un viaje muy diferente. Salvo la nobleza inquebrantable de aquellos dos equinos, todo había cambiado desde entonces.

Los años habían aportado algunas modificaciones a los rostros y figuras de ambos jinetes, pero esto no era nada en comparación con el cambio que habían experimentado por dentro. Los detalles de su primera travesía con Guy, en la que se había visto forzada a dejar su pueblo natal de Castellbó en contra de su voluntad para conocer a su prometido en Foix, resurgían del olvido con nitidez gracias a la magia de los paralelismos. En aquel entonces, ella era casi una niña, y él, su maestro llegado desde el norte, un extraño. Nada conocía aquella joven inexperta del catarismo, religión que con el tiempo aprendió a respetar, y más tarde a querer como propia aunque no lo fuera. Sus preceptos se le hacían cada vez más convincentes, y su visión sobre Dios y su extraña obra, más creíble. Antes de Guy, nada sentía por Occitania, su gente alegre y solidaria, su belleza incomparable y, sobre todo, su intachable *paratge*, del que hoy se enorgullecía. Esas realidades, entonces recónditas detrás del muro de montañas que separaban su terruño catalán de la región del Languedoc, se habían convertido en parte esencial de su existencia. Ahora que ya no podía vivir sin ellas, trágicamente, estaban amenazadas de extinción por la maldita Cruzada Albigense.

Cruzada que convertía esta segunda travesía en una drásticamente más peligrosa que la primera. Como aquella vez, debían evitar ser reconocidos. Pero si entonces los descubrían, el precio a pagar era justamente el que ella buscaba: que el obispo de Urgel coartara su plan matrimonial con Roger Bernard de Foix, el hijo del conde de Foix, al que aún no conocía, y al que llamaba de muchas maneras, menos Robi. Sea como fuera, no había riesgo para sus vidas. Ahora, en cambio, los cruzados habían perjurado eliminar de la faz de la tierra a los cátaros como Guy, y venían ejecutando su promesa con despiadada eficacia. Pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, hombres y mujeres eran arrancados de sus pacíficas e inocentes vidas, y masacrados, mutilados o incinerados hasta la muerte. Se los condenaba por un único pecado: el de amar a Cristo a su manera. Por su parte, los católicos que, como Ermessenda, su esposo, su suegro y su padre no comulgaban con esta carnicería, eran considerados disidentes. Acusados de simpatizar con los

herejes y protegerlos, sufrían el mismo destino que los *credentes*, si es que no uno peor.

En los días distantes de la primera travesía, ella era soltera, y quería seguir siéndolo, tal vez para siempre. Hija del vizconde de Castellbó, aspiraba a conducir su pueblo natal, y dedicarse al florecimiento de sus habitantes. Rebelde por naturaleza y por herencia, desdeñaba el compromiso al que su padre la había conminado, contrariando a su vez los designios del obispo de Urgel, quien pretendía regir la indómita voluntad de su padre. Hasta que Ermessenda conoció a su prometido, encontró en él a un hombre en las antípodas de lo que presagiaba, y con el tiempo llegó a amarlo con locura. Ahora que, tras años de arduas luchas contra la Iglesia y el condado de Urgel, finalmente habían conseguido unirse en matrimonio, la dicha alcanzada luego de tanta adversidad se les escurría de las manos.

En sentido inverso, Guy, que en aquel entonces vivía feliz con su mujer y sus dos hijas, ahora se encontraba solo. Su esposa, Daufina, lo había abandonado para abrazar su vocación de *perfecta* cátara. Al poco comprensible error de dejar a Guy había sumado el de llevarse a Alaïs y Evelina, nada menos que a Carcasona, la ciudad que los cruzados de Montfort ahora rodeaban, como una enorme jauría de perros salvajes, ansiosos por devorar la presa indefensa que acaban de someter. Guy adoraba a sus preciosas hijas, y el sólo figurarse los procedimientos que Montfort les tendría reservados cuando sus tropas doblegaran las defensas de la *cité* lo hundía en el más negro de los tormentos. Faltaba poco, muy poco, para que Carcasona cayera. Era precisamente por su querida amiga Alaïs, y su hermana menor Evelina, que Ermessenda había pasado noches enteras en vilo, cavilando y especulando qué podía hacer para ayudarlas. Devanándose los sesos hasta finalmente dar con un plan. Ese plan, fruto dudoso de ese afiebrado insomnio, era el que hoy los dirigía hacia allí, decididos a jugarse la vida por una esperanza quizás ilusoria, y en el mejor de los casos, remota.

Ermessenda se detuvo un momento a observar el rostro agobiado de su acompañante, preguntándose si él también estaría rememorando aquel primer viaje juntos. Guy había envejecido, pero los avatares de la vida lo habían vuelto más recio, y esto acentuaba su atractivo. Su cortísima barba, entonces rubia y salpicada de canas, hoy lucía blanquecina, lo que magnificaba la impresión de sabiduría que ya transmitían sus serenos ojos celestes. Su voz, pausada y profunda, tenía el poder con apenas unas palabras de apaciguar animales salvajes y doblegar voluntades obstinadas. Desmintiendo la insidiosa desconfianza que Robi solía manifestar hacia Guy, celoso por la cercanía entre Ermessenda y su viejo maestro, ella sólo lo apreciaba con cariño filial. Pero esto no le impedía reconocer que muchas mujeres lo miraban con otros ojos. Desde doncellas desfachatadas del castillo, más jóvenes aún que ella, que se le deshacían en sonrisas y bajaban disimuladamente unos dedos de su escote cuando lo oían acercarse, hasta la viuda panadera que le obsequiaba risas y panecillos cada mañana. Mujeres de diversas edades y estamentos bregaban por conmover su cortés indiferencia y ganar sus atenciones. La presuntuosa nueva clavera, Helena, era especialmente asertiva en su anhelo de ocupar, además de la vacante liberada por Daufina en su puesto de trabajo, su lugar en el lecho y el corazón de su compañero. A pesar de las abundantes muestras de interés que Guy de Perelle recibía, Ermessenda nunca lo había notado inclinado a aceptar los favores de estas damas. Si tuviera que apostar, daría por seguro que no había tocado mujer alguna desde su separación. ¡Y habían pasado ya más de tres años!

—¿Qué ocurre ahora, Guy? —preguntó Ermessenda, advirtiendo un repentino fruncimiento en

su ceño. Conocía tan bien a quien fuera su tutor que le era sencillo reconocer una segunda capa de preocupación en su mueca ofuscada, ligeramente más marcada que la que se le había pegado en la cara desde la partida de su esposa e hijas y profundizado con el comienzo de la cruzada.

—Este camino que transitamos… pasa frente al Monasterio de Prouilhe —disertó—. Si mi memoria no me engaña, debemos estar cerca de toparnos con ese peligroso lugar. Será mejor que lo evitemos.

—¿Peligroso por qué? ¿Temes a las monjitas que han tomado el camino de la vida monástica? De ellas creo que puedo defenderte, Guy…

—Estamos en medio de una implacable cruzada ordenada por el papa, un individuo siniestro a quienes las monjitas decidieron obedecer en lugar de Dios. Además, este no es un monasterio cualquiera, sino uno dominico. Lo fundó el propio Domingo de Guzmán, ese fanático que se hace llamar "El perro del Señor".

Ermessenda sintió un escalofrío al oír este nombre. Si no fuera por el desorbitado fervor religioso de Domingo de Guzmán, reflejado en su odio encarnizado a los cátaros, la Cruzada Albigense no existiría.

» El objetivo declarado del monasterio es la "conversión de los herejes cátaros" —continuó Guy —. ¿Te das una idea de en qué se traduce eso en tiempos de cruzada? Yo no me atrevo ni siquiera a comenzar a conjeturarlo.

—Como mínimo, nos denunciarían a los cruzados.

—¡Como mínimo! Ese lugar es una guarida de enemigos del catarismo. Será mejor que encontremos un sendero para evadirlo.

El camino se alargaba delante de ellos serpenteante, perdiéndose en la lejanía sin señales de la salida que buscaban. Los caballos, expertos y seguros, se movían con una gracia tranquila. Sus cascos levantaban pequeñas nubes de polvo a su paso. La silueta de piedra del monasterio empezaba a distinguirse como un hongo negro en el horizonte verde, aunque aún debía faltar más de una legua para llegar a él. Guy escudriñaba el territorio con su memoria de geógrafo. Las pisadas constantes, el crujir de las monturas y el susurro del viento entre los nutridos árboles eran la única música en ese escenario pesaroso. Hasta que un sonido distinto se sumó a la sinfonía. Provenía de atrás de sus espaldas. Por un momento, Ermessenda creyó distinguir los pasos de un tercer animal que se acercaba, y se dio vuelta para mirar sobre su hombro. No vio nada. El zigzagueo del camino obstruía su visión. Sin embargo, el murmullo se fue convirtiendo en un repiquetear inconfundible de cascos sobre la tierra. Y pronto se sumó al alboroto el ahogado timbre de una voz masculina que los paralizó.

—¡Alguien ha pronunciado mi nombre! —declaró Ermessenda con angustia.

—¿Pero quién podría…

—¡Ermessenda! ¡Guy! ¡Deteneos! —se oyó ahora con mayor claridad.

La figura de un hombre con capillo de paja que se acercaba a lomos de una mula se fue definiendo con lentitud. Su silueta, casi indistinguible, se recortaba a contraluz contra el sol enceguecedor del atardecer. Al abreviarse las distancias, notaron el cabello rubio y ondulado del delgado jinete, recogido en un moño a la altura de la nuca. La voz del muchacho llamándolos por sus nombres terminó de dilucidar el misterio. Como ese hombre no debía estar ahí, Ermessenda tardó más de lo necesario en reconocerlo, incluso cuando ya era evidente. ¡¿Arthur?!

El joven refrenó su mulo. Lucía más pálido que de costumbre.

—¡Arthur! ¿Qué haces aquí? —titubeó Ermessenda. Los labios y los ojos de Guy sonrieron ante la bienvenida presencia de su querido sobrino.

—¡Bendito sea Dios que ha querido que os encuentre! —repuso Arthur—. Deberás perdonarme, Ermessenda, pero he tenido que leer tu carta y luego quemarla.

—¿Quemarla? Pero ¿qué…?

—Así —prosiguió Arthur, sin consentir la interrupción—, supe que os dirigíais hacia Carcasona por este camino, y eso me animó a venir en vuestra busca… No he podido completar el viaje a Toulouse que me ordenaste… y cuando sepas lo que le ha ocurrido a Geoffroy —bajó la voz—, y al pobre *Tòrt*, confío en que puedas comprender y aprobar mi decisión.

El joven procedió a relatar lo ocurrido. Pedía perdón, afligido, pero cuánto más se disculpaba Arthur, más sentía Ermessenda que era ella la que debería estar rogando indulgencia. No había duda de que Montfort arrojaría a Geoffroy a una de sus horripilantes hogueras grupales. ¡Y todo por no saberse de memoria el Ave María! La culpa la consumió instantáneamente por no haber tomado la precaución elemental de seleccionar mensajeros católicos y no cátaros para su encargo. ¿Cómo no lo había previsto? Guy se mantenía en silencio, quizás velando anticipadamente a Geoffroy, uno de sus colaboradores más confiables.

—Ermessenda, si me lo pides, intentaré llegar al campamento de Toulouse para informar a Robi de tus planes. ¡No importa lo que pueda pasarme! Pero sentí que primero debía al menos intentar encontraros para advertiros de estos malandras y sus métodos.

—Jamás podría pedirte que regresaras a Toulouse, sabiendo el peligro al que eso te expondría. Hiciste bien en venir.

Sin más discusión, continuaron juntos el camino. Arthur entabló una apagada conversación con su tío Guy, pero Ermessenda, que se había adelantado unas varas, ya no los escuchaba. Su mente quedó atrapada por la angustia de saber capturado a Geoffroy y asesinado a *Tòrt*. Los viles atropellos de los cruzados venían desde hace tiempo engrosando su piel, convirtiendo atrocidades antes inconcebibles en hechos rutinarios. Pero cuando la crueldad tocaba caras conocidas, su frágil sensibilidad regresaba para envolverla en el mismo espanto de la primera vez que oyó de Simón de Montfort. Aquella vez en que las noticias la obligaron a imaginar prácticas y maniobras que en un mundo bueno nadie debería padecer, conocer ni adivinar. Sólo consiguió apartar su mente de aquel pobre muchacho y su mulo con la llegada de un nuevo interrogante: ¿Cómo lograría ahora que Robi supiera de sus propósitos? Su esposo la creía cómodamente establecida en el castillo de Foix. Entraría en desesperación si alguien le comunicaba que ella ya

no estaba allí, sin noticia alguna sobre su paradero. No arriesgaría una vez más la vida de un mensajero, ni el secreto de sus intenciones. ¿Cuándo y cómo podría ponerse en contacto con él? ¿Cuándo volvería a sentir el calor de sus abrazos, el perfume de su piel, el arrebato de sus besos, la dulzura de su voz?

A pesar de la distancia que los separaba, el corazón de Ermessenda latía al unísono con el de su amado esposo, Roger Bernard de Foix, o "Robi", como ahora sí lo llamaba. Cada decisión que tomaba era guiada por la promesa que ambos se habían hecho de mantenerse a salvo hasta volverse a encontrar. Al cabo de unos minutos de reflexión, se detuvo repentinamente y señaló con exaltación:

—¡Aquí adelante! ¡Aquí aparece un sendero que atraviesa nuestra ruta de lado a lado!

Guy metió espuelas para alcanzarla en una brevísima carrera.

—¡Parece adecuado! —aprobó, permitiéndose una sonrisa—. ¡Justo a tiempo para esquivar el monasterio!

Así, los tres dejaron atrás la ancha y solitaria ruta que rodeaba el monasterio de Prouilhe, para continuar hacia Carcasona por un camino menos directo, pero más protegido del peligro… en apariencia.

A poco de recorrer el nuevo sendero se vieron obligados a detener su marcha. A lo lejos, casi raspando el horizonte, hizo irrupción una multitud de figuras amenazantes. ¡Docenas de hombres armados marchaban hacia ellos en formación organizada! Sus corazones se detuvieron por un instante. Era difícil distinguir los detalles. Pero en cuanto el grupo avanzó pesadamente en su dirección, no hubo lugar a dudas. El brillo metálico de sus armaduras era inconfundible y portaban estandartes blancos con cruces rojas. ¡Cruzados!

Sin mediar palabra, dieron media vuelta y regresaron a toda marcha, presas del pánico. Ante tal visión, el monasterio parecía un mal menor. Retomar el ancho camino que antes los había atemorizado y situarse a salvo de la vista de aquella milicia fue un alivio inesperado.

El monasterio dominico de Prouilhe era un baluarte de la Iglesia Católica contra la herejía. Un nido de serpientes para gente como ellos. Hacia él apuraban sus pasos, deseando dejarlo atrás lo antes posible, sin ser vistos.

Como si el peligro de los cruzados por la espalda y el del monasterio por el frente no fueran suficientes para mantener en vilo los nervios del trío de viajeros, un nuevo obstáculo se atravesó en su camino. Un vehículo destartalado pero veloz se inyectó a la ruta justo enfrente de ellos, donde ésta se intersecaba con el camino de Pamiers. Era un carro de madera tirado por dos bueyes. El temblor de Arthur tiñó al espíritu de Ermessenda con los peores temores.

—¡Dios mío, son ellos! —confirmó él con un hilo de su voz—. Los cazadores de recompensas…

Cada vez estaban más cerca. El carro ocupaba todo el ancho del sendero delimitado por espesos e impenetrables bosques. No había forma ya de evitar el encuentro frontal.

Cuando quedaron descubiertos en el campo de su visión, se reveló el cargamento humano que los dos tipejos traían en el remolque. Geoffroy iba maniatado, flanqueado por otras tres prisioneras. Arthur había mencionado a dos muchachas de trenzas largas, por lo que a la mujer más madura, de bucles dorados, piel curtida y escote generoso, tenían que haberla recogido por el camino. ¡Esos bribones no perdían el tiempo!

—Dejadlo en mis manos —musitó Ermessenda—. Yo me he criado como católica y al menos conozco mis rezos. Arthur, sígueme el juego. Y tú, Guy, no puedes ni sabes mentir. Será mejor que no digas ni una palabra. Eres mudo ¿me has entendido? ¡Mudo!

El carro se detuvo frente a ellos. Su conductor, un hombre corpulento con ojos pequeños, crueles y desconfiados, los escudriñó.

—¿Quiénes sois y a dónde os dirigís? —cuestionó con voz grave, dando por evidente su autoridad para la pesquisa. El corazón de Ermessenda latía con fuerza desmedida. Fue a responder, pero sus palabras se le atoraron en la garganta.

La ira del acusado

Verano de 1209
Campamento de Toulouse
Ese mismo día, al atardecer

El sol comenzaba a ocultarse en el campamento militar teñido de luto. El sobrecogedor entierro acababa de culminar, con los ásperos guerreros aún flojos por la emoción. La ceremonia había seguido las tradiciones del catarismo y un *perfecto* llegado de la ciudad había pronunciado las bendiciones, augurando que, pese a cualquier error en vida, el muerto se transformaría en un espíritu de luz. Al fin y al cabo, todos sabían que aquella era la verdadera fe del fallecido. Ya en plena guerra con los cruzados, no tenía sentido intentar disimularlo. Los soldados, nobles y demás residentes del campamento, abrumados por la pena y el desconcierto, se preparaban para recibir una nueva noche. La luna llena, ahora sí, completaba íntegramente su pálida redondez. Sin embargo, antes de dar por concluida la ajetreada jornada, quedaba un importante asunto por resolver: el juicio y condena del asesino.

El campamento en pleno se hallaba reunido en un gran círculo improvisado en el llano, a orillas del Garona. El conde de Foix, en el centro de la rueda, dirigía el acto. Pidió silencio a la multitud y exigió que trajeran al reo. Dos hombres de armas se introdujeron en el círculo, arrastrándolo por sus brazos, con las manos atadas detrás de su espalda y sus piernas unidas por un breve tramo de soga que apenas le permitía dar pequeños pasitos con dificultad. Murmullos de odio y reprobación hacia el victimario comenzaron a aflorar. Algunos lo insultaban. Otros clamaban por su muerte. Los guardias lo forzaron a caer de rodillas frente al conde.

La mirada de aquel lunático conservaba el mismo brillo malsano y desafiante que cuando Robi lo había detenido, demasiado tarde, la noche anterior. No mostraba una pizca de temor ni de arrepentimiento, ahora que sería juzgado por su crimen, como tampoco lo había hecho cuando Robi mantenía la daga contra su cuello. En el fragor de aquel momento y ante la descarada confesión del asesinato que acababa de cometer, Robi había estado a muy poco de ajusticiar allí mismo al criminal. Se contuvo al razonar que tal vez el hombre no actuaba solo y que podría tener información importante que confesar antes de su ejecución.

—¡Guardias! —gritó en cambio Robi, manteniendo su mirada en la del delincuente. Enseguida, varios soldados y curiosos se precipitaron hacia él—. Este hombre acaba de confesar haber matado al conde de Toulouse. ¡Apresadlo! —exigió Robi.

Raimondet, que había sido uno de los primeros en acudir al llamado de Robi, palideció ante la noticia, que lo dejó aturdido y enajenado, apenas capaz de mantenerse en pie. Su cabello corto, habitualmente prolijo, estaba desaliñado. Se abrió paso a través de la multitud y caminó hacia la tienda de seda azul en la que, hacía escasos minutos, se había despedido refunfuñando de su padre. La contrariedad era visible en su ademán para todos, pero para Robi, su mejor amigo, también lo era el arrepentimiento que comenzaba a quemarle por dentro. Robi corrió unos pasos para llegar al pabellón antes que él. Un charco de sangre se deslizaba por debajo de la tienda hacia el exterior.

—¡Permaneced todos afuera! —gritó Raimondet al grupo que se arremolinaba detrás de él. No quería que el interior de la tienda, y lo que albergaba, se convirtiera en un espectáculo para los curiosos, ni en una indigna leyenda sobre su padre que se traspasaría de generación en generación—. Sólo mi amigo Roger Bernard y yo ingresaremos aquí.

Raimondet y Robi se dieron valor mutuamente con una mirada de entendimiento. Se apretaron los hombros en un gesto de camaradería silenciosa, y empujaron la tela de la entrada para revelar el horror que los aguardaba.

En el interior de la tienda reinaba la oscuridad. Sin embargo, la profusión de sangre era evidente por su punzante aroma metálico que prevalecía sobre el hedor del alcohol que allí se había consumido. La textura viscosa que refrenaba sus pisadas, salpicando un líquido tibio sobre sus pantorrillas, demostraba que no se trataba de una simple herida, sino de la sangre de todo un cuerpo. Raimondet reclamó una vela, que se apresuraron a entregarle desde afuera, introduciendo sólo una mano a través de la puerta. La débil luz iluminó la escena de pesadilla. La sábana empapada de sangre e insistentemente tajada cubría dos cuerpos robustos y entrelazados. Uno de esos cuerpos era el del conde de Toulouse; el otro, de su apreciado escudero Eudald. Raimondet se llevó la mano a la boca. La conmoción, la vergüenza y la tristeza estaban impresas en su rostro. Con circunspección, Robi le ofreció al novel conde de Toulouse retirar la sábana, para que no tuviera que hacerlo él mismo. Raimondet se detuvo a considerarlo. Robi podía escuchar sus pensamientos mientras se debatía entre la necesidad de ver y saber y la de no ver y no saber. Con un gesto afirmativo le indicó a Robi que procediera. Él extendió su mano, para asir y retirar la sábana ensangrentada, pero antes de que llegara a tocarla, ésta se movió por sí misma. Ambos amigos retrocedieron, sobresaltados por el movimiento inesperado. ¿Acaso los ratones habían comenzado a alimentarse de los cadáveres? Otra sacudida bajo la sábana, esta vez no tan sutil, terminó de evidenciar que algo vivo se alojaba allí abajo.

Raimondet apartó la tela de un brusco tirón. Ambos retiraron la mirada, asqueados por la sangre que saltó en todas direcciones, por la desnudez infame de los cuerpos masculinos entrelazados, y por los húmedos jirones de carne desgarrada que quedaron al descubierto. La maniobra súbita pareció despabilar a aquello que habían visto moverse, que ahora que había quedado súbitamente expuesto, se agitaba sobresaltado y se erguía con torpeza y pesadez. Efectivamente, algo estaba vivo allí abajo, pero no eran roedores.

—¡Padre! —gritó Raimondet al ver como los ojos del conde se abrían, desorientados en su cabeza recién destapada.

¡El conde de Toulouse no estaba muerto! Parpadeaba confundido ante la nueva intrusión de su hijo en su pabellón, ahora sumando a su amigo Robi.

—¿Qué sucede? —preguntó enajenado, desperezándose y observando confundido en todas direcciones.

—¿Estás herido, padre? —examinó temeroso Raimondet.

El conde se miró a sí mismo, aún alienado por los sopores del alcohol. Recién cuando descubrió la sangre que lo embadurnaba empezó a hilvanar un hilo de comprensión. Se abocó con desesperación a inspeccionar sus brazos, piernas y su abdomen abultado, buscando el origen del

oscuro fluido. Cuando vio el cuerpo destrozado de Eudald junto a él, dio un respingo de espanto: —¡Pero por todos los santos! ¿Quién ha hecho esto?

Robi respondió, desviando su mirada a un costado de la tienda para evitar la desnudez condal.

—Lo hemos atrapado, señor. El hombre pensó que os había matado a vos, pero claramente se equivocó y asesinó al pobre Eudald.

El conde, ya más recuperado de la resaca que adormilaba sus sentidos, pidió una jofaina con agua, trapos para higienizarse y una túnica limpia. Su evidente mareo no le impidió ordenar que nadie entrara a la tienda hasta que él lo autorizara. Raimondet corrió a obedecerlo. Desde fuera llegaba su voz explicando a los curiosos que el conde estaba vivo e ileso, y exigiendo a todos que regresaran a sus tiendas. Allí no había nada que ver.

—Pero ¿y la sangre? —preguntaba la gente, insatisfecha con sus explicaciones.

—Ha sido un malentendido. Alguien ha muerto, pero no es el conde. Mañana él mismo os dará un reporte de lo ocurrido. Ahora ¡todos a dormir!

Quedando solo con Robi y el desgajado cadáver de Eudald, el conde de Toulouse intentó ponerse de pie, pero trastabilló y volvió a caer sobre el lecho de campaña. Entonces se desplomó del todo y echó a llorar como un niño. —¡Y ni siquiera me desperté para protegerlo! ¿Qué clase de hombre soy? —se castigó entre sollozos—. ¡El vino me ha dejado sin conciencia!

Robi, incomodado por la muestra de fragilidad del conde, sólo pudo ofrecerle el básico consuelo de la justicia: —Al menos el responsable no ha escapado. Juzgaremos a ese maldito y recibirá su merecido.

Y allí, cuando el sol ya se había escondido tras la muralla de Toulouse, el conde de Foix, flanqueado por su hijo Robi por un lado y Raimondet por el otro, se adelantó, imponiendo su figura al acusado postrado ante sus pies. Un poco más atrás, el conde de Toulouse observaba la escena en silencio, dejando a su colega a cargo del interrogatorio. Su actitud era distante, en apariencia imperturbable, pero quienes lo conocían podían ver en sus ojos un dolor arrollador y una ira que se intuía a punto de estallar.

—¿Cuál es tu nombre, asesino? —preguntó el padre de Robi en un tono glacial.

El imputado levantó la cabeza. A pesar de la situación en la que se encontraba, irradiaba más desprecio que temor.

—Bernat —respondió con un gruñido.

—Bernat —repitió el conde de Foix, evaluando al hombre—. ¿Por qué asesinaste a Eudald de Laurac?

El prisionero sonrió cínicamente. Pero no había alegría en su sonrisa, sólo odio y amargura.

—No, mi señor —respondió desafiante—, yo no he matado a ese escudero. ¡Él lo mató! —Su

mirada inculpadora se dirigió al conde de Toulouse, quien, pasmado por la inesperada acusación de quien ya se había confesado culpable, dio unos pasos hasta colocarse justo enfrente del reo. Se agachó ante él y le propinó un puñetazo que le hizo sangrar la nariz.

—¡Patrañas! —clamó el conde de Toulouse, fuera de sí —¿Cómo tienes la osadía de, encima de tu traición, acusar a tu conde del aberrante crimen que todos saben que tú has cometido? Decenas de testigos te han visto salir de la tienda azul en mitad de la noche. —Dirigió ahora su mirada al público, como si temiera que algunos estuvieran considerando la veracidad de aquella acusación —. Todos han visto tus ropas arruinadas por la sangre de Eudald, y la daga sangrante que llevabas en la mano… ¡y ya has confesado a Roger Bernard!

—No niego que hayan sido mi mano y mi daga las que dieron fin a la vida de ese hereje. Pero no he sido yo, sino tú el verdadero culpable. ¡Tú mataste a ese hombre! Por tus pecados, por tu lascivia y tu decadencia. —Bernat escupía las palabras con furia.

Un murmullo de consternación se extendió entre la multitud. El conde se esforzaba por no mutar su expresión, manteniendo su rostro como una máscara de piedra.

» ¡Lo mataste por tu lujuria, conde!... por tener tu asqueroso cuerpo tan enganchado al del sucio escudero, tan perdido en tus placeres inmorales, que no he podido distinguiros entre tan aberrante desparpajo. ¡Tú debías morir y no él! Con mis propios ojos te he visto entrar al pabellón azul por la noche. Estabas beodo como un verraco que apenas conseguía mantenerse en pie y discutiendo con tu propio hijo, que te dejó solo enseguida... o al menos eso era lo que yo había creído. En la oscuridad de la tienda, introduje mi daga una y otra vez contra el cuerpo que encontré desnudo en el lecho. ¿Cómo iba yo a pensar que allí, encima de ti, había otro hombre? —Los murmullos espantados de la multitud ahora parecían dirigirse en contra del conde—. ¿Cómo no lo vas a haber matado tú, si ni siquiera te moviste para asistir a tu amante cuando este gritó, abandonado la vida pegado a ti? ¿Estabas tan inconsciente por la bebida que no te diste cuenta de lo que sucedía ante tus narices? ¿Qué clase de liderazgo es ese para un ejército en guerra? ¿O es acaso la verdad que sí lo escuchaste todo y aun así decidiste permanecer quieto, parapetado debajo de las carnes de tu querido, y en silencio por miedo, por abyecta cobardía, para que no desate mi justa ira sobre ti?

Bernat encaró directamente al conde Raimond VI, sin temor y con fervor. Sus palabras eran agudas, llenas de veneno y acusaciones.

» No me arrepiento de haber acabado con ese sucio escudero sodomita —prosiguió, tras escupir en el suelo—. Sólo lamento que Dios no haya guiado mi mano para erradicar, como era mi propósito, la verdadera lacra… la cabeza de la serpiente… el perverso conde de los herejes. ¡Seguro tiene en sus planes un peor destino para ti!

—¡Ya basta! —se cansó el conde de Foix—. Esto no es sobre el conde de Toulouse sino sobre ti, asesino. Has confesado que mataste a la víctima por error, siendo tu verdadero objetivo dar muerte al conde. Pero ¿A quién respondes? ¿Quién te ha mandado a cometer semejante traición?

—El propio conde de Toulouse es quien me ha mandado, incitando mi sed de justicia con sus acciones deleznables. ¡Nadie más!

El conde de Toulouse se removía incómodo. Las miradas se posaban sobre él, ahora que el reo volvía a dirigirle todo su odio e imprecaciones.

» ¡Has sido tú! —grito Bernat con más fuerza, a la cara de Toulouse—. Lo has matado por despertar la furia de hombres como yo, fieles a la Santa Iglesia. Por tu ignominia has sido excomulgado y maldito por el papa. Tu cuerpo está maldito, como lo está tu alma, tus ojos y tus manos y todo lo que miras o tocas, y tu estirpe para toda la eternidad.

La voz exaltada del prisionero resonaba con una convicción escalofriante, acompasada por el volumen creciente de los cuchicheos en el círculo. Algunas acaloradas discusiones empezaron a salpicar la marea humana. Cualquier cosa que se diga con tanta elocuencia y vigor hallará oídos fértiles, pensó Robi. Ante los clamores populares cada vez más acusadores hacia el conde y menos hacia el asesino, sus hijos, Wilhelmina y Raimondet, intercambiaron una mirada cargada de significado. Un significado que Robi no logró descifrar del todo y que sólo los hermanos parecían comprender. Tal vez, se expresaban en silencio la vergüenza y desaprobación que sentían ante las acciones de su padre, o tal vez el temor a que las tropas se rebelaran a raíz de esta formidable diatriba. Robi se preparó para un bien merecido segundo golpe del conde de Toulouse al acusado, pero éste no llegó. Al contrario, Raimond de Toulouse parecía contrariado por lo que oía. Sacudía la cabeza, como aturdido. Su pasividad no ayudaba a disuadir los abucheos acallados.

El asesino siguió gritando al viento los pecados del conde e increpándolo por sus vicios ante todo el campamento: la gula, las apuestas, la lujuria, la pereza…

» Y, sobre todo —chilló con el rostro retorcido por el ímpetu de quien ya se sabe muerto y siente que no le queda nada por perder—, lo más imperdonable es que has apoyado impunemente a la herejía y permitido que los cátaros se instalasen en tus tierras como una plaga. ¡Sin hacer nada para detenerlos!

—Ya he oído demasiado. Ejecutadlo —determinó Raimond, conde de Toulouse, sin aspavientos. Robi, que lo conocía desde que nació, era capaz de apreciar los esfuerzos del agraviado conde para esconder lo perturbado que se sentía por las palabras que se habían lanzado en su contra.

Mientras la espada del ejecutor se clavaba en el desgraciado, Raimond VI de Toulouse se alejaba apesadumbrado, sin mirar atrás. Buscaba entre sus tropas a un nuevo Eudald.

5

Una mujer piadosa

Verano de 1209
Camino a Carcasona, Languedoc
Al mismo tiempo

Armándose de valor frente a los hombres que acababan de detenerla, Ermessenda respiró profundamente para aplacar el latido desbocado de su corazón, y ensayó su más relajada sonrisa. Sin dejar escapar la más mínima muestra de temor, los saludó con la mansa cortesía de una mujer piadosa.

—En nombre de todos los santos, os saludo buenos hermanos —se presentó, aspirando el éter con toda la fuerza de su alma para atraer una aureola de humildad ante los ojos de Dios. Su semblante sereno, el recato de sus movimientos y su actitud casi reverencial hablaban de la piedad y la sumisión que sólo una beata podía ostentar.

Tío y sobrino *credentes* observaban con asombro como la verdadera Ermessenda, aliada y protectora de los cátaros y esposa del insurgente heredero de Foix, se esfumaba bajo la máscara de una pía católica. Toda una vida de observar y criticar a las rezanderas obsesivas en la Seu de Urgel le brindaban holgada inspiración para imitarlas. De hecho, no era ésta la primera vez que lo hacía. Con sus amigas Bartomeua y Estefanía de Josa acostumbraban a reírse de ellas, y se divertían exagerando sus sacrosantas palabras, sus rostros estirados, sus continuas persignaciones y sus gestos de espanto ante cualquier tontería. Claro que, esta vez, no se trataba de un juego.

» Mi nombre es Margarita —continuó—, en honor a Santa Margarita, mártir de nuestra fe. Este es mi hermano Juan, bautizado en honor al Bautista, y él es nuestro padre Joseph. Pero él es mudo. El Señor nuestro Dios, en sus misteriosos designios, le ha quitado la capacidad de hablar.

Ermessenda sabía que, en caso de que Guy tuviera que mentir, su falta de hábito y su creencia cátara en la honestidad radical lo traicionarían. Su pretendida mudez aligeraría este obstáculo.

—¿Y qué os trae por aquí? ¿Qué hace una familia católica en estos caminos peligrosos y atestados de herejes? —inquirió desconfiado el conductor del carro.

—Nos dirigimos al monasterio de Prouilhe, donde pasaremos la noche.

—¿Es eso así? —preguntó el líder de los cazadores de recompensas —¿Cuál es el propósito de esa visita? —Sus ojos recorrían a Ermessenda y a sus acompañantes de arriba abajo.

—Veréis —continuó Ermessenda—, nuestra familia es benefactora del monasterio de Prouilhe. Mi abuelo Enric, que Dios lo tenga en su gloria, era un amigo cercano del propio Domingo de Guzmán. Tanto así, que al fallecer donó una gran parte de su fortuna para fundar este lugar. Por eso siempre somos bienvenidos aquí.

Guy y Arthur, sin atreverse a intervenir, eran estatuas cuyas cabezas ejecutaban minúsculos movimientos de asentimiento.

» Por la mañana —prosiguió Ermessenda—, planeamos llevar víveres y vituallas al campamento de nuestros valientes cruzados en Sant Vincent. Para que el asedio a Carcasona sea un éxito, los fieles debemos apoyar a los soldados de Dios en todo lo que esté a nuestro alcance. Sólo así conseguiremos erradicar de cuajo la plaga del catarismo. ¿Quiénes sois vosotros, estimados caballeros?

Ermessenda rogó que los hombres no le exigieran mostrar el contenido de las abultadas alforjas que cargaba. Si bien había tomado medidas para proteger y disimular el objeto más comprometedor que allí transportaba, con una búsqueda diligente lo hallarían. Y eso sería el final de todo.

En el carro de los cazadores, Geoffroy, atado y amordazado, observaba el intercambio con perplejidad. Ermessenda intuía en los ojos del cautivo su plegaria silenciosa para que la farsa funcionara. Las dos jovencitas a su izquierda, que ignoraban estar ante una obra teatral, abrían sus ojos negros y redondos. Ermessenda no pudo descifrar la impresión que estaba causando en aquellas adolescentes, pero sí pudo intuir su necesidad de abrazarse para darse solaz y apoyo mutuo. Las sogas que sujetaban sus manos al travesaño del remolque se los impedía. Los rufianes se miraban entre sí, tratando de discernir si las palabras de Ermessenda eran verdaderas o una mentira bien urdida. La prisionera más madura, a la derecha de Geoffroy, se veía más atenta a las molestias de su propio cuerpo que al curso del interrogatorio. Emitía quejidos ahogados por su mordaza, y se retortijaba en vanos intentos de reacomodar su postura. La forma retorcida en la que había sido ligada al rincón del carro, arrodillada, con los pies atados hacia un costado y los brazos cruzados por detrás de la espalda hacia el otro, sólo podía causar fastidio y dolor. Ermessenda sintió compasión por ella, y le requirió un enorme esfuerzo fingir indiferencia.

» ¿Y qué lleváis aquí? —La mirada desdeñosa de Ermessenda se dirigía a los prisioneros—. Asumo que se trata de sucios herejes —pronunció esta última palabra con pudor, mientras aceleraba con su mano derecha tres compungidas señales de la cruz, como si temiera que, por sólo mencionarla, el pecado de los infieles pudiera contagiársele—. Imagino que vosotros, en cumplimento de vuestro deber como buenos cristianos, los habéis apresado para llevarlos ante el gran Montfort ¿no es así?

Los maleantes se removieron incómodos.

—No es asunto vuestro —contestó el hombre más bajo, sin dejar de fruncir el ceño.

—Podría serlo —repuso Ermessenda de manera distendida—. Si planeabais llevarlos ante Montfort, podríamos ahorraros el viaje, ya que justamente nos dirigimos a su presencia. Sé que nuestro valeroso comandante está pagando tres monedas de plata por cada hereje.

La desconfianza de los tipejos pareció ceder. Si estos aldeanos conocían la cifra ofrecida por el líder cruzado, seguramente en verdad eran afines a él.

—Habéis apresado cuatro rehenes… —calculó Arthur, siguiendo el razonamiento de su “hermana”—. Eso serían doce monedas. Podemos ofreceros…

Ermessenda interrumpió a Arthur, antes de que completara su proposición.

—¡El camino es largo!, y vosotros os ahorraríais dos días de viaje si nosotros lleváramos a estos prisioneros a Montfort. Dos días en los que podréis apresar más herejes con los que enriqueceros, si es que no necesitáis ocuparlos en el trayecto. Os ofrecemos ocho monedas de plata por estos cuatro. Nos parece una suma razonable.

Los cazadores se miraron entre ellos, sopesando la oferta. Se pasaron unos momentos en un cónclave de murmullos, intercambiando palabras en voz baja.

—Diez monedas de plata —propuso el ruin conductor.

Ermessenda se tomó un momento antes de responder.

—Nueve —pujó, para no parecer demasiado desesperada.

Los cazadores se miraron nuevamente. Luego, asintiendo entre ellos, aceptaron la contraoferta.

—De acuerdo —zanjó el más fortachón, —pero con una condición: Iremos juntos hasta el monasterio de Prouilhe para que esas monjas nos confirmen si lo que decís es verdad. Si ratifican vuestras palabras, entonces tenemos un trato. Si no, haremos otro tipo de negocios…

El rostro de Ermessenda se mantuvo impertérrito. Hizo su mejor esfuerzo por ocultar su temor detrás de la máscara de devoción que había creado.

—Por supuesto —respondió, con su voz tan calmada y segura como logró conjurarla—. Será un privilegio contar con vuestra compañía.

Guy clavó sobre Ermessenda sus ojos celestes, cargados de mudas preguntas, aterrorizados por lo que les esperaría cuando aquellas monjas negaran conocerlos. No sólo serían apresados por herejes y castigados por su mentira. Lo más grave era que su plan para liberar a los cátaros de Carcasona quedaría frustrado, dejando a Alaïs, Evelina y los cientos de *bons homes* y *bonas donas* de aquellas tierras a su malhadada suerte.

Ermessenda se encogió de hombros, mientras espoleaba suavemente a *Violante* para proseguir su camino al monasterio, escoltados por aquella escoria y su amenazador carro tirado por bueyes. A medida que se acercaban al monasterio, su desazón aumentaba. Lamentablemente, no había quedado otra opción.

Huir era imposible. Luchar podría funcionar en otras circunstancias, pero ni Guy ni Arthur llevaban arma alguna y, para colmo de males, por mandato de su fe no tenían permitido ejercer ningún tipo de violencia.

Lo único que podían hacer a esta altura era encomendarse a Dios y orar por un milagro.

Sant Volusian está de luto

Verano de 1209
La Seu de Urgel, Cataluña
Al mismo tiempo

La soberbia mansión Sant Volusian amaneció vestida de luto en aquel día caluroso. Los sirvientes, circunspectos por la magnitud de la pérdida, cerraron todas las cortinas y adornaron la fachada con draperías negras. El estandarte de la casa condal de Urgel languidecía a media asta. Las puertas del inmueble se abrían para dar paso a las figuras destacadas de la Seu de Urgel y sus alrededores. Sus rostros grises y sus lamentaciones, expresadas en cuchicheos solemnes y lacrimosos, manifestaban un pesar tal vez exagerado.

Las vigas de roble centenario de la residencia crujían suavemente, como si también ellas lloraran la pérdida, acaso en forma más sincera que muchos de los ciudadanos que, uno tras otro, presentaban su pésame a la familia condal. Nobles y plebeyos, ricachones y comerciantes, todos acudieron a la llamada del luto.

A pesar del gentío, en el ancho zaguán de la entrada, coronado por un techo de triple altura, reinaba un silencio inquietante. Sólo el rumor de las voces contenidas repicaba en las húmedas paredes de piedra. Las falsas de los pisos superiores estaban desiertas. El altar hogareño de Dolça, en una esquina del zaguán, emitía una suave luminosidad. Sobre él, decenas de pequeñas velas ardían con una llama tenue, alumbrando los lirios blancos a su alrededor. Su luz pálida y parpadeante envolvía como un halo las estatuillas de la Virgen y de San Volusiano. El aroma del incienso infundía una estela de sacralidad.

Coronado de flores y rodeado de cirios, el ataúd ocupaba el centro de la sala. Dentro yacía ella, cobijada entre lujosos ropajes de seda y terciopelo, dignos de la distinción en el vestir que hasta el último día había ostentado. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y un rosario de cuentas de ámbar entre sus dedos. Guerau de Cabrera, vigoroso y altivo en el campo de batalla y en el gobierno del condado de Urgel, procuraba mantener la compostura con éxito cuestionable. No podía apartar su mirada de aquel amado rostro sin vida. Pero además de tristeza, aquella mirada oscura e incisiva revelaba algo más… un destello de rencor mal disimulado. Su esposa, Elo Pérez de Castro, le tomaba la mano, y lanzaba silenciosos ademanes correctivos a sus dos pequeños hijos. Elizabet y Arsenda, las hermanas de Guerau, lloraban de verdad.

En la pared opuesta al altar, un retrato familiar capturaba las miradas y los murmullos de los asistentes. En su centro, Dolça de Foix, entonces joven y hermosa, tomaba del brazo a su esposo, el conde Ermengol de Urgel, un hombre de porte imponente, cabellos grises y mirada inteligente. Vestido con una túnica de seda, portaba un escudo de armas a rombos oro y negros, símbolo de su linaje ancestral. La deslumbrante Dolça, con sus cabellos castaños recogidos en una discreta toca blanca, irradiaba nobleza y serenidad. El primogénito, de nombre Ermengol como su padre, era un adolescente de semblante apuesto y prometedor. Sus cabellos castaños caían desordenadamente sobre su frente, resaltando unos ojos negros cargados de determinación. Por último, las hijas pequeñas, dos angelicales criaturas vestidas con idénticos trajes de lino verde y brocado blanco, completaban el cuadro familiar. Sibila, de siete años, lucía una cabellera rubia

como el trigo maduro y unos ojos grises que brillaban con inocencia y dulzura. La segunda hija, Marquesa, de cinco, prometía una rebeldía encantadora. Su pelo oscuro caía en rizos salvajes y sus ojos verdes destellaban chispa y picardía.

¡Qué cruel jugada había deparado el destino a esta familia noble que entonces formaba un núcleo unido y fuerte, y hoy había quedado reducida a la nada! Treinta años atrás, desde aquella misma mansión, el conde Ermengol, su esposa Dolça y sus tres hijos ejercían las prerrogativas de su linaje y, henchidos de orgullo, se aferraban a los lazos que los unían. Esos lazos se fueron desintegrando, mellados por el odio primero, por la muerte después. Con el tiempo, la joven y pujante madre de familia, Dolça de Foix, se había transfigurado en una anciana amargada, solitaria y hábil administradora de ponzoña. Las décadas habían ido quitándole los encantos que motivaban a sus admiradores, y aportándole taras, rumores y sucesos inconvenientes que expandieron la legión de quienes la odiaban. Hoy prácticamente todos pertenecían a este último grupo. Su propio hijo, el también conde Ermengol, se había destacado entre sus detractores, inaugurando una espiral ascendente de inquinas, desaires y venganzas que destruyó lo que las personas comunes entienden indestructible: el afecto entre una madre y su hijo. Las suspicacias que éste había derramado sobre su madre, azuzadas por la visceral animadversión de los católicos tradicionales de Urgel hacia los dudosos cristianos del norte de los Pirineos, se encargaron del resto. No por nada se apodó a Dolça “la bruja de Foix”. El rechazo popular que enfrentó a causa de los injustos alegatos de herejía achacados por su hijo la obligaron a recluirse en su hogar para evitar la insoportable exposición pública. Y justo cuando las cosas parecieron mejorar para la anciana gracias a la muerte de su ingrato hijo, la toma del condado por su nieto predilecto, Guerau, y el nombramiento de su sobrino como obispo de Urgel, la desgracia la golpeó, atroz e implacable.

El féretro lo mostraba con elocuencia.

Con la dignidad que nunca había perdido, la anciana matriarca Dolça de Foix se abrió paso entre sus nietos, enfundada en luto riguroso, hasta llegar, una vez más, ante el cuerpo inerte de la última hija que le quedaba por enterrar: la hermosa Marquesa de Urgel. La mirada de Dolça, contraída de dolor, se posó en el rostro sin vida de su adorada hija menor, precozmente arrebatada por un destino enloquecido. La comitiva dio unos pasos hacia atrás, dejándola sola con su duelo.

Con sólo treinta y ocho años, Marquesa de Urgel, madre de Guerau, Elizabet y Arsenda, había repentinamente sucumbido a un mal del corazón. Desde que supo que su prometido Roger Bernard de Foix la había descartado para casarse con Ermessenda, la hija del vizconde Arnau de Castellbó, su salud no hizo otra cosa que deteriorarse día a día. En los últimos momentos, su pecho se apretaba con dolor, le costaba respirar y sentía mareos. No podía ponerse de pie, ya que caía desmayada cada vez que lo intentaba. Aunque los eruditos debatían la causa del enfriamiento de su corazón, todos coincidían en que el calor natural del órgano vital de Marquesa se estaba apagando por el exceso de algún humor frío y húmedo. Le prescribieron remedios para intentar equilibrar los humores, además de las sangrías para liberar el exceso de humedad. Por más de un mes, se alimentó únicamente de castañas calientes, miel, carne de cordero y vino tinto con especias, para aumentar su calor interno. Nada consiguió aliviar su mal. A pesar de los esfuerzos, la bella y sofisticada Marquesa terminó por tomar el camino de toda carne antes que su longeva madre.

Incluso en la muerte, su rostro conservaba la hermosura irreverente que exponía el retrato familiar del zaguán.

—¡Mi pobre niña! —se lamentó Dolça entre sollozos, tomando las heladas manos de su hija con las suyas temblorosas. Desde el fondo del zaguán, se escuchaban monótonos cánticos en latín que honraban el alma de la difunta.

El obispo Preixens que, revestido con ornamentos litúrgicos, conducía los rituales de bendición y purificación, anunció el comienzo de la procesión. Debía cerrarse el féretro. Dolça se resistió. A partir de ese momento, nunca más volvería a ver a su preciosa hija. Soltarle las manos sería dejarla ir para siempre. Aun con la cruda sabiduría que su casi siglo le había dado, se engañó por un instante creyendo que, saliéndose con la suya frente al sacerdote, también lo hacía frente al destino inexorable. Siguió aferrada a su hija. Hasta que se decidió a darle una última mirada y una primera caricia. Pero debía guardar su dignidad. ¿Qué sentido tenía prolongar lo inevitable? Si, al fin y al cabo, el alma de Marquesa ya no estaba allí. Con gran dificultad, dio un paso hacia atrás y miró a los ojos a su sobrino el obispo, prestando con la cabeza su consentimiento. Éste dio la orden y sus acólitos se cernieron sobre el cajón. Los cánticos elevaron su volumen, al igual que los llantos, rezos y lamentos. La cubierta de roble se cerró con estrépito, dejando para siempre en el pasado a Marquesa de Urgel, su influencia, su belleza y sus secretos.

Sor Caritat

Verano de 1209
Monasterio de Prouilhe, Languedoc
Momentos más tarde

El monasterio de Prouilhe se alzaba ominoso ante el impar grupo de viajeros. Sus paredes de piedra le otorgaban una presencia abrumadora, férrea como la doctrina inapelable de su fundador, Domingo de Guzmán. Ermessenda refrenó a su yegua y apretó con fuerza las mandíbulas. Desmontó y llamó a la pesada puerta de madera trabada por una cadena. Los carreteros observaban vigilantes. Los ojos claros del silente Guy lucían la paz de quien está resignado a morir, pero cree que lo que viene después de esta vida será mejor.

Ella esperaba que nadie atendiera. El sol acababa de ocultarse, dejando apenas un tenue resplandor púrpura en su retirada, y cediendo el protagonismo celestial a la luna llena. Las monjas estarían durmiendo. No aguardaban visitas. No aparecerían para desmentir su coartada...

Aparecieron. Los labios súbitamente secos de Ermessenda se separaron de su voluntad y pudo notar en ellos un leve temblor. Por encima del portón, no se veía más que la parte superior de un negro velo monástico, pero alguien estaba allí… desamarrando las cadenas, soltando el candado, haciendo crujir el pestillo y empujando lentamente la puerta hasta abrirla del todo. Los cazadores de recompensas no dejaban de fustigar con sus miradas a uno y a otro, pendientes del más mínimo signo que los delatara como mentirosos. La silueta de una figura envuelta en el blanco inmaculado de un hábito dominico se dibujó en el marco abierto del portal, suspendida contra la penumbra del monasterio. Se trataba de una monja de mediana edad y cara redondeada, que no sonrió. Entrecerró los ojos y paseó su mirada indagadora por cada uno, con especial atención a los prisioneros maniatados en el remolque del carro. Era patente la confusión que la inundaba mientras trataba de dar sentido a aquella extraña visita nocturna.

—La paz sea con vosotros —dijo titubeante—. ¿En qué puedo ayudaros, hijos míos?

Su módica cordialidad trasuntaba recelo y precaución. La luz fría de la luna se derramaba sobre la monja, iluminando las arrugas de su túnica blanca, en contraste con el velo negro. El tejido parecía tan espeso y resistente como la paciencia de los siglos. La aprensiva religiosa llevó su mano al rosario de cuentas oscuras que colgaba de su cinturón, mientras esperaba una respuesta cuya demora ya la anticipaba frágil. Pero el mismo tiempo que es lentitud morosa para contestar, puede ser extrema rapidez para pensar. Ermessenda rompió el silencio:

—Buenas noches, hermana. Os agradezco por vuestra cálida bienvenida. Os pido disculpas por la tardanza y por la inesperada presencia de nuestros acompañantes. Hemos encontrado algunos inconvenientes en el camino.

Ermessenda habló en forma pausada, sin retirar su mirada suplicante de la de su interlocutora. Ésta retorció la nariz, confundida. Parecía que rebuscaba en su memoria alguna explicación que se le escapaba. Sus grandes ojos eran un espejo de perplejidad. La tela negra de su velo, impenetrable a la luz de la luna, resguardaba sus pensamientos e intenciones. En aquella religiosa

de mirada profunda y enigmática recaía su futuro. De la reacción que tuviera en ese instante dependía su vida, la de Guy y Arthur, la de Geoffroy, las prisioneras, y también, indirectamente, la de Alaïs, Evelina, Daufina y cientos de otros cátaros carcasoneses.

Antes de que pudiera responder, la voz ronca del cazador de recompensas se levantó, arrasando la tranquilidad de la noche con su escepticismo.

—Esta mujer asegura ser una benéfica patrocinadora de este monasterio. Se dice descendiente de un hombre que legó una gran parte de su fortuna a este lugar —declaró haciendo explícita su sospecha—. ¿Acaso no la estabais esperando? ¿Será que nos ha mentido y en verdad no es más que una hereje?

El aire se volvió más frío.

—Es cierto, hermana —intercedió Ermessenda con timbre sereno y gentil, buscando contrastar con el del cazador—. Soy Margarita de Clairmont, nieta de Enric. Estos son mi hermano Juan y mi padre Joseph. Vamos camino al campamento cruzado de Sant Vincent, hacia donde partiremos mañana llevando ofrendas para los soldados de Dios, y buscamos refugio para la noche en este sagrado recinto. En el trayecto hemos encontrado a estos amables cristianos que nos han escoltado hasta aquí. Han detenido a estos cuatro pecadores cátaros, y nosotros les ofrecimos llevarlos con nosotros, para mañana entregarlos al comandante Montfort.

La mirada de la monja iba y venía entre Ermessenda, los perplejos maniatados y sus captores, sopesando la extraña situación a la que se enfrentaba. Hubo una pausa que pareció durar una semana, hasta que el veredicto fue pronunciado:

—Claro, doña Margarita, siempre sois bienvenida. Mi nombre es sor Caritat. La madre superiora me informó de vuestra posible visita, pero como soy una reciente adición a este monasterio, aún no había tenido el placer de conoceros personalmente. Por favor, pasad. Vuestra familia puede pernoctar aquí, y vuestros prisioneros, si por un momento aceptaran no blasfemar el nombre del Señor, también.

Ermessenda hizo un esfuerzo físico para contener su estallido de alivio, intenso como el silencioso agradecimiento hacia aquella dominica que acababa de salvarle la vida. Guy y Arthur siguieron a sor Caritat camino a las cuadras, donde dejarían a los animales por la noche. Ermessenda, que les había entregado las riendas de *Violante*, los vio alejarse a paso ligero, liberados de la losa pesada que sus hombros venían cargando.

Ella, en cambio, se rezagó un momento más antes de ingresar al monasterio. Aún le quedaba un asunto pendiente. Retiró de su faltriquera las monedas prometidas al conductor del carro y se las entregó en mano, mientras éste la miraba de arriba abajo, una vez y otra. Su cómplice desanudó las sogas que sujetaban los cautivos al vehículo. Las rodillas de la mujer de busto generoso sangraban y su movilidad, antes seguramente holgada, estaba atrofiada por el dolor. Geoffroy y las tres cautivas bajaron del remolque. Ermessenda recibió el extremo libre de la soga que aún ataba a los cátaros entre sí. Los escudriñó con severidad.

—Un trato es un trato —dijo el conductor—. Que tengáis buena noche, doña Margarita. Ha sido un placer hacer negocios con vos.

La vida continúa

Verano de 1209
La Seu de Urgel, Cataluña
Al mismo tiempo

Guerau de Cabrera, el único hijo varón de la difunta Marquesa de Urgel, con una ceremoniosa rigidez que más que disimular su desazón la evidenciaba, cubrió el féretro cerrado con los estandartes de la casa de Urgel y la de Cabrera. Luego, aferró con determinación uno de los barrotes sobre el que descansaba el ataúd. Su cuñado Guillem de Cardona, su primo Nuño Sancho, y los hombres más cercanos de su corte lo imitaron. El dolor no le impediría gobernar el funeral de su madre, como gobernaba Urgel. Por su trayectoria, rango y cercanía, su vasallo y vecino, el vizconde Arnau de Castellbó, padre de Ermessenda, debía haberse unido a ellos en el esfuerzo. Pero se mantuvo al margen de la maniobra, escabulléndose entre la multitud como uno más. Dolça dudó si lo hacía por respeto o por desinterés, pero el horario tardío en que había aparecido en el velatorio, casi sobre el final, sumado a lo raído de sus calzas pardas, la hizo inclinarse por lo segundo. Este individuo no se cansaba de agraviar a su familia.

Los hombres que sí se habían dignado a prestarse como voluntarios elevaron al cajón de su base para emprender la procesión funeraria que lo depositaría en su lugar de reposo final. Allí, en el camposanto de la catedral, yacían los nobles y miembros prominentes de la comunidad. Más de uno de aquellos caballeros hubiera deseado trasladar a la hermosa Marquesa a su lecho de bodas, pero desgraciadamente ésta había perdido su tiempo aguardando al inviable Roger Bernard de Foix.
Una ola de recatado silencio recorrió la sala mientras el ataúd la atravesaba, traspasaba la puerta y la galería, y emergía por la Calle de los Canónigos. Los dolientes congregados se descomprimieron a la salida. Dolça se quedó atrás. Vio a su nieta mayor, Elisenda de Cardona, hija de su también difunta hija Sibila, apresurarse detrás de su escurridizo prometido, el vizconde Arnau de Castellbó. El mismo que venía eludiendo su compromiso matrimonial, firmado hacía seis años, y que hasta el momento ni siquiera se había acercado a su prometida para darle el pésame. Dolça la llamó con urgencia y la retuvo del brazo.

—Una dama jamás debe correr detrás de un hombre —la reprendió—. Deja que sea él quien te busque. O seguirá por siempre corriendo en sentido contrario.

La desolación del velatorio de su hija Marquesa no menguaría la tenacidad de Dolça para amparar a su familia. Elisenda, obediente, permaneció rezagada junto a su abuela, y lo mismo hizo Elo, sagaz esposa de su nieto Guerau y condesa de Urgel, acompañada de sus pequeños Guerau y Ponç. Esperaron a que la sala se vaciara.

Cuando quedaron a solas, la matriarca dio un profundo suspiro y clavó su mirada en la pintura de su languideciente familia. La partida del féretro de Marquesa hizo más evidente que nunca lo que todos debían estar pensando: a la avanzadísima edad de ochenta años, la anciana Dolça era, irónicamente, la única persona de aquel retrato que seguía con vida.

—Quedamos nosotros —le dijo Elisenda, como si pudiera leer sus pensamientos.

—¡Y ellos! —agregó Elo, señalando a sus pequeños bisnietos. Los bisnietos eran ciertamente un prodigio que pocas mujeres alcanzaban.

—Vuestros hijos ya no están con nosotros, pero vuestro legado vive, doña Dolça. El nuevo capítulo que se ha abierto para la casa de Urgel, con Guerau como su conde ¡será el más glorioso de su historia! Y Dios os ha premiado con una larga vida para presenciarlo.

—¡Entonces haz que Guerau obligue a ese huidizo de Arnau a honrar su compromiso con Elisenda! —replicó Dolça con energía—. Como bien dices, lo único que me queda en la vida es mi descendencia. La unión de Elisenda con ese hombre podría fortalecernos. Pero sus años de juventud pasan y el vizconde sigue postergando la boda, tal como hacía Roger Bernard con mi pobre Marquesa... ¡y mira cómo ha terminado!

Elisenda escuchaba ansiosa los planes y obstáculos que Dolça tenía para organizar óptimamente su vida.

—No se lo puede obligar, doña Dolça… El vizconde Arnau de Castellbó nunca ha aceptado a mi esposo como conde de Urgel, y continúa apoyando el absurdo reclamo de su prima, la niña Aurembiaix —recordó Elo, contrariada—. Ante semejante díscolo, la única manera sería acudir a las armas.

—Guerau necesita afianzar su posición como conde de Urgel, hasta que a ningún noble de la zona, ni siquiera ese mequetrefe, le queden ganas de repudiar su autoridad.

Elo asintió, ponderando ensimismada el alcance del pedido.

—En eso estamos y seguiremos —prometió—, pero ahora vamos a la catedral a despedir a vuestra hija. No queremos que el entierro comience sin nosotras.

Dolça de Foix inspiró hondo, en un intento de darse ínfulas para regresar al cortejo. En su soledad cotidiana se había desacostumbrado a las obligaciones sociales y le aliviaba la partida de los invitados. Unirse de nuevo a la multitud se le hacía insoportable. Sobre todo, porque en las agrias miradas de muchos, adivinaba más expresiones de reproche que de conmiseración.

—¡Creen que fue mi culpa! —se sinceró Dolça de repente, sorprendiendo a sus interlocutoras—. ¡Dicen que es el castigo de Dios por mis pecados! —Sus ojos, normalmente portadores de un frío implacable, estaban anegados de angustia.

—¡Nadie piensa eso, abuela! ¿Cómo se os ocurre? —la consoló Elisenda. Aunque Elo la contenía con sus brazos, su expresión no pudo ocultar un dejo de cinismo.

—¡Claro que lo piensan, e incluso lo dicen en voz alta! ¡Yo misma los he oído! —resopló Dolça —. Antes de ingresar al zaguán, cuando nadie había notado mi presencia, oí a unas damas susurrar conspicuamente. Decían que la muerte de mi hija fue un castigo divino, por haber sido una pésima madre. Que el año pasado, cuando murió Ermengol, yo festejé. ¡Que di gracias a Dios por el deceso de mi propio hijo! —bajó la voz para dejar salir, en un murmullo, una confidencia casi inaudible—. Y lo peor, es que en eso no se equivocan.

—Si así fue, teníais buenos motivos para hacerlo —matizó Elo, comprensiva y lúcida—. Ermengol era un hombre cruel y desalmado. Sentir un cierto alivio por su partida sólo es natural.

—¿Y si Dios no lo ha visto así y por ello me castiga? —preguntó Dolça permitiéndose una vulnerabilidad inaudita en ella. Sin solución de continuidad, el hilo de su voz demudó en un rugido grave y tenebroso —"Ah, sí, ¿celebras que muera tu hijo? ¿me lo agradeces?, pues bien, te los quito a todos" —ironizó, ya no sabía si con tristeza o ira.

Elo y Elisenda negaban rotundamente las afligidas elucubraciones de la aguerrida anciana, aunque el enfoque de sus respectivas negativas discurría por caminos distintos.

—No es vuestra culpa, abuela. No escuchéis a esas chusmas. Son las mismas que os llaman bruja. ¡Lo que ocurrió fue sólo la voluntad del Señor! —argumentó Elisenda, resignada.

—No estoy de acuerdo. Sí que hay culpables. Pero vos no sois una de ellos —discrepó Elo tajante.

—¿Culpables? ¿Qué dices? —indagó Dolça.

—¿Cuándo enfermó Marquesa? Cuando supo definitivamente que su prometido Roger Bernard burlaría su compromiso matrimonial, para para casarse con la hija de Arnau de Castellbó… la tal Ermessenda. Allí fue que se sumió en amargura y poco después empezó a enfriarse su corazón. ¡Por el desencanto! Ese hombre es culpable por humillarla, y la zorra de Ermessenda también, por haberle robado su prometido a Marquesa. Guerau así lo siente y no parará hasta vengar la afrenta a su madre. Ahora basta de remilgos y vamos a la catedral, que el entierro debe estar por comenzar.

Satisfecha por las ínfulas de la esposa de su nieto y por el proyecto de represalia, Dolça tomó el brazo que Elo le ofrecía y salió a la calle. Se sentía reconfortada de que no todos le recriminaran la desgracia acontecida. Los que más importaban, la familia que le quedaba, aún la respaldaban. Se unió a la multitud, elevó la vista al cielo y se secó las lágrimas. La vida continuaba.

El poder de la predicación

Verano de 1209
Monasterio de Prouilhe, Languedoc
Enseguida

Ermessenda cerró la puerta exterior del monasterio y dejó caer la cuerda con la que sostenía a los prisioneros para trabar el candado y alejar de su vista a aquellos esbirros de poca monta de Montfort.

—Ya no necesitaremos esto —dijo, y se aprestó a desatar en primer lugar a la mujer adolorida. Pero ésta dio un respingo hacia atrás. Temía ser maltratada por quien suponía su nueva captora. En medio de sus injustificadas contorsiones, Ermessenda desanudó con presteza sus manos, pies y mordaza. Enseguida hizo lo mismo con Geoffroy, que la ayudó a liberar a las dos jovencitas. Al verse libres, las hermanas se abrazaron con emoción; empezaron a hablarse por lo bajo, espiando de reojo a Ermessenda. El joven moreno no pudo contener sus demostraciones de cariño. Abrazó a sus compañeras de cautiverio primero, y a la señora de su castillo después, ante las caras desconcertadas de las primeras. La mujer más madura se masajeaba los hombros entumecidos y se frotaba las muñecas enrojecidas por la presión de las sogas, pero su gesto traspiraba miedo e incertidumbre.

Sor Caritat reapareció seguida por Guy y Arthur, visiblemente más relajados. Con una llave que llevaba en la cintura, la monja abrió la puerta que conducía al recinto principal del monasterio. Allí dentro hacía más frío que en el exterior. La única iluminación provenía de la llama languideciente de una cocina de piedra. Sor Caritat puso una olla a calentar sobre ella. También encendió con su fuego la punta de una ramita y, con ella, alumbró una a una las velas del rústico candelabro de hierro incrustado en la pared.

—Supongo que tendréis hambre —dijo, invitándolos a sentarse alrededor de una gran mesa redonda de roble que lideraba la sala—. Las hermanas se encuentran ya descansando. Pero la hospitalidad no sabe de horarios. Después de comer podréis descansar sobre la paja. Desde ya, deberéis respetar el silencio y absteneros de actos o rituales contrarios a esta casa del Señor.

Una gigantesca cruz exhibía a ese Señor amarrado en su tormento final. Era un símbolo que los cátaros tenían en baja estima, por decir lo menos. Las luces y las sombras se trenzaban a lo largo de las paredes de piedra, dando al ambiente un halo de misterio. Sor Caritat depositó sobre la mesa varías escudillas y cucharas, y cada tanto se retiraba a revolver su cacerola, ya humeante. A Ermessenda le crujían las tripas. No se había percatado hasta ese momento del colosal apetito que tenía.

Olía a incienso, paja, madera y humedad, hasta que el aroma de la sopa comenzó a hacerse más potente. En la mesa, ahora todos se miraban en silencio, demasiado temerosos para hablar.

Las prisioneras, que ante la ausencia de explicaciones seguían asumiéndose como tales a pesar de haber sido liberadas de sus ataduras físicas, observaban como ardillas asustadas. La palidez enfermiza de sus rostros confirmaba que aún creían que al día siguiente serían entregadas a

Simón de Montfort. Ermessenda habría querido desmentir sus temores. Darles la alegría de saberse libres. Pero era demasiado peligroso revelarlo enfrente de sor Caritat. La religiosa les había facilitado deshacerse de los cazafortunas, pero poco y nada se sabía de sus motivos, y menos de las verdaderas intenciones de las demás moradoras de aquella mole construida para extirpar el catarismo. ¿Querrían las monjas también cobrar de Montfort, entregándole ahora una partida más numerosa de herejes y sus cómplices? En su trato con los más encumbrados sacerdotes de la Iglesia de Urgel, Ermessenda había aprendido a desconfiar de la cordialidad excesiva.

El silencio reinante en el monasterio era inquietante. Sólo se oían los pasos suaves de sor Caritat yendo y viniendo para buscar la comida y la actividad de los utensilios que iba acercando a la mesa.

—Una reconfortante sopa de gallina con guisantes —anunció sor Caritat depositando la olla en el centro de la mesa—. Espero que la disfrutéis.

Ermessenda agradeció sonriente y tomó el cucharón para servir, mientras los demás intercambiaban miradas dubitativas. Era previsible.

Los cátaros no tenían permitido comer carne. Ni pollo, ni huevos, ni leche, ni queso, ni ningún otro producto derivado de los animales. Sin ser cátara, Ermessenda se había habituado a nutrirse únicamente de vegetales, tras cohabitar en el castillo con tantos *credentes* y escuchar una y otra vez los alegatos de Guy. La idea de ingerir carne nuevamente, después de tantos años, le suscitaba una palpable desazón. Sin embargo, su coartada reposaba en su capacidad para hacerlo. Se llevó la cuchara a la boca intentando disimular su temblor. “Es sólo un caldo” pensó, y lo degustó—. ¡Delicioso! —exclamó con una sinceridad que no lo parecía—. No tengo cómo agradeceros lo suficiente por vuestra generosidad, hermana.

Esbozando una sonrisa, sor Caritat se retiró del recinto, dejándolos solos por un momento. Entonces Guy no pudo más y estalló:

—¡No pienso comer eso! —expresó en un murmullo con tono de grito.

Cuando desenmudeció Guy, las tres mujeres del carro enmudecieron.

—Será mejor que hagas una excepción y tomes la sopa. Se supone que tú y Arthur sois católicos, como yo. ¡No querrás despertar sospechas! —respondió Ermessenda.

Con un dejo de aversión, Arthur probó su escudilla. Incluso Geoffroy y las prisioneras, que eran abiertamente *credentes*, degustaron las suyas sin protestar. Más preocupadas parecían éstas últimas por comprender lo que ocurría a su alrededor, con católicos que en verdad eran cátaros y mudos que en verdad hablaban.

—No es obligación de un *credente* abstenerse de los productos cárnicos, tío... —expuso Arthur —. Tú mismo me lo has enseñado. La prohibición absoluta corresponde sólo a los *perfectos*, y nosotros no lo somos. Así que come sin culpa. ¡Está buena! —agregó llevándose otra cucharada a la boca.

—¡Es muerte en estado puro! —se quejó Guy—. Aunque mi vida dependa de eso, no puedo comerme a un hermano animal... Ya bastante me habéis obligado a mentir con mi silencio. No mentiré también con mi alimento.

Las prisioneras, atónitas por el giro de los acontecimientos, interrogaron con sus miradas a Geoffroy. Éste asintió y explicó:

—Son mis amigos y son favorables a los *bons homes*. Han mentido acerca de su identidad para rescatarnos. Nadie nos entregará a Montfort. Hemos de pasar aquí la noche, pero mañana seremos libres.

Los rostros de las mujeres se hicieron de pronto más hermosos, iluminados por el alivio y la alegría. La vida volvía a fluir y colorear sus facciones. Justo en ese instante, sor Caritat regresó, cargando una hogaza de pan y una cesta de frutas. Las depositó en el centro de la mesa, y todos se abalanzaron sobre la familiar ración de los cátaros. Guy regresó al silencio, contento de poder alimentarse sin pecado. Ermessenda se preguntó si sor Caritat lo habría hecho a propósito. ¿Se había dado cuenta de que sus huéspedes eran *bons homes* y lo apañaba? ¿O estaba tanteándolo con algún ulterior objetivo? A fuerzas tenía que saber que lo de Margarita y su abuelo era puro cuento. Y sin embargo no había dicho nada.

Sentándose en el último banco libre de la mesa, sor Caritat preguntó acerca de sus invitados. Geoffroy se presentó con su verdadero nombre. Lo mismo hicieron las dos hermanas, Beatriz y Elise, oriundas de un humilde pueblo cercano llamado Bugarach. La otra prisionera, con el rostro surcado por las arrugas del tiempo y la dureza de la vida, se presentó como Odette, y sin rodeos, informó que solía vender su compañía en el pueblo vecino de Limoux.

Sor Caritat se santiguó. Después explicó que la misión del monasterio era ofrecer asilo a las herejes que desearan recuperarse, proporcionándoles una oportunidad para abjurar de la herejía y buscar una nueva vida bajo la guía y gracia de Dios. Se hizo el silencio. Sólo Geoffroy seguía dando ruidosos sorbos a la sopa.

—Doña Margarita os llevará mañana ante Simón de Montfort, y el futuro que allí os tienen reservado es la hoguera. Si queréis vivir, abjurad de la herejía y permaneced en el monasterio. Seréis bautizadas y evangelizadas y podréis tener una nueva vida en la gracia de Dios.

Las jóvenes Beatriz y Elise declinaron la oferta con amabilidad. Odette, sin embargo, ofreció una respuesta diferente:

—Hermana —comenzó con voz trémula—, he vivido una vida difícil en Limoux. Y en este tiempo de cruzada y caos... no deseo nada más que la paz. Estoy dispuesta a dejar de ser quien fui y abrazar la fe católica. Acepto vuestra generosa oferta.

Ermessenda calló con la mirada abierta a Guy, que amagó a decir algo, olvidando por un momento su papel. La aceptación de Odette de la propuesta fue recibida con alegría por sor Caritat, quien le ofreció una cálida sonrisa de bienvenida. En ese momento, una anciana monja se asomó desde el otro extremo del comedor. Cientos de arrugas surcaban su cara con signos de confusión e irritación. La luz parpadeante de una vela titilaba en su mano, pintando más sombras sinuosas en el relieve de su rostro. —¿Qué es tanto escándalo? —preguntó con tono de reproche.

Sor Caritat se acercó a la anciana.

—Todo está bien, sor Cristèla, tenemos invitados por esta noche, explicó con condescendencia. Tomando a la anciana del brazo, la guio de vuelta a su dormitorio.

Una vez solos nuevamente, Guy aseguró a Odette que sería libre al día siguiente y no necesitaba permanecer en ese monasterio. Pero Odette, acariciándose el cuello, insistió:

—Estoy cansada y desgastada por la vida que he llevado... y los constantes peligros de la Cruzada Albigense me tienen extenuada. ¡Hasta hace unos instantes creí que me esperaban las llamas!

Ermessenda le tomó la mano, comprensiva. Odette explicó que no quería volver a Limoux y que nunca había sentido tanta paz como en ese monasterio, en el que los únicos tres hombres que había parecían diferentes a los otros, y pronto se irían. Todos sintieron amargura ante esta decisión y sus causas, pero cada persona debía elegir su propio camino.

Ermessenda apiló las escudillas acabadas mientras los demás se acomodaban en la paja, prestos a descansar. Cargando la pila, salió al pasillo, donde reencontró a sor Caritat. Ésta tomó la vajilla y la depositó con delicadeza en el tacho de lavar. Mantenía su afable sonrisa, a pesar de que ahora ambas se encontraban a solas. Condujo a Ermessenda a un pequeño almacén anexo a la cocina, escondido de las miradas curiosas. Allí dentro había una variedad de objetos dispuestos ordenadamente en estanterías de madera gastada. Sor Caritat acarició con sus dedos gentiles varios de ellos, hasta seleccionar tres pequeñas cruces de madera atadas por cordeles. Eran cruces sencillas, sin adornos; sólo dos barras de madera cruzadas en un ángulo recto. Además, de un pequeño armario, la monja extrajo una botellita que contenía un líquido oscuro.

Ermessenda supo que estaba por saber qué sabía esa mujer, y qué haría con ello.

—Esto dará más realismo a vuestra coartada. Os ayudará a viajar seguros —anunció la extraordinaria sor Caritat, extendiendo las cruces y la botellita a Ermessenda—. Esos cazadores de recompensas son unos brutos buenos para nada, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que verdaderos devotos católicos llevarían cruces al cuello, no como tú y tus amigos. ¿No lo crees así, querida… Margarita?

La religiosa prolongó el silencio, del que se adueñó hasta romperlo:

» ¿O debería mejor decir… Ermessenda?

Oír su nombre en boca de aquella monja dominica le cortó la respiración. Sor Caritat sonrió con un aire de complicidad.

» No me recuerdas, hermosa niña… Estuve presente en tu casamiento hace no mucho, antes de que estos locos tiempos de cruzada comenzaran.

Ermessenda se frotó la nariz. Intentaba recordar, pero, sobre todo, ponderaba si estaba a salvo en manos de esta religiosa dominica que conocía su verdadera identidad.

» Te reconocí enseguida, y comprendí que mentías para proteger la vida de esos herejes. Dudé. Pero el Señor me iluminó con la certeza de que debía protegeros —la tranquilizó sor Caritat—. Como fiel seguidora de Domingo de Guzmán, estoy convencida de regresar a los herejes a la fe verdadera, pero sólo a través del diálogo y la predicación. Eso es lo que buscamos aquí. Ayudar a pecadores arrepentidos a volver al buen camino. ¡Como a Odette! Pero esta horrenda cruzada... —se llevó ambas manos a la cabeza—, las aberraciones que Montfort y sus hombres cometen en nombre de la Iglesia... eso no es... no puede nunca ser... la voluntad de Dios. Por eso decidí acogeros. Y el Señor me ha premiado iluminando a Odette para que enderece su vida.

Sor Caritat profundizó su sinceramiento sobre el repudio que sentía hacia las acciones de Montfort, revelándole imperdonables atrocidades que éste había cometido recientemente. Atrocidades que, aunque sor Caritat no lo sabía, involucraban a una víctima a quien Ermessenda conocía bien. Enterarse le causó náuseas y una horrible opresión en su corazón, pero el oprobio con el que sor Caritat lo denunció la hizo sentirse confiada de la autenticidad de su apoyo.

Con esta certeza, Ermessenda extendió las manos para aceptar sus obsequios. Sintió el frío de la botellita y la textura rugosa de las cruces de madera.

—Gracias, hermana —respondió, rebosante de agradecimiento genuino, al tiempo que se preguntaba qué sería la botellita y descartaba resignada que se tratara de algún licor.

Sor Caritat describió puntillosamente lo que debía hacerse con el líquido oscuro de la botella. Ermessenda asentía, consciente de la importancia de comprender al dedillo aquellas indicaciones. Su explicación convenció a Ermessenda de que esta vez la recordaría, y por siempre.

—El camino que os espera está cargado de riesgos. Quisiera poder hacer más por vosotros, pero mis oraciones, las tres cruces y, muy especialmente, el contenido de esta botella, son la mejor protección que estoy en condiciones de ofreceros —concluyó.

La gratitud envolvía el corazón de Ermessenda cuando regresaba al dormitorio comunitario. Con una sonrisa y nuevas dudas sobre cómo funcionaba el mundo, valoró a sor Caritat, satisfecha de confirmar que, incluso en el seno de una Iglesia corrupta, aún existían buenas personas.

El líquido negro

Verano de 1209
Camino a Carcasona, Languedoc
La mañana siguiente

Apenas pudo dormir. La noche anterior, sor Caritat había confiado a Ermessenda la última de las terribles noticias que circulaban. Simón de Montfort había tomado como rehén nada menos que a Serene de Toulouse-Lautrec. Una joven como ella, de su misma edad, entorno y condición social, prima del vizconde Trencavel, y cuyas manos Montfort venía cortando a pedacitos en su afán de convencer a Trencavel de entregar Carcasona.

La madrugada discurría aún en sus primeras horas, cuando Ermessenda, Guy y Arthur abandonaron el monasterio. Un coro de grillos cantando en la oscuridad, les dio la bienvenida a la intemperie. Sacaron los caballos de las cuadras. El eco de los cascos de *Mistral*, *Violante* y *Saltador* chocando con las piedras rompió la monotonía arrulladora de la noche antes de que el alba deshiciera su negrura.

La despedida de Geoffroy, Beatriz y Elise tuvo lugar entre penumbras, ya fuera de los confines del convento. No todas las monjas dominicas serían tan comprensivas como sor Caritat, y por ello era mejor que se alejaran de aquel lugar antes de que despertaran para el oficio de Maitines. Geoffroy, profundamente agradecido por haber recuperado la libertad que temía perdida para siempre, se ofreció para llevar a las muchachas que habían sido sus compañeras de cautiverio hasta su aldea. A falta de cabalgaduras disponibles, los tres marcharían a pie. Ermessenda contempló encargarle que dejara otra carta para su marido en Toulouse, pero la conciencia del peligro la disuadió.

—Ve directamente a Foix después de dejar a estas muchachas en su hogar —recomendó en cambio—. Elegid senderos peatonales por los que no puedan circular carros como los de esos malditos que os capturaron. Tardaréis más, pero estaréis más seguros.

—Eso haremos —asintió Geoffroy agachando su cabeza—, al fin y al cabo, eso somos… peatones —culminó, ahora con tristeza.

—Lamento mucho lo ocurrido a tu mulo —repuso Ermessenda, entristecida por la aflicción que entrevió en su mozo de cuadra.

—Cuando llegues a Foix —agregó Guy, poniendo una mano firme en el hombro del muchacho —, quiero que te encargues de *Fresia*. Será tuya, para reemplazar tu pérdida.

Geoffroy levantó la mirada, iluminado por una nueva esperanza.

—¡Te lo agradezco tanto, Guy! Pero *Fresia* es una preciosa yegua, demasiado valiosa para mí, un humilde doméstico del castillo, que sólo tenía una mula —protestó con sinceridad.

Pero la persuasiva voz de Guy insistió:

—Tenías un animal al que amabas, y fue cruelmente asesinado cuando cumplías nuestra misión. Como condestable de Foix, es mi prerrogativa determinar la distribución de cada equino. *Fresia* será tuya. Es una potrilla en plenitud, lista para iniciar su andadura como montura, pero que aún no ha sido asignada a jinete alguno. Te estaba esperando. Completa su adiestramiento y será la más noble cabalgadura que jamás hayas tenido.

Arthur, ansioso por partir, impidió que su amigo demostrara nuevos reparos. Zanjó el asunto dándole un abrazo y susurrándole al oído: —Te la mereces. —Con el corazón henchido, Geoffroy se despidió de los tres jinetes, y lo mismo hicieron Elise y Beatriz, con lágrimas en los ojos.

—¡No puedo creer que hayáis pagado a esos malandras cuatro monedas de plata por nuestra libertad, sin siquiera conocernos! —dijo la hermana mayor.

—¡Tenéis un corazón de oro! ¡Siempre estaremos en deuda con vos, doña Margarita! —añadió la más pequeña.

Los dos tríos de viajeros, uno montado y el otro a pie, partieron en direcciones opuestas tras despedirse entre abrazos, palmadas, y palabras de aliento, en un sentido adiós bajo el resplandor de la luna llena.

Había sólo una forma de llegar e introducirse en Carcasona, sin atravesar las tierras circundantes tomadas por los cruzados. Y no era una corta ni sencilla. Debían rodear los arrabales caídos, evitando especialmente la zona de Sant Vincent, en la que se alojaba el ejército de Montfort. Para ello, cabalgarían por el monte hasta el lado contrario de la *cité*. La atravesarían entera por fuera, resguardados por la tupida arboleda, y luego regresarían desde el oeste, andando por la vera del río Aude hasta ingresar por el burgo de Castelar, el único suburbio que aún quedaba libre de las garras cruzadas. La última línea de defensa entre Carcasona y los hombres de Montfort. Por ahora, el viento soplaba a su favor y el camino estaba libre.

Los primeros rayos del sol los sorprendieron a orillas del Hers. Un río angosto y poco profundo, de fluir lento y suave como un susurro, además de muy hermoso. Un lugar ideal en el que detenerse a descansar, abrevar a los animales y, sobre todo, llevar a cabo la tarea encomendada por sor Caritat. El agua reflejaba los colores acuarelados del precario amanecer, aún salpicado de estrellas. La pequeña playa de arena que descubrieron al alejarse apenas unos minutos del camino ofrecía un recodo lo suficientemente oculto como para que Ermessenda se atreviera a realizar allí mismo lo que se había propuesto.

—Cuidad el camino y no miréis hacia el río. Yo me resguardaré detrás de esos chopos. Debo quitarme la ropa para darme un baño. Por favor, mantened vigilancia y respetad mi intimidad.

Guy volvió a enmudecer. Fue Arthur quien respondió.

—¿Un baño ahora, señora Ermessenda? ¿Será necesario? ¿No es mejor llegar a Carcasona y que te bañes allí, en el castillo del vizconde Trencavel?

—No es un mero baño por vanidad. Es algo que tengo que hacer… Y he de demorarme bastante —explicó, mientras procedía a quitarse las botas de montar primero, y las capas superiores de su

brial después, quedando en camisa. Tomó entonces de su bolso, que ya había arrojado al suelo con las otras prendas, la botellita negra que la monja le había entregado. Como no consiguió abrirla se la dio a Guy. Éste, evitando con toda su voluntad que su mirada pecaminosa se entretuviera en las formas del cuerpo femenino que se traslucía bajo la sutil camisa blanca de lino, ni siquiera pensó en preguntar qué era aquella sustancia o qué pensaba Ermessenda hacer con ella. Se limitó a tragar saliva en forma pesada y devolver la botella ya abierta a su propietaria.

» Confío ciegamente en vosotros, y en vuestra discreción. Cuidad a los animales. Si veis que alguien se acerca, gritad para que me cubra de inmediato.

Ante el asentimiento de sus acompañantes, Ermessenda buscó el resguardo de la arboleda. Siguió avanzando hasta al río, y mojó sus pies en el agua. Estaba fría. Pero no tanto como para resultar insoportable en aquella mañana de pleno verano, en la que el calor de los primeros rayos solares ya entibiaba su piel. Cuando el agua le llegó hasta las rodillas, se quitó la camisa por sobre la cabeza y la arrojó a la orilla. Infló sus pulmones para armarse de valor y se sumergió completamente, dejando fuera del torrente sólo la mano derecha, que sostenía su botella abierta. Cuando volvió a emerger, el agua le llegaba hasta el pecho. El frío inicial enseguida fue reemplazado por una agradable sensación de frescura. Sus pies descalzos se apoyaban firmemente sobre el lecho del río, arenoso y gentil, mientras su suave corriente la acariciaba sin empujarla.

Con las instrucciones de la dominica resonando en su cabeza, vertió un poco del líquido frío, oscuro y espeso en la palma de su mano izquierda. Examinó con el índice de la otra mano su textura viscosa, y éste quedó manchado de negro. Asustada, se enjuagó el dedo con el agua del río y comprobó aliviada que la oscura mancha que la mezcla había imprimido sobre su piel se diluía fácilmente con el agua. Más convencida, se embadurnó las dos manos, ya sin reparos. Se llevó una mano a la cabeza, y luego la otra. Con diligencia, fue untando su cabello con la sustancia, intentando cubrir cada mechón en forma pareja, masajeando desde las raíces hasta las puntas.

—Es una tintura concentrada, hecha de henna, talco y cáscaras de nuez —había explicado sor Caritat—. Debes aplicarla, del modo que te indicaré, para oscurecer tu cabello. Si no lo haces, otros que te conozcan, o que simplemente hayan oído hablar de ti, podrían reconocerte por tu melena brillante, color del cobre, como lo hice yo. Tu rostro, y especialmente esa indomable cabellera rojiza como el sol del atardecer, no se olvidan fácilmente.

Mientras Ermessenda trabajaba con ahínco, los hombres se mantenían en alerta y expectantes. La mezcla fría de henna y nogal escocía en su cuero cabelludo. Su aroma terroso se mezclaba con el aire fresco, picándole en la nariz y los ojos. A pesar de la incomodidad, tenía que esperar a que la sustancia penetrara sus cabellos por varios minutos antes de enjuagarse. Cuanto más esperara, más negro quedaría el resultado, había explicado sor Caritat. Por ello, cuando completó la aplicación, apoyó la botellita sobre una piedra plana y, sin apuro, se dedicó a reflexionar sobre sus circunstancias.

Pensó en el suplicio de la pobre Serene de Toulouse-Lautrec, que Montfort había apresado para transar por una ciudad. El rostro estilizado y rozagante de la joven le vino a la mente con

escalofriante claridad. La recordó cantando y tocando el arpa para todos con una dulzura embriagadora. Ermessenda admiraba el ascendiente silencioso que Serene ejercía sobre su esposo Bertrán a quien, sin que se diera cuenta, volvía esclavo de sus designios con tan sólo una sonrisa. No quiso imaginarla ahora, encerrada y harapienta, magullada y encadenada, alimentada a pan y agua, y habiendo perdido dos ¿o tres? de sus habilidosos dedos. Se sacudió el pensamiento con brusquedad, porque era imposible de tolerar. Deseó con todas sus fuerzas que aquella joven fuera liberada de su tormento, pero enseguida reflexionó que, si Trencavel accediera a entregar Carcasona a cambio de su libertad, sería su querida amiga Alaïs quien pasaría a estar en la posición de la pobre Serene. Ella, y cientos de cátaros inocentes que serían encerrados, torturados y, en última instancia, quemados vivos en la hoguera. Por eso valoró la decisión del vizconde de no ceder a pesar de las presiones. Ella, en su lugar, haría lo mismo. No pudo evitar pensar en qué sucedería si ella misma cayera en manos de Montfort. Serene no había sido acusada de herejía, ni de ningún crimen. Era tan sólo una inocente prisionera de guerra. ¡Una buena católica! A pesar de eso, apañado por la indulgencia plenaria del papa, Montfort la flagelaba así. ¿Qué haría con Ermessenda que, además de esposa del heredero de Foix, era conocida por su cercano involucramiento con la comunidad cátara? ¿La mandaría a la hoguera por hereje o le arrancaría los dedos uno a uno, como a Serene, para negociar la rendición de Foix? Esto la llevó a preguntarse, muy a su pesar, qué respuesta recibiría Montfort si esto sucediera. Su esposo Robi lo daría todo por ella... no dudaría en abrir las puertas de su castillo al invasor y deshacerse de todas sus posesiones con tal de rescatarla... pero él no era el conde de Foix, sino su padre, Raimond Roger. ¿Hasta qué punto estaría su suegro dispuesto a sacrificar sus dominios por ella? Como fuera, era esencial que los hombres de Montfort no la reconocieran. Decidió dejar actuar la tintura un poco más.

Procurando no mojarse la cabeza, observó con curiosidad los distintos grupos de peces que circulaban por el agua cristalina... más rápido cuando nadaban en dirección de la corriente y más lento cuando iban en su contra. Mientras tanto, frotaba sus manos la una con la otra bajo el agua, intentando deshacerse de cualquier vestigio de tinta, especialmente debajo de las uñas, que era lo más difícil.

Arthur y Guy la esperaban a una cierta distancia sentados sobre el tronco de un árbol caído, detrás de la chopera. Siguiendo sus instrucciones, le daban la espalda. Ella, entornando los ojos, apenas llegaba a distinguir fragmentos de sus siluetas entre los troncos. Comían algo de pan mientras la aguardaban. Caballo, mulo y yegua, pastaban un poco más allá.

Cuando consideró que ya había trascurrido el tiempo suficiente, Ermessenda mojó la punta de su dedo con un puntito más de tintura y con él dibujó con cuidado los arcos de sus cejas. Minutos más tarde, metió la cabeza y el rostro en el agua para permitir que la corriente se llevara la tintura sobrante, ayudándose con ambas manos. Al hacerlo, una enorme mancha oscura se extendió como una nube líquida y tenebrosa sobre la superficie acuosa a su alrededor. Pero tan cristalina era el agua del río y tan eterno su fluir, que la negrura flotante pronto se diluyó por completo, devolviendo al torrente su transparencia paradisíaca. Al escurrir, delante de sus ojos, las últimas gotas oscuras de sus mechas delanteras, comprobó con admiración que su cabello le había quedado de un negro intenso y brilloso. Sintió una curiosidad irrefrenable por saber cómo se veía en su conjunto. Sin secarse, se calzó la camisa sobre el cuerpo humedecido y caminó por la orilla del río en busca de un charco que le ofreciera su reflejo. Lo halló en una gran roca ahuecada que se había llenado de agua estancada. Lo que vio allí la hizo sonreír. Apenas se reconocía a sí

misma, pero había un cierto encanto en esta nueva apariencia. Su pelo ahora era negro como el carbón, brillante bajo el sol naciente. Lucía parejo y casi natural, enmarcando su rostro con una expresión valiente y definida, más a tono con la adversidad que le tocaba enfrentar que su más ingenua, alegre y despreocupada cabellera cobriza. Imaginó la reacción de Robi al verla transformada, sus ojos azules brillando de asombro y luego, esperaba, aceptación. Se había enamorado de ella en su estado natural... con sus "rizos de fuego", como él solía describirlos con cariño. ¿Amaría también a esta Ermessenda morena? ¿La encontraría atractiva? ¿O le reprocharía haber arruinado las dotes naturales y poco comunes con las que había sido bendecida? Se vio a sí misma justificando ante su marido la urgencia de su disfraz, el peligro que enfrentaban y las vidas que se proponían salvar. Robi comprendería... tenía que hacerlo. Él le aseguraría que su belleza era inmutable y, como el fuego ahora latente de sus rizos, no podía ser opacada por pinturas ni encubierta por disfraz alguno. Pero su marido se hallaba en Toulouse... y ella iba camino a Carcasona. ¿Quién sabe cuándo se volverían a ver? Por ahora, la reacción más inmediata que también le intrigaba, y que enseguida conocería, era la de sus dos compañeros de viaje.

Regresó sigilosamente hasta ellos, y se les apareció de repente por la espalda. Ambos se pusieron de pie de un salto, sobresaltados al pensar que se trataba de otra persona. Pasado el desconcierto inicial, Arthur echó a reír a carcajadas y Ermessenda rio con él. La expresión seria y obnubilada de Guy, en cambio, reveló con meridiana claridad la admiración que lo embriagó al verla. Su antiguo maestro no podía apartar sus ojos de ella, lo que la hizo sonrojarse imperceptiblemente.

Deslumbrado por el cambio, Guy fue incapaz de ocultar su semblante embobado por el amor platónico que profesaba por ella. Ese *fin'amor* que, sabio como era, jamás confesaría pero que le era imposible disimular.

—Tu cabello… —titubeó, dejando la boca abierta en el círculo de la "o".

—Tuve que hacerlo —susurró la transformada dama, rompiendo el silencio demasiado cargado que se había instalado entre ellos—. Espero sepáis disculpar la demora, pero era algo que no podía esperar. Sor Caritat me entregó este botellín de tintura, que ella misma usa para cubrirse las canas. Dice que Dios lo ve todo y, aun bajo el velo, le gratifica honrarlo manteniéndose bella para Él. No quise decíroslo antes, pero la monja me ha reconocido. Me ha llamado "Ermessenda". ¿Podéis creerlo? Estuvo presente en mi boda y me identificó por mi cabellera. Desde el momento que abrió ese portón supo que era yo, y que mentía. Pero su corazón es tolerante y generoso, y, por eso me aconsejó esta metamorfosis. Tuvimos suerte con ella. No sería sabio correr el riesgo de que nuestros enemigos me reconozcan por mis rizos de fuego. Fue necesario apagarlos para pasar desapercibida, y ruego algún día poder volver a encenderlos.

—Realmente pareces otra mujer... ¡Hasta a nosotros nos has engañado! —observó Arthur, todavía risueño.

Guy asintió con su bien formado mentón, e intentó poner en palabras sus impresiones, pero se detuvo apenas comenzó: —Una mujer distinta, y verdaderamente...

"Hermosa" temió Ermessenda que iba a escucharle decir, "cautivadora", "deslumbrante", "misteriosa" …

» creíble —se reorientó Guy, más recatado y prudente—. Ese tono oscuro realza el contorno de tu rostro, y crea un contraste natural con el color miel de tus ojos... ¡como si hubieras nacido así! Una maniobra audaz, pero, debo admitir, con buenos resultados.

—Ahora es vuestro turno —indicó ella, que empezaba a divertirse, pero no bromeaba. Les extendió la botella que aún tenía bastante tintura—. Si vamos a ser familia, debemos tener colores de cabello similares.

Atrapados entre el recelo ante algo que, como la mayoría de los hombres, nunca habían hecho, la resistencia a seguir perdiendo tiempo valioso en el que debían estar avanzando y la conveniencia de mantener una buena farsa, tío y sobrino se miraban entre ellos, vacilando.

—Ven, acércate —instruyó Ermessenda a Guy y éste obedeció sin pestañear. Con detalle de artista, la joven noble remojó su dedo índice con una pequeña cantidad de colorante y pintó con él los lugares adecuados en las cejas, patillas y breve barba del maestro y condestable. La garganta de Guy tragaba abundante saliva. Arthur era lampiño como un bebé, pero sus cejas abultadas brillaban con un tono anaranjado que se intuía rebelde, por lo que Ermessenda aplicó sobre ellas una capa más profusa. Al finalizar, les extendió la botella para que ellos mismos se echaran la mezcla en el resto del cabello. Era demasiado tarde para volverse atrás. Los hombres se desvistieron y se adentraron en el agua, mientras ella desayunaba y vigilaba el camino. Cuando estuvieron listos para retomar su camino a Carcasona, eran personas renovadas: El cabello corto de Guy se veía de un tono gris oscuro, salpicado por escasas canas, mientras que sus prolijos vellos faciales, ahora oscurecidos, enmarcaban sus ojos celestes como el cielo, haciéndolo ver diez años más joven. Arthur, por su parte, no había dejado actuar el producto por el tiempo suficiente, por lo que su cabello, ahora castaño, dejaba entrever unos mechones todavía anaranjados que el muchacho ajustó como acostumbraba, en una colita detrás de la nuca. Ese efecto bicolor podría ser natural en algunas personas, se dijo Ermessenda, aprobando el resultado con una sonrisa.

Antes de montar, la joven distribuyó los colgantes con la cruz que sor Caritat le había regalado. Eso completaría su disfraz en forma perfecta.

—No lo haré —se empacó Guy, previsiblemente—. La cruz no es más que un símbolo de muerte y tortura. Representa la corrupción y la opresión de la Iglesia Católica.

—Lo sabemos, tío —ayudó Arthur, que ya se había colocado la suya—, pero en este caso, estarías utilizándola como un medio para protegerte. ¿No crees que es justificable en circunstancias extremas?

Guy negó con la cabeza

—Para nosotros, los cátaros, la autenticidad y la coherencia con nuestras creencias son fundamentales. Usar la cruz es traicionar nuestros principios y renunciar a…

Menos paciente, y consciente del poder hipnótico que su feminidad ejercía sobre Guy, Ermessenda se pegó a él interrumpiendo su perorata sin palabras. Pasó, sin prisa, los brazos que sostenían el colgante por encima de su cabeza, y con su nariz apenas a un palmo de la de él, lo

miró a los ojos y susurró con serenidad: —No vamos a tener esta discusión.

Cuando él consiguió recuperar el aliento, la cruz ya llevaba un buen rato colgada de su cuello.

II
La grieta
Verano de 1209

Sansâme

Verano de 1209
Campamento cruzado en Sant Vincent, Languedoc

Bajo el fulgor intolerable de un sol que parecía aliado del enemigo, en el recién doblegado suburbio de Sant Vincent, la bulliciosa barraca cruzada hervía de actividad. Su planta se extendía entre las bases de cientos de troncos talados, a lo largo de la ribera, allí donde antes sólo había bosque. Del otro lado del río Aude, la *cité* de Carcasona se pavoneaba de contar con una de las mejores defensas de la región. Su empinada colina estaba coronada de robustas murallas dobles, flanqueadas por numerosas torres semicirculares, inmutables ante el persistente acecho. La *cité* parecía desafiar con irreverencia las pruebas del tiempo y la guerra y con desvergüenza se ufanaba de ser un nido gigante de herejes. Era un monumento pétreo de resistencia y robustez que aguardaba vanidoso la embestida de los cruzados. Pero pronto, muy pronto, debía caer.

Un hombre de estatura mediana, rasgos duros y una inusitada fortaleza para quien ya ha entrado en la cuarentena, se paseaba a paso firme por las instalaciones, imponiendo pavor entre los trabajadores que conducía. Sus ojos pequeños, grises como su cabello corto, señalaban, a quien supiera ver, que aquel individuo no se desvelaba por los colores de la vida. La música, el placer, los lujos, las tragantonas... no eran más que distracciones de poca monta con las que se entretenía la gente común. Para Simón de Montfort sólo existían el blanco y el negro, la honra y la deshonra, ganar o perder.

En una esquina de la barraca, hombres sudorosos se esforzaban por cargar pesados troncos en un carro. Otros, más precisos y metódicos, trabajaban con herramientas sencillas pero efectivas: martillos, sierras, cinceles, formones. Docenas de máquinas de guerra se alzaban en distintos estados de construcción; nacían a la vida y, gracias al milagro de la ingeniería bélica, sus precarios cimientos se transformaban en monstruos amenazantes.

A estas alturas, ya era innegable que el vizconde Trencavel, presa de su inútil tesón, no negociaría la rendición de la ciudad. Lucharía por retenerla hasta su último aliento. Los dedos sueltos que recibía a partir del secuestro de su prima Serene no parecían conmoverlo. Ese recurso, por el que Simón tanto había apostado, venía demostrándose de escaso valor, y naturalmente se agotaba. Pronto se daría el gusto de enviarle a Trencavel la cabeza de esa riquilla consentida en un cofre forrado de terciopelo, para aleccionarlo sobre las virtudes del diálogo y los peligros de la testarudez.

Testarudez que no le dejaba más remedio que rendir aquella endemoniada ciudad por la fuerza. Y eso requería, primero, la toma del Castelar, un burgo amurallado, anexo a Carcasona, que actuaba como escudo protector de la *cité*. Este era el objetivo más inmediato, que significaría un avance fundamental de los cruzados hacia el premio final. De las máquinas que allí se estaban gestando pendía el éxito o el fracaso del asedio.

Las cuatro trebuchets, dos de las cuales ya estaban terminadas, eran armas novedosas, nunca vistas en la cristiandad. Montfort había aprendido de esta tecnología en la cuarta cruzada, plantando espías entre los sarracenos para que copiaran los planos. Ahora, había llegado su

momento de hacer historia, sorprendiendo al enemigo e impresionando al mundo entero. Con el uso de un contrapeso, la trebuchet arrojaba formidables proyectiles a una altura fabulosa. Estos describían una parábola, pasaban por encima de las murallas, adquirían una velocidad extraordinaria, y se desplomaban sobre los edificios, destruyéndolos y aplastando como hormigas a quienes estuvieran adentro. Los foneboles, en el extremo opuesto del repertorio, arrojaban las piedras hacia adelante, con gran potencia, usando un mecanismo similar al de una ballesta. Servían para acosar a pedradas una muralla hasta primero agrietarla, luego perforarla y, en última instancia, abrir brechas que permitieran a los cruzados incursionar en la ciudad. Estas dos maravillas técnicas serían suficientes para someter el Castelar, el necesario preludio para hacerse de la *cité*.

Pero las murallas dobles de Carcasona no podrían doblegarse tan fácilmente. Para ellas, Montfort tenía reservada la pieza estelar de la colección. El enorme almajeneque, todavía en elaboración, sería capaz de arrojar mortíferos bolaños con la precisión justa para caer sobre las gruesas murallas dobles y despedazarlas. Su estructura era similar a la de una trebuchet, pero su tamaño monstruoso, la exactitud de su alcance y el tremebundo peso de los proyectiles que lanzaría, lo haría aún más poderoso y demoledor. Cuando esa máquina estuviera terminada, Carcasona no tendría ninguna posibilidad.

El comandante Simón de Montfort miró hacia la distante Carcasona. Aunque una tenue bruma lo privaba de los detalles, sabía que allí, desde las almenas, los defensores estarían pasmados por las siluetas de los prodigios de madera que se levantaban a lo largo de la ribera. Catapultas, foneboles, trebuchets y el almajeneque... armas de asedio de un poder incomparable, ávidas por desgarrar las sólidas murallas de la *cité*.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. El maldito Trencavel y su corte de cátaros debían de estar temblando ante la visión cada vez más espeluznante de lo que se les venía encima. Pero Simón sabía muy bien que el miedo y la desesperación podían desencadenar cualquier locura. Ninguna precaución era excesiva para proteger las valiosísimas máquinas de eventuales ataques furtivos.

Por eso, la presencia de soldados cruzados estaba tan impregnada en el lugar como el aroma a madera. Armados hasta los dientes y protegidos por armadura completa, vigilaban desde el perímetro vallado de la barraca. Además de prevenir día y noche cualquier intento enemigo de dañar estas imprescindibles criaturas técnicas, los militares eran los ojos de Montfort en aquel lugar. Controlaban que los trabajadores cumplieran a rajatabla las órdenes de su comandante y la agenda febril que les había impuesto.

Simón de Montfort había emplazado estratégicamente la barraca: fuera del alcance de tiro enemigo, pero suficientemente cerca para trasladar las máquinas a las puertas de Carcasona una vez que estuvieran listas. Para ello, había ordenado a Lucien Legrand, el renombrado ingeniero militar de la cruzada, que produjera las máquinas con partes transportables de fácil ensamblaje.

Con el paso firme y decidido de quien no tiene tiempo que perder, Simón caminaba entre las máquinas de guerra revisando el avance de su encargo. Lucien Legrand, de ojos agudos y manos ásperas, se esforzaba por mantenerse a su ritmo, avanzando en zancadas apresuradas mientras recorrían el sitio de construcción.

Un mastín negro de gran tamaño y de aspecto aterrador acompañaba los pasos de Simón. En verdad, nunca se despegaba de él. El voraz *Sansâme* cuidaba las espaldas de su amo día y noche, como uno de sus mejores soldados. Quizás el más implacable de todos. Legrand parecía amedrentado por la presencia del animal, y miraba a cada rato hacia su lado, pendiente de una posible reacción violenta.

—No os preocupéis, ingeniero. *Sansâme* no ataca a nadie, a menos que yo se lo pida.

El perro paró las orejas y clavó la mirada atenta en su amo al escuchar su nombre. Descubrió un pequeño trecho de sus colmillos. Sus fauces comenzaron a gotear saliva, expectante de una orden. Simón valoraba la disposición siempre ávida de acción de su fiel compañero. Su nombre, que en francés significaba "sin alma", expresaba una postura filosófica. Era una declaración pública de su desacuerdo fundamental con la blasfemia de los cátaros, que tenían el risible descaro de sostener que los animales poseían un alma inmortal, igual a la de los humanos. Dada la brutalidad con la que *Sansâme* acometía a sus víctimas, y de las muchas vidas que ya había cercenado en obediencia a su amo, muchos creían que su nombre significaba simplemente "desalmado". A Simón esta posible interpretación no le pasaba desapercibida. Al contrario, la conocía muy bien, y le satisfacía. El temor y respeto que infundía el animal no eran más que una extensión de su propia autoridad.

Legrand continuó detallando la evolución de las obras y lo que faltaba para finalizarlas. Pero costaba escucharlo. El estruendo del entorno acallaba la voz titubeante del ingeniero. El canto de las sierras penetrando la madera, el crepitar de las forjas, las voces de los hombres gritándose pedidos e instrucciones, y, encima de todo, el chasquido metálico de los martilleos constantes, impedían comprender cabalmente los conceptos que su subordinado intentaba transmitir. —¡No veis que estamos tratando de hablar! —reprendió Simón al grupo de trabajadores más cercano, que estampaban ruidosamente cientos de clavos sobre el gigantesco almajeneque. Los hombres obedecieron al instante. Dejaron los martillos en el suelo y se irguieron en fila con los brazos al costado, los rostros y las ropas empapados de sudor. Simón consideró ofrecerles un descanso a la sombra, pero no había tiempo para eso. La explicación del ingeniero sería breve, y enseguida la actividad debía reanudarse. Esa máquina colosal sería la pieza clave del asedio a Carcasona, la llave de la victoria final.

—Mirad, mi señor —comenzó Legrand, señalando el esqueleto de madera tan alto como cinco hombres, uno parado encima del otro—, esta es la base de nuestro futuro almajeneque.

El barullo continuaba en el resto de la barraca, con decenas de grupos esmerándose sobre otros ensamblajes, pero al menos ahora, silenciado el golpeteo más cercano, Simón podía oír a su interlocutor.

» Cuando esté completo —siguió el experto—, su brazo será capaz de estrellar proyectiles del tamaño de ruedas de molino contra las murallas de la ciudad.

Simón asintió. Sus operaciones de cálculo se perdieron entre los cimientos de la inmensa mole que comenzaba a formarse, y su imaginación se abocó a completarla. Su altura cuadruplicaría la de cualquiera de las otras armas de asedio. Cerró los ojos y vio en su mente la tensión en los gruesos cabos de cáñamo ya instalados, el vasto contrapeso de piedra, colocado en su posición

final, y el larguísimo brazo de madera del almajeneque, impaciente por desatar su furia sobre la ciudadela. Bloques de piedra enormes, algunos tanto como un buey, estaban apilados ordenadamente, preparados para alimentar a esta bestia de guerra.

—Que se den prisa, Lucien. Quiero que esa máquina esté escupiendo piedras al Castelar antes del fin de semana —exigió Simón.

—¿Este fin de semana? Eso es... ¡imposible! —planteó el ingeniero, sin suficiente timidez.

Sansâme gruñó instintivamente ante esta respuesta negativa; sus músculos se tensaron. Simón era capaz de apaciguarlo con sólo una mirada, pero no lo hizo. Él también había enfurecido.

Una gota de sudor comenzó a rodar por la frente del ingeniero militar. Podía olerse su temor, disimulado por el punzante olor a madera recién cortada, el sudor hediondo de los trabajadores acalorados y el humillo metálico del hierro candente de la forja. Tieso y tartamudo, Legrand intentó explicar:

» Señor, sólo decía que en la barraca no hay madera suficiente para completar todas las máquinas… y las escaleras de asedio que nos encargasteis —Tragó saliva, mirando de reojo a *Sansâme* que continuaba gruñendo—. Como hemos talado todos los bosques de la zona, para obtenerla deben talarse otros más lejanos. Eso llevará varias semanas. Tal vez un mes...

—¡¿Un mes?! —gritó Simón irascible. El perro ladró y comenzó a dar pequeños pasitos hacia el ingeniero—. ¡No tenemos un mes!

El tiempo apremiaba y la presión de la victoria recaía sobre sus hombros.

No había suficiente madera... le decían, y sin embargo él no veía otra cosa que cantidades ingentes de ese preciado material por todos lados. Señaló a los hombres que estaban hachando troncos para cargarlos en los carros. —¿Y todo eso? —preguntó, desconfiado. Aquellos enormes troncos apilados parecían más que suficientes para completar el almajeneque, cientos de escaleras, y varias máquinas más.

—Me temo que esa madera la ha solicitado el arzobispo Amalric, señor. La necesita en la plaza central del suburbio para su... bueno, para sus “propósitos religiosos” —explicó Lucien Legrand.

La ira de Montfort se encendió aún más al cambiar de destinatario y comprender las intenciones de Arnaud Amalric. El arzobispo de Narbona y legado papal Amalric, un fanático cegado por la fe, a quien la ignorancia privaba de cualquier sensatez práctica pero que el Papa Inocencio le había adosado, era un desafío constante para Simón. Guiado por su irracionalidad, Amalric pretendía desperdiciar esa desquiciada cantidad de madera simplemente para quemar con ella a los herejes cátaros.

—¡Que dejen de hachar ahora mismo! ¡Esos carros no van a ninguna parte! —bramó, marchando hacia donde se hallaban los leñadores. *Sansâme* se sumó corriendo tras él con furibundos ladridos en dirección a los hombres de las hachas. A su paso, la exhibición de su mandíbula asesina aterrorizaba a los trabajadores, obligándolos a abandonar su tarea por temor a provocar la furia final. —¡Descargad toda la madera!

Llamó al perro, y los hombres lo obedecieron.

» ¿Es suficiente para terminar el almajeneque? —preguntó Simón a Legrand.

—Eh... sí, señor, puede serlo... o al menos se aproxima bastante a la cantidad necesaria, pero el señor arzobispo...

—¡El inútil arzobispo tendrá que esperar para sus fantochadas! ¡La guerra es nuestra prioridad! —Simón resopló. Una ocurrencia vino a su mente. —Hace rato que veo a estos hombres cargando carretillas en esa dirección. ¿Hay más madera en la plaza?

—Sí, señor. ¡Muchísima! Aproximadamente el doble de la que hay aquí. El arzobispo Amalric ha mandado a construir una pira gigantesca en la plaza, para los herejes de Sant Vincent. Está organizando un acto público de incineración masiva para mañana.

—Pues mandad a traer de vuelta esa madera aquí sin perder tiempo.

Su voluntad se hizo. A pesar de la dualidad de autoridad entre el líder militar y el líder religioso de la cruzada, éste último exceptuado de los poderes físicos del militar, la supremacía de Montfort era innegable. Comandaba a los hombres de armas, que a su vez disponían sobre los demás. Como había enseñado a través de pasados ejemplos, con una simple orden podía eliminar a quien se atreviera a desobedecerlo.

Pronto las carretillas comenzaron a regresar a la barraca rebosantes de abundantes ramas y troncos, algunos de considerable tamaño. *Sansâme* se echó al suelo. Su ánimo relajado hacía eco de la satisfacción de su amo ante la llegada copiosa de la preciada materia prima.

La paz no duró demasiado. Perro y hombre se pusieron en alerta cuando, entre la multitud que regresaba con la carga, emergió una figura que ambos reconocían y con la que la tensión no hacía más que crecer día a día: Arnaud Amalric. Los mofletes rechonchos del prelado y su enorme nariz redondeada, aún más rojos que de costumbre, parecían granadas maduras. Sus imprecaciones competían con los ladridos desaforados de *Sansâme*.

—¿Quién os habéis creído que sois para desmantelar mi pira? ¡Exigid inmediatamente a vuestros hombres que devuelvan mi madera a la plaza de Sant Vincent, o la furia de Dios recaerá sobre todos vosotros!

La imposibilidad de administrarle un correctivo físico a ese hombre, so pena de perder el favor de Roma, le hacía hervir la sangre.

—No es vuestra madera, Arnaud, sino la madera de la cruzada —repuso Simón, inmutable—. Y como su brazo militar he dispuesto que se utilice para completar nuestras armas de asedio, que son de alta prioridad estratégica. Los herejes pueden esperar, y, si tanto apuro tenéis por ejecutarlos, hay formas más simples de hacerlo... y menos inconvenientes. La espada... la horca.

—¡Impiadoso! ¡Sacrílego! —clamó Amalric, espantado—. La hoguera es la única respuesta compasiva a la herejía. ¿No lo entendéis? —hundió su mirada desorbitada sobre la del mastín,

que lo aturdía más que asustarlo.

Sin ocultar su mueca de cinismo, Simón dirigió un chistido a *Sansâme* para disminuir el bullicio. El perro dejó de ladrar, y se sentó a rascarse una oreja. Amalric, aplacado por el repentino silencio, continuó su argumentación en un tono lastimero, casi cómico.

» Esos herejes impenitentes sufrirán el fuego eterno del infierno, a menos que nosotros, con amor y misericordia, salvemos sus almas. Es nuestra obligación de cristianos darles la posibilidad de redimirse en el más allá. Sólo las llamas de la hoguera en la tierra purgan sus pecados y evitan el castigo eterno. ¡Si los ejecutáis de cualquier otra forma, y los priváis de nuestro fuego los condenáis a las llamas del infierno por toda la eternidad!

Descartando con frialdad la cháchara de Amalric, Simón se dirigió a Bouchard de Marly. Éste era su segundo en el mando, un hombre alto, leal y eficiente que se había acercado a la barraca ni bien sus hombres lo alertaron del alboroto.

—¿Cuántos cátaros capturamos en Sant Vincent? —le preguntó.

—Unos cien, entre *perfectos* y *credentes*, mi señor.

Conforme con la respuesta, el comandante dio orden a Marly de lo que debía hacer con los herejes. Este asintió y marchó con una escolta de diez caballeros hacia las mazmorras en las que los tenían recluidos.

Amalric se quedó de una pieza, dudando si correr tras Marly o permanecer junto a Montfort en un último intento de convencerlo. La velocidad con la que se alejaban los hombres de armas y la corta extensión de sus cansadas piernas lo hicieron decidirse por lo segundo.

—Pero ¿Qué decís? ¡Os habéis vuelto locos! ¡Habéis ordenado una aberración! ¡Detened a vuestros hombres antes de que desaten la ira de Dios! —Los ojos celestes clarísimos del prelado brillaban con desesperación en su rostro carmesí. Simón sospechaba que lo movía más el morbo asesino de ver arder a esos herejes que la misericordia que declamaba. Se dio media vuelta para regresar al campamento. Sus instrucciones habían sido precisas y ya nada quedaba allí por hacer.

» ¡Detened la salvajada que ordenasteis, o las consecuencias que caerán sobre vosotros serán devastadoras! —clamó Amalric, sin aliento, desde su espalda, incapaz de seguir su paso vigoroso.

Sansâme no esperó a la orden de Simón. El cura gordinflón ya se estaba excediendo en su desacato. Sus gritos irreverentes no podían ser tolerados así como así. En forma rápida y precisa le asestó un tarascón en el tobillo y se quedó aferrado a él. A pesar de los chillidos de Amalric, esta vez *Sansâme* mordió con fuerza medida, como si intuyera que, para su amo, el carnoso arzobispo merecía un cierto respeto a desgano, y no debía ser castigado en toda su extensión. Aquello alcanzaría. A pedido de Simón, *Sansâme* liberó la pierna del primado, quien quedó adolorido y refunfuñando. El esfuerzo que le insumía contener sus insultos hizo que su rostro, más que rojo, se tiñera de morado. Pero había entendido que sus improperios sólo le granjearían nuevas afrentas. Por eso profirió su amenaza final en voz queda: —Informaré al papa de lo sucedido y él os depondrá de vuestro puesto.

Inocencio no lo haría. Era un hombre práctico y sabía que nadie más que Simón de Montfort sería capaz de liderar una cruzada lo suficientemente pujante como para erradicar de cuajo la herejía y recuperar el Midi para Francia, el aliado natural de la Santa Sede. Sólo él estaba llamado por Dios para esta noble tarea, y el papa lo sabía. Para cuando las acusaciones del remilgoso arzobispo llegaran a sus oídos, Carcasona ya estaría en sus manos. Inocencio estaría deleitado por la anexión y cualquier queja sería ignorada. Y querría ir por más. No pararía hasta reconvertir y reconquistar todo el Languedoc y no había hombre en la cristiandad más apto que él para lograrlo. Sólo con su liderazgo, su estrategia y su implacable severidad, la rebelde Occitania, que había pertenecido al reino francés en época de Carlomagno y que hacía ya dos siglos se daba ínfulas de independencia, volvería a caer bajo el influjo del eje París-Roma.

Simón echó una mirada atrás a la barraca y *Sansâme* lo imitó. El arzobispo, desbordante de irritación, seguía revisándose el tobillo. Que el mastín de Montfort hubiera atacado a un alto mando de la Iglesia podría considerarse una falta grave, pero no podrían inculparlo porque él no lo había ordenado. Al menos no con palabras. Las habilidades de su animal volvían a maravillarlo. Además, Simón y sus hombres contaban con una indulgencia plenaria del papa, que perdonaba de antemano cualquier pecado incurrido durante la cruzada. En ese contexto, el infierno y la ira de Dios no eran amenazas creíbles.

Los hombres habían reanudado las obras, ignorando las quejas del maltrecho prelado. La madera recién recuperada ya se estaba utilizando con sabiduría. Al apreciar la sincronía de movimientos y el esfuerzo colectivo, Simón no pudo evitar un gesto de aprobación. No podía preocuparle menos el destino de las almas de los herejes. Ellos habían elegido alejarse de Dios. Era justo que cargaran con las consecuencias de sus actos en el más allá. Bien merecido tenían el suplicio eterno. La quema masiva de los herejes capturados habría sido un imperdonable desperdicio de recursos. Él tenía un plan muy superior para esas maderas, ¡y también para esos cátaros!

El acueducto

Verano de 1209
Château Comtal de Carcasona, Languedoc

El Gran Pozo, único suministro de agua de la *cité* amurallada de Carcasona, amaneció semivacío, turbio y maloliente. Los ciudadanos más madrugadores, alarmados por la amenaza de sed que esta visión implicaba, mandaron a despertar al vizconde Trencavel. Respondiendo a la urgencia con el vigor arrebatado de sus veintinueve años, Trencavel se presentó acompañado de su senescal, Yves Renaud. Los mechones castaños dorados del cabello del vizconde y su barba rala del mismo color enmarcaban un rostro de ojos fulgurantes, cargados de un arrojo que parecía retar al propio destino. A su lado, el senescal Renaud, con su mirada aguda y su gesto reflexivo delineado por su tiesa cabellera blanca, equilibraba la impetuosidad de su señor.

La situación era desesperante. El agua del Gran Pozo no provenía de una napa subterránea, sino del río Aude. Todas las generaciones de vizcondes, desde el legendario Bernard Ato, habían ordenado excavaciones en busca de acuíferos, pero ninguna había conseguido hallar uno con la suficiente cantidad de agua como para abastecer las necesidades de la población en tiempos de asedio. Por eso, se había construido un acueducto capaz de introducir dentro de la *cité* las aguas del Aude, cercano a las murallas, aunque exterior a éstas. El acueducto, una brillante obra de ingeniería erigida casi un siglo atrás por orden del bisabuelo de Trencavel, había abastecido a la *cité* con agua potable de manera confiable y segura desde su construcción. Diseñado para aprovechar la fuerza de gravedad, transportaba agua fresca desde el río hasta el Gran Pozo. Había sido calibrado de tal manera que suministraba la cantidad precisa de agua necesaria para llenar el Gran Pozo sin desbordarlo. Para administrar el flujo sobrante, se había construido un conducto de desagüe más estrecho en el extremo contrario del Gran Pozo. Este canal de desbordamiento devolvía el agua al Aude río abajo, manteniendo así un equilibrio perfecto entre la afluencia y la salida de agua. Hasta hoy. El tono amarronado del Gran Pozo y la disminución de su nivel evidenciaban que los cruzados, finalmente, habían logrado burlar sus sólidas medidas de seguridad. ¿Pero cómo?

Trencavel y Renaud, cortejados por decenas de curiosos, observaban azorados el escueto hilo de un fluido denso, del color del vino tinto que ingresaba al pozo por donde antes brotaba el agua, constante y generosa. El hedor del pozo era cada vez más nauseabundo; las moscas comenzaban a revolotear. Trencavel convocó con urgencia al *aquarius* Durand, encargado del mantenimiento del acueducto, y a todo su equipo de operarios, albañiles y artesanos. Pero mientras esperaban su llegada, para no perder un tiempo que podía ser decisivo, mandó a cerrar de inmediato las dos compuertas del acueducto: la de entrada, para evitar que el líquido putrefacto siguiera contaminado el agua del pozo, y la de salida, para no perder la poca agua que quedaba, y que necesitarían para subsistir.

Detener la entrada de agua hacia la cité era como provocar la salida de sangre de un cuerpo; no se podía sobrevivir por mucho tiempo así.

Cuando el *aquarius* finalmente se hizo presente, aprobó efusivamente las clausuras de emergencia dispuestas por el vizconde. Luego de un reconocimiento general, quiso ascender a la

muralla para inspeccionar desde la altura el estado del acueducto. Trencavel, su senescal, y una decena de operarios del *aquarius* lo siguieron con premura. El tubo de piedra sólida que protegía al conducto principal estaba intacto. Esta estructura era suficientemente estrecha para impedir el paso de un hombre, limitando la posibilidad de que intrusos o saboteadores accedieran a la ciudad a través de las tuberías. Los rostros, que uno tras otro fueron adoptando las marcas de la consternación, evidenciaron que todos ya habían deducido lo que estaba pasando, aunque nadie se animaba a declararlo. El vizconde lo dijo: ni más ni menos que la entrada del acueducto en el río Aude había sido descubierta y violentada por Montfort. No era para sorprenderse. Aquel importante acceso quedaba en el suburbio de Sant Vincent, que había caído en manos de los cruzados hacía varias semanas. Aunque se ocultaba entre rocas y vegetación, este disfraz natural había sido identificado y desmantelado. ¿Pero qué había hecho exactamente el pérfido agresor?

—Para descifrar la naturaleza del problema, debemos enviar exploradores hasta la apertura del acueducto —sugirió el *aquarius*.

—¡Eso es un suicidio! —se alarmó Renaud—. La boca del acueducto se encuentra en manos de Montfort. Cualquier expedición hacia allí sería detectada y aniquilada.

—En tal caso, me veo obligado a proponer un plan más radical —respondió Durand con pesadez en su voz—. Debemos perforar el conducto de piedra del acueducto, lo más cerca posible de nuestras murallas y fuera del alcance de los malditos franceses. Así, quizás, podremos identificar y eliminar el bloqueo que retiene el agua y causa este tufo insoportable. Aunque reconstruirlo posteriormente será un desafío, no veo otra opción viable.

Tras una pausa ponderativa, Trencavel asintió y proclamó firmemente: —Sea. Pongámoslo en marcha.

Observando el despliegue desde lo alto de las murallas de la *cité*, Trencavel y Renaud veían con aprehensión a sus hombres avanzar bajo la guía experimentada del *aquarius* Durand. Estos empezaron a picar las piedras sólidas que cubrían el acueducto, fuera de las murallas mayores de la ciudad, pero protegidos por las fortificaciones más endebles del Castelar, el último burgo de Carcasona que aún quedaba en pie. Los golpes secos de sus herramientas retumbaban como un eco premonitorio de la guerra que se avecinaba.

Trencavel levantó la vista al cielo, presagiando otro día de calor sofocante. Desde su privilegiada ubicación, podía divisar el bullir de actividad del campamento enemigo. Del otro lado del Aude el aire estaba impregnado de una tensión tan palpable como la bruma matinal que ascendía del río. Una expectativa aguda amenazaba con estallar en cualquier momento. Cientos de carpas de los cruzados por un lado y sus efervescentes barracas de trabajo por el otro habían surgido de la nada y echado raíces a las afueras de la *cité*, en las ruinas del que había sido el suburbio vecino, amigo, y arrasado de Sant Vincent. Su vizcondado estaba lastimado por doquier.

Las figuras diminutas de los invasores formaban un hormiguero frenético, ocupadas en la construcción de las amenazadoras máquinas de asedio. Eran estructuras enigmáticas, inmensas y ominosas que prometían traer consigo el fragor y la violencia de un asedio demoledor.

Los ojos color miel verdosa del vizconde se posaron en la estrecha estructura de piedra que se elevaba desde el río Aude hasta las murallas de la ciudad: el acueducto, ahora inutilizado.

Anticipándose a una eventualidad de esta magnitud, Trencavel había mandado a construir enormes tinas en todo el castillo y sus alrededores, llenándolas con agua fresca que se transportaba en un esfuerzo incesante, con la ayuda de cientos de manos y canales improvisados. Ello apenas proporcionaría un aplazamiento momentáneo a la inevitable escasez del líquido esencial. El *aquarius* había calculado que el acopio bastaría para sobrevivir un par de semanas con estrictas medidas de racionamiento. Un mes, quizás, si el agua que subsistía en el pozo no estaba demasiado contaminada. Eso restaba por confirmarse.

La meticulosa labor de los picapedreros cesó de repente. Trencavel y Renaud aguzaron la vista. Los hombres se agolpaban en torno al acueducto, con sus herramientas colgando a su lado. Una figura solitaria se alejó del grupo; avanzaba como mareado. Se sostuvo contra un árbol y al cabo de unos instantes, vació su estómago en el suelo. Otros lo siguieron. Hombres robustos y acostumbrados a la dureza de la vida, ahora blancos como la cal, se alejaban del horror con manos temblorosas. Un grito estridente, casi animal, se alzó entre la multitud, retumbando contra las piedras milenarias de Carcasona.

Trencavel y Renaud intercambiaron una mirada de pavor que se intensificó hasta convertirse en una sensación de frío y vacío en el estómago. Y entonces, el viento cambió, llevando consigo el olor de la muerte y la descomposición hasta la cima de la muralla. Un escalofrío recorrió sus espaldas.

Dos de los hombres, visiblemente afectados, extrajeron del oscuro acueducto, por el hueco recién cavado, un cadáver humano, probablemente de una mujer. Estaba empapada y con la cabeza ladeada de forma antinatural. Con persistencia, los trabajadores extrajeron un segundo cuerpo del agujero, y luego otro más. Una hendidura carmesí en cada uno de sus cuellos explicaba la procedencia de tanta sangre. Aquellos desgraciados habían sido degollados antes de ser arrojados al manantial que alimentaba la ciudad. Desde lo alto de la muralla, el vizconde y su senescal eran testigos del macabro desfile de deshechos humanos que comenzaba a inundar el campo de trabajo. El pánico se apoderó de ellos mientras la verdad se revelaba: no se trataba de una estratagema de guerra, sino de un acto de barbarie.

Lo que había comenzado como la inspección de una cañería fue mutando en una ceremonia fúnebre. Los trabajadores alineaban en silencioso respeto los cadáveres a lo largo del acueducto, conformando una lúgubre exhibición que desnudaba la brutalidad del enemigo. Muchos de los cuerpos conservaban intactas, aunque empapadas, sus túnicas de *perfectos*. Por ello Trencavel, con sus ojos ensanchados por el horror y la consternación, no tardó en atar cabos.

—Los cátaros de Sant Vincent —susurró casi para sí mismo.

Renaud, palidecido por el descubrimiento, respondió con un tono sombrío: —Incomprensible... Desde Razès, la Iglesia ha condenado a los cátaros a la hoguera, aduciendo que sólo las llamas podrían redimir sus almas y salvarlos del infierno eterno. ¿Por qué cambiarían su método ahora?

Trencavel, sin desviar la mirada de los despojos humanos, respondió con una amargura que perforó el aire:

—Parece que en esta ocasión optaron por una estrategia diferente. Necesitaban la madera para sus máquinas de guerra. ¡Son unos animales sin una gota de *paratge*! No sólo han aniquilado a

nuestros vecinos, sino que los han usado para quitarnos el agua, transformando nuestra fuente de vida en su macabro cementerio. Esto ya no es una cruzada. ¡Es una carnicería!

—Al menos su sufrimiento fue más breve —matizó Renaud, sin demasiado convencimiento—. Nadie en su sano juicio podría realmente creer que estas almas nobles se pudrirían en el infierno por sus creencias. El filo de una daga es menos cruel que las llamas de una hoguera.

Trencavel, con los puños apretados, sólo pudo responder con un bufido, mientras su mirada seguía adherida al funesto espectáculo. Con paso triste pero decidido, el *aquarius* Durand regresaba a la muralla, seguramente con su reporte de los hechos y algún plan de acción.

El vizconde y su senescal lo aguardaban con impaciencia. Pero la figura que emergió desde la escalera acaracolada no fue la suya, sino la de uno de sus guardias, que subía a grandes zancadas. Se acercó a Trencavel con el talante tenso de quien trae noticias importantes. Trencavel intuyó que nada de lo que dijera aquel individuo podía tener relevancia en comparación con lo que estaban viviendo. Sin embargo, lo escuchó.

—Señor vizconde, traigo noticias desde la puerta del Castelar. Una mujer se ha apersonado allí y reclama que la dejemos ingresar a la *cité*. Afirma conoceros, y ser vuestra aliada. Dice llamarse Ermessenda de Castellbó.

—¿Ermessenda? —los ojos del vizconde brillaron con un destello de esperanza —¿Vino acompañada del conde de Foix? ¿Trae tropas de refuerzo?

Por un instante, Trencavel tuvo la efímera ilusión de que aquella inesperada visita podía ser la respuesta de Dios a sus súplicas.

—Me temo que no. La dama ha venido sola, con la única escolta de dos plebeyos desarmados. ¿Qué debemos hacer, señor?

El guardia fue interrumpido por Durand, el *aquarius* de la ciudad, que apareció ascendiendo la escalera. La severidad de su rostro denotaba lo ciclópeo de la tarea que tenían por delante. Trencavel se giró hacia él, y luego volvió a dirigirse a su guardia:

—Encuentra a mi mujer, y que ella reciba a la visitante —decidió. Agnès conocía perfectamente a Ermessenda y sabría discernir si realmente se trataba de ella, o de una intrusa que intentaba infiltrarse en la ciudad invocando su nombre.

El centinela se alejó escaleras abajo, y Trencavel quedó de pie junto al *aquarius* Durand. Recuperar el acceso al agua potable era fundamental, y también lo era rescatar a aquellos *bons homes* del abyecto aglutinamiento en el que sus cuerpos habían sido desechados, devolverles la dignidad y ofrecerles sagrada sepultura según los ritos de su fe.

Los alumnos de Alaïs

Verano de 1209
Château Comtal de Carcasona, Languedoc
Minutos más tarde

En condiciones normales, Alaïs de Perelle estaba a cargo de la educación de las niñas y jovencitas del *Château Comtal*. Aunque su origen no era noble, el Languedoc, que respetaba el *paratge* por sobre todas las cosas, era el único lugar en el que eso no representaba un impedimento. El prestigio de su padre Guy de Perelle, que había sido el maestro del vizconde Trencavel, así como sus propios conocimientos, encantos y habilidades, la habían ayudado a ascender, en poco tiempo, desde simple doncella hasta este puesto de gran responsabilidad. No sólo enseñaba a las jóvenes de la corte a leer, escribir y a tocar el laúd, sino que también las instruía en los modales esperables en damas de una alta sociedad a la que no pertenecía.

En condiciones normales, hace pocos días habría visto a Arthur, y dentro de poco lo vería de nuevo.

En condiciones normales, sus seis alumnas estarían en el *scriptorium*, sumergidas en alguna lección de música, historia o matemáticas.

Pero nada era normal en aquella Carcasona asediada por los cruzados. La ciudad había amanecido sin agua, y con una procesión de cadáveres que seguían brotando del acueducto, provenientes del vecino Sant Vincent. El pueblo se había agolpado para recibirlos, y con cada uno que llegaba, estallaban gritos y llantos. Eran padres, madres, hijos, hermanos, amigos y vecinos de los ciudadanos de Carcasona que, desesperados, intentaban reconocer a sus seres queridos desde encima de las murallas. Por seguridad, las puertas de la *cité* estaban cerradas. Nadie que no fuera autorizado por el vizconde tenía permitido salir. Tal era el desasosiego en las calles de la *cité* que hoy niños y niñas de todas las edades y estamentos atestaban el salón de clases de Alaïs.

Desde hacía semanas que éste se había ido poblando de los más pequeños. El vizconde Trencavel necesitaba a todos los hombres para la defensa de la ciudad. Por ese motivo, había abierto las puertas del *scriptorium* para que, mientras durara el asedio, todo aquel que lo necesitara pudiera dejar allí a sus hijos desde la mañana hasta el atardecer, seguros y ocupados en el aprendizaje. Con el correr de los días, el número de alumnos de Alaïs crecía a pasos agigantados.

En contraste con la luminosidad cegadora del mediodía y el calor infernal que reinaba afuera, el interior del *scriptorium* era fresco y sombrío. Los tímidos rayos de sol que se colaban por las ventanas, altas y estrechas, iluminaban los rostros de medio centenar de chiquillos al borde de despedirse, prematuramente, de su niñez. Los estudiantes se desparramaban improvisadamente por todos lados. Los mayores ocupaban los bancos de madera robusta, sin respaldo, que se extendían a lo largo de las paredes de piedra del *scriptorium*, y los menores se esparcían sobre el suelo.

Los cabellos dorados de Alaïs de Perelle, normalmente recogidos en trenzas enrolladas sobre la

cabeza con su toca de maestra, hoy se desparramaban sobre sus hombros sueltos, destocados, y algo enredados. Así de poco importaban las formalidades en aquellas circunstancias demandantes. Sus enormes ojos claros, otrora rebosantes de picardía y curiosidad, hoy parecían empequeñecidos por la inquietud, la forzada lejanía de personas importantes y la carga de responsabilidad.

En el fondo de la sala, junto a una de las ventanas, se encontraba Raimond Trencavel, el hijo de siete años del vizconde, a quien todos llamaban "Mondi". No paraba de llorar y moqueaba ruidosamente, llamando a su madre. Evelina de Perelle, de catorce años, intentaba consolarlo con una especial dedicación que conmovió a su hermana mayor, Alaïs. ¡Qué orgulloso se sentiría Guy, el padre de ambas, si pudiera ver a su pequeña convertida en una mujercita, empática y generosa, además de muy hermosa!... A diferencia de Alaïs, que había tenido la dicha de ver a su padre hacía no mucho tiempo, en la boda de Robi y Ermessenda, Evelina no lo veía desde 1206, cuando ambas se mudaron con su madre a Carcasona. Desde entonces, había ganado mucha altura, y adquirido sus primeras curvas de mujer. Su aspecto ya no era el de una niña, pero conservaba sus rasgos transparentes y angelicales. Estos, en su rostro de mujer, le imprimían una belleza estremecedora. Alaïs sintió vértigo al pensar que Guy tal vez jamás llegara a apreciar la maravillosa jovencita en la que se había convertido su hija menor. La guerra y la muerte se encargarían de que nunca se volvieran a ver. Al mismo tiempo, especuló, la ausencia de su padre había preparado especialmente a Evelina para llenar el vacío de masculinidad madura en su vida de otro modo.

Lógicamente, en aquellas condiciones no se podían impartir lecciones académicas. La agitación generalizada de los adultos se había trasmitido a los pequeños. No sólo que cada día llegaban más de ellos. También cada día eran más los que lloraban y la sometían a preguntas que la joven maestra no sabía responder. Los rollos de pergaminos, los libros y los instrumentos musicales tendrían que esperar. Hoy los niños necesitaban amor y respuestas. No importaba que éstas fueran palabras vacías, erradas o ilusorias, ya que para un niño nada hay más desesperante que el silencio.

—¿Se acabará el agua? ¿Cuántos días se tarda en morir de sed? —las interrogantes se alzaban, conmovedoras, entre la multitud.

—¡Eso no ocurrirá! —irrumpió decidida Evelina, la hermana menor de la maestra. Alaïs, aliviada, la dejo seguir. —Nuestro valeroso vizconde Trencavel ha mandado llenar de agua fresca las enormes tinas que podéis observar tanto en el patio del castillo como por las calles. ¡Él nunca nos dejaría desamparados! Eso nos mantendrá abastecidos mientras él, con su inteligencia sin igual, halle una solución definitiva al problema del agua —declaró Evelina, con un brillo delirante en sus ojos que delataba la fogosidad de su embelesamiento adolescente.

A Alaïs le inquietaba la forma en que su hermana menor idealizaba a Trencavel, el hombre más encumbrado de la ciudad, un hombre casado y saturado de responsabilidades que jamás la miraría como otra cosa que una doncella especialmente solícita.

Desde su ingreso al *Château Comtal* hacía tres años y medio, Evelina había quedado cautivada por el carisma del vizconde. Pero cuando la pubertad hizo su aparición, esta fascinación inocente empezó a adquirir matices más peligrosos. Evelina proclamaba a los cuatro vientos su

desbordante amor por él y su deseo de convertirse en su amante cuando fuera mayor. La otrora sonrisa divertida y condescendiente de la vizcondesa Agnès de Montpellier ante las cándidas expresiones de la niña Evelina, se había ido desdibujando progresivamente a lo largo de los años.

—El matrimonio es una farsa de todos modos. ¿No hemos visto cómo terminaron mamá y papá, que supuestamente tanto se amaban? —replicaba Evelina con cinismo ante los ruegos de su hermana de olvidarse de él.

Sin embargo, en esta situación específica, la fe incondicional de Evelina en Trencavel resultaba útil para apaciguar la zozobra colectiva. Incluso la de Alaïs que, en su interior, temía que el agua de las tinas no fuera suficiente para todos, y que apenas duraría unos pocos días en los que se suscitarían encarnizadas luchas. Pero no sería ella quien aplastara las esperanzas de sus alumnos, así que explicó:

—Los ingenieros del *aquarius* pronto limpiarán y reconstruirán el acueducto. Mientras tanto, debemos ser extremadamente cuidadosos con el agua. Tendremos que beber más leche y aprender a limpiar la vajilla con arena.

Una voz pequeña pujó por llegar desde el fondo de la sala. Era una niña pecosa de trenzas rojizas, brillantes bajo un elusivo rayo de sol que ingresaba oblicuo desde la ventana para posarse en ella.

—Pero los cátaros no bebemos leche —declaró.

Alaïs sonrió y asintió.

—Es verdad, los *perfectos* tienen prohibido consumir productos animales como la leche. Pero nosotros, los *credentes*, podemos. En situaciones como esta hay una justificación. Dios prefiere que conservemos el agua para las ovejas y las cabras, para que ellas puedan vivir. Luego, podemos beber sin culpa la leche que nos dan, siempre y cuando no les hagamos daño al ordeñarlas y respetemos el alimento de sus crías.

Los niños parecían aliviados por las palabras de Alaïs. Sus acuciantes preguntas, sin embargo, estaban lejos de terminar:

—¿Es verdad que los cruzados han echado cátaros muertos al acueducto? —indagó uno.

—Mis primos eran cátaros que vivían en Sant Vincent, ¿a ellos también los degollaron? —se superpuso otro.

Alaïs comenzó a concentrarse para evitar que sus lágrimas asomaran a su rostro. Debía demostrar una fortaleza que no tenía y responder con un optimismo impostado. Les hablaba de igual a igual, alentándolos a abrazar su valor y su *paratge*.

Fabrice, un niño de cabello rubio cortado al ras, parecía más interesado en los aspectos prácticos de la guerra.

—¿Cuántos soldados tienen los cruzados? ¿Y cuántos nosotros?

—Fabrice, es difícil dar cifras exactas. Los cruzados tienen muchos hombres, miles. Tienen caballeros, arqueros, infantería... tienen espadas, hachas, arcos, mazas. Y están construyendo poderosas máquinas de asedio, como enormes catapultas. Nosotros... tenemos menos hombres y menos armas. Pero poseemos algo que ellos no tienen: nuestro *paratge*, que hace que todos nosotros, cátaros y católicos, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, seamos iguales en esencia, en dignidad y en derechos. El *paratge* es nuestro escudo y espada contra la opresión. Nunca perdáis vuestra fe en él, y nunca dejéis que el miedo os haga olvidar este valor fundamental que nos hace quienes somos.

Quizás por empatía hacia su impotente maestra, nadie preguntó de qué modo ese *paratge* podría obrar el milagro que necesitaban para evitar terminar aniquilados como los bezerinos.

—¿Qué pasará cuando los cruzados tomen el Castelar, maestra? —repreguntó el incisivo Fabrice.

“Traerán sus monstruosas catapultas hasta el pie de nuestras murallas y nos acribillarán a piedrazos, aplastándonos como a cucarachas. Luego nos rendirán por sed o por asalto e ingresarán en la *cité*. Saquearán nuestros hogares, violarán a las mujeres como yo y mi hermana Evelina, y pasarán por la espada a quienes se les interpongan. A los cátaros, nos echarán en abyectas mazmorras y nos torturarán hasta que desistamos de nuestra fe en forma convincente para ellos, lo que no es nada fácil. A quienes no abdiquen, o a quienes, aunque lo hagan, no logren convencer al arzobispo de que su conversión es sincera y real, los ejecutarán en la hoguera o de alguna otra forma horrorosa” pensó Alaïs, con un nudo adicional en el estómago provocado por la convicción de que su propia madre, la *perfecta* Daufina, jamás renunciaría a la fe verdadera, ¡ni siquiera para salvar su pellejo!

Imaginó las llamas chamuscando su piel... su rostro amable intentando contener el dolor, para no darles el gusto de verla sufrir. Hasta que ya no pudiera aguantar, y se desgarrara en un grito aterrador. Sintió náuseas por la devastadora imagen. Aunque no era la primera vez que lo visualizaba, siempre que volvían estos pensamientos sufría este insidioso malestar.

Pero los niños no necesitaban esa descripción, que seguramente ya soñaban noche tras noche. Venían al *scriptorium* para otra cosa. Alaïs se aclaró el sabor agrio de la garganta e improvisó con esfuerzo.

—Confiemos en que el Castelar resista. ¡Tal vez nos lleguen refuerzos!

Hubo algunos suspiros. Alaïs no supo discernir si de suspicacia, de fe o de resignación. Esos chicos no eran tontos, y la esperanza no era realista. Se hizo el silencio, hasta que una voz carrasposa por la angustia rompió la quietud.

—¿Por qué los católicos nos odian? —preguntó una muchacha mofletuda de cabellos oscuros y arremolinados.

Alaïs fue a responder, pero alguien se le adelantó.

—¡Nosotros no os odiamos! —Era la voz de Lòc, sobrino adolescente del sacerdote de la

Basílica de Saint Nazaire. Con trece años, él mismo recibía de su tío la educación inicial en latín y estudios bíblicos para algún día ordenarse también como sacerdote.

» ¡Son los franceses! Ellos son el verdadero enemigo. Y nos odian a todos los occitanos... católicos y cátaros por igual. ¡Ya lo demostraron en Beziers matándolos a todos sin distinción!

—¡No, no es igual! —replicó Evelina con irritación en sus ojos—. Contra los católicos de Occitania, los cruzados manifiestan un mero afán de dominio y poder. Pero a nosotros, los cátaros... ¡sí que nos detestan con vehemencia! Mira la furia con la que nos echan a la hoguera. ¡O la manera en que apretujan nuestros restos mortales en sucios conductos de agua, como si fuésemos miserables sacos de desperdicios!

—Mi padre me contó que los franceses utilizaron la herejía cátara como pretexto para conseguir el apoyo del papa para su invasión. Que lo que en verdad desean es conquistar Occitania —indicó el pequeño pero instruido Mondi Trencavel, ya recuperado de su ataque de llanto.

Alaïs respiró hondo, aliviada y angustiada a la vez, al notar que los niños ya entendían y temían más o menos lo mismo que ella.

—Todos tenéis parte de razón —elaboró, elevando la voz para interrumpir el intercambio. —Los muy presumidos franceses quieren robarnos Occitania porque creen que les pertenece. Hace muchos, muchos años, un rey llamado Carlomagno conquistó un territorio vasto que abarcaba Francia, Aquitania, Baviera, Austrasia, Franconia, y también nuestra querida Occitania. Cuando ese rey murió, legó a uno de sus hijos, Luis el Piadoso, el territorio occitano. Luis a su vez dividió sus dominios entre sus propios hijos. Pero con el paso del tiempo, Occitania volvió a ser un territorio independiente, ya que siempre su pueblo fue único y diferente de los franceses. Los reyes de Francia insisten en considerarla suya por herencia, pero los occitanos, que siempre mantuvimos nuestro propio idioma, nuestras costumbres y nuestra cultura del *paratge*, nos resistimos a ser gobernados por ellos. La acusación de herejía contra los cátaros ahora les ha proporcionado una excusa para intentar reconquistarnos. ¡Pero no los dejaremos!

Los niños parecían más a gusto después de estas explicaciones. El temor se va diluyendo cuando asoma la ira. Siguiendo una instrucción de su maestra, comenzaron a entonar un popular *cant de trobar*. Era una melodía familiar y acogedora en la amada lengua occitana. Se los veía más relajados, casi alegres. Pero Alaïs no cantó. La angustia que había logrado arrancar del ánimo de los niños se había transferido al centro de su corazón, y ahora la colmaba de ansiedad. Se figuró el atroz destino de esos pobres chicos en unos pocos días... cuando los cruzados rindieran el Castelar primero y Carcasona después. Muchos quedarían huérfanos, cuando no encarcelados, asesinados a punta de espada como en Beziers, o arrojados a la hoguera como en Albi, Lauragais y Razès. Sus queridos alumnos. Su primorosa hermana... ¡ella misma! ¿Eran éstos sus últimos días?

Cuando los pensamientos oscurecían su mente, Alaïs recordaba las palabras de su padre, Guy de Perelle. Por eso, cuando el canto concluyó, decidió compartirlas con sus alumnos:

—Como un hombre sabio solía decir... “Agradece los problemas que Dios pone en tu camino...”

Alaïs se detuvo abruptamente. Una voz entrañable, proveniente de la puerta de la sala, estaba

completando la frase:

— “...pues son oportunidades que Él te da para desplegar tu bondad.”

El timbre profundo y familiar la paralizó. La sangre de Alaïs se heló en las venas. Creyó que su mente le jugaba una mala pasada. Su hermana Evelina fue más rápida que ella, a pesar de los años que llevaba sin verlo. Corrió hasta la puerta y se abrazó a su padre por un largo rato. Evelina nunca había logrado superar el desgarro de la separación forzada de su apegado padre. Verlos juntos nuevamente era una caricia para el alma. Alaïs se acercó también, con lágrimas rodando por sus mejillas y la sangre abombándole los oídos.

Guy no estaba solo. Las tres personas que acababan de materializarse eran aquellas a las que Alaïs más extrañaba en el mundo: su padre, su amiga, su amor... ¿Acaso estaba soñando?

El cabello de los tres estaba extrañamente oscurecido, como si el tiempo hubiera pasado con curiosos efectos para ellos. Este hecho, tan inexplicable como la presencia sorpresiva de las tres personas en aquel lugar, le había dificultado reconocerlos de inmediato. ¡Pero eran ellos!

Casi había perdido la esperanza de reencontrarlos. Las emociones se desbordaron en su pecho, y Alaïs no pudo más que echarse a los brazos de cada uno, con un amor que superaba cualquier palabra. Abrazó a su padre primero, apretándolo fuerte contra su pecho. Se volvió luego hacia Ermessenda, su amiga querida y antigua señora, cuyo vínculo era más poderoso que el de muchas hermanas. Y finalmente fue hacia él. Arthur…. su primo, su amigo, su amor secreto... Los ojos húmedos de ambos se encontraron y Alaïs sintió el calor inundando su pecho. Deseaba besarlo, pero en lugar de eso, lo envolvió con intensidad, dejando que sus brazos transmitieran aquello que sus labios no podían. Se propuso prolongar el apretón hasta el preciso instante previo a que su padre empezara a sospechar que allí había algo más que dos primos que se habían extrañado mucho.

Pero el rapto inicial de felicidad rápidamente trocó en amarga tristeza. La alegría de que esos seres, tan amados y necesarios, estuvieran allí era también la angustia de saber que ya no estaban resguardados dentro de los muros del castillo de Foix, donde los cruzados, de momento, no podían alcanzarlos. Ahora se hallaban en Carcasona. Sometidos al asedio, a la sed inminente, al ataque cruzado, al destino cruel de los vencidos. ¿Para qué habían corrido presurosos hacia este infierno?

El consejo de guerra

Verano de 1209
Château Comtal de Carcasona, Languedoc
Unos días después

Transcurrieron algunos días hasta que el vizconde Trencavel, ocupado en resolver asuntos apremiantes como el sepelio de los cátaros y el racionamiento del agua, logró hacer un hueco en su agenda para recibir a Ermessenda. Lo hizo en la sala de guerra del *Château Comtal*, junto a una variopinta multitud de participantes. En otros tiempos, la peculiar escena habría sido insólita.

El recinto revelaba un interior fastuoso, con sus elevadas vigas de madera y muros de piedra que proclamaban su eternidad. Una robusta mesa de roble, esculpida con escudos y blasones, presidía la sala. Sobre ella descansaban pergaminos, plumas y un vasto mapa de la región, adornado con estandartes y figuras de madera que indicaban la coyuntura bélica. En torno a la mesa departían hombres con atuendos de guerra y semblantes graves, los consejeros habituales de Trencavel. Sin embargo, había otras figuras que se salían de la norma. En la cabecera, en lugar del vizconde Trencavel, estaba sentada su esposa, Agnès. Su atuendo modesto, un brial de lino gris apagado, distaba de los vestidos de telas lujosas y coloridos bordados, propios de la corte. Su cabello, habitualmente adornado con joyas y trenzas, se recogía tirante hacia atrás en una austera toca blanca. La humildad en su apariencia parecía ser una respuesta a la gravedad de las circunstancias. Con una mano, indicó a Ermessenda que se le uniera. Ermessenda avanzó con cierta timidez, sintiéndose en el centro de las miradas. Su nueva apariencia, con el cabello negro semirrecogido y un vestido de seda verde musgo con encaje beis, le recordaba la imponente presencia de Marquesa de Urgel, su antigua rival. La mayoría de los presentes no sabía de su cabello cobrizo natural. Para ellos, la fortaleza que su nuevo tono transmitía era todo lo que conocían de ella. Jugaría su parte haciéndola realidad. En sus brazos cargaba una bolsa de cáñamo reforzado, con el mismo cuidado con el que una madre sostiene a su hijo recién nacido. Era la bolsa que había protegido con ansiedad en su encuentro con los cazadores de recompensas, rogando que su contenido no fuera descubierto. Con un gesto de reverencia, la apoyó frente a sí, sobre el extremo de la mesa, sumando más ojos curiosos. Había arriesgado su vida para traer desde Foix el valiosísimo objeto que había en aquel envoltorio.

Hubiera deseado que Alaïs, Guy y Arthur estuvieran ahí, pero el vizconde no los había convocado. La primera estaba a cargo de su legión de alumnos, y los segundos habían sido asignados a vigilar el agua de las tinas, cuidándola no de los cruzados, sino de los propios carcasoneses. Cada día eran más los incidentes con ciudadanos que desobedecían el racionamiento e intentaban acaparar más agua de la que les correspondía.

Ermessenda tenía mucha sed. No había bebido nada desde la media copa de leche recibida en el desayuno. Rogó que, dada la jerarquía del cónclave, en algún momento se ofreciera agua, vino, cerveza o cualquier líquido que aplacara la sequedad de su boca. Sentía como si un cuchillo atravesara su garganta, y su lengua a cada rato se le quedaba pegada al paladar, siendo especialmente doloroso despegarla. Sus nervios no ayudaban. En estas condiciones, le costaría mucho hablar.

El único rostro conocido de la sala, además de los vizcondes, era el de Daufina, la madre de Alaïs y antigua compañera de Guy. La vida religiosa había otorgado a aquella mujer, antes rechoncha y ruidosa, una figura más magra y un talante de paz resignada. A pesar de los recelos de Daufina en sus tiempos de clavera en el castillo de Foix, le ofreció a Ermessenda una sonrisa sincera: nada de eso importaba ya. Junto a Daufina, en el extremo más alejado de la ventana, había un grupo de personas vestidas de negro como ella, con túnicas sencillas y rostros apacibles. En total eran ocho *perfectos:* cuatro hombres y cuatro mujeres, la mayoría de edad avanzada. Sumados a ellos, dos pastores de talante humilde y campechano acentuaban aún más la rareza de la convocatoria; sus semblantes perplejos revelaban que no tenían idea de porqué habían sido llamados.

Trencavel se encaminó hacia la cabecera, situándose entre Agnès y Ermessenda. La sala se silenció.

—Honorables presentes, —inició con voz firme—. Reconozco que la naturaleza de este encuentro puede resultar inusual. Pero ante la inminente amenaza que enfrentamos, toda chispa de esperanza se vuelve invaluable. Eso es lo que buscamos hoy: una brizna de luz en nuestra oscuridad.

Los rostros alrededor de la mesa estaban tensos.

» Os pido disculpas por no ofreceros nada de beber. —Ermessenda se sintió desfallecer al enterarse que no lo haría, y las expresiones de los demás le indicaron que no era la única en vivirlo así. —Si los ciudadanos sufren limitaciones en cuanto al agua, más aún debemos restringirnos nosotros, sus gobernantes y líderes espirituales. Por *paratge*, por compasión, por responsabilidad. Yo no he bebido más que unos sorbos desde que descubrimos el pozo contaminado. Y respecto del vino o cerveza, sin diluir en agua, lamentablemente dañarían nuestras facultades. Una de las pocas cosas que el enemigo no nos puede quitar, si no se lo permitimos, es nuestra claridad mental.

Susurros de aprobación se mezclaron con suspiros de decepción. Trencavel elevó la voz para acallar a ambos:

» Con los suburbios caídos salvo por el Castelar, nos encontramos encerrados en nuestra *cité*. Mi tío, el conde de Toulouse, nos ha traicionado. No enviará refuerzos, ni tampoco lo hará el rey Pedro de Aragón, ni los señores occitanos. Estamos librados a nuestra suerte. Nuestra fuente de agua ha sido comprometida. No hay forma de reparar el acueducto sin recuperar Sant Vincent, y eso, con las tropas de las que disponemos, es simplemente imposible. La fuerza de los cruzados supera con creces nuestras defensas. Como mucho, podemos aspirar a resistir por un par de semanas. —Cuantos más detalles de la cruda realidad eran enunciados, más rígidos se tornaban los músculos de la cara de los oyentes. Sus ojos estaban fijos en Trencavel.

» En estas circunstancias sombrías, cualquier vestigio de luz, por descabellado que parezca, es bienvenido. Tengo ante mí una propuesta que puede cambiar el curso de nuestro destino. Mi amada esposa, Agnès, junto con una buena amiga, han concebido un plan. Para aquellos que no la conocen, permitidme presentaros a Ermessenda de Castellbó, hija y heredera del vizconde Arnau de Castellbó y esposa de Roger Bernard de Foix. —Los ojos de Ermessenda recorrieron

uno a uno los rostros de la sala, intentando descifrar la impresión que se estaban formando de ella aquellos hombres y mujeres.

» Os ruego que las escuchéis con buena voluntad y, por encima de todo, que les brindéis vuestro respeto.

Trencavel se apartó y tomó su nuevo puesto en un costado de la mesa, cediendo a Agnès y Ermessenda el protagonismo.

Agnès asintió con gratitud a su esposo. La imperturbabilidad en su porte le otorgaba un aura de resiliencia. Con voz templada, habló:

—Sé que muchos de vosotros habéis oído hablar de la leyenda de los túneles de Carcasona.

No terminó de expresar la frase cuando un impertinente murmullo de incredulidad se esparció por la sala. La mayoría consideraba aquella leyenda poco más que un cuento para niños. Les resultaba irrisorio que el tema fuera a tratarse en un consejo de guerra.

—¡Que la escuchéis, he dicho! —se impuso Trencavel, recuperando el silencio, aunque sin apaciguar las miradas cínicas.

Agnès prosiguió: —La leyenda nos habla de una serie de túneles secretos, abiertos en tiempos de los romanos, cuando se construyeron las primeras murallas de nuestra ciudad. A su vez, en el vizcondado de Bernard Ato, al erigirse las murallas externas, se amplió esta red de pasillos subterráneos. Servían para atravesar la muralla por debajo, permitiendo un tránsito seguro hasta alcanzar un paraje oculto en la otra orilla del Aude en el cual emerger. —La esposa de Trencavel marcaba sus palabras con una acentuación potente y pausada para persuadir de que el mito podía ser realidad.

» Bernard Ato consideró que mantener en secreto la ubicación de los túneles era crucial para la seguridad de la ciudad. Entonces optó por un extremo sacrificio: ordenó la muerte de todos aquellos que habían participado en su construcción. Sólo él y su senescal, los primeros Guardianes de los Túneles, conocían el punto de acceso.

» La leyenda cuenta que, desde entonces, en todo momento, sólo existieron dos guardianes. Al morir uno, el sobreviviente confiaba el secreto geográfico y la responsabilidad de conservarlo a alguien designado por él. Sin embargo, una trágica coincidencia puso fin a este sistema. Los últimos dos guardianes, extrañamente, fallecieron de causas naturales el mismo día. Ninguno tuvo oportunidad de transmitir su conocimiento a un heredero para su gesta, y así, el acceso a los túneles se desvaneció en las brumas del olvido.

—¡Ya conocemos esta historia! —gruñó impaciente uno de los hombres del consejo—. Pero aun si esos túneles existen, su ubicación sigue siendo un misterio.

Agnès no se dejó amedrentar.

—Lo que vosotros ignoráis es que antes de morir, mi venerado padre, Guilhem VIII de Montpellier, convocó a sus hijos para revelarnos un secreto de familia. Nos aseguró que la

legendaria existencia de los túneles de Carcasona era real, y que un hermano de su propio abuelo había sido su último custodio. Mi padre no conoció la localización de la puerta del túnel, ya que su tío abuelo, entonces obispo de Carcasona, lo guardó con el celo propio de la tarea encomendada.

Ahora era la vizcondesa quien refería un hecho del que había sido testigo directa. Los murmullos, en este punto, ya no eran de desconfianza sino de pleno interés. Trencavel tomó la palabra:

—Cuando mi esposa me confesó esta información, en los primeros meses de nuestro matrimonio, moví cielo y tierra para hallar esa entrada secreta, en previsión de un asedio como este. Un túnel secreto sería una enorme ventaja estratégica. Sabiendo que el tío bisabuelo de Agnès había sido obispo, mandé a revisar la catedral y todas las iglesias, capillas y sitios católicos de la zona. Durante cinco años, con la máxima reserva, he ordenado picar pozos, romper paredes, y mover muebles. Pero el túnel jamás apareció.

—Nos habíamos dado por vencidos... —musitó Agnès— hasta que llegó Ermessenda. —Posó un brazo sobre su hombro al decir esto, y Ermessenda se sonrojó. Instintivamente llevó sus manos a la bolsa de cáñamo frente a ella. Pronto sería su turno de hablar. Disimuladamente, movió su adolorida lengua en pequeños círculos dentro de su boca para intentar no sonar gangosa cuando llegara el momento. Prestó atención a los rostros a su alrededor. Daufina le brindaba apoyo silencioso con su mirada. Para ser precisos, todos los *perfectos*, aunque no la conocieran, sopesaban la escena con la generosidad que los caracterizaba. Los miembros del consejo, en cambio, exhibían un dejo de cinismo, como si se les estuviera haciendo perder un tiempo valioso. La expresión más llamativa, en todo caso, era la de los dos humildes pastores. No salían de su asombro de que se los hubiera incluido en una reunión tan importante, y seguían sin imaginar para qué se los había convocado allí.

La vizcondesa Agnès continuó con su discurso:

—Esta valiente mujer ha abandonado la seguridad de su castillo y arriesgado su vida al venir hasta aquí desde Foix —La señaló—. Debió enfrentarse a cazadores de recompensas, cargando consigo una peligrosa reliquia hereje.

Ermessenda sonrió a Agnès con humildad, señalando la bolsa de cáñamo todavía cerrada. Se aclaró la garganta reseca y tomó la palabra con toda la prestancia de que fue capaz.

—El día de mi casamiento con Roger Bernard, Agnès me reveló la historia que acaba de compartir. En el momento, lo tomé como una curiosidad sin mayor importancia. Pero cuando la Cruzada Albigense comenzó, comprendí que allí podría residir la solución a nuestro problema. —Su voz sonó sorprendentemente clara y segura—. En mis noches de insomnio, no paraba de pensar qué podría hacerse para salvar a los cátaros de Carcasona, entre los que se encuentra mi querida amiga Alaïs. Así fue que finalmente vinieron a mi recuerdo las palabras de Agnès y un texto que creía haber leído en mis estudios sobre catarismo con mi maestro Guy de Perelle.

Los ojos de Daufina se llenaron de lágrimas ante la mención afectuosa de sus familiares. Tragando saliva dolorosamente, Ermessenda se obligó a seguir hablando, a pesar de que hacerlo le rajaba la garganta como una navaja.

—Agnès mencionó que el último guardián del túnel había sido un pariente suyo, obispo de Carcasona. Sin embargo, lo que la vizcondesa ignoraba, era que su antepasado en realidad no había sido católico, sino que se trataba de un obispo cátaro. Y eso, amigos míos, lo cambia todo.

Ermessenda concluyó su teoría, permitiendo que las implicaciones de sus palabras se asentaran en el silencio de la sala. Las miradas inquietas se cruzaban.

» Muchos de vosotros estáis pensando que lo que digo es descabellado. Que un miembro de la tradicionalmente católica familia Montpellier nunca sería *perfecto* cátaro, y ¡menos obispo! Creerán que me lo he inventado. No os culpo. Por eso he traído prueba de lo que digo. Podréis leerla por vosotros mismos, en este códice prohibido.

Con ceremonia, retiró el códice de su bolsa y lo levantó ante todos: —La carta de Nikita —anunció para aquellos que no supieran leer, o que no alcanzaran a ver las letras doradas de su portada.

Los concurrentes exhalaron azorados ante el descubrimiento. Todos creían extinta aquella obra. Si la Iglesia se enterara de la existencia de una copia de aquel tratado cátaro, prohibido y odiado, no tardaría en echar a las llamas, no solamente al libro, sino a quienquiera que fuera encontrado en su posesión.

Tras permitir un momento para que los asistentes advirtieran la importancia de lo que estaba a punto de leer, Ermessenda devolvió el pequeño códice a la mesa. Halló la página correcta.

—En el año 1167, en el castillo de San Félix de Caramán, meridión de Toulouse, se congregaron loables dignatarios, hombres y mujeres, de variadas procedencias. El venerable prelado oriental Nikita presidió la asamblea con figuras como Sicard Cellier, obispo cátaro de Albi, Marco de Mantua, un notable cátaro lombardo, y centenares de perfectos que, movidos por su inquebrantable fe, decidieron no ausentarse del primer concilio de la Iglesia de Dios.

Satisfecha por haber capturado la atención completa de la sala, Ermessenda continuó leyendo más relajada:

» *Durante este encuentro, Nikita, en ejercicio de su sagrada autoridad, consagró tres nuevos obispos cátaros: el piadoso Hugues de Besançon para Toulouse, Michel de Montpellier para Carcasona,* —Ermessenda pronunció este nombre con notorio énfasis, ya que era lo que realmente importaba —*y Bertrand du Mont d'Aran para el valle de Arán* —concluyó.

—Mi padre podría habernos ocultado a mis hermanos y a mí este importante detalle —explicó Agnès cuando Ermessenda cerró el códice y lo volvió cuidadosamente a su estuche—. Era un ferviente católico y probablemente le avergonzara reconocer algo así. Pero en toda familia hay ovejas negras. Y tiene sentido que la custodia de la puerta recayera en un obispo cátaro y no en uno católico.

El veloz Trencavel explicitó la conclusión esencial del hallazgo. Hablaba con arrebato:

—Debemos reencaminar nuestras búsquedas del punto de acceso al túnel. Hasta ahora, nos

hemos enfocado en catedrales y capillas, cuando en realidad la puerta puede estar oculta en algún lugar vinculado con la fe cátara. Buscaremos en todas las casas cátaras, en sus monumentos fúnebres, y también en los hogares particulares de los *credentes*. No descansaremos hasta descubrir la entrada al túnel.

El entusiasmo inundó la sala en un torrente de exclamaciones de aprobación y renovada esperanza.

—Si lo encontráramos... ¿cuál sería el próximo paso? —indagó Yves Renaud, el senescal, manteniendo un tono cauteloso a pesar de la euforia general.

—La respuesta es simple, evacuaremos a todos los cátaros por ese conducto hacia afuera. Y, mientras tanto, hacia adentro, ingresaremos todas las provisiones que podamos. —Trencavel había retomado su puesto en la cabecera, entre Agnès y Ermessenda. Con sus puños a cada lado de la réplica de "la carta de Nikita", prosiguió:

» Mi negativa a negociar la rendición de Carcasona ante los cruzados no es un acto de necedad ni de estupidez. Soy plenamente consciente de que no contamos con las fuerzas para vencerlos. Sin embargo, una negociación que signifique la masacre de los cátaros, como Montfort pretende, no es una negociación, sino una deleznable entrega. Prometí a los cátaros protección, y jamás permitiré que caigan en manos de esos despiadados. Si es necesario, pereceremos todos juntos. Así lo dicta el *paratge*. Pero si podemos asegurar la huida de los cátaros por ese túnel... una vez que estén a salvo, entonces estaré en posición de entablar una negociación real con Simón de Montfort.

Ermessenda miraba a Trencavel con una renovada valoración. En las veladas y tertulias en la corte de Foix, sólo había conocido su faceta de pedante y su insufrible terquedad. Pero quizás ese espíritu presumido y soberbio era el que, aplicado a los desafíos actuales de su tierra, determinaba su coraje y sus principios inconmovibles. Sólo en los tiempos de adversidad se podía apreciar la verdadera naturaleza de las personas.

—Incluso si esto fuera posible... parece una solución de corto alcance —se quejó el senescal—. ¿Cuántos cátaros hay en Carcasona? ¿Cuatrocientos? ¿Seiscientos? Un grupo tan numeroso atraería demasiado la atención de los seguidores de la Iglesia. Serían denunciados de inmediato. Tal estrategia sólo les compraría un poco de tiempo, pero el desenlace sería el mismo.

—Eso, mi querido Renaud, es el principal asunto en el que Ermessenda puede ayudarnos. De hecho, su padre, Arnau, es el vizconde de Castellbó, un pueblo situado al sur de los Pirineos. La brillantez de este hecho radica en que Simón de Montfort carece de autorización para extender su cruzada de aquel lado de la frontera.

Trencavel continuó.

» El papa sólo ha decretado la cruzada en Occitania, otorgando su ridícula indulgencia plenaria a los cruzados que persigan herejes, tomen tierras y botín dentro de sus límites. Pero Cataluña responde al rey Pedro II de Aragón, y el papa teme entrar en conflicto con él. Por lo tanto, Ermessenda nos ha hecho una generosa propuesta.

Ermessenda habló con determinación, pero conmovida al recordar su pequeño terruño y el rol nunca imaginado que cumpliría:

—Me he ofrecido a llevar a tantos cátaros como deseen seguirme, y guiarlos a través de las montañas hasta mis tierras, donde prometo darles asilo y protección. Allí, tendrán la oportunidad de vivir en paz, fuera de las garras de los cruzados, hasta que esta locura termine y puedan regresar a sus hogares.

La sala se sumió en un respetuoso silencio.

—Pero ¿cómo llegaremos hasta allí sin que los cruzados nos detengan? —preguntó Daufina.

Trencavel fijó su mirada en el mapa.

—Para eso hemos citado a estos pastores —y señaló a los dos hombres rústicos parados en el extremo opuesto de la mesa—. Acercaos por favor.

Los pastores caminaron desconcertados y apocados hasta situarse al lado del vizconde.

—Vosotros movéis vuestros rebaños cada otoño desde aquí hasta Cataluña. Y lo hacéis a través de vías pecuarias, ¿no es verdad?

Los pastores asintieron, y Trencavel explicó para todos:

» Son antiguas rutas que se han usado durante siglos para mover ganado entre los pastos de verano en las montañas y los de invierno en las tierras bajas. Caminos poco transitados y, por lo tanto, menos vigilados. ¿Podéis indicar en este mapa por donde pasan?

Ambos intercambiaron miradas de desorientación y negaron con la cabeza. Seguramente, nunca habían visto un mapa en sus vidas. Trencavel intentó ser más claro:

» No sabemos con exactitud donde desembocan los túneles —continuó—. Algunas historias aseguran que hay una salida en Sant Vincent. Esto sería desastroso, ya que iríamos a parar a pies del campamento cruzado, como corderos listos para el sacrificio. Pero otras versiones mencionan salidas que conducen hacia lugares como Trèbes, Barbaira o incluso Miramont. Confiando en que se emerja en esta área específica... —Trencavel marcó un círculo en el mapa desplegado sobre la mesa y colocó en su centro una pequeña figurilla de madera con forma de oveja. Luego, volvió a dirigirse a los pastores. —¿Podríais guiarnos hacia vuestra ruta de pastoreo desde allí?

Uno de los pastores, de barba blanca y desordenada, se aclaró la tráquea reseca.

—No entiendo ese dibujo, señor, pero es sencillo para nosotros alcanzar nuestras rutas desde esos lugares. En esta época del año, fuera de temporada de pastoreo, están desiertas. Con ayuda de Dios, podremos guiar a los cátaros a través de ellas; sólo nos verán los pájaros.

—¿Cuánto tiempo estimáis para llegar a Cataluña?

El hombre se quedó en silencio, ponderando su respuesta con cuidado. El otro pastor, un joven

robusto con los rasgos curtidos por el sol, que podía ser el hijo del primero, respondió más deprisa:

—Como los ancianos y niños suelen ser más lentos que las ovejas y cabras, digamos dos o tres días de marcha hasta llegar a la frontera... tal vez cuatro. Después, todo depende del lugar en Cataluña al que deseemos ir.

El mayor de los pastores asintió, convencido de esta estimación.

—¡Una vez que crucemos la cordillera, estaremos a salvo! —proclamó Ermessenda con entusiasmo—. El viaje a Castellbó puede requerir uno o dos días adicionales, pero será menos tenso.

—Lo esencial entonces, es encontrar ese túnel —remató Trencavel—. La única esperanza de los cátaros de Carcasona reside en nuestra capacidad de hallarlo. Pido a cada uno de vosotros, *perfectos*, que reviséis vuestras casas cátaras, los hogares de vuestros *credentes*, vuestros refugios secretos de fe. No dejéis un rincón sin inspeccionar, ni un objeto sin mover.

El vizconde paseó lentamente su mirada por los rostros a su alrededor.

» No hay manos de más en esta tarea. Buscad sonidos huecos que revelen espacios ocultos, pasadizos secretos. Girad cada página de cada libro que pueda ofrecer una pista. Recorred cada mapa o pergamino que pueda señalar el camino. Preguntad a cada anciano que pueda recordar. Nuestras generaciones pasadas pueden haber dejado marcas sutiles para que las descubramos, y no podemos pasar ninguna por alto. Este es nuestro momento. Este es el desafío que nos ha sido presentado, y no hay desafío que no podamos superar juntos. En la unidad, en la perseverancia y en la esperanza reside nuestra fortaleza. ¡No os rindáis!, ¡levantad vuestra mirada!, ¡uníos en este propósito! Y no lo hagáis porque yo os lo pido. Hacedlo por los cátaros, por Carcasona, ¡por el *paratge*!

El escalofriante anuncio de Toulouse

Verano de 1209
Campamento de Toulouse, Languedoc
Dos días después

A la puesta del sol, Raimond VI, conde de Toulouse, convocó a una reunión privada. Las noticias llegadas desde Carcasona eran desoladoras. Sólo quedaba en pie uno de los suburbios. En cuestión de días éste —el Castelar— caería también, y nada podría ya detener la tormenta de proyectiles que los cruzados tenían reservada para la *cité*. Sin acceso al agua limpia, la ciudad y sus habitantes se empezaban a marchitar como pasas de uva. Nada de esto era sorprendente dada la decisión de Toulouse de abstenerse de ayudar a los carcasoneses. Montfort no tenía más que echarse a descansar a la sombra de una encina y esperar tranquilamente a que la sed terminara por rendir o matar a su víctima. Cientos de cátaros apresados en Sant Vincent habían sido ejecutados y sus cuerpos arrojados sin piedad al acueducto de Carcasona. Serene de Toulouse-Lautrec, sobrina del conde Raimond de Toulouse, aparentemente había sobrevivido a la ejecución masiva, gracias a su condición de mujer católica y a su valor como moneda de cambio. Sin embargo, otro de sus dedos había sido enviado a Trencavel en un nuevo intento por persuadirlo de capitular. Si se rindiera voluntariamente, los cruzados podrían ahorrarse el tiempo y los recursos que conllevaría derribar el Castelar y sitiar la *cité*. Aun así, a pesar de tenerlo todo en su contra, el vizconde Trencavel se negaba a ceder.

Robi intuía que el inusual llamado de Toulouse tendría como objetivo departir sobre las estrategias de defensa ante los próximos pasos de los cruzados que, tras acabar con Carcasona, marcharían sobre alguna de las plazas aliadas. Los hijos de Toulouse, Wilhelmina y Raimondet, creían en cambio que su imprevisible padre desearía tratar alguna cuestión relacionada con la incómoda llegada al campamento de su sufrido tío Baduino. Baduino de Toulouse, padre de la prisionera mutilada y hermano menor del conde de Toulouse, estaba desesperado por salvar lo que quedaba de su hija Serene, y no dudaría en ejercer su influencia sobre su hermano mayor para rescatarla a cualquier costo. Esa certeza a sus sobrinos les generaba un malestar desagradable y ominoso que pronto contagió el ánimo de Robi.

Él aún no había tenido ocasión de conocer a Baduino y sólo sabía de él por boca de otros. Según se decía, la relación entre los hermanos Toulouse había estado marcada por una gélida distancia que sólo recientemente había comenzado a disiparse. De hecho, hasta hacía apenas un par de años atrás, Raimond VI negaba tener más hermanos que Azalais —la madre de Trencavel—, y Aubri —fallecido en 1180—.

Esto se debía a que la madre de ambos, Constanza de Francia, había abandonado a su esposo e hijos cuando Raimond VI y su hermana eran apenas unos niños, para regresar sola a París, al seno de su influyente familia. Hija de Luis V de Francia y tía de Felipe Augusto, el actual rey francés, Constanza había dado a luz a Baduino en París, invocando que ya se encontraba encinta al momento de su huida. Sin embargo, el viejo conde nunca aceptó ser el padre de Baduino, a quien ni quiso conocer, ni permitió que sus otros hijos conocieran. Raimond VI sólo supo de Baduino después de la muerte de su madre, cuando éste, ya adulto, se presentó sin dinero en

Toulouse para exigir lo que aducía que le correspondía en herencia.

Raimond VI desestimó sonoramente la solicitud de Baduino. En cambio, su hermana Azalais, madre de Trencavel, le abrió las puertas de Carcasona, razón por la cual su hija Serene se crio cercana al joven Trencavel.

Baduino no renunció a su derecho. Invirtió años de esfuerzo para demostrarlo. Con paciencia de hormiga, recopiló pruebas y testigos que corroboraron su filiación. Ante las evidencias, el conde no pudo seguir negando el lazo de sangre que los unía, y entregó a Baduino el pequeño castillo de Montferrand. Aunque quizás era menos de lo que consideraba justo, Baduino se mostró manso y agradecido. En su estandarte, lucía los colores distintivos de Toulouse, simbolizando lealtad a la familia que lo había desconocido.

***

Ha llegado la hora señalada para la reunión. Robi y sus amigos, los hijos del conde anfitrión, se apersonan en la tienda mayor. Varios custodios armados protegen la entrada; tal vez demasiados. Robi razona que el reciente asesinato ha motivado a Toulouse a reforzar su seguridad. Pero en la presencia de estos guardianes palpita una tensión de otra naturaleza, una desconfianza en la antesala de la guerra.

—Dejad vuestras armas aquí —espeta uno de los guardias, señalando una arqueta de madera junto a la entrada del pabellón. Esta solicitud no hace más que acentuar el sentimiento de alerta.

El interior de la tienda ha sido decorado con los colores y símbolos de los condados aliados: Toulouse, Foix, Cominges y Bearne. La atmósfera es cálida y acogedora, iluminada por antorchas, dispuestas en soportes de hierro forjado, que proyectan una luminosidad serena y anaranjada. Pero el cuerpo de Robi no se deja engañar por las apariencias apacibles del entorno. Su corazón late con inquietud. Intenta relajarse, recordándose que se halla entre amigos. No lo consigue.

Las ubicaciones están dispuestas en dos grupos enfrentados. La mullida humanidad de Toulouse se acomoda en el único sitial, cual si fuera su trono. Su presencia se torna imponente, y dada la volubilidad de carácter que se le conoce, peligrosa. A su izquierda, está el hombre de mayor confianza del conde: su hercúleo y calvo alférez, Henri de Valois. Este último destaca con su armadura refulgente, elaborada especialmente para su tamaño descomunal, su espada labrada, su cuero cabelludo lustroso y sus ojos astutos.

Pero es Baduino, situado al lado derecho de Toulouse, el que atrae todas las miradas. Su apariencia abatida, su gesto compungido, su mirada pequeña e intensa, su postura comprimida... todo en él habla de la pesadumbre que lo acosa por la terrible situación de su hija Serene. Robi acaba de conocerlo, pero no tarda en llegar a la conclusión de que ese hombre es incapaz de sonreír.

Su semblante adusto fusiona la vanidad del conde con la dignidad mesurada de Raimondet. De una edad intermedia entre ambos, sus cejas pobladas, la forma bulbosa de su nariz y la curva

invertida de su boca lo asemejan a ambos nobles, confirmándole a Robi que no miente al proclamarse su pariente. Su presencia en la tienda, sin embargo, es la principal causa de la tensión que lo sobrecoge.

El padre de Robi —Raimond Roger de Foix—, y sus otros condes aliados, —el de Cominges y el de Bearne—, no ocultan su expectativa ni su disgusto. En vez de armaduras, llevan atuendos de diario, bordados con los emblemas de sus respectivos linajes, pero huérfanos de protección. Es la vestimenta esperable fuera del combate, cuando el enemigo aún se encuentra ocupado en otro asedio y a días de distancia. Por eso, la aprehensión se apodera de todos al ver que Toulouse y sus acompañantes lucen armaduras completas, a excepción de los cascos.

No es posible abstraerse de la asimetría de armas presentes en el lugar, ni de que ha sido provocada deliberadamente por Toulouse. Mientras los condes aliados, Robi y sus amigos han sido despojados de sus espadas al ingresar, Toulouse, Baduino y Valois portan las suyas sin resquemor.

El conde de Toulouse se levanta para atraer la atención de los presentes. Su cabello salpicado de canas está cuidadosamente peinado hacia atrás, y su armadura ostenta detalles dorados que resaltan con la luz de las antorchas.

—Os he convocado para comunicar un anuncio trascendental —comienza. —Sé que habrá discrepancias, pero mi decisión ha sido tomada. Os ruego que no perdáis tiempo intentando disuadirme.

La defensa anticipada de Toulouse evoca reminiscencias de cuando, años atrás, anunció que rendiría homenaje al rey Pedro de Aragón. Como corolario de esa cuestionada decisión, el legendario escudo de Foix, amado y añorado hasta hoy por los habitantes de la región, fue reemplazado por las barras gules y oro aragonesas, que Robi no terminaba de aceptar plenamente como propias.

» Comprendo que podáis sentir alguna inconveniencia ante la noticia que os daré. Pero es una elección que he sopesado cuidadosamente, reflexionando...

—¡Habla de una vez, hombre! —interrumpió el conde de Bearne, hastiado.

—Claro que lo haré. Pero antes quiero dejar en claro que mi anuncio no tiene por qué afectar nuestra alianza. El hecho de haberos convocado y de comunicaros esto en persona es prueba de mi compromiso. No deseo enemistarme con ninguno de vosotros.

Toulouse dio un sorbo de la bebida que reposaba en su odre, buscando valentía para su nuevo experimento. Sus pobres hijos, atrapados entre el deber de honrar a su padre, y lo poco que éste ayudaba para facilitar el cumplimiento de tal deber, lucían como blancas estatuas.

» He decidido reconciliarme con la Iglesia —descerrajó. —Mañana partiré hacia Saint Gilles y compareceré ante el legado papal Arnaud Amalric. Pediré perdón por mis pecados e imploraré que revoque mi excomunión, permitiéndome retornar al rebaño del Señor.

Casi todos estallaron en carcajadas. El conde de Toulouse era conocido por su sentido del humor.

Siempre encontraba la forma de sorprender con sus ocurrencias extravagantes.

—Vamos, amigo, deja de hacernos esperar y cuéntanos la verdadera noticia —instó Cominges, entre risotadas, mientras se reajustaba la capa.

Pero el rostro del conde de Toulouse, que no era de escatimar en algazaras, permanecía inmutado. Su hermano Baduino y su alférez Valois tampoco mostraban signos de estar bromeando. Menos lo hacían sus hijos, que lo conocían mejor que nadie. Robi sintió un dolor en el pecho.

Toulouse apagó los últimos ecos de diversión. —Nunca en mi vida he hablado con tanta seriedad.

Ahora la risa se había disipado por completo, reemplazada por expresiones de ira y consternación. La voz del padre de Robi prevaleció:

—¿Acaso te has vuelto loco? ¿Crees que la Iglesia te perdonará, así como así? Te exigirán que nos des la espalda, que abandones la defensa de los cátaros y que entregues a los tuyos. ¿No entiendes lo que eso significa?

La negativa de Toulouse a razonar hizo que las quejas y advertencias se multiplicaran, adquiriendo un tono cada vez más violento. La tensión aumentaba a la par que el volumen de las imprecaciones. La desesperación se coronó reina y señora del entorno. De allí en más, cualquier cosa podía suceder. La barrera entre lo verbal y lo físico se desvaneció cuando Bearne se arrojó sobre Toulouse, sacudiéndole los hombros mientras le gritaba sus reclamos directamente a la cara:

—¡Desiste de esta nueva insensatez o nuestra alianza se acaba aquí mismo! —escupió sin remilgos.

El imponente alférez Valois mantenía firme la mano sobre su empuñadura; por el momento no había desenfundado.

—¡Amalric te ordenará ejecutar a todos los cátaros de tus tierras! —clamaba Cominges, aturdido.

—¡Jamás lo aceptaremos! ¡Esto te convierte en nuestro enemigo! —bramaba Bearne. Empujó a Toulouse y lo hizo trastabillar, pero ni el conde ni sus escoltas se inmutaron. Desarmados, les era imposible infligir daño a un hombre en armadura. La única manera de penetrar sus defensas era con palabras filosas, por lo que no escatimaron en insultos y provocaciones.

Sin embargo, al conde de Toulouse esto no lo conmovió ni un ápice. Sus ojos reflejaban determinación y, quizás, una pizca de tristeza por la inevitabilidad de los acontecimientos que había desencadenado.

—¿No habéis escuchado las palabras de Bernard, el reo que intentó asesinarme? —lanzó Toulouse.

Los ojos de sus interlocutores se desorbitaron de incredulidad.

» Ese hombre estaba lleno de furia hacia mí, de odio intenso y arraigado. Y, ¿sabéis qué es lo peor?… ¡Tenía razón! He pecado abominablemente. Mi amigo murió en mi lugar, por mis transgresiones. Y el papa Inocencio no ha errado en excomulgarme. ¡Esta cruzada se ha desatado porque el legado papal Pierre de Castelnau ha sido asesinado en mis tierras y por mis hombres en mi beneficio! Pero en estos días lo he comprendido todo: si Dios me perdonó la vida, llevándose a mi escudero en mi lugar, fue para que yo pudiera redimirme. Y eso es lo que haré. Si no lo hiciera, los fuegos eternos del infierno me esperarían. La vida me da una segunda oportunidad y no pienso desaprovecharla.

Robi escuchaba el desvarío con angustia. Aun si Toulouse era sólo un imbécil y no deseaba el mal de los demás occitanos y sus cátaros, igualmente su defección lo produciría. Foix pronto sería Carcasona.

Baduino de Toulouse posó una mano sobre el hombro de su hermano en señal de apoyo. Su formación francesa, exclusivamente católica, sin las influencias del catarismo, las trovas, ni las licenciosas costumbres de las cortes occitanas, sin duda habían conseguido operar en la lábil mente del conde de Toulouse. Sólo él podía ser la causa del demencial giro de su hermano.

Raimond de Toulouse, cínico o ingenuo, apelaba a la compasión:

» Vosotros no entendéis lo que se siente ser excomulgados, porque no habéis tenido la desgracia de caer en ese pozo sin fondo. Protegéis a los cátaros de vuestras tierras, y aun así vais a misa y celebráis la eucaristía cada domingo. Podéis confesaros con vuestro cura amigo y recibir la absolución con sólo rezar medio rosario. ¡Yo no! ¡Mi alma ha sido condenada! Pero afortunadamente ¡hay un camino para mí! Jesús no vino al mundo para salvar a los justos, sino a los pecadores.

Su hijo, el joven Raimondet, intervino para hacerlo entrar en razón. Sus ojos buscaron conectar con el alma de su padre.

—Si te han excomulgado —dijo con aplomo—, es porque Inocencio quiere exterminar a los cátaros, y tú los has defendido, como buen cristiano. Dios es justo, te premiará a ti y castigará a las ratas como Montfort, Inocencio y Amalric. Son ellos los pecadores, ¡no importa lo que diga una Iglesia cooptada por rufianes!

—¡Blasfemia! —atronó Toulouse—. ¡Blasfemias como ésta son precisamente las que me han apartado de la gracia de Dios! Ya no las toleraré. Soy un hombre nuevo. Estoy dispuesto a lo que sea por obtener el perdón de la Iglesia.

Los congregados quedaron atónitos y desencajados. En estos días, Iglesia era sinónimo de cruzada. No había cómo disfrazar la realidad. Si Toulouse se pasaba a su bando, se convertía instantáneamente en el enemigo.

El conde de Bearne hace un gesto a Cominges, quien asiente en silencio y actúa. Se abalanza sobre el inocente pero valioso Raimondet, inmovilizándolo. Raimondet forcejea, pero es incapaz de liberarse. Las espadas se desenfundan.

—¡Si te vas con la Iglesia, despídete de tu hijo! —grita Cominges, con la voz colmada de rabia.

Los ojos de Raimondet se enrojecen, y su respiración se agita mientras lucha contra el estrangulamiento. Robi ya está en movimiento para intervenir en defensa de su amigo y en contra del exceso de Cominges, pero es sorprendido por la rápida reacción de Henri de Valois. Con potente destreza, el gigantesco alférez del conde interpone su espada entre Cominges y Raimondet, descarga un golpe lateral sobre la desprotegida sien del primero y libera al joven de su asfixiante captor. Raimondet exhala agitado mientras recupera el aliento.

Los guardias del conde de Toulouse ya están dentro de la tienda. Se abren paso y expulsan violentamente a los alborotadores Bearne y Cominges.

Con el corazón al galope, Robi permanece dentro, consciente de lo delicado y tenso de la situación. Su mirada se cruza con la de su padre, firme pero llorosa. El gigante calvo Henri de Valois regresa cerca de Toulouse. Wilhelmina atiende a Raimondet, que se ha sentado en el suelo para recuperarse. Baduino mantiene una expresión impasible.

—¡No comprendéis que no quiero enemistarme con vosotros! —exclama Toulouse, llevándose las manos a la cabeza con un desencanto infantil—. Mi reconciliación con la Iglesia es una necesidad espiritual, y no afectará nuestras amistades.

El conde de Foix, Raimond Roger, intenta razonar con él:

—Raimond, amigo mío, hemos compartido momentos difíciles y gloriosos, juntos en la guerra y en la paz. Te suplico que reflexiones. Te estás engañando a ti mismo, o estás siendo engañado por “alguien”—sus ojos azules se clavan en Baduino.

Robi repara en un filoso candelabro de hierro que tiene a mano. Podría tomarlo y estrellarlo contra la cabeza de Raimond de Toulouse, descargando en un instante la energía que viene acopiando. Con algo de suerte, sería posible darle muerte de un solo golpe.

» Tal vez creas que la absolución de la Iglesia será sencilla —continúa pacientemente Raimond Roger—, pero estás ignorando las devastadoras consecuencias que esto acarrearía. Para obtener ese perdón, no sólo te exigirán abandonar la defensa de los cátaros, sino entregarlos. Expondrás a miles de hombres y mujeres a la crueldad de la cruzada. Nuestras tierras serán invadidas. Nuestros castillos y ciudades caerán en manos de esos fanáticos.

"Exactamente", piensa Robi. Aunque inexplicablemente siente cariño por el inconstante pero carismático conde tolosano, reflexiona sobre cuántas vidas podría salvar si, con un golpe certero, evitara que el poderoso condado de Toulouse, con todas sus tropas, abandone el bando occitano para unirse al oscuro adversario. Con Raimond de Toulouse muerto, su amigo Raimondet se convertiría el próximo conde, la alianza se solidificaría y el repentino cambio de lealtad de Raimond VI sólo quedaría como un mal recuerdo para los presentes en esa carpa.

» Es loable que desees el perdón divino, pero debes buscarlo únicamente dentro de tu corazón —concluye el conde de Foix—. Someterte a las condiciones del legado Amalric te convertiría en enemigo no sólo de los cátaros, sino de toda Occitania.

Baduino da un paso al frente y responde en lugar de su hermano, que parece haberse quedado sin palabras.

—Mi pobre hija Serene, ¡la propia sobrina del conde! está en manos de Simón de Montfort, que, según me informan, ya le ha arrancado dos dedos de cada mano. ¿Creéis que un Toulouse se quedará de brazos cruzados permitiendo que esa atrocidad se siga perpetrando?

Los ojos de Robi siguen fijos en las formas escabrosas del metálico candelabro. Cientos, quizás miles de vidas podrían depender de su valor para cometer ese crimen. Pero no puede hacerlo. Robi no es un asesino, ni un suicida. Raimond VI podría estar loco, pero era como un tío para él. Además, si lo ejecutara, desataría la furia del descomunal Henri de Valois y su potente armada. Ermessenda y él se habían prometido cuidar de sus vidas hasta volverse a ver.

—Partiré mañana mismo, con o sin vuestro apoyo —zanja Toulouse—. Raimondet, ven conmigo. Tu presencia reafirmará mi honesta voluntad de absolución. Henri, convoca ocho caballeros para que me acompañen. Tú permanecerás en este campamento para vigilar que todo siga su curso normal.

—¡No iré a ninguna parte! —vocifera Raimondet, tapando la respuesta afirmativa del descomunal alférez—. Acompañarte sería apoyar tu decisión, y la condeno enérgicamente. Es otra de tus insensateces. ¡Pero ésta traerá consecuencias nefastas!

—Padre, si me honras aceptando este ofrecimiento, iré yo —se ofrece en cambio Wilhelmina. Su cabello corto como el de un hombre y su vestimenta con saya y jubón no ocultan la belleza recia de la joven hija del conde.

—¡Tú sí que eres una hija excepcional! —responde Raimond. —A veces pienso que deberías ser mi heredera en lugar del blando de tu hermano, que ni siquiera sabe defenderse... Si de mí dependiera, te nombraría caballero y heredero de mis dominios.

Herido por las palabras de su padre, Raimondet da media vuelta y se dirige hacia la salida de la tienda, seguido por Robi.

—¿De qué dominios? Si sigues por esta senda, no quedará nada —espeta antes de escabullirse.

Robi y Raimondet caminan en silencio hacia su carpa. Abombados de pensamientos oscuros, son incapaces de generar conversación. El conde de Toulouse pronto se iría del campamento para amigarse con el enemigo, dejando su gran ejército junto a quienes ahora serían sus adversarios.

—¡Raimondet! —llama la voz de Wilhelmina, emergiendo desde el pabellón de su padre.

Él, demasiado indignado con su hermana como para detenerse, aprieta el paso, obligándola a correr para darle alcance.

» ¡Raimondet, espera! —insiste ella, tomándolo del brazo con su aliento agitado por el trote. De mala gana, el joven se detiene y se gira para enfrentar a su hermana. Con las venas saltándole por el cuello, le increpa:

—¡Debes de estar muy complacida por haber obtenido la aprobación de nuestro padre a costa de perjudicarme a mí! ¿No eres consciente de lo que implican tus acciones al respaldarlo en esto? Si lo deseas, ahora mismo te llevaré al otro lado de la muralla, caminaremos por las calles de nuestra ciudad, y te mostraré los rostros de las familias cátaras que acabas de condenar.

Erguida como un soldado varón listo para el enfrentamiento físico, Wilhelmina mantenía la mirada firme. Luego habló, y demostró una vez más su capacidad para parecer lo que no era:

—¡Salvar a esas familias me importa tanto como a ti, Raimondet! ¿Cómo puedes ser tan necio de pensar que en verdad apoyaría a nuestro padre en su desvarío? ¡Todo lo contrario! Si me he ofrecido a acompañarlo, es justamente para detenerlo. Estamos en el mismo bando, hermano.

El vizconde y su chambelán

Verano de 1209
Castillo de Castellbó, Cataluña
Al mismo tiempo

Esa mañana de martes, día de mercado, el vizconde Arnau de Castellbó bajó a pie desde el castillo hasta la feria. Como solía hacer, se aventuró en el corazón de la villa vizcondal que gobernaba, un encantador conglomerado de humildes moradas de piedra y madera, dispuestas a lo largo de una arteria principal que remontaba la empinada colina en espiral. Sólo mezclándose con la gente de igual a igual podía enterarse de primera mano de las preocupaciones que los embargaban, y de las alegrías que los entusiasmaban. Como no todo el mundo acudía a sus audiencias, la mejor forma en que Arnau podía atender a las necesidades de sus vasallos era estando en la calle.

Descendió sin prisa por el sinuoso *carrer mayor*, que serpenteaba la colina sobre la que se alzaba su castillo, saludando y siendo saludado efusivamente por todos a su paso. A su lado, marchaba su chambelán, Dalmau de Barberà, cuyos largos cabellos dorados brillaban como la miel bajo el sol matutino, atrayendo las miradas golosas de las damas.

El joven chambelán de Castellbó parecía un príncipe sacado de una historia de trovadores. Sus ojos, de un verde tan transparente como las aguas del Segre, despertaban risitas coquetas y suspiros por doquier.

Efectivamente, mientras caminaban, era imposible ignorar la atención que el chambelán convocaba. Las mujeres brotaban como flores silvestres al paso de Dalmau. Detrás de algunas crecían, como maleza, las miradas no tan amigables de sus maridos, padres o hermanos. Junto a la mayor tienda de verduras, una joven morena dejó caer una canasta llena de borrajas, atareada en la vista del apuesto chambelán. Un poco más adelante, una señora mayor que cosía en la puerta de su casa perdió el hilo de su aguja, sus ojos clavados en él mientras la tela se derramaba de su regazo al suelo. Las jóvenes doncellas que lavaban ropa en la fuente detuvieron su quehacer para mirarlo atontadas. Sus chismes se apagaron y sus mejillas se ruborizaron cuando Dalmau les prodigó una sonrisa y un saludo cordial.

El vizconde Arnau, ya en su cincuentena, sólo podía reír. Si bien era respetado y querido por su pueblo, Dalmau tenía el don de robar corazones a su paso, un don que Arnau observaba con una mezcla de diversión y un poco de envidia.

—Parece que tienes más admiradoras que yo, Dalmau —comentó Arnau—. Ni siquiera en mis años mozos recuerdo haber causado tanto revuelo entre las damas del pueblo.

Dalmau soltó una risa franca.

—Es porque los tiempos han cambiado, mi señor. Las mujeres están más atrevidas que nunca. A vos aun os guardan un cariño más grande, por vuestra sabiduría y liderazgo.

Eso último era verdad, había que reconocerlo. Hombres y mujeres de todas las edades se acercaban al vizconde para saludarlo, ofreciéndole gestos de respeto y obsequios sencillos: una canasta de fresas recién recolectadas, un jarro de leche fresca, una tela bordada a mano.

Habían llegado al pequeño pero bullicioso mercado de la villa, justo enfrente de la concurrida parroquia. El vizconde y su chambelán fueron bienvenidos con alborozo, en un ambiente que vibraba con brillantes colores, una animada mezcla de risas e intercambios y el delicioso aroma de la comida recién cocinada. La prosperidad y calidez familiar de un pueblo unido transpiraba entre los tenderetes rebosantes de frutas frescas. Los niños y los perros correteaban entre los puestos, los vendedores pregonaban sus productos, y las monedas resonaban al chocar las unas con las otras en las faltriqueras.

Un anciano con arrugas profundas extendió a Arnau un queso azul envuelto en un paño. —Es de la última cuajada, señor. Con pan tostado y vino blanco se disfruta mejor.

Arnau aceptó con gratitud, apreciando la generosidad sencilla de su pueblo.

—¡Vizconde Arnau, vos y vuestro chambelán tenéis que probar estos higos! —llamó una vendedora desde su puesto, sosteniendo una canasta llena de higos jugosos.

Arnau degustó uno: —¡Mmm…! Los mejores que he probado, ¡seguro serán un éxito en la feria!

Un sonido distante pero creciente vino a romper la agradable rutina del mercado. Era un golpeteo duro y rítmico, paralizante por lo que anunciaba. Un murmullo desconcertado recorrió a los feriantes, que intentaban localizar la procedencia de aquellos cascos de caballo estrellándose contra el suelo de piedra a toda velocidad. Una nube de polvo anunció la llegada del jinete. Era un soldado montado del vizconde que se abría camino entre la multitud. Su rostro sudado estaba pálido y su expresión alarmada.

—¡Vizconde Arnau! —exclamó, sin aliento—. Guerau de Cabrera se ha plantado en la puerta sur de la muralla, ostentando los estandartes del condado de Urgel. Viene con una decena de caballeros armados, un clérigo y numerosos plebeyos. Exigen entrada inmediata.

Arnau frunció el ceño. Su rostro adoptó un gesto de furia instantánea. —¿Con los estandartes de Urgel habéis dicho? ¡¿Cómo tiene cara ese usurpador?! La única condesa de Urgel es Aurembiaix. Bajo esas falsas pretensiones Guerau no tiene permitido el acceso a mi vizcondado. Decidle que se vaya.

Un segundo guardia se acercó. Se apretaba el yelmo nerviosamente.

—Vizconde Arnau, el señor Guerau ha expresado que no se marchará hasta hablar con vos. Pide parlamentar, y ha amenazado con atacar Castellbó si no es recibido.

Arnau resopló.

—¿Dijisteis que se encuentra en la puerta sur?

—Sí, mi señor, con una pequeña multitud.

—¿Y qué hay de la puerta norte?

—Despejada, señor vizconde.

—En ese caso iré a parlamentar con él. Pero saldremos por la puerta norte para sorprenderlo por detrás y hablar allí afuera. No le daremos la oportunidad de entrar y tal vez hacer algún estrago. Preparad a quince de nuestros mejores soldados y partamos inmediatamente.

Arnau no quiere a Elisenda

Verano de 1209
Castillo de Castellbó, Cataluña
A los pocos minutos

Arnau y sus hombres salieron de Castellbó por la puerta norte, rodearon el pintoresco pueblito por el camino de tierra circundante y cruzaron al galope el puente románico sobre el tranquilo río Blanco. Su recorrido se interrumpió al alcanzar la puerta sur, donde los hombres de Guerau de Cabrera, el autoproclamado conde de Urgel, los esperaban en formación amenazante. Además de caballeros de armadura reluciente, había junto a él un nutrido grupo de plebeyos urgelenses: hombres, mujeres y niños.

A la vanguardia de cada batallón, en sus respectivos caballos, las figuras de Arnau y Guerau se destacaban frente al paisaje pirenaico. Sus miradas se trenzaron con una intensidad que podría haber prendido fuego a la hierba bajo sus pies.

Detrás de Guerau de Cabrera, los estandartes con rombos oro y sable ondeaban con el viento. No eran ninguna sorpresa. Eran la ostentación de su usurpada autoridad, autoridad que Arnau no aceptaría, acrecentando la inquina entre ambos. Lo que sí le sorprendió fue encontrar, montada a horcajadas en un orgulloso caballo blanco al frente de la comitiva, una figura femenina. Al principio creyó que sus ojos le estaban jugando trucos, pero no demoró en convencerse de que aquella dama ataviada con un amplio vestido color manteca con bordados de oro y perlas, era nada menos que la latosa e inaguantable Elisenda de Cardona. Un deleitable martes de mercado venía a descomponerse por la aparición de su prometida.

Elisenda era la dama que el antiguo conde de Urgel, Ermengol, le había impuesto por la fuerza de las armas, los secuestros y las amenazas, y de la que Arnau venía escapando desde hacía seis años. Guerau, en esto sí, respetaba la voluntad de su tío.

—¿Por qué esta presentación tan prepotente, Guerau? —fue lo primero que dijo Arnau para romper el incómodo silencio—. Si hubierais venido solo, sin armas, escoltas, ni estos escudos falsos, os habría invitado a compartir una copa de mi mejor vino en mi castillo.

Guerau frunció el ceño y se mantuvo en silencio. Era un hombre joven y robusto, con una barba y bigote castaños que enmarcaban una boca acostumbrada a una sonrisa cruel.

Al ver la cicatriz en forma de 'v' en la mejilla de Guerau, Arnau volvió a colmarse de un punzante desprecio por ese hombre. Su hija Ermessenda había debido marcar a ese presuntuoso, en defensa de su honor y de la dignidad de su cuerpo.

» Desafortunadamente, no puedo mostraros esa amabilidad en estas condiciones —remató Arnau ante el silencio de su arrogante visitante—. No mientras vos y vuestros hombres carguéis los colores del condado de Urgel. Sería una aceptación implícita de vuestra legitimidad como conde, algo que no puedo permitirme. Bien sabéis que la única y verdadera condesa es Aurembiaix de Urgel, la hija y legítima heredera de vuestro tío, el difunto conde Ermengol.

La tensión entre los dos hombres era insoportable.

—Yo ya soy el conde, Arnau, os guste o no —respondió Guerau, soltando cada palabra como una bofetada—. Pero no he venido aquí a exigir vuestro reconocimiento. No por ahora. Vengo por la promesa que hicisteis. Por esta dama, mi prima Elisenda. Hace más de un lustro que venís postergando la ejecución del compromiso adquirido con ella. Y eso se acabó.

Elisenda se sujetaba el peinado, que se bamboleaba cuando el aire soplaba más fuerte.

» He traído a este párroco de la Seu de Urgel para que oficie el matrimonio hoy y aquí mismo —señaló al sacerdote a su izquierda. Éste hizo una breve reverencia con su cabeza. —Contamos con todo lo necesario para celebrar la boda, incluidos muchos invitados. Cumplid y festejemos. Después me marcharé sin provocar ningún disturbio.

Elisenda miró a Arnau con ojos suplicantes. No era precisamente bella, pero había en ella un aplomo que imponía un cierto respeto. Era más joven que él, con el rostro fresco y un par de ojos oscuros que hoy desnudaban su visceral temor al rechazo, al deshonor, a la humillación pública. El horrendo Guerau volvía a ensañarse con una mujer, imponiéndole movimientos no queridos.

La mirada de Arnau pasó de Elisenda a Dalmau. El gesto de su chambelán le dio el ímpetu que necesitaba:

—¿Casarme aquí, ahora, sin mi familia ni mis amigos presentes? ¿Sin invitar al rey Pedro? —expuso, y luego aumentó la vehemencia. —Nunca le haría algo así a mi bella prometida. ¡Nuestra boda ha de ser una fiesta inolvidable!

Guerau volcó su frustración en un gruñido feroz. Su semblante adquirió un tono rojizo. Enseñando las uñas, intimó con voz cortante:

—Si no os casáis con mi prima hoy mismo, volveré en otoño con mi mesnada completa. Arrasaré con Castellbó, con vuestros campos, con todos vuestros dominios, y tomaré lo que es mío por derecho. Podréis ignorar mi título, pero no mi fuerza militar.

Arnau no se dejó amedrentar. El abuso de este despreciable a su hija Ermessenda, aunque años atrás, le dificultaba ejercer la diplomacia pragmática.

—Antes de que eso suceda, me presentaré ante Pedro, rey de Aragón, que reconoce a Aurembiaix como la verdadera condesa de Urgel. Obtendré el apoyo de sus mesnadas reales, y ahí veremos quién prevalece. Os sugiero que reconsideréis. Yo cumpliré con mi palabra. Sólo pido algo más de tiempo.

—¿Más tiempo? ¡El compromiso se ha firmado en 1203 y ya estamos en 1209! —estalló Guerau, mientras los ojos de su prima derramaban lágrimas a pesar de su claro intento por contenerlas—. Elisenda era una mujer joven cuando se comprometió con vos, pero ya ha cumplido los treinta. ¡Sus años fértiles se acaban! Si no os casáis pronto, ya no podrá concebir hijos.

—Nuestro compromiso se ha dilatado, lo admito. Pero Occitania está en guerra con Francia. Mi

hija Ermessenda se encuentra allí y mi consuegro podría requerir el apoyo de mis tropas en cualquier momento. No puedo tomar esposa en tiempos de tanta incertidumbre.

—Vuestros problemas con los norteños no son asunto mío —replicó Guerau con frialdad—. Nada de eso existe para mí. Por coquetear con esos forasteros, amigos de los herejes, es que terminasteis prisionero de mi tío, y contrayendo un compromiso a cambio de recuperar vuestra libertad. Un compromiso que ahora debéis honrar. Si no lo hacéis...

—¡Ya basta de tus sucias amenazas! —gritó Arnau haciendo temblar el suelo—. Las puertas de Castellbó permanecerán cerradas para todos vosotros, incluida Elisenda. ¡La única forma de revertirlo es sobre mi cadáver!

Los caballeros de ambos bandos desempuñaron sus espadas. Algunos de los plebeyos que acompañaban a la comitiva de Guerau llevaban cuchillos o hachas en sus cinturones y otros podrían armarse con maderos o piedras, representando un estorbo considerable. Sobre las almenas, varios arqueros de Castellbó esperaban alertas una orden de su vizconde. Y de seguro, muros adentro, el comandante Guillaume Ysarn ya estaría disponiendo a la guarnición para un posible enfrentamiento. Lo único cierto sobre su resultado es que auguraría peores conflictos a futuro.

Elisenda se secó las lágrimas, levantó la frente, y pegó un alarido: —Vámonos, primo —rogó—. No es necesario llegar a esto —Su rostro mostraba un rastro de despecho, pero mantenía su compostura.

Guerau asintió con la cabeza. Viendo que sus amenazas no habían surtido efecto en Arnau, se giró con una mueca de frustración y gesticuló a sus hombres la orden de dar la media vuelta para marcharse. Elisenda, el cura y los plebeyos que habían venido con esperanzas de una boda, siguieron, desmoralizados, el ejemplo de los hombres de armas, a paso lento y apagado.

Con una última mirada hacia Arnau, Guerau lanzó su advertencia final:

—Habéis hecho vuestra elección, vizconde. Pero no os equivoquéis. Estoy a punto de partir en una campaña, de la que volveré llegado el otoño. Si para entonces no habéis honrado vuestro compromiso con Elisenda, desataré sobre estas tierras toda mi furia.

Con eso, golpeó las riendas de su caballo y guio a su grupo de vuelta, dejando a Arnau y a sus hombres en el silencio que siguió a su partida.

—Esa mujer, Elisenda, no será mi esposa hoy, y puede que nunca —dijo Arnau a su chambelán mientras cruzaban el puente de regreso a Castellbó —pero he de reconocer que hoy nos ha hecho un enorme favor al llevarse de aquí a ese petulante sin necesidad de derramamiento de sangre.

La conversación se reanudó una vez cerrada la puerta norte tras de ellos, con una incisiva interrogación de Dalmau:

—Perdón por el atrevimiento, señor, pero ¿no habría sido más sencillo concretar la boda? ¿Es que Elisenda os desagrada tanto como para arriesgar la paz de todo el vizcondado sólo por no desposarla?

—No es eso —respondió Arnau. Sus ojos color avellana reflejaban la complejidad de sus emociones. Se giró hacia el chambelán, dejando que sus palabras fueran mecidas por el viento: —Elisenda es una dama adecuada. Eso está fuera de cuestión. Sin embargo, prometí a mi hija Ermessenda que ella heredaría mis tierras y mi título. Creció convencida de que un día se convertirá en la vizcondesa que me suceda y, de hecho, no guardo un ápice de duda de que sería la mejor gobernante que el pueblo de Castellbó pueda tener. Si vuelvo a casarme, mi nueva esposa tendría derechos que se interpondrían con los de Ermessenda, especialmente si me diera un hijo varón. Por eso, precisamente, es que Guerau demuestra tanto interés en esa boda. No puedo permitir que nadie se entrometa en mi sucesión.

Dalmau asintió con comprensión.

—Si me lo permitís, señor, creo que podría haber una manera de evitar ese matrimonio sin despertar la ira de Guerau de Cabrera.

Las cejas de Arnau se arquearon lentamente, con interés.

—Te escucho, Dalmau.

—La única forma de revocar este compromiso sin incumplir vuestro pacto es que sea Elisenda quien decida cancelar la boda, no vos —explicó Dalmau con una mirada pensativa en sus ojos verdes.

Arnau parecía ligeramente intrigado por la propuesta. Su frente se arrugó y su mirada se tornó dubitativa.

—Pero ¿cómo podríamos lograr eso? Elisenda está deseosa de casarse. Sería un milagro que ella misma desistiese de la boda.

Un atisbo de sonrisa jugueteó en la comisura de los labios sensuales de Dalmau. Como un ladrón a punto de revelar su astuto plan, susurró:

—Puede que no sea tan milagroso, señor. Creo que sé exactamente cómo podemos lograrlo.

III
Espera lo inesperado
Verano de 1209

El precio del perdón

Verano de 1209
Saint Gilles, Languedoc
Tres días después

Wilhelmina de Toulouse conocía muy bien a su padre. Era experta en descifrar sus inclinaciones y comportamientos y sabía que, para convencerlo de lo que fuera, era necesario un enfoque sigiloso: sin pedir abiertamente, sin suplicar, insistir, negociar ni presionar. En cambio, tenía que hacerle creer que la idea que ella deseaba implantar había brotado de la mente de él.

Pero un juego tan delicado no podía lograrse en cualquier ocasión. Wilhelmina había aprendido a esperar a que su padre se encontrara de buen humor y con las defensas bajas para sembrar en él sus semillas estratégicas. La paciencia para encontrar el momento indicado —que muchas veces implicaba risas y cerveza— era la llave maestra para timonear a gusto su voluntad.

En el viaje a Saint Gilles, sin embargo, esta tarea parecía imposible. La barrera principal era la presencia de Baduino. El perpetuamente malcarado tío de Wilhelmina no se despegaba de su hermano ni por un momento. En su mente, la reconciliación de Raimond con la Iglesia era el camino para recuperar a su hija Serene, y eso era lo único que le importaba.

El resto del grupo, formado por ocho caballeros de confianza del conde, constituía otro estorbo. Juntos, habían cruzado vastas llanuras, cabalgado por densos bosques y superado obstáculos geográficos, relegando a las noches los únicos instantes de reposo. No había oportunidad para la conversación a solas entre padre e hija.

Siendo la única mujer de la comitiva, su paso era más lento que el de sus compañeros. Su armadura, tan pulida que las luces del día se reflejaban en ella como en un espejo, estaba hecha a la medida de sus curvas femeninas. Era como una segunda piel para ella, y, en circunstancias habituales, no debería suponer una traba a la velocidad de su cabalgadura.

Lamentablemente, la luna mensual de Wilhelmina había hecho su aparición. Cabalgar con armadura era ya de por sí un desafío, pero hacerlo en “esos días” lo convertía en una pesadilla que muy pocas mujeres conocían. El metal, frío e inmisericorde, agravaba las molestias haciéndola odiar más que nunca la maldición de haber nacido mujer. Aunque no se permitía mostrar señales de debilidad, requería paradas frecuentes y esto la relegaba al final de la fila mientras que su padre marchaba a la vanguardia junto a Baduino.

En las varias jornadas de camino a Saint Gilles, habían hecho paradas en posadas ocasionales, en algunos casos armando campamento al aire libre, bajo la bóveda de estrellas. Sólo la presencia de Berald de Elbine, con su rostro claro y lampiño, su voz dulce como el almíbar y su mirada comprensiva, le proporcionaba una ráfaga de brisa fresca en el desierto. En los meses compartidos en el campamento militar de Toulouse, el joven heredero de Orange se había convertido en su mejor amigo, cubriendo la vacante que Robi había dejado en su vida al casarse con Ermessenda de Castellbó. El espigado y grácil Berald estaba al tanto de las intenciones de Wilhelmina respecto de su padre y las compartía. Aunque provenía de una tierra sin cátaros,

comprendía cabalmente la importancia estratégica de mantener a Toulouse alejado de la Iglesia, y apoyaba incondicionalmente a Wilhelmina en su afán por disuadirlo del desastre. A pesar de su complicidad, y de los intentos de ambos por apartar al conde de los demás para que Wilhelmina pudiera hablar con él a solas, los días pasaron sin que Toulouse se dignara a prestar atención a su hija.

Un insoportable sentimiento de impotencia comenzó a sofocar a Wilhelmina. Había demasiado en juego: la alianza de los occitanos y el pueblo cátaro pendían de un hilo precario al borde del abismo.

Su desesperación alcanzó su punto álgido el día que se dio cuenta de que Baduino había adivinado sus intenciones, y por eso no soltaba a su padre. La mañana siguiente arribaron a destino. Tras las murallas de piedra de la ciudad los aguardaba la fastuosa abadía de Saint Gilles. Allí tendría lugar el acto de penitencia de su padre, el conde Raimond VI de Toulouse. Las torres de campanas puntiagudas de la abadía le otorgaban una apariencia grandilocuente y lúgubre, que ni siquiera los vitrales coloridos que ornamentaban sus paredes conseguían disimular.

Raimond de Toulouse y sus hombres debían presentarse a la iglesia desarmados, como obligada muestra de humildad. Tuvieron que dejar a resguardo sus espadas y dagas en la posada de la noche anterior, a la que regresarían tras la ceremonia. También debían desprenderse de sedas, terciopelos, joyas y bordados de oro. En su lugar, se vistieron con las mismas túnicas sencillas de lana y lino, en tonos sobrios de marrón y gris, que usaban en el campamento militar.

En cuanto a Wilhelmina, su padre la obligó a lucir un vestido femenino, sin adornos ni encajes, pero ajustado a la cintura. Ella detestaba este tipo de prendas, prefiriendo uniformarse igual que sus compañeros. Pero su padre estaba decidido a que su comitiva no despertara queja alguna entre los miembros del clero con los que deseaba congraciarse. Cuando la joven vio la ávida multitud que los aguardaba en la abadía, y a su padre andando como un campesino, deseó estar lejos de allí.

El legado papal Arnaud Amalric, rodeado por varios cruzados y miembros del clero, les impidió la entrada al recinto, aguardándolos en cambio en el exterior, a pies de la escalinata de la iglesia. Miles de curiosos se amontonaban expectantes por el singular acontecimiento. No serían defraudados.

Arnaud Amalric, ataviado con una enjoyada casulla y capa pluvial, pidió silencio a la multitud. Su mitra roja con bordados de oro emergía, orgullosa como un monumento, de entre la hierba corta de su cabello, tan claro que la línea entre la edad y su tonalidad natural era imperceptible. Sus pálidos ojos de pescado, contrastantes con su piel rojiza, parecían querer salírsele de la cara. Cuando obtuvo la atención deseada, se dirigió al petrificado Raimond:

—Conde de Toulouse, habéis escupido en el rostro de la Iglesia, habéis cobijado herejes en vuestras tierras, y apañado al asesino de un enviado del Sumo Pontífice. Por tales agravios, habéis sido desterrado de la gracia divina. ¿Qué buscáis ahora en el umbral de la casa de Dios?

Raimond asintió con dignidad.

—He venido a reconciliarme con Dios y con la Iglesia —afirmó.

—Si eso es verdaderamente lo que deseáis, empezad por despojaros de vuestras vestimentas, como señal de humildad ante el Señor.

El tono del arzobispo era inmutable, casi mecánico.

Con un suspiro resignado, Raimond se quitó su túnica exterior, una pieza de color marrón oscuro, simple, pero de buena hechura. Luego se desprendió el chaleco de cuero, dejando su pecho apenas cubierto por una camisa de lino. A medida que se despojaba de su vestimenta, la seriedad de su compromiso se hacía más evidente.

Wilhelmina sentía la humillación de su padre como propia.

Raimond ya estaba abocado a las prendas bajas. Había comenzado por las hebillas de sus botas. Cada uno de sus movimientos era seguido con morbosa atención por la nutrida congregación. Retiradas las botas, se revelaron las calzas de lana que cubrían sus anchas piernas. Raimond se agachó para quitárselas. La sencillez de esta maniobra ofrecía un burdo contraste con la presunta solemnidad del momento.

Baduino se notaba satisfecho con el espectáculo, casi divertido, como si encontrara una justicia poética en ver a su licencioso hermano, que tan alegremente se desnudaba frente a cualquiera en sus bacanales, por una vez hacerlo avergonzado y en contra de su voluntad.

Cuando la blandura de sus piernas quedó al descubierto, Raimond VI se incorporó una vez más para someterse a la tarea más íntima y degradante: quitarse las prendas interiores. Su expresión se endureció mientras desataba los cordones del calzón. Miraba al suelo. Los ojos de todos recorrían impunes la creciente desnudez del conde de Toulouse.

Wilhelmina supo que su rostro se enrojecía. Las risitas y los cuchicheos sofocados eran como pedradas que iban lapidando poco a poco la dignidad de su familia. Apartó la vista, no tanto para evitar la visión del cuerpo de su padre, sino la de su espíritu: el de un hombre devastado por un ultraje de proporciones inimaginables.

Justo cuando Raimond estaba a punto de retirarse su camisa, que era su última prenda y que a duras penas cubría las partes pudendas del abochornado conde, el arzobispo Amalric levantó una mano.

—Así está bien —dijo, despertando suspiros aliviados y quejas decepcionadas en partes iguales.

Pero la efímera relajación de Wilhelmina se desvaneció tan rápido como había llegado. Amalric se quitó su propia estola, la pasó alrededor del cuello de Raimond, e hizo un nudo con ella como para ahorcarlo, sosteniéndola del otro extremo. Luego, con una indicación que heló la sangre de la joven, señaló la escalera que ascendía hacia la puerta de la iglesia.

» Sólo podréis entrar a la casa de Dios si vuestra humillación es proporcional a vuestro pecado —sentenció.

Con la respiración entrecortada, Wilhelmina observó cómo su padre, el prestigioso conde de

Toulouse, hasta hoy reverenciado y temido por todos, era forzado a subir en cuatro patas los peldaños del templo, como una bestia de carga arrastrada por las riendas. Los golpes de vara que el arzobispo propinaba rítmicamente sobre su trasero agravaban el ultraje. Aunque el dolor físico que estos golpecitos ocasionaban no parecía ser significativo, eran una afrenta adicional a su dignidad. Sus ecos arrastraban consigo las risas contenidas de los presentes.

Desnudo de la cintura para abajo, el conde fue arriado por las escaleras. Doce obispos allí congregados le abrieron paso para dejarlo pasar. Una vez dentro de la capilla, el ensañado arzobispo y el sumiso conde continuaron la penosa procesión hasta el altar, seguidos en orden por los doce obispos, el resto del clero, la comitiva del conde, y, por último, la chusma.

El interior de la abadía estaba inundado del aroma punzante del incienso. La penumbra se cernía sobre el ambiente, a excepción de unos tímidos rayos de sol que se filtraban por las altas ventanas de vidrio. Las columnas de piedra se elevaban hasta el techo abovedado, y en la pared del fondo, una gran cruz presidía el recinto sagrado.

La multitud contemplaba entusiasta, en esforzado silencio. Recién ahora comenzaría el verdadero ritual de penitencia y humillación. Uno que quedaría por siempre inscripto en la historia del Languedoc y en la memoria de todos los asistentes.

Arnaud Amalric soltó finalmente la estola con la que arrastraba a Toulouse. No le permitió ponerse de pie; debía permanecer arrodillado frente al altar. Sobre éste había una hostia consagrada y un pequeño conjunto de reliquias. A su alrededor, las estatuas de los santos se mantenían en silencio, como si comprendieran la gravedad de lo que sucedía; tal vez algunos, como Wilhelmina, querían hablar, pero ya no podían.

Wilhelmina se ubicó en primera fila, a la derecha del altar. Aunque la deshonra era más dolorosa presenciada de cerca, desde allí su padre al menos podría ver un rostro familiar entre tanta hostilidad. Berald de Elbine, situado al lado de Wilhelmina, la tomó un instante de la mano cuando el arzobispo volvió a hablar.

» Raimond VI de Toulouse, habéis entregado siete castillos como garantía de vuestro compromiso de redención. Os habéis desnudado ante la grandeza de Dios, y habéis ascendido las escaleras de esta sagrada abadía arrastrado como un perro. Ahora, que, por derecho, habéis sido admitido en su interior, vuestros ruegos serán escuchados. ¿Pedís perdón ante Dios y la Iglesia por vuestros pecados y prometéis enmendarlos?

Los ojos de Arnaud Amalric se clavaban incisivos en Raimond, regodeándose en su posición de poder sobre aquel noble que había osado desafiar la autoridad de la Iglesia y hoy se postraba ante sus pies.

—Sí, lo hago. Admito todos mis errores y prometo enmendarlos ante los ojos del Señor —respondió Raimond semidesnudo, descalzo y de rodillas, pero con voz firme.

Wilhelmina sintió una punzada de tristeza ante la obediente respuesta de su padre. La expresión de su tío Baduino, en cambio, se hacía radiante.

—Entonces —continuó Amalric elevando sus manos—, en nombre de Dios y de la Iglesia, os

obsequio la penitencia, para que purguéis vuestros pecados y recibáis la misericordia divina.

El primado dio media vuelta. Abrió la caja de madera decorada que reposaba sobre el altar. Su mano regresó munida de un objeto alargado con varias tiras de cuero anudadas. Wilhelmina se resistía a identificarlo como lo que era, hasta que el arzobispo no dejó dudas:

» Recibiréis trece azotes, uno por cada uno de los pecados de los que habéis sido acusado, y por los que estáis pidiendo perdón. ¿Aceptáis esta penitencia?

—La acepto.

Amalric agitó su látigo en el aire, y las tiras emitieron un silbido inquietante.

—El látigo es la herramienta de la justicia divina, el medio para lavar los pecados y restaurar la gracia de Dios. Cada uno de los obispos aquí presentes os propinará un azote, hasta que hayáis pagado por todos ellos. ¡Ahora despojaos de vuestra camisa!

La concurrencia a duras penas logró contener sus chillidos de excitación.

Toulouse obedeció, quedando, ahora sí, completamente desnudo. Su vientre abultado, testimonio del pecado de gula por el que también se lo juzgaría, escondía su masculinidad en aquella posición contraída. Por ello, más que risas, su desnudez despertaba una mezcla de compasión y expectativa morbosa por el castigo inminente.

Amalric entregó el látigo al primer obispo, un frágil anciano que leyó, con la dificultad de su vista avejentada, el primero de los crímenes del conde en la lista que el arzobispo había montado en un atril.

—¡Por haber ofrecido albergue y protección a los cátaros de vuestras tierras! —y sacudió el látigo en el aire. Wilhelmina especuló que las manos débiles del hombre no causarían daño. Sin embargo, cuando descargó el látigo con furia sobre la espalda de Raimond, éste aulló, y una línea roja se dibujó en su espalda. ¡Y este era sólo el primero de trece!

El segundo obispo tomó el látigo con solemnidad. Era robusto y sus facciones rígidas revelaban una fe indomable y una voluntad implacable. Sus ojos se clavaron en la espalda desnuda de Raimond, y tal vez en la marca precisa del primer azote.

—¡Por haber favorecido a los judíos de la ciudad de Toulouse, ofreciéndoles incluso puestos en el consejo de gobierno! —proclamó. El silencio en la abadía se profundizó para escuchar el balanceo del látigo en el aire. Wilhelmina sintió su corazón acelerarse, anticipando el golpe. Hundió su rostro contra el hombro de Berald, para no mirar.

Cuando el azote cayó, Raimond gruñó y se tensó, pero no emitió un aullido de dolor como antes. Otra línea roja apareció en su espalda.

Wilhelmina se detuvo en la expresión de su tío Baduino. Intentaba discernir si en su rostro prevalecía la compasión fraternal o la mezquina retribución por los desplantes de Raimond en su juventud.

El obispo devolvió el látigo a Amalric con una reverencia. El objeto de castigo pasó de mano en mano, cada obispo descargando un azote tras la recitación de un pecado: el empleo de mercenarios, la violación de la Paz de Dios, la fortificación de iglesias para su propio beneficio, la imposición de peajes ilegales... La correa se ponía cada vez más tibia, a la vez que se lo reprendía por burlarse de los sagrados lazos del matrimonio, faltando al voto de fidelidad con cada una de sus santas esposas. De entregarse a la lujuria desmedida, participando en bacanales indignas. De consumir vino y carne en cantidades ofensivas. De su afición por el juego ilegal y la música pagana... y de perpetrar el pecado de Sodoma, profanando su cuerpo y alma al abocarse a las prácticas innaturales y abominables que tanto ofenden al Señor. La lista parecía no tener fin.

Algunos golpes fueron más duros que otros, pero todos dejaron una marca en la piel de Raimond y en el corazón de Wilhelmina.

Quedaba un último pecado por expiar cuando el instrumento de flagelo regresó a manos de Arnaud Amalric. La voz del arzobispo se elevó por encima del murmullo de los espectadores.

—Este último azote es por el más horrendo de los crímenes que se os imputa... ¡Por el vil asesinato del legado papal Pierre de Castelnau!

Todos los ojos estaban fijos en las contorsiones de Raimond. Wilhelmina sintió que el nudo de su garganta se apretaba aún más. En las acusaciones anteriores, la ley estaba errada, pero los hechos eran correctos. No en éste. Su padre siempre había negado su implicación en ese crimen. Había argumentado apasionadamente su inocencia en la intimidad del campamento. Proclamaba a viva voz que nunca mancharía sus manos con la sangre de un enviado de la Iglesia. Pero aquí y ahora, Raimond permaneció en silencio. Quizás ya no tenía fuerzas para hablar, o aun para escuchar. Su mirada se fijaba en el suelo, como si lo único que deseara fuera terminar de una vez con todo aquello.

Con su mutismo, Raimond parecía admitir un crimen no cometido. Pero había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás.

Amalric elevó el látigo muy lentamente, pero su mano lo aferraba con una firmeza feroz. La multitud contuvo el aliento, anticipando el azote final.

Los músculos del brazo del legado papal se tensaron bajo la manga de la sotana. Entonces, en una explosión de energía brutal y con un grito inesperado cuyo eco invadió el enorme santuario, Amalric derramó el látigo. Raimond se tambaleó hacia adelante, desparramándose y dándose de bruces contra el suelo mojado.

Las lágrimas de Wilhelmina empañaban sus ojos, pero, impidiéndoles brotar al exterior, se obligó a mantener la compostura. La espalda de Raimond quedó atravesada por una serie de líneas rojas, la última más oscura y pronunciada que las anteriores. La multitud lanzó un suspiro colectivo.

» Podéis poneros la camisa y alzaros —decidió Amalric. Baduino, el hermano menor del conde de Toulouse, dio un paso al frente para asistirlo. Los contornos del cuerpo de Raimond estaban lacerados por el dolor. Su camisa, antes inmaculada, se tiñó con rojo carmesí al contacto con su

piel. Con quejidos y apoyándose en su hermano, se irguió, aunque su cabeza seguía gacha.

» Habéis cumplido vuestra penitencia y habéis demostrado arrepentimiento. La Iglesia está lista para aceptaros de nuevo en su seno.

Raimond de Toulouse, tambaleando, elevó su mirada hacia su torturador, agradecido.

» Sin embargo —continuó Amalric—, antes de que el perdón divino pueda descender sobre vos, hay un último requerimiento que debéis cumplir. Un acto supremo de fe.

—¡Lo que sea! —dijo Toulouse ya completamente vencido, ebrio de tormentos. Wilhelmina entrelazó su brazo con el de Berald y se apretó con fuerza a él.

Amalric continuó:

—Para obtener vuestro perdón final, debéis uniros a la Cruzada Albigense.

—¡No! —gritó Wilhelmina, rompiendo el silencio sepulcral que había caído sobre la iglesia. Amalric y Toulouse miraron hacia ella. —Su eminencia —siguió Wilhelmina, temblorosa, pero decidida—, el vizconde Trencavel es sobrino de mi padre, es mi primo hermano. Si mi padre ha de tomar la cruz, enviadlo a luchar contra los sarracenos en Tierra Santa, pero no lo obliguéis a derramar la sangre de su propia familia. Eso no es de cristianos.”

—Lo es, si esos familiares son enemigos del Altísimo, y se obstinan en rehusar la senda de la rectitud, tal como lo hace ese insensato de Trencavel. —Amalric era inflexible. Su mirada fría se posó en Wilhelmina antes de volver a Raimond:

» Regresaré al campamento cruzado a pies de Carcasona en un par de días. Si deseáis el perdón de la Iglesia, debéis venir conmigo. Os pondréis al servicio de Simón de Montfort, respetaréis todas sus órdenes y aportaréis vuestra espada y vuestras tropas para su causa.

Aceptando su impar destino, Raimond de Toulouse asintió, aunque su rostro compungido desvelaba lo turbadora que le resultaba esta exigencia. Wilhelmina apretó las mandíbulas. Su cuerpo se convulsionaba por la dificultad de contener las lágrimas que jamás se permitía mostrar en público.

—¡Raimond de Toulouse, habéis sufrido y os habéis humillado ante Dios y Su Iglesia! —dijo Arnaud Amalric, mirando al conde con una severidad glacial en sus ojos—. ¡Habéis aceptado vuestros pecados y pagado por ellos en carne propia! ¡Y, para redimiros, os habéis comprometido a tomar la cruz y perseguir a los herejes bajo las órdenes de Simón de Montfort!

El arzobispo tomó la hostia consagrada, la levantó al cielo, y luego, con un gesto deliberado, se la ofreció a Raimond.

—Yo os absuelvo de vuestros pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Vuestra excomunión queda levantada. ¡Sois libre y reconciliado con la Iglesia!

Y con esas palabras, Raimond VI de Toulouse, semidesnudo, magullado y chorreando sangre,

recibió la Eucaristía de manos del hombre que lo había martirizado.

La doble pared

Verano de 1209
Carcasona, Languedoc
Unos días después

—A duras penas logro hacerme a la idea que tu madre haya tomado los votos como *perfecta* —confesó Ermessenda, con los ojos perdidos en las altas murallas de piedra de Carcasona, que se erguían contra un cielo gris plomizo—, pero que una multitud tan inmensa como ésta se juntara para escuchar sus prédicas... ¡Eso sí que jamás lo hubiera imaginado!

Alaïs, con una sonrisa teñida de orgullo, respondió a su amiga:

—Mi madre y su compañera Fays siempre han sido unidas en fe y en propósito. Predican juntas desde su nombramiento como *perfectas*. Habitualmente lo hacen en la intimidad de la casa cátara, para unos pocos *credentes* asiduos. Pero estos tiempos, tan inciertos y turbulentos, han llevado a muchos a buscar consuelo en la fe. ¡Por eso Trencavel ha abierto las puertas del castillo para las prédicas! Esta multitud ya no cabía en ningún otro lugar. ¡Si incluso hay varios devotos católicos! ¿Ves a aquellos cuatro? ¡Esta mañana los vi salir de misa y ahora aquí están, esperando escucharlas!

—Son tiempos de desesperación —murmuró Ermessenda, casi en un susurro. —Cuando el miedo y la necesidad te embargan, cualquier esperanza es bienvenida. No importa de donde provenga.

Alaïs no parecía escucharla. El bullicio alrededor de ellas era ensordecedor. Aún oculto detrás de densos nubarrones, el sol estival hacía sentir su presencia con un calor tan húmedo y pegajoso que las telas se adherían a la piel. Gente de todas edades y estamentos se aglomeraban, pugnando por atravesar la estrecha puerta. Algunos llevaban ropajes finos, otros, vestimentas más humildes, pero todos tenían la misma necesidad: la de encontrar certidumbres en medio del desconsuelo.

Cuando ya estaban por entrar al recinto, Ermessenda dirigió una mirada inquisitiva a Alaïs. —¿Y tu hermana? —le preguntó, oteando en todas direcciones.

Alaïs respondió cerca de su oído: —Evelina no suele acudir a las prédicas de mi madre. No le ha perdonado la forma en que abandonó a nuestro padre para volverse *perfecta*.

Ermessenda asintió con comprensión, y siguió escuchando.

» Lo más probable es que esté vagando por los corredores, esperando cruzarse con Trencavel. Su corazón late con tal fervor por él, que sólo con verlo pasar se siente plena y feliz.

Alaïs dejó escapar un suspiro de resignación. La revelación dejó a Ermessenda boquiabierta.

—¿Hay algo entre ellos? —inquirió con el ceño fruncido—. ¿Él ha correspondido sus sentimientos?

—¡Ermessenda! ¡Aquí estabas! ¡Tienes que venir!

La voz era de Agnès, la vizcondesa de Carcasona y esposa de Trencavel.

Alaïs se sonrojó, incómoda por lo inoportuno de la aparición, pero Ermessenda estaba convencida de que no había razón para ello. —¡Han descubierto algo en una casa cercana! —anunció Agnès con emoción—. ¡Podría ser el túnel que buscamos! ¡Tienes que venir a verlo!

Sin pensarlo, Ermessenda despidió a Alaïs con un apretón de manos, justo cuando estaba por ingresar al salón. Se alejó junto a Agnès dejando atrás a la abrumadora marea humana. Al fin y al cabo, el legendario túnel secreto del obispo cátaro Montpellier tenía más posibilidades reales de salvarlos a todos que mil prédicas, misas y rosarios juntos. En la última semana, su búsqueda había convertido a la *cité* de Carcasona en un frenesí de actividad. Acosados por la urgencia del inminente asedio, los ciudadanos, apoyados por Trencavel y siguiendo el intrépido plan de Agnès y Ermessenda, habían asumido con fervor la tarea inabarcable de buscar el acceso oculto.

Día y noche, bajo la luz del sol y de la luna, hombres y mujeres de cualquier edad, ocupación y religión, pesquisaban los rincones del castillo, las murallas y las casas cátaras. Deslizaban sus manos por las paredes frías de piedra, golpeaban el suelo con esperanza, y excavaban en la tierra con la determinación de quienes persiguen su única posibilidad de sobrevivir.

—¿Dónde vamos? —preguntó Ermessenda, mientras se sostenía el faldón del brial para poder correr al ritmo que imponía Agnès.

—A la casa de los Morin, en la calle de los Forjadores —respondió la vizcondesa, tomando aire con dificultad. Se apoyó brevemente en la pared de la esquina, buscando recuperar el aliento. —Numerosos *perfectos* y *perfectas* han surgido de esta familia. Hoy han informado que descubrieron una doble pared en su residencia, que posiblemente oculte algo importante. ¡Espero que sea la entrada al túnel!

No era la primera vez que los picos y palas de los carcasoneses se ponían en acción ante este tipo de hallazgos. En la búsqueda desesperada de una salida, los rumores y testimonios se alzaban por doquier, y producían obras y excavaciones concretas, algunas muy trabajosas, todas inútiles.

Piedras y maderas saltaban hechas pedazos por reportes de muros que parecían más gruesos de lo debido, puertas que no se sabía hacia dónde conducían y superficies que sonaban huecas al golpe.

La frustración se batía a muerte con la esperanza. El agua se agotaba, y el tiempo también. Mientras tanto, las monstruosas máquinas de asedio de los cruzados ya estaban montadas a los pies del burgo de Castelar. Su ataque mortal se lanzaría en cualquier momento. Esta doble pared podía ser la última esperanza de salir de allí con vida.

» ¡Es aquella casa! —Agnès señaló una estructura modesta, de donde unos hombres entraban y salían con herramientas y materiales—. ¿Habéis logrado ver algo? —preguntó a uno de los hombres, que retiraba de la vivienda una roca cuadrada.

—Estamos derribando la pared, mi señora. Sin duda hay un hueco detrás de ella.

—¡Un hueco de varios pasos de ancho! —acotó un muchacho de rostro empolvado que salía de la casa. —Mirad señora, el muro interior termina a esta altura —señaló un punto cercano al final de la ventana frontal —¡mientras que la pared exterior está bastante más allá!

Ermessenda lo comprobó. El muro doble era extremadamente ancho y robaba a la morada una importante porción de espacio interior. Una construcción de esas características sólo tenía sentido si había sido erigida para ocultar algo entre los muros.

Ermessenda y Agnès, con sus corazones exaltados, se adentraron en la finca. La paja del suelo estaba desplazada, y los muebles apilados en un rincón. La familia anfitriona observaba temerosa el caos en el que su pacífico hogar se había convertido.

—Señora vizcondesa, bienvenidas a nuestra morada —saludó doña Morin—. Os invitaría algo de comer y beber, pero, desgraciadamente, no nos queda nada.

Ya había un agujero del tamaño de un perro grande en el centro de la pared, pero su demolición avanzaba con cuidado y lentitud, según explicaban los trabajadores, para evitar un derrumbe.

—¡Aaaa...! —Un grito desesperado irrumpió, haciendo que todos dirigieran sus miradas hacia abajo.

Sólo entonces Ermessenda se percató de que allí, en un jergón bajo, yacía un anciano de rostro pálido y aspecto moribundo. Su dedo señalaba hacia el muro que estaba siendo derribado.

—¡Disculpad a mi pobre padre! —intervino doña Morin apresuradamente—. Está muy enfermo y debilitado. Y clama por agua.

—¿No podríais ofrecerle un poco de agua ahora? ¡El hombre está sufriendo! —exclamó Ermessenda con evidente preocupación. La dueña de casa negó con tristeza.

—Ya hemos consumido nuestra ración diaria. Un cántaro es insuficiente para una familia como la nuestra. Y la fiebre de mi padre quema tan intensamente que parece evaporar cualquier líquido que ingiere. ¡Sin agua, temo que no sobrevivirá mucho tiempo!

Ambas dirigieron miradas implorantes hacia Agnès, conscientes de que, como esposa del vizconde, tal vez podría hacer una excepción en las restricciones. Pero Ermessenda se contuvo, reticente a verbalizar la súplica. Muchos ciudadanos enfrentaban necesidades igualmente acuciantes, y no parecía justo privilegiar a unos sobre otros.

—¡Aaaa...! —volvió a gemir el anciano, su frágil índice apuntando hacia un agujero cada vez más grande. Dos niños, sus nietos, le sujetaban la mano y depositaban besos en su frente, apartando con dulzura los mechones sudorosos de su rostro febril.

—En su delirio, cree que detrás de esa pared puede haber agua —lo excusó su apenada hija.

—Tal vez tu padre tenga razón después de todo —especuló Ermessenda—. Si ese es el acceso al

túnel que buscamos, podría guiarnos directamente al río Aude, lejos de las garras del ejército cruzado. ¡Allí podríamos bañarnos y beber a gusto, no sólo unos pocos, sino todos nosotros!

Los rostros de sus interlocutores fueron de descreimiento.

Sin hacerles caso, Ermessenda observó el avance de la demolición. La pared ya tenía un agujero lo suficientemente grande poder mirar al otro lado. A medida que las piedras eran retiradas, el polvo se levantaba en una nube densa y opaca, obligando a los presentes a cubrirse la boca y la nariz con pañuelos. El aire se llenó de expectación y susurros.

—¿Qué veis? —preguntó Agnès con premura a uno de los que se habían asomado.

—Me temo que nada, señora. Sólo un hueco vacío y oscuro —replicó este, vacilante.

Tras un esfuerzo concentrado, los hombres lograron desplazar las siguientes piedras, cada vez con mayor rapidez. Muchos intentaban arrimarse al hueco con velas para echar un vistazo, sólo para ser retirados rápidamente por los que trabajaban. Un silencio se asentó en la habitación cuando la última piedra que obstruía el paso fue retirada. Todos contuvieron la respiración, esperando que la oscuridad revelara sus secretos.

—¡Podemos entrar! —exclamó el líder, alzando un candelabro.

Aunque todos estaban ansiosos por explorar el recinto recién descubierto, Agnès invocó su posición y exigió espacio. Pidió que se le diera prioridad a ella y a Ermessenda. Los demás esperarían afuera.

Al cruzar la abertura, entraron en una cámara estrecha, que se abría como extensión del recinto único de la modesta vivienda. La atmósfera era palpablemente húmeda, y el olor a tierra vieja y moho impregnaba sus fosas nasales. Los rayos de luz que penetraban desde los candelabros revelaron paredes de piedra cruda y acuosa, cubiertas en algunos lugares por un musgo verde oscuro. El suelo, bajo sus pies, crujía con una mezcla de gravilla y trozos de paja antigua, dejados allí dentro por quién sabe qué motivo.

El silencio en la cámara era casi total. Se extendía ante ellas un espacio de alrededor de tres pasos de largo y dos de ancho que parecía sólo un recoveco sin salida. Palpaban las paredes, buscando alguna señal, alguna marca o abertura oculta. Las piedras, frías y húmedas, no ofrecían ninguna pista.

Con ojos escrutadores, Ermessenda comenzó a remover la gravilla y la paja en el suelo. Sus dedos tropezaron con algo duro y liso. Rápidamente despejó el área. Descubrió una losa rígida, diferente del resto del piso. Con el corazón rebosante de esperanza, la limpió con sus manos, esperando encontrar una manija o mecanismo. Pero pronto se hizo evidente que no se trataba de una puerta, sino de algo muy diferente. Algo que acaso era una visión del destino que prontamente aguardaba a todos los pobladores de esa ciudad: aquel artilugio no podía ser otra cosa que una lápida.

La piedra, de forma rectangular y tonalidad clara, contrastaba con la tierra oscura que la circundaba. Su superficie, pulida con esmero, estaba decorada con una cruz occitana impresa en

su círculo central. Sus líneas eran definidas, y la profundidad del grabado sugería que había sido realizado con sumo cuidado y reverencia. Las letras, talladas bajo ella, quitaban cualquier vestigio de duda de su naturaleza fúnebre. Acercando las velas para iluminarla mejor, Ermessenda leyó para todos:

BD.AT. y BH.AM.

1188

Amaron y creyeron en silencio.

Vivirán eternamente juntos en la gloria del Señor.

—¿BD...? —Ermessenda repitió, rebuscando un posible significado en sus pensamientos.

—*Bona dona*... y *Bon home* —esclareció Agnès—. Es una pareja de cátaros, que seguramente lo eran en secreto. No han grabado sus nombres completos para proteger su privacidad.

El murmullo de los presentes creció. Las leyendas sobre cátaros furtivos y amores prohibidos eran frecuentes, pero tener un vestigio de esa historia justo frente a ellos, en ese momento crucial, añadía un sabor agridulce a su búsqueda.

Ermessenda, reemergiendo por el hueco, interpeló a doña Morin.

—No hemos encontrado el túnel que buscábamos, sólo unas tumbas clandestinas. ¿Sabéis quiénes pueden haber sido AT y AM?

La dueña de casa estaba tan sorprendida como los demás. No parecía tener idea de la existencia de ese sepulcro escondido en su propio hogar. Su mirada se desplazaba entre la lápida y el anciano, quien, a pesar de su debilidad, se esforzaba por hablar.

—¡Aaaa...! —exhaló éste con voz rasposa pero insistente. —Aaa...za....laaais

—¿Azalais? —Repitió la vizcondesa Agnès. Este hombre parecía saber algo. —¿Azalais de Toulouse? ¿La madre de mi esposo, Trencavel? ¿Es ella la persona que yace allí dentro?

La reacción del anciano fue una mezcla de alivio y agonía. Cada palabra que intentaba formar le costaba un esfuerzo hercúleo.

—¿1188?... —pensó Agnès en voz alta mientras hacía cálculos mentales con ayuda de los dedos de sus manos. AT... ¡Podría ser ella! —concluyó, sorprendida de su hallazgo—. Mi esposo tenía 9 años cuando su madre murió... las fechas coinciden. Pero hasta donde yo supe, Azalais era católica...

—Creyó en silencio —remarcó Ermessenda.

—Y amó... —reflexionó Agnès, pensativa—. ¿Pero a quién? Su esposo murió unos años antes que ella. Tal vez, ocultamente, haya tenido un romance con un hombre cátaro luego de enviudar. Uno que falleció el mismo año que ella…

Entonces, Agnès volvió a interrogar al anciano agonizante, elevando la voz en pos de la claridad. —¿Quién más está enterrado allí dentro, don Morin? ¿Quién fue AM?

El anciano intentó hablar, pero sólo logró emitir sonidos entrecortados. Su fuerza menguaba a un ritmo alarmante, hasta que se quedó profundamente dormido. Quién sabe si alguna vez despertaría.

El scriptorium portátil

Verano de 1209
Château Comtal de Carcasona, Languedoc
Unos minutos después

Ermessenda regresó al *Château Comtal* cabizbaja y desanimada, topándose en el trayecto con decenas de perros que merodeaban en busca de agua. La tumba descubierta tras aquella pared había abierto un misterio, nuevas conjeturas e interrogantes, pero no aportaba ni una sola pista acerca de la ubicación del túnel. Los murmullos provenientes del gran salón indicaban que la prédica de Daufina y Fays aún no había terminado, lo cual la convenció de ingresar.

Las *perfectas* se lamentaban de la precaria situación en la que se hallaban. Narraban cómo los cruzados, cual manada de lobos hambrientos, ya asomaban sus colmillos a las murallas del Castelar. Habían acampado en las afueras, con sus aterradores monstruos de madera cerniéndose sobre el frágil muro del burgo, y estaban listos para lanzar el ataque final. Mientras tanto, las escuetas reservas de agua de la *cité* se acababan, sin que la obra del aquarius consiguiera restablecer el flujo desde el río. Pronto, no quedaría más remedio que capitular, o todos morirían de sed. ¿Por qué Jesús permitía tales calamidades? Sin embargo, la muerte no era para los cátaros la temible desgracia que era para muchos católicos. La muerte era una puerta hacia un estadio mejor de la vida. Un jalón más en nuestro camino hacia Dios.

El gran salón del *Château Comtal* de Carcasona era un desfile de almas en pena en busca de respuestas. Almas aferradas por las cadenas de un mundo ilusorio, pergeñado por Satán, a cuerpos languidecientes, secos y exhaustos. Sus voces apagadas atendían en respetuoso silencio a la prédica, salvo cuando las damas oradoras solicitaban sus respuestas. En esos momentos, todas las voces se alzaban con ferviente pasión.

Ambas *perfectas* se hallaban en un estrado elevado al frente. Daufina, la antigua clavera de Foix, madre de su amiga, estaba casi irreconocible. Seguía siendo alta, pero ya no tan robusta como antes. Su cabello castaño, que acostumbraba a llevar recogido en un moño pulcro, hoy se ocultaba detrás de su capucha negra de *perfecta*, más afín a la túnica de un monje benedictino que al velo de una monja. Sin embargo, sus ojos verdes, que antaño demandaban temor y obediencia a las doncellas y mozos bajo su mando, se habían serenado hasta convertirse en mares de sosiego. La devoción cátara había transformado una presencia inquietante en una que transmitía calma y contención. Su compañera Fays era una mujer mayor, extremadamente delgada y encorvada de ojos muy claros, cuya trenza larga y gris asomaba a un costado de su capucha.

Los muros de piedra parecían latir con la vulnerable humanidad de las vidas que se confiaban a ellos. Ermessenda buscó a Alaïs entre el gentío, sin hallarla. Sí vio en cambio a Guy que, sentado en un escalón al fondo de la sala, no se mostraba del todo atento a la prédica de quien había sido su mujer. Tenía su pluma en mano y su *scriptorium* portátil apoyado sobre sus rodillas. Él siempre llevaba consigo aquel *scriptorium*, con su cálamo a mano, para capturar vaya a saber qué pensamientos.

Daufina conducía su discurso con resonancia, mientras Fays intervenía para complementar los conceptos. Se alternaban en forma sorprendentemente armónica y probablemente improvisada, apoyándose una a la otra y ampliando con ejemplos el discurso compartido, como si fueran dos expresiones de la misma persona. Hablaban de Dios, de la desventurada Carcasona, de la maldad de los cruzados y del mundo corrompido. Sus palabras entrelazadas fluían como un torrente imparable de sabiduría, llenando cada rincón.

Ermessenda se sentó al lado de Guy, en el extremo trasero del salón. Miraba a Daufina y su acompañante con admiración, maravillada de cómo dos mujeres podían hablar con tal autoridad y serenidad, a pesar de la crisis que asolaba al pueblo, y de que sus palabras fueran escuchadas y reverenciadas. En una sociedad donde el peso de la predicación y el liderazgo religioso a menudo recaía en hombros masculinos, el papel destacado de las *perfectas* en el catarismo era un testimonio del poder y la capacidad de las mujeres para guiar en la espiritualidad, y en todas las esferas de la vida.

Guy corrió su cuerpo hacia un costado para asegurarse de que Ermessenda no pudiera leer lo que estaba escribiendo en su *scriptorium*. El dispositivo consistía en una caja de madera de dos pulgadas de profundidad, con las dimensiones aproximadas del códice de Nikita que Ermessenda había traído desde Foix. Los costados ostentaban un tallado decorativo, mientras que la tapa, completamente lisa, se abría de lado, gracias a unas bisagras cuidadosamente insertadas. En su interior albergaba alrededor de diez o quince folios sueltos de preciado papel de Játiva. Algunos de estos folios ya estaban profusamente escritos, en tanto que otros aún permanecían en blanco, esperando ser embellecidos con la pluma. Junto a los folios había un frasco sellado que contenía tinta y una cañita ahuecada llamada cálamo. Ermessenda había aprendido de Guy cómo usarla, ya que era especialmente adecuada para el papel y, al no provenir de animales, garantizaba un método de escritura que respetaba la reverencia por la vida, fundamental en la doctrina cátara. Cuando la tapa se abría hasta alcanzar un ángulo de cuarenta y cinco grados, dos cuñas de madera en los laterales la sostenían, convirtiéndola en una especie de atril. Un soporte inferior, delicadamente diseñado, aseguraba que los folios se mantuvieran en su lugar, listos para ser utilizados en la noble tarea de la escritura.

A pesar de la actitud escurridiza de Guy, Ermessenda podía apreciar sus gestos familiares: el modo en que su ceño se fruncía mientras pensaba, la forma en que su cálamo se movía con seguridad para frenarse de repente, y luego de unos instantes de reflexión, retomar la tarea con súbita inspiración. Parecía absorto en su obra, plasmando en el papel, acaso, las palabras que escuchaba de la prédica, o las especulaciones que éstas le despertaban.

Una vez más, Ermessenda se preguntó qué escribía Guy allí. Ahora, mientras observaba los desplazamientos solemnes de su mano en medio de aquellas predicaciones que animaban en la desolación, todo parecía sugerir que serían anotaciones sobre las oscuras circunstancias que los rodeaban, y sobre la fe que los sostenía a flote.

Quizás, aquella crónica era su manera de documentar la gesta de los cátaros, una forma de preservar su fe, de mantener vivo el espíritu del catarismo en medio de la desgracia.

La voz de Daufina se alzó radiante de pasión, convocando su atención y la de toda la sala.

—Amados hermanos, mirad a nuestro alrededor. El mundo que vemos es corrupto. ¡Testigos somos todos del mal que se ha desatado sobre nuestras tierras! —exclamó. Su mirada barrió la sala, fijándose en los rostros de quienes habían experimentado el horror de los cruzados—. Han matado y han dañado, han envenenado nuestra agua, llevándose la vida de miles de hombres y animales inocentes. Y vosotros, mis hermanos y hermanas, sufrís en vuestras carnes la realidad de este mundo cruel. Sed, enfermedades, dolor, injusticia, ¿no son acaso pruebas de la corrupción que nos rodea?

Un murmullo de acuerdo recorrió el salón, y Daufina continuó. —Mis queridos, os digo, Jesús no es ni ha sido nunca parte de este mundo abyecto. ¡Nuestro Jesús es Dios puro, es alma pura! No podría haber vivido en un cuerpo contaminado por el mal de este mundo. Sí, vimos su apariencia física, es cierto. Aquellos afortunados que lo conocieron en su tiempo pudieron tocarlo, oírlo, verlo, como si estuviera realmente ahí. Pero no estaba. No en la forma en que nosotros entendemos la existencia física. Su energía era tan poderosa, tan divina, que la ilusión de su cuerpo físico engañaba a todos. ¡Era tan real para ellos como yo estoy frente a vosotros ahora!

Fays siguió la argumentación. La voz de la *perfecta* más anciana era más suave que la de Daufina, pero igual de convincente.

—Hermanos míos, Jesús no murió. Él vive hoy, nos escucha, aunque ya no elija materializarse en este mundo miserable. Sólo si comprendemos su verdadera naturaleza, sólo si lo honramos y amamos como realmente es, podrá escuchar nuestras súplicas.

Tomó la mano de Daufina y ambas las levantaron en alto. La voz de Fays adquirió un matiz urgente.

» No debemos pensar en él como un pedazo de carne en descomposición. ¡Ese pensamiento ofende a Jesús, que es grande y todopoderoso! Nunca ha sido un simple humano, sino puro Dios, manifiesto en forma ilusoria para nuestra comprensión limitada. Para honrar Su grandeza, reconozcamos Su divinidad, y sólo entonces nuestras oraciones encontrarán camino a Su oído atento.

Guy guardó el cálamo y su folio terminado y los metió en la caja, que enseguida plegó e insertó dentro de su estuche.

—Nunca te he preguntado de dónde sacaste ese *scriptorium*, Guy —comentó Ermessenda en voz baja—. Pensaba que era algo común, pero el tiempo pasa y no veo a nadie más que utilice algo así. Debe de ser una rareza.

Guy asintió con una sonrisa. —Tienes razón. Es una pieza bastante singular. La adquirí durante aquel viaje a Castellbó, años atrás, cuando tu padre me mandó a llamar como tu maestro.

El interés de Ermessenda se intensificó. Guy continuó: —Fue en una visita a la Seu de Urgel que conocí a un ilustre abogado instruido en Bolonia. Guillem Sasala se llamaba, ¿has oído hablar de él? —Ermessenda negó. —Lo estaba utilizando en la cantina y, muerto de curiosidad, entablé conversación con él. Me habló de cómo los estudiosos de su universidad usaban estos artefactos para tomar anotaciones en las lecciones. Los prefieren porque son más manejables y prácticos

que los voluminosos *scriptorium*s empleados para los pergaminos. Adicionalmente, este método brinda un registro más duradero que las tablillas de cera, ya que, una vez finalizadas las notas, los pliegos pueden ser recopilados y encuadernados en un códice.

—Y tú lo harás, ¿no es así? Un día publicarás un grandioso códice, reuniendo cada uno de esos folios en los que, con fervor y dedicación, vuelcas tu erudición.

—¡De ninguna manera! Mi razón para escribir obedece a otros impulsos, que nada tienen que ver con la trascendencia. Escribo por necesidad. Porque me ayuda a comprenderme a mí mismo, y al mundo que me rodea. Pero jamás permitiría que ojos ajenos se posen sobre mis pensamientos privados. De hecho, todo lo que he redactado desde Zaragoza, lo he quemado antes de emprender el viaje hacia aquí. No consideré prudente ni traerlo ni dejarlo atrás, así que preferí que fuera consumido por las llamas antes que por los ojos curiosos de otro ser humano.

—Pero ¿cómo pudiste hacer tal cosa? —Ermessenda preguntó con desazón—. ¡Es una lamentable pérdida de tu talento y esfuerzo! Por no mencionar la costosísima tinta y papel...

—Tal vez nunca lo comprendas. No te culpo. Muchos me creerían loco por dedicar mi tiempo y recursos a una actividad solitaria. Pero para mí escribir es tan vital como para otros lo es comer o beber. Y guardar en secreto lo que he escrito me resulta tan esencial como para un penitente lo es que se preserve el sigilo de su confesión. Incineré todos esos escritos en la chimenea de mi casa en Foix, justo antes de partir contigo hacia aquí. Y estos nuevos manuscritos, escritos desde entonces, correrán la misma suerte. Pronto. Muy pronto.

—¿Acaso no escribes sobre nuestra lucha, sobre todo lo que estamos sufriendo, y lo que las *perfectas* acaban de decir? ¡Debes permitir que tu testimonio pase a la historia! Sería un aporte de enorme valor para las generaciones futuras. Lo que ya has quemado quedó en el pasado. No tiene salvación... Pero lo nuevo que has escrito... por favor, ¡no lo eches al fuego! Sería egoísta retenerlo sólo para ti.

Sin responder, Guy se limitó a señalar con el mentón hacia donde Daufina continuaba vociferando. Ahora señalaba hacia un retrato de Trencavel, colgado en uno de los muros de la sala. Todos los congregados miraban hacia allí.

—Hermanos y hermanas, ¿qué sucedería si un campesino viniera al castillo y, al ver este retrato de nuestro amado vizconde Trencavel, se arrodillara ante él para pedir justicia o implorar su favor?

El lienzo mostraba a Trencavel en su esplendor juvenil. El vizconde estaba sentado en un trono de madera esculpida. Su espalda se erguía recta. Su mirada se perdía en algún punto distante, como si observara el futuro insondable de su ciudad. Sus rasgos eran nobles y fuertes: una mandíbula definida, una frente alta y ojos petulantes que parecían llevarse el mundo por delante. Estaba vestido con una armadura de batalla, la cota de malla intrincadamente tejida cubriendo su torso y brazos, y una capa azul oscuro que caía detrás de él. En su mano, sostenía una espada apoyada contra el suelo como símbolo de su papel protector.

» Todos sabemos que quien rogara a este retrato no obtendría respuesta alguna, pues estaría dirigiendo su súplica a una imagen pintada, a un reflejo de la realidad, pero no a la realidad en sí.

El verdadero Trencavel, el que puede conceder favores y dictar justicia, está vivo y reside en este castillo, no en un lienzo colgado en la pared.

Daufina hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran.

» De la misma forma, aquellos que rezan a un Cristo humano, de carne y hueso, están rezando a una representación, a una imagen pintada con palabras e ideas, pero no a la divinidad en sí. El verdadero Cristo, el espíritu puro y divino, no reside en la carne, sino en un plano de existencia superior, accesible sólo a través de la fe.

La analogía obligó a la gente a reflexionar. Sus miradas se alternaban entre Daufina y el retrato del vizconde Trencavel. Era una idea poderosa; una que desafiaba su comprensión de lo que siempre habían sabido y creído, y, sin embargo, parecía tener un sentido profundo.

» Os pido que cerréis los ojos y unáis vuestras manos en una cadena —instó Daufina con dulzura —. Abandonad la imagen de Cristo como un simple humano y visualizadlo como un espíritu de luz.

Se hizo el silencio. Cada persona en la sala cerró los ojos, uniendo sus manos con las de sus vecinos, en una cadena de solidaridad y fe.

» Ahora —continuó Daufina—, orad todos juntos: “Señor mío, no nos desampares”.

El aire se llenó con el murmullo sincronizado de la plegaria.

Pero en el momento de mayor trascendencia mística, un rugido atronador sacudió las paredes y el suelo. Ermessenda temió que se tratara del primer bolaño arrojado por los cruzados. Pronto le alivió reconocer que no era más que un trueno. Un trueno profundo y poderoso que dio paso al violento repiquetear de un repentino torrente de gotas de lluvia. ¡Lluvia! La alegría estalló en la sala, como un rayo de luz que disipaba las sombras de la desesperación. Las risas alborozadas se licuaban con el tamborileo de las gotas. Aplausos efusivos reemplazaron el murmullo de la oración. El Jesús verdadero, el que nunca había tenido cuerpo humano, había escuchado sus ruegos. Los *credentes*, exultantes de alegría, comenzaron a abandonar la sala de prédica para salir a la calle a empaparse con el regalo divino y saborearlo hasta saciarse.

—Lo ves, ¿Guy? —¡Hemos presenciado un milagro! —dijo Ermessenda, antes de sumarse a ellos —¡Debes escribir sobre esto, todo esto! Y conservarlo en forma de códice para que todos lo sepan...

Sin esperar respuesta, la joven buscó un resquicio entre la multitud para acceder al exterior.

La lluvia caía sobre Carcasona como un bálsamo sobre una herida abierta. Era un diluvio feroz, una bendita cortina de agua que parecía no tener fin. Las calles inundadas irradiaban el gris de las nubes, creando un espejo en el que el pueblo veía reflejados sus miedos y esperanzas. En los hogares, las familias se asomaban a las puertas, sacando vasijas y tarros de todos los tamaños para recopilar las copiosas lágrimas de Dios que, al fin, se había apiadado y lloraba junto a ellos.

Dos niños colocaron un barquito improvisado en la calle central, transformada en un río efímero.

Muchos otros chapoteaban y reían bajo el agua, mientras los adultos se dejaban empapar de arriba abajo. Levantaban los brazos al cielo, sin importarles la fuerza implacable con que las gotas arremetían contra su piel, como si el agua de hoy sobre sus cuerpos consiguiera borrar la escasez pasada y prevenir la futura.

El fragor del intenso aguacero golpeando los techos y paredes se fundía con las exclamaciones extasiadas de los carcasoneses. Los perros, gatos, mulas y ovejas bebían de los charcos recién formados con la misma desesperación con la que habían perecido aquellos de sus pares sin la fortaleza de aguantar hasta ese día.

—¡Han sido nuestras plegarias! Lo viste, ¿verdad? ¡Comenzó a llover en el momento exacto en el que todos juntos rogamos al verdadero Jesús! —Escuchó Ermessenda que alguien exclamaba a sus espaldas. Era Alaïs, cuyo cabello rubio se encontraba tan ensopado como el de ella misma. Al igual que muchos otros, abría la boca hacia arriba, para intentar beber directamente del torrente celestial.

—¡Ojalá que siga lloviendo mucho, mucho tiempo para que las reservas vuelvan a colmarse! —respondió Ermessenda, tomando a su amiga del codo para girar con ella en medio del torrente, empapadas de júbilo y agradecimiento. No pudieron evitar reír a carcajadas mientras el agua corría por sus rostros y sus cuerpos, refrescándolos y limpiándolos, inyectándoles nueva vida.

***

La fuerza de la naturaleza es más poderosa que la de cualquier enemigo. Las grandes tinas que descansan en las calles y en el patio del castillo se colman rápidamente, recolectando el regalo del cielo en sus entrañas de metal. Parecen bestias sedientas, engullendo el aguacero con avidez. Con igual premura se cargan las jofainas, cántaros, escudillas y todo tipo de recipientes de los ciudadanos, colocados especialmente para recoger el agua debajo de las esquinas de los tejados, donde el flujo se hace más intenso. Las plegarias, hasta entonces desoídas, hoy son honradas con creces. Pasan las horas sin que pase la tormenta. Cae la noche sin que las gotas dejen de caer.

***

La cena de esa noche fue festiva. Hubo vino rebajado en agua, un lujo que ya creía olvidado. Al regresar a su habitación designada en el castillo, extenuada por tantas emociones, Ermessenda encontró un objeto inesperado reposando sobre su lecho. Era un paquete de tamaño considerable. Lo envolvía una tela de lino suave. Intrigada, se acercó para inspeccionarlo.

Al abrirlo, sus ojos se encontraron con una conocida caja de madera. Su fino tallado y el aroma a tinta fresca que desprendía revelaban su procedencia. Era el *scriptorium* portátil de Guy.

Junto al *scriptorium*, había una nota, escrita con la cuidada caligrafía de Guy. Decía:

"*Mi muy querida Ermessenda,*

Hoy, sin saberlo, me has demostrado lo mucho que el mundo necesita de tus palabras. Alguien debe dejar testimonio de todo aquello que señalaste con tus ojos brillando de ilusión: nuestro suplicio, nuestros valores, nuestras prédicas, esta lluvia amorosa que cae, nuestra esperanza y los milagros que la iluminan a pesar de todo. Pero esa persona no soy yo. Me apena decirte que no he atendido a tu petición: antes de obsequiarte este presente, incineré cada folio que albergaba. Lamento haberte fallado en eso. Pero todo ha sido por un interés superior: Es un verdadero desperdicio que yo utilice este scriptorium para redactar reflexiones destinadas al olvido, cuando tú podrías darle un propósito mucho más trascendente. Podrías pensar que, como mujer no credente, no eres la indicada para escribir sobre el catarismo. Pero te equivocas. Tu apertura, tu sed de verdad y bien y tu actitud imparcial te convierten precisamente en la persona idónea para la tarea. Expresa tus pensamientos, tus condenas y elogios, tus preguntas, porque son tan importantes como cualquier certeza. El mundo necesita más de tus verdades que de mis inútiles divagues. Atrévete a escribir, Ermessenda, y verás cómo tus palabras pueden tocar corazones hoy y a través de los siglos. Con afecto infinito,

Guy de Perelle."

Sorpresa, emoción y gratitud la embargaron a oleadas. Guy le había dado no sólo una herramienta, sino la confianza y el aliento para encontrar su voz. Y ella estaba decidida a no defraudarlo.

Después de un momento de contemplación, Ermessenda extendió la mano para tocar el *scriptorium*. Sus dedos rozaron la madera pulida, sintiendo por fin la textura de aquel objeto familiar que tantas veces había observado, aunque siempre en manos de Guy. Tomó el frasco de tinta, descorchándolo con esmero para no salpicar. Colocó un pliego en blanco sobre el *scriptorium* portátil, aplanándolo con cuidado. La superficie lisa e inmaculada la aguardaba con paciencia.

Tomó el cálamo y lo sumergió en la tinta. Cuando lo retiró, una gota de tinta negra tembló en su extremo antes de volver al frasco. Con una respiración profunda y tranquila, Ermessenda llevó el cálamo al papel.

“La verdad de Cristo”, tituló.

Amigos enfrentados

Verano de 1209
Campamento de Toulouse, Languedoc
El día siguiente

La devastadora noticia de la adhesión del conde de Toulouse a la cruzada sumió al campamento occitano en una confusión total. En el núcleo mismo de la turbulencia, Raimond Roger de Foix, comandante de la brigada fuxeana, tomó la única decisión que parecía razonable:

—¡Hombres de Foix! —clamó—. ¡Hoy es un día que recordaremos por siempre! Aunque por generaciones hemos sido aliados de Toulouse, hoy nuestro honor y *paratge* nos guían por un sendero distinto. Reunid vuestras pertenencias y alzad vuestro espíritu. ¡Regresamos a Foix!

—¡Regresamos a Foix!

Replicaron los soldados con fervor, conscientes del quiebre producido con sus vecinos tolosanos. Con prontitud, se abocaron a desmontar las tiendas, ajustar las bridas y asegurar las alforjas para la partida.

Unos pasos más atrás, Robi escudriñaba las reacciones de Raimondet, que montaba en pose altiva junto al intimidante alférez Henri de Valois. No era posible predecir dónde yacían las fidelidades más profundas de su amigo. Si, en definitiva, Raimondet decidía priorizar la lealtad a su padre, la sangre habría de correr esa tarde en una lucha fratricida. Esta perspectiva envolvía a Robi en un abismo de desasosiego.

Los hombres de Foix levantaban campamento, presas de un nerviosismo que hacía más torpes sus movimientos. Aunque nadie lo decía, todos temían que las fuerzas de Toulouse les impidieran la partida. No era razonable esperar que los dejasen ir así de fácil. Los hombres de Bearne y Cominges, más rápidos en actuar, habían partido ni bien supieron del anuncio de Toulouse, mientras que los Foix, confiando en que Wilhelmina lograría detener la locura de su padre, habían decidido permanecer en el campamento por lealtad. Una lealtad que, ahora descubrían, terminarían pagando muy cara.

Un acontecimiento favorable les mostró que no estaban solos. Alrededor de unos veinte hombres de Toulouse se rebelaron a la decisión de su conde. En desafío abierto a su comandante, se unieron a los hombres de Foix, jurando lealtad a Raimond Roger. El líder de los disidentes, el manco Vincent, fue quien tomó la palabra en nombre de todos:

—Mi señor de Foix—, inició con un temblor apenas perceptible en su voz —ya no podemos seguir al conde de Toulouse. Ha traicionado nuestra confianza, aliándose con el más temible de nuestros enemigos. No combatiremos contra nuestros hermanos occitanos y junto al cruel Simón de Montfort. Suplicamos que nos aceptéis en vuestro ejército y nos permitáis marchar junto a vos hacia Foix.

En cuestión de minutos, las vituallas ya estaban empacadas y los hombres de Vincent, junto con

los de Foix, preparados para partir. Pero los tolosanos se alineaban frente a la empalizada que protegía la única salida del campamento. Algunos a pie, otros montados en sus caballos, pero todos con las armaduras listas.

Los temores de Robi no habían sido injustificados. Su amigo Raimondet, Valois, y sus soldados se les interpusieron en el camino.

—¡Alto ahí! —exclamó el hijo del conde de Toulouse, posicionándose con unos cincuenta hombres frente a los fuxeanos y los desertores. Raimondet no tenía el valor para hacer lo correcto, ni para enfrentar al alférez de su padre y quienes seguramente se le sumarían; temía perderlo todo.

Inmediatamente, los soldados de Foix se alistaron para el ataque. Raimond Roger, llevando su mano derecha a la empuñadura de su espada, interpeló:

—¡Déjanos partir, Raimondet! Hemos venido hasta aquí voluntariamente para batallar junto a tu padre por Occitania, los cátaros y el *paratge*. Pero ahora él ha cometido el acto más vergonzoso, aliándose con el enemigo. No tienes derecho alguno a retenernos aquí. Partiremos hoy mismo, con tu aquiescencia o sin ella. La sangre que deba derramarse en el camino estará únicamente en tus manos.

Raimondet respondió con frialdad:

—Mi padre, el conde de Toulouse, pudo haber tomado decisiones cuestionables, pero sigue siendo vuestro señor, os guste o no. Como su vasallo, estáis obligados a obedecerlo y prestarle apoyo militar. Sus órdenes precisas han sido las de enviar tropas al campamento francés para asistir a Simón de Montfort en su cruzada contra la herejía. Cualquier acción en sentido contrario es traición, y como tal será castigada.

—¡La única traición aquí es la de tu demencial padre! —gruñó Raimond Roger de Foix, perdiendo la paciencia. El gigante Henri de Valois empuñó su espada. Los hombres de ambos bandos tensaron sus armas; el combate estaba al borde de estallar.

—¡Todos vosotros sois desertores y renegados! —rugió Raimondet de Toulouse, despertando la aprobación evidente del calvo alférez de su padre. Girándose al grupo dirigido por Vincent, añadió: —¡Especialmente vosotros, que habéis jurado expresa lealtad al conde de Toulouse y ahora formáis fila para abandonarlo! ¡No os permitiremos partir sin pagar por vuestro desafío!

Raimond Roger replicó:

—Estos hombres, que han decidido seguirnos, demuestran honrar los valores occitanos por encima de los desvaríos de quienes escupen sobre ellos. ¡Eso es valor, y *paratge*! Y por ello merecen nuestra protección. ¡Ábrenos camino o pasaremos por la fuerza!

En un intento de aplacar la violencia inminente, Robi tomó la iniciativa. Solicitó a su padre permiso para mediar en busca de una resolución pacífica, apelando a la profunda amistad que lo unía a Raimondet.

Ante la aprobación silenciosa de Raimond Roger, Robi guio su caballo al lado del de Raimondet, lo suficientemente cerca como para conversar en privado. Los dos equinos, *Incitatus* y *Gaillac*, se acurrucaron el uno junto al otro con la confianza y cariño que habían desarrollado a lo largo de los años. No sólo se habían criado juntos desde potrillos, sino que también eran descendientes de la misma yegua, aunque con sementales diferentes. Ajenos a las complejidades humanas, los nobles animales no concebían lo cerca que estaban de ser arrastrados a un brutal enfrentamiento que los situaría en bandos opuestos.

—Raimondet —comenzó Robi en un tono confidencial y pausado que reflejaba un torrente de dolor y súplica—, tú y yo hemos compartido la vida. Hemos crecido juntos, entrenado juntos y forjado un lazo que va más allá que una mera alianza: somos como hermanos. Aludes a la ley feudal, pero lo que se juega aquí excede el marco de esas leyes. Es un llamado a hacer lo que es justo y a evitar aberraciones. Por honor a nuestra amistad, te lo ruego, amigo mío. Déjanos partir en paz.

—Siempre he valorado nuestra amistad, pero esto trasciende mis preferencias personales. Mi lealtad, por encima de todo, recae en mi padre, no sólo por el lazo de sangre, sino por tratarse de mi señor. Y también lo es para ti, y para todos nosotros. No importa cuán en desacuerdo podamos estar con sus órdenes. Nuestro primer deber es el de obedecer.

Con un dejo de condescendencia, Robi respondió: —Ambos hemos sido educados con el valor de la obediencia como piedra angular de la virtud caballeresca. Por ello, comprendo tu postura y no la considero deshonrosa. Sin embargo, la obediencia se torna en vil complacencia cuando las órdenes recibidas son injustas. ¡Como en este caso! Cuando esto sucede, el deber de un hombre de bien es alzar su voz. Tu padre ha obrado por su propio interés y no por el de Occitania. Se dejó manipular por la Iglesia, que supo explotar sus miedos de sufrir el infierno en la otra vida y el ostracismo social de la excomunión en ésta. Su decisión traerá consecuencias devastadoras para todos los occitanos, y muy especialmente para los cátaros. ¡Tú mismo lo reconociste cuando anunció que se reconciliaría con la Iglesia! ¿Ya no recuerdas tus propias palabras de recriminación a Wilhelmina por acompañarlo?

—Podemos debatir sobre las intenciones de mi padre o discrepar de sus mandatos, mas eso no nos da licencia para desertar.

—¡Ha reclamado nuestras tropas para apoyar al ejército cruzado en su marcha contra Carcasona! ¿Te das cuenta de lo absurdo que eso resulta? Si crees que los hombres de Foix alzarán sus espadas para derrocar a nuestro amigo Trencavel y ofrecer en bandeja la ciudad más emblemática de toda Occitania a los franceses, entonces estás muy lejos de comprender nuestros valores. Sabes bien el destino que Simón de Montfort reserva a los cátaros en las tierras que conquista. No seremos, bajo ninguna circunstancia, cómplices de tal barbarie. ¡Primero muertos!

Raimondet bajó la mirada por un breve instante, pero acto seguido volvió a alzarla, con el ceño fruncido. —La lealtad se pone a prueba cuando las órdenes que recibimos de nuestros señores nos incomodan, no cuando se nos pide lo que de todos modos haríamos de buen grado.

—¿Y qué hay de los cátaros? —presionó Robi, sin ceder un ápice—. Los *bons homes* y *bonas donas* que han buscado refugio y protección entre nosotros. ¿Los abandonarás al fanatismo de la

cruzada? Tu padre busca su propia redención, pero ¿a costa de cuántas vidas inocentes?

Raimondet se mostró visiblemente agitado. Su *paratge* estaba siendo puesto a prueba como nunca antes. Raimond Roger, impaciente por una resolución, avanzó hacia ellos, pero Robi lo contuvo con un gesto sutil.

Raimondet guardó un silencio profundo, durante el cual Robi percibió que había logrado obrar una fractura en su coraza.

—Tú harías exactamente lo mismo que yo —respondió al cabo de un momento—, si fuera tu progenitor en vez del mío el que hubiera optado por sumarse a los cruzados ¿O acaso te arriesgarías a perderlo todo al desafiarlo? ¿Su afecto, su confianza, su legado, y quizás incluso tu vida si te declarasen traidor?

—Elegiría la justicia, la protección de los inocentes y el honor de mi tierra y de mi gente sobre cualquier consideración egoísta. Y eso es también lo que tú debes hacer. Amigo, te lo ruego... no seas partícipe de este error colosal. ¡Desobedece a tu padre y únete a nuestra causa! Defendamos juntos el verdadero corazón de Occitania.

En las filas de Toulouse, el enorme alférez Henri de Valois clavaba sobre Raimondet su mirada intransigente, desconfiando de su capacidad de tomar decisiones adecuadas en representación del conde. El heredero tolosano respondió a su amigo bajando aún más el volumen de su voz, de modo que ni Henri ni nadie pudieran escucharlos:

—No son mis tropas, sino las de mi padre. Responden a él con una lealtad inquebrantable. Salvo esos que fueron con Vincent, harían lo que fuera por su conde sin cuestionar, aunque los condujera al suicidio. ¿Lo comprendes ahora, insensato? Aunque deseara seguirte, lo que me pides es descabellado. Si yo dictara una orden contraria a la de mi padre, estos hombres se levantarían contra mí.

—¡Te defenderíamos, Raimondet! Mis hombres y los de Vincent, y sé que muchos otros tolosanos cuyos valores los instarán a respaldar tu autoridad por encima de la de tu padre. ¡Ninguno de estos hombres quiere luchar para los franceses y en contra de otros occitanos, condenando a muerte a miles de cátaros! En el fondo, todos desean rebelarse. ¡Represéntalos!

—No puedo hacerlo —Raimondet bajó la mirada, consternado—. Henri de Valois y todos los que lo siguen reaccionarían al levantamiento con una firmeza brutal. El enfrentamiento armado entre nuestros ejércitos hermanos sería inevitable. ¡Eso es inadmisible!

Alrededor de los dos amigos enfrentados, los miembros de ambos bandos, impacientes por conocer el resultado del intercambio, comenzaban a expresar sus quejas y reclamaciones con creciente vehemencia.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué tanta demora?

—¡Vámonos ya!, ¡pasémosles por encima!

Las voces que impulsaban a la violencia impregnaban el aire. Ignorando la turbulencia que los rodeaba, Robi insistió:

—La única salida viable es que nos permitas partir en paz.

—¡No!

La negativa de Raimondet, rotunda y nítida para todos, golpeó a Robi con la certeza de un enfrentamiento inminente. Su intento de mediación había fracasado. Lo que podría desencadenarse a partir de ahora era tan impredecible como aterrador.

» Conde de Foix, alférez de Toulouse, acercaos a mí. ¡Y vosotros también! —Raimondet indicó con firmeza a los rostros tensos de ambos bandos—. He tomado una determinación y quiero que todos la escuchéis con atención.

En un silencio casi absoluto, tolosanos y fuxeanos avanzaron tanto como pudieron, formando un círculo apretado alrededor de los jóvenes herederos de ambos condados. Escudos, lanzas y espadas estaban empuñados y listos para el combate. El olor a miedo y furor que acompaña a toda batalla comenzaba a hacerse perceptible.

Raimondet elevó la voz tanto como pudo para el anuncio que siguió:

» Como todos sabéis, mi padre, el conde de Toulouse, ha dado una orden que el conde de Foix rechaza. Ya ha quedado claro, tras mi diálogo con el conde y su hijo, que no hay manera de persuadirlos para que obedezcan. Por su parte, el conde de Foix exige permiso para abandonar el campamento, el cual no puedo conceder. Nos encontramos en una encrucijada que sólo puede resolverse a través de la lucha.

Los gritos retumbaron aguerridos y las armas se alzaron tensas en lo alto, esperando la orden final. Raimondet elevó la voz para sobresalir sobre el barullo:

» Pero no somos enemigos. No somos extranjeros, bárbaros, ni sarracenos. Por el amor de Dios, ¡Somos hermanos! Nuestro *paratge* nos insta a resolver los conflictos de forma civilizada. Por eso, si ha de correr sangre, que sea la menor posible.

Los rugidos se apaciguaron, reemplazados por murmullos de incomprensión.

Raimondet esclareció las dudas:

» ¡Propongo dirimir el pleito mediante un combate judicial! Tres paladines por bando se medirán uno contra otro en nombre de sus líderes. Lo harán a pie, usando armadura completa, un escudo y un arma de su elección. Aquel bando que venza en dos de los tres enfrentamientos será el ganador. Si los tolosanos resultamos vencidos, os dejaremos marchar en paz, pero si la victoria es nuestra, vosotros permaneceréis fieles a mi padre, con todo lo que eso implica.

Raimond Roger de Foix exigió una condición:

—Si mi bando resulta victorioso, permitid que nos acompañen todos los hombres que así lo deseen. No sólo los seguidores de Vincent, sino cualquier soldado de Toulouse cuya conciencia le impida someterse a Simón de Montfort.

—Concedido —respondió Raimondet llevando su mano derecha al corazón, ansioso por cerrar el acuerdo—. Si Toulouse resulta derrotado, se respetará la vida de los que deseen partir, pero esto no los eximirá de las futuras consecuencias de su decisión.

—Sea —exclamó el padre de Robi, imitando el gesto de su nuevo adversario. Con las manos en el corazón, ambos asintieron con la cabeza. Habían alcanzado un acuerdo de honor.

Pronto, se delimitó un área para el combate. En las filas de Toulouse, ya se preparaba el designado campeón, Henri de Valois. La elección de Valois como primer paladín de Toulouse no sorprendió a nadie. No sólo era un hombre fuerte, de gran porte y curtido en batalla, sino que su carácter pendenciero y su lealtad irrefrenable a Raimond de Toulouse lo hacían el candidato obvio para la tarea. Raimondet lo enfervorizaba más aún, mientras sus ayudantes le ajustaban la armadura y cubrían con un yelmo cónico su cabeza enorme y perfectamente afeitada. De tal guisa, Valois parecía invencible. Su altura descomunal y sus brazos gruesos como piernas infundían terror en el bando contrario.

Allí, Raimond Roger, conde de Foix, proclamó que él mismo sería el contendiente. Robi, junto con muchos fuxeanos, intentaron disuadirlo. Sobraban voluntarios fuertes y habilidosos. Que el propio conde pusiera su vida en riesgo era una insensatez temeraria. Pero Raimond Roger no parecía confiar en nadie más para la misión. Ni siquiera en su hijo. A pesar de las insistencias de sus hombres, las instrucciones del conde se mantenían firmes: equiparlo con su armadura y escudo para el combate singular. Sólo las palabras de Vincent, el líder manco del bando tolosano disidente, lo hicieron vacilar. Pese a la ausencia de su mano izquierda, Vincent arguyó con pasión irrefutable.

—Si hubierais intentado partir únicamente llevando a los hombres de Foix, nadie os habría detenido. Ha sido nuestra presencia entre vuestras filas la que despertó la oposición que desembocó en este conflicto. Es justo y necesario que yo mismo sea quien se juegue la vida para resolver el embrollo. No vos, mi señor. Vos sois el conde de Foix, irremplazable. Permitidme luchar contra ese maldito gigante, y os juro por mi honor que venceré —suplicó Vincent.

Raimond Roger dirigió su mirada escéptica hacia el brazo que Vincent no tenía.

» Soy fuerte y mi destreza con la espada con mi brazo derecho no tiene rival. Con un escudo bien ajustado a mi muñón izquierdo me erijo tan invencible como el mejor de los guerreros. Os aseguro, señor, soy más que capaz de superar con un solo brazo a muchos que cuentan con los dos. Permitidme demostrarlo —insistió Vincent.

—No, Vincent. Hay demasiado en juego en este combate como para otorgarles cualquier ventaja, por mínima que sea —respondió Raimond Roger apesadumbrado.

—Permitidme entonces seleccionar a uno de mis caballeros para este duelo. Mi facción os ha puesto en este entresijo, debe ser uno de los míos quien se enfrente al formidable Valois.

—¡Yo lo haré! —interrumpió una voz firme y profunda. Era un hombre de unos treinta años, rubio y fibroso, del bando de Vincent.

—Por favor, conde de Foix. Aceptad el ofrecimiento del fiel David —rogó Vincent, con orgullo en su voz—. Es un caballero de noble familia, de lealtad comprobada, dos brazos, y una gran aptitud en el combate cuerpo a cuerpo.

Así se aceptó. Pronto los representantes de cada bando se encontraron frente a frente en la arena de combate. Valois y David se miraron con un odio incandescente. La enemistad entre ambos parecía tener raíces más antiguas y profundas que el conflicto a dirimir.

Raimondet precisó las condiciones del duelo:

—El enfrentamiento es a primera sangre. Todos aquí somos cristianos y occitanos. Nadie necesita morir esta tarde. Dios nos hará saber su voluntad guiando los movimientos del justo hacia la victoria sobre el injusto. La primera sangre es suficiente para determinar un ganador.

—¡Sea! —aprobó Raimond Roger con una inclinación de su cabeza, pero un grito sórdido lo interrumpió:

—¡Que sea a muerte! —la protesta de David, el campeón ofrecido por Foix, despertó un gran alboroto entre los espectadores.

» ¡Mi madre es una *perfecta* de Carcasona! —continuó—. Jamás aceptaré unirme a las filas de quien busca echar a miles de inocentes como ella a la hoguera. Si he de ser derrotado, prefiero morir luchando. ¡Y si he de triunfar, que sea sobre el cadáver de esta lacra pelada, enemiga de los cátaros!

Henri de Valois reaccionó a la imprecación con equiparable ira:

—¡Estoy de acuerdo!, ¡que sea a muerte! —Sus ojos brillaban con rabia incontrolable—. El maldito traidor se niega a obedecer a su conde. ¡Permitidme enviarlo rápidamente al infierno, tal y como merece!

Sin despegar la mirada de su oponente, Valois escupió al suelo con desdén. David se balanceaba de un lado al otro con ansiedad, aferrado a su espada, como si no pudiera esperar a la orden de comienzo para lanzarse contra su antiguo alférez. Su porte era muscular y estilizado. Aunque su tamaño no se comparaba con el de su contrincante, la diferencia no parecía amedrentarlo. Aún vestía, sobre su cota de malla, la sobreveste púrpura con cruz occitana de oro representativa de Toulouse. Al notar lo absurdo que resultaba enfrentarse a muerte con un hombre que lucía sus mismos colores, se quitó la sobreveste por encima de la cabeza y la arrojó con desprecio. Un hombre de Foix lo ayudó a vestirse con la suya, a franjas oro y gules.

Raimond Roger tomó la palabra otra vez para aclarar con firmeza:

—Ya los dos habéis oído las reglas del duelo: es a primera sangre. Si alguien está en desacuerdo, que dé un paso atrás ahora mismo y será reemplazado por otro paladín.

El silencio descendió sobre la multitud, cargada de anticipación. Ninguno de los campeones retrocedió, aunque seguían murmurando entre dientes como toros salvajes.

***

El heraldo con su trompeta da inicio al combate. El círculo de espectadores alrededor de los combatientes estalla en rugidos de vítores e insultos para uno y otro lado.

Valois toma de inmediato la ofensiva y David se pone en guardia, oponiendo su escudo en forma de gota a los embates del macizo alférez tolosano. Valois blande su enorme espada bastarda con una fuerza y destreza temerarias. La espada ropera de David, ágil y ligera, parece una brizna de paja al lado de la de su oponente. Las protecciones para sus cabezas exhiben una similar desproporción. Mientras que el calvo se resguarda con un imponente yelmo cónico con almófar, David porta un casco simple y redondo encima de su capirote de malla. La contundencia del ataque del gigante tolosano es irrefrenable, pero David resiste sus embates con honor y valentía.

Robi siente cómo la sangre se le agolpa en el cuello y el rostro. Su destino y el de su pueblo penden de un hilo. Con cada golpe de espada del monstruoso alférez de Toulouse, Robi sufre en carne propia el dolor y el terror que soporta el corajudo paladín de Foix.

Cuál no es la alegría de Robi cuando, desviada por el escudo que David hábilmente interpone en ángulo oblicuo, una potente estocada de Valois va a parar al suelo y su propia fuerza lo hace trastabillar. El gigante pierde el equilibrio.

Los gritos fuxeanos de aliento se alzan al cielo cuando su paladín gira sobre sí mismo con una elegancia mortífera y descarga un sinfín de estocadas fugaces contra el mal parado titán, que parece a punto de desplomarse. El desequilibrio de fuerzas inicial se diluye y ahora la victoria se torna concebible.

Sin embargo, Henri de Valois no tarda en recuperar su posición y regresar al ataque. Recompuesto del traspié, las estocadas del coloso de hierro encuentran camino nuevamente hacia David, quien, no obstante haber perdido su ventaja momentánea, las esquiva y contrataca con una agilidad sorprendente mientas degusta el exitoso antecedente.

Las espadas chocan ruidosas, haciendo saltar chispas. Las fuerzas parecen parejas. El paladín de Foix, aprovechando un descuido de su corpulento rival, le clava una zancadilla con la que consigue que el grandulón caiga de culo al suelo, despertando las carcajadas de la concurrencia. El colosal Valois pugna por levantarse. Sus músculos se tensan y tiemblan bajo el peso opresivo de su armadura. Con denuedo, logra elevarse ligeramente, pero el armazón de hierro se muestra intransigente, arrastrándolo de nuevo al suelo con un estruendo tragicómico. Mientras David se pone en posición ofensiva para intentar herir a su Goliat, ahora caído, éste insiste una vez más en sus esfuerzos por levantarse, consiguiendo esta vez elevar su torso. Pero sus piernas flaquean y lo derriban en una caída desarticulada que desata una nueva ola de risas burlonas entre la concurrencia. Ver al arrogante hombretón de Toulouse intentando infructuosamente erguirse, sólo para ser vencido una y otra vez por el peso de su propia armadura, se vuelve un espectáculo

humorístico que aligera por un momento la tensión del combate.

Exacerbado por la humillación, tan pronto como Henri de Valois logra ponerse de pie, demuestra una resolución que descoloca a todos. En lugar de retomar la pelea, corre en dirección opuesta, alejándose de David. Alcanza el límite del círculo delimitado para el duelo, entre risas dispersas y algunos murmullos de incomprensión. Entonces, se gira.

Con un gruñido de furia que eriza los vellos, se lanza en carrera, como un toro enfurecido, hacia el defensor de Foix. Lo atrapa con sus poderosos brazos como si tan sólo fuera un plumón, lo eleva por encima de su cabeza dejando sin aliento a la multitud, y lo arroja al suelo con tal impetuosidad que, al caer, el cuerpo de David tiembla compulsivamente por unos instantes para enseguida quedar completamente inerte, vencido, con la cabeza torcida en un ángulo antinatural que no presagia nada bueno.

Raimondet de Toulouse alza sus brazos para detener el combate y Raimond Roger de Foix envía a su médico militar a inspeccionar al caído. Mientras tanto, Valois ostenta su triunfo ante sus seguidores, con un gesto agresivo de sus puños acompañado de gruñidos e injurias, desbordantes de arrogancia.

—Está muerto —sentencia el médico de Foix. El campamento se sume en un silencio negro y angustioso. Sin importar su lealtad, todos los presentes sienten el peso de la tragedia. Todos, con excepción de los tolosanos más intransigentes, que celebran la victoria con aplausos y vivas, indiferentes a la vida que acaba de extinguirse.

Antes de que los sirvientes puedan retirar el cadáver de David, Henri de Valois, con una sonrisa de despiadada satisfacción, demanda que el siguiente contrincante sea llamado a la arena. La multitud murmura.

Raimond Roger, conde de Foix, avanza con paso determinado. Su edad, que ronda los cincuenta años, no ha mermado ni un ápice de su vigor.

—¡Esto no fue lo acordado! —protesta con voz firme—. El duelo debía ser a primera sangre, y este bruto ha matado a mi campeón. ¡Debe ser descalificado!

Raimondet se muestra imperturbable.

—No hay evidencia de que Valois actuara con intención de matar. Fue un trágico accidente. No ha habido sangre alguna. No lo ha rematado ni ejecutado ningún acto fuera de las reglas. El combate con el siguiente contrincante procederá como estaba previsto.

La injusticia de las palabras de Raimondet atormenta a Raimond Roger, que, en un gesto de valentía, proclama:

—Seré yo entonces quien enfrente a este coloso. No permitiré que más sangre de mi gente se derrame en vano.

Robi, al escuchar las palabras de su padre, siente un temor glacial. Su corazón late violentamente mientras observa a ese gigante que acaba de extinguir la vida de su anterior rival con tan poco

esfuerzo. Va a protestar, pero las palabras se ahogan en su garganta.

Varios intentan disuadir al conde de Foix, pero su decisión es tan sólida como el hierro. Robi mira a Raimondet con una mezcla de desprecio y desconocimiento: la sangre le hierve en las venas. Si algo le sucediera a su padre, jamás se lo perdonaría.

Con una armadura reluciente que refleja el sol de media tarde, el conde Raimond Roger de Foix se prepara para el combate. Su estatura, aunque mayor que la del difunto David, aún se ve sobrepasada por la del gigantesco Valois. Empuña su pesada espada de mano y media, lujosamente labrada y minuciosamente afilada hasta el límite de lo posible, y su escudo redondo. Los sirvientes retiran el cadáver de David, y la asistencia cae en un silencio respetuoso. Robi se siente invadido por un opresivo recelo.

Ese hombre respiraba hacía un momento. Tenía sueños y esperanzas. Una madre a la que amaba. Tal vez esposa e hijos. Y ahora estaba muerto. Sólo por negarse a seguir las insensatas órdenes del conde de Toulouse: incumplibles, injustas y criminales. David dio la vida por el *paratge*. Y ahora el padre de Robi arriesgaría la suya ante el mismo rival y por el mismo objetivo.

****

La importancia del próximo duelo no se perdía en nadie: si Foix resultaba vencido, se verían obligados a sumarse al ejército de Montfort, un destino impensable para un ejército con lazos tan íntimos con los cátaros. El aire se tornó espeso con la gravedad de lo que estaba en juego.

A la señal de comienzo de la siguiente confrontación, el pueblo de Foix estalló en vítores emocionados para alentar a su conde.

Raimond Roger de Foix era una leyenda entre su gente. Se lo conocía no sólo por su ferocidad en la batalla, sino también por su honor indomable y su amor por Occitania. Todos los presentes estaban sobrecogidos por la seriedad de la situación. Especialmente Robi, que aguardaba la señal de comienzo con una mezcla de terror y admiración hacia la bravura de su padre. El viento parecía llevarse consigo la sombra de la muerte mientras las figuras imponentes de Valois y Raimond Roger se preparaban para el choque de espadas.

La trompeta sonó. El primero en atacar fue Valois. La danza comenzó de forma inmediata. Las espadas colisionaban con una ferocidad que enmudeció a los espectadores. Las estocadas se sucedían con una cadencia rítmica y acompasada, equilibrando ataques y contrataques con creciente velocidad. Su padre resistía con aplomo, pero Robi podía notar como la fatiga se apoderaba de él. Valois, una década más joven, no exhibía signo alguno de agotamiento, y continuaba batallando con un ritmo explosivo.

Valois empezó a avanzar, trocando el intercambio de espadazos en una lluvia imparable en la que el de Toulouse sólo golpeaba y el de Foix no lograba más que defenderse y retroceder, casi hasta el límite del claro.

El conde de Foix, previendo el recorrido de cada golpe de hierro de su adversario, echaba su cuerpo hacia atrás, o de lado, esquivándolos una y otra vez con maestría. Los gritos de aliento de

los hombres de Foix, cuyo conde se jugaba la vida, ahora superaban en intensidad a los de Toulouse, cuyo rastrero comandante vaya a saberse por dónde andaría. Era admirable observar el dominio con el que un guerrero veterano, gracias a su templanza, experiencia y coraje, podía hacer frente de igual a igual a otro mucho más joven, vigoroso y corpulento. Pero el gigante cambió de estrategia. Viendo que las habilidades de espadachín del conde de Foix eran su punto fuerte, optó por atacarlo con todo su cuerpo. De ese modo, sacaría el mayor provecho de su superior envergadura. En una maniobra impredecible, Valois utilizó su escudo en forma ofensiva, asestando un golpe seco con su canto exterior a la altura del pecho del noble padre de Robi. Este golpe lo hizo trastabillar. El fuxeano fue capaz de mantener el equilibrio, sólo para recibir un nuevo golpe similar, esta vez en la cabeza, y luego una imparable seguidilla que amenazaba con tumbarlo definitivamente. El campeón de Toulouse lograba imponer su ritmo. La única esperanza para Foix residía en la solvencia del gambesón acolchado que su conde portaba, debajo de la armadura de malla, para absorber la fuerza de los impactos evitando lesiones. Si una sola gota de sangre se llegaba a derramar, el duelo sería dado por concluido, con un resultado desastroso para Foix.

Raimond Roger se veía consumido por la golpiza y aletargado. Mientras tanto, el campeón de Toulouse permanecía fresco, como si este no fuera su segundo combate de la jornada, sino el primero. Un nuevo golpe de Valois, esta vez, de la mano que sostenía su espada, derribó a Raimond Roger, que quedó bocarriba, expuesto a la fatalidad de un remate final. Robi no quería mirar. El miedo era inmovilizante. Sin embargo, se obligó a mantener su vista fija en el sitio del combate, haciendo frente a la potencialidad de presenciar una escena que lo perseguiría de por vida en sus peores pesadillas. Y entonces vio, conteniendo el aliento, como su padre rodaba intencionalmente sobre sí mismo, como un tronco girando cuesta abajo hacia su oponente. Cuando quedó justo debajo de él, sin levantarse del suelo, penetró su guardia descargando desde abajo una estocada curva y poderosa sobre la pierna de Valois. El filo de la espada de Raimond Roger de Foix consiguió atravesar no sólo la calza de maya del alférez tolosano, sino también su carne, como fue evidente por el chorro de sangre que comenzó a fluir, salpicando al conde con una dicha indescriptible.

—¡Si! —gritó Robi, exultante de euforia. Los gritos triunfales de los fuxeanos eran incontenibles, explosivos, liberando un éxtasis que se intensificaba aún más por su contraste con la tensión extrema que acababan de experimentar. Entre el tumulto de emoción, muchos se encontraban al borde de las lágrimas, conmovidos por el valiente desempeño de su conde y por la esperanza renovada de un triunfo: ahora estaban igualados, y Valois había quedado fuera de combate. Más de un tolosano, tímidamente también celebraba la gesta del conde de Foix. Aunque en un principio el estoico alférez intentó demostrar su valía permaneciendo en pie a pesar del dolor, el caudal de la hemorragia tornó su resistencia insostenible, y terminó por tumbarlo al suelo polvoriento. Allí tendido, sus asistentes le retiraron el almófar para permitirle respirar, dejando su lustroso cuero cabelludo brillante bajo el sol. El color había abandonado su piel. Sus hombres arrancaron su calza de maya para que los médicos pudieran atender la herida. El tajo había sido profundo. La sangre seguía brotando a borbotones, por más tela con la que lo envolvieran a presión. Iban a tener que coserle la herida, pero, a diferencia del desdichado David, viviría.

Raimond Roger de Foix se puso en pie, con dificultad, para recibir las efusivas vivas y exclamaciones del público. Estaba extenuado. Tambaleante, cojeó hasta donde se hallaba su hijo

Robi, que lo abrazó durante largo rato.

—¡Lo has conseguido, padre! Tus hazañas de hoy serán inmortalizadas por los trovadores en sus canciones caballerescas más inspiradas. Tu valentía se conocerá en cada rincón de la tierra y será leyenda.

—El *paratge* ha guiado mis acciones, y Dios ha visto con buenos ojos mi proceder. Pero mi gesta no concluye aquí. Confío en que el Señor volverá a conducir mi mano en el próximo y definitivo enfrentamiento del día. Por ahora, tráeme agua fresca, hijo mío. Debo revitalizarme antes de volver al fragor del combate.

—¡No puedes luchar en este estado de extenuación! Recuerda tu propio consejo a Vincent: jamás otorgar ventaja al adversario si podemos evitarlo. Apenas te puedes mantener en pie. Seamos sensatos. Déjame ser quien represente a Foix en esta última contienda.

Al percibir la vacilación en los ojos de su padre, Robi prosiguió argumentando:

» Los cruzados pretenden erradicar a los cátaros. Mi madre es *perfecta*, al igual que mi querida tía Esclarmonde. Ermessenda, mi amada esposa, me implora angustiada que defienda a Carcasona. ¿Puedes imaginar lo que sentiría al descubrir que, en vez de protegerla, me he unido al enemigo y asediado la ciudad? ¡La perdería para siempre! Sabes que la amo más que a mi vida, y que su pérdida me destrozaría más que la propia muerte. Confiad en mí, padre. ¡He entrenado toda mi vida para este momento! Permitidme honrar a Foix en el duelo venidero, sabiendo que para mí sólo existe un resultado posible: la victoria.

—¿Ves a estos hombres? —respondió Raimond Roger, señalando a la multitud que seguía celebrando—. Ellos son nuestra gente. A ellos nos debemos. Y a los padres, abuelos, esposas e hijos de hombres como ellos en todo el condado. Del resultado del próximo combate depende si podrán seguir viviendo con libertad, justicia y *paratge*, o si se verán sometidos a las aberraciones de un tirano. Ve y hazlos sentir tan orgullosos de ti como lo están ahora de mí —y con una palmada sobre el hombro añadió—: Yo ya lo estoy.

Cuando Robi se presentó entre aplausos en el centro del círculo, ofrecido como el próximo campeón de Foix, Raimondet dio unos pasos para llegar hasta él.

—Roger Bernard de Foix... Veo que tu pueblo ha confiado en tus manos el tercer y último encuentro de esta jornada. ¡El definitorio! Al haber ganado un enfrentamiento cada bando, el desafío final es el que decidirá de quien será la victoria. Dado que tú representarás a tu padre y a tu pueblo en este evento crucial, seré yo mismo quien represente a los míos.

Levantando las manos y gritando a viva voz en todas direcciones, Raimondet concluyó:

» ¡Seré el campeón de Toulouse en este duelo final!

Robi, perplejo por esta decisión, le dedicó una mirada aturdida a su padre, quien asintió, confiado en sus posibilidades de triunfo. Había imaginado que se enfrentaría a uno de los muchos guerreros tolosanos por quienes no sentía nada, ¡no al propio Raimondet, a quien lo unía un historial de amistad tan antiguo como sus propias vidas! Antes de que Robi pudiera articular

una respuesta, su autoproclamado adversario le ofreció la mano y anunció, como leyendo sus pensamientos:

» Hasta este día, tú y yo hemos estado siempre del mismo lado, compartido los mismos valores y luchado por las mismas causas. Pero hoy, circunstancias ajenas a nosotros nos enfrentan. El destino de nuestra región recae en nosotros. Combatiremos con honor y que Dios elija al ganador.

Robi estrechó con fuerza la mano que Raimondet de Toulouse le ofrecía. Ambos amigos, ahora enfrentados, empuñaban espadas idénticas, al igual que idénticos eran sus escudos colgados a su espalda. Antes de calarse los yelmos hermanos, con nasal, que ambos habían adquirido juntos del mismo herrero, era fácil distinguir a uno del otro, incluso de lejos por la barba oscura que cubría las mejillas de Raimondet mientras que Robi sólo lucía un breve bigote y su cabello era de un tono ligeramente más claro que el de su adversario. De la misma edad y de portes similares, con los yelmos ya colocados, los colores de sus sobrevestes actuarían para el público como su principal elemento distintivo.

***

Robi traga saliva con dificultad al oír el rugido de la trompeta que indica el inicio del combate más importante de su vida.

Se pone en guardia, alzando el escudo mientras mantiene su espada en posición baja. Raimondet hace lo mismo, como un espejo. Unos pasos decididos los unen en el primer choque de hierros. Tajos de uno y otro rasgan el aire, y son esquivados o amortiguados por las defensas. Robi rompe el ritmo para intentar sorprender a su oponente con un espadazo lateral, pero Raimondet reacciona a tiempo, y contrataca sin perder un instante. Robi siente la tensión en todos sus músculos. No recuerda jamás haber estado tan alerta en un combate cuerpo a cuerpo. Detiene el golpe con su escudo y se mueve de un lado a otro buscando una nueva oportunidad para sorprender. Así ha superado a Raimondet en múltiples ocasiones. El truco residía en esperar con paciencia y solidez a cualquier descuido o imprecisión de su oponente, que tenía la tendencia irrefrenable de ceder a la ansiedad. Luego, sólo era cuestión de aprovechar sus errores y sacar de ellos la mayor ventaja posible. Pero esta vez Raimondet parece más prudente que de costumbre. Como si hubiera adivinado sus intenciones, se limita a devolver sus embates con firmeza y a encadenar sus estocadas sin arriesgarse de más. El ritmo del combate es acompasado. Un paladín ataca y el otro esquiva, y luego el otro replica de igual manera. Nada nuevo entre ellos. Es una danza conocida, que han ensayado en innumerables ocasiones. Desde pequeños con espadas de madera, y más adelante, ya como adultos, con las reales.

Sin duda, Raimondet es la persona con la que Robi más veces ha combatido en su vida. Conoce su forma de luchar como ninguna otra. Puede anticipar sus próximos movimientos tal como el otro puede prever los suyos. Jamás habría imaginado enfrentarse a él en un duelo judicial como enemigos, y menos en uno en el que tanto estaba en juego.

Pero todo ha cambiado entre ellos. Su supuesto “amigo” ha permitido al brutal Valois enfrentarse

a su padre, aun después de haber asesinado con impunidad al inocente David en un duelo que supuestamente debía detenerse al primer derramamiento de sangre. Robi olvida cualquier vestigio de condescendencia hacia Raimondet. Sin importar el pasado, hoy lidia con un enemigo, hijo y heredero de un gobernante torcido y despreciable.

El furor del combate le impide oír los ruidos de su alrededor amplificando en sus oídos el bombeo aturdido de su corazón. Todo su cuerpo está en alerta. De su habilidad depende si esa tarde podrán regresar a casa en paz o se verán obligados a marchar a Sant Vincent para combatir contra su propia gente bajo las órdenes del sanguinario Simón de Montfort. No. ¡Jamás lo haría! Allí mismo Robi tiene la certeza de que, aunque perdiera el combate, continuaría negándose a la ridícula orden de Toulouse. De ser necesario hasta la muerte.

Raimondet lucha con fiereza y decisión. En sus prácticas nunca lo había percibido tan enfocado. Ambos despliegan una técnica impecable, que habría llenado de orgullo al maestro Saissac. El choque de sus espadas compone una sinfonía de hierro.

El sudor de la frente de Robi penetra en sus ojos, provocando un ardor que no puede aliviar. La grava bajo sus pies cruje con cada desplazamiento.

Robi ve aparecer, en el ojo de su mente, las figuras de su tía Esclarmonde y su madre Philippa, ambas ataviadas con sus túnicas de *perfectas*. Permite que su amor y reverencia hacia ellas guíen sus movimientos. Simón de Montfort busca exterminarlas. Si por él fuera, las apresaría, las torturaría para que renuncien a su fe, y, como ellas no cederían ante nada, terminaría quemándolas vivas en la hoguera. A ese fanático desalmado es a quien Raimondet desea que Robi se someta. ¡Él y todo su ejército! La idea de que sus tierras, su gente, pudieran caer bajo el yugo de tal tirano, agita una tempestad en el interior de Robi. Cada vez que la espada de Raimondet busca alcanzarlo, lo único que Robi ve es el rostro despiadado de Simón de Montfort, y el futuro sombrío que su liderazgo traería a su gente. Raimondet, su viejo amigo, cegado por la lealtad a su desquiciado padre, se ha convertido ahora en el portador de esa futura opresión. Este pensamiento lo enfurece, y le otorga la fuerza para detener cada uno de sus embates, devolviéndolos con una destreza que asombra a todos los presentes, especialmente a él mismo.

Los hombres de ambos bandos observan con la respiración contenida, pendientes del veredicto divino que se revelará a través del hierro. El rendimiento de ambos amigos durante los entrenamientos siempre había sido equitativo, cada uno reclamando la victoria en cerca de la mitad de las veces. Pero ¿quién se alzaría victorioso en esta contienda, la única verdaderamente decisiva para el curso de sus vidas?

Robi imagina ahora el bello rostro de Ermessenda. ¿Qué sentiría ella si estuviera allí en la audiencia, viéndolo defender con ardor las convicciones que ambos comparten? Su corazón se henchiría de orgullo, al presenciar la fiereza con la que Robi se opone a un destino en el cual los fuxeanos se arrodillan ante los cruzados. Pero también el temor anudaría su garganta. Su vida estaba en juego, pero algo mucho más importante pendía de un hilo también: aquello que les esperaba a todos los hombres de Foix si Robi resultaba vencido. Convertirse en verdugos de los cátaros. ¡No puede defraudarla! Por ella, Robi se carga de una fuerza que no sabía que tenía y le arroja a su oponente una serie de tajos encadenados que lo obligan a retroceder.

Pero el tolosano lo conoce demasiado bien. Anticipa cada uno de sus golpes con una destreza que viene de años de práctica conjunta. Se sobrepone, y en cuanto hay una apertura, contrataca. La espada de Raimondet se estrella con potencia contra el escudo de Robi. Este, tomado por sorpresa, se ve obligado a recular, mientras su oponente incrementa la intensidad de los embates, forzándolo a ceder terreno hasta que un golpe bien dirigido lo hace trastabillar hacia atrás. En ese instante precario, mientras Robi lucha infructuosamente por mantener el equilibrio, Raimondet asesta un empujón firme y preciso al escudo de Robi, logrando, a la vez de terminar de derrumbar a su oponente, despojarlo de su protección, arrojándola lejos de él. Esta misma maniobra, que Saissac les había enseñado y hecho practicar incesantes veces, era la manera favorita de Raimondet para dar fin exitosamente a un combate. Ahora, sólo tendría que aprovechar la situación vulnerable en la que Robi había quedado para asestarle el tajo triunfal.

Desde el suelo, Robi observa cómo Raimondet se posiciona, y se siente impotente para evitar lo que sigue. ¡Está perdido! Raimondet nunca falla un golpe desde esa posición y Robi se teme que esta vez no sería la excepción. Cierra los ojos con fuerza, preparándose para el dolor, el fracaso y la humillación.

Escucha el chirriar agudo y definitivo del acero descendiendo hacia él. Pero el sonido se corta abruptamente, sin que perciba golpe alguno. Abre los ojos y comprende lo ocurrido: Raimondet no sólo ha errado el golpe, sino que, cayendo con fuerza junto a su rostro, la punta de la espada ha quedado clavada en la tierra. La hoja permanece hundida e inmovilizada, negándole a su oponente la oportunidad de recuperarla.

Robi actúa con celeridad, asestando con sus dos piernas una vigorosa patada doble en el vientre a un Raimondet ahora desarmado y vulnerable. Con agilidad, se arroja sobre él y, en un instante, ambos combatientes ruedan sobre el polvo. Robi logra posicionarse encima, montado a horcajadas sobre el escudo tolosano que ha queda atrapado entre ellos, protegiendo el abdomen de su rival, pero sin llegar a cubrir su rostro. Raimondet no tiene escapatoria. Su escudo no sólo paraliza la movilidad del brazo con el que lo sostiene, sino que también le impide defenderse con el otro. Las tornas han cambiado. La posición de triunfo ahora está, literalmente, en las manos de Robi, y él no desaprovechará la ventaja.

Para dar un golpe definitorio, Robi transforma el rosto de Raimondet en el de Simón de Montfort. Es este conspirador, al fin y al cabo, quien verdaderamente está detrás del enfrentamiento. Guiado por el odio hacia la bestia que asola el Languedoc, Robi eleva su puño sin arma, tensa los músculos, y aprieta los dedos. Con todo el vigor del que es capaz, descarga su puño sobre el indefenso Raimondet. El golpe es sin saña, pero efectivo. Impacta con precisión sobre la única superficie de piel que el yelmo nasal deja expuesta. La nariz y la boca de Raimondet sangran por la trompada, y la gente de Foix grita su triunfo con desenfreno.

El vencido Raimondet se pone de pie, escupe sangre al suelo y, con un asentimiento de su cabeza, da por concluido el combate. Es un triunfo tan necesario para los fuxeanos que los festejos se sienten en el alma. Robi levanta los brazos en señal de victoria. Y mientras viva a la libertad, y al *paratge* y a Occitania, recibe una epifanía. Ya lo sabe, con certeza: Raimondet ha errado el tajo a propósito. Él jamás fallaría en esa posición, y menos dejando su arma tan profundamente encajada en la tierra. Era excelente en las prácticas. Tuvo que ser un descuido intencional. Uno como el que Robi mismo había tenido años atrás, en un lago congelado, cuando

dejó caer su espada al hielo para poner fin a una situación intolerable, en el episodio que desembocó en la muerte de su hermano Othón. Raimondet hoy había hecho lo mismo. Porque, aunque no podía actuar en abierta rebeldía hacia su padre, en verdad no deseaba impedir la partida de Robi y sus hombres hacia la causa que sabía justa. Ya había logrado cubrir las apariencias, pero, comprendió Robi con ilusión, en verdad nunca había dejado de ser su amigo.

Robi le da la mano a su amigo como reconocimiento por una lid pareja. Lo hubiera abrazado..., pero aquello evidenciaría la farsa de la cual sólo ellos dos eran conscientes. Con la mirada, le agradece en silencio por su sacrificio.

***

Los hombres de Foix, incluido un exultante Raimond Roger, alzaron a Robi en andas. La admiración que le demostraban era tan genuina como su profunda alegría. Gracias a su destreza y la de su padre, se habían salvado de tener que luchar para el abyecto Montfort.

Los tolosanos, desanimados ante los festejos contrarios, se retiraron de vuelta a sus tiendas.

Raimond Roger de Foix ordenó a sus hombres preparar los enseres y los animales para una partida inmediata.

Conforme el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, la caravana de Foix, nutrida de abundantes tolosanos, inició su marcha. Las antorchas en mano iluminarían su camino cuando el cielo terminara de perder su fulgor anaranjado, dejando atrás un campamento y un destino que una vez compartieron con Toulouse.

A medida que la distancia entre ellos aumentaba, los pensamientos de Robi fueron abandonando el duelo, que ya quedaba en el pasado, y virando hacia Foix. Allí, en el castillo, por fin volvería a ver a su adorada Ermessenda. ¡Pronto la estrecharía entre sus brazos! ¡Y ella estaría tan orgullosa de él cuando supiera de su hazaña!

Imaginó las caricias y los besos que Ermessenda le daría. Los abrazos interminables, las noches enteras de placer que le esperaban al calor de su suave cuerpo. Elevó los ojos al cielo, anhelando llegar a ella cuanto antes, anticipando con regocijo el inminente reencuentro.

Un plan perfecto

Verano de 1209
Castillo de Castellbó, Cataluña

A una semana de la boda que los mandamases del condado de Urgel habían impuesto, el castillo de Castellbó se preparaba para recibir, por primera vez, a su futura vizcondesa, Elisenda de Cardona. Sus arrogantes familiares debían de estar rebosantes de felicidad por el arreglo, y Guerau de Cabrera por haber doblegado al esquivo prometido. ¡Al fin el vizconde Arnau se había dignado a fijar una fecha y a recibir a Elisenda en su castillo para ultimar los detalles!

Sin embargo, Arnau seguía lejos de mostrarse como un novio entusiasmado. No sólo que no había dado la orden de engalanar las estancias para la ocasión, sino todo lo contrario. Ejecutando un plan meticulosamente orquestado por su brillante chambelán, Dalmau de Barberà, instruyó a los sirvientes una serie de acciones que despojarían al castillo de cualquier atisbo de opulencia, sumiéndolo en cambio en un estado de cuidadoso caos y exquisita decadencia.

Las ricas tapicerías fueron descolgadas y los brillantes candelabros de plata sustituidos por rudimentarios de hierro. Se escondieron las finas vajillas de porcelana, presentando en su lugar platos y cuencos de barro tosco. Los objetos de valor fueron encerrados en el Gabinete Vizcondal, reemplazándolos por cachivaches y trastos viejos. Se enrollaron y almacenaron las alfombras, dejando al descubierto el piso frío e irregular, propicio para tropiezos y caídas destempladas. Las habitaciones y pasillos, generalmente pulcros, ahora lucían una capa de polvo y telarañas que se tejían en las esquinas. Hasta los jardines, antes bien cuidados, fueron diligentemente abandonados, con la debida anticipación: las flores se marchitaban mientras las malas hierbas comenzaban a reclamar su espacio. Todo era en pos de un objetivo superior.

Los sirvientes lo comprendieron al instante y, lejos de protestar, se sumaron a la iniciativa con picarona complicidad. Sabían que la elección de Elisenda como esposa de su señor no había sido obra de Arnau, sino una injusta exigencia de la familia condal de Urgel. El digno pueblo de Castellbó detestaba las imposiciones, especialmente si provenían de esos entrometidos. Por eso, si Arnau había decidido que su prometida no debía recibir la mejor bienvenida, ellos estaban dispuestos a ir aún más allá: le harían la vida imposible. Con suerte, la boda aún podría evitarse.

A la hora señalada, Elisenda se presentó en la puerta sur de la muralla. Venía radiante y sonriente en un florido carruaje, acompañada por un cochero, una dama de compañía, y dos escoltas montados. Con programada impuntualidad, el chambelán Dalmau de Barberà se demoró en bajar a recibir a la comitiva. Había que hacer esperar a Elisenda por unos minutos fuera de las murallas. No demasiado tiempo, para no despertar sospechas de hostilidad intencional, pero, bajo el sol abrasador de uno de los días más calurosos del año, lo suficiente para establecer el tono de incomodidad que marcaría la visita. Luego la guio por las angostas y empinadas calles de piedra hasta las cuadras.

El recorrido fue tortuoso. Las ruedas del carruaje rebotaban sobre las enormes piedras irregulares, sacudiendo a sus ocupantes con cada bache y amenazando con destruir en cada embate el armazón de madera del vehículo. Los locales sabían muy bien que solamente la puerta

norte era adecuada para carros, pero nadie se tomó la molestia de prevenir a los visitantes. Los escoltas, a caballo, tenían dificultades para mantener el paso en un terreno tan irregular, y la dama de compañía de Elisenda, una joven bonita, rubia y esbelta de nombre Ludmila, se aferraba al borde del carruaje con una mano, cubriéndose la boca con la otra mientras luchaba contra su estómago revuelto.

Al llegar a las cuadras, Dalmau sugirió a los escoltas y al cochero que permanecieran allí abajo. —No os preocupéis, las damas están en buenas manos —les aseguró con una sonrisa tranquilizadora, al tiempo que ordenaba a los mozos de cuadra que les ofrecieran agua y algo de comer. Elisenda asintió, aunque con una ligera aprehensión en su mirada.

Desde allí, Dalmau las condujo a pie hacia el castillo por el camino más indirecto, rústico y empinado. Los vecinos de Castellbó que apreciaban la escena no podían contener sus risas al observar a la presumida Elisenda de Cardona lidiando con el faldón de su vestido y embarrando sus delicados zapatos de seda al intentar trepar por las rocas resbaladizas. La ruta era desafiante, más adecuada para cabras montesas que para damas nobles.

Elisenda, jadeando ligeramente por el esfuerzo, se volvió hacia Dalmau.

—¿Siempre es tan difícil el camino hacia el castillo? —preguntó con irritación.

Dalmau, con una sonrisa burlona, señaló con un gesto amplio hacia el castillo en lo alto de la colina.

—Estamos en Castellbó, señorita. Si esperabais un sendero llano hasta allí arriba, teníais una idea equivocada.

Elisenda frunció el ceño.

Llegaron a un claro amplio y plano, ideal para descansar de la ascensión. Allí, las damas fueron sorprendidas por los desaforados ladridos y gruñidos de los perros de la leñería. Salomón, el leñero del pueblo, solía mantener a sus sabuesos sujetos con cadenas, excepto para ocasiones especiales como ésta en las que era necesario hacer gala de su ensordecedora agresividad. Sin vacilar, los canes se abalanzaron hacia las pálidas desconocidas, mostrando sus afilados colmillos y ladrando con ferocidad, pero nada más que eso.

Mientras Elisenda y su doncella Ludmila se adentraban en la plaza, acompañadas por Dalmau, notaron que, a pesar de no ser día de mercado, un par de puestos estaban abiertos. Los vendedores, con rostros adustos y modos solemnes, les ofrecieron pescado podrido y verduras marchitas, con cientos de moscas revoloteando a su alrededor. Elisenda arrugó la nariz con desagrado.

» Los martes suele haber productos de mejor calidad —acotó Dalmau.

De repente, un grito agudo rajó el aire. Un joven delgaducho, con ropas desgastadas, había intentado llevarse un pañuelo bordado de uno de los puestos. Al instante, el comerciante se levantó acusándolo de robo y desatando un tumulto de empujones, gritos e insultos generalizados. Aunque para los habitantes de Castellbó era evidente que el joven "ladrón" era en

verdad era el hijo de los dueños del puesto y que quienes simularon detenerlo no eran más que sus amigos, las damas urgelenses parecían completamente engañadas por la puesta en escena.

Elisenda, con los ojos abiertos de par en par, se aferró al brazo de Ludmila, quien, con el rostro pálido, buscaba una salida entre el tumulto. Los aldeanos de Castellbó, algunos riendo a carcajadas y otros fingiendo indignación, disfrutaban del espectáculo que habían creado para espantar a las forasteras.

El tramo final de ascenso al castillo, aunque empinado, les ofreció un breve respiro al alejarlas del agobiante gentío. Pero cuando disfrutaban de la frescura de un callejón sombrío, al subir la última escalera, tres oscuros y veloces ratones aparecieron de la nada, perseguidos por un gato. Uno de los roedores, en su frenética huida, pasó por encima del pie de Elisenda, quien ante la involuntaria caricia dio un respingo de susto y asco. Eso no pudo ser preparado, pensó Dalmau, reprimiendo una sonrisa ante la irreverente idea de que, como castellboenses, incluso aquellos sucios animales parecían haberse unido a la complicidad colectiva que esa tarde unía a su pueblo.

Elisenda apareció en la puerta del castillo con la respiración entrecortada. Arnau la miró y vio su cabello en desorden, el vestido deshilachado, manchado de barro, y una expresión de profunda indignación. La pobre ignoraba que lo peor aún estaba por venir. Con sus treinta años, ya no era una muchacha, pero su rostro conservaba una inocencia virginal que, a su edad, no hacía más que señalarla como solterona.

Sus bucles de un tono marrón oscuro y carentes de brillo, se mostraban toscamente enredados. Con una tez blanca pero colmada de imperfecciones, lo que más resaltaba en su rostro era su nariz ganchuda. Sus ojos pequeños y ligeramente desviados parecían reflejar un estado de constante perplejidad.

Su vestimenta, de un recato excesivo, la cubría de pies a cabeza a pesar del calor abrasador. Esto demostraba que su pudor cristiano pesaba más en ella que el sentido práctico, lo que resultaría especialmente útil para los planes de Arnau.

Al igual que el castillo, Arnau había negligido intencionalmente su aseo personal durante toda la semana. No era algo típico en él, pero la ocasión lo ameritaba. Su barba estaba crecida y descuidada y todo él apestaba a sudor. Al verlo y olerlo, Elisenda no pudo evitar contraer su rostro en una mueca de desaprobación.

—Bienvenida a vuestro futuro hogar —dijo Arnau, besándole la mano y descargando algo de saliva en ella—. Permitid que Fabila os lleve a dar un recorrido por las instalaciones.

Ludmila sería tarea de Dalmau, que se encargaría de mantenerla entretenida recurriendo a aquello que se le daba mejor: la seducción.

» Vuestra doncella puede acompañar a mi chambelán, que le enseñará las dependencias del servicio y le describirá sus futuras obligaciones en el castillo. Yo os esperaré en mi dormitorio, al final de vuestro recorrido. Hay algunas cuestiones importantes que quisiera discutir allí.

Sin darle ocasión de protestar, mientras Ludmila marchaba directo a las fauces del más

experimentado de los lobos, Fabila comenzó a guiar a Elisenda por el castillo.

Para el vizconde Arnau, había llegado el momento de subir a su recámara y prepararse para el gran acto final. Tal como imaginó, el paseo de Elisenda no se demoró demasiado. El castillo era realmente pequeño, con sólo dos dormitorios más allá de las estancias comunes. Arnau había dado la orden de que se impidiera a su prometida el ingreso al gabinete vizcondal, expresando explícitamente que aquel era un espacio reservado para hombres. Esto también era mentira. De hecho, la hija del vizconde, Ermessenda, iba y venía por ese gabinete cuantas veces le placía desde pequeña. Y, antes de ella, su madre, la difunta Arnaldina, solía compartir con Arnau incontables momentos de amena compañía en aquel espacio íntimo y acogedor. Elisenda lo tendría prohibido, si es que realmente se casaba con él, y eso aún estaba por verse.

Al entrar a la recámara, Elisenda encontró a Arnau visiblemente desaliñado. Su túnica estaba desabrochada y dejaba entrever una camisa arrugada. Sus pies descalzos, negros por debajo, mostraban unas uñas enormes y curvadas hacia arriba.

—Estamos en confianza, ¿verdad? —comentó el vizconde con una sonrisa torcida.

Elisenda le rogó a Fabila que la escoltara durante la entrevista, ya que sería indecente quedarse a solas con su prometido antes de la boda. Su doncella personal, Ludmila, no aparecía por ningún lado; Dalmau se había encargado muy bien de eso.

—Dejadnos solos, Fabila —la contradijo el vizconde—. Mi futura esposa no ha de andarse con esos remilgos. ¡Si ya no queda nada para la boda! Hay cuestiones privadas que necesito conversar con ella sin intromisiones.

Para pánico de Elisenda, Fabila obedeció a su señor, dejándolos solos. Arnau se dispuso a lanzar su golpe maestro.

Lo inició despacio, mostrándole un modesto baúl, destinado a ser el único mueble disponible para ella.

—Parece insuficiente para guardar en él todas mis pertenencias —observó Elisenda con preocupación.

—En tal caso tendréis que hacer una selección —respondió Arnau con indiferencia—. El espacio es limitado y, como comprenderéis, las necesidades del hombre tienen prevalencia por sobre las de la esposa.

Elisenda no tuvo más remedio que asentir, pero se veía profundamente decepcionada. No solamente con el diminuto tamaño de su futuro dormitorio conyugal, sino también con el de todo el castillo, al que seguramente había imaginado mucho más vasto y lujoso. Aunque esto era un hecho dado, que desde ya no formaba parte del plan, ciertamente favorecía el resultado deseado.

» Pues bien. Si os he convocado aquí, en lo que será nuestro aposento, es para esclarecer un asunto esencial para cualquier esposo. Es acerca de lo que espero de vos en este lecho. Es vital que estéis al tanto desde ahora, para evitar futuros desacuerdos que me forzarían a imponer sanciones.

—Lo sé, mi señor —replicó Elisenda con un notable rubor asomando a sus mejillas—. Mi abuela Dolça me ha explicado aquello que marido y mujer deben realizar en la noche de bodas. Aunque me resulta un poco extraño, estoy dispuesta a cumplir con mi deber.

—En tal caso, vuestra abuela os habrá explicado, imagino, que los deseos de algunos hombres se apartan de lo convencional, y que una esposa está obligada a complacer esos anhelos... Pues he de confesaros que mis preferencias son bastante peculiares. Por ello he decidido invitaros aquí, para ilustraros sobre aquello que más enciende mi hombría, y enseñaros lo que voy a esperar de vos en cuanto os convirtáis en mi mujer.

Minutos después, Elisenda emergió del dormitorio lívida y consternada hasta las entrañas. El desvío habitualmente sutil de sus ojos se había acentuado, quedando cruzados por completo. Un temblor agitaba mínimamente sus piernas, signo de su perturbación. Su postura y expresión dejaban en claro una cosa: estaba irrevocablemente decidida a romper su compromiso con Arnau.

—Pero, querida mía, ¿cómo vais a abandonarme a sólo una semana de la boda? ¿Qué dirán vuestro primo y vuestra abuela?, —fingió él, rebosante de alegría.

La decisión de ruptura de Elisenda era inapelable, y no habría nadie en Urgel que pudiera alterarla. Sólo anhelaba regresar a su hogar y dar por terminada su impensada pesadilla. Sin embargo, de Ludmila, su dama de compañía, no había ni rastro. La desesperación la embargó y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Necesito irme de aquí! —suplicó entre sollozos—. Este lugar está lleno de locos, y su vizconde... —se contuvo, mordiéndose los labios para no resultar impertinente.

Fabila, apenándose de ella, fue en busca de Ludmila. Cuando llegó a ella, la halló despeinada, desalineada y radiante. Era evidente que había perdido, en manos del galante Dalmau, algo más que el broche de su cabello.

Las dos damas abandonaron el castillo a las apuradas: Ludmila, con su mirada perdida y un gesto indescifrable; Elisenda, espantada y decidida a no regresar jamás.

Satisfecho por el impecable resultado que el plan de su chambelán había arrojado, Arnau lo invitó a celebrar en la bodega con su mejor licor.

—¡Por favor, arreglad pronto este descalabro así volvemos a tener un castillo! —indicó a sus sirvientes, no sin antes invitar a cada uno con un trago festivo.

Las copas se alzaron entre sonrisas triunfales. Elisenda había decidido cancelar la boda por su propia iniciativa. Y, lo mejor de todo, era que, si le preguntaban por qué, su profundo pudor católico jamás le permitiría confesar lo ocurrido. El secreto estaba a salvo. Había sido un plan perfecto.

El ruego de Baduino

Verano de 1209
Campamento cruzado en Sant Vincent, Languedoc
El día siguiente

Las tropas de refuerzo prometidas por Raimond VI de Toulouse a los cruzados, luego de que la Iglesia lo readmitiera en su seno, se estaban demorando más de lo acordado. Sobre este hecho despotricaba el legado papal Arnaud Amalric ante Simón de Montfort. Ambos compartían una cena íntima en el pabellón mayor del campamento cruzado de Sant Vincent, en vísperas del asalto al burgo de Castelar. A los pies de Simón, su imponente mastín *Sansâme*, de oscuro pelaje y mirada penetrante, seguía cada una de sus interacciones. Miraba a un lado y al otro, tan pendiente de advertir tensión en las conversaciones, como de cualquier oportunidad de apropiarse de algún trozo de comida.

El inflexible Amalric no cesaba de quejarse. Aún reprochaba a Simón el haber mandado a degollar a cientos de cátaros para arrojarlos al acueducto de Carcasona, en vez de quemarlos en la hoguera, lo que, según él, era el único final admisible para los herejes irredentos. Ni siquiera la evidencia irrefutable de que la estratagema de Simón había resultado brillante lograba conmover al fanático religioso. Simón no sólo había conseguido dejar sin agua a Carcasona, sino que, al mismo tiempo, había sabido sacar el máximo provecho de la madera. En lugar de hacerla cenizas junto a los herejes, como Amalric había pedido, la había transformado en los arrolladores foneboles y el enorme almajeneque que hoy se alzaban majestuosos y listos para garantizar la victoria en el Castelar. Así, tanto la madera como los apóstatas habían tenido destinos más prácticos.

El éxito de la maniobra había sido rotundo. Los habitantes de Carcasona no eran capaces de reparar el acueducto, cuya entrada, conectada al río, estaba bajo firme control cruzado. Sin él, carecían de acceso al agua fresca. Las recientes lluvias copiosas eran la única razón por la que los ciudadanos todavía no habían sucumbido a la sed. Pero ese alivio sería efímero; pronto agotarían sus reservas. En cuanto a los alimentos, el Castelar era la única ruta de abastecimiento de la *cité* que aún quedaba en pie. Cuando cayera, la hambruna forzaría la rendición de Carcasona en cuestión de semanas.

A pesar de estos logros innegables, Amalric, cegado por sus resentimientos irracionales, persistía en obstaculizar los planes de Simón. Ahora, al rechoncho y enrojecido religioso, que engullía su cordero asado a mordiscos gigantes, se le había metido en la cabeza que debían postergar el ataque al Castelar hasta que llegaran las tropas de Toulouse.

—¿Creéis que es mera coincidencia que sus refuerzos aún no estén aquí? —decía, lanzando con sus palabras fragmentos de comida—. Las tropas de su hermano Baduino ya nos han alcanzado, ¡y venían desde más lejos! Toulouse retrasa a sus hombres a propósito, para evitar enfrentarlos a los de su sobrino Trencavel. ¡No podemos permitir que se salga con la suya! Si realmente es leal, que lo pruebe. ¡Quiero verlo combatir sin piedad a quienes antes llamaba amigos!

Probablemente el arzobispo estuviera en lo cierto en este punto. Aunque el propio Toulouse y su

hija ya estaban en el campamento cruzado, no había rastro de su ejército. No en vano, muchos apodaban a Toulouse como “Raimond el Pacífico”.

En algo era consistente el desquiciado conde: no existía hombre más reticente a la guerra que Raimond de Toulouse. Desde que había sucedido a su padre en 1194, supo explotar su simpatía para resolver los conflictos que habían asolado al Languedoc durante décadas. Consiguió la paz, por un lado, con Inglaterra y por el otro con Aragón. Del mismo modo, intentaba congraciarse a la vez con Dios y con el diablo, con la Iglesia y con los cátaros, con los franceses, los catalanes y los occitanos. Huía concienzudamente de la pelea; no por valores, sino por falta de ellos. La paz le era más conveniente para sus banquetes, la bebida, las mujeres, la poesía pagana y todos aquellos placeres mundanos de los que tanto parecía disfrutar. Pero esta vez no tendría escapatoria. Le sería imposible seguir jugando a dos puntas. Simón lo obligaría a tomar una postura definida mañana mismo.

Con la irrelevante perorata de Amalric como ruido de fondo, Simón tomó un hueso humeante de la bandeja sobre la fogata y le asestó un mordisco a la carne salada. Podía imaginar claramente al conde de Toulouse instruyendo a su delicado hijo para que dejara pasar algunos días antes de presentarse con refuerzos, para así escapar a este primer enfrentamiento. A vistas de la potencia de los foneboles y de las débiles defensas del suburbio sitiado, Toulouse seguramente anticiparía, con toda razón, una contienda brutal. Con su naturaleza blanda, no querría que su hijo y sus tropas fueran asociados con tal carnicería. Sin embargo, el propio Toulouse y su hija no podrían ocultarse. Se verían forzados a mostrar su verdadera lealtad, de una vez y con sus cuerpos.

Aun sin las tropas de Toulouse, y aunque Amalric tuviera razón sobre el motivo de su ausencia, la prioridad de Simón era clara: tomar el Castelar lo antes posible. Las lluvias habían demorado sus planes, pero ahora, con la tierra endureciéndose y el aire recuperando su frescor, todo estaba dado para asaltar el último bastión que protegía y alimentaba a Carcasona. Las máquinas de asedio estaban listas y, con los hombres del obediente Baduino reforzando sus filas, no había razón para esperar ni un día más. Mañana, con o sin las tropas de Toulouse, el Castelar caería.

Simón no sentía la necesidad de justificar sus decisiones ante nadie. Así, desoyendo las insistencias del irritante legado, bebió con calma un cuenco entero de agua. Luego, con tono distendido, señaló:

—¡Miradlo! Observad al conde de Toulouse... ¡Parece el mejor amigo de nuestros soldados! Lo ven con respeto, casi como a un líder.

Amalric, girando su silla unos grados para quedar de frente a la entrada entreabierta de la carpa, dirigió su mirada hacia donde Simón había señalado. No muy lejos, en una tienda vecina, Toulouse cantaba con entusiasmo una trova en francés, mientras los soldados cruzados lo acompañaban con palmas y risas.

—No entiendo cómo lo hace —refunfuñó—. ¡Los tiene hechizados! ¿Han olvidado acaso que hasta no hace mucho era su enemigo jurado? —El matiz de amargura en su voz pronto trocó en una sonrisa irónica, con la que añadió—: Si te descuidas un instante, en lugar de traer refuerzos, ese embaucador te robará a tus hombres. Los seducirá con su carisma, sin gastar una sola moneda, y los pondrá a proteger las casas cátaras de su ciudad.

Mientras Amalric esperaba la respuesta que nunca llegó de Simón, unos aplausos rítmicos empezaron a sonar. Toulouse había comenzado a bailar, de manera obscena, meneando su extensa cadera en un vaivén grotesco. La canción, cargada de picardía, narraba las peripecias de una dama de dudosa reputación. Para ilustrar aún más su historia, el conde tomó dos grandes panes redondos, simulando ser los senos de la protagonista. Los sostenía frente a su pecho, sacudiéndolos socarronamente al compás de la melodía. Las risas estallaron entre los soldados, y uno de ellos, en un arrebato jocoso, le dio una palmada en el trasero, provocando más carcajadas.

Indignado, Arnaud Amalric se puso de pie, decidido a no permitir tales atropellos en un campamento cristiano. —¡Por el amor de Dios! Esto es una cruzada, ¡no un burdel! —protestó antes de interrumpir su comida para caminar hasta allí. Simón lo observaba, divertido. El legado, con los brazos en jarra, parecía un maestro ofuscado reprendiendo con severidad a una pandilla de niños traviesos.

El bullicio cesó por un instante, y los alborotadores recibieron la reprimenda con modestia. Pero tan pronto como Amalric se dio la vuelta para regresar, Toulouse, con una mueca burlona, infló sus mejillas e imitó exageradamente los pasos pesados y el gesto enojado del legado. Los soldados fracasaron en sus intentos de contener la risa. Amalric, estallando de furia, se giró de golpe, pero todos fingieron seriedad.

El legado papal, todavía con la indignación dibujada en su rostro, giró una vez más sobre sus talones para regresar a la carpa. En su prisa, no notó a Wilhelmina que se aproximaba por el costado, cargando algo en sus manos. Ambos chocaron con un golpe seco, haciendo que la joven diera un paso atrás para recuperar el equilibrio.

Desde la carpa, Simón observó el encontronazo. Aunque no pudo discernir palabras, vio a Amalric gesticular en una disculpa poco convincente, y a la hija de Toulouse asentir con la cabeza, en un gesto más forzado todavía.

Cuando Amalric regresó a la tienda, exudando frustración, Simón, alzando una ceja, señaló la pechera de su sotana blanca.

—Parece que habéis tenido un pequeño percance, Arnaud.

Éste bajó la mirada y con disgusto descubrió una mancha grande y oscura de sangre en su sotana.

—¡Esa muchacha! Llevaba de las orejas dos conejos que acababa de cazar. ¡Mirad lo que ha hecho! —se quejó furibundo, mientras intentaba limpiar la mancha con el dorso de su mano, sólo para empeorar la situación. Resignado a que no desaparecería, se sentó a la mesa, bebió vino con vigor, y exclamó más agresivo:

» ¡Ese hombre es la encarnación misma del mal! Hasta hace poco, estaba excomulgado, señalado por innumerables y atroces pecados. Y ahora que finalmente ha conseguido su absolución, después de humillarse públicamente, ¡debería mostrarse más penitente y discreto que nunca! Y sin embargo aquí está lo más campante, pervirtiendo a nuestros soldados con sus bufonadas pecaminosas. ¡Jamás deberíamos haberle permitido el acceso a nuestro campamento!

—¿Es que no lo veis? Su presencia en nuestras filas tiene un efecto estratégico. Los demás señores occitanos se le opondrán, y su alianza quedará hecha añicos. Ya hay rumores de que esto está en marcha —explicó Simón, mientras desgarraba el último pedazo de carne de su costilla y arrojaba el hueso a *Sansâme*, que lo trituró con un crujido sonoro.

—¡Los occitanos lo respaldarán sin importar lo que haga! —estalló el religioso, incorporándose de repente. *Sansâme* se puso en pie y lanzó un ladrido agudo. Amalric se sentó lentamente, moderando su tono. —Ostenta el mismo poder de persuasión que la serpiente del Edén... —susurró—. Podrá ser un hombre sin sentido político, sin lealtad ni constancia, pero sus seguidores lo idolatran, y parecen dispuestos a tolerar cualquier disparate viniendo de él. ¡Incluso el haberse unido a nosotros!

—Aprovecharemos su carisma, utilizándolo en beneficio de nuestra causa —afirmó Simón.

Sansâme, sintiendo que la calma retornaba a la voz de su amo, dio un par de vueltas y se acomodó a sus pies, suspirando plácidamente.

Aunque las brasas se habían extinguido y la carne estaba casi fría, Amalric acometió con avidez otro trozo de cordero. Ambos miraron hacia el campamento.

La hija de Toulouse había llegado hasta un tocón de madera envejecido, detrás de la tienda de su padre. La superficie rugosa y plana del tocón hacía las veces de improvisada mesa de trabajo sobre la cual los cuerpos inertes de los conejos yacían con sus patas extendidas, mientras Wilhelmina, ruda y enérgica, se empeñaba en retirar el pelaje de los animales con destreza y sin asco.

—Mirad si Toulouse no es el mismísimo demonio en persona, que expone a su propia hija a los horrores de la guerra en un campamento repleto de hombres —acusó Amalric, señalándola—. ¿Qué clase de padre hace tal cosa?

—Toulouse asegura que su hija es tan buena guerrera como un caballero experimentado —respondió Simón—. Mañana comprobaremos si eso es verdad, colocándola en primera línea en la incursión al Castelar.

—¡Es una aberración! Guerrera o no, no deja de ser una dama. Haberla traído aquí es una muestra más del juicio nublado de ese conde. ¡Rodeada de tantos soldados, su virtud corre peligro! Llevo años siendo confesor y puedo aseguraros que algunos hombres malintencionados se sienten más tentados por un buen desafío, como ella, que por una presa fácil.

Simón pensó en su propia hija. Él jamás expondría a su adorada Amicie a tales riesgos. Un padre protege a su familia, no la arroja a la impiedad de la batalla. Las prioridades y motivaciones de Toulouse eran, sin duda, enigmáticas.

Alguien se perfiló en la entrada de la carpa, desviando la atención de Simón de las mordaces palabras de Amalric. Era Baduino de Toulouse, que se adentró con paso vacilante. Su figura, ligeramente encorvada, reflejaba una angustia debilitante. *Sansâme* fijó sus ojos oscuros en el recién llegado.

—Buen provecho, comandante, legado. Lamento perturbar vuestra cena, pero me veo obligado a presentaros una súplica que me atormenta el alma.

—No es molestia hijo mío —respondió Arnaud Amalric en nombre de los dos, aunque para Simón sí lo era.

—Se trata de mi hija, Serene.

Amalric, lamiéndose los restos de cordero en sus dedos, levantó la vista hacia Baduino. Simón, más reservado, esperó a que continuara. Los ojos de Baduino se llenaron de lágrimas y su voz se quebró.

» Comprendo que la hayáis tomado como prisionera de guerra, cuando aún no éramos aliados. No albergo resentimientos, como he demostrado al aportar todas mis fuerzas a vuestra causa. Pero aquí estoy ahora, como vuestro firme aliado, dispuesto a dar mi vida por asegurar la victoria cruzada en el Castelar primero, y en Carcasona después. ¡Por Jesús, María y todos los santos, os lo suplico, eminencia! —Baduino se arrodilló, bajando su mirada desde la extraña mancha de sangre en la sotana del arzobispo hacia el suelo, y extendiéndole sus manos como un suplicante en busca de clemencia. Amalric tomó esas manos entre las suyas, adornadas con anillos opulentos. Simón miraba con una mueca de desdén, sin ocultar su desprecio por tan vergonzoso despliegue de emotividad.

» Serene es una ferviente católica; una joven madre arrancada de los brazos de su hijo. No hay justificación para su cautiverio —Baduino lloraba como un niño—. No ha sido acusada de herejía, ni de ningún otro crimen. Y ya ha sufrido demasiado. Os imploro, en el nombre de Dios y por la justicia divina... ¡Dejadla en libertad!

Amalric, dirigiendo una mirada penetrante hacia Simón, se vengó de su arrogante displicencia acumulada:

—El hombre tiene razón, Simón —dijo, asumiendo su papel de líder religioso bondadoso que engañaba a muchos, pero a él no—. Las Escrituras enseñan que “la misericordia triunfa sobre el juicio”. No importa que contemos con una indulgencia plenaria... es un acto de grave injusticia mantener cautiva a una fiel católica sin cargos en su contra. ¡Y, más aún, cuando es la hija de un aliado!

Simón se sintió en un callejón sin salida. No quería entregar a una rehén tan valiosa sin obtener algo a cambio, pero tampoco podía correr el riesgo de alienar a sus hombres justo antes de una batalla crucial. *Sansâme* lo miró, tranquilo. No tenía habilidad para identificar y repeler ataques ejecutados con el arma de la compasión. Simón decretó:

—Si mañana todos los combatientes de Toulouse, incluida Wilhelmina, vuestro hermano y sus caballeros, demuestran su lealtad y valentía en la batalla, y tomamos el Castelar, os prometo que, en cuanto sea nuestro, liberaré a Serene.

Baduino, con las lágrimas brillando en sus ojos, respondió: —Os estoy profundamente agradecido, comandante. Os aseguro que los hombres de Toulouse lo daremos todo en la batalla. Jamás habréis conocido guerreros más valientes y leales que nosotros.

Sansâme se acercó lentamente a Baduino y lamió su mano, ofreciéndole su propia forma de consuelo.

Amalric, espantado por la cercanía del mastín, retiró sus manos y retrocedió unos pasos. Cuando se sintió a salvo, pronunció con voz grave y solemne: —Levántate, hijo, y ve en paz. Que el Altísimo nos ilumine en nuestras decisiones y nos permita ver más allá de nuestras ambiciones.

Minutos más tarde, antes de prepararse para el necesario reposo, Simón echó un vistazo al campamento. Baduino de Toulouse conversaba intensamente con su hermano y sobrina. Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro de Simón; de una u otra forma, lo que mañana ocurriera no tendría desperdicio.

Mientras que Amalric centraba su desconfianza en Raimond VI de Toulouse, y era cierto que fiarse de éste era un acto de insensatez, Simón no perdía de vista que la lealtad de su hermano menor era igual de cuestionable. Aunque Baduino había acudido a ellos para pedir clemencia, mostrándose respetuoso debido a su posición desventajosa, el profundo rencor que albergaba en su interior era inocultable. No había mencionado nada sobre los dedos cercenados de su hija Serene, pero por la magnitud de su desesperación era evidente que tenía conocimiento de los "envíos". Esa ira, acumulada y silenciada, era otra de las tantas cosas invisibles de las que un buen comandante tenía que estar pendiente.

"Mañana", reflexionó, "la lealtad y el valor serán puestos a prueba. Que cada uno de estos hombres demuestre su verdadero carácter en el campo de batalla". Con esa determinación, tomó un profundo aliento, pidiendo a Dios que lo ilumine para guiar a sus hombres hacia un triunfo aplastante.

El regreso de Robi

Verano de 1209
Castillo de Foix, Languedoc

El conde Raimond Roger y su hijo Robi lideraban la marcha, lenta pero constante, de regreso a Foix. Aunque aún no terminaban de recuperarse de la enorme carga física y emocional de sendos duelos cuerpo a cuerpo que acababan de librar, irradiaban orgullo y seguridad. Siguiendo su estela, unos quinientos hombres marchaban en formación. Las antorchas que portaban iluminaban sus rostros fatigados pero resueltos. Entre ellos estaban aquellos aliados de Toulouse que habían decidido sumarse a su causa. Avanzaban en fila por el camino polvoriento. Horas antes, una avanzadilla compuesta por dos ágiles exploradores, montando veloces corceles, había alcanzado el castillo de Foix, anunciando la buena noticia de que el ejército retornaba a su ciudad de origen. El pueblo entero de Foix los estaría esperando.

Cuando la silueta familiar del castillo de Foix comenzó a dibujarse, imponente, bajo la luz lunar, un ligero suspiro escapó de los labios de Robi: El hogar estaba a la vista. Sus pensamientos volaron hacia Ermessenda. Su adorable rostro se dibujó en su mente... sus ojos brillantes, su sonrisa llena de vida, su belleza indómita. Volver a verla colmaba de anhelo su corazón. La tensión en su cuerpo comenzó a desvanecerse, reemplazada por una anticipación ansiosa. En el tramo final, el ritmo se intensificó. El repiquetear de los cascos de los caballos se mezclaba con los cantos entusiastas de los hombres ante la cercanía del esperado abrazo cálido y acogedor de Foix.

En el pueblo, el tañido insistente de las campanas de la Iglesia, vibrando con energía arrolladora, anunciaba el retorno de las tropas. El puente levadizo estaba bajo y decorado con guirnaldas, las puertas abiertas de par en par, y los estandartes gules y oro ondeando en lo alto.

Las calles, sumergidas en la penumbra de la noche, cobraban vida con el resplandor parpadeante de las antorchas. Los hombres, mujeres y niños de Foix se habían congregado en las murallas y balcones, agitando pañuelos y vociferando saludos a los héroes que regresaban. Las risas y los gritos de alegría se elevaban hacia el cielo estrellado. A medida que la comitiva avanzaba hacia el corazón del castillo, las damas del pueblo, ataviadas con sus mejores vestidos, arrojaban pétalos de flores trazando un camino de colores para los guerreros recién arribados.

—¡Foix! ¡Foix! —gritaban los aldeanos con emoción. Poco entendían acerca de las causas del inesperado regreso: Era la primera vez en la historia de Foix que el ejército retornaba a casa sin haber cosechado una victoria ni sufrido una derrota. Volvían intactos, sin haber combatido, distanciados de su principal aliado, pero, lo más importante, sin bajas ni heridos. Era una singularidad digna de celebración. Robi sintió un profundo agradecimiento por pertenecer a una tierra tan unida y leal.

Un reconfortante olor a vino, canela y pan caliente lo hizo salivar.

Las familias se reencontraban, abrazándose con fuerza, mientras las madres levantaban a sus hijos para que pudieran ver mejor a los valientes soldados. Las mujeres buscaban con la mirada a

sus maridos y hermanos, los niños saltaban intentando localizar a sus padres en el mar de hombres y los ancianos daban gracias al cielo, memoriosos de otros regresos menos festivos.

Robi contemplaba las emotivas reuniones entre los soldados y sus familiares con una sonrisa melancólica. Cabalgaba entre la gente, saludando a viejos amigos y aceptando felicitaciones. Sin embargo, su corazón latía con un único deseo: reencontrarse con Ermessenda. Sus ojos escudriñaban entre las damas presentes, buscando el rostro de su amada, pero todo intento resultaba infructuoso. Un mal presentimiento empezó a anidar en su interior.

Descendió de su montura y se dirigió hacia su hermana Cecile, que lo envolvió en un abrazo afectuoso. Robi no pudo evitar notar el avanzado estado de gestación de Cecile.

—¡Qué alegría verte, hermana! —susurró Robi, devolviéndole el abrazo.

Bernardo de Cominges, un hombre de fuerte constitución y rasgos afables que se encontraba junto a su esposa y al hijo que venía en camino, ofreció una mano firme a Robi. —Bienvenido de regreso —dijo con una sonrisa amigable.

—Gracias, Bernardo. Veo que mi sobrino crece con fuerza. —Robi sonrió, acariciando el vientre de Cecile.

—En efecto, no pasará mucho tiempo antes de que este pequeño guerrero se sume a nuestras filas —bromeó Bernardo, mientras Cecile señalaba a una criada dónde debía colocar las bebidas. Ella y su esposo desempeñaban con destreza sus funciones de anfitriones. Cecile, siguiendo la mirada de Robi, sonrió con orgullo.

—He mandado cocinar para todos. Pensé que llegaríais con hambre.

—Me parece un gesto muy considerado de tu parte —respondió Robi, notando como muchos de sus aliados de Toulouse, que no tenían familiares esperándolos, ya estaban disfrutando de lo que parecían ser unas deliciosas gachas humeantes con zanahorias.

—¡Hija querida! Debemos agradecerte por la espléndida acogida que nos has preparado —intervino el conde Raimond Roger, que ya se había hecho con una jarra de cerveza—. Veo que nuestros amigos de Toulouse ya se deleitan con la comida.

Cecile asintió. —Es importante que todos se sientan bienvenidos y parte de esta lucha.

Raimond Roger llamó entonces la atención de Bernardo:

—He ordenado instalar el campamento en el patio del castillo, para garantizar la unidad y la prontitud de respuesta. —Bernardo respondió con un gesto decidido. Robi no dejaba de impresionarse ante la previsión de su padre. Muchos de sus hombres provenían de diferentes rincones del condado. Era crucial mantenerlos unidos ante la creciente amenaza cruzada. Incluso aquellos que residían en Foix se hospedarían en las dependencias del castillo. Así, todos permanecerían en alerta, preparados ante cualquier ataque.

Raimond Roger adquirió un tono más sombrío: —Con Toulouse unido al bando cruzado, una vez

que terminen con Trencavel… Foix podría ser el próximo objetivo de Montfort.

La mente de Robi estaba en otro lugar. Una vez a solas con su hermana, no pudo retrasar más la pregunta que lo quemaba por dentro. Le fue imposible disimular la urgencia en su voz:

—¿Has visto a Ermessenda?

La sonrisa de Cecile se desvaneció y su rostro se tornó lívido. Dio unos pasos hacia atrás, adoptando una actitud defensiva. El mal presentimiento de Robi se transformó en angustia.

—¿Es que acaso no lo sabes? —musitó Cecile, aturdida—. ¡Ermessenda no está aquí! Se ha marchado hace días...

Las palabras de Cecile golpearon a Robi como un puñetazo. La confusión, el temor y la desesperación se entrelazaron en su pecho, amenazando con ahogarlo.

—¡No puede ser! ¿Cómo que no está? —preguntó, palideciendo—. ¿A dónde se fue? —La voz de Robi se quebró en la incredulidad. Su mente estaba en blanco.

Cecile, con los ojos borrosos por la preocupación, respondió: —No lo sabemos. Un día, sin más, desapareció del castillo, sin despedirse.

La voz de Robi buscando respuestas adquirió un timbre tembloroso: —¿Cuándo se fue? ¿No ha dejado algún mensaje?

La realidad se había tornado incomprensible. Su padre, Bernardo y Vincent se hallaban a unos pocos pasos de distancia, debatiendo sobre las ubicaciones de las carpas, ajenos al extraño suplicio en el que su vida se había transformado en un instante.

—Hace unos quince días que no sabemos nada de ella —respondió Cecile, con tristeza—. Te envié una carta al campamento para anoticiarte, ¿acaso no la recibiste?

—¡Claro que no! Con los cruzados patrullando los caminos, la mayoría de las cartas no llegan a destino.

Cuando Robi se sentía a punto de sucumbir al más negro de los abismos, una pequeña figura blancuzca y peluda se deslizó entre sus piernas, jugueteando y brincando con júbilo. —¡*Aimic*! —dijo Robi, permitiendo que su rostro se iluminara por un breve momento.

Aimic, el leal perrito de Robi, que ya había dejado de ser cachorro, lanzaba ladridos de felicidad, meneando su cola en un frenesí y dando vueltas alrededor de él, como un torbellino de alegría. Aunque, en su efusividad, parecía reprocharle a Robi por su larga ausencia, lo que prevalecía para él era el júbilo del reencuentro. Robi se agachó para abrazarlo, y esa humilde muestra de afecto pareció insuflarle nueva energía.

» ¡Alguien tiene que saber algo de ella! —exclamó Robi al cabo de un rato, retomando su interrogatorio con desesperación y dolor.

En ese momento, Bernardo se reincorporó a la discusión.

—¿No le has dicho? —preguntó a su esposa. Cecile bajó la mirada.

—¿Decirme qué? —preguntó Robi, apenas en un susurro. El miedo y la ansiedad de una noticia que presentía devastadora lo asfixiaban.

Bernardo vaciló, mirando a Cecile en busca de confirmación antes de responder:

—Ermessenda no se ha ido sola —arrojó. Sus palabras quedaron flotando en el aire.

—Pero ¿cómo no me lo dijisteis antes? —se quejó Robi, consciente de se estaba ensañando con el mensajero—. ¿Con quién se fue?

—Me temo que tu esposa se ha fugado —la voz de Bernardo se ensombreció—... con Guy de Perelle.

El mundo de Robi se detuvo en ese instante. Los sonidos y los movimientos parecían haberse congelado. Podía escuchar su propio latido en sus oídos, atronador, ensordecedor. Las palabras de Bernardo retumbaban en su cabeza, como un eco interminable.

—Guy de Perelle... —repitió en voz baja, como si al hacerlo pudiera comprender mejor la situación. Pero no importaba cuánto intentara, no podía asimilarlo. La traición, la incredulidad, la desesperación, todo se mezclaba en un torrente que lo arrastraba hacia un lugar en el que nunca había imaginado estar.

» ¿Fugado? ¿Qué quieres decir con que mi esposa se ha fugado con un hombre? —El tono de Robi acompasaba su creciente ira—. Ella me ama, ¡jamás haría algo así!

—¡No es con mi marido con quien debes enfadarte! —intervino Cecile—. Él sólo te ha expuesto la verdad de lo sucedido. ¡Guy y Ermessenda han desaparecido al mismo tiempo!

—¡Y no es sólo eso! —agregó Bernardo, oscilando entre la agresividad y la lástima—. Los caballos de ambos faltan en los establos desde el día que desaparecieron. Es evidente que partieron de madrugada, evitando ser vistos. Lo siento, hermano, pero debes asumirlo... ¡Te ha dejado por él!

***

Cansado de discutir, y mortificado ante las abrumadoras revelaciones, Robi decide ir a su dormitorio. Tal vez allí ella haya dejado alguna carta para él... alguna señal, mensaje o pista que desmienta lo que sugerían su cuñado y hermana. Con pasos rápidos y pesados, sube las escaleras.

Entra a su recámara y revisa meticulosamente los lugares obvios, y los más inverosímiles: debajo del colchón, entre los cojines, sobre las mesitas, dentro de los baúles, tras los cortinajes. Pero a cada minuto que pasa, la esperanza de encontrar una carta se desvanece.

En un arrebato de ira y desesperanza, golpea con fuerza la pared, sintiendo un dolor agudo recorrer su mano, que enseguida sacude suavemente, enojado consigo mismo por la necedad de su impulso. La intensidad del dolor le hace sospechar que se ha fracturado algún pequeño hueso, pero esto no se compara con el sufrimiento que atormenta su alma. Aún con la mano derecha momentáneamente inutilizada, no cesa en su pesquisa. Se esfuerza por mantener la calma, y revisa la ropa de Ermessenda en busca de alguna pista.

Todos sus vestidos predilectos parecen estar allí, ¡todos excepto el verde! Faltan sus botas de montar y su capa de viaje. Algunas prendas diarias también han desaparecido. Estos detalles revelan una partida apresurada, pero planificada. ¿Hacia dónde podría haberse dirigido? La incertidumbre lo envuelve, arrastrándolo hacia un pozo de agonía. Siente un nudo en la garganta, amenazando con desbordarse en lágrimas. La última carta de Ermessenda había estado cargada de palabras de amor hacia él. ¿Cómo pudo su sentir cambiar tan abruptamente? Su desesperación se eleva hasta tocar el cielo nocturno y, sin poder contenerse, lanza un grito de frustración que retumba en los muros del castillo.

Las acusaciones de Bernardo le habían resultado insultantes, por lo que había sentido la necesidad de proteger el honor de ambos ante él. Sin embargo, ahora que está solo, la duda lo carcome. ¿Había logrado ese hombre, en su ausencia, arrebatarle el amor de su vida? Tratándose de cualquier otro, no cabría ninguna duda de la imposibilidad de algo así. Pero Guy... Guy ejercía una influencia especial sobre Ermessenda. Desde que ella era muy joven, siendo él su maestro, Guy se las ingenió para granjearse su afecto, admiración y cercanía. Aprovechando el aura de incuestionable prestigio que le confería su posición de autoridad, supo convencerla de que él era el hombre más sabio del mundo. Al mismo tiempo, con la promulgación de los valores cátaros y aparentando adherir a estos con férrea convicción, se presentó también, a sus ojos, como el más bondadoso y honorable. Desde la comodidad de su vida de aparentes renunciamientos, retiro y ascetismo, con falsa humildad Guy criticaba a quienes debían tomar decisiones de verdad ante problemas de verdad, y no tenían el lujo de esconderse en principios tan ridículos como grandilocuentes. Ante cualquier atisbo de desconfianza que Robi mostrara hacia Guy, la respuesta de ella era, indefectiblemente, defender con firmeza a su maestro, enojándose en cambio con él. Guy era intocable... un santo... y Robi era un celoso incorregible e irracional por pensar mal de él... ¡y ahora, esto!

Ermessenda, pese a su lucidez, no estaba exenta de la vulnerabilidad característica de toda mujer. Sin la presencia protectora de su marido, podría haberse dejado sugestionar. Ese sinvergüenza, abandonado hace tiempo por su mujer e hijas, podría haber explotado la confianza plena que durante años Ermessenda había depositado en él, manipulándola a su favor para llevársela... pero ¿a dónde?

Sin darse cuenta, Robi aprieta el puño con el que acaba de pegarle a la pared. Esto le provoca un intenso dolor, así que lo relaja y, apiadándose de sí mismo, lo masajea con la otra mano.

“Mirepoix”, piensa. Los Perelle provienen de Mirepoix, donde Guy cuenta con numerosos hermanos, primos, y un enjambre de sobrinos. Tal vez allí hubiera llevado a Ermessenda. Al amparo de su clan. Probablemente escondiendo el hecho de que ella era la esposa de otro, y en especial, de que ese otro era el heredero del condado. Por allí comenzaría a buscarla. ¿Cómo

castigaría a Guy si las sospechas resultaban ser ciertas? ¿Y a ella? ¿Sería capaz de perdonarla?

Robi se echa rendido en el lecho que había anhelado compartir con Ermessenda aquella noche. ¡Había ansiado con tanta intensidad el reencuentro!... Imaginado cada detalle con anticipación. No sólo deseaba sentir su cuerpo y sus besos, sino que también añoraba su conversación. Eran muchas las cosas que quería decirle... Había imaginado contarle sobre su duelo con Raimondet, su decepción por la que creyó su traición y su alivio cuando descubrió que su lealtad seguía intacta. Quería compartir con ella su terremoto de sensaciones al ver a su padre luchar contra una bestia que venía de aniquilar a un hombre como si fuera un mosquito. La desconcertante metamorfosis de Toulouse y cómo éste había sido llevado de las pestañas a abandonar sus valores y su gente para unirse a la cruzada.

Necesitaba debatir con ella las estrategias a seguir de allí en más. Aunque Ermessenda era mujer, sus opiniones eran tan agudas como las del más avezado de los asesores. Ella apoyaría la cabeza sobre su pecho mientras él jugaba con sus rizos de fuego. Solía decir que le encantaba escuchar su voz resonando dentro de su pecho, al apoyar el oído sobre su corazón. Esperaba ser recibido con amor y caricias, y en cambio sólo encontró su ausencia, la más angustiosa soledad, y un insoportable misterio... ¿Dónde estaba Ermessenda?

Robi hunde su cabeza en la almohada, debatiéndose entre llorar y dejarse sumir en el sopor de una noche sin sueño. Hasta que una seguidilla de ladridos cercanos interrumpe sus vicisitudes. ¿Qué está haciendo *Aimic* allí arriba? Emocionado por la tenacidad y afecto de aquel amigo canino de manto claro y esponjoso, se dirige a la puerta para dejarlo pasar. —¡Al menos tú estás aquí para mí! —murmura Robi, agradecido de que aquel ser diminuto e inocente se hubiera colado en la torre del homenaje, eludido a los guardias, y remontado cuatro plantas hasta su dormitorio, para hacerle compañía en su hora más gris.

Robi regala al noble animal unos suaves toques en la cabeza. Le sacude las orejas y acaricia su lomo cálido y tupido. El perro adora a Ermessenda, quizás, a su modo, casi tanto como él. Mira a *Aimic* a los ojos. Su mirada es de tristeza y comprensión. Quince días sin ella... *Aimic* debía sentir su ausencia profundamente. Tal vez, en silencio, se estaba haciendo las mismas preguntas que él: —¿Qué ha sucedido, amigo mío? ¿Dónde está Ermessenda? —El buen animal lo mira con ojos húmedos y brillantes, hace una breve pausa y, luego, con determinación, se pone de pie y se dirige hacia la puerta. Robi decide seguirlo. —¿Tú sabes algo? —dice—. ¿A dónde me llevas?

Con la lámpara de aceite en su mano izquierda, pues la derecha aún palpita con dolor, Robi inicia el descenso por la escalera de caracol siguiendo a *Aimic*. Al alcanzar la planta baja, el patio se despliega ante ellos, con las carpas ya montadas y los soldados preparándose para el descanso nocturno. Al ver a su padre, le sobreviene la realización de que necesitará idear alguna excusa convincente para su lesión. Raimond Roger ardería de furia si se enterara de que la verdadera razón por la que Robi estaría impedido de empuñar espada en días tan decisivos era un estúpido golpe autoinfligido en un exabrupto.

Pero ese sería un dilema para otro momento. Acompasando el paso ágil de *Aimic*, Robi nota que se dirigen hacia una zona familiar. En ese callejón se encuentra la morada de Guy. —¡Eres brillante! —felicita al perro, sin salir del asombro.

La puerta está destrabada. El pomo cede sin resistencia y una ola de aire estancado lo recibe. El interior revela un panorama desolador: hedor a encierro, humedad y mugre de todo tipo; telarañas en cada esquina, botellas vacías regadas por el suelo y cuencos con restos de comida añeja. Es un entorno indigno de un maestro y condestable. Con pavor Robi razona que, si un hombre que aparenta respetabilidad en verdad vive en condiciones tan deplorables, del mismo modo puede esconder cualquier otra degradación.

Sosteniendo la lámpara con su mano sana, Robi inspecciona la planta baja. La débil luz se refleja en los utensilios de cerámica y metal sobre la mesa, así como en las abundantes botellas vacías y semivacías de vino y licor. Nota unas velas a medio consumir en un candelabro sobre la chimenea. Utiliza su llama para encenderlas. Coloca la lámpara sobre una repisa para liberar su mano y explorar a su antojo. Hay ropa de hombre por todos lados, abollada, sucia y arrugada. El desparramo no parece fruto del calor de un momento, sino de muchas semanas de continua desidia.

Frustrado ante la deprimente escena que, lejos de aportar respuestas, sólo intensifica su desprecio, aversión y cautela hacia el dueño de tan decadente morada, Robi se apresta a ascender al nivel superior, donde seguramente se encuentre el dormitorio de este simulador. Sin embargo, al cruzar frente a la chimenea, un brillo sutil entre las cenizas captura su mirada. Apoya la lámpara en el suelo, arrojando luz sobre lo que creyó vislumbrar, y se pone en cuclillas para inspeccionarlo. Una pila de cenizas grises y frías ocupa el hogar, pero, entre ellas, un objeto parcialmente oculto resalta con el fulgor de la lámpara. Robi lo toma con los dedos índice y pulgar de su mano herida. Es un fragmento chamuscado de pergamino. Tras sacudirlo suavemente para liberarlo de cenizas, observa que, a pesar de su tamaño reducido, algunas inscripciones son discernibles. Lo coloca a un lado para leerlo más tarde. Antes, debe inspeccionar si existen más fragmentos similares entre los restos de ceniza. Para su sorpresa, los hay.

Usando una pala pequeña que encuentra cerca del hogar, remueve con delicadeza las cenizas para rescatar hasta el último de los fragmentos. Cada vez que encuentra uno, lo sopla levemente para despejar las cenizas que lo cubren, y lo deposita prolijamente junto a los otros sobre el suelo. La textura fría y fina de las partículas despedidas se adhiere a su ropa y a su piel. Mientras excava más profundo, el olor acre y sofocante del pergamino quemado inunda sus fosas nasales. ¿O acaso es papel? A pesar de su costo exorbitante, tiene que serlo, a juzgar por su textura liviana y peculiar. Su delgadez extrema, la sutilidad de sus fibras y la suavidad al tacto despejan cualquier duda de que se trata de este moderno material de origen vegetal. ¡Excentricidades de un cátaro que, en nombre de su supuesta compasión hacia los animales, abusa de su acceso circunstancial a los fondos del castillo!

Al alinear cuidadosamente los trozos rescatados, nota que todos ellos tienen una forma triangular similar, como si fueran las puntas inferiores derechas de varios folios que se quemaron juntos.

Era claro que Guy había intentado eliminar, antes de partir, cualquier rastro escrito de su conspiración. Sin embargo, la destrucción no había sido completa. Aunque los triángulos que sobrevivieron a las llamas eran de un tamaño menor a la palma de una mano, la caligrafía de Guy era apretada, lo que permitía que frases enteras pudieran distinguirse en ellos.

Robi recordaba haber visto a Guy escribiendo sobre un *scriptorium* portátil de madera, por el patio y los jardines. En varias ocasiones, la idea de confrontarlo y exigirle ver esos manuscritos cruzó su mente, pero el respeto hacia su antiguo maestro, y el temor a los reproches posteriores de Ermessenda, lo detuvieron. Un profundo pesar lo asalta. Si hubiera intervenido a tiempo, habría podido prevenir este desenlace. ¿Serían estos fragmentos los restos de aquellas anotaciones secretas? ¿Hallaría en ellos la clave para descubrir el paradero de su esposa?

Tras rescatar todos los trozos de papel que pudo encontrar, Robi se sienta en el frío suelo, con la lámpara a su lado para iluminarlos adecuadamente. *Aimic* se acomoda junto a él, apoyando su cabecita en el regazo de Robi que, con el corazón acelerado, se dispone a descubrir el enigma detrás de la desaparición de Ermessenda. Al examinar los primeros fragmentos legibles, un panorama aterrador comienza a desvelarse:

…mi agonía,

…dama, noche y día,

…me desgarro y me abruma.

…tan pálida como la luna,

…tus ojos dulces, bañados de miel pura.

Cada verso se convierte en la peor estocada que ha recibido:

…mostrado la vida

…aunque no seas mía,

…mi pasión, siempre oculta,

…palpitando en palabras mudas

…que nunca tus ojos leerían.

—¡Pero yo sí las leo, canalla! ¡No contabas con ello!, ¿eh? —gruñe Robi. Se esfuerza en recuperar un atisbo de templanza ante lo que quiere identificar como una posible expresión de *fin'amor*... Aquel amor puro e inocente cantado por los trovadores, que sólo se expresa en poesía y nunca se manifiesta físicamente. Pero las siguientes palabras de Guy destruyen cualquier pretensión de castidad:

…alimenta mi sentir,

…de sus tersos pechos,

…contorno de su cuerpo,

…la insaciable llama del deseo,

…que no se deja constreñir.

—¡Maldito sea! —Murmura Robi entre dientes, haciendo que *Aimic* dé un respingo—. ¿Cómo se atreve ese malnacido a referirse con lascivia al cuerpo de mi esposa? —Ninguna duda tiene de que aquellas palabras están dirigidas a ella. Su voz se eleva, y ahora es un grito desenfadado—. ¡Se la ha llevado, *Aimic*! ¡En este mismo momento debe estar con ella, en algún lugar oculto, consumido por esas depravadas pasiones! —Arruga con fuerza el papel en su mano, pero inmediatamente lo alisa y comprueba aliviado que, gracias a la excepcional calidad del material, no se ha dañado. Es vital conservar cada una de esas piezas como prueba irrefutable de la perfidia de Guy.

…alivio de la muerte,

…me mantiene en pie,

…adolescente, doncella, mujer,

…cada vez más candente.

…por ti, dama, viviré,

…aunque el sufrimiento me atormente.

—¡Que ese tormento te consuma como te lo mereces, hipócrita! —ruge Robi, enfurecido—. ¡Te envuelves en el manto de la santidad, haciéndote llamar "*bon home*", pero profanas el más sagrado de los mandamientos deseando a mi esposa!

La ira fluye por sus venas como la lava de un volcán en erupción. Golpearía a la pared con la otra mano, pero se contiene, impaciente por seguir leyendo.

Con cada trozo que pasa, la rabia y el dolor en el pecho de Robi se incrementan. Guy estaba enloquecidamente enamorado de Ermessenda. Ya no había forma de negarlo. La confirmación de

sus temores se le anuda en las entrañas.

Una impotencia asfixiante lo invade. La furia que se desata en su corazón es incontenible. Maldice en voz baja, prometiéndose encontrar a su esposa, y hacer justicia.

IV
El Castelar
Verano de 1209

La misa de campaña

Verano de 1209
Monte Gaveta, Languedoc
Amanecer del 15 de agosto

En un claro del bosque sobre el monte Gaveta, a mitad de camino entre Sant Vincent y el Castelar, un sinfín de antorchas delimitan un amplio círculo. En su interior, miles de soldados cruzados celebran misa. Hombres fuertes y rudos, marcados por recuerdos indelebles de enfrentamientos pasados, con sus armaduras refulgentes, sus escudos cargados a la espalda y sus espadas a cuestas, se prosternan de rodillas y unen sus manos en oración. Ruegan a Dios el coraje que necesitan para cometer, en Su nombre, las atrocidades que se espera de ellos en su próximo objetivo militar: el Castelar, último suburbio en pie de Carcasona.

En esa maraña de guerreros hay una única mujer: Wilhelmina de Toulouse. Algunos la contemplan con extrañeza y deseo. Muy a su pesar, ella está lista para el combate. Un combate que le repele, que no eligió. Un combate en el que su corazón está con el bando opuesto, y no con aquellos fanáticos, brutos y delincuentes junto a los cuales le ha tocado luchar. Su yelmo lustrado refleja el tenue resplandor de las llamas, a la vez que oculta a los demás su expresión cargada de desdén. Aquel afectado cántico religioso es, a sus ojos, la peor afrenta al verdadero espíritu del cristianismo. La ironía es insoportable: Para incitar a matar, los monjes aturden los oídos de los cruzados con palabras de misericordia y santidad.

En esa maraña de guerreros hay un único hombre al que Wilhelmina de Toulouse adora, en silencio: Berald de Elbine, que forma a su lado. Es un joven de rasgos delicados y figura estilizada, que parece más apto para el baile que para la guerra. Aunque es el mejor arquero que Wilhelmina jamás ha conocido, sus brazos alargados, su rostro casi aniñado y su torso esbelto le confieren un aura de fragilidad que la hace estremecer. Cuesta discernir si él habrá de protegerla a ella o ella a él, pero ambos se necesitan. Él ha sido dotado como hombre con la feminidad que a ella le falta como mujer, mientras que ella, a pesar de su género, ostenta la fuerza e impetuosidad de las que él fue privado.

En medio del círculo se erige un altar improvisado, encabezado por una gran cruz de madera e iluminado con esfuerzo por antorchas que luchan contra la bruma matutina. Monjes revestidos con hábitos oscuros se alinean detrás del altar. Sus voces se elevan en cánticos que conquistan el aire con una armonía tan solemne que hiela la sangre. Además de los símbolos de Dios, como telón de fondo se despliegan estandartes de la cruzada, de Montfort y de Toulouse.

Simón de Montfort atiende a la ceremonia desde la derecha del altar, escoltado por su inseparable mastín de guerra. Su postura recta y confiada revela que, más allá de cualquier apariencia, es él y no Amalric quien detenta la verdadera autoridad. Sin embargo, no tiene reparos en dar un paso al costado y ceder el centro de atención al religioso. Wilhelmina imagina que Montfort persigue un doble propósito al organizar esta misa previa a la batalla: por un lado, sosegar las hostilidades de Amalric, otorgándole transitoriamente una cuota de poder que lo satisfaga, y, por el otro, dejar que éste incite a la violencia a aquellos de sus soldados movidos por la fe o el miedo al infierno. Para los otros, Montfort sabe exactamente lo que hacer. No deja

cabos sueltos. Esto obliga a Wilhelmina a respetar su inteligencia, pero la hace detestarlo aún más.

Es difícil decir quién es peor, si él o Amalric. Ambos se han demostrado capaces de ordenar y perpetrar las más espantosas atrocidades, pero sus motivaciones difieren. Mientras que Amalric está corroído por un absurdo fanatismo religioso que lo hace creer que el sufrimiento y muerte que imparte es lo que Dios quiere, Montfort no es presa de ese tipo de locura, sino de otra. Su meta es clara y transparente, no admite cuestionamientos y no necesita pretextos. Montfort corre abiertamente tras el poder, y está dispuesto a lo que sea para lograrlo. No conoce la compasión. Es ajeno a lo que esté bien o mal, y al dolor que inflijan sus decisiones. Su única pregunta antes de tomar una decisión parece ser: "¿Esto sirve a mis propósitos?" Ninguna otra consideración tiene cabida en su mente.

Con tal dúo a la cabeza de la cruzada, Wilhelmina agradece que su hermano Raimondet no haya llegado a tiempo con sus tropas para la batalla. Su padre y ella están allí, sólo con los ocho caballeros que los acompañaron. Por eso, hoy Montfort los hará combatir junto a los hombres de Baduino, el tío de Wilhelmina.

Baduino y Raimond de Toulouse están parados juntos, enfrente de ella. Ambos se han quitado los yelmos en señal de respeto y los sostienen bajo el brazo. Wilhelmina nota lo mucho que se parecen. Aunque Baduino es más joven, delgado y alto que su hermano, la línea del cabello y la barba de ambos son casi idénticas. El tío de Wilhelmina se ve inquieto, balanceándose de un lado a otro, pensando seguramente en su hija Serene, a quien Montfort ha prometido liberar en caso de victoria. Raimond, en cambio, se muestra relajado, como si no fueran sus amigos de siempre aquellos a los que están a punto de masacrar por culpa de sus decisiones. Esta cruzada ha creado una distancia insondable entre sus corazones.

El canto termina. Arnaud Amalric, con sus blancas vestiduras sacerdotales sacudiéndose al viento, alza las manos en un gesto grandilocuente. A pesar de la escasa luminosidad, es posible distinguir una tenue mancha amarronada en su pechera. Wilhelmina se siente orgullosa de haberlo salpicado la noche anterior con sangre de conejo en un oportuno y cuidadoso descuido. Para quien sepa mirar, esa mácula, imposible de limpiar por completo, es un reflejo vivo de la verdadera sangre, pasada, presente y futura, en manos de ese desquiciado. Un hombre de la calaña de Amalric no merece ostentar el simbolismo de la pureza en un atuendo inmaculado. Wilhelmina sonríe por su pequeño gran triunfo. Berald intercepta su mirada e, interpretándola, le sonríe también con complicidad.

Los ojos de Arnaud Amalric, ardientes de fervor religioso y asesino, barren la multitud de soldados en busca de su atención. Wilhelmina trata de darse una idea de cuántos hombres hay allí, agrupándolos de a cien. Deben ser más de mil y menos de tres mil. Como sea, es el ejército más numeroso en el que jamás ha participado. Ha dedicado su vida a desarrollar con pasión el arte de la guerra, pero la cruel paradoja quiso que su oportunidad más importante para lucir sus talentos sea lastimando a sus aliados, a sus conocidos, a su propio pueblo occitano.

—¡Hermanos! —La voz ponzoñosa del legado reverbera en el frío aire matinal—. El gran momento ha llegado. Hoy, Dios pondrá a prueba la lealtad de sus fieles. ¿Sois vosotros verdaderos soldados de Cristo? ¿Tenéis el valor, coraje y entrega que el Altísimo exige para

luchar en Su nombre? —El asentimiento es generalizado. Wilhelmina traga saliva con dificultad. El arzobispo levanta aún más la voz: —Bajo el sagrado manto de la Providencia, hoy marchamos en nombre del Señor. ¡Vamos a purificar esta tierra maldita, manchada de herejía! ¡Que vuestras lanzas y espadas, y el fuego de vuestras antorchas, hoy sean la herramienta de la ira divina!

El bullicio, cargado de violencia, se apodera de la multitud, acompasando la intensidad de la repulsión que crece en el pecho de Wilhelmina. Berald la toma de la mano. A pesar de que los guanteletes le impiden sentir el contacto tibio de su piel, el gesto es reconfortante.

Amalric susurra con solemnidad unas palabras en latín. Es un aborrecible lobo en piel de cordero. Sin darse cuenta, Wilhelmina está apretando la mano de su amigo. La imagen de su padre siendo humillado y fustigado en Saint Gilles por ese mismo hombre la atormenta, avivando el fuego de su desprecio.

Terminado el indescifrable rezo con el que acentúa ante los ojos de sus seguidores la fuente divina de su autoridad, el astuto arzobispo, legado del papa Inocencio III, prosigue su discurso en lengua romance para que todos comprendan: —¡Oh, Jesucristo, Señor nuestro, guía las manos de estos valientes para hacer Tu voluntad en la tierra! Ayúdalos a luchar con valor, dando hasta la última gota de su sangre por Ti. Estos hombres prefieren morir en Tu nombre antes que sucumbir al miedo, la cobardía, o la deshonra, porque saben que quienes por Ti perezcan serán acogidos en Tu regazo como tus hijos más preciados. ¡Como verdaderos mártires de la fe! Ilumínalos para quemar las moradas pecaminosas, y degollar a los defensores de los cátaros, hasta que no quede ni un hereje en pie... ¡Ni uno solo!

Wilhelmina se pregunta si las náuseas que siente se deben más a la santurronería desdeñable del orador o a la patética adhesión irreflexiva de su audiencia. ¿Cómo podría alguien creer honestamente que lleva a cabo la voluntad de Dios al destruir e invadir los hogares de familias inocentes que lo único que buscan es vivir en paz?

Amalric naturaliza con su tono asertivo el sarcasmo de sus propias palabras: —Por la gloria del Señor, ¡aplastemos a esos herejes, adoradores del maligno! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Te lo pedimos, Señor.

—¡Amén! —reverencian los soldados con odio y estruendo.

Amalric, tomando una copa de vino consagrado, la alza hacia el cielo. —Que el cuerpo y la sangre del Señor nos guíen en esta batalla y que cada gota derramada en Su nombre sea testimonio de nuestra fe. —Bebe y luego se inclina, con devoción teatral.

Los hombres comienzan a alinearse para recibir el sacramento de la Eucaristía. La fila serpentea alrededor del círculo de antorchas. Cientos de soldados avanzan con las manos unidas frente a sus pechos y las frentes bajas. Esas mismas manos que ahora se juntan en oración son las que en unas pocas horas propinarán palizas y desatarán el caos.

El comandante Simón de Montfort se adelanta para ser uno de los primeros en comulgar. Lo hace sin aspavientos, como si fuera un mero trámite. La fila avanza con fluidez, su extensión es tan vasta que ya ha enroscado el círculo de antorchas en ambas direcciones, extendiéndose hacia el interior del bosque, y perdiéndose entre las penumbras de lo robles y encinas. Con tal cantidad

de devotos, el ritual podría extenderse una hora o incluso más. Algunos soldados, perdiendo la paciencia, desisten de la idea y regresan a sus puestos. Entre los que deciden permanecer en línea hay hombres de toda índole: verdaderos devotos, que, creyendo profundamente en su misión, buscan el favor divino; muchos excomulgados, como el padre de Wilhelmina, que habían tomado la cruz para reconciliarse con la Iglesia, y algunos otros, grandes delincuentes y pecadores, que se habían sumado a la cruzada para seguir haciendo fechorías, pero escudados en la indulgencia plenaria. Para todos ellos, la comunión es un regalo. Una bendición. Reciben el pan y el vino con agradecimiento infinito. Se retiran renovados, con el rostro iluminado, nutridos de una fuerza avasalladora... convencidos de que acaban de recibir un premio que en verdad no merecen. Parecen creer que, mágicamente, ahora que están en gracia, la muerte no puede afectarles. Aquel pequeño acto es, en sus mentes, una protección invisible contra todo mal, y, muy especialmente, un antídoto contra la culpa de aquello que están a punto de cometer.

Leyendo sus pensamientos, Berald la mira. Sus ojos azules desbordan comprensión —¿No vas a comulgar? —pregunta con esa voz suave y melodiosa que siempre la ha calmado.

—No —responde ella, espantada tanto por el largo de la fila como por la absurdidad del simbolismo—. Pero si tú quieres ir, adelante.

Berald vacila un instante, pero decide quedarse a su lado. La mano de Wilhelmina aferra más fuerte a la de su amigo, en un gesto silencioso de apreciación.

Wilhelmina escudriña a su padre mientras se acerca a tomar la hostia. Está lo suficientemente cerca como para notar la solemnidad con la que cierra los ojos y abre la boca para recibir el pan consagrado. Tras haber sufrido una excomunión, no hay nada más reconfortante para él que aquel reconocimiento.

¡Por esa nimiedad había su padre desamparado a sus aliados, se había unido a estos malhechores, y estaba a punto de atacar las tierras de su propio sobrino! Por un acto meramente simbólico que, para Wilhelmina, que en esto se sentía más cercana a las creencias de los cátaros, no tenía verdadero valor.

Por supuesto que, más allá de lo espiritual, la excomunión tenía consecuencias materiales y tangibles: el aislamiento político y social y, lo que para él era peor, la expropiación de sus propiedades y riquezas. Éste, creía ella, era el verdadero motor del sometimiento de su padre a la Iglesia. Y sin embargo ahora, viendo trocar su porte de sumiso a triunfal ante la supuesta presencia de Dios dentro de su ser, se pregunta hasta qué punto no fue una epifanía religiosa lo que motivó su desvarío.

Raimond de Toulouse, en ese mismo momento, se siente invencible. Wilhelmina desconoce a su padre, el Raimond que huía de la violencia como un ciervo del cazador. El hombre dedicado a apaciguar conflictos con palabras, sobornos y lisonjas, y no con las armas. El hombre insuflado de pasión por lo estético y lo lúdico, y que rechazaba visceralmente la muerte, el dolor, la enfermedad y huía de lo pobre, desagradable, o deslucido. El señor de la corte occitana más renombrada por los juegos del amor ahora corría presuroso a una guerra cruenta, especialmente negra y artera.

Berald se gira hacia Wilhelmina para invitarla a avanzar. Sus ojos tiernos se clavan en los de ella

con una intensidad que la deja sin aliento. En ese momento, siente unos deseos inmensos de abrazarlo, y se pregunta por qué no lo ha hecho aún. Tal vez él no se ha atrevido a acercarse, ya sea por respeto excesivo, timidez o temor al rechazo. Wilhelmina comprende que, si no toma ella la iniciativa, él nunca lo hará. Marchar junto a él a una batalla sin sentido, horrenda si se pierde o si se gana, la llena de terror. Se da cuenta de que teme más por lo que a él le pueda suceder que por su propia vida. La angustia que la invade al pensar en el peligro al que aquel adorable ser se enfrentará es abrumadora. ¿Sería eso amor? Se promete que, si ambos sobreviven a esta jornada, no esperará un día más: esta misma noche lo besará y tan pronto como encuentren condiciones propicias, se entregará a él.

Llegan los cruzados

15 de agosto de 1209
Ejército de defensa del Castelar, sobre las almenas de la muralla

El vizconde Trencavel se erguía sobre la muralla más elevada del Castelar, el último baluarte que preservaba la libertad de Carcasona ante la amenaza cruzada. Con el alba, el aire se tornaba denso, cargado del miedo de su pueblo. Un murmullo monótono y melodioso llegaba casi inaudible, transportado por la brisa desde el monte Gaveta, en el que estaban apostados Montfort y sus sitiadores.

—¿Son cantos? —preguntó Trencavel a su senescal—. ¿Cantos religiosos?

—Parece que están oficiando una misa —respondió Yves Renaud, tan asombrado como él—. Lo que escuchamos parece ser un coro de monjes. Los soldados están comulgando, y, cuando terminan de hacerlo, descienden del monte y empiezan a marchar hacia nosotros. Por eso avanzan tan lentamente.

Esos hombres veneraban a Cristo y recibían Su cuerpo y Su sangre en un rito sagrado... para venir a matar, saquear, violar y torturar.

En la lejanía, la amenaza se acumulaba detrás de las máquinas de asedio como una nube negra: los cruzados de Montfort marchaban ordenadamente, ansiosos por asaltar el último reducto de resistencia previo a la *cité* misma.

Dado que las fortificaciones del Castelar eran menos imponentes que las de la *cité* de Carcasona, resultaba esencial la movilización ciudadana para su protección. Este suburbio albergaba la llave de la supervivencia de la ciudad: sus vitales y estratégicos suministros alimentarios. La caída del Castelar significaría la ruina de Carcasona.

Consciente de tales apuestas, el vizconde Trencavel había convocado a cada hombre, mujer y niño capaz, instándolos a defender el suburbio con el mismo ardor que si se tratara de la *cité* misma. Había ordenado que resistieran con tenacidad, dispuestos a dejar hasta la última gota de su sangre en el combate, para evitar a toda costa que los cruzados tomaran control de esta plaza crítica. Artesanos, campesinos y comerciantes, sin entrenamiento militar, se sumaron a la causa, contribuyendo más allá de la lucha armada. Según sus capacidades, se encargarían de detener el avance de los cruzados con piedras y aceite hirviendo, consolidar las fortificaciones, asegurar las provisiones o mantener la vigilancia. Los cortesanos y los eruditos aplicarían su ingenio coordinando las tareas de reparación y socorro. Hasta las mujeres tendrían un importante papel, atendiendo a los heridos, cargando suministros a las murallas, e incluso luchando si la situación lo requería. Ningún par de manos sobraba.

Con el alba ya instaurada, las terroríficas máquinas de asedio se presentaron en toda su magnificencia. Su visión desató un temor silencioso en los defensores. Pero ninguna era tan abrumadora como el almajeneque. Las desmesuradas dimensiones de esta pieza central prometían un poder destructivo sin precedentes. Seguramente era falso el apoyo divino con el

que estos hombres se sentían privilegiados, pero su avanzada tecnología era real.

Trencavel observaba consternado la silueta amenazante de estos monstruos de madera y hierro, y, más atrás, la marcha de las huestes cruzadas, aún distantes, pero cada vez más nítidas. Los soldados enemigos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, manteniendo una calculada distancia de las fortificaciones.

Con casi treinta años a sus espaldas, Trencavel destilaba aún más confianza que en su juventud. Aunque de estatura baja, su robustez y musculatura eran evidentes. Su larga melena castaña y ondulada caía libremente por sus hombros y espalda, contrastando con la armadura oscura que vestía. Sus ojos de color miel con motas verdosas reflejaban la intensidad y pasión con la que vivía cada día.

Todos los cruzados se acercaban a pie. No es que carecieran de caballería, pero Montfort lamentablemente había sabido intuir que los caballos no harían más que complicarles el avance en la geografía enmarañada de las callejuelas del Castelar. Esta previsión por parte del comandante enemigo condenaba a la inutilidad algunas de las trampas ingenuamente preparadas por los defensores para el caso de un ataque montado.

Las abultadas filas atacantes terminaron de formar justo detrás de las máquinas de asedio. En vanguardia, al frente y en el centro del ejército cruzado se desplegaban los estandartes púrpuras con cruces occitanas amarillas, representativos de la casa de Toulouse. Trencavel sintió un abismo abriéndose bajo sus pies al distinguir a sus parientes entre los asaltantes.

Ver a su deleznable tío Raimond VI marchando en las filas de Montfort le provocó una incontenible sensación de vacío en el pecho, que rápidamente empezó a llenar de odio. Su propia familia... abandonando a los cátaros a la perfidia de esos desalmados y levantándose en armas en contra de él... era demasiado. La ira, la angustia y la indignación se apoderaron de él a partes iguales. Sin embargo, no era la presencia del lunático Raimond VI la más perturbadora, sino la de su otro tío, Baduino de Toulouse. Eso sí que no se lo esperaba. Que el menor de sus tíos también se hubiera sumado a las huestes del hombre que cortaba los dedos de su propia hija excedía su capacidad de comprensión.

Yves Renaud, el hombre de más confianza de Trencavel, clavó su mirada cargada de furia sobre la marea púrpura de atacantes. —Mi señor, las insignias de Toulouse ondean junto a las del enemigo —escupió—, ¿Qué debemos hacer con ellos?

—¿Con esos traidores? —Trencavel, con la determinación tallada en su rostro, no vaciló—. Si se han alineado con los cruzados, entonces son enemigos de Carcasona —sentenció con voz firme —. No mostréis piedad. ¡Que caigan bajo nuestras armas como caería cualquier otro invasor!

—Así se hará, mi señor.

Y con un gesto firme, se giró para transmitir las órdenes. Los hombres, muchos de los cuales habían seguido a Trencavel desde los días más pacíficos en Carcasona, se movían con la eficiencia que nace de la desesperación y la lealtad. Arcos y flechas estaban dispuestos en parapetos, y grandes piedras esperaban en las almenas para ser lanzadas sobre los asaltantes.

***

El senescal ha dado órdenes de preparar los escorpiones. Dos de esas poderosas armas de defensa, similares a gigantescas ballestas adosadas a las almenas, habían sido trasladadas la noche anterior desde las robustas murallas de la ciudad principal hasta las fortificaciones del Castelar.

Trencavel se detiene entre los dos escorpiones, dirigiéndose a su mesnada, y eleva la voz para dar su arenga final. El enfrentamiento es inminente y, aunque están superados en número, no teme ser quien dé el primer paso.

—¡Soldados de Carcasona! Mis leales súbditos, vecinos... amigos. En este día nos enfrentamos a la misión más importante de nuestras vidas. Quienes se aglutinan hoy junto a nuestras puertas no son hombres. ¡Son bestias! Son los mismos que masacraron hasta el último habitante de nuestra querida ciudad de Beziers, asesinando a ancianos, mujeres y niños por igual... sin importar su religión, violando las normas más elementales de la guerra y el *paratge*. ¡Y no se detuvieron ahí! Simón de Montfort y sus cerdos arrasaron nuestras ciudades de Albi, Lauragais y Razès. ¡Quemaron a cientos de *bons homes* y *bonas donas* en la hoguera! *Perfectos* y *perfectas*... las personas más generosas y pacíficas que habitaban nuestra tierra han sufrido el peor tormento en manos de esos animales. —Su dedo acusador señalaba a la formación enemiga. Los gritos del vizconde eran atronadores, cargados de un odio arraigado que le surgía desde las entrañas y se inflamaba con cada palabra—. ¡Los mismos por los que día a día sufrimos de sed!... porque han obturado nuestro acueducto... ¡con los cuerpos de sus inocentes víctimas! ¡Esa es la escoria que hoy viene a atacarnos! Comienzan por el Castelar... pero, si perdemos el suburbio, nos quedaremos también sin comida. Carcasona, nuestra hermosa ciudad, protectora de los cátaros, que ha florecido con paz y prosperidad desde tiempos inmemoriales, caería en manos de esos salvajes. ¿Permitiréis que eso suceda?

—¡No! —braman los soldados y el resto del pueblo que allí se alistaba.

—¿Permitiréis que esos bárbaros lleguen hasta vuestras esposas, vuestras madres, vuestros hijos? —al decir esto, piensa en su propia esposa e hijo, y debe sacudirse el escalofrío que lo invade para seguir hablando. —¿Permitiréis que tomen como prisioneros y torturen a vuestros compañeros de armas, amigos y vecinos? ¿Que incendien vuestros hogares y se lleven todo lo vuestro como botín? ¿Que quemen vivos a los *perfectos* de vuestra casa cátara?

—¡No! ¡No lo permitiremos! —la convicción de la multitud es absoluta.

—Los franceses pueden superarnos en número... —continúa Trencavel— pero con vuestra valentía y entrega, un defensor vale más que cuatro atacantes. ¡Hoy es el fin de la cruzada!

—¡El fin de la cruzada! ¡El fin de la cruzada! —repiten los hombres con fervor.

Entonces, Trencavel da la orden. No esperaría a que sus enemigos terminaran de formar. —¡Tensad los escorpiones! —Los operadores de los escorpiones obedecen, con sus frentes perladas por el esfuerzo—. ¡Apuntad! —Ambos escorpiones ajustan su ángulo de tiro hacia los líderes

cruzados, posicionados al frente de sus huestes. En el centro se halla Simón de Montfort, y a cada uno de sus lados, irónicamente, los dos tíos de Trencavel: Baduino y Raimond de Toulouse.

» ¡Disparad!

Los escorpiones despiden sus enormes dardos hacia las líneas enemigas. Pero la distancia es demasiado grande. Los proyectiles descienden inofensivos a mitad de camino, lejos de alcanzar las formaciones de los cruzados.

» ¡Más fuerte! —grita el vizconde envuelto en frustración—. Pero a pesar del esfuerzo desesperado de los arqueros, sus proyectiles no hacen mella.

—Mi señor —intenta aplacarlo el senescal Renaud—. Parece más prudente reservar nuestras municiones para cuando el enemigo se encuentre al alcance de tiro.

Tiene razón. Renaud no solamente es un hombre sabio, totalmente confiable y conocedor de estrategia, sino que, por su carácter calmo y racional, tiene más posibilidades que nadie de moderar la impulsividad de su vizconde.

Trencavel alza la mano.

—¡Alto el fuego!

Los hombres detienen sus máquinas. Un murmullo de preocupación se esparce entre ellos. Trencavel se arrepiente de no haber podido calcular adecuadamente la distancia. No sólo ha desperdiciado dardos. Ha quedado en ridículo ante el enemigo y sus propios súbditos.

» Es inútil —se lamenta ante su senescal, rabioso por el movimiento en falso—. Pero debe haber algo que podamos hacer. ¡Una salidilla! ¡Enviemos a un grupo de los nuestros a enfrentarlos en su campo y a incendiar esas malditas máquinas de asedio!

—Trencavel —Renaud le posa una mano en el hombro y le habla con la misma voz con que lo haría a un niño—, mi señor, comprendo vuestra impaciencia, pero lo que decís sería mandar a nuestros hombres a una muerte segura. ¡Mirad! —señala al ejército cruzado, cuyas filas en el frente seguían agrandándose, a medida que descendían del monte Gaveta para incorporarse a la ofensiva— ¡Son muchísimos! Con facilidad nos quintuplican. En un enfrentamiento a campo abierto no tendríamos ninguna oportunidad. Nuestra única esperanza es adherir al plan que hemos urdido. Os recuerdo, señor, que por una salidilla como la que proponéis fue que perdimos Beziers.

No serían tan necios de repetir el mismo error. Trencavel desea ser un gran general. Tomar decisiones sabias que contrarresten la desventaja numérica y salven a su gente de la catástrofe, pero la ansiedad lo aleja de eso. Hubiese deseado rogar a Dios por su guía e inspiración, pero duda si hacerlo al Dios católico o al cátaro. Reconoce que ante ninguno de los dos ha mostrado la suficiente entrega y devoción como para merecer ahora su ayuda. Pero sí cree en su pueblo, y en la libertad y el *paratge* que éste enarbola. Inspira profundamente, proponiéndose conservar para más tarde la fuerza que le otorgan la ira y la sangre que se agolpan en sus sienes.

Con tales máquinas de asedio, las endebles murallas del Castelar, bien distintas a las de Carcasona, no tardarían en desmoronarse. Cuando esto sucediera, los cruzados se abalanzarían para intentar ingresar y allí sería donde la verdadera resistencia comenzaría. Defenderían las murallas con todo lo que pudieran: miles de piedras, dardos y jabalinas que serían lanzadas por los soldados, arqueros y ballesteros, más los calderos de aceite hirviendo y tarros de alquitrán que los ciudadanos comunes se encargarían de verter sobre los asaltantes. El objetivo era reducir al mínimo la cantidad de intrusos que lograran penetrar el burgo, y harían todo lo posible por abatir hasta el último. Pese a la escasez de recursos, habían improvisado trampas y obstáculos que podrían ralentizar, si no detener, el avance enemigo.

Paredes y empalizadas se habían levantado en puntos estratégicos de la ciudad para otorgar ventaja a los locales, conocedores de la nueva geografía del lugar. Los caballos de los guerreros carcasoneses estaban bien protegidos en un establo fortificado en el bastión meridional del burgo, separado por muros internos del frente norte, en el que tendría lugar la carnicería. De este modo, los valiosos equinos estarían seguros, sin estorbar durante la lucha urbana, pero a mano para una eventual retirada o contrataque.

Trencavel observa cómo sus subordinados prueban la tensión de las cuerdas en las ballestas y ajustan las piezas de armadura que les quedan. Saben que están ampliamente superados en número y en armamento. Pero lo que les falta en recursos, lo compensan con valentía, y con la mayor fuerza que da la desesperación de quien defiende lo único que le queda. Siente una oleada de responsabilidad. Muchos de los hombres a su lado se han criado junto a él. Por ellos, y por el futuro de su tierra y de los hombres, mujeres y niños que han confiado en él para que los proteja, no puede permitirse fallar.

Ahora la brisa trae un silencio repentino. El sonido de los cánticos se ha apagado. Esto sólo puede significar una cosa: la misa ha terminado y los cruzados ya están listos para atacar.

El desgarro de Wilhelmina

15 de agosto de 1209
Vanguardia del ejército cruzado,
en el exterior de la muralla del Castelar

Simón de Montfort da órdenes con una solvencia implacable. Su rostro es imperturbable, seguro del éxito de su campaña. Los fallidos tiros de escorpión que provienen de la muralla del Castelar no hacen más que divertirlo. —Están desesperados —masculla—. Ni siquiera ha comenzado la batalla y ya la han perdido.

Su perro *Sansâme* está a su lado. Lo acompañará al combate, ridículamente ataviado con una cota de malla hecha a su medida.

El cobarde Arnaud Amalric, en cambio, se ha quedado atrás, junto a sus monjes. ¡Qué sencillo era estar en su lugar! Había cumplido su papel, celebrando la misa y la comunión y utilizando su retórica para espolear a los soldados. Ahora ponía el trabajo duro en manos ajenas, dejando que a otros los protegiera el Señor y la Santísima Virgen mientras que él se mantenía a salvo, lejos de cualquier peligro, en las tranquilas tiendas del campamento. Wilhelmina sonríe con tristeza ante la ironía de que, en el ejército de Dios, un simple perro sea más valiente y e importante que el líder religioso de la cruzada.

Montfort no muestra ni siquiera los signos naturales de inquietud de todo comandante, por más experimentado que sea. Es indiferente a cuántos de sus hombres perezcan en la contienda, lo que no sorprende porque es un rufián a cargo de un rejunte de malhechores, y no un gobernante que vive con su gente. A su lado, el padre y el tío de Wilhelmina lo secundan en posiciones prominentes. Wilhelmina está detrás de su padre, junto a Berald de Elbine. El comandante los ha colocado en vanguardia, en la primera línea de las tropas de Toulouse. Es evidente que para él son descartables. Los primeros en correr hacia la muralla serán los más fuertemente atacados por los defensores.

El espeluznante pensamiento de que hoy tal vez sea el último día de su vida la hace cuestionar sus creencias sobre el más allá. ¿Serán reales el cielo, el purgatorio y el infierno? Y si lo son, ¿cuál le tocará a ella? ¿O será que en verdad nacerá otra vez en otro cuerpo, de otros padres y en otro tiempo, como dicen los cátaros? ¿O, simplemente, junto con su corazón, se detendrán todos sus pensamientos y dejará de existir, sumiéndose en una nada eterna? Mira a Berald, que se está santiguando. Un intenso deseo le arde desde dentro y se promete no morir hasta no haber hecho el amor con él al menos una vez.

Aunque ésta no es su primera batalla, nunca antes había participado en un ejército agresor. Sólo cuando su padre había sido atacado, y a pesar de su espíritu conciliador no había tenido más remedio que defenderse, Wilhelmina había luchado. Lo hizo con fiereza y entusiasmo, sabiendo que combatía por la justicia, el *paratge* y la libertad. Esta vez es al revés. No puede evitar sentir que está a punto de entrar en batalla por el bando equivocado.

Los defensores del Castelar son personas sencillas, arrastradas a la necesidad de protegerse. Pero

son más que inocentes agredidos: los siente como su propio pueblo. Un pueblo occitano como ella, que habla su mismo idioma, ajeno al de su actual comandante y al de la Iglesia de Roma. Carcasona y su suburbio son lugares ejemplares, donde las religiones conviven armónicamente. Prósperos y pacíficos antes de la llegada de los cruzados. Comunidades humildes, sin la sofisticación y excesos de la corte de Toulouse, pero unidas y trabajadoras. El vizconde Trencavel, su primo y amigo, ya había perdido las valiosas Beziers y Albi; su angustia sería desoladora al ver frente a sí al ejército invasor del que ella forma parte.

Wilhelmina no desea estar ahí, mas no puede desertar. Su tío le ha implorado luchar con convicción para que Montfort libere a la pobre Serene. Por obediencia a su padre, y por la libertad de su prima, se prepara para lo que vendrá. Al fin y al cabo, ella no es más que una persona. El éxito o fracaso de la cruzada no dependerá de su desempeño. Con su armadura ajustada y su espada en mano, forma detrás de un fonebol, esperando la orden de ataque. Dios debía de tener algún motivo oculto para haberla colocado en aquella difícil situación. Sólo restaba descubrirlo.

En esta primera fase de la campaña de asedio-asalto, Montfort, que dirigiría la operación del enorme almajeneque, había puesto a su padre a cargo de los foneboles, a su tío de las trebuchets y a Bouchard de Marly de las catapultas. A todos, había dado la orden de disparar a máxima velocidad y hacer volar las piedras contra la pared, o por encima de ella, como una tormenta imparable.

Pero no tenían permitido abrir fuego hasta que el comandante lo hiciera primero. —Quiero que la dimensión del primer proyectil que reciban sea una muestra incuestionable de lo que les espera —había dicho—. ¡Preparad el mayor de los bolaños!

Wilhelmina observa con incredulidad la masiva piedra que los hombres planean utilizar como proyectil. Es casi perfectamente redonda y supera en altura a cualquier hombre. Su tamaño es equivalente al de un carro de carga, y debe pesar varios toneles. Obedeciendo las órdenes del comandante, seis robustos soldados intentan alzarla. Fracasan. Tan rotunda es que ni siquiera todos esos fuertes músculos trabajando a la par pueden con ella. Montfort convoca a dos soldados más para la tarea, y entonces sí, con un esfuerzo ciclópeo, entre todos logran depositarla sobre la cuchara.

—¡Preparad! —anuncia Montfort. Los operarios, supervisados por Lucien Legrand, giran una gran rueda que enrosca las cuerdas para que alcen el contrapeso.

Los foneboles, a cargo del cual Montfort había dejado a su padre, eran cruciales para el asedio. Cargaban cien piedras por minuto, mientras que el almajeneque era significativamente más lento. Aunque las enormes rocas que éste arrojaba prometían una destrucción arrasadora, esta destrucción tendría lugar dentro del suburbio, y no en las propias murallas. Los foneboles, cuyo tiro era bajo y prácticamente horizontal, impactarían sobre los muros, y serían los encargados de abrir la brecha por la que finalmente se adentrarían en el Castelar, dando inicio a la etapa de asalto. Montfort calculaba, y exigía, que esto debía ocurrir antes del mediodía.

Cuando el momento llegara, Wilhelmina debería correr, a pie. Pero ella no estaba preparada para participar como soldado de infantería en el asalto a una ciudad. Desde que, a pesar de ser mujer,

su padre le había permitido formarse como caballero, ella siempre se desempeñaba a lomos de su corcel. *Sisalle* era un semental grande, fuerte y masculino, cuyo porte suplía su propia falta de corpulencia, brindándole fortaleza y confianza. Montada al imponente *Sisalle*, Wilhelmina se sentía igualada a cualquiera de sus compañeros y oponentes. Sin él, en cambio, su vulnerabilidad quedaba expuesta. Al verse privada de su montura, se dio cuenta de que su dependencia era más profunda de lo que creía. *Sisalle*, y todos los otros caballos, habían sido dejados atrás, en el campamento de Sant Vincent, por orden de Montfort. Ese hombre no hacía más que importunarla de todas las formas posibles.

» ¡Lanzad! —grita Montfort.

Con un bramido general, los hombres liberan la bestia.

Wilhelmina desea que la cuchara se quiebre con el descomunal peso del bolaño. Que el brazo del almajeneque se parta a la mitad burlándose en la cara de Montfort y sus excesos. O que al menos el tiro se quede corto, emulando a los torpes disparos de los defensores.

Desafortunadamente, nada de esto sucede. El silencio se llena con el zumbido del contrapeso y el crujir de la madera en un lanzamiento monumental. La piedra describe un enorme arco en el aire. Su altura máxima, cercana al cielo, coincide con las murallas del Castelar, prometiendo aún mucha distancia dentro del burgo hasta impactar.

El joven trovador

15 de agosto de 1209
Sobre las almenas de la defensa del Castelar

El enorme bolaño cruza la muralla como un oscuro halcón acechando desde el cielo.

—¡Mira eso! —exclama Paul, de dieciséis años, señalando la aterradora sombra voladora.

Su hermano mayor, Elion, ya ha cumplido los veinte, pero no los aparenta. Su delgadez y su baja estatura, junto a unos rasgos casi infantiles, lo hacen parecer mucho menor. Dirige su mirada al gigantesco proyectil que se les viene encima, presa de un pánico inmovilizante.

Elion no es un soldado. Es cátaro, poeta y trovador. Sus canciones son alegres y desenfadadas. Románticas algunas veces, traviesas otras, satíricas las más, pero siempre con la distinción necesaria para ser exitosas también frente al público femenino. No cultiva la agresividad retórica de algunos de sus compañeros de oficio. Para él, la esencia del arte es el disfrute. Su verdadera función es divertir y deleitar a quien escucha; no encender su ira ni sus impulsos más sombríos. Fiel a las lecciones de los *perfectos*, el principio de no causar dolor se extiende para Elion más allá de la mera ausencia de violencia física; tampoco es bueno dañar con palabras.

Pero esta mañana Carcasona lo necesita y allí está, con su hermano, ambos arriesgando sus vidas. La desesperada convocatoria de su vizconde pudo más que los ruegos de su madre y su mujer, porque la urgencia del primero era para cuidar a las segundas. Cubierto por la sombra de la roca, aún no sabe de qué manera él y Paul colaborarán con los esfuerzos del ejército.

Elion, su hermano y sus tres hermanas se habían criado en el Castelar. Creció sin grandes contratiempos entre sus estrechas y empedradas callejuelas, en las que descubrió el laúd, convirtiéndolo en una extensión de su ser. Un día bendito, el senescal Yves Renaud lo oyó tocar y cantar una de sus composiciones, en la plaza central del suburbio, y quedó cautivado por la magia de su música. Sin dilación, Renaud lo condujo ante el vizconde Trencavel, seguro de que su señor encontraría en Elion el mismo deleite que él. Y así fue: Trencavel, embriagado por la habilidad del joven trovador, no sólo le brindó su aplauso, sino también un lugar de honor en su corte.

Por el Castelar, por Trencavel y por Carcasona, no podía negarse al llamado. No sólo estaba amenazado el pueblo que lo vio nacer, sino también, dentro de la *cité*, todo lo que su alma atesoraba. Su madre, personificación de la bondad y el sacrificio, sus hermanas, compañeras de su infancia y cómplices en la vida; y, sobre todo, su amada Adèle. Como buenos cátaros, estaban unidos por un amor profundo y sincero, sin un matrimonio formalizado ante los sacerdotes católicos. Fruto de este gran amor, una nueva vida estaba a punto de venir al mundo: la de su primogénito, que Adèle acunaba en su abultadísimo vientre.

Por todos ellos, hoy Elion está junto a Paul, su hermano menor y aprendiz, a pies de las murallas del Castelar, en el implacable camino del bolaño que se aproxima con una rapidez atroz. La sombra del proyectil se expande. El impacto es inminente. También crecen los gritos de horror y

las instrucciones confusas. Soldados y ciudadanos en la calle comienzan a correr frenéticamente, en idas y vueltas anárquicas, intentando anticipar la trayectoria y despejar el espacio que recibirá el golpe. Los hombres, sin dejar de mirar hacia arriba, chocan entre sí. Se puede distinguir a quienes se profesan algún afecto especial ya que, como él y Paul, se zamarrean hacia lo que creen tierra segura.

Un prolongado estruendo anula el griterío cuando el bolaño, de dimensiones colosales, impacta de lleno en el tejado de una casa en la esquina y sepulta la edificación de tres pisos, pulverizándola. La estructura de madera y tejas se desmorona hecha añicos y una nube de polvo se esparce por todo el lugar, tal vez porque Dios no quiere que se vean las causas de unos gritos, diferentes a los anteriores, que empiezan a oírse. Un vacío estruja el pecho de Elion; la guerra es tan absurda que quienes se quedaron en sus hogares, para protegerse, ahora padecen entre los escombros.

Pero es imposible no ver, y será imposible olvidar lo visto.

Tras el impacto, la piedra continúa su curso destructivo, rodando con un peso mortal desde el destrozado techo hasta la calle y aplastando a un hombre. Las piernas de la víctima, ahora inertes, sobresalen grotescamente entre los restos, mientras que el torso y la cabeza están enterrados bajo la masa impía del proyectil.

—¡Debajo de esa viga! —La voz de Paul se eleva tensa y urgente. Elion se precipita hacia el lugar, junto a otros hombres que ya están levantando la pesada viga. Se revela el pequeño cuerpecillo de una niña extensamente lastimada que llora con desespero. Con manos temblorosas pero decididas, Elion se afana en mover la viga junto a los demás. Con un esfuerzo conjunto y sobrehumano, la liberan. Abundante sangre se escurre desde su espalda mientras que el llanto poco a poco va cediendo. Cubierta de polvo y con marcas de la tragedia dibujadas también en su rostro, la niña respira débilmente. Es Elion quien carga su cuerpo tibio, moviéndolo con cuidado, temeroso de agravar sus heridas. La entrega a los brazos de su llorosa y desesperada madre, que la recibe con amor intenso. Elion no duda que, con ella, la pequeña víctima estará en las mejores manos posibles.

Pero los ásperos e irregulares sonidos del dolor, tan distintos a los del laúd, no cesan. Los susurros de moribundos y los aullidos de quienes quizás sólo están a un paso de serlo, claman por ayuda desde debajo de los restos del edificio derrumbado. Elion y Paul siguen removiendo trozos de lo que una vez fue un hogar. El pequeño tamaño de ambos hermanos y sus delgadísimos brazos hacen la tarea difícil, pero no imposible. La leyenda familiar contaba que, entre sus antepasados, había existido un enano. Afortunadamente, el paso de las generaciones había mitigado la impronta de esta herencia, y ellos se veían como muchachos normales, aunque bastante escuálidos y más cerca de la altura media de una mujer que de la de un hombre. La falta de fortaleza física no les impide realizar su mejor esfuerzo. Socorren a más víctimas, aunque algunas de las que encuentran se hallan tristemente inmóviles, revestidas de la quietud final de la muerte.

Con un único proyectil, el daño infligido por los cruzados era mayúsculo. Y antes de que terminaran las toscas maniobras de rescate de los supervivientes, ya venía otro. El zumbido ominoso en el aire los hizo levantar la mirada; como lo que ya era en un reflejo de miedo

colectivo. La sombra volvió a aparecer y a ensancharse. Con un golpe que resonó como un trueno cruel, la siguiente piedra selló su fatal destino a cuadras de distancia, sumiendo otra fracción del suburbio en el caos y la desolación.

—¿Cómo lo hacen? —pregunta Paul con la voz entrecortada—. ¿Cómo pueden arrojar algo tan pesado desde tan lejos?

—Tiene que ser el almajeneque —responde Elion, sacudiendo el polvo de su aniñado rostro y ensuciándolo con una línea de sangre ajena—. ¡Dicen que es del tamaño de cinco catapultas juntas!

—¡Quiero verlo! —exclama Paul, irradiando la curiosidad extrema de su tierna juventud —¡Vamos!

Agarra de la mano a Elion y tira de él para correr en dirección contraria a la de su misión inicial.

—¿Adónde crees que vas? —protesta Elion—. La segunda piedra cayó por allí; debemos ir a ayudar a los heridos.

—Podremos ayudar mejor si entendemos las fuerzas que nos atacan —insiste Paul, sin alterar su rumbo—. Desde la muralla podremos ver al almajeneque y averiguar si hay alguna manera de detenerlo antes de que nos destruya por completo.

—Los soldados se ocuparán de eso —replica Elion con el peso de su impotencia reflejado en la voz—. ¿Qué podríamos a hacer tú y yo?

Paul no atiende a las palabras de su hermano. Con la destreza de quien conoce al dedillo esas murallas, en las que se ha escondido, jugado y correteado durante toda su vida, se desliza ágilmente entre los soldados. Encuentra la escalera que serpentea hacia las almenas y, como una sombra, asciende raudamente, disimulado entre los defensores del Castelar. Elion lo sigue.

Una vez en lo alto de la muralla, quedan pasmados ante la enormidad del ejército cruzado y sus máquinas, pero también ante la incomprensible inacción que observan en la defensa de los carcasoneses. Están en formación, portando escudos, lanzas, espadas, arcos y ballestas, pero quietos y sin disparar ni un solo proyectil.

—¿Por qué no hacéis nada? —interroga Elion a un arquero.

—Órdenes del vizconde. Están demasiado lejos. No podemos alcanzarlos.

Elion toma a su hermano por el brazo y se lo lleva. Están en una zona vedada para los civiles. Encuentran pronto un recoveco entre las almenas, alejado de los soldados, que les ofrece una perspectiva clara de las líneas enemigas. Observan las máquinas de asedio. La más gigantesca tiene que ser el almajeneque. Su inmenso brazo se ha empezado a mover y ya lanza otra roca al cielo. Elion y Paul contienen la respiración. Siguen con los ojos bien abiertos la trayectoria completa del proyectil. Es a la vez magnífico y aterrador.

Sin embargo, las otras máquinas de asedio no se quedan atrás. Mientras el ejército defensor es

una colección de estatuas, las hondas gigantes de Montfort arrojan piedras contra la muralla. —¡Van a derrumbarla en cualquier momento! —señala Paul.

Elion sigue la dirección del dedo de su hermano, tan corto como el de un niño de diez años, y se fija en las rocas más pequeñas que se estrellan contra la muralla. Aunque menos impresionantes que el bolaño del almajeneque, estas piedras son numerosas y golpean con fuerza constante y acumulativa, mermando la resistencia de la fortificación. Trozos de roca saltan con cada impacto. Muy pronto la muralla del Castelar será perforada. Y cuando se abra una brecha, el enemigo irrumpirá, y conocerán otra dimensión de la catástrofe.

El senescal Yves Renaud se abre paso entre las filas de los defensores, en dirección a ellos, intentando insuflar valor en sus soldados. Lucha por dominar la impotencia que se adueña de todos ante la parálisis forzada por la lluvia de piedras que los franceses lanzan sin cesar.

Las rocas impactan con estrépito sobre la muralla. Algunas sólo dañan la estructura, pero otras caen sobre la gente, sembrando un reguero de dolor y muerte.

—¡Protegeos con los escudos y resguardaos tras los merlones! —clama Renaud—. ¡Lo crucial ahora es resistir el asedio! Llegará el momento de luchar cuerpo a cuerpo cuando esas bestias se atrevan a acercarse. ¡Vuestro único deber en este instante es sobrevivir!

Elion y Paul se miran atónitos y desolados al comprender la fragilidad de sus circunstancias.

Renaud avanza y cada vez está más cerca de ellos. Dos jóvenes civiles, sin protecciones ni armas, y con altura y rasgos casi de niños, llamarán su atención. Pero no tienen dónde esconderse.

—¿Elion? ¿Qué demonios haces aquí arriba? —pregunta sorprendido el senescal al reconocer al trovador.

—Ayudando, mi señor, como solicitó el vizconde.

El senescal niega con la cabeza. —¡Pero no es aquí donde debes estar! Aquella es la torre de los ciudadanos —Renaud indica la segunda torre hacia el oeste—. Es un espacio que hemos cedido a las milicias urbanas, a cargo del carpintero Julien. Han montado unas interesantes defensas, con calderos de aceite hirviendo y montones de piedras para arrojar a estos cerdos cuando se acerquen. Debéis ir con ellos. Esta es una zona militar.

***

Antes de marcharse, Elion señaló a las feroces máquinas de asedio que destrozaban poco a poco las murallas.

—¿Habéis visto eso? ¡En cualquier momento lograrán abrir un hueco! —exclamó, exaltado. Renaud asintió, explicando brevemente que esos eran los foneboles, con un alcance y potencia imparable. Elion, obediente pero aún preocupado por los foneboles, bajó la mirada. "Debe haber

alguna forma de detenerlos", meditó mientras emprendía su camino en retirada. Cuando Renaud se alejaba en sentido opuesto, Elion lo detuvo con una exclamación repentina:

» ¡Señor Senescal, tengo una idea! —Renaud se giró, mirándolo con incredulidad, pero siempre le agradaba escuchar al trovador.

» ¿Y si usamos material blando para amortiguar el impacto de las balas de fonebol en las murallas? Como un escudo protector.

El senescal se acomodó el yelmo. —¿Material blando? ¿Como qué?

—¡Paja! —interrumpió Paul, entusiasmado por la idea—. En los corrales hay montones.

El senescal, visiblemente animado, asintió con decisión. O la idea era buena, o la desesperación muy grande. —Traed toda la paja que podáis. Rápido. Necesitamos soga también, mucha, para bajar los fardos y apilarlos detrás de la muralla.

Así se hizo.

La operación de colocación de los bultos en los puntos de impacto de los foneboles fue un esfuerzo comunitario en el que todos formaron parte. Elion y Paul, motivados por la oportunidad de contribuir significativamente, lideraron el esfuerzo. Se ataron los primeros fardos de paja a las sogas y se los empezó a bajar cuidadosamente del lado externo de la muralla.

Mientras tanto, otros voluntarios reunieron más paja de los corrales cercanos y transportaron el abultado material hasta la muralla. Los fardos, densos y consistentes, se fueron apilando meticulosamente, formando una capa protectora que se enfocaba especialmente en las zonas más castigadas por los foneboles. La labor era ardua, pero el sentido de urgencia los impulsó a trabajar con eficiencia.

Vítores y gritos de felicidad reemplazaron los estrépitos de los proyectiles. Para sorpresa y alivio de todos, las piedras disparadas por los foneboles comenzaron a rebotar al chocar contra los fardos de paja, perdiendo su fuerza destructiva antes de alcanzar la muralla. La estrategia estaba dando resultado: el daño a la estructura se reducía notablemente y el ritmo implacable del asedio se enlentecía.

El senescal Renaud no pudo evitar sonreír ante la ingeniosa solución. Se acercó a Elion y, con un gesto de aprobación, lo felicitó: —Me alegro de haberte escuchado —dijo—. La respuesta de Dios a las súplicas de los justos puede manifestarse de las formas más inesperadas.

Los soldados y voluntarios, animados por el éxito de su esfuerzo, celebraron con júbilo. Los defensores del Castelar podían respirar, con un renovado suspiro de ilusión y esperanza, mientras contemplaban el escudo improvisado que ahora protegía su fortaleza.

Los mejores arqueros

15 de agosto de 1209
Vanguardia de la defensa del Castelar, en las calles del burgo,
junto al interior de la muralla

—¿Qué planeáis hacer, aparte de desperdiciar nuestras municiones, inepto conde bufón? —ruge Simón de Montfort, enfurecido—. Os he puesto a cargo de los foneboles y ¡he dicho que quería una brecha abierta antes del mediodía! El sol se acerca al cenit y no veo suficiente avance.

El conde Raimond de Toulouse, visiblemente contrariado, se queda sin palabras. Puede ver la barrera color pardo claro que ahora cubre la muralla, pero no alcanza a entender qué es y porqué inutiliza a los foneboles. Montfort le sostiene la mirada.

—Parecen objetos mullidos, mi comandante —aventura al fin Raimond VI—. Quizás sean sacos de arena o grano.

Los daños infligidos por los cruzados en la muralla no progresaban desde que los asediados habían instalado ese blindaje acolchado. Montfort agudiza la mirada hacia las lejanas murallas antes de volver a fijarla sobre el vacilante conde de Toulouse. Wilhelmina siente una punzada de compasión por su padre. También siente una secreta alegría por el hallazgo táctico de los carcasoneses.

Baduino sale al rescate de su hermano mayor:

—Comandante, si desplazamos los foneboles, podemos retomar el ataque en alguna sección vulnerable. ¡Sólo han reforzado las áreas de mayor impacto!

—¡Eso significaría comenzar de cero! —exclama Montfort, con una furia apenas contenida—. Sería un despilfarro de tiempo y esfuerzo. Todo lo logrado hasta ahora se perdería.

Baduino baja la mirada, abochornado.

» Inútiles —masculla Montfort—. Por algo soy el comandante —agrega, elevando el tono—. ¡Sólo yo pienso con sensatez en este ejército! Necesito a cuatro de vuestros mejores arqueros: rápidos, precisos y que no le tengan miedo a nada. Que se presenten ante mí, ¡de inmediato!

Baduino llama a tres de sus hombres. Raimond de Toulouse, ahora sin vacilar, pronuncia el nombre exacto y necesario para desmoronar a Wilhelmina:

—¡Berald de Elbine, aquí!

Wilhelmina observa al entrañable Berald dar de inmediato unos pasos al frente y cuadrarse frente a Simón de Montfort, con un saludo marcial. Luego sus ojos van hacia ella y empiezan a expresar palabras que no se alcanzan a entender, pero que son de honda tristeza. Wilhelmina vuelve a odiar profundamente a su padre por ofrecer a su amigo como voluntario, sin siquiera conocer cuáles serán las órdenes de Montfort. Su corazón se sacude desatado de expectación y

temor mientras ve a Montfort alejarse y conversar con Bouchard de Marly, dejando a los cuatro arqueros tiesos, formados lado a lado junto al fonebol, en ascuas.

Al retornar, Marly no viene solo; trae consigo a cuatro de sus soldados, cada uno portando un carcaj repleto de saetas preparadas para el fuego, y una antorcha ardiente. Las antorchas y los carcajes son entregados a los arqueros designados, que ahora entienden que su misión será la de sembrar llamas desde la distancia.

Simón de Montfort se planta frente a los cuatro arqueros escogidos por los hermanos Toulouse. Su presencia impone un silencio expectante.

—Vosotros cuatro —les dice, cautivando la atención extrema de los jóvenes aludidos y la de Wilhelmina, que sufre en silencio por el destino de su querido Berald—. Corred hacia la muralla y no os detengáis hasta que estéis a tiro del parapeto que han erigido esos infelices. Sólo cuando la distancia sea la adecuada, encenderéis vuestras flechas y las arrojaréis a esos malditos bultos. Os prohíbo regresar hasta que el fuego consuma su blindaje. ¿Habéis entendido?

Wilhelmina reprime un grito de terror puro que trepa por su garganta. La orden de Montfort es un veredicto de muerte. Mucho antes de que las flechas llameantes de Berald y sus compañeros siquiera sueñen con besar la muralla, ellos ya estarán al alcance de las ballestas y escorpiones de Trencavel. En la vasta desnudez del descampado, con nada más que sus frágiles escudos para protegerse, serán blancos infalibles para los defensores.

Desea oponerse a que Berald acepte la orden. Desea al menos despedirlo con un gran abrazo antes de que parta en aquella misión de la que difícilmente regrese. No puede.

Los cuatro arqueros inician su carrera hacia la muralla. Portan sus antorchas encendidas, sus carcajes repletos, el arco en una mano y el escudo sobre sus cabezas, como única defensa. A escasos pasos de su partida, se bifurcan; dos se dirigen hacia el punto donde el primer fonebol había dejado su marca, mientras Berald y su compañero van hacia el objetivo del segundo. El peligro es cada vez mayor a medida que se acercan a las murallas, pero ninguno de ellos se detiene. Temen más al castigo de Montfort que a la copiosa lluvia de flechas que pronto les lanzarán los defensores.

Wilhelmina no aparta sus ojos de Berald. Jamás perdonará a su padre por haberlo sometido a tal suplicio. Y, si él cae, está decidida a vengar su muerte.

***

Berald y sus compañeros arqueros habían cubierto ya la mitad de la distancia hacia la muralla cuando las primeras saetas enemigas surcaron el cielo. Los defensores los tenían en la mira. Wilhelmina sintió como propia la desesperación de Berald cuando lo vio encender la primera de sus flechas y dispararla hacia la muralla, aún distante. Los cuatro arqueros proseguían su enloquecido avance hacia una muerte segura. La lluvia de proyectiles se hacía más intensa a medida que las distancias se abreviaban. Ya habían bloqueado varias descargas con sus escudos, que empezaban a resquebrajarse. El joven que iba más adelantado, seguramente al ver el suyo

inutilizado por los impactos, había debido abandonarlo y ahora se encontraba desprotegido.

Una saeta enemiga se hundió en el pecho del muchacho de vanguardia, derribándolo al instante en una caída mortal. Superada por la desesperación, Wilhelmina se dirigió por primera vez a Montfort e imploró con voz entrecortada:

—¡Mandadlos volver, comandante! ¡Es una locura pensar que pueden tener éxito! ¡Estáis condenando a esos valientes a una muerte sin sentido! ¡Ya hemos visto caer al primero!

Simón de Montfort permaneció inmutable ante la súplica de Wilhelmina. Como si ni siquiera mereciera la atención que le despertaría una mosca, la ignoró por completo y mantuvo su mirada atenta sobre los tres arqueros que quedaban en pie, cada vez más empequeñecidos por la distancia.

—¡Ha caído el segundo! —resonó entre los hombres cercanos, y Wilhelmina, llena de pavor, confirmó que sólo seguían vivos Berald y el muchacho que había corrido en su misma dirección.

Allí estaba él, desapareciendo de su vista y de su vida, a merced de un destino cruel e inexorable. Wilhelmina, desolada por la impotencia, era incapaz de alterar el fatal desenlace. Ella jamás lloraba con lágrimas. El desgarro le iba por dentro, oprimiéndole el alma.

Las flechas incendiarias de Berald y su compañero, cada vez más certeras, comenzaron a vislumbrar la posibilidad de alcanzar su objetivo. Sin embargo, mucho más probable era que alguno de los miles de proyectiles de los carcasoneses impactase sobre ellos, que resistían heroicos bajo el imparable ataque.

—¡Fuego! —gritó Raimond de Toulouse, arrebatado —¡Lo han conseguido!

Una chispa diminuta brotó sobre el manto defensivo que cubría la muralla y, alimentada por el viento, su brillo se intensificó y se propagó con asombrosa rapidez.

—Debe ser paja —dedujo Montfort, satisfecho, aunque sin demostrarse exultante, a diferencia de los demás soldados franceses que celebraban con aplausos y aullidos de victoria. Wilhelmina se sorprendió a sí misma sumándose a los festejos de los cruzados. En la indescifrable maraña de sus lealtades, al menos una cosa estaba clara: deseaba con todas sus fuerzas que Berald de Elbine sobreviviera.

La muralla del Castelar se pintó de fuego; las llamas se hicieron dueñas del objetivo mientras Berald, milagrosamente, seguía en pie. Ahora, el reto era regresar a salvo, evitando el enjambre de saetas que los defensores enfurecidos seguían lanzando.

Ambos arqueros supervivientes emprendieron una carrera vertiginosa hacia la seguridad del campamento; sus escudos abandonados ya eran parte del paisaje. Lograron avanzar bastante, ante los clamores de los guerreros en el frente, que los alentaban como si de un torneo de justas se tratara. Sin embargo, antes de quedar a resguardo del fuego enemigo, uno de los arqueros cayó abatido por un proyectil. No era Berald, sino el otro muchacho. Wilhelmina contuvo el aliento, sintiendo que aún quedaba una esperanza. —¡Corre, Berald!, ¡Corre! —gritaba a todo pulmón. Pero Berald se detuvo, y lo mismo hizo el corazón arrebatado de Wilhelmina cuando lo vio

volver sobre sus pasos en vez de seguir adelante. —¿Qué hace? —se preguntaban todos. A punto de desfallecer, Wilhelmina vio que una sombra se movía donde el último hombre había caído, y entonces lo entendió: el joven no estaba muerto, sino sólo herido, y Berald regresaba a él para socorrerlo.

Mientras el colchón de paja que había protegido la muralla del Castelar ardía ya en un impresionante infierno, Wilhelmina vio al noble Berald de Elbine echarse al hombro a su compañero herido y supo que estaba enamorada. Con semejante peso encima de su débil cuerpo, no podía correr; apenas cojeaba con esfuerzo. Pero ya muy pocos de los tiros enemigos llegaban hasta donde ellos estaban. Con cada paso que daba, la seguridad estaba más cerca.

Cuando Berald, con el último aliento de sus fuerzas, depositó al herido a pies del fonebol, sus camaradas lo rodearon con alabanzas y palmadas. Pero el abrazo de Wilhelmina eclipsó todo lo demás. Se fundieron en los brazos del otro por un largo rato. Ella no deseaba soltarlo, sin importarle lo que pensaran los demás. Menos que menos su padre. Se contuvo de besarlo, por razonabilidad, pero no hizo lo mismo respecto de sus palabras:

—¡Te amo, Berald! —le susurró sólo para sus oídos—. No te separes de mí en lo que queda de la batalla, ¡te lo ruego! La idea de perderte es más insoportable que la muerte misma.

—No volveré a dejarte sola, Wilhelmina, lo prometo. Yo también te amo, y deseo casarme contigo cuando todo esto termine. De aquí en más, ambos seremos un solo soldado. Sobreviviremos para ver el amanecer de un nuevo día, o pereceremos juntos en un último abrazo.

Las llamas ya habían consumido por completo la improvisada cobertura de los defensores cuando Montfort dio la orden de retomar el bombardeo con los foneboles y regresó, impasible y seguro, a su posición de mando junto al almajeneque.

EL dilema de la no violencia

15 de agosto de 1209
Ejército de defensa del Castelar, sobre las murallas

Del lado exterior de la muralla del Castelar, el colchón de paja que Elion y Paul habían instalado entre vítores y congratulaciones ardía en llamas. El humo trepaba al cielo ahogando en desesperación a la población, que comprendía su significado: sin esa capa de protección, la muralla pronto caería, y ya nada podría evitar que los cruzados ingresaran al burgo.

Las llamas fueron perdiendo su vigor, dejando a su paso tristes y humeantes manojos de cenizas. Los cruzados reanudaron los ataques con los foneboles. Ya no había forma de detener el deterioro que ocasionaban los embates. Elion descubrió pasmado como la roca de la muralla se había desgastado hasta crear un pequeño agujero que salía del otro lado.

—¡Tenemos que marcharnos de aquí! —dijo a su hermano. Paul obedeció y ambos corrieron sobre el adarve en dirección a la torre de los ciudadanos. En cualquier momento, un primer sector de la pared iba a desmoronarse, y, con él, todos los que estuvieran allí arriba. Las piedras seguían impactando alrededor del agujero, haciéndolo cada vez más grande.

Los hermanos se alejaron del sitio del impacto. Mientras corrían, comenzaron a indagar la procedencia de unos desaforados gritos que los sobrecogieron. ¡El bolaño de un fonebol había logrado pasar del otro lado! —Parece que mató a un hombre —señaló Paul, aturdido. Sus grandes ojos verdes aún conservaban una mirada infantil. El agujero ya era mayor que el diámetro de los bolaños, por eso los que justo encajaban allí podían atravesar la muralla e impactar a los lanceros que formaban en el interior, frente a la abertura. Detrás de esta primera línea de defensa, Trencavel y sus soldados empuñaban escudo y espada, esperando la llegada de los atacantes.

Rápidamente, los lanceros abrieron un pasillo a la altura del agujero para evitar ser las nuevas víctimas de los próximos proyectiles en colarse, lo que ocurriría cada vez con mayor frecuencia. De repente, un ruido atronador. Temblor en el suelo. Gritos. Caos absoluto. La muralla se estaba desplomando sobre los numerosos agujeros horadados por los bolaños del fonebol. Los occitanos que estaban sobre las almenas caían al vacío, que lenta y poderosamente los succionaba; aquellos que quedaban abajo eran aplastados.

Elion se aferró a Paul, esperando que pasara la hecatombe. Rogaba a Dios en silencio. El derrumbe se extendió mucho más allá de la zona del primer impacto, voraz por engullírselo todo. En una sucesión inexorable, cada roca que se desmoronaba arrastraba a su compañera en la caída, desencadenando un cataclismo devastador. El epicentro del derrumbamiento en cadena se acercaba hacia ellos, amenazando con consumirlos en su implacable avance. El temblor se sentía potente bajo sus pies. Los soldados apostados en los sectores próximos a la ruina corrían para salvarse, pero muchos no lo lograban, cayendo al vacío con gritos aterradores. Superada la parálisis inicial, Elion y Paul corrieron para alejarse del estrago a medida que veían a las rocas que formaban la muralla, partirse, rodar y desaparecer, una tras otra, abriendo una enorme brecha polvorienta, a través de la cual se apreciaba un pavoroso ejército en movimiento.

El alud se detuvo a escasos pasos de los dos hermanos, junto a la torre donde docenas de civiles como ellos se habían reunido con calderos de aceite hirviendo, piedras y maderos para repeler a los invasores.

—¡Vienen hacia nosotros! —alguien gritó. Entonces Elion vio, petrificado, cómo la enorme masa humana de cruzados se abalanzaba en carrera. Del otro lado de la brecha, los defensores se esforzaban por cubrirlo todo. Los enemigos ya no disparaban las máquinas de asedio: no podían hacerlo sin herir a los suyos, que se aproximaban a paso raudo a la muralla derrumbada. Esa amenaza puntual, al menos por el momento, había cesado. Pero lo que se les venía encima era aún peor.

Algunos atacantes, ahora a menos de doscientos pasos, caían abatidos bajo la precisa puntería de los arqueros y ballesteros carcasoneses que se mantenían en lo alto de lo que quedaba de la muralla del Castelar. A pesar de su inferioridad numérica, los defensores lanzaban una cortina de proyectiles que se derramaba como un aguacero de hierro y piedra sobre los sitiadores. Sus flechas, dardos y virotes arruinaban la marcha impetuosa de muchos de los asaltantes, aunque otros se protegían eficazmente utilizando la formación de testudo: un caparazón de escudos que los resguardaba como un gran techo móvil.

Gracias a esta estratagema, un número significativo de invasores conseguía seguir adelante. Ya estaban cerca. Demasiado cerca. Tan cerca que se podían distinguir los rostros de aquellos que no llevaban yelmo completo.

—¡Ya están aquí! —gritó el carpintero Julien, exaltado —¡Ha llegado nuestro turno!

Julien no era soldado, pero con su aspecto rudo y fortachón lo parecía. Era el líder natural de los ciudadanos en la torre.

—Vosotros dos, ¡venid! —convocó a Elion y a su hermano—. Tomad esto —indicó, señalando dos calderos ardientes—. ¡Arrojadlos sobre los salvajes en cuanto lleguen!

—¡No podemos! —se negó Elion—. Somos cátaros y estamos en contra de la violencia.

Julien hizo caso omiso de la negativa. Continuó coordinando a los hombres y mujeres a su cargo para repeler a aquellos que ya alcanzaban la brecha, arrojando todo lo que encontraran contra los invasores: agua y aceite caliente, rocas, cántaros, maderos encendidos.

Pero quien que tampoco hizo caso a las palabras de Elion fue Paul, que se sumó a la defensa, improvisada y aguerrida. El adolescente comenzó a disparar una tras otra las piedras de un montón que tenía a mano. No era un muchacho fuerte, pero no necesitaba serlo. Gracias a la altura de la muralla, sólo era cuestión de conseguir asomar el proyectil hasta el borde de un merlón y dejarlo caer: la gravedad misma se encargaría de otorgarle su potencia mortal, y Dios la puntería imprescindible para que no fuera todo en vano.

» ¿Qué haces? ¡Inconsciente! ¡Esto no somos nosotros! —le imprecó su hermano, intentando detenerlo.

—¡Es nuestro deber! —lo contradijo Paul. Algunos de los atacantes ya habían cruzado la brecha y se enfrentaban a los lanceros—. ¡Ellos son la violencia! —gritó—. ¡Vienen a matarnos, a destruir todo, a violar a nuestras mujeres y a mandarnos a la hoguera! ¡El crimen es permitírselo! Por cada francés que detengamos, ¡reducimos la violencia que ejercerán sobre los nuestros!

Los gritos de furia de los invasores se mezclaban con otros de puro dolor, cuando el aceite hirviendo de los defensores comenzó a verterse sobre quienes intentaban escalar los escombros de la brecha. Las armaduras, que segundos antes les habían ofrecido protección, ahora se convertían en trampas desesperantes, al retener contra los cuerpos el líquido hirviente que se filtraba entre sus pliegues metálicos.

El rostro de Paul estaba enrojecido, con los ojos exorbitados, casi irreconocible. Entonces, tomó la más grande de las piedras de la pila, la depositó con esfuerzo sobre la rendija inclinada entre los merlones y la dejó rodar en el momento justo, calculando la caída con acierto y golpeando de lleno a un hombre de Toulouse. El invasor se desmoronó, seguramente sin vida. El hermano pequeño de Elion acababa de asesinar a un hombre y, lejos de mostrar arrepentimiento, lo vociferaba a modo de celebración.

—¿A cuántos crees que ese traidor habría matado si entraba al Castelar? —exclamó Paul, rebozando energía—. ¿Diez, veinte? ¡Acabo de salvar esas vidas!

Intentó levantar otra piedra para repetir su hazaña.

—¡Basta! —ordenó Elion, sacudiendo a su hermano por los hombros y alejándolo a empujones de los merlones. —¡Estos no son nuestros valores! Piensa en lo que dirían los *perfectos*. No debemos aplicar violencia, ni siquiera para defendernos o proteger a otros, porque entonces nos convertimos en lo mismo que ellos. ¿Acaso quieres ser parte de la obra del maligno?

Con dificultad, Elion comenzó a arrastrar a su hermano menor en dirección a la brecha derrumbada.

—¡Suéltame, Elion! ¡Déjame luchar! ¡Tú no eres mi padre! —protestaba agitadísimo Paul. Pero Elion lo sacó de ahí por la fuerza.

—No soy tu padre, pero soy tu hermano mayor. El hombre de la familia desde que Dios se lo llevó, y debes obedecerme.

Paul refunfuñó, pero, a desgano, cedió en su resistencia.

» Nuestro padre habría dicho lo mismo que yo —intentó contemporizar Elion—. Él era un buen cátaro y se oponía a la violencia en todas sus formas.

—¡Él estaría de acuerdo conmigo! —insistió Paul—. ¡Frenar a esos asesinos es disminuir la violencia, no aumentarla! ¡Si los cátaros no podemos defendernos de quienes nos atacan, nuestro credo dejará de existir!

—Mira —se distrajo Elion, sin detenerse a rebatir este punto—, hay alguien vivo allí, entre los escombros. Ayúdame a sacarlo.

Bajo el montículo de piedras se asomaba el cuerpo de una mujer inconsciente, pero que aún respiraba. La alzaron y la cargaron hasta la torre, donde la situaron junto a otros heridos a quienes los voluntarios proporcionaban cuidados, o al menos palabras. Recuperando el aliento, Elion miró a Paul, le puso las manos sobre los hombros y dijo: —Esto, hermanito, es aplacar la violencia. Evitar el sufrimiento sin causar más. Esta es nuestra forma de ayudar. ¿Ahora lo entiendes? ¡Vamos a buscar más heridos que rescatar! —Y así lo hicieron.

Desde su posición, Elion y Paul podían ver a ambos lados: hacia afuera de la muralla, donde un mar de estandartes blancos con cruces rojas luchaba por entrar, y hacia dentro, donde se libraba una batalla campal entre los hombres de Trencavel y los invasores que ya habían penetrado en el Castelar. Mientras los cruzados franceses seguían entrando por la brecha y los defensores pugnaban por detenerlos con todo lo que podían, ya no se veían del lado de afuera más estandartes morados del traidor Toulouse. El destino de los tolosanos ya estaba definido: o habían logrado colarse en el interior del Castelar, o estaban muertos.

Un grito de ayuda se escuchó proveniente de la montaña de escombros. Un soldado carcasonés estaba colgado de las manos, a punto de ceder en su denodado agarre y caer al vacío.

Elion le extendió una mano. El hombre se aferró a ella con fuerza. Sus pies estaban suspendidos hacia el exterior de la muralla y parecía que en cualquier momento se desplomaría. Paul tomó la otra mano del hombre en peligro y empezó a tirar. Con esta ayuda, el soldado logró balancearse y apoyar una de sus piernas contra la muralla, y luego la otra. Esto le facilitó impulsarse hacia arriba y adelante y, en un esforzado movimiento, consiguió ponerse a resguardo. Trepó hasta donde estaban los hermanos, dejándose caer en la seguridad del suelo firme. Sin embargo, en la maniobra, una gran roca cedió por el empuje de sus pies y comenzó a rodar, llevándose consigo muchas otras en su caída, incluyendo a aquella sobre la cual se había parado Paul.

—¡Cuidado! —gritó Elion.

La advertencia llegó demasiado tarde. Paul perdió el equilibrio, patinó y siguió en su trayectoria descendente a las rocas que lo sostenían. Por un momento pareció que caería hasta el suelo, hacia el lado de los cruzados, pero al menos logró evitar este desastre quedando de pie sobre un trozo de estructura que sobresalía a media altura de la muralla derrumbada. Necesitaba escalar los escombros para ponerse a salvo, pero las rocas estaban flojas, y parecía una tarea imposible. El soldado al que habían rescatado respiraba agitado, aún echado al suelo, demasiado extenuado como para ayudar.

—¡No te muevas, hermano! —gritó Elion desde arriba. —¡Mantente allí aferrado, que yo te rescataré! —Elion encontró un trozo sin quemar de una de las cuerdas usadas para descender los fardos de paja. Le echó un extremo a su hermano. —¡Vamos, sube! Confía en mí. ¡Te tengo!

Paul intentó trepar con ayuda de la soga, pero no pudo. La limitada longitud de sus extremidades le impedía alcanzar cualquier punto de agarre. No tenía a mano piedras lo suficientemente firmes como para servirle de apoyo. Cada una que tocaba eran cinco que caían. Sin esa ayuda, la fuerza de Elion no era suficiente para izarlo. Paul era liviano, pero también lo era su hermano y, ni siquiera con toda su fuerza, conseguía levantarlo. —¡Ya déjalo! ¡O caerás tú también! —exclamó Paul, con lágrimas de terror en los ojos, cuando, después de un infructuoso esfuerzo, recuperó su

firmeza en el mismo punto en el que había empezado, sin lograr ascender ni un palmo. Debajo, el malón de cruzados se extendía como una manada de animales salvajes. Elion sintió terror de que su hermano cayera entre ellos. Por más que sobreviviera a la caída, esas bestias lo aniquilarían. Con desesperación, ordenó a Paul que se aferrara a la cuerda

—¡No pienso dejarte allí, insensato! ¡Te voy a salvar, o moriremos ambos! ¡Trepa! —Paul volvió a aferrarse de la cuerda y Elion tiró de ella con todas sus fuerzas. Sentía que su cabeza estallaría por el esfuerzo, y sin embargo su hermano no ascendía lo suficiente y quedaba, una vez más, en el mismo lugar, del que parecía incapaz de salir.

—¡Prométeme que no dejarás que lleguen a ellas! —rogó Paul, resignado a su inminente final.

—¡No digas tonterías, hermano! —respondió Elion, rechazando aceptar ese destino—. ¡Trepa! ¡Tú puedes hacerlo!

—¡Prométeme! —insistió Paul—. Que nada les pasará a madre y a nuestras hermanas... ¡que no permitirás que esos malditos les pongan un dedo encima!

—Te lo prometo —accedió Elion—, pero tú trepa con más fuerza, tienes que lograrlo.

Paul se aferró a la soga una tercera vez. A diferencia de las anteriores, pudo apoyar uno de sus pies un poco más arriba y se esforzó por escalar hasta allí, pero resbalaba. Las manos doloridas de Elion se negaban a soltar la soga. Con un esfuerzo ciclópeo, Paul logró subir su otro pie y apoyarlo sobre la punta de una piedra que, sorprendentemente, no rodó. Elion respiró por un instante, al notar que gracias a este nuevo punto de apoyo la fuerza con la que la cuerda tironeaba hacia abajo disminuía notablemente. Pero aún quedaba mucho por escalar. —¡Sólo un poco más! —animó a su hermano, listo para renovar el esfuerzo en un nuevo tirón. Sin soltarse de la cuerda, Paul oteó desesperadamente a su alrededor en busca de un nuevo punto de sostén para ascender más, pero no había nada a su alcance. La fuerza de Elion ya se había demostrado insuficiente para elevarlo sin apoyo. —Lo siento, hermano... ¡es imposible! —gimoteó desahuciado. Entonces, el hombre al que habían rescatado, ya recuperado, se acercó y tomó la cuerda, sumando sus fuerzas a las de Elion.

Entre los dos lograron contrarrestar el peso de Paul, que subió algunas varas más hasta dar con un nuevo escalón, endeble y quebradizo, pero mucho más cerca del adarve. Esto hizo posible alcanzar sus manos. Elion gozó el enorme alivio de sentir nuevamente el tacto de su hermano. Había temido que esto jamás sucediera.

—¡Ya estás casi aquí! —dijo.

Elion y el soldado tomaron a Paul de cada brazo. El joven logró apoyar su pie en una roca firme. Ya sólo faltaba un tramo final para subir hasta ellos. Estaban cerca del éxito cuando, desde detrás del hombro de Paul, Elion vio a un cruzado corpulento debajo de la muralla. En lugar de correr con los otros, se había detenido y los observaba. No podía ver su rostro, cubierto por un yelmo de máscara completa. Lo que sí notó es que el cruzado tensaba una flecha y apuntaba hacia ellos. —¡Vamos, hermano! ¡Un último esfuerzo! —se exasperó Elion mientras el cruzado lanzaba la flecha, afortunadamente errando el tiro. El frustrado asesino ahora tensaba otra flecha. —¡Apúrate, Paul! —gritó Elion, desesperado. Paul consiguió trepar un paso y luego otro. Estaba a

punto de alcanzar la seguridad cuando sus ojos se abrieron en una expresión de sorpresa y un hilo de sangre comenzó a brotar de su boca. Paul se desplomó a los pies de Elion. La flecha del cruzado lo había atravesado desde la espalda y asomaba por el pecho. Los espasmos de Paul cesaron, y Elion comprendió que su alma acababa de abandonar su cuerpo. —¡No, hermanito, no! —gimió, abrumado por un dolor insoportable.

—Lo siento —murmuró el soldado, apesadumbrado por el trágico desenlace.

—¿Por qué? —sollozó Elion, sacudiendo el cuerpo inerte de su hermano menor en la esperanza de que un hilo de vida volviera a él y despertara. —Mi hermanito Paul... ¿Por qué?

Ellos habían elegido abstenerse de toda violencia, abocándose en cambio a labores de rescate y, sin embargo, ese hombre los había tomado como blanco de su flecha fatal. Ese hombre... Elion se asomó al muro. Su corazón ardió de ira al ver que el cruzado aún estaba allí. —¡Maldito! —clamó, mientras tomaba una de las piedras y la arrojaba en su dirección, con su puntería guiada por la ira de Dios. El cruzado miró hacia arriba justo cuando la piedra se le estampó en la cara. Cayó al suelo, muerto. Elion había vengado a su hermano.

Este hecho lo insufló de una satisfacción fugaz. Iba en contra de sus enseñanzas, o de lo que había interpretado de ellas, pero nada de eso parecía importar. Los cruzados se agolpaban cerca de la pared, esperando su turno para colarse por la brecha. Junto al cuerpo sin vida y aún tibio de su querido hermano, Elion agarró una nueva roca para arrojarla contra los enemigos, y luego otra. Pronto, se convirtió en uno más en el desesperado esfuerzo bélico de los carcasoneses. Tal vez, de esa manera, lograra mitigar el dolor que lo quemaba por dentro, y que apenas empezaba a agigantarse.

Primos hermanos

15 de agosto de 1209
Vanguardia del ejército cruzado,
en el exterior de la muralla del Castelar

Apenas la brecha se abrió quebrando la muralla y Montfort gritó la orden de asalto, Wilhelmina notó la cruda desigualdad entre sus habilidades y las de sus compañeros de armas. En sus experiencias bélicas anteriores, la rapidez de sus piernas no había sido un asunto. Su caballo, *Sisalle*, era más veloz que cualquier otro. Pero hoy *Sisalle* pastaba tranquilo en Sant Vincent, alejado del conflicto junto a los demás animales y al personal no combatiente de los cruzados, incluido el cobarde representante papal Arnaud Amalric. Ella, a pesar de ser mujer, arriesgaba su vida en esa carrera mortal, y lo hacía en inferioridad de condiciones. Incapaz de mantenerse a la par de sus compañeros, Wilhelmina se esforzaba al máximo por seguirles el ritmo. A pesar de su mejor empeño, todos la superaban en esa carrera mortal hacia el corazón del Castelar, inalcanzables. Se sintió inútil. Berald, procurando honrar la promesa que se habían hecho, se rezagó para permanecer a su lado. Juntos vieron cómo los que venían detrás de ellos los adelantaban y ganaban una distancia irrecuperable, haciendo retumbar la tierra a su paso.

Los tiros de los defensores carcasoneses comenzaron a alcanzarlos. Adelante, sus compañeros se refugiaron en formación de testudo, uniendo sus escudos en grupos de diez o doce, creando parapetos para protegerse de los proyectiles enemigos. Pero ellos dos, rezagados, sólo contaban con sus escudos personales, quedando significativamente más expuestos. La tierra retumbó de nuevo. Los cruzados franceses de Montfort, que habían iniciado la carrera después de los de Toulouse, también comenzaron a superarlos. Wilhelmina se sintió humillada por las limitaciones de su cuerpo femenino, pero pronto vio una oportunidad. Cuando se acercaron lo suficiente a un grupo de franceses, ella y Berald se sumaron al testudo que formaban. Golpes secos percutían en el improvisado techo que se trasladaba a un ritmo extenuante. Así avanzaron juntos hasta alcanzar la muralla derruida. Fue en ese instante que el verdadero desafío comenzó.

Al caer, los bloques de piedra que formaban la muralla habían dejado una montaña de escombros que obstaculizaban el avance. La brecha no se había abierto completamente hasta el nivel del suelo, sino que era necesario trepar a los inestables cascotes para pasar al otro lado. Esta tarea habría resultado imposible a lomos de un caballo y esto confirmó, una vez más, que el comandante Montfort no daba puntada sin hilo. Los hombres que escalaban, entre piedras y baldosas resbaladizas cubiertas de los líquidos vertidos por los defensores, a menudo se veían envueltos en accidentes. Muchos quedaban con un pie atascado o caían hacia atrás, golpeándose la cabeza. Los que venían detrás no dudaban en pisar a los accidentados con tal de pasar al otro lado. Algunos reptaban, haciendo chirriar sus armaduras contra la roca. Los lanceros carcasoneses que aguardaban dentro del Castelar parecían una amenaza menor en comparación con la caótica vorágine de la brecha. Los cruzados se empujaban unos a otros; eran aplastados por las piedras sueltas y la interminable lluvia de objetos contundentes que recibían desde las almenas.

Además de luchar contra la marea humana, la gravedad y los proyectiles, Wilhelmina luchaba por no perder de vista a Berald. Sabía que, una vez dentro del suburbio, él estaría peligrosamente

desprotegido. Su arma principal, el arco, no le sería útil en la pelea cuerpo a cuerpo, y aunque llevaba una espada corta, no era especialmente diestro con ella. No le serviría de mucho contra aquellos defensores enfurecidos, dispuestos a todo por proteger a la tierra que amaban.

Ni bien ingresar al Castelar, Wilhelmina perdió de vista a Berald. La promesa de permanecer unidos resultó imposible de cumplir en el fragor de la batalla. Wilhelmina se desesperó. Miró por encima de la multitud de soldados que ya se batían en combates brutales, pero un embate inesperado, y la necesidad de defenderse, la distrajeron.

Wilhelmina no quería matar. Había accedido a la campaña a regañadientes, dispuesta a cumplir con la orden de su padre aun en contra de sus deseos. Pero no odiaba a los hombres de Trencavel, más bien lo contrario. Sentía que la verdad y la justicia estaban de su lado y no del de los cruzados. Su participación se limitaría a defenderse, causando el menor daño posible a sus oponentes. A unos pasos de ella, vio al principal responsable de esta calamidad. Su padre, el conde Raimond VI de Toulouse, estaba siendo atacado. Aunque en enfrentamientos anteriores lo había visto luchar con brío por defender a su pueblo, hoy se lo percibía perplejo y desganado, atrapado entre sus extraños sentidos del deber y la moral.

El instinto de supervivencia se impuso sobre cualquier otra consideración. Un soldado de Trencavel, cargado de ira, arremetió contra Wilhelmina con tal furia que la derribó al suelo. El hombre comenzó a darle puntapiés en el estómago y el pecho; golpes que su armadura no amortiguaban del todo. Wilhelmina sintió que el dolor la hacía desfallecer. Había perdido la capacidad de respuesta. Hasta que alguien empujó bestialmente al agresor hacia atrás, dándole a Wilhelmina el respiro necesario para levantarse. El cruzado que así intervino desapareció al instante, liberándola de la necesidad de palabras de agradecimiento.

Wilhelmina recogió su espada y arremetió contra el carcasonés que la había atacado. Igualados ahora en su cólera, las fuerzas de ambos combatientes también se nivelaron, y la destreza de Wilhelmina con el afilado metal se hizo evidente, otorgándole ventaja sobre su adversario. No luchaba contra un soldado de Trencavel como tal, sino contra el dolor y la muerte. Sin pensarlo dos veces, aprovechó la primera oportunidad para acabar con su oponente. Con un movimiento rápido y preciso, clavó su espada en el cuello del soldado, para luego retirarla con prontitud y seguir luchando contra un nuevo contrincante que surgió tras de él, a quien abatió sin tregua, con la fuerza nacida de la desesperación.

El entrenamiento recibido del maestro Saissac en las artes de la caballería se había convertido en una herramienta esencial para la supervivencia. Con cada oponente que caía ante ella, se iba sumergiendo más y más en un extraño frenesí. Todo a su alrededor se volvió borroso; no había más opciones, sólo el filo de su espada y los cuerpos que caían a su paso. Se dio cuenta de que la gente empezaba a retroceder ante ella. Su corazón trepidaba. El miedo y la adrenalina se mezclaban en un amasijo inescrutable. Desde la violenta velocidad de su danza detectó miradas con algo más que respeto: era temor. Un miedo evidente que la hizo cuestionar en qué se había convertido en ese instante de locura y sangre.

***

En medio del combate, Wilhelmina vislumbra un carcasonés vestido con una armadura oscura, más ornada que las demás, debatiéndose ferozmente contra uno de los soldados de Baduino. Con un movimiento rápido ella podría acabarlo, y se prepara para hacerlo. Levanta su espada en un arco letal. Sin embargo, el hombre parece sentir su presencia y se da vuelta. Cuando sus ojos se encuentran, Wilhelmina descubre que está frente al vizconde Trencavel, su primo. El mundo parece detenerse. La espada en el aire desciende, pero ella desvía el golpe en el último segundo, apenas rozando al legítimo líder de Carcasona.

Trencavel se queda congelado, en posición defensiva, pero sin intención de atacar. Se miran intensamente. Un caleidoscopio de emociones desfila entre ellos: incredulidad, remordimiento, reconocimiento. Luego se apartan en direcciones opuestas, tan lejos del otro como les es posible.

Cruzados y defensores, testigos de este inusual intercambio, quedan perplejos. Por un breve momento, el desenfreno de las matanzas parece pausar para comprender lo que acaba de suceder.

Ambos primos retoman sus respectivas luchas rabiosas, pero el instante en el que se enfrentaron y se evitaron quedará grabado por siempre en sus memorias.

¡Sobre mi cadáver!

15 de agosto de 1209
Enfrentamiento entre ambos ejércitos,
en las calles del burgo de Castelar, frente norte

Los cruzados estaban por todos lados. Se propagaban por las calles del Castelar, multiplicándose como una plaga de langostas, y sembrando un reguero de heridos y muertos en su camino. El vizconde Trencavel luchaba con furia desbocada, en general contra contendientes más altos y menos diestros, viendo cómo la incontenible marea de la batalla amenazaba con hundir a su pueblo para siempre. El primer atisbo de la derrota lo vapuleó cuando vio a Wilhelmina de Toulouse empuñando su espada contra él. Desde entonces, la espantosa sensación no hizo más que empeorar. La sola presencia del emblema de Toulouse entre los atacantes le dolía en el alma, pero no fue hasta el momento en que reconoció a Wilhelmina que la aciaga realidad terminó de asentarse en él. Su corazón se detuvo por un instante. No quería creer lo que sus ojos veían. La traición se sintió como un veneno lento que le corrompía las entrañas y no le permitía pensar. Con su prima apostada frente a él, espada en mano, invadiendo su hogar junto a sus peores enemigos, la vio dando sus primeros pasos en el patio de armas del castillo de Toulouse. Él y los demás niños se reían cada vez que la pequeña caía; pero ella no lloraba, se levantaba una y otra vez y lo volvía a intentar. Recordó también como unos años más tarde, en un juego infantil que con caballos de palo imitaba un torneo de justas, Wilhelmina se encaprichó con hacer de caballero y no de dama como las otras niñas, y terminó vencedora de la contienda. En realidad, él le había dejado ganar gustosamente el último desafío. Su sonrisa alegre e ilusionada le había valido más que el simbólico trofeo de madera pintada. Eran más que primos, eran amigos. Y ahora se encontraban en lados opuestos de una guerra que ninguno había elegido.

El instante en que la vio fue fugaz. A Trencavel no se le pasó por alto que, pudiéndolo tomar desprevenido para herirlo, o peor, Wilhelmina había optado por no hacerlo. La excepcional nobleza de la hija confirmaba la perversidad del padre, su tío Raimond de Toulouse, que había arrastrado a buenas personas como ella a esta imperdonable guerra fratricida. Tras ese amargo encuentro, la moral de Trencavel quedó destrozada. Dolido y decepcionado, no pudo más que dejarse llevar por la locura de un combate feroz. Su propia familia luchaba contra él, pero el desastre iba aún más lejos que eso: Las filas enemigas eran demasiado numerosas. El Castelar estaba al borde del colapso.

Los carcasoneses dejaban la vida con valentía en la defensa de su suburbio, pero por cada francés que caía, otro emergía. La diferencia numérica era cada vez más abrumadora. De norte a sur, las calles del Castelar fueron quedando en posesión de los soldados cruzados, que se apostaban en las esquinas impidiendo el paso de los defensores y matando a quien quiera que se atreviera a poner pie sobre los territorios tomados. La defensa no tenía otro remedio que retirarse hacia el sur, y a cada instante iba perdiendo más terreno. Los civiles en las cuadras aún libres, impotentes, intentaban huir hacia el bastión meridional en busca de refugio, antes de que la avalancha de cruzados arrasara con sus hogares, destruyendo todo a su paso e impidiéndoles la salida.

Trencavel veía a sus hombres retroceder o caer muertos a medida que los cruzados tomaban

posesión, calle tras calle, de su burgo. Lo hacían en forma salvaje, matando sin piedad a sus indefensos habitantes. La realidad de la derrota se tornaba cada vez más innegable, pero Trencavel prefería morir luchando antes que dar una orden de retirada. Perder el Castelar, último suburbio que protegía su ciudad y que servía de entrada de alimentos para Carcasona, no representaba para él únicamente una derrota militar, sino también una impensable derrota emocional y personal. Se batiría contra ella hasta las últimas consecuencias.

—¡A ellos! ¡Todavía no estamos perdidos! ¡Luchad! —gritaba fuera de sí, alzando su voz por encima del clamor del acero y el miedo. Pero los cadáveres de los hombres de Trencavel se apilaban en las calles.

En esa lucha desesperada, Trencavel sabía que la memoria de su nombre para la posteridad pendía de un hilo tan delgado como el filo de las espadas.

***

Trencavel abate a otro hombre. Ha perdido la cuenta de cuántos van ya, y evita mirarlos a los ojos. Su mente ha quedado en blanco, atrapando a su conciencia en una celda vacía y cediendo el control al más salvaje de los instintos. Su espada gotea la sangre fundida de numerosos enemigos. Parece que se maneja sola, y que él ya no ejerce poder alguno sobre ella. Pero su claridad mental vuelve a él de repente cuando, entre la multitud de atacantes, reconoce el perfil de una figura inconfundible: la del mismísimo Simón de Montfort. Recién ahora, que el combate estaba prácticamente ganado por los cruzados, el comandante aparecía, altivo e impoluto, mientras que Trencavel venía resistiendo hacía horas en primera línea, y estaba agotado por el peligro y el esfuerzo.

Trencavel no conocía a Montfort en persona, pero no tiene dudas de que se trata de él. Por su paso avasallador, por la impresionante armadura labrada con su insignia de un león de dos colas, y por la escolta de diez hombres que lo custodian en su avance, cual si fueran los lictores de un legatus romano. Pero, sobre todas las cosas, lo que a Trencavel termina de convencerlo es la presencia del enorme mastín negro que camina a su lado, protegido por una ridícula cota de malla. Al parecer, el legendario *Sansâme* no era un mito, sino una perturbadora realidad. Seguido por sus propios escoltas, Trencavel avanza a paso firme hasta el líder cruzado y, con la frente en alto, le planta cara, deteniéndose a unos pasos de él. Montfort tampoco parece dudar acerca de la identidad de quien lo enfrenta. Sin demostrar un ápice de incertidumbre, se levanta la visera del yelmo para mirarlo a los ojos.

—Vizconde Trencavel, ¡al fin te conozco en persona! —dice con voz serena y resonante, eligiendo el tuteo como una forma sutil de reflejar su sentimiento de superioridad sobre el otro —. El Castelar ya es mío. Te ofrezco la oportunidad de rendir también a Carcasona, si es que deseas evitar más muerte y desolación para tu gente.

—¡Sobre mi cadáver! —contesta Trencavel con desdén.

Montfort emite un graznido ante esta respuesta.

Como si una señal invisible hubiera sido dada, los soldados de ambos bandos forman un círculo alrededor de sus líderes, dando espacio al espontáneo intercambio, de momento diplomático, entre ambos.

—Mira a tu alrededor, Trencavel. Tu suburbio está perdido... no hay salida posible. Sé razonable. No existe esperanza alguna para vosotros de recuperarlo. ¡La victoria es nuestra!

—¡La batalla no ha terminado! —gruñe Trencavel, inundado de ira. —¡Y no te será posible gozar de una victoria si estás muerto! —La espada de Trencavel apunta amenazante al rostro de Montfort. Éste, precavido, se baja el protector del yelmo e interpone su escudo, pero en lugar de entrar en combate, continúa hablando, con un tono irritantemente impasible:

—Ay, Trencavel, Trencavel... ¿Acaso no puedes ver lo evidente? Si no te rindes, sólo causarás más muertes. Sin el Castelar pronto os quedaréis sin alimentos ni agua. Todos los días te caerán, por sobre tus murallas, las cabezas decapitadas de los prisioneros que tomemos aquí hoy, hasta que termines por ceder. ¡Evitemos ese juego perverso! Ríndete ahora y ahorra el sufrimiento innecesario de tu gente.

—¡El Castelar no habrá caído hasta que yo no esté muerto! —exclama el vizconde, impermeable. Consciente de que parlamentar no conduciría a ninguna parte, decide jugárselo todo a su habilidad con la espada, y da su primera estocada, con la intención clara de matar a su oponente.

—¡Eso no será un problema! —consigue decir éste, tras esquivarlo y devolver el ataque con equivalente violencia.

Respetando el duelo personal entre los dos líderes como una cuestión de honor, los soldados de ambos lados se abstienen de intervenir, aunque permanecen en alerta. Simón de Montfort toma la ofensiva. Su espada se desliza con energía salvaje. Trencavel lo esquiva una vez tras otra, contrarrestando sus golpes con una agilidad sin precedentes. Su enemigo está nuevo, pero Trencavel ya está entrado en calor. Su destreza está tan afinada que parece sobrenatural, potenciada por una fuerza que viene del cielo y que sólo es capaz de aflorar en la lucha más importante de la vida de un hombre.

—Ríndete —brama Montfort, cuando logra una posición ligeramente ventajosa sobre su oponente.

—Jamás —repone el vizconde de Carcasona, que pronto se recupera con destreza.

La juventud y vigor de un Trencavel poseído por la convicción y el *paratge* comienza a prevalecer por sobre la madurez fría de su contrincante. La espada de Trencavel baila en su mano. Montfort se ve obligado a retroceder, quedando en una situación vulnerable, en la que a duras penas se defiende. Trencavel grita desaforado. Montfort trastabilla; Trencavel percibe el olor a miedo que despide el pérfido cuerpo del francés. ¡Lo tiene! El escudo del mayor verdugo de los cátaros se quiebra, abriendo una inmensa esperanza a sus embates imparables. ¡Pronto podrá alcanzarlo con la punta de su espada y terminar, junto con su vida, con el sufrimiento de tantos inocentes!

Cuando Trencavel se apresta a materializar su ventaja con una incisión final, un dolor agudo y tirante en su pierna izquierda lo obliga a detenerse. *Sansâme*, el salvaje perro de guerra de Montfort, lo ha mordido, clavando sus filosos colmillos entre las cadenas de su calza de malla, y no parece dispuesto a soltarlo. Con un grito desgarrador, Trencavel golpea al perro con su espada. Aunque la curiosa armadura del animal lo protege de un daño mayor, el impacto logra ahuyentarlo momentáneamente. Montfort rearma su postura defensiva. La abrumadora ventaja de Trencavel se ha difuminado. A pesar de su cansancio extremo, el vizconde arremete nuevamente con todas sus fuerzas contra el comandante enemigo. ¡Y logra doblegarlo otra vez! Gozoso, escucha las voces de su gente que celebran la proeza. Pero el maldito perro es tenaz, y el sucio adversario por supuesto no lo retira del asunto. *Sansâme* vuelve al ataque, entrometiéndose entre ambos combatientes y desequilibrando ilícitamente la contienda en favor de su amo. Enfermo de rabia, Trencavel levanta su espada contra el salvaje mastín y la derrumba sobre él con toda su fuerza, cortándole un considerable trozo de su larga cola negra. El animal emite un aullido agudo y se arroja al suelo, retorciéndose de dolor, mientras un chorro de sangre fluye de su rabo mutilado. Montfort reacciona con un petrificante grito de locura. Conmovido por el incidente, o acaso usándolo como pretexto para escabullirse de un duelo personal en el que estaba siendo aplastado, se agacha a atender a su perro a la vez que, señalando a Trencavel y mirando a sus guardias, se confiesa ante todos como un cobarde:

—¡Apresadlo con vida!

***

Los guardias de Montfort, en tropel, se vinieron encima de Trencavel, mientras Montfort huía con su perro herido a cuestas. —¡Vuelve aquí, cobarde! ¡Lucha como un hombre! —gritó el vizconde. Varios soldados de Carcasona acudieron al rescate del victorioso Trencavel, logrando abatir a algunos franceses. No obstante, en ese estrecho callejón, al igual que en el resto de Castelar, los defensores eran muchos menos que sus oponentes. Sólo quedaban el vizconde y un pequeño grupo de sus fieles seguidores en contra de una multitud abrumadora de enemigos. Por más que combatieran inspirados por la bravía que acababan de presenciar, la superioridad numérica cruzada era incontestable. Trencavel empezó a albergar el temor de ser apresado y torturado por esos desalmados. Amaba la vida, pero se sorprendió pensando que quizás mejor sería morir.

En ese instante, el senescal Renaud emergió de la nada con varias docenas de sus hombres. Su irrupción providencial equilibró las fuerzas en juego. Renaud, espada en mano, se abría paso entre los enemigos con la precisión de la experiencia y la fuerza de la justicia. A su lado, Trencavel recuperó el aliento, revitalizado por la llegada de sus refuerzos.

—¡Vizconde! ¡Por aquí! —clamó el senescal, escapando del tumulto en dirección sur, mientras sus hombres contenían con solvencia a los soldados de Montfort. Trencavel lo siguió. Juntos doblaron varias esquinas hasta que se sintieron seguros.

—Gracias a Dios habéis llegado, Yves. ¡Ya casi me tenían! —reconoció Trencavel, que apenas conseguía mantenerse en pie de la extenuación.

—No hay tiempo para agradecimientos, mi señor —respondió el senescal Renaud—. Vuestra vida y la de todos nosotros penden de un hilo. ¡Estamos irremontablemente superados en fuerzas! La única salida posible es que ordenéis la retirada.

—¿Retirada? ¿Pero cómo podéis proponer algo así? Jamás esperaría ese consejo de un hombre tan leal y astuto como vos... ¡No somos cobardes!

El rostro del senescal Renaud no se inmutó. Sus ojos seguían atentos el avance de los hombres a los que acababan de enfrentarse, refrenado por los defensores.

—Saber retirarse en el momento correcto no es cobardía, señor, sino una estrategia prudente.

Renaud fue conciso en su reporte. Los cruzados eran demasiados, y los estaban masacrando. La mayoría de los defensores habían caído ya. Los enemigos habían tomado posesión efectiva del frente norte y avanzaban implacables hacia el sur. Las barricadas se estaban probando efectivas en detener su avance, por el momento, pero pronto lograrían vencer ese obstáculo también y ya nada los detendría.

A una cada vez menor distancia, los hombres de Trencavel y los cruzados se trenzaban en refriegas salvajes. Renaud guio a Trencavel en dirección contraria una vez más, buscando tanto alejarlo del peligro como terminar de convencerlo.

» El Castelar está perdido, mi señor, ¡seamos realistas! —clamó Renaud con crudeza. Trencavel fue a protestar, pero Renaud lo interrumpió —¡El Castelar está perdido, pero Carcasona no! —Trencavel frunció el ceño—. Vuestro principal deber es proteger a la *cité*. ¿Qué sería de Carcasona sin su vizconde? ¡Os necesitamos con vida!

Trencavel se atrevió a reflexionar. La imagen de los carcasoneses, atrapados dentro de las murallas, enfrentando un cruento asedio en medio de la desolación, el duelo, el hambre y la sed, lo azotó como un látigo con puntas de clavos. Pensó con angustia en su hijo... luego en su esposa Agnès. ¡Cuánto más difícil les sería lidiar con todo esto si él no sobrevivía para defenderlos! Leyendo la duda en su semblante, el senescal Renaud continuó:

» ¡Vos sois el alma de Carcasona, Trencavel! ¡No debéis darle la espalda a vuestra gente! ¡Regresad y salvad a tantos como podáis! Mi mesnada y yo cubriremos la retirada, conteniendo a los cruzados en la boca del embudo el mayor tiempo posible.

El “embudo” era el término que los defensores habían asignado a una compleja red de empalizadas, construidas meticulosamente en previsión de esta invasión. Este sistema defensivo tenía como propósito impedir que los invasores avanzaran hacia el bastión meridional del suburbio. Mediante el bloqueo estratégico de calles, habían trazado un sofisticado laberinto con el fin de confundir y frenar a los atacantes; sólo los locales conocían la salida. El tramo final del laberinto, una vía estrecha y escondida, era conocida como la “boca del embudo”. Desde este punto crucial, los hombres del senescal resistirían heroicamente hasta el final, con un fin noble: el de ganar tiempo precioso para que los demás soldados, milicianos y habitantes del burgo alcanzaran la seguridad tras los imponentes muros de la *cité* de Carcasona.

***

Trencavel se enfrenta a la decisión más amarga de su vida. Con pesadumbre, pronuncia la orden que nunca pensó dar: —¡Retirada! —La palabra agrieta sus labios, y su corazón se parte en mil pedazos al repetirla una y otra vez para que todos la oigan. —¡Retirada! ¡Retirada!

Los corneteros replican la orden con sus instrumentos, anunciando a todo el mundo que es hora de partir.

Trencavel inicia una carrera frenética. Conoce cada recoveco de las calles que conducen hacia el establo fortificado, en el bastión meridional del Castelar, todavía libre de la presencia francesa.

—¡A Carcasona! ¡Todos a Carcasona! ¡Caballeros, a vuestros caballos! ¡Retirada a Carcasona! —grita con voz ronca, levantando su espada en alto como señal para que lo sigan.

Una larga fila de defensores responde a la llamada. Emergen de todos los rincones y siguen el camino marcado por él y Renaud, abatiendo cruzados a su paso, cuando no son ellos los abatidos. En la boca del embudo, Renaud y el grupo selecto de sus guerreros más valientes se disponen en dos filas. Los defensores en retirada ingresan al bastión meridional por el estrecho pasillo abierto entre sus compañeros de armas. En masa, no tienen dificultad para derrotar a los aislados enemigos que aparecen. En cuanto el grueso de los cruzados descifre el laberinto, los hombres de Renaud cerrarán ese pasillo formando un sólido tapón humano que los retendrá por el máximo tiempo posible.

La carrera por ingresar al bastión meridional es frenética. Aquellos que no lo consigan antes de su clausura, no lo conseguirán nunca. Pasarán a formar parte del tapón, enfrentando a los enemigos. La mayoría sacrificará sus vidas por la causa, y los demás serán tomados prisioneros.

Ya en el sur, antes de separarse, Trencavel se dirige a su senescal por última vez:

—¡Carcasona también te necesita, Yves! ¡Y yo te necesito! ¡Prométeme que regresarás con vida!

Renaud responde con una mirada firme y decidida:

—Mi deber primordial es asegurar que los cruzados no rompan nuestras líneas, mi señor. Pero os prometo que haré cuanto esté en mi poder para honrar vuestra petición.

Trencavel asiente con la cabeza. Su silencio esconde un agradecimiento no pronunciado, y el temor abrasador de nunca volver a ver a su más leal servidor. Con pasos rápidos y decididos, guía a sus caballeros hacia el establo fortificado en el que sus monturas los esperan, listas para conducirlos, a todo galope, hacia la ciudadela. Carcasona, comprensiva e incondicional como una buena madre, abre sus puertas de par en par para acoger amorosamente a sus hijos, aun en el fracaso.

La retirada

15 de agosto de 1209
Establo fortificado de la defensa,
bastión meridional del Castelar
Unos minutos antes

—¡Dios mío! ¡Nos han vencido! ¿Qué será de nosotras ahora? —Al escuchar las cornetas de retirada, las desgastadas mujeres que ayudaban en el establo fortificado del sur del Castelar entraron en pánico. Algunas lloraban, aunque de sus ojos no salían lágrimas; después de tres semanas de beber lo mínimo para subsistir, ya no conseguían generarlas. Devastadas por la angustia, se juntaron en un abrazo colectivo, como si la unión pudiera protegerlas de la catástrofe que les esperaba ahora que el suburbio había sucumbido.

Ermessenda fue la primera en soltarse del abrazo. Intentaba mantener su compostura para no angustiar aún más a las demás. Se mordió los labios conteniendo el quejido atorado en su garganta. Había viajado a Carcasona con un plan que, según sus especulaciones, podría haber ayudado a sus habitantes a huir de esta debacle, pero había fracasado. Sin rastro del túnel, la situación era completamente desmoralizadora. No sólo había hecho perder tiempo y fuerzas en extenuantes excavaciones a los ya sufridos carcasoneses, sino que ahora ella, así como Guy y Arthur que la habían acompañado en esta temeraria misión, se encontraban atrapados en el corazón del peligro. Carcasona sentía la soga ajustándosele al cuello. Las posibilidades de Ermessenda de salir ilesa de este letal asedio eran tan escuetas como las de cualquier otro ciudadano. Peor aún: considerando su lazo con el catarismo, y el apetito de Montfort por secuestros de nobles, eran prácticamente nulas.

—¡A sus puestos, todo el mundo! —las sobresaltó la voz de Ulric, el condestable de Carcasona —. ¡No hay tiempo para lágrimas! La operación de retirada se ha iniciado. ¡Preparad los caballos! —Todas se pusieron de pie, dejando sus lamentos por algo más urgente. Lo único a lo que en ese momento tenían acceso los carcasoneses, que los cruzados no, eran los caballos. Estos buenos animales, gracias a su mayor rapidez, permitirían que quienes pudieran montarse a ellos lograran refugio detrás de la gran muralla de Carcasona, no muy lejana de allí.

—¡Vosotras cuatro! —dijo Guy, que se había erigido como la mano derecha de Ulric—. Corred hasta la esquina y avisadnos cuando aparezcan nuestros soldados.

Ermessenda no replicó. Aunque estaba acostumbrada a tener autoridad sobre Guy, y no a la inversa, la urgencia todo lo trastocaba. Junto con la joven Evelina y dos compañeras, se asomaron a la desierta esquina. Miraban en lontananza, expectantes. Habían llevado cantimploras con agua, y les demandaba una enorme fuerza de voluntad abstenerse de beberla; nadie la necesitaba más que aquellos valientes que pronto llegarían.

El bastión que separaba Carcasona de la zona tomada del Castelar aún estaba libre de cruzados. Pero no permanecería así por mucho tiempo. ¿Cuánto más? Eso dependía de la capacidad de los defensores más sacrificados para cubrir la retirada de sus compañeros más privilegiados, resistiendo el avance francés en la boca del embudo. Numerosas columnas de humo negro y

espeso se alzaban al cielo. El aire rancio picaba en los ojos y en las gargantas enardecidas por la sed persistente, y nunca saciada, de las últimas semanas. Evelina tosió profusamente. —¿Por qué hay tanto humo? —preguntó, mirando a las cantimploras.

—Fueron las órdenes de Trencavel —explicó Ermessenda, que no sólo estaba al tanto de los detalles del plan de retirada, sino que había participado activamente en su programación—. Los ciudadanos del Castelar tienen órdenes de incendiar sus hogares al abandonarlos para buscar refugio en Carcasona. Así, los cruzados no tendrán botín que tomar, ni estructuras en las que alojarse cerca de la ciudad.

Los ojos de Evelina se abrieron en una mueca de sorpresa; Ermessenda no supo reconocer si prevalecía en ella la aprobación o el horror. La jovencita comenzó a hilvanar una respuesta cuando un grupo de hombres apareció a la distancia. Corrían hacia ellas desaforados, entre la neblina oscura que invadía el aire.

—¡Es Trencavel! —reconoció Evelina inexplicablemente, ya que el hombre que llegaba se veía transfigurado por el agotamiento.

—¡Y Pierre Roger de Cabaret y Raimond Miré! —exclamó Irenèu, una de las chicas que las acompañaba.

—El de atrás me parece que es el halconero —acotó la otra, Isangarda, aunque no estaba del todo segura.

Irenèu e Isangarda se precipitaron hacia el establo para informar a los mozos de cuadra de alistar las monturas de estos hombres.

Evelina se adelantó para asegurarse de que Trencavel fuera el primero en recibir agua, y de sus manos. El alivio de verlo llegar con vida se traslucía en sus ojos enamorados. Lo único realmente importante para ella estaba allí, y la hacía olvidar el horror de la derrota y las perspectivas futuras.

Los soldados bebieron de las cantimploras con una fruición rayana a la desesperación.

—¿Dónde están los caballos? —preguntó Trencavel. Su aspecto era deplorable, con abolladuras en la armadura, barro y sangre por doquier.

—Ya los traen, mi señor —contestó Evelina con una adoración tan mal disimulada que habría hecho que su hermana mayor la regañara por su coqueteo, completamente fuera de lugar en esas circunstancias nefastas. Pero Ermessenda no era quien para decirle nada y Alaïs no estaba con ellas, ya que permanecía en el *scriptorium* del Château, custodiando a los niños de Carcasona. Los mozos de cuadra emergieron entre la negrura con varios caballos tomados de las riendas, liderados por el condestable.

—Vuestra montura, señor vizconde —Ulric le entregó su caballo—. Aquí está *Tormenta Negra* para Cabaret y *Galante* para Miré, y en un momento traeremos a *Cadel* para el señor halconero.

Los soldados en retirada arribaban por docenas.

—¡No hay tiempo para eso! ¡Entregad los caballos al primero que llegue, sin importar quién monte a quién! ¡Rápido! —gritó Trencavel.

—Así lo haremos, mi señor —confirmó Ulric— y no abandonaremos el establo hasta que el último equino haya sido entregado.

—¡El último no! ¡Apartad doce caballos para Renaud y su grupo, que cubren nuestra retirada! Al sonar las campanas, vendrán por ellos. ¡Estad preparados para una dotación ágil y eficiente! —exclamó Trencavel con intensidad, y se unió al grupo de hombres montados, en rauda retirada hacia la seguridad de la ciudadela.

A cada afortunado carcasonés que llegaba se le suministraba un caballo. La derrota había demacrado sus rostros, que lloraban en silencio. Ermessenda vio con aprensión cómo *Violante*, su noble yegua, era asignada a un soldado malherido. Al verla partir a toda velocidad, el temor de que se topara con algún enemigo le oprimió el corazón. Miró al cielo, rogando que Renaud y los suyos lograran impedir el avance de los cruzados por el tiempo suficiente.

La afluencia de soldados se ralentizó y luego cesó. ¿Acaso tan pocos habían sobrevivido? Aún quedaban varias docenas de caballos disponibles, pero no aparecían más soldados para reclamarlos. Por ello, comenzaron a ofrecerlos a los ciudadanos comunes del Castelar que desesperadamente corrían en dirección a Carcasona desde las llamas de sus hogares quemados. Algunos, que jamás habían montado, preferían enfrentarse a lo desconocido con tal de ganar la velocidad que podría salvarles la vida.

Como el momento clave se acercaba, Ermessenda se acercó a Guy y Ulric con una idea en mente:

—Es peligroso esperar a que Trencavel toque las campanas —advirtió—. En cuanto los hombres del senescal se retiren, los cruzados enseguida atravesarán el tapón y causarán estragos; nos atacarán y robarán los caballos que nos queden.

—Ese es ciertamente un riesgo considerable, pero ¿qué podríamos hacer para evitarlo? —preguntó Ulric, desanimado.

—¡Redoblemos la apuesta! —propuso Ermessenda—. Llevemos dos caballos cada uno hasta la boca del embudo. Nuestros hombres, posicionados en el interior del bastión, podrán montarse rápidamente a los caballos, impidiendo que los cruzados se les adelanten.

—¡Eso haremos! —decidió Ulric, declarándose un valiente, ya que no podía ignorar que la lucha en el tapón sería encarnizada, y riesgosas las maniobras que se proponían—. Partamos ya mismo. Mujeres, tomad una montura cada una y volved sin demoras a Carcasona. Hombres, venid conmigo. Incendiaremos el establo antes de partir.

Ermessenda fue con las mujeres, montada a un corcel negro cuyo nombre desconocía, pero, a los pocos pasos, un relincho estremecedor la hizo mirar hacia atrás. Dentro del establo, que ya empezaba a arder, un percherón pardo sollozaba amarrado a una columna, desamparado y muerto de miedo. Las llamas comenzaban a tomar fuerza. Todos los hombres habían partido

hacia la boca del embudo, tomando dos caballos cada uno, montando uno y guiando al otro de las riendas, con la esperanza de asistir a los soldados sobrevivientes. En la urgencia de la evacuación, este pobre animal había sido dejado atrás. Decidida, Ermessenda volvió sobre sus pasos y se internó en el establo en llamas para hacerse cargo del percherón abandonado. El humo comenzaba a elevarse y el olor a quemado se intensificaba. Aunque aún incipiente, el fuego se estaba extendiendo y pronto se convertiría en un infierno. Para salir ilesos, tendría que hacerlo de inmediato. Rápidamente, desató al percherón, cuyos ojos reflejaban el pánico. Con manos temblorosas pero firmes, sujetó sus riendas al arzón delantero de la montura de su corcel, replicando la técnica que había observado en los demás. Era una carrera contra el tiempo para salir del averno que ya comenzaba a desatarse a su alrededor.

Aunque contaminado por el humo, el aire abierto de la calle se sintió como una bendición. Mientras Evelina y las otras muchachas cabalgaban hacia Carcasona, Ermessenda marchó en dirección opuesta, detrás de los hombres. Eran dos vidas que podían salvarse: la del animal, que de otro modo habría quedado librado a su suerte en medio del incendio, y la de algún soldado que pudiera necesitarlo. Para maniobrar ambos caballos simultáneamente, Ermessenda no sólo tenía que mantener el control de su propia montura, sino también asegurarse de que el percherón que arriaba la siguiera obedientemente sin resistirse ni desviarse, y de que ambos equinos avanzaran en forma sincronizada y sin enredos. En esta complicada tarea, Ermessenda se demostró poseedora de una destreza ecuestre que superaba con creces a la de muchos de los mozos de cuadra, y pronto les dio alcance.

Sin embargo, a medida que se adentraba en las estrechas callejuelas próximas a la salida del embudo, el ardor sofocante de las llamas que devoraban las casas a sus costados la hizo sentir mareada y al borde del desmayo. En tales condiciones, lo normal sería sudar copiosamente. Esto al menos equilibraría sus humores, brindándole algún alivio. Pero su cuerpo, debilitado por la falta de agua, era incapaz de generar humedad. La sed era desesperante. Los sonidos y las figuras turbulentas amenazaban con desvanecerse en la negrura.

A punto de sucumbir, Ermessenda se recordó en la paz de su hogar y deseó nunca haberlo abandonado. ¡Cuánto más feliz era en Castellbó, al lado de su padre y de sus afables cortesanos, donde siempre lucía bellos vestidos y la comida y bebida jamás escaseaban! Pero la felicidad, descubrió, no era tan importante cuando se contaba con un verdadero propósito. Paralelamente al sopor que amenazaba con derribarla, una fuerza invisible que surgía de su interior la mantenía firme. De haber permanecido en Castellbó, nunca habría conocido a Robi, su amor, su todo. Por él, no podía permitirse ceder. Volverlo a ver dependía de su capacidad para superar ese momento de flaqueza. Sacudió la cabeza para recuperar la claridad y aferró las riendas con más fuerza.

Desde la distancia, vio algo que jamás había visto. El combate en el embudo era estremecedor. Espadas y escudos chocaban con frenesí entre los defensores, que llevaban horas de heroica resistencia, y una banda interminable de cruzados que se agolpaban para superarlos. Las llamas lo engullían todo a su alrededor. Aunque los enemigos eran más, aún no habían conseguido explotar su supremacía numérica, gracias a la estrecha geografía del escenario de lucha, que permitía a los hombres de Renaud abatir a un cruzado tras otro, sin que estos pudieran coordinar sus fuerzas. Sin embargo, en el suelo se apilaban los cuerpos de soldados caídos de ambos bandos. Algunos ardían ya, alcanzados por el fuego que escapaba vorazmente de las viviendas incendiadas. Aquella era una lucha cruenta que ya se estaba llevando demasiadas almas.

—¡Senescal! —gritó Ermessenda a Renaud, que retrocedía unos pasos tras abatir a un enemigo.

» ¡Senescal!, ¡Senescal!

Finalmente logró que Renaud mirara en su dirección.

—¡Venid conmigo ahora! —le instó, señalando al percherón sin jinete. Renaud se negó inicialmente, pero las campanas de la iglesia de Carcasona resonaron en ese mismo instante, dejando sin efecto la razón de su negativa. Sin dudarlo más, Renaud corrió hacia el caballo que Ermessenda le ofrecía, y lo mismo hicieron otros defensores abalanzándose a las restantes monturas disponibles. Todos comenzaron a galopar desesperadamente hacia la puerta de Carcasona. Desarmado el tapón, numerosos cruzados se colaron al abrasado bastión meridional del Castelar. Afortunadamente iban a pie, por lo que nunca podrían igualar la velocidad de sus caballos. Por ello, los cruzados, incluso los de piernas más veloces, quedaban cada vez más atrás, descargando su saña sobre los desafortunados defensores sin montura.

Ermessenda vio la puerta de Carcasona abierta frente a sí. Cientos de ciudadanos del Castelar pugnaban por entrar a la ciudad amurallada, huyendo de las llamas, la muerte y la desolación en su suburbio. Con los enemigos acercándose, la puerta se cerraría en cuanto éstos se aproximaran lo suficiente. La desesperación por llegar antes de que eso sucediera era abrumadora.

El senescal Renaud se rezagó y ella no pudo ver por qué. Aunque habían comenzado la carrera juntos, la densidad del humo le impedía verlo. Tampoco sabía nada de Guy.

Ermessenda, montada en un caballo que no era *Violante*, pero que en medio de aquel caos se había revelado como un amigo leal, obediente y sobre todo veloz, se abría paso entre la multitud.

Sus ojos, siempre atentos, captaron la imagen de un niño pequeño, abandonado y llorando. Su rostro manchado de negro reflejaba la pura inocencia en medio del terror. Parecía perdido, sin sus padres u otros familiares a su alrededor. De encontrarlo allí, indefenso, los cruzados lo someterían a la espada, si es que no a un destino peor. Sin dudarlo, Ermessenda se inclinó desde su silla, extendiendo sus brazos firmes y seguros hacia el pequeño. Con un gesto ágil, lo alzó y lo acomodó delante de ella, sobre el lomo del caballo.

Ermessenda y su improvisado compañero se acercaban a la imponente puerta de la ciudad entre las llamaradas, los gritos y el estrépito de la multitud que se agolpaba. Sus corazones latían al ritmo de los cascos que resonaban en el empedrado. Al alcanzar la puerta, un alivio visceral la embargó. Con el niño aferrado a la montura, cruzaron el umbral, hallando un refugio temporal. Dentro de Carcasona, al menos, ya no había fuego. Habían logrado cruzar a salvo. Pero, al mirar atrás, el cruel destino de aquellos que quedarían fuera cuando la puerta se cerrara golpeó su alma. Tras un largo suspiro, Ermessenda guio a su caballo a través de la marea humana, rumbo al *Château Comtal*. Allí desmontó con cuidado, entregando las riendas a un palafrenero, y entre los dos ayudaron al niño a descender. Ermessenda lo alzó en sus brazos. Era liviano. Debería tener tres o cuatro años. Decidió llevarlo al *scriptorium* donde Alaïs debía de estar con los demás niños del castillo. Ambas amigas se encontraron en un sentido abrazo. No hicieron falta palabras ni explicaciones al pasar al niño de brazos. El pequeño, que ya no lloraba, apoyó la cabeza en el

hombro de Alaïs como si la conociera de toda la vida, mientras le dedicaba a Ermessenda una mirada silenciosa de cariño y agradecimiento.

—¿Habéis visto a mi hermana y a mi padre? —preguntó Alaïs con ansiedad.

—Evelina debería haber llegado hace tiempo, ya que partió a caballo hacia aquí antes que yo —respondió Ermessenda—, y tu padre... —Ermessenda recordó que Guy, el padre de Alaïs y Evelina, estaba junto a Renaud cuando ambos desaparecieron de su vista —debe estar por llegar —zanjó. Era inútil preocupar aún más a su amiga con especulaciones. Mejor sería subir a la muralla a ver desde la altura lo que en verdad sucedía. Sorprendida de seguir en pie, Ermessenda ascendió a trompicones las escaleras hacia las almenas.

Una devastadora visión se abrió ante sus ojos. El Castelar casi había dejado de existir; el fuego había dejado pocas estructuras intactas en su voraz paso. Se dirigió al centro de control del mecanismo de la puerta levadiza. Allí arriba, Trencavel y su esposa Agnès observaban consternados el repliegue de los ciudadanos y defensores, y el avance del ejército cruzado, cada vez más cerca.

—¡Señor, debemos cerrar la puerta! —advertían los guardias.

—¡Las murallas y puertas de Carcasona no están para dejar a nuestra gente afuera, sino para protegerla! —gritó el vizconde desde la cima de la muralla—. Tenéis prohibido cerrar la puerta hasta que yo dé la orden.

Su mirada se encontró con la de su esposa y una comprensión mutua los llenó de un temor silencioso. Los cruzados estaban demasiado cerca.

La espera era temeraria. Los enemigos que venían más adelantados lograron atravesar la puerta abierta, causando pánico en el interior de la *cité*.

—¡Los cruzados ya están aquí! —gritaban guardias y plebeyos desaforados, rogando a su vizconde para que cerrara la puerta de una vez, pero éste seguía sin dar la orden.

Los defensores a duras penas se las ingeniaban para reducir o apresar a los primeros intrusos, pero su número seguía creciendo y pronto se haría insostenible.

—¡Debemos cerrarla ahora, esposo mío! —imploró Agnès, intentando hacerlo entrar en razón.

—¡No, aún no! No hasta que Renaud haya llegado —respondió el vizconde, dispuesto a esperar a su leal servidor aun a costas del riesgo que esta demora significaba para todos.

Unos tensos instantes más tarde, a lo lejos, emergieron las figuras de dos caballos, llevando a dos hombres cada uno. A medida que se acercaban en carrera desenfrenada, Ermessenda pudo identificar a los jinetes y sus pasajeros: Uno era Renaud, que llevaba consigo a un hombre ensangrentado, y el otro era Guy, con otro joven moribundo, inclinado de lado sobre la montura. Ambos oficiales habían arriesgado sus vidas, quedándose atrás para intentar rescatar a esos dos soldados heridos en la batalla. El grueso de los cruzados venía pocos pasos por detrás de ellos. Los dos jinetes se acercaban mientras que, a una corta distancia, se vislumbraba el imponente

contingente enemigo en su persecución. El rostro de Guy, el hombre de la serenidad y de la conversación reflexiva, ahora estaba desencajado y poseído por la vorágine; se lo veía respirando desbocado. Empujando sus monturas al límite, Guy y Renaud ingresaron a la ciudadela con los cruzados pisándoles los talones.

» ¡Cerrad la puerta! —ordenó Trencavel.

El enorme portón de madera y hierro se cerró tras ellos. Fue un estruendo liberador, justo antes de que el abrumador ejército cruzado pudiera incursionar en la ciudad. Ermessenda se dejó caer al suelo y lloró, con ruido, pero sin lágrimas. Habría dado lo que fuera por un poco de agua.

La puerta

15 de agosto de 1209
Retaguardia del ejército defensor, en las calles del burgo de Castelar,
bastión meridional, al pie de las murallas de Carcasona
Unos minutos antes

Elion se encontraba atrapado en una encrucijada entre sus peores miedos: por un lado, el fuego devorador, y por el otro, los despiadados cruzados. Ambos lo aterrorizaban y ambos lo tenían rodeado. Sólo existía una esperanza: la puerta de Carcasona abierta frente a él, pero todavía a unas dos cuadras. Allí adelante, los desesperados sobrevivientes del Castelar se agolpaban para entrar a la ciudad amurallada en busca de refugio. Elion había permanecido firme en la defensa del Castelar hasta el final, velando a su hermano menor y escarmentando cruzados. El odioso asesinato de Paul se había llevado, junto con la joven alma de su hermano, su propia reticencia a la violencia. Ya había perdido la cuenta de cuántos enemigos había lastimado o matado, con piedras arrojadas desde arriba de los restos de la muralla. Aun después de la corneta de retirada, se mantuvo un rato más en su puesto, para abatir aún más cruzados y para permanecer el mayor tiempo posible junto al cuerpo de su hermano.

Luego de esto, había logrado llegar muy lejos en su retirada hacia Carcasona. Atravesó el cuello del embudo justo antes de que los hombres del senescal formaran el tapón que por un momento lo había sellado. Sorteó a toda carrera el bastión meridional en llamas, y ahora, milagrosamente, se encontraba ya casi al alcance de la puerta. Pero lo mismo ocurría con el mar de cruzados que venía a zancadas tras él, a menos de una cuadra de distancia. Aunque internamente agradecía que la puerta siguiera abierta, cada vez se hacía más evidente lo enormemente riesgoso que esto resultaba: si él conseguía entrar a la ciudad, también lo lograrían los malditos franceses. Algunos de ellos, que corrían por calles paralelas, estaban más adelantados que él y sin duda llegarían primero. ¿Por qué esperaba tanto Trencavel para cerrar la puerta? ¿Acaso tenía planeado rendir la ciudad?

Un escalofrío lo recorrió al contemplar esta posibilidad. De repente, la puerta abierta se transformó de su mayor esperanza a su más negra pesadilla. Las inexpugnables murallas de la ciudad protegían a quienes Elion más amaba: su madre, sus hermanas, su bella mujer embarazada, sus amigos, su hijo por nacer... En esa velada funesta acababa de perder a su hermano menor. No era posible tolerar más dolor. A medida que veía a los cruzados acercarse más peligrosamente a la *cité*, empezó a desear que la puerta se cerrara, aunque esto significara su muerte y la de sus conciudadanos que avanzaban a su lado. Si la puerta se mantenía abierta para cuando él la alcanzara, los cruzados habrían ingresado también a la ciudad, y su interior se convertiría en el infierno que ya eran las calles del Castelar. La caída de Carcasona en manos cruzadas era la caída de su mundo, de todo lo que tenía sentido.

En su desesperante desplazamiento, casi fue arrollado por un par de caballos que se abrían paso a través de la multitud a toda carrera. Debió arrojarse a un costado, y, aunque no cayó, a punto estuvo de ser abatido por sus propios aliados. Su primer instinto fue soltar un insulto, pero cuando descubrió que el jinete del percherón pardo que casi lo derribaba era nada menos que el senescal Yves Renaud, su enojo momentáneo fue reemplazado por una pequeña gratificación: al

menos aquel hombre valiente y sacrificado estaría a salvo. Eso si es que Trencavel decidía cerrar la puerta a tiempo. Ya desde atrás, vio a Renaud galopar desbocado entre la gente hasta alcanzar el umbral y traspasarlo. La gran puerta cayó sonoramente tras del senescal, dejando a Elion, a una multitud de cruzados y a familias enteras del Castelar afuera de Carcasona.

El clamor ahogado de Elion se unió al estruendo colectivo que combinaba los gritos y suspiros de cientos de hombres y mujeres, provenientes de ambos lados del muro. El terror más puro, el alivio, la decepción, el pánico, la angustia, todos hallaban su espacio en esa atronadora cacofonía. Con los temibles cruzados a su alrededor y la entrada ahora inaccesible, la ilusión de hallar refugio en la *cité* se había desvanecido. —Ya pronto estaré contigo, hermano —susurró con amargura—, pero al menos ellas estarán a salvo, como te prometí.

La frustración de los cruzados por haber quedado fuera se exacerbó por lo cerca que habían estado de tomar la ciudad ese mismo día. Probablemente habrían albergado la esperanza de que Carcasona se rindiera sin más lucha. El cierre tardío de la puerta generó más olas de rabia en los nunca satisfechos hombres de Montfort: lo que habían anticipado como una victoria rápida ahora se perfilaba como un asedio arduo y prolongado. Su furia comenzó a volcarse contra los desgraciados que, como Elion, quedaron expuestos al cerrarse la puerta. Las espadas cruzadas, alzadas en el aire, se ensañaron con los indefensos ciudadanos que, aunque su vizconde los había esperado el mayor tiempo posible, no lograron refugiarse a tiempo. Estos eran principalmente hombres y mujeres jóvenes y sus criaturas; la mayoría de los ancianos, producto de su espíritu más resignado y sus piernas menos raudas, habían quedado recluidos en sus moradas. Elion vio con horror a un soldado enemigo degollar a tres niños enfrente de su madre. Arrastrándola de los pelos, la echó al suelo para forzarla, a pasos de donde yacían los cadáveres de sus pequeños. Varios de sus compañeros cruzados, formados a su alrededor, se bajaron las calzas de malla para liberar sus miembros y endurecerlos en espera de su turno. ¿Ellos se decían cristianos? La atrocidad le revolvió las entrañas, pero a la vez consoló su conciencia atormentada por las muertes que él mismo había causado: hizo bien en detener a tantos de esos salvajes, se dijo, y desearía haber podido anular a más. A los seres despreciables que ahora se entretenían con esa desdichada mujer, por ejemplo. Presenciar el padecimiento y la muerte de tantos de los suyos lo hundió en una sensación de derrota abrumadora. El mundo se desdibujó. Nunca habría creído posible que las otrora idílicas calles del Castelar pudieran parecerse tanto al infierno.

Escabullirse sin ser visto parecía imposible. Se encontraba a escasos pasos del epicentro del derramamiento de sangre y sólo la prioridad de las bestias en esa mujer, y luego otras, le daban algo de tiempo. Avanzó a ciegas por las callejuelas, impulsado por el instinto de supervivencia, pero sin rumbo. Sin embargo, los cruzados, dispersos y despiadados, emergían en cada esquina, desatando el caos y la muerte a su paso, haciendo imposible encontrar un lugar seguro en el laberinto de calles devastadas e incendiadas. Sin armas con las que defenderse, Elion estaba perdido. Su única esperanza era encontrar refugio en alguna casa que se hubiera salvado de las llamas. Cuando creía identificar una, Elion zamarreaba sus puertas y ventanas, intentando abrirlas, suplicando auxilio a gritos en la esperanza de que algún alma caritativa lo dejara entrar. Pero nadie lo hacía. Los escasos habitantes que se ocultaban dentro de sus moradas, paralizados por el terror de que les infundían los soldados franceses, no estaban dispuestos a correr riesgos por un desconocido. En verdad, por más que alguien lo hiciera, sólo podrían ofrecerle un respiro transitorio: los cruzados habían tomado el Castelar, y no dejarían puerta sin voltear, hogar sin saquear, ni ciudadanos sin asesinar, violar, torturar, o, cuando menos, tomar prisioneros.

Un grupo de cinco guerreros, con cruces rojas cosidas sobre sus sobrevestes blancas y ensangrentadas, apareció desde la esquina. Elion echó a correr con unas fuerzas que desconocía que tenía. Su frenética huida lo condujo a una esquina que reconoció. Un rincón familiar ahora convertido en un escenario tenebroso. Casas ardientes o ya reducidas a cenizas. Sangre por doquier. Cadáveres amontonados, con las cabezas cortadas o los brazos desprendidos de sus torsos. La que fuera su casa de la infancia parecía intacta. Presa de una ilusión irracional, golpeó a la puerta con insistencia, pero allí no había nadie. Los actuales moradores, al igual que tantos otros, debían haberse refugiado en Carcasona. No como aquellos jóvenes desdichados que yacían muertos en la calle, con muecas de horror inmortalizadas en sus rostros inertes. Y no como él, que, aunque aún respiraba, se hallaba en medio del peligro, sin posibilidad alguna de huir. Los cinco cruzados, a los que había logrado perder de vista por un instante, enseguida girarían la esquina. Cuando lo encontraran, él pasaría a ser uno más de esos cadáveres desparramados. ¡Tenía que haber algo que pudiera hacer para evitarlo! Casi sin pensarlo, se acomodó, bocabajo, en medio de la pila de cuerpos inertes a pies de la casa del vecino. Cerró los ojos, también para no ver lo que lo rodeaba. Sumergido en el nauseabundo olor a sangre, intentó permanecer allí echado, lo más quieto posible, para pasar por uno de ellos. Los cruzados aparecieron. Elion no podía verlos, pero por los ruidos que emitían era evidente que venían borrachos, enardecidos por la victoria, la sed de sangre y, seguramente, copiosas cantidades de vino capturadas como parte del botín. Apretó los párpados. Había presenciado cómo, sólo para asegurarse, estos desalmados clavaban sus espadas en los cuerpos que encontraban en el suelo, rematando a cualquiera que en verdad no estuviera muerto. Los pasos se oían cada vez más cerca. Dejó de respirar para que no hubiera movimiento alguno en su pecho. Las botas de uno de los invasores se detuvieron a un paso de su cara, y el hombre echó a reír. ¡Estaba acabado! ¡Qué amarga ironía resultaba terminar sus días en el mismo exacto lugar que lo había visto nacer!

Sin embargo, el tipejo siguió adelante, riéndose con sus compañeros de alguna broma en francés que Elion no entendió, pero que dedujo, aliviado, que no tenía que ver con él. Los pasos se alejaron. ¡Su escondite a plena vista no había sido descubierto! Pero no se podría mover hasta que aquellos malditos se hubieran alejado del todo. Volteando muy lentamente la cabeza de lado para espiar, Elion observó como los cruzados se detenían en la taberna de la esquina. Derribaron la puerta y se adentraron en busca de más botín.

Elion se levantó raudamente de entre los muertos y, con un nuevo aliento de esperanza, se lanzó en la dirección opuesta, tan rápido como sus piernas agotadas se lo permitieron. Su respiración agitada le quemaba los pulmones. Esta vez, sus pasos no fueron al azar, sino con un destino claro. Durante su tiempo en el suelo, un pensamiento lo había iluminado con una certeza abrumadora: La casa cátara a la que acudía de niño, cercana a su hogar, estaba construida de piedra pura. Seguramente no ardería. Además, conociendo a los ancianos *perfectos* que la dirigían, con toda probabilidad se habrían quedado allí para ofrecer un último amparo a quienes lo necesitaran. Llegar a ese lugar era su única posibilidad de prolongar su estadía en este mundo, aunque fuera un poco. —Dios mío, ¿dónde está? —se preguntó, intentando recordar su ubicación en medio de unas calles irreconocibles a causa del fuego, la muerte y la destrucción. La ausencia total de símbolos que identificaran a esa casa como una institución cátara era lo que complicaba su hallazgo, y a la vez, lo que permitía esperar que aún no estuviera asolada por los cruzados.

Cuando casi perdía toda esperanza, la reconoció. La puerta de madera gastada, la ventana con las

cortinas de lino que su madre admiraba. La robusta casa de piedra estaba intacta. Una tenue luz brillaba dentro. Elion golpeó la puerta frenéticamente.

—¡Por el amor de Dios, abrid! —rogó en un susurro ahogado, pero nadie respondió—. *Perfecto* Samuel, ¡sé que estáis ahí y podéis oírme! —insistió—. Soy Elion, el hijo de Elba. ¿Recordáis a mi familia? Siempre venía aquí cuando era pequeño —un ruido se oyó detrás de la puerta, pero no hubo respuesta—. Por lo que más queráis, *perfecto*, ¡os lo ruego, abrid la puerta!

El sonido de los cerrojos al deslizarse se sintió como la más bella melodía, un glorioso *cant de trobar* que anunciaba el momento de su salvación. La puerta se abrió apenas lo suficiente para que un ojo escudriñador lo evaluase y, en un instante, Elion se encontró siendo arrastrado hacia el interior de la casa cátara.

El armarium

15 de agosto de 1209
Casa cátara del Castelar, en el bastión meridional,
cerca de las murallas de Carcasona
A continuación

El interior de la casa cátara, apenas iluminado por la luz tímida de unas pocas velas, ofrecía un desolador espectáculo de figuras encorvadas, susurros temerosos, lágrimas resecas y rezos ininteligibles. Elion reconoció varios rostros familiares, vencidos y degradados: vecinos con los que había compartido su vida en el Castelar, ancianos cuyas enseñanzas recordaba de niño, y jóvenes que habían jugado en las mismas calles que él. Allí estaba la dentuda Marisa, una de sus mejores amigas en aquellos años. Su aflicción no ocultaba que ahora era una bella mujer. También era una madre. Acurrucada en un rincón de la sala, abrazaba con fuerza a sus dos pequeños, balanceándose hacia adelante y atrás para calmarlos y llenando sus cabecitas de besos, acaso de despedida ante un final inevitable. En el refugio se encontraban también dos hermanos de los que Elion no recordaba el nombre real, pero a quienes todos conocían como el Toro y el Oso, de la misma edad de Elion. Aunque de niños le daban miedo por su enorme tamaño, ahora sabía que esos dos hombretones eran inofensivos. Fieles seguidores del catarismo, eran incapaces de dañar siquiera a una mosca. Ambos trabajaban en la leñería de su padre y eran miembros respetados de la comunidad cátara del Castelar. El más alto —Elion creía que era el que recibía el apodo de "Oso"—, subido a un arcón de madera para alcanzar la elevada ventana, miraba a través de ella e informaba a los demás de la situación en la calle. —¡Están frente a la casa de los Blanchet! —anunció con voz ronca y grave—. ¡Están destrozando la puerta a hachazos!

El otro hermano, cuya imponente envergadura se extendía más en anchura que en altura, tenía su enorme oreja pegada a la puerta para escuchar cualquier amenaza que se acercara. La estancia estaba vacía de muebles, a excepción de un robusto *armarium* de madera de nogal, que aún exhibía orgulloso una colección de textos sagrados cátaros. Fue doloroso para Elion contemplar tanta riqueza filosófica y literaria y comprender que la invaluable sabiduría contenida en esos códices sería reducida a cenizas en cuanto los cruzados les pusieran sus manos encima. El *perfecto* Samuel, líder espiritual de la congregación, había colocado uno de esos tomos en un atril de pie y leía palabras de consuelo, inspiradas en la visión dualista de la doctrina cátara, intentando así infundir algo de sentido y esperanza en el ambiente aterrorizado. Los *credentes*, algunos arrodillados, otros sentados con la espalda contra las paredes frías, murmuraban ruegos en respuesta a las plegarias del *perfecto*. Un anciano de semblante sereno mantenía sus labios cerrados en una meditación silenciosa, con sus manos entrelazadas en un gesto de súplica divina. Juntos oraban, cada uno a su manera, por un milagro. La exigua luz de las velas hacía que sus rostros se vieran casi etéreos, marcados por la angustia.

—¡Han entrado en la casa de los Blanchet! —exclamó el Oso. Un susurro de terror se propagó por la sala; los rezos se intensificaron en volumen y en fervor. Ahora sólo quedaba una vivienda entre el refugio cátaro y la morada familiar que estaba siendo asaltada por los cruzados.

Conmovido hasta las entrañas por las atrocidades que venía de presenciar, Elion se vio sumergido en el deseo remoto de impedir, de alguna forma, que él y los allí presentes terminaran

formando uno de los montículos de cuerpos flagelados que había visto.

—Debemos proteger la entrada —sugirió con urgencia. Señalando al enorme *armarium* de madera, agregó—: ¡Si logramos cubrir la puerta con este mueble estaremos más seguros!

El *perfecto* apoyó la moción. Los hermanos Oso y Toro, dándose por aludidos ante la necesidad de fuerza física, no tardaron en abocarse a la tarea. Elion ayudó, y también otro hombre joven. Entre los cuatro, consiguieron mover el *armarium* unos pasos. Pero era demasiado pesado. Levantarlo era inviable y no había tiempo para retirar su variado contenido: códices, pergaminos, ropas y tejidos, utensilios de cocina, recipientes con hierbas y especias, y hasta pesados husos, ruecas y mechas de lino, esenciales para las artes de hilar y tejer que los cátaros practicaban en tiempos de paz. Con semejante carga encima, el *armarium* se arrastraba ruidosamente, pero sólo unas pocas pulgadas por cada empellón. A ese ritmo, difícilmente podrían llegar a colocarlo delante de la puerta antes de que los cruzados aparecieran con sus temibles hachas. Lo avanzaron un poco más, aunque restaba una considerable distancia hasta la posición deseada. Hasta que un inesperado descubrimiento los hizo dejar de empujar.

Al correr el *armarium*, algo quedó al descubierto en la pared sobre la que éste se apoyaba. Elion contuvo el aliento y confirmó que no estaba siendo presa de una alucinación. Una pequeña y misteriosa puerta de hierro reverdecido por el paso del tiempo se reveló ante sí, y ante los demás ojos estupefactos que se agolparon a su alrededor entre susurros y exclamaciones. La puerta tenía un aspecto ancestral, como si hubiera sido construida hace un siglo y nunca se hubiera abierto desde entonces. Volviéndose hacia el *perfecto*, Elion preguntó:

—¿Hacia... eh... hacia dónde conduce esa puerta?

El *perfecto* Samuel miraba con incredulidad la extraña abertura metálica.

—¡No sé qué es eso! —concluyó—. El *armarium* siempre ha estado aquí, inamovible, desde que tengo memoria.

Entonces, Elion comprendió que la orden del vizconde Trencavel de mover cuanto mueble existiera en busca de la entrada al túnel, probablemente se había enfocado sólo en las casas cátaras ubicadas dentro de la *cité* de Carcasona, no en las afueras. —¡Tenemos que abrir esa puerta ahora mismo! —instó, sin ofrecer más explicaciones.

Los ruidos del exterior se oían cada vez más cercanos. Uno de los hermanos gigantes ayudó a Elion a golpear el candado de la puerta verde con un robusto candelabro. Los primeros gritos de los cruzados en el umbral de la casa cátara se escucharon al mismo tiempo en que el candado cedió. La puertita verde se abrió, revelando una oscura escalera descendente, mientras los golpes azotaban la entrada principal. Impelido por la acuciante necesidad de escapar, aprovechando el camino que Dios les había abierto, Elion bajó con una de las velas por la escalera. Al final de ésta había un larguísimo pasillo que se perdía en la negrura. —¡Por aquí, todo el mundo! —exclamó, volviendo a escalar los peldaños con prisa. Nadie sabía adónde llevaría aquel pasadizo, pero cualquier cosa sería mejor que quedar sometidos a los insaciables cruzados. La punta del hacha enemiga trazó un primer surco en la puerta de entrada. Ancianos, jóvenes, mujeres y niños se sumergieron en la oscuridad llevándose consigo todas las velas menos una. Oso, Toro y el *perfecto*, sin embargo, optaron por quedarse.

—¡Debemos regresar el armario a su lugar! —dijo el más robusto de los hermanos, mientras, entre los dos lo arrastraron un largo tramo en dirección a su ubicación original—. ¡Sólo así el escondite burlará a los cruzados! ¡Tú debes ir, ahora!

El hacha ya había atravesado un pedazo mayor de la gruesa puerta de entrada. Era un sacrificio doloroso de aceptar, pero los hermanos tenían razón, alguien necesitaba cubrir el escondite para que los demás pudieran salvarse, y sólo esos gigantones tenían la fuerza para hacerlo. Pero el *perfecto* Samuel, ¿por qué habría de sacrificarse él también? Era anciano y débil; su fuerza no ayudaría a mover el armario, que los hermanos ya habían dejado prácticamente en su ubicación inicial, cubriendo la puerta verde casi por completo. Apenas restaba un resquicio por el que únicamente podían entrar hombres delgados como Elion o aquel *perfecto*.

—Esta es mi casa cátara —esgrimió el noble anciano—, es mi responsabilidad quedarme...

Sin tiempo para discutir con un obstinado, Elion lo aferró del brazo y lo arrastró detrás del mueble, forzando al *perfecto* a descender la escalera. Desde abajo, ambos observaron anonadados como el *armarium*, trasladado por esos hermanos a quienes ya no veían ni volverían a ver nunca más, cubría la abertura antes de que los cruzados ingresaran al recinto. Unos instantes después se escuchó la irrupción de los asesinos en la casa cátara, y una orgía de gritos bestiales que tardó unos minutos en apagarse.

—¿Por qué has hecho eso, hijo? —lo increpó Samuel, frustrado porque Elion le había impedido su propio sacrificio. —¡Habría sido mejor que yo mismo recibiera a los cruzados! Si me encontraban allí, habrían tenido menos dudas. ¡No resulta creíble que el *perfecto* de la comunidad haya huido!

—Os hubieran quemado en la hoguera, *bon home* —respondió Elion, adentrándose hacia el interior del pasillo hasta reencontrarse con el resto del grupo—. Además, no sabemos si este corredor tiene salida. Si no la hay, moriremos de inanición aquí encerrados. Necesitaremos a alguien que nos dé el *consolament del buen final*. Sois el único *perfecto* entre nosotros ¡Os necesitamos!

Samuel pareció un poco más satisfecho ante el argumento. Empezó a caminar por su propia voluntad, a paso lento pero seguro, por un corredor que parecía infinito. A medida que el grupo avanzaba, sus velas alumbraban recovecos pestilentes, atestados de musgo, goteras y telarañas. No estaban solos; ratones se cruzaban bajo sus pies y murciélagos revoloteaban sobre sus cabezas. Aquel inframundo sombrío, maloliente e incierto, era una bendición en comparación con la saña asesina de los cruzados. Mejor sería morir de hambre y sed, pero en paz, que caer en manos de esas bestias. Elion no lograba apartar de sus pensamientos al Oso y el Toro. El agradecimiento eterno hacia ellos se le mezclaba en el estómago con una compasión tan intensa como si él mismo se hubiera quedado allí. El pensamiento de que tal vez debería haberlo hecho añadía la culpa a su ya arrolladora maraña de emociones. Esto a su vez lo hizo caer nuevamente en el abismo de dolor más absoluto: el de haber perdido a su hermano. Con tantos miedos desbordándolo, aún no había comenzado a asimilar la magnitud su pérdida. Por eso, cada vez que un momento de respiro le traía de vuelta la imagen de esa maldita flecha atravesando el torso juvenil de Paul, la pena y la rabia lo devoraban. Sólo una ilusión lo mantenía en pie: el hijo que

esperaba su amada Adèle, y que pronto vendría al mundo, el mismo mundo que Paul había dejado. Ese niño, y su fe en que su hermano iba en camino a reencarnar en una vida más elevada, le daban las fuerzas para seguir adelante, luchar y sobrevivir.

Elion iba a la cola del grupo, ensimismado en sus cavilaciones y acompañando el paso cansino del *perfecto* Samuel, cuando notó que el avance se detuvo. Al llegar al frente, Elion comprendió el motivo: se habían topado con una encrucijada. Varias galerías de piedra se extendían ante ellos: una a cada lado de donde estaban, otras dos un poco más adelante, y una quinta vía que continuaba recto. No habían hallado sólo un túnel, sino una compleja red oculta y subterránea.

De repente, todo cobró sentido: estos tenían que ser los túneles sobre los que Ermessenda de Castellbó había informado. Elion recordó la insistencia de Trencavel para que los ciudadanos trabajaran incesantemente en la búsqueda de estos pasadizos. El vizconde creía firmemente que este camino subrepticio era la única vía de escape para salvar a los cátaros de Carcasona. Con la magnitud de esta infraestructura ante sus ojos, Elion ya no dudaba que era precisamente eso lo que habían descubierto. Ahora lo importante era hallar su salida.

—Debemos dividirnos en grupos pequeños —sugirió Marisa, sosteniendo a su hijo menor en brazos y al mayor agarrado de su mano—. Vayamos de a dos o tres personas por cada uno de estos caminos para descubrir si alguno conduce a una salida.

—¡De ninguna manera! —repuso Samuel—. Estamos juntos en esto, y juntos hemos de seguir hasta el final.

Elion resolvió la discrepancia a favor del *perfecto*. Luego añadió: —En cada bifurcación, elegiremos el camino de la derecha. Si encontramos un obstáculo, retrocederemos, para tomar la siguiente derecha, siempre en orden. Así nos aseguraremos de que, si existe una vía de salida, la encontraremos. ¡Y unidos!

Con las velas titilando en sus manos, el grupo avanzó por el laberinto. Las lumbres dibujaban sombras tenues en las paredes de piedra humedecida. Se encontraron con varios pasajes intransitables, obstruidos por derrumbes, rejas corroídas o acumulaciones de piedras. Otros simplemente se acababan sin conducir a ninguna parte. Las velas se empezaron a consumir una tras otra. Luchaban contra una oscuridad cada vez más abarcadora. Aunque sus ojos se habían ido acostumbrando a la penumbra creciente, Elion no percibió el agua hasta que su pie se sumergió de lleno en ella. Invadido por una oleada de euforia, descubrió que la inundación en aquel tramo le llegaba hasta las rodillas, y se hacía aún más profunda a medida que avanzaba. Los demás corrieron hasta él entre exclamaciones de alegría al oír los chapoteos. La escasa luz de las velas supervivientes se reflejaba sobre la superficie del agua, creando un espejo reluciente y casi mágico. El hallazgo fue un milagro en medio de la desesperación. Todos tenían una sed abrumadora. Exultantes, se inclinaron para beber hasta el hartazgo, como no lo habían podido hacer desde la pérdida del acueducto. En el entusiasmo de salpicaduras y remojos, la última vela se apagó; siguieron celebrando en una oscuridad total. El agua era fresca y revitalizante. Por un momento olvidaron la incertidumbre y el miedo, y se unieron en un festín de pura gratitud. Se oyó lo que hacía mucho no sonaba: risas. También pudieron volver a llorar a pura lágrima, y usaron en abundancia de este don recuperado.

Después de saciar su sed y de disfrutar de un descanso reparador, siguieron su camino. Ante el fin abrupto y rocoso de aquel manantial subterráneo, se vieron obligados a regresar sobre sus pasos. Empapados y completamente a oscuras, se toparon con tramos donde la inclinación del suelo era muy marcada. Estos desniveles, agravados por el barro que humedecía las superficies ya de por sí resbaladizas, obstruían el avance del grupo y ponían en riesgo a los más ancianos. Lejos de rendirse, perseveraron con meticulosidad en el plan trazado por Elion. Con cada bifurcación, tomaban la derecha, y sólo cuando los obstáculos se volvían irremontables, daban media vuelta. Iban como ciegos, tanteando en lo doblemente desconocido. Pero si existía una salida, no se detendrían hasta encontrarla.

La luz al final del túnel

15 de agosto de 1209
Interior de la cité amurallada de Carcasona

—¡El niño viene de nalgas! —declaró consternada Leonor de Gaucelme. A pesar de sus años de servicio —o quizás por ellos— la veterana partera estaba petrificada. Sus ojos perspicaces reflejaban tanta compasión como preocupación por el destino de la parturienta y su criatura. La *perfecta* Daufina había convocado de urgencia su presencia en el hospital improvisado en el gran salón del *Château Comtal*, cuando una jovencísima *credente* embarazada, amiga de su hija menor, se puso inesperadamente de parto.

—¿De nalgas? ¿Es eso grave? —preguntó muerta de miedo la joven madre primeriza. El rostro inexpresivo de la comadrona y su falta de respuesta inmediata agregó aún más terror a la exhausta adolescente.

—Sólo ponte en las manos del Señor, ora con toda tu fe, y cuando venga una nueva contratación puja con todas tus fuerzas —la instruyó Leonor—. Esto es, hay que admitirlo, una… complicación.

A un lado de la camilla, Evelina no soltaba ni por un momento la mano sudorosa de su amiga. Ambas muchachas, de casi la misma edad, habían compartido juegos, risas y sueños, cuando eran simplemente jóvenes del pueblo, libres de preocupaciones, entusiasmadas con sus aventuras y llenas de esperanzas. Hoy se aferraban de las manos, mientras una gritaba de dolor y la otra intentaba consolarla. Los ojos de las dos se abrían, espantados, tanto por las atrocidades de la guerra como por las de la naturaleza.

Un espasmo incontrolable estremeció salvajemente el cuerpo de Adèle, que gritó con desgarro, como en una tortura.

—¡Ahora, puja! —gritó también Leonor, al tiempo que echaba todo su peso sobre el vientre de la embarazada, para presionar al bebé hacia la salida.

Ermessenda, que comprendió la necesidad de contribuir al esfuerzo, sumó su fuerza a la de la partera presionando tanto como pudo con el peso de su cuerpo. Adèle dejó de clavar sus uñas sobre el dorso de la mano de su amiga y la soltó. Se dejó ceder, extenuada, ante la futilidad de aquel tormento. Su rostro estaba enrojecido y retorcido en una mueca de sufrimiento intolerable. En las condiciones de sequedad extrema a las que estaban expuestos debido al racionamiento del agua, su cuerpo bañado de sudor denotaba que las cosas estaban yendo realmente muy mal.

—¡Esto es cosa del demonio! —protestó Evelina—. ¡Tanta fuerza y tanto dolor, y ni siquiera ha conseguido avanzar en nada! —agregó tras verificar que, bajo la manta que cubría las piernas de Adèle, ninguna parte del bebé había comenzado a asomar.

Ermessenda, sin darse cuenta, asintió con la cabeza. Conocía exactamente lo dramático de esta situación, y sintió que la descripción catastrófica de Evelina se aproximaba más a la realidad que

las tibias palabras de la partera. No se trataba de una simple “complicación” sino de una desgracia. La misma que había acabado con la vida de su madre Arnaldina, cuando intentó dar a luz a su hermana menor, que también venía de nalgas. El dolor de una pérdida jamás superada la transportó a un lugar oscuro de su corazón. La parturienta volvía a aullar de dolor, con su rostro contorsionado por un sufrimiento insoportable. Ermessenda veía en ella los últimos momentos de su propia madre.

Sin permitirse hundirse en esos sentimientos, se acercó a la camilla y tomó la otra mano de Adèle, quien, a pesar de no conocerla de antes, la aferró y le dedicó una mirada de ruego.

—¿Por qué Elion no está aquí? ¡Mi Elion! ¡Él me prometió... —intentó articular la muchacha con voz agónica!

—¿Elion es tu esposo? —inquirió Ermessenda con ternura profunda, mientras despejaba los mechones de cabello húmedo del juvenil pero demacrado rostro de la pobre Adèle.

—Es su amor. El padre de su hijo —clarificó Evelina para evitar a su amiga el esfuerzo de hablar —. Él es un trovador de la corte, pero hoy ha estado del otro lado de la muralla, participando, como tantos otros de nuestros amigos, de la defensa del Castelar. Ignoramos qué ha sido de él.

—No te preocupes ahora por él, Adèle. Seguro que regresará a ti sano y salvo —musitó Ermessenda, intentando apartar de su mente la imagen de los cientos de soldados y civiles que había visto caer en batalla aquella tarde.

—¡Quiero a Elion ahora! ¡Lo necesito a mi lado! —rogó Adèle, enajenada, en un susurro que se esfumaba mientras sus ojos se cerraban.

—¡Que no se duerma! ¿Está consciente? —saltó Leonor, dándole unos leves golpecitos en la mejilla y aliviándose de que volviera a abrir los ojos, aunque ligeramente—. Si quieres vivir, debes permanecer aquí, presente, y volver a pujar cuando regresen las contracciones, ¿Me entiendes, pequeña? ¡Si no lo haces, el niño no logrará salir de tu cuerpo, y tú podrías morir desangrada! ¡Es crucial que no te desmayes!... ¿Adèle? ¿Me escuchas?

Debilitada pero aún consciente, la adolorida adolescente asintió levemente. Luchaba por evitar que sus pesadísimos párpados se volvieran a cerrar.

Ermessenda tomó la palabra:

—Escúchame, Adèle. Tú y tu bebé podéis salir con vida de esto, pero para ello debes ser fuerte. Fuerte y valiente. Mírame a los ojos.

La mirada de Adèle era a la vez lejana y desesperada.

» Todos aquí estamos para ti, rezando por ti. Entre tanta muerte que hemos visto hoy, tu hijo es una esperanza que todos necesitamos. Pero ha venido al revés, y por eso debes hacer más fuerza de lo normal. Mira a tu alrededor.

Adèle lo hizo, aunque apenas podía erguir la cabeza. Los heridos de la batalla habían sido

amontonados en el suelo del salón. Vencidos y valientes recibían atenciones para cortes, quemaduras y heridas profundas sufridas en el combate. La gente iba y venía, ayudando como podía. Aunque estaban afectados y preocupados por cada paciente, ninguno de ellos suscitaba tanta atención como la joven Adèle. Un muñido círculo de mujeres se había formado espontáneamente alrededor de ella, pendientes de la delicada situación y dispuestas a ayudar en todo lo que pudieran.

Era como si aquel bebé encarnara la ilusión de una nueva vida que todos necesitaban tras tanta muerte. Y su pérdida se convertiría en un símbolo de derrota absoluta, demasiado doloroso de aceptar.

» Todas estas personas están aquí por ti, pero tú eres la única con el poder de hacer esto realidad —Ermessenda animaba a la joven, cuando otra de sus dolorosas contracciones se apoderó de ella, retorciendo su cuerpo y su rostro—. ¡Debes pujar!

La muchacha lo hizo otra vez, dejando su alma en el esfuerzo, con tanta intensidad y voluntad que logró sacar, por fin, fuera de su cuerpo, los pies diminutos de la criatura. Pero su energía pronto se agotó y cayó rendida. Apenas ya consciente.

—Debes mantenerte despierta, para pujar otra vez —le suplicó Ermessenda, tomándola de las manos. ¡Sus piecitos ya están afuera! ¡Sólo falta un poco más!

Adèle ya no escuchaba.

—Está ardiendo de fiebre —determinó Daufina, posando su mano sobre la traspirada y despeinada frente de la parturienta—. ¡Necesitamos agua urgente! Agua fresca para que beba y para mitigar la calentura extrema de su piel. Si no conseguimos esa agua pronto, tanto ella como la criatura morirán.

—¡Todo el mundo aquí necesita agua! ¡Nadie tiene privilegios sobre los demás! —protestó la esposa de uno de los soldados malheridos, señalando a los demás pacientes, muchos de ellos exangües y sufrientes de desequilibrios humorales a causa de la escasez de fluidos en sus cuerpos.

—Trencavel dispone del agua, y tendrá que darnos la suficiente para esto —Ermessenda se dirigió a Daufina, ignorando la interrupción indeseada—. Estoy segura de que en este caso será comprensivo. Todo el mundo está pendiente de este alumbramiento, que ven como un augurio del futuro que nos espera. Trencavel deberá hacer una excepción.

—¡Yo iré a pedírsela! —se ofreció Evelina, deseosa de aprovechar cualquier oportunidad para interactuar con su adorado vizconde.

—¡No! —se opuso su madre con firmeza—. Tu amiga te necesita. Es mejor que vaya Ermessenda.

Evelina, desilusionada, pero sin protestar, continuó susurrando palabras de aliento a la debilitada Adèle, con el principal objetivo de mantenerla consciente. Ermessenda vio en la negativa de Daufina el deseo de alejar a su hija de un hombre casado, además de que seguramente confiaba

en que Ermessenda, como mujer noble, estaría en mejor posición de convencer al vizconde de entregarles una cantidad adicional de agua.

—*Bona dona* —escuchó Ermessenda que la voz de Adèle articulaba con denuedo, dirigiéndose a Daufina—. Necesito... el *consolament*... para ambos... por si no logramos...

Ermessenda dejó la sala a toda prisa, mientras la *perfecta* Daufina lo disponía todo para satisfacer el pedido de la muchacha y realizar el sacramento cátaro del buen final.

Ermessenda halló a Trencavel abrumado, atendiendo incansablemente ruegos y pedidos que no podía satisfacer. La conmoción le hizo dudar de su propia capacidad para captar la atención del vizconde en medio del caos. Ciudadanos, soldados, heridos, y refugiados se agolpaban alrededor del vizconde y sus consejeros con desesperados reclamos. La mayoría de ellos habían sido arrancados de sus hogares y familias, perdiéndolo todo en el Castelar. Buscaban un techo bajo el que dormir, apoyo para huérfanos y viudas, cuidados para los moribundos y noticias sobre familiares desaparecidos.

Desgastado y desmoralizado, Trencavel respondía al torrente de necesidades, procurando distribuir equitativamente la insatisfacción. Su esposa Agnès, el senescal Renaud y otros miembros de su corte lo asistían en la ardua tarea, pero el tumulto era abrumador. Para congoja de Ermessenda, casi todos los reclamos que alcanzaba a oír incluían la súplica por una ración de agua, que el vizconde y sus hombres no hacían más que negar una y otra vez. Pero ella no permitió que esto la desanimara. Consciente de lo particular y urgente de su propia petición, se abrió paso con decisión. Necesitaba que su ruego llegara a tiempo a los oídos del agotado vizconde.

De repente, entre la multitud se abrió un camino por el que avanzaba atropelladamente un grupo exaltado de individuos cubiertos de mugre y barro, que gritaban e incluso reían. Las voces de los demás se acallaron y todos dirigieron las miradas hacia los recién llegados. En franco contraste con el triste arrullo de lamentos que reinaba en el ambiente, los clamores de los advenedizos estaban cargados de entusiasmo y alegría.

—¡Señor vizconde! —La animada comitiva se componía de unas doce personas, lideradas por un veterano *perfecto* y un joven delgado y bajo de rizos negros que, al llegar junto a él, exclamó con emoción—: ¡Debéis ver esto con vuestros propios ojos!

Trencavel se volvió hacia el muchacho, a quien parecía reconocer. Su rostro marchito ahora mostraba un atisbo de interés.

—¿Qué más debo ver, Elion? —preguntó.

—Estos hombres y yo hemos venido desde el Castelar, mi señor —comenzó Elion, señalando al grupillo variopinto que lo acompañaba—. Pero lo asombroso es que no ingresamos a Carcasona por la puerta principal.

Trencavel arrugó el ceño, visiblemente confundido, mientras Ermessenda, igualmente perpleja, se sumergía en sus pensamientos, intentando recordar dónde había escuchado ese nombre recientemente.

—Continúa, Elion —instó Trencavel, consciente de que la puerta principal de la muralla había sido cerrada hacía ya horas para protegerse de los cruzados.

—Mi señor… ¡Hemos descubierto la entrada a los túneles que buscabais bajo Carcasona! Esto lo cambia todo. Si Dios lo permite, ¡podremos salir de aquí!

El rostro de Trencavel se iluminó, mientras el resto de los presentes lanzaban clamores de entusiasmo. Una ruta de escape para los cátaros y un medio para ingresar recursos a la ciudad de manera encubierta podría ser un cambio de juego crucial.

» ¡Es un enorme laberinto subterráneo! —agregó Elion, con un insano brillo en los ojos—. Hemos hallado su origen oculto tras un *armarium* en la casa cátara del Castelar.

—Creíamos que no encontraríamos salida alguna —terció el viejo *perfecto*—, pero finalmente desembocamos dentro de Carcasona ¡En la bodega de este mismísimo castillo!

—¡Llevadme a esos túneles ya mismo! —ordenó Trencavel con una renovada energía—. Si lo que afirmáis es cierto, este descubrimiento podría ser nuestra salvación.

Trencavel, junto con su séquito y un excitado ejército de curiosos, comenzó a seguir a Elion en dirección a aquel lugar. Ermessenda dio alcance a Agnès, a quien le echó una mano al hombro para llamar su atención.

—¿Has oído, Ermessenda? ¡Parece que al fin encontraron nuestros túneles! ¿No es una noticia sensacional? —preguntó la vizcondesa.

—Lo es, amiga mía. ¡Por supuesto que lo es! Pero necesito con urgencia pedir un favor a tu esposo, ¡es un asunto de vida o muerte!

—¿Qué cosa en el mundo puede ser más importante que un túnel que nos permita escapar de esta trampa mortal? —inquirió la esposa del vizconde apretando el paso. Ermessenda, sin retirar la mano de su hombro, intentaba no separarse de su amiga, mientras el grupo presionaba para ingresar a la bodega del castillo.

—Una muchacha del pueblo se puso de parto —explicó Ermessenda, una vez adentro.

La bodega, iluminada por unas pocas antorchas, se encontraba en las profundidades del castillo. Allí se apilaban las jarras y barriles de vino. Un grupo de hombres se congregaba alrededor de un gran tonel vacío, en cuyo fondo se abría una pequeña puerta metálica, y detrás de ella... un negro abismo.

» Está muy débil y necesitamos agua ahora mismo para reanimarla —continuó Ermessenda, evitando que su colosal curiosidad la distrajera de lo que había venido a conseguir—. Si nos demoramos... ni ella ni su niño sobrevivirán. ¡Os lo ruego!

Los ojos grisáceos de Agnès viraron de Ermessenda al oscuro y profundo túnel de piedra que se había apoderado de las miradas de todos. El maestro bodeguero, un hombre de mediana edad,

canoso y de ropajes pardos, se adelantó para entrevistarse con Trencavel.

—Señor vizconde... ¡Teníais razón! El túnel es real —tartamudeó—. Como ordenasteis, habíamos revisado cada rincón de la bodega en su busca. ¡Pero estaba demasiado bien escondido! Hubiera sido imposible… —se excusó, temeroso de ser reprendido—. Como veis, la puerta se hallaba disimulada dentro de un doble fondo construido en este tonel adosado a la pared —señaló al lugar en cuestión con una mano temblorosa—. Comprenderéis... Jamás lo podríamos haber descubierto de no ser por estos vecinos del Castelar que han aparecido aquí de la nada, golpeando el barril desde dentro y gritando por ayuda, hasta que abrimos y encontramos... ¡esto!

Trencavel, más fascinado por el hallazgo que enfadado por la impericia del bodeguero, se acercó al barril abierto para examinar el largo túnel que nacía tras la puerta.

—Renaud —ordenó asertivo—, convoca una partida de reconocimiento. Quiero tantos hombres como puedas conseguir, con antorchas y pergaminos. ¡Que recorran cada rincón de esta red de túneles y traigan un mapa detallado de su entramado! ¡La prioridad es hallar una salida que conduzca del otro lado del río!

» Fortún —dijo ahora Trencavel, dirigiéndose a su chambelán—. Dad de comer y beber a estos valientes. Merecen una recompensa.

La mención de la bebida dio oportunidad a Agnès para interrumpir la incesante lluvia de comandos de su esposo y transmitirle el pedido encarecido de Ermessenda.

—¿Agua? Querida, no me importunes en este momento con otro pedido de agua. ¿Acaso no entiendes la magnitud de este descubrimiento? ¡Esta podría ser nuestra salvación! Sólo faltan unas horas para que todos reciban su ración del atardecer.

—¡Pero esta muchacha no dispone de horas! ¡Necesita el agua ahora mismo o ella y su criatura morirán! —apeló suplicante Ermessenda.

El joven Elion, que se estaba yendo con Fortún y su grupo hacia las cocinas, detuvo su paso al escuchar estas últimas palabras.

—¡Allí adentro hay agua! —exclamó. Todos los ojos se posaron sobre él. Trencavel lo miró con escepticismo. —¡Os lo juro! Hay un pozo abundante y profundo en uno de los túneles, no muy lejos de aquí.

—Es verdad lo que dice el muchacho —ratificó el *perfecto*—. ¡Todos nosotros hemos satisfecho nuestra sed con esa agua!

Ermessenda sintió un profundo agradecimiento en su interior. Los *perfectos* jamás mentían. Ya no había motivo para que Trencavel siguiera negando el agua que Adèle necesitaba desesperadamente.

—Está bien, pues —asintió Trencavel—. Fortún, ¡Dadle a Ermessenda el agua que pide para la joven que está dando a luz! —y a Elion le dijo—: Tú quédate conmigo, quiero que me muestres

exactamente cómo llegar hasta aquella fuente de agua.

El joven trovador caminó hasta posicionarse justo al lado del vizconde. Pero una idea parecía tenerlo perturbado.

—¿Una mujer que está dando a luz? ¿Cómo se llama? —preguntó ensimismado.

Cuando Ermessenda pronunció el nombre de Adèle, el rostro de Elion se descompuso por completo.

—¡Es mi mujer, por el amor de Dios! ¡Llevadme ante ella! —rogó sumido en un pánico repentino.

—Yo os puedo señalar el camino hacia el agua —se ofreció otro de los integrantes del grupo—. Dejad que Elion vaya con su esposa, por hoy ya ha hecho demasiado.

Ermessenda condujo a Elion hasta donde yacía Adèle, ambos cargando sendas jofainas llenas del vital líquido que el chambelán Fortún les había facilitado. Encontraron a Adèle tendida, bañada en sudor, pálida y a ojos vistas desfalleciente. No era evidente que aún respirara, y, si lo hacía, debía de ser con un fluir casi imperceptible.

—¡Amor mío! —se arrodilló Elion ante la camilla. La besó en los labios, la frente y la cara—. ¡Perdón por haber llegado tan tarde!

La joven no reaccionó.

» ¿Vive?

—Vive, pero...

—¡El agua! —interrumpió Ermessenda, entregando su jofaina.

Evelina mojó un paño y lo posó sobre la frente de Adèle, mientras Daufina le arrojaba unas gotas en la boca, sobre los labios resecos y descoloridos.

—¿Y mi hijo? —preguntó Elion con la voz enmudecida por el miedo—. ¿Vive mi hijo?

—Tu hija... —lo corrigió la partera, descubriendo la sábana ensangrentada que tapaba las piernas de Adèle—. Tu hija podría aún tener una oportunidad de sobrevivir. —Los pies y la mitad inferior de la diminuta criatura ya estaban afuera, mientras que la otra mitad seguía dentro del cuerpo de su madre—. Pero no será posible sacarla de allí si ella no puja.

Adèle tosió atragantada, revitalizada por la frescura del agua, y abrió los ojos.

—Elion —susurró, y su rostro dibujó un atisbo de sonrisa. Pero tan pronto como su conciencia regresó a su cuerpo, también lo hizo el dolor, y una contracción poderosa la hizo contorsionarse.

—¡Puja! —mandó la partera.

—¡Agua! —respondió Adèle, y se la dieron. Su respiración, hacía un instante apenas perceptible, ahora era intensa y agitada.

—Amor mío, lo estás haciendo muy bien. Ahora tienes que pujar una vez más, pero ya no estás sola —la animó Elion—. Lo haremos juntos.

Con la vitalidad renovada gracias al agua y el ánimo recuperado por el amor y la presencia de Elion, Adèle empujó con una fuerza sobrehumana hasta lograr que la bebé saliera de ella por completo. El pequeño cuerpecito estaba morado y no parecía respirar. Ermessenda sintió la amargura de la suerte de aquella criatura. Adèle miraba ansiosa a su hija inmóvil, pendiente de los golpecitos que Leonor le propinaba.

—¿Queda agua? —preguntó Leonor, y Ermessenda le alcanzó sin demora la segunda jofaina. La partera salpicó a la bebé, mojando su torso y cabeza en la esperanza de que el contacto frío y vívido con el agua dirimiera la pelea a favor de la vida.

Pronto la partera pareció percibir un movimiento en la criatura, porque se entusiasmó más al apretar hasta que se oyó un diminuto ronquido. El ronquido se transformó en un gimoteo tenue que, tras arrojar Leonor más agua sobre su pequeño rostro, desembocó en un llanto pleno, franco, soberbio.

—¡Está viva! —anunció Daufina para todos, y la multitud estalló en un aplauso emotivo. Hombres heridos y casi moribundos a su alrededor ensayaban sus maneras de celebrar la hazaña y festejar el ciclo de la vida, que a ellos los abandonaba, pero florecía en otra alma del pueblo de Carcasona.

Leonor tomó delicadamente a la niña, cortó el cordón umbilical y la entregó a los brazos de su padre. Adèle, aliviada por fin del dolor físico y reconfortada por la alegría de un alumbramiento exitoso, se entregó, con una sonrisa en sus labios, al descanso que su cuerpo tanto necesitaba. Elion, emocionado hasta las lágrimas, repartía besos cargados de amor entre su esposa y su recién nacida.

—La llamaremos Esperanza —dijo—, para nunca perderla.

—Esperanza —repitió Ermessenda para sí; un nombre perfecto. Era como si el destino de toda Carcasona se hubiera condensado en aquel ser tan diminuto como resistente que, tras una angustiosa lucha que había amenazado con destruirlo, había visto la luz el mismo día que los túneles ocultos del obispo Montpellier, cuando parecía que ya todo estaba perdido.

Esperanza.

V
El túnel
Verano de 1209

Las manos de la prisionera

Verano de 1209
Emplazamiento militar del ejército cruzado en el burgo de Castelar
La noche de su conquista

Ebrios de triunfo, los cruzados arrimaron su campamento a las cercanías del Castelar, justo afuera de sus muros. La idea original de Montfort, de instalarse dentro del suburbio, había quedado abortada por el incendio casi total al que la población había sometido a sus edificaciones antes de esconderse dentro de la ciudad amurallada. La brecha inaugurada por los foneboles había sido liberada de escombros. Desde allí, entraban y salían eufóricos soldados del ejército de Dios, acarreando desde el arrabal en llamas todo objeto de valor que pudieran rescatar. Las banderas cruzadas, blancas con la cruz roja de San Jorge, ondeaban a lo largo de la muralla, como señal indiscutible del triunfo de Montfort. Eran especialmente amplias y habían sido izadas bien altas para que Trencavel pudiera verlas desde su escondrijo. Aunque muchos de los pobladores del Castelar y sus defensores habían retrocedido a Carcasona en busca de refugio, los que quedaron atrás al cerrarse la puerta fueron aniquilados, o bien tomados prisioneros. Ante la falta de calabozos suficientes, se los arrojó encadenados dentro de un claustro de piedra, en el bastión meridional del Castelar, al cual Montfort asignó una numerosa guardia para custodiarlo. Mientras algunos de los hombres arrastraban nuevos prisioneros hacia este lúgubre emplazamiento, otros asolaban las viviendas abandonadas en busca de botín, o simplemente celebraban la victoria con bebidas, carcajadas y cantos triunfales, emulando a los buitres que revoloteaban gozosos de su propio banquete.

Convoyes con víveres, vituallas y animales continuaban llegando desde Sant Vincent, para traer más cerca de Carcasona la amenaza cruzada. Mientras tanto, Berald de Elbine seguía sin aparecer.

La tienda de Wilhelmina ya estaba montada, y ella se había reencontrado con sus bártulos. Se despojó de su armadura y, ya en sus ropajes de estar, se echó al suelo, extenuada. La batalla había sido sangrienta y agotadora, pero no menos lo había sido su posterior búsqueda infructuosa de Berald.

Su amigo íntimo, recientemente revelado como su enamorado, se había esfumado en el tumulto del enfrentamiento. Desde el tañido de las trompetas de retirada, Wilhelmina no había hecho más que vagar por las calles ardientes del Castelar, buscándolo entre vivos y caídos, con el corazón encogido de temor. Al final, se retiró al campamento, anhelando hallarlo allí.

La noche descendió ominosa sobre el suburbio devastado, sin nubes a la vista, pero con pesadas columnas de humo negro cubriendo las estrellas. El corazón de Wilhelmina se estremecía ante la posibilidad de no volver a ver a su amado, perdido quizás para siempre, abatido por una causa que jamás sintió como propia.

Para colmo de males, el padre de Wilhelmina también había desaparecido. Nadie había visto al conde de Toulouse desde la tarde; ningún testigo lo recordaba luchando en el crítico tapón de resistencia de la defensa, ni hubo indicios de que hubiera llegado al sector sur. Después de que

los cruzados atravesaran la línea divisoria entre los distritos, el conde simplemente se había desvanecido sin dejar rastro.

Simón de Montfort parecía albergar sus propias ideas al respecto. Instalado en la carpa mayor, flanqueado por un blasón enorme de los cruzados y otro con el león de dos colas de su propio linaje, el comandante se mostraba implacable en su postura. A su lado, su perro *Sansâme*, ya liberado de la pesada cota de malla, respiraba acompasadamente, adormecido por un costoso brebaje que debió haber sido destinado al alivio de un soldado herido. Sin dejar de acariciarlo, Montfort desechaba con calma irritante los justos reclamos de Baduino de Toulouse, el tío de Wilhelmina, que efusivamente exigía el cumplimiento del compromiso del comandante de liberar a su hija Serene.

—La condición fue clara: La casa de Toulouse debía contribuir activamente en la toma del suburbio, y ¿dónde está vuestro hermano Raimond? ¡Nos ha abandonado impunemente!

—¡Más probable es que haya sucumbido en batalla a que haya desertado! ¿Quién en su sano juicio desertaría en medio de una victoria? —protestó Baduino, haciendo uso de una lógica que tendría sentido si se estuviera hablando de cualquier otra persona que no fuera Raimond de Toulouse.

Wilhelmina estaba desasosegada por la ausencia de Berald, pero también le inquietaba la suerte del principal responsable de esa ausencia: su padre. ¿Habría escapado realmente? ¿O podría ser que en verdad estuviera muerto?

—Lo cierto es que han pasado horas, y el conde no está —replicó Montfort, imperturbable—. Nadie lo ha visto caer en combate. Nadie ni siquiera lo vio luchar, después del embudo de los defensores. No me sorprendería enterarme de que ha pedido asilo en Carcasona, traicionándonos para retomar su vieja alianza con su sobrino.

—¡Eso es imposible! —contravino Baduino—. Cualquiera que conozca a Trencavel sabe de su implacable orgullo y testarudez. ¡Antes mataría a mi hermano que perdonarlo!

—Como sea. Sin el conde de Toulouse no hay liberación, ese fue el trato —concluyó Montfort sin dar más vueltas al asunto.

Junto a los convoyes que seguían llegando desde Sant Vincent, apareció, recién ahora, el legado papal Arnaud Amalric. Lo secundaban sus monjes. El orondo religioso hizo su entrada en forma teatral, elevando sus brazos al cielo con aires de pomposidad.

—¡Alabado sea el Señor, cuyas bendiciones nos han guiado hacia la victoria! —proclamó con reverencia autoindulgente—. Nuestras fervientes oraciones han sido oídas, y gracias a la voluntad del Todopoderoso, hoy Carcasona está por completo abrazada por este ejército de fieles.

Sus palabras irritaron a Montfort, que replicó con crudeza:

—Gracias a Dios, sí... pero gracias también a los valientes soldados que dieron todo de sí en la batalla; a los cientos de manos que trabajaron incansablemente día y noche en la construcción de

nuestras invencibles máquinas de asedio, y a las mentes brillantes de los ingenieros que las idearon y coordinaron estos esfuerzos. Y gracias también, cómo no resaltarlo, a una estrategia bien planeada.

Amalric comenzó a hilvanar una réplica que quedó anulada por una dramática irrupción. Un gran revuelo atrapó al campamento.

Desde la misma dirección de Sant Vincent, venía una sombría procesión. Un grupo de figuras, encadenadas por los pies, eran arrastradas pesadamente por guardias hacia los recién erigidos calabozos. Marchaban como espectros, sin levantar la mirada, como si el prolongado cautiverio los hubiera despojado de cualquier curiosidad o esperanza, y como si ya no existiera nada más que temer.

Al advertir esta letanía de prisioneros demacrados, Baduino se transformó por completo. Un torbellino de emociones se apoderó de él y no pudo contenerse:

—¡Serene! —su grito cortó el aire, rebosante de angustia e ilusión—. ¡Ahí va mi hija! ¡Liberadla! ¡Liberad a mi hija como habéis prometido!

Wilhelmina no llegaba a reconocer a Serene entre aquellos desafortunados. Pero Baduino, como padre, debía de ser capaz de identificar a una legua la figura de su hija, porque la anteúltima cautiva de la fila comenzó a sacudirse en sus cadenas, despertando de su ensimismamiento al oír su nombre.

—¡Padre! —se oyó que gritaba Serene, con un tono que era a la vez desgarrador y esperanzado. Su grito, impregnado de un anhelo profundo, rompió la monotonía de la procesión. Era un llamado desesperado, pronunciado con la intensidad de quien ha soportado inmensurables penurias y, al fin, vislumbra un destello de salvación.

Montfort negó con la cabeza. Con una frialdad que helaba la sangre de los asesinos más brutales que allí merodeaban, guardó silencio ante los ruegos del padre y la hija, sin mover un dedo para impedir que la prisionera fuera depositada con los demás cautivos dentro del Castelar. Como el percance no modificaba sus órdenes, los guardias retomaron el avance. Tiraban de las cadenas con violencia, haciendo tropezar y caer a los reclusos más flojos. Impulsado por un instinto paterno desesperado, Baduino de Toulouse emprendió el paso hacia el aún lejano contingente. Pero a una señal de Montfort, su segundo en mando, Bouchard de Marly, lo sujetó, agarrándolo con firmeza por los brazos detrás de la espalda y frustrando así su intento de reunirse con su hija.

¡Al menos estaba viva!

Wilhelmina había dado por muerta a su prima. La imaginaba desangrada a causa de las hemorragias infligidas por los hombres de Montfort con cada mutilación de sus dedos, que se enviaban uno a uno a Trencavel buscando su rendición. Creía que, por ese motivo, y no otro, Montfort se mostraba reacio a liberarla. Pero si la figura femenina que clamaba desesperadamente por su padre mientras desfilaba a los tropezones era efectivamente Serene, la razón de Montfort para negar su libertad, a pesar de haber empeñado su palabra, no podía ser otra que la más pura maldad.

—¡Hija mía! —sollozó Baduino al ver como se la llevaban. Wilhelmina sintió el impulso de intervenir, pero supo que sería en vano. Nada que ella dijera podría hacer cambiar de opinión a Simón de Montfort.

—Pero ¿qué significa esto? ¡Habíais prometido liberarla! —intervino al fin Amalric, ajeno a los detalles de las circunstancias. Sin embargo, cuando Montfort lo anotició sobre la desaparición de Raimond de Toulouse, el religioso no demoró un instante en modificar su postura.

—Siempre he dicho que Toulouse no era hombre de fiar —resopló.

Los prisioneros continuaron su amarga peregrinación hacia la brecha pero, cuando comenzaban a atravesarla en dirección al Castelar, se toparon con una pequeña comitiva de tres hombres que emergían del suburbio en sentido contrario. Las figuras de los extremos, dos soldados delgados, cargaban con esfuerzo por debajo de los brazos a un tercer hombre, robusto y malherido, que apenas podía caminar. Los tres llevaban las sobrevestes púrpuras con la cruz occitana dorada de Toulouse. Wilhelmina corrió hacia ellos con todas sus fuerzas. El hombre del medio, con el rostro negro de hollín, no era otro que su padre. Venía tosiendo y a punto del colapso, arrastrado por dos de sus soldados. En medio de las expectoraciones desgarradoras de su padre, Wilhelmina se llenó de felicidad al notar que el escolta que lo remolcaba por la derecha era nada menos que Berald de Elbine.

—¡Berald! —exclamó ella, deseosa de abrazarlo y descubriendo un brillo similar en su mirada. Pero la prioridad era atender al languideciente conde de Toulouse. Lo sentaron sobre una manta en la carpa mayor y Montfort llamó a los médicos militares para que lo atendieran.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué ha ocurrido? —demandó Amalric, espantado por el estado calamitoso de Toulouse.

—Encontré al conde atrapado entre las llamas de un edificio derruido —explicó Berald, agitado —. El techo había colapsado, el fuego lo engullía todo, y el humo espeso no permitía ni ver, ni avanzar, ni respirar... pero, por un milagro de Dios, pude escuchar su llamado de ayuda y llegar a él a tiempo para rescatarlo.

A diferencia de Wilhelmina, que tenía sus ojos muy abiertos y el pulso acelerado por la expectación, Simón de Montfort no parecía impresionado.

—¿De qué edificio se trataba y por qué el conde se hallaba allí y no en el campo de batalla? —inquirió con desdén, mientras el médico que inspeccionaba a Toulouse le proporcionaba abundante agua para beber.

—Era una vivienda de madera, de dos pisos, en el límite entre el distrito norte y el sur, que sus habitantes habían incendiado antes de abandonarla.

—Quise abrir... un camino... alternativo —consiguió hilvanar el padre de Wilhelmina entre espasmos de tos—. Pero el techo... cedió a las llamas... y había... —Un violento tosido le impidió seguir. Fue un estallido gutural y áspero que parecía desgarrar su pecho desde dentro. Su cuerpo se doblaba con cada convulsión, como si luchara contra un enemigo invisible que quería arrancarle los pulmones.

—Ha inhalado una gran cantidad de humo, pero no presenta quemaduras. Aire fresco y limpio es lo que necesita; eso, y el favor de los cielos. Con reposo y el ambiente adecuado, debería recuperarse pronto —determinó el médico. Ante la imposibilidad de Toulouse para expresarse sin dolorosas interrupciones, Berald prosiguió con su relato:

—Mientras los defensores concentraban sus fuerzas para frenar nuestro avance en un único punto, el conde de Toulouse tomó una decisión audaz: Se adentró entre las llamas para hallar una ruta alternativa. Intentaba derribar los muros incendiados y sortear la barricada de la resistencia. —El joven arquero hablaba con admiración—. Desafortunadamente, un muro de piedra se reveló detrás del de madera, frustrando la iniciativa de nuestro valeroso conde y casi acabando con su vida. Pero el plan fue loable: de haber tenido éxito, podríamos haber ingresado al bastión mucho antes, y acaso entrar a Carcasona.

—¿Veis que yo tenía razón? —interpuso Baduino, sobrepasado por la emoción—. ¿Queríais a mi hermano? ¡Pues aquí está! No solamente no ha traicionado la causa, sino que arriesgó su propia vida heroicamente en beneficio de la cruzada. Ahora no tenéis más excusas... ¡liberad a mi hija!

Para estupefacción de todos los presentes, Montfort continuaba negando con la cabeza.

—Aunque el relato de este arquero fuera veraz, lo cual pongo seriamente en duda, aún queda la cuestión de Wilhelmina de Toulouse —declaró, inamovible. Al escuchar su nombre en boca del comandante, Wilhelmina tensó cada músculo de su cuerpo y contuvo la respiración sin darse cuenta. —Varios testigos han manifestado que Wilhelmina, hija del conde de Toulouse, teniendo la oportunidad de acabar con la vida de nuestro mayor adversario, el vizconde Trencavel, se abstuvo de hacerlo. Esto suscita serias interrogantes sobre su fidelidad. La liberación de la prisionera estaba condicionada a la cooperación de toda la familia de Toulouse en esta cruzada, pero en cambio nos encontramos con deliberados actos de asistencia al enemigo —espetó con severidad.

—¡Eso es absurdo! Mi sobrina Wilhelmina ha luchado con honor. Y aunque existieran dudas sobre ella, tanto Serene como yo somos inocentes. No es justo que paguemos por eventuales fallas ajenas —intervino Baduino, al borde del llanto.

—Don Baduino tiene razón —asintió Arnaud Amalric, enfrentando a Montfort—. Es inadmisible castigar a la joven Serene por las supuestas faltas de su prima. Os insto a cumplir con vuestra palabra y liberarla.

Montfort permaneció imperturbable, pero Amalric se animó a más:

» Os insto a considerar, comandante Montfort, que es mi deber reportar los detalles de este triunfo a Su Santidad —la exhortación, aunque en apariencia comedida, escondía un matiz de amenaza—. Como legado del papa Inocencio, lo que le decida informarle puede definir el curso de esta cruzada. Mis recomendaciones podrían oscilar entre la alabanza de vuestras acciones y la sugerencia de un cambio en el liderazgo.

Hizo una pausa, permitiendo que el alcance de su influencia se hiciera evidente. El silencio reflejaba el pasmo de los presentes ante el indisimulado desafío del religioso a Montfort.

» Sería muy desafortunado, y ciertamente perjudicial para vuestra reputación, si me viera obligado a incluir en mi reporte cualquier acto de deshonor por vuestra parte.

Tras un tenso momento en el que la atención de todos los presentes pendía sobre Montfort, éste finalmente asintió con resignación:

—Que así sea, entonces. ¡Liberad a Serene!

Mientras Bouchard de Marly, en cumplimiento de la orden, iniciaba su marcha hacia el presidio en busca de la prisionera y Baduino mostraba cómo era su sonrisa, Berald de Elbine tomó asiento al lado de Wilhelmina. Con ternura inmensa la miró a los ojos, y así permanecieron un instante, sin palabras. Fue ella quien rompió el silencio:

—¡Oh, Berald! ¡Mi bello y valiente Berald! ¡Lamento tanto no haber podido permanecer a tu lado! —dijo, compungida. —¡En ningún momento dejé de buscarte! Estaba aterrorizada de perderte.

—Yo también te he buscado, mi adorada dama. De hecho, me hallaba revolviendo cielo y tierra en tu busca cuando encontré a tu padre… —y agregó, bajando la voz a un susurro— acurrucado en el fondo de un callejón incendiado y llorando como un niño.

—¿Qué dices?

—Tu padre... no es cierto que estuviera buscando un camino alternativo para ingresar al bastión. Mentí para protegerlo…

Wilhelmina arqueó una ceja.

» Las edificaciones ardían a su lado, pero su camino de salida estaba perfectamente despejado. A pesar de eso, él no tenía intención de salir de allí. “¿Qué hemos hecho?” decía, y las lágrimas le brotaban sin parar. “¡Nuestra propia gente! ¡Toda esta muerte y destrucción! Esta cruzada está... ¡Maldita!” Las llamas se alzaban y el humo impedía respirar, pero tu padre no quería salir de allí.

—¿Quieres decir que, si tú no hubieras llegado, mi padre se habría dejado...?

—¿Morir? No lo sé. El conde ama la vida, y pienso que antes de que hubiera sido demasiado tarde, se habría marchado de allí por su cuenta. Pero lo vi muy afligido. Vencido. Decidido a abandonar a Montfort. Debí recordarle lo cerca que está de liberarse por siempre de la excomunión, que sólo tiene que aguantar cuarenta días con los cruzados, y que ya pasó lo peor. A duras penas logré convencerlo de volver cuando lo hice pensar en ti. Sólo eso lo conmovió. Inventé la historia del derrumbe y su supuesta misión para proteger su reputación.

—Gracias, Berald. —La mirada de Wilhelmina era de adoración.

***

Al cabo de un rato, Bouchard de Marly regresó trayendo del brazo a una Serene cabizbaja, pero ya sin sus cadenas. Al verla, los ojos de Baduino se llenaron de lágrimas. La emoción lo embargó; apenas podía creer que, después de tanto sufrimiento y espera, finalmente tenía a su hija frente a sí. La abrazó con fuerza, casi temiendo que, si la soltaba, ella desaparecería como un fantasma.

Mientras la sostenía en sus brazos, su mente se inundó de pensamientos oscuros sobre lo padecido en cautiverio. Las tenebrosas visiones de torturas y mutilaciones sufridas por su hija lo habían atormentado durante todo este tiempo. ¿Cuántos dedos le faltarían? ¿Cómo sería la vida de Serene ahora, marcada por tales cicatrices?

Los brazos de Serene envolvían a su padre por detrás de su espalda, mientras que los de él la apretaban fuertemente por la cintura.

—Eres libre, mi pequeña —le susurró con voz húmeda—. La pesadilla ha terminado. Te llevaré a casa. ¡Estás a salvo! —Tras decir esto, Baduino inspiró profundamente para armarse de valor.

No se atrevía a mirar las manos de su hija. Pero sabía que tenía que enfrentar la realidad, y que el alma de Serene seguía hermosa e inmaculada, aunque su cuerpo presentara un defecto. Con el sudor recorriendo su frente, decidió que con sus ojos miraría a los de su hija, y con sus manos recorrería las de ella. Manteniendo la mirada clavada en la de Serene, acarició con temor los dedos de su mano izquierda, palpándolos uno a uno. Su atención se enfocó en el tacto de aquella mano, cálida y temblorosa. A pesar del tiempo y las atrocidades, se sentía igual que cuando, siendo Serene sólo una niña, Baduino la sostenía para enseñarle a caminar. Sin percibir mutilación alguna, tragó saliva y pasó a inspeccionar tímidamente su mano derecha. Con un suspiro que parecía cargar todo el peso del mundo, Baduino posó al fin su mirada temerosa sobre ambas manos, temblando de incredulidad ante lo que vio.

Allí estaban... ¡todos sus dedos! Intactos. Blancos. Suaves. La improbable multitud de diez dedos. No había rastros de la brutalidad que le habían relatado. Un sentimiento de euforia y gratitud abrumadora lo inundó. Las lágrimas brotaron con más fuerza, pero ahora eran lágrimas de alivio y dicha. Baduino volvió a abrazar a su hija con fuerza, y en ese momento, todo el dolor y la angustia que había sentido se transformaron en un agradecimiento profundo y una renovada fe en Dios por haber oído sus ruegos.

Aún abrumado por la emoción, Baduino se volvió hacia Montfort, que observaba la escena con la misma impasibilidad con la que había negado la liberación de la cautiva que se jactaba de atormentar.

—Sus dedos... —encaró dubitativo al comandante con la voz quebrada y una mirada llorosa que no disimulaba su profunda confusión. El propio Montfort jamás había desmentido las amputaciones.

—Pero Baduino... ¡Me ofendéis! ¿Qué clase de persona creéis que soy? —repuso Montfort con una ironía mordaz—. Esos blancos dedos que recibió Trencavel de mi parte nunca pertenecieron a la dama Serene. Eran de una simple cátara. Jamás habría hecho algo así a una noble católica.

Baduino asintió con reverencia, tamizando con el enorme alivio que sentía la repulsión por la

cruel táctica de Montfort, que por meses lo había hecho el hombre más desgraciado de la tierra.

—Con vuestro permiso, llevaré a mi hija de vuelta a Albi, con su esposo y su hijo, al despuntar el alba —pidió—. Sólo me llevaré cuatro de mis caballeros a modo de escolta. El resto de mis tropas permanecerán a vuestro servicio, al mando de mi hermano Raimond VI, y regresaré en cuanto mi hija se encuentre a salvo con su familia.

Montfort concedió con un gesto de su mano. Mientras Baduino comenzaba a alejarse con Serene, el comandante también se retiró, saludando con falsa gentileza a Arnaud Amalric y al conde de Toulouse que, anonadado por la situación, tosía ya más calmadamente. Antes de entrar a su tienda, Montfort se dirigió a uno de los hombres que la custodiaban:

—Traed ante mí a Wilhelmina de Toulouse —ordenó con firmeza—. Tengo que interrogarla.

Los celos de Robi

Verano de 1209
Mirepoix, condado de Foix

El cantinero depositó una nueva jarra de cerveza sobre la mesa. Robi había perdido la cuenta de cuántas llevaba consumidas a esa altura. Sin embargo, la abultada bolsa de monedas que ostentaba garantizaba un flujo interminable de bebida. Con suerte, nadie lo hubiera reconocido como el heredero del condado, aunque probablemente fuera ingenua la ilusión de pasar desapercibido en un pueblo tan pequeño. Quizás era una falsa sensación de seguridad derivada de la embriaguez de sus sentidos, y ya todos estuvieran mirando cuando él no miraba, y susurrando cuando él no escuchaba. Pero Robi confiaba irracionalmente en que las paredes rugosas de la taberna protegieran su anonimato. Mirepoix era parte del condado de Foix, apenas a una hora a caballo del castillo. Ya bastante se había humillado como para que además lo calificaran de borracho. Antes de terminar rendido en aquel lugar, había recorrido las calles una a una, preguntado a todo transeúnte sobre Guy y Ermessenda, con la obstinación de un loco. En su búsqueda atravesó toda Mirepoix, desde el bullicioso mercado hasta las tranquilas capillas, poniendo especial empeño en identificar y entrevistar a cada miembro de la extensa familia Perelle. Sin embargo, sus averiguaciones habían resultado infructuosas. Nadie admitía saber del paradero de Guy, y, menos aún, del de Ermessenda. Tal vez estuvieran mintiendo, encubriéndolos, riéndose de él en su propia cara. Pero si en verdad su esposa y ese hombre no se encontraban en Mirepoix, no tenía idea de dónde seguir buscándolos. El emplazamiento del clan de Guy era la única pista que tenía, una pista que parecía desvanecerse como la cerveza de su jarra.

Por eso, Robi se entregó sin resistencia al consuelo efímero del alcohol. El mareo lo envolvía, manteniéndolo en un limbo entre la consciencia y un oscuro abismo. Nunca había bebido tanto, y en ese momento, no le importaba sumergirse por completo en el olvido líquido. La bebida era su único santuario.

Alrededor de su mesa solitaria, las voces de los demás clientes de la taberna se fundían en un murmullo distante, como el sonido de un río lejano. Hablaban de Carcasona. Aunque las palabras llegaban a él como ecos difusos, Robi captó la esencia de sus preocupaciones: los cruzados habían tomado el último suburbio, y el asedio de la ciudad amurallada era brutal. Sin agua, los carcasoneses resistían cada vez más débiles. Los detalles se le escapaban, sumidos en la niebla del alcohol, que le hacía dudar de si lo que escuchaba era real. Las voces relataban que las cabezas de los prisioneros del Castelar eran arrojadas por sobre las murallas de Carcasona, lanzadas por las catapultas de Montfort, cada hora... o día... o minuto. Una lluvia de cabezas que traía una lluvia de sangre.

—Trencavel caerá —aseguró alguien en una mesa cercana.

—¡Y cuando eso suceda, los cruzados vendrán hacia Foix! —se lamentaba otro, presa del pánico.

La clientela parecía alarmada por los acontecimientos. Atrapado en su tormenta personal, Robi

sólo pensaba en Ermessenda. El resto del mundo le resultaba indiferente.

Con un movimiento mecánico vació otra jarra de cerveza. Sintió que el peso de su cabeza se hacía insoportable. Con un suspiro de derrota, dejó caer su frente sobre los brazos cruzados en la mesa, buscando refugio en esa oscuridad momentánea en la que sus preocupaciones parecían, por un instante, menos abrumadoras.

Una voz lo apartó de su letargo. Alguien le estaba hablando. La figura borrosa frente a él se movía en círculos, danzando en la niebla. Robi no tenía idea de quién era ese hombre ni qué decía. Sólo se sentía abrumado por un torrente incesante de palabras ininteligibles. Lo único que notó fue que su piel era de un matiz más oscuro de lo habitual.

—un mensaje de Ermessenda —comprendió entre la verborrea.

La mención del nombre de su esposa abrió una grieta en su embriaguez.

—¿Qué has dicho? —logró articular Robi, esforzándose por dar forma a sus palabras—. ¿Sabes algo de Ermessenda?

—¡Sí! —exclamó el muchacho. La certeza de su respuesta lo hizo anhelar la capacidad de aclarar su mente instantáneamente para poder conversar sin interferencias. Pero eso era imposible. Pidió agua para acelerar el proceso y, tratando de calmarse, volvió a preguntar, aunque no recordaba si ya lo había hecho antes. Por suerte, su interlocutor parecía tener paciencia.

—Ermessenda se ha ido con Guy y Arthur a Carcasona —le informó el muchacho. Estas palabras, cargadas de un significado que se intuía esencial pero que escapaba a su comprensión, repicaron en la mente de Robi, trastornando aún más su ya turbulento mundo. ¿Carcasona? ¿Arthur? Nuevas piezas del rompecabezas añadían complejidad a un enigma ya de por sí imposible de descifrar. Deseaba poder acceder a su mente lúcida para entender lo que oía. Entonces, ¿Guy y Ermessenda no estaban solos? Ojalá hubiera prestado atención a los rumores sobre Carcasona que había desestimado momentos atrás. ¡Ermessenda podría estar allí!

—Carcasona... está sitiada —musitó dubitativo, y el joven respondió:

—¡Por eso mismo! Ermessenda fue a rescatar a los cátaros, para llevarlos a Castellbó.

—¿Rescatarlos?, pero ¿cómo? ¡Si están sitiados, no podrán salir!

—Tranquilízate y ven afuera. El aire fresco te ayudará —le propuso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Robi, intentando ponerse en pie, pero cayendo en el intento.

—¡Geoffroy, señor! Ya lo he dicho varias veces. Soy mozo de cuadra en vuestro castillo —respondió el joven con respeto.

—Geoffroy —murmuró Robi, dándose cuenta de que el paseo que había planeado no sería posible en su estado—. ¿Guy y Ermessenda... están juntos? —preguntó, probablemente de manera repetitiva.

—¡Por supuesto que no de la manera que vos pensáis! —discernió Robi entre las palabras de su interlocutor, esforzándose por seguir el hilo de su relato— ... hombre recto... esposa devota... —era lo único que conseguía rescatar de lo que oía, pero era suficiente para devolverle un resquicio de paz —...jamás harían algo así... sólo para salvar a los cátaros... Ella te ama.

Las palabras de Geoffroy, desordenadas pero cargadas de sinceridad, trajeron un cierto consuelo a Robi. Lentamente, la tensión en su rostro se suavizó y se dejó vencer por el sopor, sumiéndose en un mundo donde la realidad se desvanecía. Pero en ese momento de transición, un último destello de lucidez lo golpeó, transformando su sueño en una pesadilla tortuosa: si Ermessenda estaba en Carcasona, en esa ciudad asediada en la que no había agua, pero donde llovían cabezas, atrapada como una presa en las garras mortales de los cruzados, su situación era desesperada.

Aunque hubiera entendido bien las palabras de Geoffroy, y Guy no fuera amante de Ermessenda, sino sólo su compañero de viaje, ese hombre la había arrastrado a un peligro inimaginable. Robi vio a su esposa pasando hambre y sed, famélica y vencida por los horrores del asedio. Imágenes de violencia y muerte lo atormentaban: Ermessenda herida en batalla, capturada y abusada, o peor aún, ejecutada por herejía. Todo por Guy, quien la había conducido a esa calamidad por su deseo malsano de tenerla a su lado a toda costa. ¿Dónde está el *paratge* de un hombre a quien no le importa destruir la vida de una mujer casada, con tal de aprovechar sus recursos e influencia en su propio beneficio? En su corazón, Robi maldijo a Guy de Perelle por su egoísmo y deslealtad, mientras el sueño lo envolvía en un abrazo profundo.

Los poemas de Mareuil

Verano de 1209
Château Comtal de Carcasona
Diez días después

La *cité* amurallada de Carcasona, acosada por un asedio impiadoso, se aferraba a su resistencia con la tenacidad de un pez recién sacado del agua que lucha y se sacude reacio a dejarse morir. El agua hallada en los túneles había traído algún alivio, pero con tantas bocas nuevas que saciar a causa de los refugiados provenientes del Castelar, el suministro menguó rápidamente y la situación se tornaba cada vez más desoladora. A pesar de los esfuerzos, aún no se había encontrado ninguna salida viable del sistema de túneles. La frustración se había apoderado de los ánimos, debilitando las esperanzas de que alguna existiera. Los proyectiles de Montfort ahora caían sobre las calles de la ciudad, matando o hiriendo a los desafortunados que los recibían. La desolación calaba cada vez más hondo. Siguiendo las estrictas órdenes de Trencavel, nadie entraba ni salía del castillo. Tres días después de perder el suburbio, el hospital en el gran salón había sido evacuado, salvo por los convalecientes y amputados que estaban demasiado débiles para trasladarse, muchos de los cuales morían día tras día. Más allá de la guarnición del castillo, sólo los miembros de la corte y los trabajadores dedicados al mapeo y limpieza de los túneles podían salir. Los demás permanecían dentro, confinados sin excepción. Lo único que llegaba del exterior del castillo eran rumores, especulaciones, y, por supuesto, distantes gritos de horror y estruendos de derrumbes que sugerían un panorama apocalíptico. El encierro era tan desesperante como no saber nada de lo que ocurría allí afuera. Sin embargo, la orden de Trencavel era terminante: dentro del castillo, alejados de las murallas y fuera del alcance de los proyectiles de las catapultas, estarían más seguros.

Ermessenda dividía su tiempo entre asistir a los escasos pacientes que aún ocupaban el hospital y acompañar a Alaïs en el cuidado de los hijos de aquellos. En las noches siempre salpicadas de alaridos, justo antes de rendirse al sueño, vertía en los folios de su *scriptorium* portátil la realidad desgarradora que les tocaba vivir: el confinamiento dentro del castillo, el misterio y las elucubraciones sobre lo que acontecía en las calles de Carcasona, el miedo inminente a que los cruzados se hicieran con la ciudad, y la sed... sobre todo la sed.

Aquella tarde, se encontraba al cuidado de la pequeña Esperanza, un retoño de alegría en medio del encierro. La niña, cada día más fuerte, había perdido la fealdad de su rostro de recién nacida, y comenzaba a mostrar rasgos armónicos y saludables. Su madre, Adèle, se recuperaba lentamente de las complicaciones del parto, y ya se levantaba. Su esposo Elion le servía de apoyo mientras ella daba sus primeros pasos después de la considerable pérdida de sangre sufrida durante el alumbramiento.

Con Esperanza recién alimentada y acurrucada en sus brazos, Ermessenda la mecía suavemente, para ayudarla a dormir. En estos momentos de ternura, se olvidaba brevemente del asedio y encontraba un poco de paz. Sin embargo, sintiendo a la pequeña adorable y frágil en sus brazos, un pensamiento oscuro le nubló la mente: la niña, nacida en una familia cátara, jamás sería bautizada.

Estaba sumida en esta reflexión cuando Guy de Perelle entró en la sala, buscándola con una expresión de urgencia.

—Ermessenda, ¡aquí estabas! Necesito que vengas conmigo.

Esperando alguna novedad acerca de los túneles, Ermessenda entregó a la niña en brazos de Evelina, y lo siguió.

—¿Qué ocurre? ¿Han hallado la salida, al fin? —indagó, pero Guy negó con la cabeza sin parar de caminar. Su paso vigoroso y su mirada vivaz le otorgaban un aire rejuvenecido, reminiscente más de un muchacho imberbe que de un hombre de ya casi cincuenta años. El tinte oscuro de su cabello, al igual que el de ella, habían comenzado a ceder ante el paso de los días, y de a poco podían volver a vislumbrarse, bajo una pátina negruzca, el fuego cobrizo de ella y el rubio plateado de él.

—¿Adónde vamos?

—Aquí —dijo él, abriendo la puerta del *scriptorium* desierto e invitándola a pasar. Guy condujo a Ermessenda hasta un atril sobre el que se encontraba un tomo grueso con tapas de cuero, colocado justo bajo un rayo de sol que ingresaba desde la ventana.

—Arnaut de Mareuil, "Saludos de Amor" —leyó Ermessenda, intrigada—. ¿Qué es esto?

—Son los poemas de un famoso trovador oriundo de Perigord, que ha pasado una temporada en la corte de Toulouse y luego aquí, en Carcasona, hace algunas décadas. Te he hablado de él en tus lecciones, ¿lo recuerdas?

Ermessenda pasó las páginas una a una, leyendo por encima lo que claramente eran poemas de amor. No un amor cualquiera, sino uno desesperado y apasionado, imposible, ensalzando la belleza y las virtudes de una dama que lo era todo para él, y la angustia extrema de saber que nunca la podría poseer.

—"*Fin'amor"* —aventuró, recordando las enseñanzas de Guy.

—"*Fin'amor*" —aprobó él, clavando su mirada azulada sobre Ermessenda, con una intensidad algo inquietante.

Guy siempre había mostrado fascinación por el *fin'amor*. Era su género literario favorito, y ella sospechaba que tal vez fuera más que eso para él. Aun así, no podía discernir por qué la había citado con tanta urgencia para mostrarle ese tomo, en medio de las preocupaciones mucho más acuciantes que asolaban al castillo y al pueblo entero.

» La dama a quien Mareuil dedicó todos sus poemas, objeto de su amor infinito... ¿Puedes imaginar quién era?

—No tengo idea —respondió ella, más desconcertada que interesada.

—Cuando te lo diga, comenzarás a entender por qué te he llamado.

Ermessenda dudó que pudiera tener relevancia alguna, pero siguió escuchando.

» La mujer de quien Mareuil estaba locamente enamorado era nada menos que Azalais de Toulouse, la madre de Trencavel. Es bien sabido que Mareuil moría de amor por ella. De hecho, su esposo Roger, el padre de Trencavel, estaba tan celoso de las atenciones de este trovador hacia Azalais que lo echó de su corte y lo obligó a asilarse en Montpellier. Allí, el padre de Agnès se convirtió en su mentor. Fue por ella que este tomo finalmente ha terminado aquí, tantos años después de la muerte de Azalais, su esposo, y el propio trovador.

—Todo esto es muy interesante, pero... ¿Por qué me has convocado para mostrármelo y me hablas como si hubieras encontrado una gran revelación?

—Porque así lo es —replicó Guy, misterioso—. Mira las páginas centrales, los textos que Mareuil escribió ya en Montpellier, en el exilio.

Ermessenda pasó los gruesos folios con curiosidad, intentando hallar algún sentido a todo aquello. Mientras leía por encima los poemas, apareció Fortún junto a dos criados que comenzaron a sacudir el polvo y a colocar las sillas formando un círculo.

—El vizconde y su consejo van a tener una reunión en esta sala en unos minutos —informó el chambelán—. Será mejor que abandonéis el lugar antes de que ellos hagan su entrada —concluyó carente de diplomacia.

—Sólo un momento más, Fortún, por favor, y ya nos retiramos —pidió Guy, y miró inquisitivamente a Ermessenda, curioso de saber si había llegado ya a alguna conclusión.

—Estos poemas son distintos... —dedujo ella, reflexiva—. Se alejan del tema del amor para explorar aspectos más profundos y abstractos. Abordan temas como Dios, el alma, la esencia de la vida... tienen una naturaleza más espiritual, más...

—¿Cátara? —interrumpió él, con una sonrisa radiante—. Como *credente* y estudioso de la doctrina cátara, estoy plenamente convencido de que estos son, en efecto, textos cátaros. Aunque no se mencione de manera explícita, sus simbolismos y la filosofía subyacente lo delatan con total claridad. Parece indiscutible que, en sus últimos años, Arnaut de Mareuil abrazó el catarismo.

—Ese es un dato sin duda curioso, pero aún no llego a comprender... ¿qué tiene que ver con nuestra situación? —Ermessenda estaba perdiendo la paciencia.

—¿Has leído los últimos poemas? —inquirió Guy, eludiendo una respuesta directa con otra pregunta.

Ermessenda giró cuidadosamente las hojas del pesado códice en el atril; aún no había explorado esa parte. Al leerlos se quedó pasmada. Eran poemas de amor. Pero no de *fin'amor*, sino de un amor real. Maduro. Consumado.

—¿Recuerdas la tumba que encontraste tras la doble pared en casa de los Morin? —preguntó

Guy.

—AM y AT... —dijo ella—. ¡Arnaut de Mareuil y Azalais de Toulouse! —exclamó, aunque rápidamente moderó su tono al notar la proximidad de los criados. No era prudente que se divulgaran asuntos tan sensibles sobre la familia del vizconde. Uno de ellos tomó la silla de al lado de Ermessenda y la arrastró ruidosamente hasta el círculo. La sesión del consejo estaba por comenzar, pero esto no disminuyó su entusiasmo por el inesperado descubrimiento —¡Fueron amantes! —susurró para que sólo Guy pudiera oírla.

—Por lo que puedo concluir de mis lecturas y averiguaciones, Arnaut y Azalais no mantuvieron una relación amorosa mientras vivía el marido de ella. Sin embargo, tras su fallecimiento, se unieron en secreto, y ambos abrazaron el catarismo. Esto arrojaría luz sobre la decisión de Azalais, antes de su muerte, de designar al maestro cátaro Bertrand de Saissac como tutor de su hijo. Esta elección generó gran controversia y suspicacias entre los miembros de la corte de Carcasona. Convencidos de que la vizcondesa permanecía fiel al catolicismo, achacaban su incomprensible decisión a una supuesta pérdida de cordura en sus momentos finales.

—Fascinante… —susurró Ermessenda, sumida en sus pensamientos—. Así que el sublime y celestial *fin'amor* que el trovador ensalzó durante años, al final degeneró en un sucio y terrenal *fals'amor*. —Había cierta ironía en su voz.

—¿Realmente lo consideras tan despreciable? —Guy, desafiante, la incitó a leer el poema que tenía ante sus ojos. Ermessenda accedió y declamó en voz alta:

> —"*Amor es más que amor*
> *cuando trasciende el deseo,*
> *es la fusión de dos seres*
> *en alma y en cuerpo.*
> *Es servir el té de la mañana,*
> *no en uno sino en dos cuencos.*
>
> *¿Qué importa la muerte*
> *si Dios me ha premiado*
> *con el don más exquisito?*
> *¿Qué más puedo anhelar*
> *que reír, llorar o perecer,*
> *si es contigo?"*

Tras terminar el poema se hizo un silencio tras el cual Guy concluyó:

—Con un amor tan profundo, más falso es estar separados ¿No te parece?

Ermessenda frunció el ceño y vaciló un instante, insegura de qué dirección debía tomar su respuesta a tal interrogante. Guy la rescató de su indecisión, llamando su atención hacia uno de los últimos poemas del códice —¿Y éste? ¿Qué te parece? —preguntó. Ermessenda lo leyó, esta vez en silencio, reflexionando sobre sus palabras:

> *"¿Qué mayor locura que traer*

un alma nueva a este mundo corrupto?
Arrancar del paraíso a un ser puro,
para encarnarlo donde el dolor
acecha a cada rincón.
Pero ese ser que en ti crece
¿es otra alma realmente?
¿O es la mía y la tuya,
entrelazadas por siempre?
Si tú y yo, amor mío,
un día hemos de partir,
que al menos en él pueda vivir
algo de mí, algo de ti.”

—¡Habla de paternidad! —Ermessenda no salía de su asombro—. Este poema parece referirse a un niño, un hijo de ambos... ¿Trencavel?

—No. No se alinea con las fechas. Este poema fue escrito después de la muerte de Roger Trencavel, cuando su hijo debía ya de tener unos ocho o nueve años. Es claro que Azalais tuvo otro embarazo, y, si éste llegó a buen término, otro hijo.

Ermessenda bajó la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible para asegurarse de que nadie más que Guy la escuchara.

—¡Otro hijo! —repitió incrédula. Se decía que Azalais se había retirado a un convento tras el deceso de su esposo, y que permaneció allí hasta su final. Claramente, eso no era cierto. —¡Tenemos que decírselo a Trencavel!

****

Fue terminar de decir su nombre y ver aparecer a Trencavel a paso rápido por la puerta, seguido por Renaud, Cabaret, y varias otras personas de su consejo. Guy y Ermessenda se excusaron y, dejando el tomo de Mareuil en uno de los estantes, se marcharon procurando no molestar.

Al salir, se cruzaron con Agnès, la esposa del vizconde.

—¡Ermessenda! ¡Qué suerte que estás aquí! Tienes que ayudarme —dijo, tomándola de la mano. Sin dar espacio a protestas, la volvió a llevar hacia adentro. —Tú también, Guy, ¡entra! ¡Dios sabe la falta que nos hace que mi esposo escuche algunas voces sensatas!

Guy tomó asiento en una silla junto a la de Ulric, el condestable de Carcasona, mientras que Ermessenda se sentó al lado de Agnès.

» Mi esposo planea hacer una locura ¡Tienes que ayudarme a detenerlo! —le suplicó ésta al oído.

Trencavel, con ojos de fuego y una postura que irradiaba una resolución férrea, no parecía el tipo de persona que pudiera ser detenida.

Ermessenda, aunque curiosa por enterarse de qué se trataba aquello, más ansiosa aún estaba por contarle a Agnès su descubrimiento sobre el medio hermano desconocido de su esposo. Pero la reunión comenzó.

—Os he citado aquí porque se me ha presentado una oportunidad para resolver nuestra difícil situación —comenzó el vizconde, blandiendo un pergamino en su mano—. He recibido una invitación de mi tío Raimond de Toulouse a parlamentar, y estoy decidido a aceptarla.

Una oleada de exclamaciones de preocupación y duda se extendió por la sala. Trencavel las acalló con un gesto de sus manos y siguió hablando:

» Hemos acordado de encontrarnos en privado y desarmados, mi tío y yo, en la ermita abandonada del monte Gaveta. El propósito de la conferencia es negociar una rendición pacífica de Carcasona.

La propuesta provocó un estallido de protestas. Cada cual, por razones distintas, bullía en desacuerdo con el anuncio de Trencavel.

Pierre Roger de Cabaret fue el primero en responder. Sus ojos centelleaban con desafío.

—¡Es una locura, Trencavel! ¿Desarmado en tierra de cruzados? ¡Seguro es una trampa!

—Raimond me ha permitido llevar un par de escoltas, y ha dado su palabra de que nuestra seguridad estará garantizada. Lo juró por el alma eterna de su hermana Azalais, mi difunta madre, que en paz descanse.

Tras estas palabras, entregó el pergamino a Cabaret, para que leyera por sí mismo las palabras de Toulouse.

» Mi tío puede ser muchas cosas, pero nadie puede negar que adoraba a su hermana. Nunca ofendería su memoria de una forma tan horrenda. —La voz de Trencavel se mantenía firme a pesar de las miradas desconfiadas que se posaban sobre él.

Hubo un silencio tenso. Los rostros de los presentes reflejaban una mezcla de incredulidad, temor y resignación. Cabaret, aún escéptico, volvió a romper el silencio:

—¡Raimond de Toulouse ya no es de fiar! —gruñó, con expresión endurecida—. Te ha traicionado una vez y puede hacerlo nuevamente.

—No importa por quién haya jurado ¡Él es uno de los cruzados ahora! —añadió Ulric.

Agnès, haciendo eco de la negativa predominante, alzó su voz para rogar sensatez.

—Tus caballeros tienen razón, esposo mío. Tu tío es un hombre inestable. Es temerario confiar en él. ¡No podemos arriesgarnos a perderte!

Trencavel alzó la voz para imponerse ante la lluvia de cuestionamientos:

—Mi tío Raimond de Toulouse, representando los intereses de los cruzados, busca la rendición de Carcasona y eso es lo que le daré, sin más derramamiento de sangre —concretó, despertando una nueva oleada de murmullos—. Es todo cuestión de las condiciones que consigamos para la rendición. Pensémoslo bien. Nuestra situación es desesperada. Estamos rodeados y ampliamente superados en fuerzas. Sin el apoyo militar de nuestros aliados, jamás lograremos vencerlos. Los suministros se acaban y ya nuestra gente ha comenzado a enfermarse y perecer a causa del hambre, la sed y la enfermedad. La rendición es la única vía posible y, antes de negociarla con Simón de Montfort, es preferible hacerlo con un miembro de mi propia familia. Él estará más abierto a escuchar mis demandas.

Ermessenda tomó la palabra, elevando su voz clara y firme en la tensa sala —¡Aún tenemos los túneles! —exclamó—. ¡No deberíamos ceder la ciudad hasta no haber sacado de ella a todos los cátaros!

—Ermessenda, la red de túneles que encontramos es todavía un enigma. Llevamos más de una semana de trabajo arduo en ellos, despejando caminos estrechos, oscuros y malolientes que no conducen a ninguna parte. Las únicas salidas que hemos hallado desembocan en tierras ocupadas por los cruzados. El Castelar, Sant Vincent... ¿Puedes imaginar el desastre que conllevaría abrir una de esas puertas y encontrarnos de frente con el enemigo? Ellos podrían utilizarlos para invadirnos y ya no podíamos negociar absolutamente nada.

—Necesitamos más tiempo para hallar una salida al valle —insistió Ermessenda—. Tiene que haberla. ¡Eso cuenta la leyenda!

—Se nos ha acabado el tiempo —afirmó Trencavel, implacable—. La situación en las calles de Carcasona es insostenible. Como a todas las otras damas del castillo, te he prohibido salir de él desde que comenzó el asedio, y por ello desconoces la pesadilla que se vive fuera de estos muros. Estamos al borde del colapso. A estas alturas, lo único sensato es considerar las condiciones de nuestra rendición.

El senescal Yves Renaud respaldó con convicción la postura de Trencavel:

—Nuestro vizconde tiene razón. No podemos seguir permitiendo que nuestro pueblo agonice mientras los cruzados nos arrojan las cabezas de más y más prisioneros con sus catapultas por encima de nuestras murallas. Sería una necedad persistir indefinidamente en la búsqueda de una ruta subterránea, que seguramente no existe. Intentar un acuerdo con el conde de Toulouse es la única salida que nos queda.

Guy de Perelle intervino. Su tono estaba cargado de preocupación: —¿Y los cátaros, Trencavel? Si entregas Carcasona a los cruzados, ¡todos nosotros seremos ejecutados en la hoguera!

Trencavel asintió, con el *paratge* firme y vibrante en su voz—:Es exactamente por eso que necesito lograr un acuerdo, porque si los cruzados toman Carcasona por la fuerza, esa ejecución masiva en la hoguera es lo que ocurrirá. No rendiré la ciudad sin la garantía de que las vidas de los *bons homes* y *bonas donas* de Carcasona serán respetadas. Es una promesa que hago ante todos vosotros.

Los susurros acallados esta vez fueron de aprobación.

—Si la decisión está tomada, como parece claro que lo está, cuenta con nosotros para protegerte —concluyó Cabaret, secundado por Raimond Miré—. Enviaremos tras de ti arqueros y caballeros por si las cosas se tornan turbias. No pensarás ir verdaderamente solo y desarmado como piden... sería caminar voluntariamente hacia tu cadalso.

—Me temo que es la única manera. Mi tío ha sido muy claro en las condiciones. Él asistirá acompañado únicamente por su hija Wilhelmina y por un párroco. Prometió que no llevarán arma alguna y exigió lo mismo de mi parte. Acudiré a la convocatoria sólo con Renaud, y una persona más, cumpliendo con las exigencias pactadas.

—En tal caso, déjame ser quien vaya con vosotros —ofreció Agnès—. Si Toulouse llevará a su hija al encuentro, es perfectamente razonable que tú lleves a tu esposa. Dado que lo que buscamos es la paz, la templanza femenina puede ayudarnos a fomentarla.

—Te agradezco tu valentía, pero no puedo permitirlo —respondió Trencavel, con tanta ternura como firmeza—. ¡Piensa en nuestro hijo! Si algo me sucediera, no quiero que Mondi quede huérfano de padre y madre como yo lo fui. Al menos uno de los dos debe sobrevivir.

Acusando la determinación en los ojos de su esposo, Agnès cedió, formulando resignada un pedido alternativo—:En tal caso, que os acompañe Ermessenda. Confío plenamente en ella. Además, conoce a Wilhelmina y podría ser de gran ayuda en la negociación.

Trencavel, deseoso de satisfacer a su esposa para zanjar la cuestión, se volvió hacia la interpelada:

—Ermessenda, ¿estarías dispuesta a acompañarme? Tu amistad con Wilhelmina podría resultar valiosa.

Ermessenda pensó que a duras penas aquello podría considerarse una amistad. Envuelta en duda, respondió:

—Sería un honor para mí, señor, pero no puedo dejar de insistir en lo que considero una estrategia crucial para los cátaros... ¡deberíamos darles más tiempo a los túneles! ¡Tan sólo unos días más! Si hallamos la salida... ¡nada de esto será necesario!

Trencavel marcó la urgencia con un ademán enfático:

—La reunión es mañana. Si no puedo contar contigo, sin duda me sobrarán los voluntarios.

Tras un momento de reflexión, Ermessenda aceptó la responsabilidad que se le presentaba. Sin embargo, en su interior, aún albergaba la firme creencia de que la verdadera esperanza yacía en los túneles. Los demás parecían ciegos a esta posibilidad, aferrándose a esperanzas aún más inciertas y peligrosas. ¿Por qué no podían verlo? ¿Por qué no confiaban en su plan, después de que los túneles ya se habían demostrado reales? No lo comprendía y el rechazo la golpeaba directo en su corazón.

Tío y sobrino

Verano de 1209
Ermita abandonada del monte Gaveta
El día siguiente

Ermessenda vislumbró la ermita con inquietud. Era un páramo abandonado, incrustado en la naturaleza exuberante, en medio del territorio controlado por los cruzados. Transitando pesadamente por un camino montañoso donde no había más que árboles y plantas resecas por el calor, acompañada únicamente por el vizconde de Carcasona y su senescal, sin armas ni escolta, la vulnerabilidad la envolvió. Su único escudo era un frágil salvoconducto otorgado por el conde Raimond de Toulouse, cuyo *paratge* estaba tan en entredicho como su autoridad dentro de la cruzada. Ya era demasiado tarde para volver, así que mejor era repetirse que los acuerdos de honor, aun entre partes en combate, históricamente se respetaban a rajatabla. Trencavel parecía convencido de esto, caminando a paso rápido y firme hacia el encuentro sin vacilar, y prácticamente sin hablar. Sólo unos breves comentarios de Renaud aquí y allá, irrelevantes pero corteses, rompían el silencio apesadumbrado que los envolvía.

El sol ardía inclemente en un cielo sin nubes, castigando su piel y agobiando su espíritu. La exigencia de Toulouse de que no usaran caballos hacía de lo que debía haber sido un trayecto de media hora, una odisea interminable. El calor abrasador, la tensión creciente, y la debilidad general que invadía su cuerpo por la escasez de fluidos durante las últimas semanas, convertían el ascenso a la montaña, que en un día normal hubiera sido un simple paseo, en una proeza agotadora. Con apenas medio cuenco de leche de cabra en el estómago, Ermessenda sentía cómo las fuerzas la abandonaban.

El punto de reunión se encontraba en una explanada adyacente a la vieja ermita, una construcción ancestral de piedra, abrazada por un frondoso bosque que, si no fuera por los cruzados merodeando, le infundiría un aura de serenidad. Apartado del tumulto del mundo, este espacio parecía suspenderse en el tiempo. Aunque en el pasado había sido un lugar de retiro y contemplación para monjes benedictinos, ahora no eran más que ruinas bañadas de musgo y cubiertas por largas hierbas. Mejor así. Hacía tiempo que cualquier sitio relacionado con la Iglesia había perdido su condición de refugio para Ermessenda y los suyos.

Cuando ya estaba a punto de desfallecer, los vio. Tres figuras se recortaban sobre el fondo boscoso. Apenas tuvo que subir unos pasos más por la rústica escalinata empedrada para reconocerlos: Raimond de Toulouse y su aparatosa hija Wilhelmina estaban allí, junto a un macizo religioso ataviado con distinguidas vestiduras. No parecían armados ni acompañados.

—¿Queréis un poco de agua, hermanos? Se os ve sedientos... —dijo el sacerdote acercándoles un odre rebosante de gran tamaño—. Allí de donde vosotros venís se rumorea que escasea...

El sarcasmo de su voz arruinó lo que de otro modo habría sido un buen comienzo. Tanto así que Trencavel, a pesar de la acuciante sed que debía tener, rechazó el ofrecimiento, pasándole el odre a Ermessenda. Menos estoica y orgullosa, ella no dudó. Bebió con regocijo el agua más pura, abundante y refrescante que hubiera probado jamás. No recordaba sentirse saciada desde su

llegada a Carcasona. Volver a experimentarlo le dio ganas de llorar. Tragos cargados de frescura cristalina suavizaban su garganta y descendían hacia el interior de sus entrañas, devolviéndole el equilibrio perdido. Satisfecha, pasó el odre al senescal Renaud, quien también bebió. La fuerza de voluntad de Trencavel para desestimar el convite era a la vez admirable y aterradora. Ermessenda reflexionó que aquello que más se da por sentado, en su escasez, se convierte en lo más preciado.

—No nos hemos presentado... mi nombre es Arnaud Amalric, arzobispo de Narbona y legado de Su Santidad el papa Inocencio III. Asumo que vos debéis de ser Trencavel, por el momento vizconde de Carcasona.

Ermessenda sintió un escalofrío de pies a cabeza. Muchos decían que Arnaud Amalric era el verdadero demonio detrás de la cruzada, por encima incluso del poder, la ambición y la crueldad del propio Simón de Montfort.

—Su excelencia —asintió Trencavel bajando la cabeza, en el movimiento que más dolor le habrá causado en los últimos tiempos. Del mismo modo, parco pero respetuoso, saludó a los otros dos: —Wilhelmina, conde Raimond de Toulouse.

Trencavel miró a su tío con la tristeza vibrando en sus ojos. Sus palabras surgieron amargas, aunque recubiertas por una capa fina de cordialidad: —Es curioso, tío. Hubiera esperado encontrarte de mi lado en una lucha como ésta, no del de los cruzados.

Raimond VI sostuvo la mirada de su sobrino, imperturbable a pesar de la acusación.

—Es curioso, Trencavel —replicó, emulando la entonación de su sobrino —porque yo también esperaba recibir tu ayuda cuando te la pedí. Pero parece que ambos estamos desilusionados.

—¿Y tú, prima? De tu padre es esperable cualquier cosa. Pero... ¿tú?

Wilhelmina, avergonzada por la imprecación, no dijo nada. Dio unos pasos al costado, hasta quedar al lado de Ermessenda, que la miró con desprecio. Años atrás, habían rivalizado por el amor de Robi, y aunque después las asperezas habían amainado, ahora retornaban con todo su ímpetu. Ermessenda no podía concebir como alguien podía ser capaz de perpetrar la imperdonable traición que tenía frente a sí, y hacerlo a cara descubierta.

Trencavel inspiró profundo, dispuesto a lanzar otra de sus acusaciones ponzoñosas hacia sus familiares, pero la voz impaciente de Amalric lo interrumpió:

—Caballeros, nos encontramos aquí para tratar asuntos de importancia. —Su expresión era severa; sus ojos redondos y muy abiertos parecían a punto de estallar—. Es hora de que vayamos al punto de este encuentro y debatamos lo que realmente importa: la rendición de Carcasona.

—¿Qué demonios haces aquí, Ermessenda? —le preguntó Wilhelmina, mientras los hombres seguían hablando por su parte. —¿Robi sabe que te encuentras en Carcasona? ¿Lo ha autorizado?

Ermessenda no respondió, mucho más interesada en escuchar las exigencias de Amalric y qué

respondería Trencavel, que en dar explicaciones a alguien que no estaría allí, del lado de los cruzados, si no fuera una traidora.

—Es verdad, me he unido al ejército de Dios —reconoció Toulouse, sin escrúpulos—. He pedido perdón a la Iglesia por mis pecados y he sido perdonado. ¡Tú deberías hacer lo mismo! Aún estás a tiempo de entrar en razón. ¡Sólo debes rendirte sin resistencia!

Trencavel no se arredró.

—No somos lo mismo. Tú habías sido excomulgado y culpado del asesinato de un legado papal. Yo no. No pesa sobre mí la imputación de ningún crimen. No tengo arrepentimientos ni nada de lo que pedir perdón. Se me acusa de proteger a los cátaros, pero en verdad protejo a todos los carcasoneses por igual, sin importar su credo. Eso es lo que obliga el *paratge* y mi responsabilidad como vizconde.

Amalric protestó ante tal declaración, y el volumen de la discusión se incrementó.

—Yo no he querido estar aquí, Ermessenda —Wilhelmina se había acercado aún más a ella y ahora le hablaba al oído—. Sólo he intentado detener a mi padre, y he terminado aquí sin desearlo. ¡Te lo juro! Mi corazón sigue latiendo a la par del de los occitanos.

Ermessenda guardó silencio otra vez. Las palabras de Wilhelmina la hacían oscilar entre el descreimiento y la indiferencia. Cuando se tienen valores, siempre hay una opción. Los hombres debatían, ahora acaloradamente, la rendición de Carcasona.

—No estamos dispuestos a rendirnos a una causa injusta. Preferiría ver mi ciudad en ruinas antes que entregársela a aquellos que no tienen ningún derecho sobre ella —dijo Trencavel. Ermessenda sabía que, ante ciertas condiciones, en verdad sí estaría dispuesto a rendirla, pero necesitaba establecer un punto de partida fuerte para la negociación.

—Trencavel, vuestra resistencia es admirable —terció Amalric—, pero los hechos son claros: Los cruzados tenemos una fuerza aplastante. Estáis completamente rodeados. Vuestros suministros menguan y, cada día, vuestra gente sufre más. ¿Cuánto tiempo podéis seguir viendo morir a vuestros hombres, condenándolos a la sed y la escasez, presenciando la destrucción de Carcasona?

Renaud, el senescal de Trencavel, intervino, apoyando a su señor. —Nuestros recursos son limitados, pero no estamos vencidos. Pronto lloverá otra vez y con nuestro sistema de acopio de agua podremos abastecernos y sobrevivir por más tiempo. Hasta que nuestros aliados, el conde de Foix o el mismísimo rey de Aragón vengan en nuestra ayuda, y juntos acabemos con vosotros.

—No vendrán, y lo sabéis —aseguró Amalric sin mostrar una pizca de duda—. Ningún cristiano que se precie de serlo se atreverá a levantar su espada en contra de la Santa Iglesia. Si el rey Pedro o el conde Raimond Roger de Foix deciden romper su neutralidad, lo harán alineándose con el ejército de Dios. No hay otra alternativa.

—¡En ese caso, nosotros mismos acabaremos con vosotros! —respondió el vizconde, airado—. ¡Acribillaremos vuestro asentamiento con proyectiles arrojados desde nuestras murallas!

¡Incendiaremos vuestras malditas máquinas e instalaciones! ¡Mandaremos expediciones por las noches para acuchillar a vuestros soldados y sacerdotes mientras duermen!

Raimond de Toulouse, que hasta entonces había mantenido un tono templado, elevó su voz a casi un grito, llenando el aire con autoridad: —¡No necesitamos más muertes, Trencavel! Ya hemos tenido suficientes en ambos bandos. Te lo pido como tío, como hombre: termina con esto de una vez. Ríndete.

Trencavel enderezó su postura antes de responder, rezumando determinación:

—La única manera en que acepte rendir a Carcasona es que me otorguéis un salvoconducto para que los cátaros, y todos aquellos que lo deseen, puedan dejar la ciudad ilesos. No se llevarán nada. Saldrán sólo con lo puesto. Pero sus vidas serán respetadas.

La risotada de Arnaud Amalric en respuesta a las palabras de Trencavel resonó franca y aterradora. —¿En serio crees que estás en posición de pedir algo así? Estás perdido, ¿no lo entiendes? Rendirás Carcasona a los cruzados, pero los términos los impondremos nosotros.

Trencavel apretó los labios antes de hacer la pregunta que a todos les rondaba la cabeza. —¿Y cuál es vuestra propuesta?

Amalric se explayó con una voz cargada de gravedad:

—Os permitiremos a ti y a doce personas de tu elección abandonar Carcasona esta misma noche. Podréis llevar todo lo que seáis capaces de transportar, y prometemos permitiros marchar en paz. Pero a cambio, abrirás las puertas de la ciudad y renunciarás irrevocablemente a tu título de vizconde, nombrando como tu sucesor a Simón de Montfort.

—¡Cuando los burros vuelen veremos que eso suceda! —exclamó Trencavel, intransigente.

—Entonces me temo que no hay nada más que hablar —sentenció a su vez el religioso, y ambos dieron media vuelta para marcharse, en direcciones opuestas. La negociación había fracasado.

***

Un sonido sibilante cortó el aire. Una flecha pasó cerca de la cabeza de Ermessenda, perdiéndose en la lejanía. Su corazón empezó a saltar con fuerza en su pecho mientras ella se giraba en dirección al disparo, proveniente de una arboleda cercana. Casi invisibles en la sombra del bosque, no uno, sino decenas de arqueros cruzados, brotaron de sus escondites.

Antes de que Ermessenda pudiera reaccionar, otra flecha voló hacia ellos, y luego muchas más, emitiendo un chirrido aterrador. Ermessenda echó a correr con todas sus fuerzas en dirección contraria a la proveniencia de las flechas. Sus acompañantes corrieron también. Tras andar unos pasos con el corazón en la boca, viendo como docenas de flechas caían a su alrededor, llegó a una estructura de piedra de la ermita y buscó protección entre sus paredes. Una puertita abierta, que apenas le llegaba hasta la rodilla, golpeó su pierna y la hizo tropezar. Desde el suelo,

Ermessenda pudo ver que, detrás de esa pequeña abertura, se abría un leñero enterrado, y sin pensarlo se metió en él. Su cuerpo delgado apenas pudo colarse por el limitado espacio. Cayó del otro lado y la puertecilla se cerró tras de ella. Era un reducto estrecho y oscuro cuya única luminosidad se colaba, por un lado, desde la rendija de la pequeña puerta de madera, y, por el otro, desde un orificio que dejaba una pequeña piedra faltante. Ermessenda asomó su ojo por ese agujero para observar lo que ocurría en la explanada que acababa de dejar atrás.

Los flechazos habían cesado. Amalric arrastraba a Toulouse hasta el bosque en el que habían aparecido los cruzados, mientras éste gritaba teatralmente —¿Por qué habéis hecho esto? ¡Habíais prometido respetar el salvoconducto! ¡Mentirosos! —y mirando a Trencavel gritó más fuerte—. ¡Yo no sabía nada! ¡Te lo juro! ¡Me engañaron a mí también!

Ermessenda, que palpitaba de miedo, no conseguía discernir si se trataba de una reacción honesta o de una patética puesta en escena. A Wilhelmina no la veía. En el suelo, a unos pasos de Trencavel, había un hombre caído. Ermessenda no tardó en deducir que se trataba de Yves Renaud. Trencavel estaba ileso, señal de que lo querían con vida. De no ser así, los arqueros sin duda habrían podido liquidarlo.

El vizconde se arrojó hacia Renaud, dispuesto a proteger a su amigo. Sin embargo, antes de que pudiera llegar a él, una figura emergió de las sombras. Era un caballero más alto y fuerte que los demás, de armadura reluciente y una sobreveste labrada con un león de dos colas. No podía ser otro que Simón de Montfort. A su derecha, marchaba, obediente y protector, un gran mastín negro que ladraba con todo el furor que hasta hace unos segundos había contenido. El líder de los cruzados se adelantó, seguido de una docena de sus hombres, todos armados hasta los dientes.

—Pobrecito… —dijo Montfort con una sonrisa cruel. Su mirada se posó en Yves Renaud, herido y sangrante en el suelo. Sin mediar palabra, desenvainó su espada y la hundió en el pecho de Renaud, poniendo fin a su sufrimiento.

El grito de Trencavel resonó en el aire tranquilo de la tarde, un grito de impotencia y furia. Pero, antes de que pudiera moverse, fue apresado por los hombres de Montfort, que ataron sus manos con fuerza.

—Parece que Carcasona es mía después de todo, Trencavel —rugió Montfort, acercándose a él hasta que sólo los separaban un par de palmos. Sus ojos, de un gris tan frío como el hielo, brillaban con una sádica satisfacción.

La resistencia de Trencavel fue sofocada por las manotas que le sostenían los brazos a su espalda. Su mirada se deslizó a su alrededor, observando la escena macabra que se había desatado. El cuerpo inerte de Renaud yacía a pocos pasos de distancia. Sus ojos, aún abiertos, miraban con horror al cielo despejado.

Sansâme, el maldito perro al que había herido en la batalla del Castelar, pero lamentablemente no había logrado matar, levantó su pata lentamente y orinó con displicencia sobre el cadáver del senescal Renaud. La traición se retorcía en el pecho de Trencavel como un cuchillo. Sus ojos, repletos de decepción y cólera, se clavaron en su tío. Pero, Raimond VI, ahora sí, desvió la mirada, incapaz de sostener la suya.

Fue entonces cuando sintió la espada fría de Montfort presionada contra su garganta. El líder cruzado sonreía, ostentando su dentadura completa y recta como pocas. Con un último vistazo a su tío, Trencavel fue arrastrado lejos de allí, dejando tras de sí el cuerpo sin vida de su fiel senescal y la promesa de una venganza implacable.

La intrusa

Verano de 1209
Ermita abandonada del monte Gaveta
A continuación

Ermessenda, oculta en las sombras, observaba cómo los cruzados arrastraban hacia el bosque a un Trencavel atado, defraudado e inútilmente resistente. Antes de que los últimos partieran, la voz grave de Montfort resonó con una pregunta inquietante:

—¿Y las mujeres? ¿Dónde están?

Los soldados se miraron unos a otros, sin saber qué responder.

—Vosotros tres, encontradlas. Traedlas vivas si podéis, si no, muertas —decidió Montfort con una frialdad sobrecogedora.

Ermessenda sintió un estremecimiento que partía al medio su espalda. El conde de Toulouse ya había abandonado la escena, acarreado del brazo mientras refunfuñaba, por lo que no pudo escuchar las traicioneras instrucciones de su supuesto aliado. ¿Por qué había Montfort incluido a Wilhelmina en su brutal orden? No tenía sentido, siendo una de ellos. Y a todo esto... ¿dónde estaba Wilhelmina? Los tres cruzados se dispersaron para acometer la caza. Un escalofrío adicional la sacudió al ver a uno de ellos dirigirse hacia la ermita. Pronto lo perdió de vista. Alarmada, se dio media vuelta para espiar por la otra rendija, la que separaba a las dos puertecillas por la que se había colado en aquel leñero subterráneo.

La mayor parte del leñero estaba construida en un pozo por debajo del nivel del suelo. Por eso, aunque se montó sobre un madero para mirar por la rendija, su vista se topaba con el pasto crecido. Un poco más adelante, divisó un movimiento. Inicialmente temió que fuera el cruzado que la acechaba, pero al enfocar mejor su vista, se dio cuenta de que lo que estaba viendo no era al cazador sino a su otra presa. Wilhelmina, herida por una flecha, yacía en el suelo, arrastrándose con dificultad, quizás en un esfuerzo por mantenerse oculta, o incapaz de ponerse de pie debido al intenso dolor.

—¡Pst! ¡Wilhelmina! —llamó Ermessenda, casi sin pensarlo, con el volumen de voz mínimo necesario para que sólo ella la oyera. La interpelada levantó la cabeza y miró en su dirección, sin ver nada.

» ¡Aquí abajo! ¡Ven! —instó Ermessenda, entreabriendo cautelosamente la rendija y asomando una mano por la estrecha abertura.

Wilhelmina comenzó a reptar en su dirección. Ermessenda se preguntaba si estaría cometiendo un error, poniendo su vida en riesgo por alguien que no haría lo mismo por ella. Pero las palabras de Montfort ordenando dar caza a “las mujeres” tronaron en su memoria. Esto incluía a Wilhelmina tanto como a ella. Al verla herida y vulnerable, Ermessenda la sintió hermanada en la debilidad compartida. Ahora, con una flecha clavada en el hombro y perdiendo sangre a cada

paso, supo que su deber era protegerla. Recién cuando Wilhelmina estaba a punto de llegar a la rendija, Ermessenda se preguntó si podía tratarse de una trampa. ¿Y si Wilhelmina seguía fiel a Montfort y estaba a punto de traicionarla? La duda persistía, pero ya no había tiempo para arrepentimientos. Al acercarse a la rendija, Wilhelmina, con una mirada de súplica, susurró:

—¡Ayuda!

La herida era real, y el dolor sincero y palpable. Además, si Wilhelmina hubiese querido alertar a los demás, ya lo habría hecho. Con sumo cuidado, evitando tocar la dolorosa flecha en su espalda, Ermessenda asistió a Wilhelmina para que descendiera sin desmoronarse y rápidamente cerró los postigos detrás de ellas.

» Gracias —dejó salir Wilhelmina con voz débil. Llevó su mano temblorosa hacia el hombro herido, reprimiendo un grito de dolor. Al retirarla, sus dedos estaban manchados de sangre. —¿Es grave? —preguntó, con un tono temeroso que desmentía la fortaleza que solía proyectar.

Tras una breve inspección, Ermessenda respondió:

—La punta de la flecha se ha clavado en el hombro, donde no hay órganos vitales. Sé que es doloroso, pero no podemos retirarla ahora. Eso abriría la herida, y podrías desangrarte. Debes tener paciencia y mucho cuidado.

Afuera, la búsqueda de los cruzados continuaba. Debían mantenerse en silencio y ocultas.

» Ven aquí, ¡y no se te ocurra gritar por más que te duela! —indicó Ermessenda, dispuesta a aplicar su amplia experiencia atendiendo heridas de flecha.

Tomó un pedazo de tela de la ropa de Wilhelmina y lo usó para cubrir la lesión, intentando frenar la hemorragia y limitar el movimiento de la punta bajo la piel. Una vez asegurada la compresa, aconsejó:

» Quédate muy quieta.

Luego, tomó un extremo de la vara de la flecha con una mano para mantenerla firme y con la otra empezó a flexionarla cuidadosamente, intentando evitar que soltara astillas. Sólo quedó un palmo de vara y Wilhelmina exhaló aliviada.

» El resto será mejor retirarlo en un lugar seguro —concluyó Ermessenda—. Con los elementos adecuados, se podrá suturar la herida y calmar el dolor.

—Dudo que a esta altura exista un lugar seguro para mí...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ermessenda, confundida—. ¿Por qué Montfort dijo que te quería viva o muerta? Hasta que esto empezó, te hallabas defendiendo sus intereses...

—Montfort me acusó de perdonar la vida de mi primo en la batalla durante la toma del Castelar. Negué la acusación, y por un momento pensé que había logrado convencerlo. Pero ahora es evidente que en verdad nunca me creyó. Me utilizó como cebo para atraer a Trencavel aquí, con

el plan de deshacerse de mí después.

—¿Y tu padre?

—Él estaba igual de engañado… creo. Montfort nos instó a negociar una rendición, sugiriendo inicialmente un trato para doce personas, con la posibilidad de extenderlo hasta treinta. Nos aseguró que Trencavel y su séquito tendrían libre paso, hubiera o no acuerdo. Su propuesta sonaba demasiado civilizada para alguien como él. ¡Debí darme cuenta de que era una trampa!

—¡Wilhelmina! ¡Ermessenda! —llamaban sus persecutores a lo lejos —¡Salid de donde estéis! Tarde o temprano os hallaremos, y cuanto más demoréis, más furiosos estaremos.

Aunque hablaban en francés, Ermessenda entendía lo que decían, gracias a lo aprendido en sus lecciones.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exhortó Wilhelmina.

—¿Rendirnos? ¿Has perdido la razón? ¡Aquí escondidas estamos a salvo! —se ofuscó Ermessenda.

—No hablo de rendirnos, sino de huir. No podemos permanecer aquí indefinidamente. Es cuestión de tiempo antes de que nos descubran. Debemos escapar y correr —insistió Wilhelmina, levantándose con dificultad y extendiendo su brazo hacia la pequeña puerta.

—¡No! —Ermessenda la detuvo, sujetándola del brazo, lo que provocó que Wilhelmina se retorciera de dolor.

—¡No me vuelvas a tocar!

—Y tú no insistas en abandonar este lugar. Estás comprometiendo la seguridad que hemos logrado aquí abajo —contrarrestó Ermessenda.

—No se irán hasta encontrarnos —afirmó Wilhelmina.

—Tendrán que hacerlo tarde o temprano. Necesitarán comer y dormir. Y nosotras aguantaremos.

La discusión se hubiera prolongado más de no ser porque Wilhelmina estaba demasiado adolorida para seguir hablando. Exhausta, se recostó en el suelo, dejando su hombro herido hacia arriba.

—Me siento débil —exhaló en un tenue susurro.

—Has perdido mucha sangre, es natural sentirse así. Pronto te fortalecerás —la consoló Ermessenda, llena de dudas.

El sueño pronto venció a Wilhelmina. Aunque la temperatura de su frente fuera normal, su respiración era errática y se sacudía como afiebrada. Ermessenda la observaba con inquietud. Le preocupaba que una infección de la herida acabara con su vida mientras descansaba. Pero le aliviaba sobremanera su silencio y la ausencia de confrontación. Las líneas de su rostro eran

severas hasta cuando dormía, pero eran simétricas y su piel era tersa y perfecta. Robi seguramente había acariciado esa piel, pensó primero con amargura, después con cierto cariño. Además de vigilar el exterior, ahora tenía que asegurarse de que el corazón de su compañera siguiera latiendo.

Espiando por la rendija, Ermessenda vio, aterrada, a uno de los hombres acercándose. Al llegar al sector de la ermita donde ellas se encontraban, pudo ver sus botas pateando cada puerta que encontraba. Los otros leñeros parecían escondites razonables para unos fugitivos. El lugar donde ellas estaban, en cambio, era tan bajo que, si no se conocía su dimensión subterránea, parecía un espacio demasiado pequeño como para que alguien cupiera allí. Por eso, por ahora, el hombre lo pasaba por alto, abocándose en cambio a derruir las puertas más altas.

Entonces, Ermessenda dejó de mirar y comenzó a rezar. Rezó un Padrenuestro y un Ave María. Los ruidos no cesaban, y cada vez que oía las pisadas del enemigo acercarse, se preparaba para lo peor. Wilhelmina continuaba dormida a pesar del estruendo. Mejor así, pues si estuviera despierta su nerviosismo terminaría delatándolas. En lugar de seguir repitiendo oraciones hechas, Ermessenda decidió rezar directamente a Dios, de manera más íntima y personal, con sus propias palabras. No a viva voz sino en silencio, desde lo más profundo de su corazón. Confiando en que Él, en su omnisciencia y omnipotencia, la escucharía con total claridad, comenzó su plegaria:

—Padre, protégeme, por favor. ¡Haz que esos hombres se vayan! Te lo suplico. Yo sé que albergo mis dudas acerca de la manera correcta de reverenciarte, pero eso no impide que mi fe y mi devoción hacia Ti sean absolutas.

» A mi alrededor, cátaros y católicos por igual, proclaman con convicción que hay una sola forma de creer en Ti, cada uno con versiones muy distintas. Aunque hago mi mayor esfuerzo por discernir, no sé cuál creer. Y quizás por eso sientas que no estoy haciendo las cosas bien o que no merezco Tu protección. Pero Tú que conoces lo que hay en mi corazón, sabes bien que mis intenciones son puras. ¿Puede decirse lo mismo de esos cruzados que me buscan? Tú que todo lo ves, mira dentro de sus almas. Si sus propósitos son tan oscuros como temo... ¡no permitas que triunfen! Te lo ruego, Señor, no me abandones. Escucha mi plegaria desesperada.

Suspiró profundamente. Los golpes se oyeron más cerca. Aterrada, aumentó la velocidad y la intensidad de su rezo, apretando con fuerza los ojos y las manos, entrelazadas frente al pecho.

» Si he de perecer hoy, Señor, te ruego que mis pecados y mis dudas sean perdonados. Moriré agradecida por la vida que he tenido. Por la abundancia de salud, amor, techo y comida, de la que he gozado desde mi nacimiento. Te agradezco por mi padre, que a pesar de haber perdido a mi madre cuando yo era muy pequeña, dio todo de sí para educarme con amor y rectitud. Por mi esposo Robi, mi gran amor. Gracias por haberlo traído a mi vida y porque él me haya amado tanto como yo a él. Cuida de él, Señor, si no regreso a su lado. Dale paz a su alma, consuelo y resignación. Le prometí que nos volveríamos a reunir, y nada deseo más que cumplir mi palabra, si Tú me lo permites.

Una patada del cruzado se estrelló sobre la madera de su puertilla. Wilhelmina dio un respingo, aunque no despertó.

» ¡Haz que la traba resista, Señor!

Ella la había asegurado por dentro, pero con la fuerza suficiente se quebraría, y todo estaría perdido.

» ¡Si me salvas hoy, mi gratitud será eterna! Te prometo que no abandonaré a Wilhelmina. La llevaré conmigo y la pondré a salvo. Dejaré de lado cualquier antipatía, recelo o dudas que pueda tener sobre ella y pondré por encima mi deber cristiano.

Los golpes cesaron sin que las puertas se abrieran. ¿El cruzado había desistido?

» ¡Haz que no regrese, por favor, Señor mío, ¡te lo imploro! ¡Que se vaya y no nos descubra! —respiró agitadamente—. Me pongo en tus manos para que me protejas y guíes mis pasos según Tu voluntad. Y aunque deseo intensamente sobrevivir para seguir creciendo y aprendiendo en este mundo tan maravilloso que has creado, aceptaré con amor y humildad cualquier cosa que decidas en Tu infinita sabiduría, aunque yo en mi mente pequeña no pueda comprenderlo. Te lo agradezco, Señor. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

El hombre que rastrillaba los alrededores ya se había retirado cuando Ermessenda terminó de rezar. Minutos más tarde, lo vio a través de la mirilla oriental, reuniéndose con los otros dos en el centro de la explanada y entablando una discusión.

Al cabo de unos momentos, los tres emprendieron su regreso hacia el camino. ¿Se estaban marchando?

—¡Regresaremos con los perros! —gritó uno de ellos, volviéndose hacia la ermita. —¡Ellos os rastrearán, y sin duda os encontraremos! —concluyó amenazante, antes de dar media vuelta y marcharse, con la frente gacha, junto a sus compañeros.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Ermessenda, extática de que su ruego hubiera sido escuchado. Los perros eran de temer, pero si debían ir a buscarlos al campamento y regresar, eso les compraría el tiempo que necesitaban para escapar. ¡Al menos ahora existía una esperanza!

Esperó pacientemente hasta que los hombres desaparecieran de su vista antes de despertar a Wilhelmina.

» ¡Es hora de marcharnos! ¡Se han ido!

***

El camino de regreso a Carcasona, cuesta abajo y sin el calor agobiante del viaje de ida, se sintió significativamente más corto, a pesar de la lentitud impuesta por el dolor que soportaba Wilhelmina. Al alcanzar la puerta de la muralla, los guardias reconocieron a Ermessenda y, sin preocuparse demasiado por su acompañante, las escoltaron hasta la torre Pinta del *Château Comtal*. Allí estaba la corte en pleno, esperando noticias de la misión.

—¿Dónde está Trencavel? ¿Por qué no ha venido contigo? —interrogó Evelina, visiblemente

exaltada.

Ermessenda miró en silencio a Evelina y continuó avanzando hasta encontrarse con Agnès.

—¿Qué hace ella aquí? —inquirió la vizcondesa, mirando a Wilhelmina.

—Está con nosotros. La flecha en su hombro se la clavaron los cruzados por apoyar a su primo, tu esposo —explicó Ermessenda.

—Nunca debí unirme a los cruzados, por más que mi padre me lo ordenara. Vizcondesa, os pido perdón y piedad. Prometo que, si me permitís permanecer a vuestro lado, lucharé con valor por vuestra causa, incluso si eso implica enfrentarme a mi propio padre —juró Wilhelmina con firmeza, mientras las gotas de su sangre dibujaban un río en miniatura sobre el relieve del piso de piedra.

Agnès asintió con la cabeza, centrándose nuevamente en Ermessenda, mientras Daufina, con urgencia maternal, se dirigió a Wilhelmina:

—Ven, querida. Hay que sacar esa flecha y atender tu herida. Debe de ser insoportablemente doloroso.

Wilhelmina y Daufina salieron del salón. Las miradas expectantes se posaron sobre Ermessenda.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido? —presionó Agnès, conteniendo el aliento.

—Me temo que no son buenas noticias...

Los ratones y los gatos

Verano de 1209
Cité amurallada de Carcasona, Languedoc
Diez días después

Simón de Montfort alzó la mirada y ante sí se abrió la visión que tanto había anhelado desde el comienzo de la cruzada. Carcasona se erguía majestuosa, radiante en toda su belleza, pero desnuda y temblorosa como una novia a punto de entregarse a su esposo en la noche de bodas. Sobre sus soberbias almenas no se veían arqueros ni ballesteros. En su lugar, banderas blancas adornaban las torres, simbolizando su triunfo incuestionable.

Exactamente como lo había previsto, la poco ortodoxa pero eficaz captura de Trencavel había marcado un cambio crucial en el curso de las negociaciones. Agnès de Montpellier, consorte de Trencavel, había sido más pragmática y conciliadora que su marido, facilitando el camino hacia un acuerdo. Por ello, después de intensos días de intercambios a través de mensajeros, hoy Simón se encontraba ante la Puerta Narbonesa de la *cité*, listo para asumir el control de la ciudad.

Arnaud Amalric cabalgaba a su izquierda y Bouchard de Marly a su derecha, custodiando al rehén más valioso del Languedoc. Con una mano llevaba las riendas del burro sobre el cual iba atado el vizconde Trencavel, con abundante soga envolviéndole todo el cuerpo para que no pudiera escapar y un trozo de tela tapándole la boca para que dejara de despotricar. Él era su garantía de que no se tratara de una emboscada. Lo único que aseguraba que no fueran a aparecer cientos de soldados desde detrás de los merlones para acribillarlos a flechas y lanzar piedras desde las catapultas. Como militar experimentado, Simón estaba alerta a esa posibilidad, aunque tener a Trencavel le brindaba una cierta tranquilidad de que, mientras estuviera él a su lado, los carcasoneses no se atreverían a atacar. Tal era la ciega lealtad hacia su vizconde que aquel "*paratge*" que tanto enarbolaban les impediría atacar pudiendo hacerlo, anteponiendo la vida de un solo hombre a la oportunidad de decimar a su enemigo y decapitarlo. ¡Pobres infelices! Por eso estaban perdidos.

El conde de Toulouse venía más atrás. Desde el día del parlamento, en el que su hija había desaparecido y su sobrino había sido apresado, su comportamiento era aún más errático que de costumbre. Andaba taciturno, se irritaba por cualquier nimiedad, y si aún no había abandonado la cruzada era porque le quedaban menos de quince días para cumplir con los cuarenta obligatorios.

Aguantaba a disgusto, muy a su pesar, desesperado por deshacerse de una vez de la sombra de la excomunión. Pero Simón nunca había tenido a su cargo a un oficial del ejército tan desvinculado de la causa. La posibilidad de una traición era inminente. El conde de Toulouse se sentía burlado y traicionado y, a la primera oportunidad, sería capaz de ejecutar su venganza. Había que vigilarlo de cerca.

La Puerta Narbonesa era la más imponente que Simón hubiera visto jamás. Flanqueada por dos altísimas torres, era la entrada principal de la ciudadela. Un enorme portón levadizo, construido de madera reforzada con hierro y culminado en un arco de medio punto, se erigía cerrado ante él. Frente al portón, en el centro, un jinete carcasonés lo aguardaba incómodo y orgulloso, escoltado

por tres caballos a cada lado, formando un triángulo.

Simón, con su habitual perspicacia, conocía al dedillo los trucos defensivos de Carcasona y estaba más atento que nunca. Sabía que la estructura de la Puerta Narbonesa era doble y que, unas varas adentro, había una segunda puerta idéntica a la primera. Aunque las puertas requerían de cadenas y un complejo mecanismo de poleas para levantarse, para bajarlas sólo bastaba soltarlas. Caerían en segundos, atrapando entre ambas a los cruzados más encumbrados en un espacio mortal rodeado por las dos torres. Desde allí, desde la parte superior, los defensores podrían lanzar piedras, dardos y todo tipo de proyectiles hasta no dejar ni un sólo enemigo en pie. Simón no se separaría de Trencavel en ningún momento, especialmente cuando estuvieran entre las dos puertas.

Al acercarse más, notó que el jinete que lo esperaba, montado en un elegante corcel negro, no era un hombre sino una mujer: Agnès, la vizcondesa de Carcasona.

—Como veis, he cumplido mi palabra —dijo ella—. Las murallas están desguarnecidas y las banderas blancas han sido izadas. Cumplid vuestra parte del trato y la ciudad será vuestra.

Esa parte del trato consistía simplemente en liberar a Trencavel y permitirle partir con su esposa y seis acompañantes. Agnès miró a su esposo con devoción desesperada. Aunque parecía a punto de romper en lágrimas al verlo inmovilizado y sometido, mantuvo su compostura y añadió:

» Liberadlo de sus ataduras y permitidnos marcharnos, junto a estos escoltas, en dirección al camino oriental. En cuanto lo hayamos alcanzado, nuestros hombres tienen órdenes de abrir la puerta para que paséis sin resistencia.

Era una condición sencilla a cambio de la entrega de Carcasona.

—Eso suena bien —respondió Simón—, pero hay un inconveniente. ¿Creéis acaso que desconozco las defensas de Carcasona? ¿Que ignoro la trampa mortal que representa esa doble puerta? Vuestro esposo es mi única seguridad contra una emboscada. Lo liberaré como acordamos, pero sólo después de haber atravesado la segunda puerta y tomado el castillo.

—Si no liberáis a mi esposo ahora, no habrá trato —disparó intrépida la vizcondesa. —Tendréis que regresar a vuestro campamento con las manos vacías y perderéis el avance que hemos logrado. Él es la llave de esta ciudad. Entregadlo y tendréis Carcasona.

—No puedo separarme de mi garantía, pero puedo ofreceros un juramento sagrado. Si miento, que mi alma arda en el infierno por toda la eternidad. Marchad con vuestra escolta hasta el camino oriental, y que vuestros hombres abran la puerta como habéis instruido. Pero vuestro esposo entrará conmigo. Si no hay trampa y la ciudad efectivamente se rinde sin resistencia, os juro por Dios que liberaré a vuestro esposo para que se reúna con vos, sano y salvo, donde ordenéis.

—Habláis como si vuestra palabra tuviera valor... —respondió Agnès, sin disimular un ápice de su desdén—. No, no os creo nada. Además, considerando las innumerables atrocidades que habéis perpetrado, tengo el consuelo de saber que vuestra alma ya está condenada eternamente. Por lo que vuestro juramento vale lo mismo que vuestra persona: nada. Exijo que él también

jure... —señaló astuta al legado papal—. Vos, Amalric, como emisario de la Iglesia, jurad ante Dios y todos los santos que permitiréis la partida de mi esposo. Juradlo aquí, ante todos, y si mentís, que vuestra verdadera naturaleza quede expuesta.

—Lo juro —afirmó el prelado solemnemente, diciendo una vez en la vida lo que debía decir.

Entonces Agnès se acercó a su marido. Le habló en voz baja, pero Simón escuchó. Seguramente, ella en verdad quería que él oyera.

—Cumplirán amor mío. ¡Tienen que hacerlo! Iré a Montpellier con mi hermana, encuéntrame allí. Y si no cumplen, volveré a buscarte con la aplastante fuerza militar del rey Pedro. Le guste o no, está casado con mi hermana y no podrá tolerar semejante afrenta a su familia. De un modo u otro, nos volveremos a encontrar.

Impedido de hablar, Trencavel negó con la cabeza, indicando efusivamente su desacuerdo con la decisión de su esposa. Agnès no se dejó disuadir y extendió su mano hacia él. Varios hombres empuñaron sus espadas, atentos a lo que pudiera intentar, pero Agnès sólo quería acariciarlo con una ternura infinita.

—Te amo —murmuró ella en un hilo de voz, apenas audible pero convulsionado de emociones.

Esa interacción hizo que Simón pensara en su propia esposa, Alix. Ella nunca sería tan imprudente como para ceder la ciudad más importante de sus dominios a cambio de su libertad, ni incluso de su vida. Alix comprendía que él elegiría la muerte antes que ceder en algo tan significativo. A juzgar por la forma en la que se sacudía en sus ataduras, Trencavel también lo prefería. Aunque ambas mujeres eran esposas leales, Alix conocía mejor a Simón que Agnès a su marido. A menos, claro está, que todo fuera parte de un engaño...

—Estoy lista para partir; nos veremos en unos momentos —dijo Agnès finalmente, provocando que Trencavel se removiera aun con más efervescencia sobre el burro.

Simón dejó escapar una sonrisa de satisfacción.

—Habéis tomado la decisión correcta, vizcondesa —dijo con aire triunfal—. Vuestro marido vivirá. Y vuestra gente también, gracias a vos.

Por orden de Simón de Montfort, los soldados abrieron un camino para que Agnès y sus escoltas emprendieran el paso hacia el camino oriental. Trencavel, ahora definitivamente desesperado, intentaba comunicarse a través de su mordaza, pero sólo se escuchaban sonidos apagados. Sus ojos gritaban lo que su boca no podía decir, llenos de terror, amor y súplica. Quería atraer la atención de su esposa, tocar su corazón, convencerla de dar media vuelta y regresar a él. Pero nada de esto ocurrió. Todo lo que pudo hacer fue mirarla, envuelto en impotencia, mientras ella se alejaba.

Cuando Agnès y su grupo traspasaron la última fila, echaron a galopar alejándose de Carcasona.

En ese momento, Simón cayó en la cuenta de que la vizcondesa no se llevaba consigo a su hijo, el joven Mondi. Esa ausencia marcaba otra gran diferencia respecto de Alix, que jamás

abandonaría a sus hijos, librados a su suerte en una ciudad cedida al enemigo. Simón elevó la vista al cielo y agradeció a Dios por la excepcional mujer con la que lo había premiado: Alix no sólo era hermosa y fiel, sino también astuta e inteligente, y como madre, devota y sacrificada hasta las entrañas. Ansiaba tenerla pronto a su lado. Coronada la conquista de Carcasona, lo primero que haría sería convocar a ella y a sus hijos, a quienes también extrañaba profundamente.

Tan pronto como las siluetas de los siete jinetes se difuminaron en el horizonte, se oyó un potente crujido. La gran puerta comenzaba a elevarse. Simón contuvo el aliento: el momento había llegado. Su tensión era tan abrumadora como su expectativa. Cuando la puerta se abrió por completo, pudo ver que, detrás de ella, la segunda también estaba despejada. Manteniendo a Trencavel cerca, avanzó cautelosamente hacia el interior junto a sus hombres, alerta ante cualquier engaño.

Al cruzar el primer umbral, un sudor helado recorrió su frente. Elevó su mirada hacia las almenas que se cernían sobre el patio interior, temiendo lo peor. Sin embargo, para su regocijo, no vio a nadie. Aceleró el paso, ansioso por dejar atrás tan peligroso pasaje.

Al aproximarse a la segunda puerta, sus músculos se endurecieron como el acero, pero nada sucedió allí tampoco. Atravesó la puerta sin que nadie perturbara su avance. Emergió finalmente en el corazón de la *cité*. Sólo entonces dejó que la tensión acumulada se desvaneciera y fuera reemplazada por una oleada de triunfo y euforia. ¡Había entrado a Carcasona!

La magnitud de su éxito se revelaba en la paz de aquel imponente lugar, que lo recibía sumiso y sin protesta. Era una paz silenciosa, sobrecogedora, extendida por cada rincón que recorrían de la extraordinaria *cité*. La paz de un sueño en el que se consigue algo valiosísimo después de anhelarlo durante meses. Era una paz… excesiva. Era una paz definitivamente anormal.

Algo no estaba bien.

No sólo faltaban guardias en las almenas, sino que tampoco se veía a nadie en las calles de la ciudad. Ni soldados, ni ciudadanos, ni curiosos... ¿Tanto miedo le tenían los pobladores que, en lugar de salir a recibirlo, se habían escondido dentro de sus casas? Pero ese tampoco parecía ser el caso. Ni siquiera se vislumbraban cabezas escurridizas asomadas a las ventanas. Las puertas de las viviendas estaban abiertas de par en par, y una rápida inspección reveló que estaban desiertas, vacías tanto de personas como de bienes u objetos de valor.

No había niños corriendo por las calles, ancianos sentados en las puertas, ni comerciantes gritando sus mercancías.

Pronto se hizo evidente: Carcasona estaba completamente vacía. Los cruzados, primero estupefactos, se vieron luego invadidos por la ira. Sus gritos triunfales se convirtieron en exclamaciones de indignación. Las personas a las que esperaban subyugar y con cuyas labores obtendrían recursos, los cátaros a los que perseguían con tanto fervor, las riquezas que anhelaban saquear..., todo parecía haberse desvanecido en el aire.

El rictus de victoria de Simón de Montfort fue sustituido por una expresión de incredulidad y frustración. Trencavel parecía ahogado en una incontenible carcajada.

—¡Esto es imposible! ¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Simón, mientras sus soldados continuaban la perpleja exploración de la ciudad abandonada—. ¡Vamos al castillo! —ordenó a Amalric—. Tú, Marly, deja en mis manos a Trencavel y organiza una búsqueda exhaustiva. Trae ante mí a cualquier persona que encontréis: niños, ancianos, mujeres, ¡lo que sea! Y tú, Toulouse, ven conmigo.

Al llegar al castillo, la puerta estaba abierta de par en par, sin un solo guardia, sin servidumbres ni cortesanos... El lugar estaba completamente deshabitado. Los retratos de las paredes, tapices y adornos habían sido retirados. No quedaban ni calderos, ni copas, ni escuderas en la cocina, ni alimento en las alacenas, ni un solo códice en el *scriptorium*. Hasta las sillas se habían llevado.

Incapaz de contener su ira, Simón se giró hacia su prisionero. Trencavel, aún maniatado y amordazado, le mantuvo la mirada sin vacilar, con una expresión de satisfecho desafío. Algo en sus ojos, una chispa desaforada de triunfo, le provocó un escalofrío de odio.

Quitándole el tapabocas, Montfort le preguntó: —¿Cómo ha huido tu gente, Trencavel?

Amalric y Toulouse permanecían a su lado, observando atentamente, rodeados por una docena de guardias. Trencavel esbozó una sonrisa irónica.

—Debe ser algún truco de magia, señor Montfort; los occitanos contamos con artistas de gran talento... —replicó con un tono burlón, provocando que Simón le propinara una bofetada. Lejos de intimidarse, la risa de Trencavel se convirtió en una carcajada potente, cargada, atronadora. —¡Disfrutad de vuestra conquista! —exclamó con euforia—. ¡Reinando sobre casas vacías! ¡Dominando calles desoladas! ¡Exigiendo tributos a los ladrillos y las tejas!

Su risa franca, incontenible, tenía un trasfondo macabro.

—¿Adónde fueron todos? ¡Habla, maldito! —exigió Simón, golpeándolo ahora con el puño, esta vez del otro lado de la cara. Un hilo de sangre comenzó a brotar de la nariz de Trencavel, pero esto no detuvo su risa, que sólo se tornó aún más retorcida, confundiéndose por momentos con un sollozo.

—No tengo el gusto de saber qué sucedió porque, como bien sabéis, estuve disfrutando de vuestra “hospitalidad” durante estos días. Tal vez un milagro... tal vez cosa de brujas... un prodigio, ¡un verdadero enigma! ¿Vos qué creéis?

—Tu risa no durará demasiado... Sabes eso, ¿verdad? Se te borrará del rostro muy fácilmente en cuanto mis hombres se encarguen de ti como corresponde —amenazó Simón, furioso—. Así que, si existe un lugar por el que todos hayan evacuado la ciudad, mejor me lo dices ahora. Porque te aseguro que hablarás, de un modo u otro.

Trencavel hizo un esfuerzo por parar de reír y articuló con seriedad:

—Carcasona no son estas paredes... Carcasona es su gente. Un pueblo único, unido y solidario. Y ellos están a salvo. Creísteis que podrías someterlos, pero sólo lograsteis desplazarlos de sus hogares. A ellos me debo y, si ellos están lejos de vuestras garras, nada más me importa. Soy

sólo un hombre. He cumplido con mi deber. Moriré en paz, satisfecho al saber que habéis fracasado.

—Te quebrarás, eso te lo aseguro. Y si tú no hablas, alguno de tus hombres lo hará. Encontraremos a los habitantes de Carcasona donde quiera que estén y les haremos pagar caro su traición —sentenció Simón.

Justo en ese momento hizo su entrada Marly, que volvió con las manos vacías.

—Nadie, señor. Ni una sola persona en toda la ciudad. Los guardias que abrieron la puerta aparentemente huyeron mientras nuestros hombres ingresaban a la *cité*. Sólo registramos tres gatos, cuatro ratones y algunas palomas. Nada más —reportó.

—¿Vuestros tormentos harán hablar a los ratones y los gatos, "señor"? —reanudó Trencavel su carcajeo irreverente —pues ciertamente a mí no..... ¡y no parece que tengáis a muchos más a quienes interrogar!

Hastiado de la irreverencia de Trencavel, Simón ordenó llevarlo a las mazmorras. No soportaba más sus provocaciones y necesitaba tiempo para reflexionar.

—¡Alto allí! —exclamó Toulouse, sorprendiendo a todos. Los guardias se detuvieron en seco, y el conde continuó —¡Debemos liberar a Trencavel! —dijo casi en un grito—. ¡Agnès ha cumplido! Ha entregado la ciudad. Nada había prometido acerca de que lo haría con sus pobladores dentro de ella. Esa no fue una condición, de modo que ella no falló a su palabra. Debemos cumplir ahora nuestra parte y liberarlo como acordamos.

—Yo no lo creo... ¿Tú qué piensas, Amalric?

La respuesta del religioso dejó atónito a Toulouse:

—Yo digo que lo matemos.

—¿Matarlo? ¡Todavía puede que hable! —objetó Simón—. Además, nos será más útil vivo que muerto. Hay quienes pagarían fortunas por él. Dado que nuestra conquista ha resultado menos lucrativa de lo que esperábamos, es una carta que no debemos desaprovechar.

—¡Pero ambos habéis jurado por vuestras almas! —insistió Toulouse, angustiado. —¿Acaso no os importa la salvación?

Amalric se adelantó a responder, y lo hizo con el mismo argumento que Simón había tenido en mente desde el principio:

—Amigo Toulouse, sigues siendo un ignorante en las cuestiones de Dios. Te recuerdo que contamos con la indulgencia plenaria del papa. Podemos matar, violar, saquear y torturar sin consecuencias... ¿qué tanto escándalo por una simple mentira, funcional a nuestros objetivos? ¿Acaso estás dudando de tu lealtad a nosotros? ¿Acaso quieres perder la indulgencia que has ganado al tomar la cruz y enfrentar nuevamente la excomunión?

—No, señor —reculó Toulouse.

—Así me parecía.

—¿Y vosotros qué esperáis? —gritó Simón a los guardias, aún indecisos en la puerta—. ¡Llevadlo a la mazmorra!

La ciudad fantasma

Verano de 1209
Muy cerca de la cité amurallada de Carcasona, Languedoc
Unos minutos antes

En la pendiente de una elevada colina dominando el camino oriental, dos figuras solitarias se ocultaban entre los arbustos. Agazapados al borde del barranco, seguían con atención los acontecimientos a puertas de la *cité* de Carcasona.

—¡Llevan un hombre atado a un burro! ¿Crees que sea Trencavel? —preguntó uno de ellos.

—Por supuesto que lo es —aseguró el otro. La vista del vizconde siendo arrastrado de sus ataduras le trajo a la memoria un episodio exactamente inverso, en el que un joven y presuntuoso Trencavel cabalgaba a sus anchas, y quien iba acordonado a lomos de su caballo era un pobre ladronzuelo. Nada menos que aquel que había robado el baúl de Ermessenda el día en que él la vio por primera vez. Mucho había transcurrido desde entonces. Tras superar incontables obstáculos y una guerra abierta, aquella jovencita entonces desconocida se había convertido en su amada esposa. Hoy Ermessenda había sido sumergida por el inescrupuloso Guy de Perelle en un peligro indecible. Estaba encerrada en la ciudad a punto de ser entregada a los cruzados.

—¿Cómo puede ser que Montfort tenga prisionero al vizconde Trencavel, si aún no ha entrado a Carcasona? ¿Cómo lo capturó? —interrogó Geoffroy, incómodo en la armadura que llevaba de disfraz. Una pesada restricción que su piel, morena y libre, no estaba acostumbrada a soportar.

—No lo sé. Alguna sucia trampa... No cabe duda de que ese comandante tiene sus recursos —respondió Robi y, entornando los ojos, agregó—: La mujer que parlamenta con Montfort es Agnès, la esposa de Trencavel. Seguro están negociando la entrega de la ciudad a cambio de la liberación del vizconde.

—¿Piensas que el intercambio se realizará? —quiso saber ahora Geoffroy, que, desde aquel primer encuentro en la cantina de Mirepoix, se había convertido en el constante compañero de Robi en su empeño por reunirse con Ermessenda. Aunque fuera sólo para enfrentar juntos el aciago final en la *cité*, o para perder la vida defendiéndola del seguro intento de secuestro de Montfort, Robi quería estar con ella. No estaba resultando una tarea sencilla. Desde la conquista del Castelar, los cruzados controlaban los accesos a Carcasona. La tenían rodeada y era tan imposible entrar a la ciudad como salir de ella. Robi y Geoffroy habían logrado mantenerse en las sombras, evitando los asentamientos cruzados. Pernoctaban en posadas o refugios improvisados en el bosque. Evitaban ser vistos por los enemigos, sin dejar de buscar una manera de colarse en la ciudad. Esta podría ser su última oportunidad de conseguirlo, y por amor, Robi estaba dispuesto a todo.

—En cuanto abran la puerta, debemos actuar rápidamente —instruyó Robi—. Se desatará un alboroto en el que podremos aprovechar el tumulto y colarnos en Carcasona, como si fuéramos dos cruzados más.

—¿Y una vez dentro?

—Lo crucial es encontrar a Ermessenda antes de que lo haga Montfort.

Robi dejó perder su mirada en el vacío, procurando evocar en su alma una fe que se le hacía inasible. Tras un breve silencio, retornó al momento y arrugó la frente, clavando sus intensos ojos azules sobre el ejército enemigo.

» ¿Ves esos hombres de allí, los de sobrevestes moradas que forman a la derecha de la puerta? Son los de Toulouse. Algunos me reconocerían, compartí meses en campaña con ellos antes de que su conde cambiara de bando. Debemos esquivarlos a toda costa y optar por la entrada izquierda, donde están los franceses.

Robi y Geoffroy vestían armaduras, aunque por precaución no portaban insignias ni colores distintivos. A ojos de los demás, su aspecto era el de simples mercenarios. Era más seguro ser descubiertos así que como leales a Foix y enfrentarse a lo que los cruzados reservaban para ellos. Allí abajo, Robi vio al infame conde Raimond de Toulouse, al mando de su ala del ejército. Sin embargo, no podía reconocer a los demás tolosanos como sus compañeros de campamento. Por cierto, no vio a Raimondet, a Wilhelmina, al gigante Henri de Valois... ni siquiera a Baduino, el hermano del conde. Era como si esos doscientos tolosanos que Raimond VI capitaneaba fueran un grupo distinto al que él conocía. En cualquier caso, lo prudente era mantenerse fuera de su vista.

—¡La vizcondesa se marcha! —exclamó Geoffroy, exaltado. En efecto, Agnès se abría paso entre los cruzados, seguida por sus seis escoltas y acercándose a su posición.

—Pronto abrirán las puertas. En cuanto lo hagan, debemos lanzarnos al galope, procurando pasar inadvertidos para infiltrarnos entre ellos, ¡y que Dios nos proteja! —murmuró Robi. *Incitatus* y *Fresia* pastaban serenamente al otro lado del camino. Los habían dejado allí seguros para evitar que se los viera desde abajo.

Sin embargo, un detalle había escapado a la planificación de Robi. Contrariamente a lo que había anticipado, el ejército de Montfort no se movilizaba en un tumulto incontrolable, sino todo lo opuesto. Al abrirse las puertas de la ciudad, los cruzados avanzaron en una procesión metódica y disciplinada, adhiriéndose a formaciones bien definidas. Más parecía un desfile ceremonial que la toma de una ciudad.

Mirándolo con los ojos bien abiertos, Geoffroy le preguntó qué hacer, desconcertado. La ausencia de resistencia era evidente. Todo fluía con una extraña calma, como si la multitud de carcasoneses hubiera optado por una inacción total, dejando el campo libre a las tropas invasoras.

» Por lo menos se los ve tranquilos. No parece que estén perpetrando una carnicería como en Beziers. Esta calma... es un buen signo, ¿no crees? —comentó Geoffroy.

—Excesivamente tranquilos —respondió Robi con alarma—. Será imposible disimularnos entre ellos ¡Estamos perdidos!

Las palabras de Robi quedaron suspendidas, porque de entre los arbustos emergieron con

violencia varios soldados, descubriendo su escondite. Robi ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar; una lanza se posó sobre su espalda y otra se dirigió hacia Geoffroy. Quedando sin opciones, no pudieron más que levantar las manos en señal de rendición.

—¡Soltad las armas! —gritó uno de los soldados. El terror se apoderó de Robi; lo tenían acorralado al borde del precipicio. Un paso adelante y se desbarrancaría, uno atrás y la lanza de su atacante lo atravesaría a la mitad. Llevó la mano a su espada con cuidado, manteniendo la otra en alto para garantizar a su atacante que no intentaría nada, y la arrojó al suelo. Geoffroy, en respeto a su religión, no portaba armas reales. Al caer su "espada" de metal ligero y sin filo, mero accesorio de su disfraz, produjo un ruido sordo que delató su naturaleza falsa. Los captores, perplejos al notar el engaño, deslizaron las lanzas hacia atrás para permitirles dar media vuelta.

Una vez frente a frente, les volvieron a apuntar con las lanzas, ahora dirigidas a sus gargantas.

» ¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí? —espetaron. Pero apenas Robi cayó en la cuenta de que lo hicieron en occitano, su pánico se apaciguó. Los hombres que lo amenazaban no eran cruzados, sino que llevaban las sobrevestes a bastones gules y plata de la casa de Trencavel. Por eso decidió decir la verdad:

—Soy Roger Bernard, hijo del conde de Foix, y este es Geoffroy, mi amigo y mozo de cuadra de mi castillo.

Robi alzó la vista al resto del grupo que lo arrinconaba. Detrás de ellos estaba Agnès, la vizcondesa. Era la misma comitiva que habían visto antes, y que ahora los había alcanzado.

» No buscamos conflictos —aseguró Robi—. Estoy aquí para rescatar a mi esposa, Ermessenda de Castellbó, retenida en Carcasona. La vizcondesa Agnès me conoce; ella puede dar fe de mis palabras —dijo, elevando su voz para asegurarse de que Agnès oyera.

—¡Bajad las lanzas! —ordenó ella cuando lo vio. Estaba muy delgada. En su rostro, que no veía hacía unos meses, habían pasado varios años.

—Robi, por todos los santos, ¿qué haces aquí? —exclamó, ya a unos pasos de él—. ¡Os tomamos por mercenarios contratados por los cruzados para atacarnos en nuestra retirada!

—¡Estoy aquí por Ermessenda! ¡Me informaron que estaba en Carcasona, y temo lo peor ahora que la ciudad ha caído en manos de esos animales! ¡Tengo que sacarla de allí como sea!

—¡Ermessenda ya no está allí! —declaró Agnès. Robi contuvo la respiración—. ¡No queda nadie en Carcasona! Acabo de entregar a Montfort una ciudad fantasma, absolutamente desierta.

—¿Ciudad fantasma? ¿Pero cómo? —Robi, desconcertado, luchaba por comprender la noticia.

—¡El mérito es de Ermessenda! —continuó Agnès, y comenzó a hablar sin parar.

Robi quedó deslumbrado ante una casi nueva Ermessenda que, aun sin estar allí, aparecía delante de él. Nunca había dudado de su especial disposición a la acción noble, de su lucidez de pensamiento, de su simpatía por los cátaros perseguidos. Pero saber que aquello se había

convertido en una gesta real como la que relataba la vizcondesa de Carcasona, superaba todo lo imaginado.

Desde su inesperada aparición en Carcasona, Ermessenda había impulsado la búsqueda de unos túneles secretos de los que Agnès una vez le había hablado. Llegó con una idea de dónde encontrarlos, y no paró hasta demostrar que tenía razón. Sin embargo, las dificultades no hacían más que multiplicarse: los túneles resultaron ser angostos, interrumpidos, o desembocaban en áreas controladas por los cruzados. La esperanza de hallar una salida al valle se desvanecía, pero Ermessenda no desistía. Cuando Trencavel fue capturado, Ermessenda misma tomó el mando de las expediciones bajo tierra y se aseguró de que todos trabajaran día y noche. Hasta que, a los tres días, logró despejar un camino subterráneo lo suficientemente ancho para un carro de carga, y que conducía al otro lado del río, allí donde los ojos de Montfort ya nada veían.

La imagen de Ermessenda liderando tal empresa en medio del asedio lo maravilló, haciéndolo enamorarse, si es que eso era posible, aún más de ella.

Agnès, a pesar de la angustia de tener a su marido en manos de Montfort, relataba esta proeza con entusiasmo:

» Ermessenda quería utilizar el túnel para evacuar a los cátaros, salvándolos así del exterminio que los cruzados les tenían reservado. Pero su llamado tuvo un efecto inesperado. Algunas personas no cátaras comenzaron a sumarse a la iniciativa. Primero unos pocos, luego más, y finalmente, en un acto de solidaridad masiva, hasta el último ciudadano de Carcasona decidió sumergirse allí con ella: "¡Si nuestros hermanos se van, nosotros también!" decían. "¡No permaneceremos en una ciudad gobernada por un tirano!"

—¡Eso es admirable! —proclamó Robi, conmovido por la hazaña—. Un testimonio de la solidaridad y la fortaleza de espíritu de la gente de Carcasona.

Pero en Agnès prevalecía la tristeza:

—El *paratge* de nuestra gente se ha demostrado en estos duros momentos. Pero resulta desgarrador que una comunidad tan hermosa y unida haya tenido que desintegrarse para salvarse. Carcasona siempre fue un lugar especial, y haberla abandonado así, vacía y silenciosa, me llena de una profunda pena.

—¡Son miles de personas! ¿A dónde se han refugiado? —inquirió Robi, abrumado por la magnitud de la evacuación.

—Sé que dejaron Carcasona por el túnel hace cuatro días. Luego tuve que cerrar y disimular la puerta de salida, y no he vuelto a recibir mensaje alguno de ellos. ¡Sólo espero que se encuentren a salvo!

Agnès hablaba con voz temblorosa:

» El tramo subterráneo es de dos leguas. El aquarius Durand instruyó que la procesión se realizara en una larga fila de sólo una persona a lo ancho para evitar que el aire se acabara y todos murieran asfixiados. Por eso, para cuando el último hombre dejó Carcasona, habían

transcurrido ocho horas desde la partida del primero. Calculo que, si lograron llegar al otro lado, el último en salir no pudo haberlo hecho hasta la noche del dos de julio.

—Pero alguna idea debían tener de a dónde dirigirse una vez afuera... —Robi no soportó imaginar a su esposa en la oscuridad interminable y congestionada de aquel túnel cargado de las miasmas de toda una ciudad. Prefirió soñarla ya a salvo, pensando en el futuro.

—¡Claro que la tenían, y ruego que Dios los proteja para que logren hacer sus planes realidad! Los católicos, con menos por perder, se asentarían en aldeas cercanas, allí donde cada uno tuviera parientes o amigos, y así se dispersarían —respondió Agnès—. En cuanto a los cátaros, algunos planeaban buscar refugio en la campiña, lejos de los centros urbanos. Pero los otros, aquellos sin un lugar adónde ir, y en particular los *perfectos*, seguirían a Ermessenda.

—¿Hacia dónde? —preguntó Robi agobiado de angustia.

—Castellbó. Su objetivo es atravesar la cordillera y establecerse allí.

¡Castellbó! Por supuesto… Allí la Inquisición no tenía poder, y los cátaros estarían a salvo. Pero había que poder llegar.

—Y tú, Agnès, ¿por qué no te has unido a ellos?

—¡Necesito rescatar a mi esposo! —explicó ella—. Montfort y Amalric han jurado liberarlo tras la entrega de Carcasona. Ahora, sólo me queda esperar que honren su palabra.

Como si la mención de los cruzados la hubiera devuelto de pronto a la realidad de su peligroso viaje, Agnès se volvió hacia sus hombres: —Regresad a vuestras monturas y preparaos para reiniciar el camino. Debemos partir sin más demoras si queremos alcanzar Narbona antes del atardecer.

Los escoltas cumplieron con lo solicitado. Geoffroy se excusó para hacer lo propio, acercando a *Fresia* y a *Incitatus* hasta el camino. Cuando quedaron los dos solos, Agnès se dirigió a Robi en tono de confidencia:

» Hay algo muy especial que necesito pedirte, Robi... Es sobre mi hijo Mondi —su voz se transmutó en un ruego.

—¿Mondi? ¿Qué ocurre con él?

Agnès suspiró profundamente.

—Mi pequeño entró al túnel junto a todos los carcasoneses. Fue una decisión desgarradora. No quería separarme de él, pero si me enfrentaba a Montfort con Mondi a mi lado; corría el riesgo de que lo tomara como rehén. ¡No tuve otro remedio que decirle adiós! Ermessenda me ha prometido cuidarlo con su vida, pero quiero que tú también me prometas algo.

Robi asintió, silencioso y atento.

—Si mi esposo y yo nos reencontramos, te pido que cuides del niño hasta que regrese a nuestras manos. Y si nos toca dejar este mundo, te ruego que asumas la tutela de mi hijo, enseñándole el arte de la guerra para que se convierta en caballero y algún día reclame Carcasona en nombre de nuestra familia, vengando la afrenta de hoy.

—Lo prometo —dijo Robi con convicción—. Cuidaré de tu hijo como si fuera mío. Haré todo para protegerlo hasta reencontrarse con vosotros o, si eso no es posible, hasta que Carcasona vuelva a estar en sus manos.

—Gracias, Robi. Confío completamente en ti y en Ermessenda para que forméis a Mondi como un hombre de *paratge*, fortaleza y honor, en el caso de que su padre y yo no podamos estar para él.

Sellada la promesa, ambos se dirigieron hacia el camino donde Geoffroy y los escoltas de Agnès tenían los caballos listos. Subiendo a sus monturas, se prepararon para tomar rumbos separados. Antes de espolear su caballo, Robi se giró hacia Agnès con una última pregunta:

—Has dicho que, si Ermessenda y su grupo conseguían emerger del túnel, se dirigirían a Castellbó, pero… ¿sabes por qué camino lo harían?

—Sé que saldrían del túnel cerca de Trèbes. Retrasé la entrega de la ciudad unos días para darles ventaja sobre Montfort, que no sabrá por dónde empezar a buscarlos. Dos pastores los guiarían por un antiguo camino de trashumancia y, una vez en Cataluña, Guy de Perelle tomaría el relevo. Guy, ese leal servidor de Foix, ha sido un gran apoyo para todos nosotros, especialmente para Ermessenda. Por favor, cuando lo encuentres, asegúrate de que reciba el reconocimiento y la recompensa que merece.

“Recompensa”, reflexionó Robi con amarga ironía, pero no dijo nada. Claramente, Agnès desconocía las verdaderas intenciones de Guy, su naturaleza traicionera, sus escritos obscenos y sus oscuros deseos. Cuando lo hallara, pensó, lo último que ese hombre recibiría de sus manos sería una recompensa.

VI
El éxodo
Verano a otoño de 1209

La cueva

Verano de 1209
En algún lugar bajo el cielo del Languedoc
Tres días después

En la oscuridad de la cueva, en medio de la noche, cuando un manto de silencio custodiaba el sueño de los cátaros evacuados de Carcasona, ella y él yacían con los ojos abiertos de par en par. Miraban al techo rocoso y natural sin decir nada, pero el jugueteo de sus dedos entrelazados y la clandestinidad con la que sus manos se rozaban, lo decían todo sin necesidad de palabras. No eran ellos los únicos desvelados, pero de entre aquellos que podían descubrirlos, ninguno se espantaría demasiado por la pequeña trasgresión... una de tantas que se habían sucedido durante esos días.

Elion y Adèle, por ejemplo, se encontraban despiertos y bastante cerca, tomando turnos para calmar los ocasionales lloriqueos de la pequeña Esperanza. Eran discretos, y no se escandalizarían por unas simples demostraciones de cariño, por inapropiadas que pudieran parecer.

Aquellos ante quienes realmente debían ocultar el contacto entre sus cuerpos, roncaban o estaban lejos. Evelina, por ejemplo, dormía plácidamente a un lado, acurrucada junto al pequeño Mondi Trencavel. Daufina, por su parte, pernoctaba junto a los *perfectos*, en la zona más profunda de la elongada caverna.

Tras cubrir y disimular con rocas y vegetación la salida del túnel, tres noches atrás, muchos de los carcasoneses se habían dispersado en distintas direcciones. Pero unos trescientos de ellos habían permanecido junto a Ermessenda. Aproximadamente un tercio eran *perfectos*; el resto, *credentes*. Los ojos curiosos que los escudriñaban en la penumbra no juzgarían. Por eso él fue audaz y, con un movimiento inesperado, se empujó hacia ella en el suelo sobre el que reposaban y descendió hasta sus pies, que asomaban por debajo de la ligera cobija que los cubría. Dos pequeñísimas fogatas iluminaban la cueva, que no estaba completamente cerrada, sino que dejaba ver el cielo estrellado a través de sus recovecos. De todos modos, aquel resultaba un refugio natural inmejorable, que les estaba prodigando un momento de secreta felicidad, largamente demorado. En la calma noche, templada y despejada, aquel lugar les brindaba cierta protección, y los ocultaba de la vista de cualquier transeúnte ocasional por el camino, lo que lo convertía en un refugio mucho mejor que dormir a la intemperie, como se habían visto obligados a hacer la noche anterior.

Cada mañana, el grupo emprendía la lenta marcha, buscando poner tierra de por medio con los cruzados y alejarse del peligro. Y cada atardecer montaban campamento en el lugar más retirado que pudieran conseguir antes de la puesta del sol. Llevaban consigo algunos carros. Allí trasladaban sus víveres, vituallas, y a quienes por su avanzada edad o debilidad ya no podían caminar.

Los escoltaban también todo tipo de animales, desde los caballos y mulas que les servían como transporte, hasta las ovejas, cerdos y gallinas rescatados de Carcasona, e incluso los perros y

gatos que los acompañaban como mascotas. Los tres carromatos de mayor tamaño requerían una custodia permanente, ya que en ellos se transportaban los artículos de oro, joyas, tapices y todo tipo de objetos de valor rescatados tanto del *Château Comtal* como de los hogares de los habitantes más prósperos de Carcasona. Vestimentas, muebles y ajuar que representaban una verdadera fortuna: el tan codiciado botín que de otro modo ya estaría en manos de los cruzados.

El día siguiente sería diferente, porque alcanzarían un importante objetivo intermedio. El castillo de Montsegur, regentado por Esclarmonde de Foix, la tía de Robi, era el refugio más seguro para los cátaros del Languedoc. Repleto de trampas para enemigos y fortificaciones infranqueables, era el santuario ideal para acoger a los *perfectos*. Si Esclarmonde aceptaba recibirlos, aquel sería el final de la odisea para muchos de ellos: su anhelado paraíso de seguridad. Montsegur quedaba de camino a Castellbó, justo al inicio de la cordillera; era un lugar de paso obligado en el éxodo de los cátaros. Más allá, el trayecto se volvería mucho más empinado, por lo que sería imposible internarse con los carros en las montañas. Esclarmonde, además de proteger a los *perfectos*, debería hacerse cargo de cuidar aquella fortuna rescatada de Carcasona.

Ermessenda observó cariñosamente a Guy. Su frente estaba perlada por un leve sudor, sus cabellos cortos aún levemente oscurecidos por el líquido negro de sor Caritat.

Él comenzó a acariciar y masajear los pies de ella, cansados por el camino. Lo hizo con sensualidad, intercalando los largos dedos de sus manos con los pequeños de los pies de ella, apretando y soltando, dibujando círculos alrededor de sus tobillos y talones, y lentas líneas, sutilmente cosquilleantes, en las plantas.

Con sus mejillas enrojecidas por la situación, Ermessenda bebió unos abundantes chorros de agua de su odre, y la disfrutó sobremanera. Las cantimploras habían sido llenadas en el Aude, y ahora, aprovechando la abundancia, se recuperaban de la desesperante sequedad sufrida durante el asedio. Alcanzar el río había sido maravilloso, un festín de agua fresca, risas y lágrimas de alivio y alegría. Todos juntos se bañaron, se refrescaron del calor agobiante de un verano que no aflojaba y bebieron hasta saciarse, algo que no habían conocido durante las semanas más angustiantes de sus vidas. Sus cuerpos y sus almas se regocijaron, agradeciendo el milagro de regresar a una normalidad de la que nunca deberían haber sido privados.

Ahora, en la cueva, cuando terminó su odre, Ermessenda seguía sintiendo sed, por eso tomó el de Guy y le dio unos sorbos. A la mañana, antes de partir, los rellenarían nuevamente en el río. Contando nuevamente con agua en abundancia, esperaba que nunca más su falta volviera a ser un problema para nadie. De aquí en más, con cada sorbo, apreciaría su prodigioso valor.

Además de acariciarla con sus manos, él tímidamente se fue atreviendo a aproximar su rostro a los blancos pies de ella y a darle unos pequeños pero sugestivos besos en las plantas y los dedos. Ella disfrutaba de esta osadía, pero a la vez miraba en todas direcciones, pendiente de cualquier espectador indiscreto que pudiera interceptarlos. Entonces él fue más allá, sacó su lengua y empezó a lamer entre los dedos de ella como si estuviera degustando un dulce. Con un respingo a mitad de camino entre la sorpresa y el regocijo, ella encogió sus piernas para esconder sus pies dentro de la manta y evitar un espectáculo vergonzoso. Pero él, lejos de arredrarse, se introdujo debajo del cobertor, y en vez de permanecer a sus pies, su cabeza comenzó a escalar entre las piernas semiabiertas de ella que, en lugar de detenerlo, las abrió un poco más... Aunque el cuerpo

de él quedaba tapado por la manta, los ojos ansiosos en la cueva empezaban a virar insistentemente hacia ellos. Los nervios se apoderaron de ella, pero el entusiasmo podía más que el pudor. Tomó la mano de su amiga, que se encontraba recostada a su lado, y la apretó tenuemente, mientras la miraba a los ojos con una expresión pícara. Él ya había llegado a la zona prohibida, y lo que fuera que estuviera haciendo allí la colmaba de placer. Ella se mordía los labios, sin dejar de mirar a su amiga que, a pesar del vínculo familiar, no juzgaba. Sin embargo, su amiga se veía más inquieta que ella, y oteaba en todas direcciones, ansiosa por el riesgo de que quienes los conocían pudieran despertar y ser testigos de esta escena íntima y prohibida.

El problema no eran los desconocidos, sino aquellos que sabían quiénes eran y qué tipo de vínculo debía y no debía haber entre ellos. En aquel contingente, todos menos Ermessenda, Mondi y Wilhelmina eran cátaros, y los cátaros, especialmente los *credentes*, no eran muy críticos en estas cuestiones. Se dividían entre quienes las toleraban, como parte del curso natural de la vida, y quienes las emprendían, en todos los casos sin el más mínimo temor a un infierno que para ellos no existía, mucho menos a causa de estos asuntos.

Ella entornó los ojos. El momento culminante había llegado. A medida que el deleite la inundaba, el apretón de su mano sobre la de su amiga se volvía más fuerte, como si a través de ese gesto quisiera hacerla partícipe de su propio placer. Bajo la cobija, los movimientos de él se intensificaron en velocidad. Ella sofocó un gemido. El éxtasis y la liberación fueron contagiosos. Luego él, satisfecho con lo logrado, emergió de debajo de la manta y, con el rostro aún mojado, se acostó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

Entonces, Ermessenda se relajó. Todo había concluido sin consecuencias indeseadas. Guy emitió un resoplido y se dio la vuelta, como si, a pesar de no haber abierto los ojos en ningún momento, hubiera notado la tensión en el ambiente y el momento en que ésta se había aliviado.

Ermessenda soltó la mano de su amiga, satisfecha de que ella, Alaïs, y él, Arthur, no hubieran sido descubiertos. A su lado Guy, por suerte, seguía durmiendo profundamente. ¡Habría sido muy grave que despertara y sorprendiera a su hija y a su sobrino en esa situación tan comprometedora! Seguramente, Guy habría provocado un escándalo, al anoticiarse de esta manera de la relación que aún desconocía entre Alaïs y su primo Arthur. Pero Ermessenda comprendía perfectamente a aquellos imprudentes tortolitos. Se amaban, y habían pasado demasiado tiempo separados y extrañándose... ¡Como ella y Robi! Si su esposo estuviera allí a su lado, pensó, ella tampoco se preocuparía por las miradas indiscretas. Regalándole a Alaïs una silenciosa sonrisa de complicidad, Ermessenda pensó en lo mucho que le gustaría poder preguntarle qué fue lo que Arthur había hecho exactamente allí abajo. Aunque podía imaginar la idea general, era algo que nunca nadie le había explicado y que ella, con su propio esposo, no había experimentado. La curiosidad la sobrepasaba, y le tenía la suficiente confianza a su amiga como para plantear sus dudas en forma directa, pero no allí mismo, con el padre y la hermana de Alaïs durmiendo a escasos pasos.

Ermessenda se fue a dormir esa noche reflexionando sobre el viaje que les aguardaba al amanecer. El tramo hasta Montsegur se anticipaba desafiante. Al mismo tiempo, en su rostro se dibujó una sonrisa, recreando los momentos compartidos con Alaïs, la complicidad que coronaba su amistad como auténtica y eterna, las sensaciones nuevas experimentadas y la curiosidad que aún sentía.

Su amiga yacía sonriente junto a su hombre; ella sintió una punzada de envidia y el deseo de tener a Robi a su lado. Entonces, cuando el sueño comenzó a envolverla, imaginó vivir momentos similares a los de esa noche con él. La idea de hacer con Robi lo mismo que Alaïs acababa de hacer con Arthur, aunque no comprendía con precisión qué era, la desbordó de anhelo. ¡Cómo desearía que su amado estuviera allí, para abrazarlo, para dormir a su lado y para contemplar las estrellas a través de las aberturas de la cueva! Su mente se abarrotó de sueños y deseos mientras se fue quedando dormida.

Las palomas mensajeras

Verano de 1209
Castillo de Montsegur, Languedoc
El día siguiente

La cima de Montsegur se elevaba mucho más de lo que Ermessenda había anticipado. El terreno, abrupto y escarpado, hacía que el castillo en su cumbre pareciera inaccesible. El cielo lucía completamente despejado y el calor era menos intenso que los días anteriores. A lomos de *Violante*, Ermessenda avanzaba al frente de su comitiva junto a Guy, seguidos por una larga y exhausta fila, y por los carros rezagados al final. Cuando alcanzaron la base de la colina, unas figuras ataviadas en túnicas negras emergieron de los arbustos. Ermessenda no tardó en identificar a la cabecilla del grupo.

—¡Esclarmonde! —exclamó emocionada, descendiendo de *Violante*. Las lágrimas brillaban en sus ojos al abrazar a su querida tía política, de quien había sido muy allegada durante los años compartidos en Foix, y a quien no veía desde hacía más de un año.

—¡Ermessenda, niña querida! Os estábamos esperando.

Ermessenda se preguntó cómo era esto posible, siendo que no había enviado ningún mensaje anticipando su llegada.

Esclarmonde y los *perfectos* que la acompañaban guiaron al grupo hacia el establo, un gran recinto fortificado al pie de la larga escalinata que trepaba hasta el castillo.

—Dejad vuestros animales y pertenencias aquí y, a medida que estéis listos, formad una fila detrás de esta puerta para subir al castillo —indicó Esclarmonde con cordialidad.

—En esos carros traemos importantes valores de Carcasona —le confió Ermessenda en voz baja.

—Lo sé, querida, y ha sido una sabia decisión. Los custodiaremos con el mayor celo para el bien de la comunidad cátara. Habéis venido al sitio indicado —susurró Esclarmonde, despertando en Ermessenda una intriga aún mayor acerca de cómo podía saber tal cosa. Esclarmonde elevó la voz y advirtió a todos:

» Escuchadme bien, hermanos: la subida es traicionera. Está atestada de trampas mortales para quienes queremos mantener lejos. ¡Que nadie suba jamás si no es con uno de nosotros! ¿Lo habéis comprendido?

La multitud asintió.

La escalera que trepaba hasta el castillo de Montsegur, natural y reforzada, se presentaba como un desafío físico notable, que no todos podrían afrontar. Por eso Samuel, el anciano *perfecto* que había salido con Elion desde el Castelar, preguntó:

—*Bona dona* Esclarmonde, ¿será posible que yo permanezca aquí abajo, junto a los animales? El ascenso es largo y mis viejos huesos no soportan más, ¡y todavía faltan varias jornadas hasta llegar a Castellbó!

—Descansad aquí esta noche. Hay agua y comida y el *Bon home* Richard os hará compañía. Pero mañana os ayudaremos a ascender. Mandaré a mis hombres más fuertes para que os ayuden. Y no es necesario que sigáis camino a Castellbó. ¡Aquí habéis encontrado vuestro refugio definitivo!

El rostro de Esclarmonde dibujó una sonrisa franca, y luego agregó:

» He pasado los últimos diez años fortificando mi castillo, previendo tiempos difíciles, y esos tiempos han llegado. Ya hay doscientos *perfectos* viviendo en él, y lo he construido con comodidades para alojar a seiscientos. ¿Cuántos *perfectos* hay entre vosotros?

—Ciento doce —confirmó Ermessenda, que había realizado un conteo preciso.

—Pues estáis todos bienvenidos a permanecer en este santuario por el tiempo que deseéis, y aún tenemos lugar para muchos más. Quiero hacer de Montsegur un bastión inexpugnable, un refugio para todos los *perfectos* del Languedoc.

Los rostros de los peregrinos, que venían apagados por el cansancio y el temor, se hicieron radiantes. Agradecidos y dichosos por la invaluable generosidad de Esclarmonde, *perfectos* y *perfectas* se entregaron a emotivos abrazos. Su partida de Carcasona había sido cruenta y dolorosa, pero Dios había querido ampararlos en este nuevo hogar, una vasta casa cátara donde convivirían en armonía, compartiendo valores de hermandad, y, de momento, tan protegidos como era posible en medio de una cruzada arrasadora.

Ante una indicación de Esclarmonde, comenzaron a escalar. Desde el primer peldaño, el ascenso a la montaña se hizo extenuante. La pendiente era pronunciada, y se sentía cada vez más empinada. En un punto que parecía aleatorio, Esclarmonde se detuvo. Aunque la escalera continuaba hacia arriba sin ninguna indicación de cambio, ella anunció: —¡Atención! ¡El camino es por aquí!

Escondido detrás de unos árboles que había que conocer de memoria, se abría un sendero apenas perceptible. Uno de los *perfectos* que la acompañaban se apostó allí, asegurándose de que todos en la fila tomaran el desvío y no siguieran de largo hasta quién sabe dónde. A través del bosque, llegaron a un claro que revelaba otra escalera, oculta y más angosta, y por este nuevo trayecto prosiguieron su subida.

—¿Qué sucede si se continúa por el camino principal? —indagó Ermessenda.

—Salvo un milagro, quien lo tome caería hasta su muerte. Hemos plagado el castillo de estas defensas, preparándonos para cualquier invasor. Cuando afirmo que esta fortaleza es inexpugnable, lo hago con toda seriedad —expuso Esclarmonde con gravedad. A pesar de sus años, y aunque ya no lucía los vestidos sofisticados de la corte de Foix, la belleza de esta mujer se mantenía incólume.

Tomar desvíos empezó a ser la regla más que la excepción. Había pozos ocultos, estratégicamente camuflados por vegetación o por falsos suelos que se desmoronaban bajo el peso de un paso desafortunado. En el interior de estos imprevistos precipicios, filosas estacas aguardaban a sus víctimas. Había flechas que se dispararían contra los invasores al pisar ciertas losas; rocas y redes que caerían sobre ellos... sorprendentes medidas de seguridad para personas de fe que no creían en la violencia. Pero se trataba de defensa pasiva, y no de agresión activa —explicaba Esclarmonde—. Sólo quienes buscaran trasgredir la paz de los cátaros se enfrentarían a las consecuencias de sus actos.

Con los corazones latiendo aceleradamente por la profusión de peligros que tenían casi bajo sus pies, y por el esfuerzo ciclópeo de la subida, Esclarmonde y su comitiva entraron a Montsegur.

Los *perfectos* del lugar dieron la bienvenida a los recién llegados, guiándolos en un recorrido por el castillo. Les mostraron los salones comunes y los dormitorios, separados para hombres y mujeres, equipados con jergones modestos pero adecuados e higiénicos.

Esclarmonde invitó a Ermessenda y a otras mujeres cercanas, incluyendo a Daufina, sus dos hijas Alaïs y Evelina, y también a Wilhelmina, a seguirla hasta el patio exterior. Allí explicó:

—Dada la altura de este emplazamiento, es imposible que nos alcancen con catapultas o almajeneques. Además, contamos con pasajes secretos que nos permiten, en caso de un sitio, entrar y salir a nuestro antojo para obtener suministros. Quizás no sea tan impresionante como la red de túneles subterráneos de Carcasona que habéis descubierto y utilizado, pero es igualmente eficaz y está meticulosamente planificado.

Nuevamente, Ermessenda se preguntó cómo podía Esclarmonde estar al tanto de todos aquellos detalles que hasta aquel momento consideraba secretos bien guardados.

—¿Y dónde desembocan esos pasajes? —indagó Wilhelmina, sospechosamente interesada.

A Ermessenda le incomodaba que Esclarmonde detallara sus sistemas defensivos delante de esa mujer en quien no acababa de confiar.

—¿Qué son aquellos campos de flores? —interrumpió simulando distensión y señalando una terraza florecida un poco más abajo en la montaña, rodeada por altas paredes de piedra.

—Son nuestras colmenas. Allí producimos miel y cera para velas y tablillas. Son productos de alta calidad y gran valor. Vendemos el excedente en los mercados, pero en caso de asedio, serán una fuente esencial de alimento e iluminación.

—¿Y el agua? —inquirió Alaïs.

—Disponemos de un pozo. Aunque no es inagotable, hay suficiente agua para sobrevivir varios meses, especialmente si Dios nos ayuda con lluvias abundantes.

Wilhelmina volvió a intervenir, esta vez con un inesperado pedido:

—Esclarmonde… ¿puedo quedarme aquí contigo?

El escepticismo se dibujó en algunas miradas, pero la *perfecta* Esclarmonde seguía escuchando.

» Aunque tengáis buenas instalaciones, no contáis con personal entrenado para la defensa. Los *perfectos* no pueden portar armas, pero yo sí puedo. Permíteme ser vuestra espada y organizar un grupo de caballeros que asegure la integridad de este refugio. Me conoces desde pequeña, Esclarmonde, sabes que daría mi vida por protegeros.

Esclarmonde la observó, pensativa:

—Wilhelmina, tu oferta es valiosa y aceptada. Aude, por favor, muéstrale los adarves.

Cuando la *bona dona* Aude se retiró junto a una agradecida Wilhelmina, Ermessenda expresó sus inquietudes:

—¿Estás segura de esto? Wilhelmina es una mujer valiente, pero ¿es prudente confiar tanto en ella? ¡Se ha unido a la cruzada!

—Sólo seguía las órdenes de su padre... es una buena muchacha —la justificó Esclarmonde.

—¡No fue únicamente obediencia! —intervino Alaïs con vehemencia—. Luchó con ahínco contra los nuestros en el Castelar. ¡Su espada está manchada de sangre occitana! Yo tampoco creo que sea de fiar.

—Queridas, ¡no os preocupéis! Sé darme cuenta hasta qué punto y en qué cuestiones puedo confiar en unos y en otros... Por eso le he pedido a Aude que se llevara a Wilhelmina, para hablar con vosotras a solas sobre un asunto importante. Seguramente os habéis preguntado cómo es que sé tantas cosas sin necesidad de que me las digáis —las cuatro asintieron con efusividad.

» Pues bien, la verdad es que cuento con ojos y oídos en todo el Languedoc.

De fondo, llegaban las voces y algunas risas de los felices refugiados instalándose en su nueva casa, pero la atención de las damas estaba tan centrada en Esclarmonde que ni siquiera las percibían.

» Son mis palomas mensajeras. Cientos de ellas, que llevan la información de boca en boca, sin pergaminos ni pruebas incriminatorias. Hay ciertos códigos que sólo ellas conocen, y únicamente transmiten lo que deben a personas de la máxima confianza.

—¡Es fabuloso! ¡Vaya si tenemos razón los cátaros en que los animales tienen alma! —celebró Evelina. Aunque no tan alta como su hermana mayor, y un poco más delgada, su cabello rubio y largo entrelazado en dos trenzas flojas, así como sus ojos celestes brillantes y sus labios carnosos y rosados, recordaban a cómo se veía Alaïs cuando Ermessenda la conoció. Sin embargo, Evelina portaba una sensualidad indisimulable y que tampoco quería disimular.

—Yo las llamo “palomas”, pero son personas. Personas jóvenes y leales al catarismo, ¡como tú! Llevan este signo distintivo —Esclarmonde sacó de bajo su túnica un colgante de plata—. Puede ser un relicario, prendedor, brazalete o anillo, pero su imagen es siempre la misma: una paloma

con las alas extendidas en postura de vuelo, igual que ésta.

Entonces Esclarmonde describió en detalle su intrincada red de mensajeros. Invisibles a los ojos enemigos, formaban una extensa telaraña de comunicaciones que abarcaba todo el Languedoc. Seguían recorridos preestablecidos en los que nadie necesitaba andar más de media hora, ya fuera a pie o a caballo, para transmitir el mensaje a su contacto más cercano. Los códigos que utilizaban eran indescifrables, asegurando que, si un mensajero fuera interceptado, los secretos cátaros permanecerían como tales. Ermessenda, Alaïs, Evelina y Daufina escuchaban fascinadas.

» Ahora que muchos de vosotros partiréis hacia Cataluña, es importante extender la red para que nuestras comunicaciones crucen la cordillera —dijo Esclarmonde, dejando claro por qué les confiaba aquello.

—¡Yo deseo ser una paloma mensajera! —se ofreció Evelina, ilusionada—. ¡Tengo que hacerlo! —insistió apresuradamente ante las expresiones reprobatorias de su madre y hermana —¡Vosotras sabéis lo mucho que lloré por la decisión de mi padre de obligarme a abandonar Carcasona, cuando yo lo único que quería era permanecer allí, junto a Agnès, para esperar a Trencavel! Yo necesitaba acompañarlo y brindarle mi apoyo en todo lo que estuviera a mi alcance —continuó Evelina, desbordante de fervor—. Pero mi padre me lo prohibió. Él no supo escucharme. Me forzó a emprender este viaje por mucho que le rogué para quedarme. ¡Y lo odié por ello! —frunció el ceño, rememorado su rencor y pausando por un momento contemplativo —. En cambio tú, madre... —miró a Daufina y su semblante se suavizó—, tú sí que me escuchaste. Apiadándote de mi dolor, me aseguraste que todo sucede por un motivo. Me prometiste que tarde o temprano, en esta vida o en otra, lo comprendería. Al principio, me parecía inconcebible, pero ahora lo veo con total claridad. Hay un motivo por el que tuve que venir a Montsegur. ¡Mi destino es convertirme en paloma mensajera para los cátaros!

—Si tanto lo deseas —sonrió Esclarmonde—, creo que eres la persona perfecta para liderar la nueva rama de palomas mensajeras al otro lado de los Pirineos. Eso, por supuesto, si tu madre lo aprueba.

Daufina dudó por un instante, pero contemplando el brillo en la mirada de su hija, no pudo negarse. Evelina le agradeció con un afectuoso abrazo.

» ¡No se diga más, entonces! —zanjó Esclarmonde—. Te quedarás varios días aquí hasta retomar el camino a Castellbó y en ellos te enseñaré todo lo que debes saber. Y no os preocupéis —agregó mirando a Daufina primero y después a Alaïs—, le enseñaré cómo hacerlo sin correr riesgos innecesarios.

Por la noche, en su dormitorio tan lleno de mujeres como impregnado de la ausencia de Robi, Ermessenda sacó de su alforja el *scriptorium* portátil. Tomó un pliego y lo rotuló “La verdad de la creación”. Bajo este encabezado, inspirada en el discurso que Esclarmonde había impartido durante la cena, vertió sus reflexiones sobre la naturaleza dual del mundo según los cátaros.

En este acotado plano de existencia, no podemos apreciar la luz sin la penumbra. La protección del refugio no tendría valor si no existiera el peligro; la generosidad de su dueña no podría existir sin la necesidad desesperada de los refugiados. Así como el agua, de la cual nunca había comprendido su verdadero valor hasta que le faltó en Carcasona, la ilusoria esfera terrenal está

plagada de dualidades a través de las que Dios se hace visible. El bien que percibimos es la negación del mal; depende de él, y no existe sin él. Sólo en presencia de Dios, en el ámbito espiritual al cual los cátaros aspiran a acceder mediante el *consolament* tras el tránsito de la muerte, el bien existe por sí solo, sin la necesidad del mal. En nuestro mundo, bien y mal se hallan inextricablemente entrelazados. Conforman el tejido de nuestra realidad hasta que alcancemos la purificación espiritual y nos unamos al absoluto divino, donde el bien resplandece en su plenitud. Satán introdujo la sombra, la escasez y el sufrimiento, pero es en contraste con ellos que se aprecia la luz, la abundancia, el amor y la bondad del verdadero Creador. Resplandecen detrás de la oscuridad, manifestándose en las flores, en el agua, en la sonrisa de una madre, en la solidaridad desinteresada, en un abrazo entre enamorados, o en la mirada noble de un caballo. Estas revelaciones divinas están allí, a plena vista, aguardando ser descubiertas... sólo hay que saber mirar.

Un ave en pleno vuelo

Verano de 1209
En algún lugar del Languedoc
Dos días después

Localizar a Ermessenda no resultó tarea fácil. Según lo que supieron Robi y Geoffroy, los carcasoneses se habían esparcido en todas direcciones. En cada pueblo por el que pasaban se topaban con algunos de ellos. Muchos cátaros habían hallado refugio en el anonimato de los extensos campos. Aunque circulaban rumores acerca de un contingente considerable de *credentes* y *perfectos* liderados por Ermessenda, nadie conocía su paradero. El secreto estaba bien guardado.

Robi y Geoffroy avanzaban hacia el sur, indagando incansablemente entre la población. La única información valiosa que consiguieron provino de cuatro viajeros y versaba sobre un asunto diferente, pero que contribuía a la desolación: Raimondet, finalmente condicionado por la perfidia de su padre, se había unido a Montfort. Había llegado a Carcasona con cerca de mil cuatrocientos soldados de refuerzo para las filas cruzadas. Esto no podía traer consigo nada bueno. Robi no culpaba a su amigo, que al fin de cuentas le había dado libertad de acción al ejército de Foix aun cuando legítimamente podía denegarla. Ya bastante difícil habría sido para Raimondet postergar su llegada hasta después de la toma de Carcasona. Sin duda, había hecho lo imposible para dejar pasar el tiempo. Pero con su padre habiendo tomado la cruz hacía ya casi un mes, llegó el punto en que no tuvo más remedio que comparecer y someterse a las órdenes de Simón de Montfort. No lo culpaba, pero esto no le impedía sentirse abrumado.

Robi cabalgaba con un ánimo menguado, deliberando junto a Geoffroy sobre las repercusiones de este nuevo refuerzo a las tropas cruzadas. No eran pocas. Desde la llegada de los tolosanos, no se habían demorado ni una semana en tomar Chalabre, que se rindió sin resistencia, intimidada por la numerosidad de los enemigos.

Era evidente que continuarían sin descanso su sangrienta campaña de conquista. Pero ¿hacia dónde se dirigirían ahora? En medio de estas cavilaciones, un joven montado en una mula se acercó a ellos con determinación. Se trataba de un muchacho delgado, de cabello revuelto y no más de trece años. Su rostro y manos estaban cubiertos por el polvo del camino. Aunque su atuendo era modesto, llevaba al cuello un llamativo colgante dorado con forma de paloma.

—¿Vos sois Roger Bernard de Foix? —preguntó apostándose junto a ellos. Robi se sorprendió de ser reconocido, pero no sintió temor: el joven parecía inofensivo. Por ello asintió.

» Os traigo un mensaje de vuestra tía, Esclarmonde —prosiguió el joven. Ante la expectativa de Robi por una misiva, el chico aclaró—: No se trata de palabras escritas, sino de un encargo verbal que vuestra tía desea que conozcáis. Escuchadme, por favor.

Geoffroy, escéptico, emitió un resoplido y sugirió avanzar, temiendo una trampa.

—Pues bien, ¿qué mensaje se supone que mi tía Esclarmonde te ha dejado para mí? —inquirió

Robi, impulsado por un atisbo de esperanza.

—A solas —solicitó el mensajero, y Geoffroy, aunque con reticencia, se apartó para permitirles privacidad. Tras intercambiar unas palabras, el chico se marchó por el mismo camino que había llegado.

Robi regresó al lado de su compañero, invadido por una emoción al borde del llanto. Las palabras se trababan en su interior. —¡Ermessenda! —susurró. Sus ojos azules volvieron a clavarse en el vacío.

—¿Qué ocurre con ella?

—¡Ermessenda se encuentra a salvo!, resguardada junto a mi tía Esclarmonde, en su castillo de Montsegur.

—¡Eso es extraordinario! ¡Estamos a menos de una jornada de allí! —El rostro de Geoffroy se iluminó. Pero Robi se veía compungido y no celebraba lo que parecía una noticia feliz. A juzgar por la persistente seriedad en su semblante, Geoffroy intuyó que debía de haber algo más en juego.

—¡Qué tonto que no lo pensé antes! Montsegur queda de camino a Castellbó, y allí mi tía ha creado una fortaleza para cátaros. Si mi esposa iba acompañada de los *perfectos* evacuados de Carcasona, tiene todo el sentido del mundo que los haya llevado ahí. ¿Cómo pude pasar por alto algo tan obvio? Ahora, me temo que es demasiado tarde.

—¿Tarde por qué?

—El mensajero no sólo me informó del paradero de Ermessenda —la expresión de Robi se tornó sombría—. También compartió conmigo una noticia que... que lo cambia todo —declaró con una gravedad que evidenciaba la cruda lucha que se desarrollaba dentro de su mente—. Aunque mi corazón clama por reunirse con mi esposa, me temo que eso no será posible por ahora. Las prioridades han cambiado: ¡Partiremos ya mismo hacia el campamento de los cruzados!

Cambio de planes

Verano de 1209
Campamento de los cruzados cerca de Dun, Languedoc
La mañana siguiente

Robi se colocó, sobre su armadura, la sobreveste recién adquirida: aquel retazo de tela que lo marcaba con colores y símbolos que jamás había imaginado llevar, y que le provocaban escozor. Es irónico como los giros del destino pueden colocarte en situaciones inesperadas. Ajustó su nuevo cinturón, distinguido de su atuendo habitual por un tahalí de cuero adornado con una cruz blanca. Respiró profundo y se acomodó el casco. Era un yelmo de gran gala, considerablemente más pesado que el casquete de hierro con protección nasal al que estaba acostumbrado. Éste le cubría la cara y cabeza por completo, salvo por una estrecha ranura para la visión y pequeños orificios laterales para su ventilación. De topo plano y con una cruz patada al frente, era el tipo de yelmo que sólo los cruzados utilizaban. Con manos firmes, lo terminó de ajustar sobre su cabeza: ese armatoste no sólo lo asfixiaba, sino que también lo hacía sentirse manchado, aprisionado, fuera de lugar. Pero no permitió que estos pensamientos lo detuvieran. Con los rayos de sol de la mañana refulgiendo sobre los miles de armaduras de cruzados que rodeaban a Dun, allí estaba él, alineado con sus filas, listo para avanzar tan pronto como el comandante Montfort diera la señal. Había una ciudad por someter.

Todo había comenzado la noche anterior, cuando Geoffroy se había internado en el campamento cruzado con un objetivo específico: hablar a solas con Raimondet para que auxiliara en el plan. Seguramente conmovido por la importancia de lo que para Robi estaba en juego, Raimondet reaccionó de la manera esperada: proveyó las sobrevestes, yelmos, gualdrapas y demás elementos para fingir ser cruzados de Toulouse.

A su regreso de tan peligrosa embajada, además del equipamiento e insignias que formarían su disfraz, Geoffroy entregó a Robi un rollo de pergamino. —De parte de Raimondet —dijo. Era una nota anónima, sin sello, fecha, firma ni nombre del destinatario, pero cuya caligrafía Robi conocía al dedillo:

> *"Querido amigo, espero que tu madre se encuentre bien, y que mi obsequio sirva para suavizar nuestras tensiones pasadas. Por mi parte, quiero asegurarte que no guardo rencor. Mi lealtad permanece firme con los nuestros. Te deseo éxito en tu misión, pero recuerda, debes actuar con rapidez. El momento crucial es mañana."*

Mañana era hoy.

Robi y Geoffroy se enfundaron en los trajes recién adquiridos. Así vestidos, se mezclaron con las filas de los cruzados, confiando en que los almófares cerrados ocultaran sus identidades. La principal inquietud de Robi era que alguien reconociera a *Incitatus*, su caballo, a pesar de la gualdrapa morada con cruz dorada sobre su lomo y el cubrecabezas que complementaba el artificio.

El ejército rodeaba la ciudad de Dun que los aguardaba con sus puertas abiertas y banderas blancas izadas en señal de rendición. Esa jornada no habría batalla, pero sí sufrimiento. Dun se había sometido a los cruzados sin dar lucha.

Liderando la avanzada, Simón de Montfort dio la señal y sus hombres, incluidos Robi y Geoffroy en su fachada de cruzados, procedieron en tenso silencio hacia la ciudad. Al alcanzar la plaza central, Montfort se detuvo ante las doblegadas autoridades de Dun: el alcalde, el obispo y media docena de los prohombres más notables de la ciudad, quienes le hicieron entrega del listado prometido.

—¡Aquí están, los nombres de todos los cátaros de Dun! —anunció Simón de Montfort, pasando la funesta nómina a Bouchard de Marly, su segundo en el mando. —Los quiero a todos aquí, en esta plaza, antes de que caiga la noche. ¡Sin excepciones! A quienes se entreguen sin resistencia, se les ofrecerá la posibilidad de abjurar de su falsa fe y aceptar la cruz. Los que deban ser arrastrados aquí contra su voluntad, en cambio, así como aquellos que se resistan a renegar de sus creencias, esta noche conocerán el fuego en sus entrañas, en la pira que aquí mismo erigiremos. ¡En marcha!

Mientras un equipo de trabajadores se abocaba a levantar la hoguera para la inminente ejecución masiva, los soldados bajo el mando de Marly partieron en distintas direcciones con la misión de localizar los cátaros señalados en la lista.

En cuestión de minutos, una procesión desoladora de cátaros empezó a tomar forma. Unos avanzaban por propia voluntad hacia su destino, mientras que otros eran empujados a la fila por los soldados, el alcalde o incluso sus propios vecinos. Esta fila, compuesta por individuos de todas las edades, se extendía en un sombrío desfile hacia la catedral. En el atrio frontal, Arnaud Amalric y su cohorte de decanos los clasificaban en tres grupos: los *perfectos* se situaban a un lado, los *credentes* que expresaban arrepentimiento se agrupaban en otro, y los *credentes* que se mantenían firmes en su fe, en un tercero.

Robi miraba insistentemente hacia donde estaba Geoffroy, ocultando su consternación y rabia tras su yelmo de cruzado. No debía perder de vista a su compañero en ningún momento, porque con aquellos cascos cerrados todos se veían igual. Lo único que distinguía a Geoffroy del resto de los cruzados era su estatura un poco menor que la del promedio y las patas blancas de su yegua, que parecían calcetines largos en contraste con su pelaje castaño.

Geoffroy y Robi no esperaron instrucciones. Haciendo honor a sus armaduras de cruzados, se lanzaron a las calles como depredadores en busca de sus presas. Avanzaron sin desvíos y llegaron directamente hasta una casa cátara en el centro de la ciudad. Descabalgaron y, dejando a sus equinos amarrados en el patio frontal, golpearon a la puerta con insistencia. Nadie respondía. Un instante de consternación invadió a Robi, temiendo que el lugar se hallara vacío, ya desalojado. Tal vez, a pesar de sus mejores esfuerzos, habían sido demasiado lentos.

Ante la falta de respuesta, Robi asestó un enérgico puntapié con el que derribó la puerta de la casa cátara. Un puñado de religiosas quedaron expuestas, balbuceando bisbiseos temerosos. Se abrazaban las unas a las otras y temblaban de miedo. Ambos hombres entraron al recinto, cerrando tras de sí la puerta destartalada casi con la misma violencia con la que la habían abierto.

En cuanto se vieron a solas con las *perfectas*, se retiraron los cascos.

Un murmullo de sorpresa se esparció entre las despavoridas mujeres.

—No temáis *bonas donas*, no buscamos haceros daño —anunció Robi para todas, y luego añadió, dirigiendo su mirada hacia una de las *perfectas* en particular, acurrucada en el fondo de la sala—. Soy yo, madre —su voz se quebró por la emoción —¡He venido a salvarte!

Pasmada por la milagrosa aparición de su hijo, Philippa corrió hacia él y ambos se fundieron en un abrazo fuerte y emotivo.

"*Espero que tu madre se encuentre bien*" había dicho Raimondet en su nota. No había nada que Robi deseara con más fuerzas. Teniendo finalmente a su madre entre sus brazos, se sentía un paso más cerca de su objetivo. Pero todavía restaba lo más difícil: sacarla de aquel lugar. Philippa, su adorada madre, se había refugiado en Dun tras convertirse en *perfecta* en 1206. Sin duda, su nombre estaría entre los primeros de la lista negra de Montfort. Rescatar a su madre era la prioridad de Robi. Por ella, había postergado el reencuentro con Ermessenda. Por ella también, había adoptado la deshonrosa apariencia de un cruzado.

» Es hora de irnos, madre —dijo, esforzándose por mantener la calma en su voz—. Los cruzados están registrando casa por casa, siguiendo la lista de cátaros proporcionada por el alcalde. ¡Si no nos damos prisa, serás condenada a muerte!

Su madre se quedó petrificada, aturdida y temerosa.

—¡No puedo salir de aquí, Robi! ¡Nos detendrían en cuanto me vieran!

—Mi amigo te cederá su armadura de cruzado —explicó Robi, y Geoffroy asintió en señal de acuerdo—. Con eso, pensarán que eres uno de ellos, y podremos abandonar juntos este infierno.

Philippa contempló a Geoffroy con preocupación. —¿Y qué pasará con él?

Robi respondió rápidamente: —Geoffroy es un desconocido aquí en Dun; su nombre no figura en ninguna lista. No es uno de los cátaros perseguidos. Se mezclará con los demás habitantes, como si fuera un católico más. Y cuando sea seguro, regresará a Foix. Pero tú, madre, debes venir conmigo ahora.

A pesar de que desde el exterior llegaban gritos cada vez fuertes y frecuentes, Philippa se mostraba reticente: —¿Cómo podría irme yo sola, y abandonar a mis hermanas a su suerte?

El joven príncipe de Foix, con los ojos empañados, imploró a su madre: —En este momento, no hay nada que podamos hacer por ellas, madre. Pero tú sí tienes la oportunidad de escapar. Por lo que más quieras, te lo ruego ¡No la desaproveches!

—Lo siento hijo, pero no puedo aceptarlo. Ofrece la armadura que te sobra a Gilda, nuestra hermana de menor edad —dijo—. Aún le queda mucho por vivir. Si hay que elegir a alguien a quien salvar, debería ser ella.

La joven Gilda, no obstante, mostró un admirable *paratge*:

—Es tu hijo quien ha venido al rescate, Philippa. Tú eres quien debe sobrevivir. Es la voluntad divina.

Robi lloraba en su ruego. El tiempo se escurría y, si seguían demorándose en la discusión, los verdaderos cruzados irrumpirían en la casa cátara y nadie saldría indemne.

Gilda puso fin al debate caminando hacia el exterior.

—¿¡A dónde vas!? —gritaron sus hermanas de fe.

—Me entregaré en la plaza. Philippa, tu hijo ha arriesgado su vida para salvarte. No permitiré que desmerezcas tal gesto sacrificándote por mí —declaró Gilda desde el umbral, avanzando hacia la calle sin dejar lugar a más objeciones.

—Yo también me rendiré —anunció otra de las *perfectas*, y varias más la siguieron. Estaban convencidas de que con un acatamiento pacífico recibirían más compasión que si eran atrapadas.

Al final, Philippa aceptó el ofrecimiento de Geoffroy. Con la ayuda de ambos jóvenes, se ajustó rápidamente la armadura y, así vestida, la condesa de Foix partió con Robi, dejando atrás su antigua vida, su casa cátara y a sus hermanas.

Al igual que Robi y Philippa, ahora camuflados en sus armaduras, las calles de Dun se mostraban irreconocibles. Vacías de su alegre cotidianeidad y despojadas de vida, estaban inundadas de terror. En cada esquina, los cruzados golpeaban a las puertas de los cátaros o los arriaban hacia su fatídico destino. Los demás pobladores se refugiaban en sus hogares, invadidos por la tristeza y el miedo. Montada en la yegua de Geoffroy, la enjuta Philippa se mantenía erguida a pesar de la incomodidad de la pesada armadura que cargaba. Cabalgando a su lado, Robi miraba a cada esquina, a cada sombra, en un estado de alerta absoluta.

Avanzaron por la calle principal, pasando por la plaza y frente a la catedral. Robi hacía lo posible por obstruir la vista de su madre hacia el atrio, temiendo que Philippa, no pudiendo soportar la visión de sus compañeros de fe recién capturados, decidiera cambiar de idea y entregarse. Pero Philippa los vio, y a pesar de eso no vaciló. Robi dirigió una última mirada hacia el grupo de *perfectos* que en unos momentos se desintegrarían en la pira. El corazón se le oprimió, amenazando con estallar, al pensar que su madre aún podría ser una de ellos.

Prosiguieron hacia la salida de Dun, adentrándose en una calle atiborrada de cruzados. Philippa mantenía la frente baja, como concentrada en su camino. Robi percibió la mirada intensa de uno de los cruzados sobre ellos, y sintió un espasmo de pánico. Apresuró el paso, intentando parecer despreocupado.

Finalmente, llegaron a las puertas de la ciudad y allí debieron detenerse. Tenían que atravesar el puesto de control. Los ojos de los guardias, su actitud, y la postura de sus cuerpos reflejaban un estado de suspicacia. Ningún hombre de armas tenía una razón válida para abandonar Dun en medio del cambio de mando.

—¿Adónde vais tan temprano? —inquirió uno de los custodios. Robi tragó con dificultad, con su mano reposando discretamente sobre el mango de su espada.

—El conde de Toulouse nos ha enviado de vuelta al campamento a buscar vino en abundancia para celebrar la toma de esta ciudad —respondió Robi.

El guardia soltó una carcajada breve pero sonora. —¡Ese incorregible conde! Siempre encuentra un motivo para beber, ¿verdad? Aún no han ejecutado a los cátaros y ya quiere festejar. ¡Por estas cosas es que Amalric y Montfort lo tienen entre ceja y ceja!

Robi río nerviosamente, esperando que su conocimiento de primera mano de las preferencias del conde tolosano le granjeara el permiso de salida. Philippa permanecía en silencio y Robi rogaba interiormente que ese hombre no la obligara a hablar. Su disfraz podía ser eficaz para cubrir su rostro, pero no sería capaz de disimular el suave hilo de voz de una mujer casi anciana.

» Traed suficiente vino para todos —concedió finalmente el custodio, haciéndose a un lado—. Y no os olvidéis de aportar una jarra para la guarnición; la noche será larga y nosotros también merecemos unirnos a la celebración.

Robi y Philippa atravesaron el campamento y luego continuaron su camino, metiendo espuelas para alejarse cuanto antes de aquel lugar. Elevando una plegaria al cielo, Robi se inundó de gratitud por tener a su madre a su lado, a salvo de las devastadoras llamas de Montfort y Amalric.

La canasta de manzanas

Principios del otoño de 1209
Valle de Andorra, Cataluña

Luego de dejar a su madre en Montsegur, Robi partió sin demoras en la dirección que Esclarmonde le había indicado.

Cabalgó a toda marcha con el objetivo de alcanzar a Ermessenda y su grupo, hasta que, promediando la tarde, *Incitatus* se mostró demasiado agotado para continuar y debieron detenerse a descansar. Al segundo día, entre los reverdecidos picos de los Pirineos, cruzó la frontera que separaba Occitania de Cataluña, ingresando al fértil valle de Andorra. Las pacíficas tierras de su suegro, Arnau de Castellbó, le dieron la bienvenida con un paisaje idílico, rico en libertad y vegetación. Los campos de manzanas desplegaban una abundancia contrastante con la carestía a la que el Languedoc estaba sumido a causa de la cruzada. Sus frutas, maduras y rebosantes de vida en esta temporada, pendían de las ramas lustrosas como gemas bajo el sol fulgurante. Robi no pudo evitar pensar en la dulzura de esos frutos, dulzura que formaba parte de la vida de Ermessenda, nacida y criada en medio de aquel esplendor. Sintió culpa al haber atraído a Ermessenda, desde aquella bucólica comarca catalana, a una región que se desangraba y degradaba a paso incesante.

Allí fue que los divisó. Como un espejismo emergiendo entre las colinas, se abrió ante sus ojos la vista de un nutrido contingente que acampaba a lo lejos. ¡Sólo podían ser ellos! ¡Al fin volvería a ver a su esposa! Exultante de anticipación, se dejó deslizar en esa dirección con el corazón atolondrado por la expectativa del ansiado reencuentro.

Pero poco antes de su llegada, una silueta entretejida entre los árboles capturó su atención. Fue *Incitatus*, de hecho, quien primero percibió la presencia conocida, al divisar, atado a uno de los manzanos, un equino perteneciente a su propio establo. No se trataba de un caballo cualquiera sino de *Mistral*, el inconfundible bridón pinto de alguien a quien buscaba casi con el mismo ahínco que a Ermessenda, pero por otros motivos: Guy de Perelle. Si aquel hombre se encontraba allí, en medio del monte, a solas y alejado de su grupo, sólo podía significar que Dios había escuchado los ruegos de Robi. Había una cuestión de honor que debían dirimir, a solas.

Guiado por el sonido de un silbido jovial, Robi localizó a Guy. Su cabello se mostraba más oscuro que en el pasado, pero no cabía duda de que era él. Guy de Perelle, en despreocupada soledad, recogía manzanas maduras y las cargaba en una canasta. Robi amarró a *Incitatus* junto a *Mistral* y se aproximó a él. Cuando estuvo lo suficientemente cerca lo llamó por su nombre:

—¡Guy!

Los textos impúdicos sobre su esposa resonaron en la mente de Robi durante todo el tiempo que tuvo a su desleal autor frente a sí.

Una vez resuelta esta cuestión de honor, de la única manera posible, Robi levantó del suelo la canasta de Guy, repleta de manzanas y, cargándola sobre la montura de *Incitatus*, echó a galopar

con destino al campamento en el que esperaba reencontrarse con Ermessenda.

***

Detrás de una loma alta, sobre una tenue hondonada abrazada por las verdes laderas de las montañas, las fogatas despedían un resplandor acogedor, acompañadas de risas y melodías festivas. Tras cruzar la frontera pirenaica, los cátaros rescatados de Carcasona se entregaron a un estado de júbilo indescriptible. Liberados de la sombra de persecución que los había acosado, sus corazones se inundaron de un alivio profundo y exultante al alcanzar los dominios del vizconde Arnau de Castellbó, padre de Ermessenda. Fuera de la jurisdicción autorizada por el papa para la Cruzada Albigense, ya no necesitaban esconderse, y esto era motivo de gran regocijo. Eran como aves que, tras un largo vuelo a través de una tormenta implacable, finalmente habían encontrado refugio bajo el cielo sereno de un nuevo amanecer.

Los más jóvenes del contingente, quizás sin comprender la magnitud del peligro que habían sorteado, cedían a la euforia contagiosa de sus mayores, sumando su alegría pura y desenfrenada a las celebraciones. Sentada cerca del fuego, Ermessenda aplaudía al compás de la música que Elion extraía de su laúd, mientras otros danzaban alrededor. El baile se convertía en la máxima expresión de la alegría compartida. Los pies descalzos golpeaban el suelo en ritmos antiguos, levantando polvo y risas. Ella ya había bailado demasiado, y ahora recuperaba el aliento, disfrutando de la algarabía grupal.

Ocasionalmente, oteaba a un lado y al otro, escudriñando las laderas por detrás de sus hombros. Hacía tiempo que Guy había partido en busca de manzanas y se estaba demorando más de lo razonable en regresar. Aun en medio del jolgorio, la preocupación comenzaba a apoderarse de ella.

De pronto, un revuelo de susurros y correteos interrumpió la fiesta: un hombre, ajeno al grupo, se aproximaba a caballo. Su silueta se perfilaba contra el sol poniente, difícil de discernir por el contraluz. Cuando el jinete desmontó y comenzó a caminar, Ermessenda pudo ver que cargaba la canasta de Guy, pero claramente no era él. Parecía el andar de... No... ¡aquello no era posible! ¿O sí? ¿Su mente enamorada le estaba jugando trucos de magia?

Al tenerlo frente a sí, el corazón de Ermessenda se detuvo por un instante, exigido por una oleada desbordante de emoción. La incredulidad rápidamente dio paso a un júbilo incontenible, al caer en la cuenta de quién era realmente ese hombre que llegaba hasta ella con los brazos abiertos. Era como vislumbrar un sueño, un espejismo, una ilusión, pero la realidad era indiscutible: ¡Robi estaba allí!

Sin terminar de creerlo, se lanzó a sus brazos. Robi la estrechó con fuerza, sellando el reencuentro con un beso apasionado. Ermessenda lloraba, empapada de amor y de asombro. Luego reía, y lloraba, y lo volvía a abrazar, y a llorar, y a reír, y a besarlo, inmersa en una cascada de sensaciones que la envolvían sin dejarla escapar.

—¡Robi, amor mío, has venido!

Una vez que la euforia del reencuentro se estabilizó, Robi se acercó al resto del grupo para intercambiar saludos. Arthur, Alaïs y Evelina le ofrecieron una afectuosa bienvenida, irradiando calidez y familiaridad. Al principio, a Robi le costó reconocer a Evelina. Desde la última vez que la había visto, al irse ella de Foix junto a su madre y hermana, había dejado atrás su infancia para convertirse en toda una mujer.

Aún rebosante de felicidad por el reencuentro, Ermessenda se encargó de presentar a Robi a quienes no lo conocían. El grupo, sabiéndolo el esposo de su venerada caudilla, lo acogió con cordialidad y respeto. Mientras Elba, la madre de Elion, revolvía la sopa en un caldero y todos formaban fila con sus cuencos para recibir sus raciones, Robi distribuía las manzanas que había traído en la canasta de Guy.

—¡Aún no puedo creer que estés aquí! —susurró Ermessenda, acariciándolo con ternura.

—Yo tampoco, ¡amor mío!... ¡Estoy tan orgulloso de lo que has logrado! Y te ves aún más hermosa de lo que ya eras…

Ya con sus cuencos llenos de sopa, se acomodaron en un círculo, aguardando el momento de privacidad para compartir tanto que tenían pendiente. Fue entonces cuando Alaïs y Evelina encararon a Robi:

—¿Sabes dónde está mi padre? Traes contigo su canasta de manzanas, pero él no ha regresado... estamos preocupadas por él.

Robi se paralizó, quedando sin palabras por un momento que se extendió más de lo normal. Ermessenda, que lo conocía mejor que nadie, supo que estaba ocultando algo. Revolviéndose incómodo en su lugar, Robi se aclaró la garganta para responder a las hijas de Guy: —Lamento no haberlo mencionado antes; ¡se me fue de la mente entre tanta emoción! Vuestro padre, Guy, se ha marchado. Ha decidido regresar a Foix.

Ermessenda adoptó una expresión seria.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Así, de repente, sin despedirse? —reaccionó Alaïs con alarma y desconfianza.

—No lo comprendo ¿Por qué haría algo así, y justo ahora que tú has llegado? —se le superpuso Evelina, igual de consternada.

—Al encontrarlo en el bosque, le informé que mi padre, el conde de Foix, requería su presencia con urgencia, y decidió partir sin demoras.

Mientras Robi ofrecía explicaciones de dudosa credibilidad, Ermessenda se debatía internamente con sus sentimientos. La alegría de tener a su esposo finalmente a su lado llenaba cada rincón de su ser con luz y calor. No quería arruinar aquella magia con suspicacias. Sin embargo, la misteriosa desaparición de Guy sembraba una incómoda sombra de inquietud en su corazón.

—¡Aquí hay gato encerrado! —saltó Alaïs, poniendo voz a sus propios cuestionamientos—. Mi

padre ha dejado con nosotras todas sus pertenencias. ¿Por qué se iría tan cerca del atardecer en vez de regresar al campamento, preparar su equipaje, despedirse de nosotras y partir de manera ordenada por la mañana? ¡No tiene sentido!

—Vuestro padre es el condestable de Foix —respondió Robi, ahora más asertivo—, y, sin embargo, ha abandonado su puesto hace más de un mes, sin autorización de mi padre, y sin siquiera haber anunciado su partida. Es una falta grave. Un descuido imperdonable de sus responsabilidades, especialmente en tiempos de guerra. Las órdenes de mi padre fueron claras: Guy debía acudir a su lado con urgencia. Supongo que, por una vez, decidió hacer lo correcto y obedecer de inmediato.

Aunque esta explicación, cargada de reprimenda, generó cierta inquietud entre los presentes, sirvió para apaciguar de momento la ansiedad de las hermanas Perelle. Y así, poco a poco, la conversación fue derivando hacia nuevos rumbos.

Mondi, el joven hijo de Trencavel, se acercó a Robi con un figurín de caballo que había tallado él mismo de un trozo de madera del bosque. —Para ti—, le dijo con dulzura.

Conmovido por el regalo, Robi lo abrazó, y le obsequió las cuatro últimas manzanas que quedaban en la canasta de Guy. Cuando Mondi se marchó a compartirlas con los demás niños del campamento, Robi relató ante Ermessenda y el resto de la ronda el pedido encarecido que Agnès le había realizado: en ausencia de sus padres, él y Ermessenda deberían velar por Mondi, haciéndose cargo de su crianza y más tarde, si fuera necesario, de su formación como caballero.

Ermessenda no sabía si sentirse halagada por la confianza o agobiada por la responsabilidad no solicitada que implicaba la petición de Agnès. Anheló más que nunca que Trencavel y su esposa vencieran las temibles adversidades que enfrentaban, para reunirse pronto con su hijo y liberarlos de la tarea de cuidar a un niño que no era suyo. Aunque abordarían este deber con todo el amor y empeño necesarios, era una nueva fuente de preocupaciones y retos que hubiera preferido evitar.

Entre trago y trago de sopa, Ermessenda le narró a su esposo los momentos más memorables de su odisea en Carcasona, en tanto que él comenzó a actualizarla sobre sus propios periplos ¡Ambos tenían tanto por contarse! Mientras Robi hablaba, Ermessenda no podía dejar de admirarlo con una adoración sobrecogedora que desbordaba su corazón. Veía el reflejo de las llamas en sus ojos azules y no podía creer que tanta belleza fuera posible en un solo hombre, y que ese hombre fuera el suyo y estuviera allí, a su lado, mientras se acercaba la noche en una tierra de libertad. Observaba el movimiento de sus labios y le costaba contener el deseo de besarlo. El sonido arrullador de su voz la llenaba de un amor tan apasionado que se le hacía difícil concentrarse en el contenido de sus palabras. No podía apartar sus ojos de él, y no veía la hora de estar con él a solas, despojados de la multitud, de las interrupciones, y de las ropas.

Ante la expectación del grupo, Robi relató cómo había logrado rescatar a su madre en Dun, ambos disfrazados de cruzados. La mención de Geoffroy, y su heroica actuación en el rescate, fue lo único capaz de devolverle la sonrisa a las hermanas Perelle, ensombrecidas tras la abrupta desaparición de su padre.

Arthur, que aprovechando la ausencia de Guy se había sentado al lado de Alaïs y la tomaba de la mano, habló con orgullo de su mejor amigo:

—Geoffroy es como un hermano para mí. Siempre supe que su corazón era de oro, pero desconocía que la audacia también se encontrara entre sus virtudes.

Alaïs y Evelina, a su vez, se deshicieron en alabanzas hacia Geoffroy. Ermessenda se sorprendió al saber que Geoffroy, huérfano desde niño, había crecido con ellas, y que lo recordaban con mucho cariño.

—Tu padre fue quien lo trajo al castillo, cuando sólo era un muchacho —comentó Evelina, olvidando por un momento sus recelos hacia Robi.

—¿Mi padre? —Robi parecía no tener conocimiento del pasado de Geoffroy entre los sirvientes del castillo de Foix.

—¡Sí! El conde Raimond Roger, al parecer, era un buen amigo del difunto padre de Geoffroy. Por eso, cuando éste murió siendo Geoffroy aún un bebé, el conde lo visitaba frecuentemente en una casa cátara de Carcasona, donde creció feliz entre los *perfectos*. Geoffroy conserva un profundo agradecimiento hacia él... le llevaba regalos, le enseñó sobre caballos, y cuando alcanzó la edad adecuada, lo acogió en su castillo como paje. ¡Así fue como llegó a nuestras vidas!... —Las palabras de Evelina destilaban una ternura tan evidente hacia Geoffroy que sus mejillas se tiñeron de un suave rubor al evocarlo.

—¡Dios quiera que esté a salvo! —exclamó Alaïs—. Solo y desprotegido en una ciudad en la que nadie lo conoce corre grave peligro. ¡Algún habitante de Dun con malas intenciones podría denunciarlo a los cruzados!

—No creo que eso suceda —intervino Elion, que había dejado su laúd a un lado para mecer a su bebé—. Los occitanos somos hermanos, y como tales nos protegemos unos a otros sin importar nuestra fe. Si en Dun han suministrado una lista de cátaros a los cruzados, fue bajo coacción. No les quedó otro remedio. ¡Pero jamás entregarían a uno de los nuestros por voluntad propia!

—¡Es cierto! —irrumpió la voz aguda de Evelina desbordando un súbito entusiasmo—. Geoffroy es poseedor de un encanto y una simpatía inigualables. ¡Es incapaz de dañar a nadie! Y eso puede apreciarlo cualquiera que lo vea. ¡Es un amor de persona! Imposible que provoque antipatías. Quien lo encuentre, no tengo dudas, cuidará de él.

Lo dijo desplegando el mismo tono embelesado, y el tipo de elogios idealizados, que normalmente reservaba a Trencavel.

Ermessenda, que hasta aquella velada ni siquiera sabía que los dos se conocieran, arqueó una ceja sorprendida por la novedad, y miró inquisitivamente a Alaïs, quien respondió a su silenciosa pregunta con una mueca burlona de condescendencia.

—Estoy de acuerdo con Evelina. Con su carisma de bonachón, seguro Geoffroy hallará quien lo proteja en Dun hasta que los cruzados se retiren. Pronto estará de regreso en Foix, y será recompensado por su valor. ¡Brindemos por ello! —Robi alzó su jarra y todos lo siguieron.

—¡Por Geoffroy! —exclamaron al unísono.

Tras la cena, Ermessenda tomó a su esposo de la mano, excusándose ante los demás, y juntos se adentraron en el bosque. No se alejaron demasiado, pero sí lo suficiente para disfrutar de un momento de intimidad.

Solos por fin bajo la luz de las estrellas, se recostaron sobre la hierba fresca, y se dejaron envolver por la felicidad de estar juntos. Tenían tanto por decirse con palabras como con silencios. Como un acuerdo tácito, ninguno de los dos mencionó el nombre de Guy, y no se hicieron preguntas ni comentarios sobre él. El gozoso roce de sus cuerpos, fundidos en uno, se sentía como un milagro después de haberse extrañado tanto. Entregados al deleite de sus sentidos, compartieron la delicia del reencuentro y el anhelo de recuperar el tiempo perdido.

Estrechando a su amado entre sus brazos, Ermessenda valoró en toda su magnificencia la dulzura de estar juntos. Momentos como éste eran el motivo por el que la gente tanto ansiaba vivir. La razón por la que hombres y mujeres se aferraban a la vida con desesperación, soportando incluso las pruebas más terribles con tal de subsistir. El placer que se contraponía al dolor y que hacía que todo, en definitiva, valiera la pena. Temerosa de volver a perderlo, se aferró a él con aún más fuerzas, como si con ello consiguiera evitar que el tiempo y las vicisitudes de la vida se lo arrancaran nuevamente. Sea lo que fuera que hubiera hecho, lo amaba con todo su ser y nunca más quería volver a separarse de él.

VII
El refugio
Otoño de 1209 a otoño de 1210

Dos pueblos, un destino

Otoño de 1209
Castellbó, Cataluña

Castellbó los recibió con puertas abiertas, aplausos de bienvenida y guirnaldas de flores en las calles. Informados por el vizconde Arnau de la inminente llegada de Ermessenda y sus acompañantes, los habitantes se congregaron para recibir a los asilados con curiosidad y expectativa. Arnau, a su vez, había podido prepararse con tiempo para el recibimiento gracias a un mensajero que Ermessenda había tenido la previsión de enviar con antelación.

Sin embargo, de los muchos cátaros que cruzaron los Pirineos con Ermessenda, menos de cien llegaron a Castellbó. Algunos se quedaron por el camino. Sintiéndose seguros tras haber cruzado la frontera, buscaron refugio en lugares como Andorra, Estamariu, Monferrer y Cabó. Ramón de Josa, amigo y aliado de Arnau, brindó hospitalidad en su comarca a una treintena de ellos.

Tan pronto como se encontraron, Ermessenda y su padre compartieron un abrazo largo y silencioso. La escena tuvo lugar en la plaza central, envueltos por el bullicio de los vasallos que acogían a los nuevos habitantes. Un penetrante aroma a comida provenía de las mesas populares, que rebosaban de potajes de verduras, cazuelas de pescado, y pan, mucho pan, el cual, no habiendo probado bocado desde Montsegur, se hacía increíblemente apetecible. Ermessenda dedicó a su padre un afectuoso gesto de aprobación por haber preparado tal agasajo sin carne para los cátaros. Era un gesto de buena voluntad que valía más que mil palabras.

Dalmau de Barberà, el joven y apuesto chambelán de su padre, se erguía firme a la derecha del vizconde, regalando a todo el mundo su sonrisa radiante. Mientras Arnau saludaba afectuosamente a su yerno Robi, Dalmau avanzó hacia Ermessenda, clavando en ella su mirada felina, penetrante y prolongada. La deferencia que demostró hacia ella tras años sin verse fue tal que, por un instante, Ermessenda temió que Dalmau fuera a darle un abrazo. Viéndolo inminente, se preparó para un momento público embarazoso, especialmente enfrente de su esposo. Sin embargo, el guapo chambelán se limitó a una reverencia respetuosa. Luego extendió un firme y cálido apretón de manos a Robi, quien lo correspondió con igual entusiasmo.

Tras concluir los saludos, Dalmau reclamó la atención del público. Vestía un jubón de seda azul, adornado con intrincados bordados que jugaban con la luz. Sin embargo, era su atractivo natural el que verdaderamente capturaba las miradas, atrayendo especialmente la admiración femenina. Su semblante era un retrato de hermosura masculina, de rasgos finos y proporcionados, y con una mandíbula marcada que le confería un aire de indiscutible nobleza. Sus cabellos rubios, sedosos y abundantes, largos hasta la mitad de la espalda, caían en ondas sobre los hombros, enmarcando unos enormes ojos verdes.

—Señoras y señores, mi nombre es Dalmau de Barberà, y como chambelán de Castellbó es mi placer daros la bienvenida a nuestra villa vizcondal —los suspiros de las damas, tanto de las que ya lo conocían y deseaban como de las que acababan de descubrirlo, no se hicieron esperar más que al final de su primera frase—. Sé que estáis ansiosos por disfrutar de la comida y bebida que nuestros pobladores han aportado para compartir con vosotros tras vuestro largo y arduo viaje, y

por eso no voy a robaros más tiempo. Simplemente, permitidme presentaros a vuestro honorable vizconde, el señor Arnau de Castellbó.

Un aplauso efusivo acompañó al momento en que Dalmau se bajó de la tarima y dio paso a Arnau. El padre de Ermessenda esperó unos instantes a que la ovación se aplacara antes de comenzar a hablar. Arnau también se había ataviado para la ocasión con uno de sus mejores trajes. En su caso, de seda del color de las ciruelas con bordes y detalles en negro. Su cabello oscuro estaba prolijamente cortado a la altura de los hombros y su barba se notaba cuidada. Era evidente que se había preocupado por causar una buena impresión ante sus nuevos súbditos.

Alternando entre el occitano y el catalán, para asegurarse de que su discurso fuera comprendido por todos, proclamó:

—El vizcondado de Castellbó da la bienvenida a nuestros nuevos asilados. Conocedores de la situación de guerra y desolación que azota vuestras tierras, os ofrecemos un futuro de paz y prosperidad en nuestra bendecida comarca, en la cual os acogemos con los corazones abiertos.

Ermessenda se sentía profundamente emocionada al ver y oír a su padre después de tanto tiempo. En los momentos de mayor zozobra, cuando temía no sobrevivir al asedio de Carcasona, una y otra vez regresaba a su mente la imagen de su padre, la añoranza de tenerlo a su lado, la duda demoledora de si alguna vez lo volvería a ver. Ahora que estaba allí ante el pueblo, desplegando su liderazgo con sus mejores virtudes, parecía un sueño imposible. Tanto así que sus ojos comenzaron a humedecerse mientras oía sus palabras:

» Siempre que cumpláis con vuestras obligaciones ciudadanas, seréis tratados con igualdad de condiciones que el resto de los vasallos de este lugar. Y siempre que respetéis nuestras leyes, podréis permanecer aquí hasta que la guerra termine, o por tanto tiempo como lo deseéis.

Algunas cabezas asentían en comprensión mientras otras expresaban su asombro y gratitud a través de sus miradas. Arnau prosiguió:

» Cada familia de Castellbó ha sido instruida para acoger tantos refugiados como pueda según sus comodidades. Cada hogar con disponibilidad ha dispuesto una a cinco cintas de colores en sus puertas, para señalar cuántos huéspedes puede recibir —Ermessenda, que había notado estas cintas de colores colgando de los picaportes, por fin entendió que su padre no se había convertido en un obsesivo de la ornamentación; seguía siendo un hombre práctico—. Aquellos que prefiráis el campo a la ciudad, podéis marchar con este hombre —señaló al comandante Guillaume Ysarn—. Él os guiará hasta nuestras extensas tierras de cultivo. Y quienes tengan experiencia en labores cortesanas o en el servicio de un castillo, venid conmigo.

Aclamaciones de aprobación se extendieron por la plaza. La voz de Arnau se tornó más seria.

» Como nóveles miembros de este feudo, debéis entender el contexto político del vizcondado, a fin de adoptar las estrategias apropiadas para salvaguardar a vuestras familias. Castellbó es parte integrante del condado de Urgel, cuyo señor falleció hace un año, dejando a su hija Aurembiaix, de tan sólo siete años, como heredera. No obstante, la juventud y condición femenina de la heredera han sido aprovechadas por su primo, Guerau de Cabrera, quien ilegítimamente ha asumido el control del condado, usurpando el lugar de su prima. Como en Castellbó expresamos

lealtad a Aurembiax, enfrentamos una relación tensa y hostil con el usurpador. De facto, él ejerce dominio sobre estas tierras, sometiéndonos a tributación y exigiendo obediencia en diversas materias. Guerau de Cabrera, un hombre de rigurosa intolerancia, vinculado estrechamente con la Iglesia y carente de escrúpulos o *paratge*, representa una amenaza constante. Mi recomendación es que os mantengáis dentro de los confines de Castellbó y evitéis adentraros en la Seu de Urgel para no atraer su atención. Por encima de todo, es imprescindible abstenerse de cualquier acto o declaración que pudiera ser interpretado como herético delante de él o de sus seguidores.

Ante la severa advertencia del vizconde, la inquietud se apoderó de los ánimos, ahora menos festivos.

» En ese mismo sentido, quiero recordaros que somos un pueblo cristiano, leal al rey Pedro el Católico. En este lugar, valoramos el sacramento del matrimonio y no consentimos que parejas sin casar convivan en pecado. Esto aplica tanto en el castillo como en las casas del pueblo y los campos circundantes. Sólo los unidos en legítimo matrimonio podrán compartir techo.

Murmullos y miradas espantadas se esparcieron entre las parejas presentes, muchas de ellas con hijos, ninguna formalmente casada por la Iglesia. Pero Arnau suavizó:

» No os exigiremos comprobante alguno de vuestro matrimonio, pero debemos mantenernos firmes contra el concubinato. Por tanto, confiamos ciegamente en vuestra honestidad: si decidís vivir juntos, asumiremos que sois esposos. Y si no lo sois, deberéis hacer los arreglos necesarios para vivir separados. —Con esto último, quedó claro para todos que Arnau les estaba lisa y llanamente pidiendo que “ajustaran” la verdad para guardar las apariencias. Ermessenda se preguntó hasta qué punto pesaría en el corazón de los cátaros la restricción de su fe que les prohibía mentir. ¿Lo antepondrían al deseo de permanecer unidos a la persona que amaban? Por el momento, ninguna de las parejas pareció inmutarse por la exigencia, pero la verdad se revelaría a la hora de definir dónde se instalaría cada cual.

Antes de concluir el acto, Arnau dejó que el padre Mateo tomara la palabra. El sacerdote, guía espiritual de la parroquia local desde la infancia de Ermessenda, tenía ya sus años. Aunque no dominaba el occitano, su voz serena y clara buscaba tender puentes entre los idiomas, enunciando lentamente cada vocablo para que lo entendieran lo mejor posible. Al fin y al cabo, ambos lenguajes eran similares y, con buena voluntad, sus diferencias no representaban barrera alguna.

—Hermanos y hermanas, bienvenidos seáis a este lugar. Soy consciente de que algunos aquí practicáis una versión del cristianismo distinta a la nuestra, pero todos somos hijos de Dios, unidos por nuestra fe en Cristo, nuestro Salvador. En esta comunidad, encontraréis un espacio para dialogar con el Señor. Esta iglesia os abre sus puertas como vuestra casa. Me comprometo a respetar vuestras creencias, sin imponer las mías. Podéis venir a orar, incluso sin participar de la comunión, y no habrá amenazas de condenación eterna. Esta parroquia, como sabréis, pertenece al clero secular, por lo que no estamos vinculados directa ni indirectamente al papado de Roma, que es el que ha ordenado vuestra persecución. Por ello, aquí no tenéis nada que temer. Al contrario, en la parroquia de Castellbó hallaréis un hogar y, en mí, un amigo. Y por supuesto, a todos aquellos que aún no estéis casados y deseéis hacerlo para cumplir con las exigencias de nuestro vizconde, será un gran placer para mí uniros en el nombre de Dios.

***

Terminado el discurso, todos, incluyendo a Ermessenda y Robi, se abalanzaron con entusiasmo sobre las mesas de comida. La alimentación durante el éxodo había sido frugal. Era reconfortante por fin tener acceso a manjares calientes, sabrosos y abundantes.

Con los estómagos satisfechos, los niños del pueblo fueron los primeros en mezclarse con los recién llegados, trascendiendo las diferencias lingüísticas a través de la universalidad de sus gestos, juegos y risas. Varias familias del lugar no tardaron en hallar a aquellos con quienes congeniaban. Mientras tanto, otros occitanos se dieron a la tarea de encontrar su lugar entre las casas señaladas. Aquellos que se sentían llamados por la vida rural se agruparon en torno a Guillaume Ysarn, listos para seguirlo hacia los campos que prometían un nuevo comienzo.

El grupo destinado al castillo emprendió su ascenso, dejando atrás el bullicio del pueblo que se organizaba. En el camino, distintas conversaciones paralelas se entremezclaban con el crujir de los pasos. Aunque los vozarrones de los hombres, que se habían adelantado, tapaban las más suaves voces femeninas en la retaguardia, Ermessenda prestó especial atención a lo que Alaïs, que caminaba justo a su lado, decía a su hermana: —¡Ya has oído al padre de Ermessenda! De ahora en más, Arthur y yo somos marido y mujer, y así debe ser para cualquiera que pregunte.

Evelina, incapaz de disimular su desaprobación ante este anuncio, protestó: —¡Pero si sois primos!

—¡Silencio, insensata! —la recriminó Alaïs, preocupada por quienes pudieran oírlas. —¡No vuelvas a repetir eso! Arthur no es nuestro primo. Es mi esposo, y por tanto tu cuñado. ¿Lo entiendes?

La sentencia flotó un momento en el aire, en el que Evelina frunció más y más su ceño. A Ermessenda le costaba creer que Evelina, hasta el momento de la revelación, no supiera nada acerca de la relación entre ambos. Seguramente debía de tener al menos sus sospechas, pero esto no evitaba que ahora, al convertirse de un simple desliz en un auténtico “matrimonio”, la invadieran los cuestionamientos.

—¿Y qué dirán padre y madre de esto?

—Evelina —Ermessenda decidió intervenir, colocándole la mano sobre su brazo en un gesto de súplica—, debes entender la importancia de este secreto. ¡Tu hermana y Arthur se aman! Han pasado por mucho para llegar a este momento. Merecen ser felices. Piénsalo bien... si tú pudieras al fin estar con el hombre que amas y alguien te lo impidiera porque no estáis casados ¿cómo te sentirías?

Como Ermessenda previó, los ánimos de Evelina se relajaron ante esta analogía, y asintió lentamente, dejando perder su mirada en el camino que ascendía ante ellas. Alaïs le dio un suave apretón de manos, agradeciéndole silenciosamente por su oportuna intervención.

Elion, con su laúd a cuestas, caminaba junto a Arnau, que no ocultaba su alegría por recibir en su corte a una familia que llevaba consigo el arte y la cultura del Languedoc. El trovador no sólo iba acompañado de su mujer y su hija, sino también de su madre y sus tres hermanas, todas avocadas a la música. —Mis amigos y vecinos morirán de envidia ¡Deberé pronto organizar un banquete para ostentar vuestras dotes! —escuchó Ermessenda que su padre decía.

Al ingresar al castillo, Dalmau de Barberà, con un gesto de su mano, indicó a los nuevos miembros de la corte el camino para que lo siguieran hasta los salones comunes. Allí, se dispuso a ayudarlos a sentirse en casa, asignándoles sus lugares, explicándoles sus nuevas tareas y presentándolos al resto del personal para facilitar su integración en la vida del castillo.

Agotada por el largo viaje, Ermessenda se despidió brevemente del grupo. Tomando de la mano a Robi, se dirigió con él hacia sus aposentos privados. El dormitorio de su infancia la recibió intacto, preservado en el tiempo como un relicario de recuerdos. Ni bien vio la cama se dejó caer sobre ella con los brazos extendidos, mirando al techo, mientras que Robi cerró la puerta y comenzó a desempacar sus pertenencias, distribuyéndolas en los antiguos baúles.

—¡Ven aquí! —lo invitó Ermessenda, haciendo espacio a su lado en el lecho—. Recuéstate a mi lado. ¿Acaso no estás cansado? ¡Podemos ordenar mañana!

Pero él, inmerso en sus pensamientos, continuó organizando sus ropas. Su silencio era denso y cargado de inquietud. Ermessenda, conocedora de su marido, intuyó que algo le pesaba en el alma, algo que luchaba por exteriorizar. Como siempre ocurría en estos casos, al final siempre terminaba compartiendo con ella lo que fuera que le pasara. Pero consciente de que la espera podría ser larga si no tomaba la iniciativa, decidió abrir el diálogo:

—¿Sucede algo, amor? —preguntó, buscando su mirada, invitándolo a compartir su carga.

—No es nada —comenzó él, dejando que su tono delatara lo contrario—. Sólo pensaba que Mondi debería compartir nuestra habitación...

—¡De ninguna manera! —replicó Ermessenda con firmeza.

—¿Por qué una negativa tan rotunda? —preguntó él, sorprendido por su reacción—. Entiendo que pueda parecer inconveniente, pero ¿No crees que, dadas las circunstancias, es lo que corresponde?

—Somos esposos, Robi. El niño estará perfectamente bien en el salón común, cuidado por Alaïs, Arthur y el personal del castillo.

—Pero es un Trencavel, de noble estirpe. Agnès nos confió su cuidado. No es justo relegarlo a las dependencias del servicio. Y dado que en este castillo no abundan las habitaciones, lo más razonable es que duerma aquí, con nosotros.

—Ese niño, como yo, padeció la sed en Carcasona. ¡Sed!, Robi. ¿Entiendes lo que es eso? Imagínate, pasar días sin más que unas pocas gotas de agua para humedecer tus labios agrietados. La garganta tan reseca que tragar se convierte en un acto de dolor puro. Cada respiración es una tortura. La lengua se te pega al paladar, y es imposible hablar sin que duela.

Esa sensación constante de debilidad, de que cada paso podría ser el último porque tu cuerpo ya no responde. ¡Tú, que has vivido en la abundancia, no tienes idea de lo que es despertar cada mañana con la esperanza de que lloverá, sólo para que esos sueños se desvanezcan con el sol abrasador! Todo eso, que tú ni siquiera osas imaginar, lo ha sufrido el pequeño Mondi Trencavel. Más el terror del asedio, la oscuridad de los túneles, la dureza del suelo al dormir al raso durante nuestra huida y la despedida de sus padres a quienes no sabe si algún día volverá a ver. Ahora, encontrar refugio aquí, con alimento, bebida, ropa limpia y seguridad, es más de lo que su familia podría haber esperado. No necesita dormir con nosotros. Después de tanto tiempo separados, necesitamos estar solos... reencontrarnos.

Ermessenda pronunció estas últimas palabras en su voz más cariñosa, aunque sin provocación sensual, apelando a la afectividad más profunda de su relación con una caricia suave que acomodó un mechón del pelo de Robi detrás de su oreja. Robi, enternecido por el gesto, dejó caer su cabeza sobre el regazo de ella, que lo envolvió como a un bebé. Por unos instantes permanecieron así, ella acariciándole el cabello con movimientos relajantes y él dejándose acariciar. Sin embargo, Ermessenda percibió cierta tensión en él. Sus hombros continuaban apretados, sobresaltándose ante el más mínimo desvío en el recorrido de sus manos.

—¿Qué ocurre ahora? —le preguntó, un tanto molesta.

Robi se irguió para mirarla a los ojos.

—Nunca debí permitir que mi esposa sufriera de semejantes privaciones. —Su mente se había quedado estancada en las descripciones de los males sufridos, como si no hubiera pensado antes en ellos.

—Si no hubiera hecho eso, estos hombres, niños y mujeres no estarían aquí gozando de la paz, sino tal vez prisioneros o por enfrentarse a la hoguera. La sed y el miedo del asedio han sido las experiencias más duras de mi vida, pero, por ellos, con gusto lo haría otra vez.

—Nunca deberías haberte expuesto a algo así. Guy de Perelle, si fuera un servidor leal, debería habértelo impedido.

Ahí estaba... el tema de Guy emergió nuevamente. Ermessenda, que se había esforzado todo ese tiempo por evitar traerlo a colación, retrocedió para sentarse en la otra punta de la cama, cruzando los brazos.

—¿Qué es lo que ha ocurrido en verdad con Guy? ¿Se ha marchado a Foix como dices, o le ocurrió algo peor? —se atrevió a preguntar.

Aunque Ermessenda hasta el momento había evitado confrontar con su esposo sobre este tema, Alaïs estaba convencida de que Robi mentía, movido por celos. Ermessenda rechazó esta idea cuando Alaïs la planteó, pero albergaba dudas, sobre todo cada vez que Robi se refería a Guy de forma tan despectiva, como si lo odiara.

—Ya te he explicado que mi padre lo mandó llamar. No hay más que decir al respecto.

Pero sí había más por desvelar. Qué se habían dicho en ese encuentro en el que se traspasaron la

canasta de manzanas. Si los celos por ella habían tomado parte en este conflicto. Ermessenda sentía en las entrañas que algo más profundo y oscuro subyacía a todo esto, algo que Robi no estaba compartiendo completamente. Sin embargo, no se atrevía a preguntar directamente. Si lo hacía, y en verdad no habían existido celos, lo único que conseguiría sería aumentar su suspicacia.

—Mira, Ermessenda... hemos alcanzado Castellbó a salvo. Las personas que querías proteger están bien. Aquí estamos, juntos al fin... y sin nadie que nos moleste, tal como deseabas —Robi volvió a acercarse a ella con una sonrisa conciliadora—. ¿Vamos a empañar este momento hablando de Guy? Él ya no forma parte de nuestras vidas. Déjalo ir. Olvida todo lo demás. Aquí y ahora, sólo existimos tú y yo...

El deseo de paz y descanso de Ermessenda pesó más en ese instante que su urgencia por saber la verdad. Al fin y al cabo, Evelina era una paloma mensajera. No tardaría en desplegar sus alas para enviar un mensaje a su padre, si es que realmente había marchado a Foix, y cuando él respondiera, se acabarían las dudas acerca de las circunstancias de su partida. Era sólo cuestión de paciencia. No ameritaba una discusión con Robi. Por ello, no preguntó más. Volvió a girarse hacia el centro del lecho y Robi hizo lo mismo, abrazándola con ternura, y así, muy lentamente, ambos se quedaron dormidos, entrelazados, sintiendo la armonía de la compañía mutua, acompasando sus respiraciones y los latidos de sus corazones. Cuando Ermessenda volvió a abrir los ojos, todavía abrazada a su esposo, ya era de noche. Ni una gota de luz se colaba por la ventana. —¡La cena! —exclamó sobresaltándolo—. Vamos, Robi, ¡nos quedamos dormidos! ¡Mi padre había dicho que nos esperaba para cenar!

A toda prisa, se arreglaron para bajar al salón principal. La mesa ya estaba servida y todos los comensales sentados a ella. Ermessenda le dio un beso y un breve abrazo a su padre, junto con sus disculpas por el retraso. Todavía perduraba en ella la novedad del reencuentro, y no podía dejar de valorar la bendición de volver estar juntos. Del mismo modo, observó con ternura a Alaïs, sentada junto a su nuevo “esposo”, sin dejar de demostrar en cada oportunidad su cariño ante todos, ahora que ya no era un secreto. Evelina, retirada unos pasos de la mesa junto a su amiga Adèle, pasaba a la pequeña Esperanza de brazos en brazos en un juego que resultaba contagiosamente risueño. Alaïs y Evelina de Perelle, cuyas circunstancias le quitaban el sueño cuando supo del asedio a Carcasona, y a quienes tantas veces había imaginado ardiendo en las llamas, motivándola a arriesgar su vida con tal de salvarlas... se encontraban allí, en Castellbó. La tierra que la vio nacer y crecer. En su querido castillo, invitadas a la mesa de su padre. Estaban vivas. Estaban seguras. Eran felices. Robi también estaba a su lado, y los *perfectos* de Carcasona a salvo en Montsegur. ¿Qué más se podía pedir?

La decisión de Montfort

Otoño de 1209
Château Comtal de Carcasona, Languedoc
Cumplidos los cuarenta días de la unión de Toulouse a la cruzada

Desde la ventana más alta del *Château Comtal* de Carcasona, Simón de Montfort escudriñaba en lontananza. A solas con *Sansâme*, su fiel mastín, había ordenado que nadie lo perturbara; en su ofuscación, no deseaba tratos con oficiales ni subalternos, y mucho menos toleraría la presencia de Arnaud Amalric, cuya mera visión le resultaba insufrible. En la quietud de su aislamiento, Simón buscaba la lucidez necesaria para enfrentar la situación que se cernía ante él.

En las onduladas tierras que se extendían más allá de Carcasona, a una legua de distancia, se divisaba una imponente formación militar. No se trataba de un simple destacamento, sino de cerca de dos mil guerreros. Enarbolaban estandartes que no eran los de la cruzada. Simón los estudiaba desde su atalaya, esforzándose por contener la inquietud que le apretaba el pecho. Su mente, fría y calculadora, ya barajaba estrategias para afrontar el nuevo desafío.

La *cité*, convertida en base de operaciones de la cruzada desde su toma el quince de agosto, quedaba, otra vez, casi desierta. No llegaban a quinientos los cruzados dentro de sus murallas que aún permanecían fieles a Simón. La mayoría de sus hombres lo habían abandonado. Al cumplirse los cuarenta días de *servitium debitum* impuestos por el papa Inocencio III, muy pocos de ellos habían optado por continuar a su lado. La pobreza del botín obtenido en Carcasona había sido un golpe devastador para la moral. Esperaban tesoros y riquezas, pero sólo encontraron una ciudad esquilmada, con escasos recursos y sin un solo poblador. Y las inútiles peroratas de Amalric no habían conseguido insuflar en sus oyentes el fervor necesario para prestar servicio sin expectativas materiales.

Carcasona, otrora próspera y llena de vida, ahora era un páramo desolado. La comida escaseaba y el agua, con el acueducto aún fuera de servicio, era difícil de conseguir. Para aquellos cruzados movidos por la avaricia y que, habiendo cumplido con el plazo mínimo obligatorio, ya se habían hecho acreedores de la indulgencia plenaria, no había incentivos suficientes para continuar. Además, el otoño llegaba a su fin y pronto vendrían los días fríos. Esos flojos no estaban dispuestos a pasar penurias en nombre de la gloria. Su convicción era endeble. Podía entenderse que no tuvieran verdadera lealtad hacia su Dios, que nunca había sido visto. Pero tampoco la tenían hacia su rey. A esos ineptos no les importaba erradicar la herejía cátara, pero tampoco reconquistar las rebeldes tierras de Occitania para la corona francesa. Sólo buscaban saciar su codicia por un rato y obtener una bula que borrara sus pecadillos de poca monta. Pecados lamentables, patéticos e insignificantes que cometían por pura debilidad. ¡Qué poco entendían esos cobardes de un propósito superior, que trascendiera sus metas egoístas! ¡Qué poco sentido tenían sus mediocres existencias, carentes de ambición! La deserción de sus hombres lo entristecía, pero Simón no permitiría que esto lo debilitara.

Carcasona palidecía como una flor marchita, apenas defendida por unos centenares de hombres aún a su servicio. De los demás, aquellos que no lo habían abandonado como viles ratas estaban dispersos en las guarniciones de las ciudades conquistadas: Dun, Fanjeaux, Razès, Lauragais,

Albi, Narbona... todas ellas plazas que Simón había arrebatado a los occitanos a costa de sangre y esfuerzo, pero que ahora, para mantenerlas bajo su control, requerían de al menos cincuenta hombres en cada una. Menos que eso, y esos malditos las recapturarían en un abrir y cerrar de ojos. Estas circunstancias habían obligado a Simón a postergar el viaje planeado de su esposa Alix y sus hijos Amicie y Amaury. Aunque anhelaba con fuerzas volver a verlos, no sometería a los seres que más apreciaba en el mundo a semejantes riesgos e incomodidades. El ansiado reencuentro con su familia tendría que esperar.

Por eso hoy, mientras con impotencia observaba desde su ventana a casi dos millares de desertores en sus ropas púrpuras retornando a Toulouse, Simón sentía en su garganta el sabor amargo de la decepción mezclado con la acritud de la ira más implacable. Contemplando la desbandada desde la privilegiada altura del castillo que había hecho suyo, se preguntaba cómo continuaría la lucha, porque una sola cosa era segura: Simón de Montfort, con hombres o sin ellos, no se daría por vencido.

La retirada de Raimond de Toulouse no le pesó tanto por la desaparición personal del indisciplinado conde en sí, que acaso era un beneficio, sino por la crítica merma de tropas que su partida representaba. En medio de la ya acuciante escasez de soldados, la pérdida de las fuerzas tolosanas suponía otro golpe demoledor para la cruzada.

La noche anterior, acompañado de su hijo Raimondet y de su alférez Henri de Valois, Raimond VI de Toulouse había pedido audiencia a Montfort para anunciar lo inevitable: se marcharía de regreso a su ciudad, llevando consigo a sus tropas. Consumido por la furia ante lo que veía como una traición imperdonable, Arnaud Amalric lanzó renovadas amenazas de excomunión. Pero Toulouse no se arredró: había cumplido con los cuarenta días de servicio exigidos por el papa. Por más que el legado protestara, sabía que, satisfechos sus deberes, éste ya no tenía autoridad para excomunicarlo.

—Puede ser cierto que vos hayáis cumplido personalmente con vuestro *servitium debitum* —rabiaba el arzobispo con los mofletes inflamados y los ojos saltones inyectados en sangre— ¡pero vuestros hombres apenas estuvieron con nosotros un par de semanas! ¡No podéis llevároslos así como así!

—Ninguno de nosotros ha tomado la cruz por voluntad propia —respondió Raimondet, el hijo del conde, con una impasibilidad que airó aún más al prelado—. Sólo estamos aquí siguiendo las órdenes de nuestro conde, mi padre. Sobre él, nada más, pendía la obligación asumida ante el papa. Ahora que la ha completado, nada nos ata.

—¿Y dónde está vuestro compromiso cristiano? —la indignación del arzobispo era explosiva.

Simón estaba cansado de un debate que no conducía a ninguna parte. Este desenlace no era más que el esperado desde el principio. No podía pretenderse más de un hombre que se había sumado reticentemente a sus filas, traicionando a sus aliados habituales con el solo fin de evitar la excomunión. Lo único que lo sorprendía, en realidad, era que el conde no hubiese partido ni bien cumplirse el cuadragésimo día, y que en cambio hubiera prolongado su estancia un par de jornadas adicionales, como gesto de cortesía diplomática.

Simón sabía distinguir las batallas que valían la pena, y ésta no era una de ellas. Lo máximo a lo

que podía aspirar, si acaso, era a retener las fuerzas de Baduino de Toulouse que, antes de marcharse con su hija, había prometido retornar para liderar a sus hombres. Sin embargo, incluso esa esperanza se desvanecía.

—Los enviaré a Bruniquel para reunirse con Baduino —explicó el conde tolosano, imperturbable —. A partir de allí, la decisión de volver a la cruzada es exclusiva de mi hermano.

Ni los gritos de Amalric, ni las filosas argumentaciones de Simón, ni los gruñidos de *Sansâme*, sirvieron para evitar la partida. Toulouse y su nutrida mesnada abandonaron Carcasona al amanecer, dejándola casi tan desolada como cuando los cruzados la tomaron.

Sus figuras se perdían en el horizonte; Simón apretaba los puños con impotencia. Ni uno solo de ellos había decidido permanecer fiel a la cruzada tras el período forzoso. La ira que ardía en su interior le daba la fuerza para seguir adelante. Necesitaba tomar una determinación sobre los siguientes pasos a seguir. Se arrodilló en el suelo, buscando inspiración. *Sansâme* se le sentó enfrente, imitando su postura. En un gesto de profunda conexión, Simón juntó su frente con la del salvaje canino, como si fueran dos carneros chocando sus testas.

—¿Qué dices, *Sansâme*? ¿Deberíamos aceptar la oferta de los Montpellier?

El perro lo miró con una expresión de entendimiento en sus ojos negrísimos, pero sin respuesta específica. Ante la negativa de Montfort de liberar a Trencavel por no considerar cumplido el trato por parte de su esposa, la familia de Agnès de Montpellier ofrecía una recompensa descomunal por el vizconde capturado. Se trataba de una verdadera fortuna, suficiente para sustentar un millar de mercenarios durante dos o tres meses. —Es una oferta generosa — masculló Simón, para su perro y para sí mismo—. Pero quizás podamos aspirar a más...

El valor de rescate de Trencavel era inconmensurable, especialmente porque la hermana mayor de Agnès, María De Montpellier, estaba casada con el monarca de Aragón, cuya riqueza era legendaria en toda la cristiandad. Si la familia de su rehén más valioso contaba con el respaldo económico del mismísimo Pedro de Aragón, lo sensato era exigir por él una cifra aún mayor.

» Sólo espero no equivocarme —volvió a susurrar, dubitativo. Corría el riesgo de perder una fortuna por ambicionar demasiado, en un momento en que la falta de hombres agudizaba su desesperación. Los refuerzos prometidos por el papa no llegarían hasta la próxima primavera. ¿Qué hacer entretanto?

Simón se puso de pie con una sonrisa. La idea que tanto necesitaba había llegado, y era perfecta.

» ¡Eso es! —gritó, sobresaltando a *Sansâme*—. ¿Cómo no lo había pensado antes? —las marcas del fracaso se habían borrado de su rostro.

Llamó a Bouchard de Marly, su mano derecha.

» ¡Lo tengo! —anunció al verlo entrar, radiante por su epifanía.

Los ojos del alto oficial francés se iluminaron con la confianza plena que tenía en la capacidad de su líder. Simón rompió el silencio para satisfacer su expectativa:

» He concebido un plan infalible para continuar nuestra conquista sin depender del dinero de los Montpellier ni de los refuerzos de Inocencio —anunció—. Haz que nuestros soldados sigan mis órdenes al detalle y Cabaret caerá en nuestras manos en menos de un mes. Con lo que obtengamos allí, contrataremos más mercenarios para avanzar sobre Minerve.

—¡Eso es perfecto, mi señor! Pero ¿cómo?... ¿Cómo podemos tomar una plaza tan bien defendida, sin las tropas suficientes? —la perplejidad de Marly reflejaba su incapacidad para vislumbrar la estrategia de su comandante.

—La verdadera superioridad no se mide en números, Bouchard —aseguró Simón—. Contamos con todos los medios necesarios para doblegar a nuestros enemigos. Confía en lo que digo: esos herejes pronto nos rogarán piedad, cual conejillos rendidos ante la astucia de un zorro.

Sin ojos

Otoño de 1209
Montsegur, Languedoc
Cuatro semanas después

Wilhelmina no dejaba de maravillarse de la influencia que ejercía Esclarmonde de Foix en el Languedoc. Apenas un mes había transcurrido desde que le propuso mejorar la seguridad de Montsegur mediante la incorporación de una guarnición de defensa, y la poderosa matriarca ya se había hecho de dos docenas de soldados bien entrenados y con una virtud extraordinaria: aceptar ser comandados por una mujer. No se trataba de mercenarios, sino de hombres que, a cambio únicamente de techo y comida, defenderían el castillo bajo las órdenes de Wilhelmina. Los nuevos centinelas eran parte de un grupo de valientes guerreros occitanos que, viéndose expulsados de sus ciudades y fortificaciones por las invasiones cruzadas, adoptaron el nombre de *Faidits* y se unieron a la lucha. Favorables a los cátaros y opuestos visceralmente a la cruzada, en poco tiempo los *Faidits* se consolidaron como un formidable movimiento de resistencia occitana. Los lideraba Pierre Roger de Cabaret, recientemente exiliado de sus dominios tras la última conquista de Montfort. Ocultos en los bosques, se organizaban y tramaban un solo objetivo: reconquistar las plazas perdidas.

Valiéndose de métodos que para Wilhelmina resultaban enigmáticos, Esclarmonde no sólo había dado con los *Faidits*, sino que, con el beneplácito de Cabaret, logró que muchos de ellos acudieran a su llamado. Si había una cosa en la que todos los hombres y mujeres de *paratge* estaban de acuerdo era en la necesidad de proteger a los *perfectos* de las infames hogueras de la cruzada.

Separados de la vida de los *perfectos* dentro de la fortaleza, los *Faidits* se instalaron en una barraca independiente. Allí, dormían y comían sin importunar los ritos y rutinas del castillo. Wilhelmina había dispuesto tres turnos para que vigilaran las murallas. La nueva fuerza de defensa agregaba una capa adicional de seguridad al refugio de los *prefectos*.

Después de aplastar el pequeño asentamiento de Bram y conquistar la ciudad de Cabaret, el ejército cruzado ahora avanzaba en dirección a Minerve, alejándose de Montsegur y de Toulouse. Animada por este hecho, Wilhelmina empezaba a pensar en regresar a Toulouse. Allí se reencontraría con su prometido, Berald de Elbine. Dejaría el manejo de los *Faidits* en manos de Özil de Morlhon, un hombre de mediana edad, de familia cátara, fuerte y comprometido con la causa. Él haría todo por proteger a los *bons homes* y *bonas donas* de Montsegur, entre los que se encontraban sus ancianos padres.

Desde el adarve más alto, Wilhelmina supervisaba, como cada mediodía, que el cambio de ronda de las defensas del castillo se desarrollara sin incidentes. De repente, con un gesto tenso que de inmediato le transmitió que algo no estaba bien, Özil señaló hacia abajo, al pie de la montaña, y alertó:

—¡Alguien se acerca!

Wilhelmina siguió con su mirada las indicaciones de Özil y pudo ver que, efectivamente, unas figuras se vislumbraban al inicio del sendero, comenzando a escalar el sinuoso camino de montaña en dirección al castillo. Los arqueros, ya en sus puestos, observaban en alerta cada movimiento. La tensión se intensificó a la par de las cuerdas de sus arcos.

—¡No disparéis hasta que yo dé la orden! —instruyó Wilhelmina. El sendero estaba plagado de trampas mortales que debían ser suficientes para detener a los atacantes. Si los infiltrados lograban evadirlas, la guarnición de *Faidits* se pondría a prueba por primera vez. Sin embargo, cuando las figuras se acercaron más, Wilhelmina, con su excepcional agudeza visual, consiguió discernir sus formas. Un pánico distinto se adueñó de ella. A medida que sus ojos se ajustaban, su impresión se hizo más certera y la necesidad de actuar más urgente:

» ¡No son enemigos! —gritó, previniendo cualquier acción precipitada de sus hombres—. ¡Son sólo niños!

El alivio de no hallarse bajo ataque fue simultáneo a la consternación por estar a punto de permitir que esas criaturas quedaran sepultadas en los pozos letales que acechaban en las inmediaciones del castillo. —¡Özil, rápido! Junta cinco hombres y ve a interceptar a esos niños antes de que se topen con la primera de las trampas. ¡No hay tiempo que perder!

El grupo de Özil, ya familiarizado con cada recoveco del sendero, se lanzó al rescate de los niños. Mientras los *Faidits* descendían a toda prisa, Wilhelmina anotició a Esclarmonde de las circunstancias. Ambas permanecieron en vilo, observando desde su atalaya cómo un grupo descendía y el otro subía, rogando porque el encuentro tuviera lugar antes de que fuera demasiado tarde.

¿Quiénes eran esos niños? ¿Qué buscaban en Montsegur?

Lo supo cuando al cabo de media hora consiguieron llegar a la cima, gracias a la oportuna gestión de los *Faidits.* Wilhelmina les abrió la puerta del patio de armas. Al verlos entrar, una sensación de peso agobiante le oprimió el alma. Visiblemente desnutridos, con sus rostros pálidos y ojerosos, los tres niños exhibían todas las marcas del más descarnado desamparo. El menor, de apenas unos cinco años, era cargado por uno de los *Faidits*; sus fuerzas habían sido insuficientes para la escarpada subida. Sus dos acompañantes eran niñas. Oscilaban entre los ocho y doce años de edad, pero mostraban la fatiga extrema de un anciano en el instante previo a la muerte.

Había algo más oscuro en todo aquello... algo que iba mucho más allá del cansancio, la miseria o la inanición. Las tres criaturas desprendían una amargura que atravesaba la piel. Parecían haber sido despojados de toda inocencia y alegría juvenil. Sus miradas eran vacías y distantes.

—Mi madre siempre nos decía que, en caso de una emergencia, viniéramos a Montsegur; que aquí los *bons homes* y *bonas donas* podrían ayudarnos —musitó la niña del medio cuando Esclarmonde los saludó.

—Por supuesto que sí, pequeños ángeles de Dios. Este hogar siempre tendrá sus puertas abiertas para cualquier persona de bien que necesite protección —respondió Esclarmonde con su característico tono maternal y acogedor—. Pasad, entrad por aquí, os daremos comida y un lugar

donde descansar.

Mientras los guiaba hasta la mesa central del salón común, Esclarmonde se dirigió a la hermana de mayor edad para preguntarle quiénes eran y de dónde venían. Sin embargo, la muchacha la miró con ojos de impotencia y guardó silencio.

—Mi hermana ya no habla —informó el más pequeño.

—Después de lo que sucedió, no dijo nada más —añadió la otra niña—. Se llama Laura, yo Roseline, y mi hermano, Mingus. Venimos de Bram.

Bram... era el pequeño pueblo tomado por los cruzados poco antes de rendir Cabaret. Wilhelmina comenzó a atar cabos, dándose una idea de aquello que los pequeños debían haber sufrido. Sin embargo, más tarde supo, ni sus elucubraciones más pesimistas estuvieron cerca de vislumbrar la realidad.

—¿Los cruzados? —preguntó con precaución...

Los tres asintieron.

—Los cruzados... —comenzó Roseline, pero su voz se cortó.

—¡Esos malditos!... —masculló Wilhelmina con rabia—. ¿Qué es lo que han hecho?

—Shhh... —la interrumpió Esclarmonde, apretándole el brazo como señal de que dejara de hablar—. ¡Pobrecillos!, se los ve tan cansados y hambrientos. ¡Daufina! ¡Trae unos tazones de gachas con caldo caliente!

Al rato, Daufina se acercó con los tazones humeantes y los niños se abalanzaron a comer como si no hubiesen probado bocado en días.

—Los cruzados —repitió la hermana del medio cuando se hubo saciado —han... atrapado a todos en Bram. ¡Nuestros padres... nuestra familia, los vecinos, los *perfectos* y hasta a los curas...!

—¡Y al tío Jacques también! —acotó Mingus con la boca llena y el rostro manchado de comida.

Roseline asintió y continuó: —Se llevaron a mis tíos y primos, a la familia del panadero y la del herrero ¡y también a nuestros amigos! Y lo que les hicieron fue... —la niña se detuvo, horrorizada de sus recuerdos, mientras su hermana muda dejó caer su cuchara y se llevó las dos manos a la cara como si no pudiera soportar oír lo que Roseline estaba a punto de decir. Daufina se acercó a Laura y la abrazó intentando contener su temblor. La muchacha se puso de pie repentinamente, sacudiendo la cabeza, y caminó a paso rápido sin rumbo fijo, aturdida, rodeando la sala con las manos en su cabeza hasta detenerse en un rincón. Allí, Daufina la alcanzó y la volvió a abrazar. Esta vez, Laura respondió al abrazo aferrándose con fuerza a la *perfecta* y dejándose consolar. Al instante estalló en un llanto desgarrador.

La sensación de terror se apoderó de la sala.

Wilhelmina bajó la voz para formular su siguiente pregunta sin que oyera la hermana mayor, que parecía la más afectada. Quiso facilitarle el trance a la mediana preguntando aquello que consideraba más probable, para evitar que ella misma tuviera que decirlo:

—¿Los han matado a todos? —dejó caer con gravedad, pero la niña la sorprendió con su respuesta.

—¡Peor! —exclamó Roseline con una mueca de espanto —¡Lo que les hicieron es peor que matarlos! Nosotros estábamos escondidos y vimos todo desde abajo del carro. Si nos encontraban... ¡Nos habrían hecho esas cosas horribles también a nosotros!

—¿Qué cosas? —indagó Wilhelmina, incapaz de contener su preocupación creciente. Fue entonces cuando el más pequeño de los hermanos habló:

—¡Les sacaron los ojos! —dijo, con una simpleza terrorífica.

—¿A todos ellos? —Wilhelmina, horrorizada, buscó confirmación.

—A todos, salvo uno, el que iba al frente en la larguísima cadena con la que los ataron —aclaró Roseline—. Ese malvado que lideraba a los cruzados le pidió al único hombre al que dejó con vista que los guíe hasta Cabaret, para mostrarles el destino que les esperaba a aquellos que se nieguen a rendir sus ciudades.

¡Con que eso era!, pensó Wilhelmina, que recién ahora comenzaba a comprender cómo los cruzados habían podido tomar tantas plazas con tan escasas tropas. La niña se echó a llorar relatando las mutilaciones que sus seres queridos habían sufrido. No satisfechos con arrancarles los ojos, les cortaron también otras partes de sus rostros y cuerpos, dejándolos inútiles de por vida, como almas en pena despojadas de todo atisbo de humanidad. Esos niños habían presenciado esta carnicería desde su escondite.

—Nuestra madre cayó al suelo cuando le cortaron la nariz. Le salió mucha sangre, y no se movió más —dijo la niña con pena infinita.

—Creemos que murió —aclaró el pequeño. Wilhelmina se quedó sin palabras. La crueldad de los cruzados era inconmensurable. Sólo podía imaginar el horror que esos niños habían vivido, el dolor indecible de los mutilados, y la desolación de nunca más volver a ser humanos normales.

En ese momento, juró que haría todo lo que estuviera en su poder para proteger a esos niños y vengar por ellos lo sucedido a su pueblo. Esclarmonde se dirigió a los niños con ligereza en un intento por contrarrestar la pesadez que se había instalado en el ambiente:

—¡Suficiente! No se hable más de estas cosas. Tú, niña, ¡vuelve aquí! —Llamó a la mesa a la joven Laura que seguía apartada en un rincón—. Ahora estáis a salvo con nosotros, y os cuidaremos. ¿Os gustan los dulces? —los niños asintieron —¡Pues en este castillo se hacen las mejores frutas confitadas de Occitania! Ya vais a ver.

Esclarmonde y Daufina se retiraron, dejando a Wilhelmina con ellos en un silencio incómodo.

Cuando las mujeres retornaron con la bandeja repleta de frutos dulcísimos y brillosos, un dejo de normalidad regresó a los niños, que disfrutaron de sus dulces y de las canciones cátaras que los *perfectos* comenzaron a entonar a su alrededor.

Pero a Wilhelmina el pesar no la abandonaba. Un nudo persistente se había formado en su garganta. Esas criaturas inocentes habían perdido a sus padres, a sus primos, a sus tíos... a toda su familia. Y lo peor era que habían presenciado las atrocidades que los cruzados habían cometido contra ellos. El nudo se agudizaba al imaginar el sufrimiento de todos esos hombres y mujeres desfigurados por la crueldad de Montfort.

Esa noche no pudo dormir. No dejaba de darle vueltas febriles a las imágenes espantosas que cruzaban su mente. La angustia le hizo vaciar el estómago y luego lloró. Lloró como no lo había hecho desde niña... No se había permitido derramar una sola lágrima desde que renunció a la aguja para tomar la espada. Así como debió cambiar sus vestidos por una armadura, y cortar su cabello tan corto que detrás de la nuca se lo rasuraba a navaja, también, para formar parte de un mundo de hombres, había aprendido a endurecerse. A no mostrar emociones ni debilidad. Sólo así se pudo abrir paso en la vida y hacerse respetar como mujer guerrera.

Pero esa noche, la Wilhelmina de los ojos secos y del gesto indiferente, lloró desconsoladamente hasta el amanecer.

Una muerte más

Otoño de 1209
Castellbó, Cataluña
Dos meses después

Los asilados cátaros se adaptaron sin grandes fricciones a la vida en Castellbó. El idioma occitano y el catalán comenzaron a fundirse en un nuevo dialecto. Más flexibles ahora que la represión cruzada estaba lejos, muchos de los refugiados aceptaron de buen grado la invitación del padre Mateo a su amigable templo católico. Creció la concurrencia a la iglesia, y en ella se practicaron numerosos casamientos entre los recién llegados. Ermessenda se preguntaba hasta qué punto los *credentes* que asistían a misa conservaban la fe cátara en su interior, y hasta cuál estaban adoptando honestamente el credo católico. Tal vez simplemente extrañaban la vida comunitaria que la religión ofrecía, y, a falta de casas cátaras en la zona, preferían mezclarse con el pueblo en la parroquia a permanecer aislados en sus hogares. O quizás, necesitaban a sus guías, y dado que los *perfectos* habían quedado en Montsegur, habían hallado un sustituto en Mateo. La otra mitad de los cátaros de Castellbó no había pisado la capilla ni una sola vez. Aunque deslizaban críticas hacia los más permeables, la convivencia era pacífica. Sea como sea, el humilde padre Mateo había resultado ser un evangelizador más eficaz que todos los esbirros del papa juntos.

Guerau de Cabrera cada vez se asentaba con más firmeza en su puesto usurpado de conde de Urgel, que nadie cuestionaba con esmero suficiente. Se había enterado de un extraño influjo de gente a Castellbó, territorio que, desde la muerte de su tío Ermengol, consideraba parte de su condado. Para comprender el fenómeno, en principio venturoso dados los nuevos brazos que se sumaban a la labranza de la tierra, mandó a hacer un censo. En cuanto tuvo una mejor idea de la situación, presentó a Arnau una lista de exigencias. La principal era un incremento del veinte por ciento en los tributos anuales pagados al condado de Urgel, en razón del aumento de la población y, por lo tanto, de los recursos disponibles para el vizconde. Además, Guerau demandó al padre de Ermessenda una gabela única de cincuenta sacos de grano y veinte barriles de vino para compensar cualquier inconveniente asociado con la presencia de los extranjeros, y una donación al obispado de la Seu de Urgel de diez monedas de oro para ratificar que los inmigrantes eran de fe católica. Desde ya, Arnau aseguró que todos lo eran, habiendo administrado él mismo un estricto examen para evitar cualquier hereje entre sus acogidos, con resultado exitoso. Todos eran buenos fieles de la Iglesia, a quienes había rescatado de una guerra cruenta en sus tierras natales por generosidad cristiana. Guerau se mostraba satisfecho de que su vizconde más rebelde al fin aceptara tácitamente su liderazgo sobre el condado, al acceder a las condiciones impuestas sin negociar. Arnau, a su vez, había sido rápido en llegar a un acuerdo porque conocía el estado de vulnerabilidad en que lo colocaba la verdadera fe de sus nuevos vasallos. Deseaba cerrar el asunto cuanto antes y alejar las narices de Guerau de su comarca.

Arthur y Alaïs se decían casados, y hasta ellos empezaron a olvidar que eran primos. Elion y Adèle eran otra de las parejas irregulares en el castillo de Castellbó. Aunque sus bodas nunca se llevaron a cabo, se habían acostumbrado a llamarse marido y mujer delante de todos.

Robi pasaba la mayoría de su tiempo con Mondi, el hijo de Trencavel. Fiel al compromiso

adquirido con la madre del joven muchacho, había iniciado su instrucción en el arte de la guerra y la equitación. Muy especialmente, lo entrenaba en el dominio de la espada y el arco, con rigor, pero evitando el yerro de la exigencia desmedida que, como sabía por su antiguo maestro, a veces conducía a la catástrofe.

—Lo único que Dios aún no me ha dado es un hijo tuyo —le decía a Ermessenda con frecuencia.

—Date por satisfecho con educar a este niño —respondía ella.

No quería pelear, pero no estaba dispuesta a dejar su té de hierbas, del que Esclarmonde le había proveído en abundancia en su visita a Montsegur.

Traer un hijo al mundo en una situación de paz sólo aparente, pero en el que en verdad acechaban peligros ominosos, era un despropósito. La maternidad implicaba un salto de fe temerario, inimaginable.

» Muy pronto regresarás a Foix, a arriesgar tu vida en el conflicto contra Simón de Montfort. ¿Cómo crees que podría tener un hijo tuyo si no sé si volverás? —le respondió una vez.

—¡Por eso mismo! Si no regreso, necesito dejar mi legado en esta tierra. Un heredero, sangre de mi sangre, que vaya a ser conde de Foix cuando llegue el momento —repuso él.

Acaso por su mayor tiempo ocioso en el pequeño Castellbó, las insistencias de su esposo se hicieron punzantes. Por eso Ermessenda decidió declamar su acuerdo con el proyecto de procreación, pero ocultar que continuaba bebiendo su tisana, achacando la falta de embarazo a la voluntad divina. Era consciente de que sus acciones no eran del todo ejemplares. Robi se enfadaría mucho si se enterara, pero no existía otra salida: no se arriesgaría a quedar encinta. Sin embargo, su secreto más importante, el que a veces pretendía ocultarse a sí misma, era otro. Lo que la disuadía no era tanto la percepción del peligro en el mundo, sino en su cuerpo. El pánico a desangrarse y perder la vida en el alumbramiento, como le había ocurrido a su propia madre, la paralizaba por completo, impidiéndole siquiera llegar a imaginar cómo sería tener a un hijo en sus brazos.

De todos los refugiados, Evelina era la que más frecuentemente salía del pueblo, cumpliendo con el encargo de Esclarmonde de formar parte de la red de palomas mensajeras. Su contacto más directo era Bruno, un joven de su edad que se había establecido en Anserall, al otro lado de la Seu de Urgel. Solían encontrarse a mitad de camino, en la plaza central de la Seu.

Esa tarde, Evelina regresó al castillo lívida, tiritante, e incapaz de articular palabra. Parecía un fantasma, una triste sombra de sí misma. Cuando su hermana Alaïs la vio, la angustia de inmediato la contagió. Hacía tiempo que no se sabía nada del padre de ambas, Guy de Perelle. Ninguna noticia se había tenido de Guy desde su partida abrupta, nocturna, sin despedirse de nadie y abandonando sus pertenencias. Las explicaciones de Robi no sonaban convincentes ni siquiera para su esposa.

—¡Por la gracia del Altísimo! ¿Qué ocurre, hermana mía? —se desesperó Alaïs. A Evelina le temblaban los labios, las manos, todo el cuerpo. Luchaba por verbalizar su congoja, pero el peso

sobrecogedor que su alma soportaba se lo impedía. Ermessenda, al presenciar tal conmoción, comprendió que algo profundamente serio había acontecido. Cuando Evelina intentó romper el silencio, un espasmo violento la compelió a doblarse, expulsando por su boca un viscoso líquido amarillo sobre el suelo del patio de armas. Entonces se precipitó en un llanto desgarrador. Alaïs la abrazó. —¡Ay, Evelina! Realmente me estás alarmando. Por favor, ¡tienes que decírmelo! ¿Qué ha sucedido?

Aferrada al abrazo de su hermana mayor, Evelina pugnaba por recuperar su aliento entre jadeos convulsivos. Su llanto era visceral, un río de sollozos que fluían con una desesperación que trascendía lo ordinario.

—¡Ha muerto! —logró decir al fin, desarmándose de dolor.

Ahora las dos hermanas lloraban.

—¿Quién ha muerto? —inquirió Ermessenda, procurando no saltar a conclusiones demasiado rápido.

—¡Él!... —gritó Evelina retorciéndose sobre su estómago.

—¿Él quién? —Ermessenda, reticente, se negaba a encajar las piezas.

—¡Trencavel! ¡Trencavel ha muerto!... ¡y yo lo amaba! —exclamó Evelina entre lágrimas de dolor desbordante —¡El más bueno y valiente, el más hermoso de los hombres! Lo han matado como a un perro callejero, prisionero en su propio castillo... ¡malditos sean Montfort y los cruzados!

—Hermana querida, ¡cuánto lo siento! —respondió Alaïs, acogiéndola en un nuevo abrazo, mientras la daga que tenía perforándole el corazón, se retiraba unas pulgadas. —¡Sé cuánto lo querías, y me duele en el alma! Trencavel fue un líder excepcional, admirado por su gente. Su pérdida es una noticia muy triste para todos.

Aunque aliviada de que no se tratara de Guy, Ermessenda sintió también deseos de llorar. Un padre, un esposo, y un gobernante justo para su pueblo... se había ido demasiado pronto y demasiado injustamente. La versión oficial de sus captores afirmaba que el vizconde de Carcasona había fallecido de forma natural en su celda. Atribuían su muerte a la disentería. Pero muy pocos occitanos creyeron esa explicación. Surgieron múltiples acusaciones contra los cruzados, insinuando que lo habían asesinado a traición, envenenándolo o dejándolo morir a causa de los maltratos, el hambre y la sed. Otros creían que Trencavel había sufrido un percance en un intento de fuga malogrado, y algunos incluso alegaban que él mismo se había quitado la vida.

—¡Nunca llegué a decirle cuánto lo amaba! ¡No pude besar sus labios y ahora ya jamás tendré esa oportunidad! —estalló Evelina tras un largo silencio.

—El vizconde estaba casado, mi niña, y tú además eras muy joven para él. Fue correcto no haberlo importunado con tus declaraciones de amor, aunque ahora te duela en el alma. Has evitado un rechazo, o que él se convirtiera en una persona desleal para estar contigo. Nada de eso

era digno de un hombre recto como él, ¿verdad? —Evelina se tragó las lágrimas—. Si vuestros destinos están entrelazados, os encontraréis en la próxima vida. Allí podréis estar unidos desde el principio y sin que nada se interponga.

—Entonces ya no deseo permanecer aquí. No sin él. ¿Qué sentido tiene seguir viviendo si mi amado ya no está? —Los sollozos de Evelina volvieron a crecer en intensidad.

—¡No hables así, hermana! Piensa en el amor de nuestros padres hacia ti. ¿Quisieras infligirles la misma pena que ahora sufres? —Evelina negó con la cabeza mientras Alaïs añadía—: Es esencial que cumplas con tu propósito en esta vida para reencontrarte con tu amor en la próxima. Si abandonas ahora, sin haberlo logrado, tu alma retrocederá mientras que la suya avanzará, y entonces sí que perderías toda esperanza de volver a verlo.

Ermessenda, con el corazón encogido por el dolor, dejó a Alaïs la imposible tarea de brindar consuelo a su hermana y corrió a buscar a Robi. Necesitaba compartir con su esposo la noticia, que era un terremoto para el Languedoc, y el lamento que la oprimía. Buscó alivio en sus brazos, mientras las lágrimas fluían libremente.

—Permíteme ser quien le informe a Mondi —propuso Robi con serenidad, como si hubiera previsto este triste final—. El muchacho ha forjado un vínculo especial conmigo; Si de un modo ha de enterarse del deceso de su querido padre, será mejor que sea de mis labios.

Ermessenda asintió. La idea de ser portadora de tan amarga verdad a un alma tan joven le resultaba insoportable.

» Lo llevaré conmigo a Occitania, a reencontrarse con su madre. Agnès debe estar devastada por la noticia y valorará tener a su hijo cerca.

—Estoy segura de que ella preferiría que el niño permanezca aquí con nosotros, fuera de peligro —contradijo Ermessenda suavemente—. Evelina necesita un tiempo para sanar de su duelo, pero eventualmente, le solicitaremos que retome contacto con su enlace para transmitir a Agnès en Montpellier la pregunta acerca de qué desea hacer con su hijo. Permitamos que sea ella quien decida.

Una nube oscura y un frente de viento gélido se cernieron sobre el pueblo de Castellbó, anegado por el luto. La gente ensombreció ante la noticia. La pérdida de su señor caló hondo en los espíritus de todos los que habían sido vasallos de Trencavel. ¿Por qué no pudo escaparse con ellos por el túnel? Ermessenda había insistido en hacerlo desistir de aquella fatal reunión con su tío Raimond..., pero sus esfuerzos y los de Agnès se habían mostrado insuficientes. Con un dejo de remordimiento oprimiendo su pecho, reflexionó con impotencia que, por muy pocos días, el desenlace habría sido muy diferente. Un poco más de paciencia y hoy Trencavel estaría a salvo en Castellbó, junto a su esposa e hijo, liderando a su pueblo en el exilio. Libre. Vivo.

La tregua

Invierno de 1210
Montpellier, Occitania

Tras la muerte de Trencavel, Simón de Montfort emergió audazmente al pináculo de su trayectoria política: se autoproclamó vizconde de Carcasona, dándole un título oficial a los poderes que ya ejercía sobre esa extraordinariamente rica comarca, como en el mejor de sus sueños. Nunca había llegado tan alto en sus realizaciones; aunque como también habrían sentido César y Adriano, cuando las aspiraciones son punzantes y constantes, su consumación sólo asombra a los demás.

Pero en el vértigo de esas alturas conquistadas, Simón de Montfort tampoco había estado jamás tan cerca de perderlo todo. Tras haber tenido que guarnicionar sus recién adquiridas fortalezas en la región, las tropas que permanecían a su lado eran irrisoriamente escasas, incapaces de defenderlo ante un eventual contrataque occitano. En este delicado equilibrio, el incipiente imperio que Simón estaba comenzando a construir estaba al borde de desaparecer en el abismo de la insignificancia. Su éxito pendía de que se difundiera todo lo que iba ganando, y nada de lo que estaba perdiendo.

La llegada del invierno exacerbaba los retos, imposibilitando la movilización de refuerzos y colocando a Simón en una posición más precaria de lo que quería admitir. La campaña del horror que había puesto en práctica en Bram había resultado eficaz para infundir el pánico entre los occitanos y procurarle la entrega pacífica de numerosas plazas. Sin embargo, la gente era de frágil memoria. Los castigos eran rápidamente olvidados, y las ínfulas de resistencia volvían a aflorar si no se las replicaba con cierta periodicidad. Sin el soporte de un ejército mínimamente respetable, ya nadie lo tomaría en serio.

Con plena consciencia de su vulnerabilidad, Simón no dejaba de pergeñar la forma de sortear su complicada coyuntura. La clave era Carcasona. Su autoridad sobre ese territorio crucial aún necesitaba afianzarse. La *cité* continuaba desierta. Los habitantes de los alrededores se mostraban reacios a aceptarlo como vizconde; esos necios aún pedían por Trencavel, o por su heredero. Pero si Simón conseguía legitimar su título, podría protegerse en sus impenetrables murallas para superar el invierno, mientras esperaba a las tropas de refuerzo prometidas por el papa. Simón se haría fuerte en Carcasona y pronto, al llegar la primavera, su poderío sería indomable. Para que esto fuera posible, necesitaba conseguir un aliado que lo cambiaría todo. No un aliado cualquiera, sino el monarca que ostentaba el poder de desequilibrar la balanza, ya fuera en su contra o a su favor: El mismísimo rey católico, Pedro II de Aragón.

Trencavel había sido vasallo del conde de Toulouse, quien, a su vez, se encontraba bajo la jurisdicción de la Corona de Aragón. Por esta razón, sin el reconocimiento del monarca aragonés, el título de vizconde que Simón acababa de adjudicarse carecía para muchos de validez.

El rey francés, Felipe Augusto, sabedor de la encrucijada a la que se enfrentaba la Cruzada Albigense durante los meses de nieve, dio permiso a Simón para iniciar negociaciones de paz

con Pedro II de Aragón. Esta estrategia buscaba no sólo evitar un conflicto directo con Aragón, sino también obtener la legitimación necesaria para el título de vizconde de Carcasona que Simón declamaba, pero no poseía. Acompañado por su leal teniente Bouchard de Marly y un selecto grupo de guardias, Simón llegó al encuentro convocado por Pedro en Montpellier, el bastión occitano de la esposa del rey, a orillas del Mediterráneo.

Pedro causó una profunda impresión en Simón, tanto por su juventud como por su colosal estatura, que, sumada a su actitud glacial y sin un dejo de sonrisa, estableció un punto de partida intimidante. Acostumbrado a mandar a sus hombres y a aterrorizar a sus enemigos, no era usual para Simón verse en una posición de inferioridad, y esto lo hacía sentirse fuera de su elemento; por lo menos debería haber traído a *Sansâme.* Pero ningún desafío era demasiado grande para él. Desplegaría sus mejores esfuerzos para ganarse el apoyo de aquel gigante. Tenía con qué.

—He venido a rendiros homenaje por el vizcondado de Carcasona —anunció Simón sin rodeos y con convicción. La codicia de Pedro por una tierra que siempre había considerado suya, pero que el díscolo Trencavel nunca le había formalizado, tenía que jugar a favor de su reconocimiento como nuevo vizconde.

El monarca se mantuvo en silencio, como esperando algo, que al cabo de un momento lamentablemente llegó. Dos damas vestidas de riguroso luto aparecieron en el salón, sin decir palabra. Sus caras estaban surcadas por el odio y el rencor. Una era María de Montpellier, la esposa del rey. La otra, hermana de ésta, era Agnès, la viuda del finado Trencavel. Los encantos de Simón difícilmente podrían obnubilar a estas mujeres, que seguían sin saludar.

—Me temo que eso es imposible, ya que vos no sois su legítimo vizconde —contestó el rey Pedro—. Tras el trágico y aún inexplicado fallecimiento de Trencavel bajo vuestra custodia, el sucesor es su hijo Mondi, mi sobrino político, que, dados sus ocho años de edad, es representado por su madre, mi cuñada, Agnès de Montpellier, aquí presente.

Simón tragó saliva. Había comenzado con el pie izquierdo. Era el momento de desplegar tácticas más decisivas:

—Os recuerdo, su majestad, que he tomado la ciudad por orden del papa Inocencio III, en su cruzada contra los cátaros. Como rey católico, coronado por las manos del Sumo Pontífice, supongo que no deberíais cuestionar la cruzada que él mismo ha dispuesto.

—Su Santidad y yo tenemos una relación muy estrecha. Si se planteara este asunto ante él, ¿a quién creéis que apoyaría? ¿Al rey más poderoso de la cristiandad o a un aventurero sin ejército?

Simón no se dejó intimidar. Esta era una batalla que debía librar no con el hierro, sino con las palabras:

—Os ruego que aceptéis mi homenaje. De otro modo, me veré obligado a presentarlo ante mi rey, Felipe Augusto de Francia. Él, en un despliegue de magnanimidad y buena voluntad, ha consentido esta solución intermedia, cediendo sus prerrogativas como impulsor de la cruzada que me llevó a conquistar esa tierra en su nombre. Dada la innegable conexión histórica de vuestra corona con Carcasona, así como vuestra relación familiar con el linaje de los Trencavel, el rey Felipe Augusto y yo abogamos por esta medida conciliatoria. Creemos firmemente que

favorecerá la estabilidad de la región y evitará un enfrentamiento entre nuestros reinos, que sería desastroso para todos.

Lo que Simón astutamente calló fue que la decisión de Felipe Augusto nada tenía que ver con la generosidad o la consideración, sino con su reconocimiento de que la cruzada carecía de fuerzas suficientes para mantener las posiciones conquistadas en el Languedoc. Y con los caminos obstruidos por la nieve, los refuerzos franceses jamás llegarían a tiempo para repeler un potencial contrataque occitano.

—¡No os dejéis engañar! Este hombre carece de honor —al fin se presentó Agnès, al ver que Pedro ponderaba la propuesta en silencio—. Montfort debía liberar a mi esposo, pero en su lugar, lo asesinó —su voz vibraba llena de veneno. Su hermana, la reina María, desplegaba una versión más madura de sus mismas expresiones de desdén.

—La condición estipulada para su liberación era que entregarais la ciudad sin trampa alguna. Como es evidente, vaciarla de sus habitantes, privarla de animales y despojarla de botín, como vilmente hicisteis, contravino el espíritu de nuestro acuerdo.

Agnès atinó a discutir el punto, pero Montfort logró imponerse con su voz fuerte y autoritaria, y continuó:

» En cuanto al triste final de vuestro esposo, como ya he explicado una y mil veces, no fuimos responsables de su fallecimiento. Como muestra de respeto, su cuerpo fue presentado y ataviado con finas vestiduras, en un ataúd adornado de oro, en la catedral de Carcasona. Quisimos asegurar así que el vizconde sea recordado con la misma grandeza que lo rodeó en vida. El propio legado papal Arnaud Amalric pronunció una sentida misa en su memoria. Procedimos a su sepultura con las máximas distinciones, abriendo las puertas de la ciudad para que todos aquellos que quisieran venir a prestarle honores pudieran hacerlo.

Aunque Simón hubiera preferido arrojar al impertinente Trencavel a un foso sin mortaja como la inmunda rata que era, el entierro distinguido de su antiguo rival había sido una realidad: un estratégico despliegue de diplomacia, previsto para sostener estas vitales negociaciones.

» En vida y en muerte, vuestro esposo fue tratado con la deferencia debida a un noble de su estatura —concluyó Simón con la misma seguridad con la que había expresado lo anterior. Para él no existía diferencia entre expresar la verdad más pura o la mentira más útil. Simón era experto en identificar en sus víctimas y subordinados, e incluso en sus superiores, los indicios que, por imperceptibles que parecieran, los delataban al mentir. Cambios en la inflexión de la voz, leves temblores, gestos nerviosos, esporádicas evasiones del contacto visual. ¡Débiles todos! Abyectamente débiles y manipulables. Él, en cambio, no sentía ni siquiera que estaba mintiendo cuando lo hacía, que era casi siempre de algún modo u otro. La veracidad carecía de relevancia en su discurso, porque la mayoría de las afirmaciones ciertas eran inútiles, y las que prometían las mejores ganancias eran las otras. Lo único que importaba era que aquello que decía sirviera a sus propósitos. Por ello elegía cada palabra con extremo cuidado. Agnès de Montpellier lo observaba ponderando sus declaraciones con desconfianza. Como sucedía con los demás, le resultaba imposible discernir cuándo Simón mentía y cuándo decía la verdad. Pero a diferencia de la mayoría, que tendía a aceptar como cierta cualquier cosa que él pronunciara con

convicción, Agnès estaba recurriendo a la táctica contraria: la de suponer que toda palabra que surgiera de los labios de Simón era en principio engañosa. Esto la convertía en un obstáculo respetable, uno que sería imprudente subestimar.

—¡Eso no cambia el hecho de que lo hayáis asesinado a sangre fría! —replicó Agnès, en el fondo insistiendo en conocer la verdad con detalles.

—No estáis pensando con claridad, vizcondesa... —respondió Simón, utilizando su tono más condescendiente para debilitar las defensas de Agnès y, más importantemente, las del rey Pedro —. Vosotros nos habíais ofrecido un rescate considerable por él, y tras arduas negociaciones, llegamos a un acuerdo que nos era altamente beneficioso. Con ese dinero podríamos haber reclutado numerosos mercenarios para proseguir con nuestra gesta. A nadie le convenía menos que a mí la partida del vizconde Trencavel.

—¡Es más...! —intervino Marly con ímpetu y todas las miradas se posaron sobre él—. El médico ha concluido que Trencavel murió de una enfermedad, pero nosotros tenemos motivos para sospechar que en verdad fue el vizconde quien decidió acabar con su propia vida.

—¡Mi esposo jamás haría algo así! —protestó Agnès, rezumando indignación.

—¿Estáis segura? —la desafió Montfort—. ¿Ni siquiera como un acto de sacrificio para impedir que el dinero de su rescate se utilizara para financiar más derramamientos de sangre de su pueblo?

La vizcondesa Agnès no pudo responder. En vez de eso, Pedro fue quien rescató el diálogo del pantano:

—No aceptaré vuestro homenaje, ni os reconoceré formalmente como vizconde —dictaminó, cruzando sus brazos sobre el pecho—. Sin embargo, tampoco me opondré a que ejerzáis un liderazgo temporal sobre Carcasona, actuando de facto como su señor, hasta que mi sobrino esté en edad de reclamar su derecho legítimo.

Al fin, un tímido rayo de luz se insinuaba. Simón asintió con cautela, indicando su disposición a escuchar más.

» A cambio —continuó Pedro, marcando cada frase con una pausa—, deberéis compensar a Agnès de Montpellier, viuda de Trencavel. Le pagaréis una pensión de tres mil sueldos al mes, como resarcimiento por la retención ilegal de su esposo, que culminó en su muerte por causas aún no determinadas.

La mención de Agnès hizo que Simón le dirigiera una mirada fría. Ella seguía allí, firme y digna a pesar de la tragedia.

» Y lo más importante —prosiguió Pedro, elevando el tono de su voz para marcar la inapelabilidad de sus próximas palabras—, os comprometeréis a respetar una tregua con el conde de Foix, mi más leal vasallo occitano.

Pedro se detuvo, permitiendo que sus palabras calaran en todos los presentes.

» En virtud de esta tregua, vuestras fuerzas se abstendrán de atacar cualquier poblado dentro del condado de Foix hasta la Pascua de 1211. Como contrapartida, tanto las mesnadas reales como las fuxeanas desistirán de entrar en batalla con vos para recuperar las plazas perdidas, hasta esa misma fecha.

Un silencio cargado de expectativa precedió la respuesta de Simón.

—Acepto vuestras condiciones —afirmó tras la demora justa, calculada para no evidenciar su urgencia por sellar un acuerdo que, ante la actual disparidad de fuerzas, le resultaba obviamente ventajoso.

Simón partió de Montpellier satisfecho con el trato conseguido. Aunque no obtuvo la legitimación plena que anhelaba, podría permanecer en Carcasona sin estorbos. La tregua pactada le brindaba un respiro vital para sobreponerse de la escasez de tropas. El opulento condado de Foix debería esperar, por el momento... Sin lugar a dudas, ya le llegaría su hora. Simón, con las fuerzas cruzadas recuperando su máximo esplendor, aplastaría a esos presuntuosos como a simples cucarachas.

Valientes y poderosos

Otoño de 1210
Castellbó, Cataluña
Casi un año después

Una lluvia torrencial se abatía sobre Castellbó; su furia recluyó a los pobladores en sus hogares. El inesperado aguacero permitió a Ermessenda concluir sus obligaciones antes de lo habitual, ya que la inclemencia del tiempo desalentaba a quienes a diario requerían su arbitraje y le brindaba una excusa válida para posponer las visitas a sus vasallos; tareas éstas encomendadas por su padre y que constituían el núcleo de su ajetreada rutina.

Hoy, con la lluvia aliviando sus responsabilidades, Ermessenda descendió a la modesta sala anexa a las cuadras. Era un pequeño recinto de madera, dotado de una estufa a leña y una larga mesa, en el que su amiga Alaïs impartía clases a su único alumno en Castellbó: Mondi Trencavel, ahora de nueve años.

Ermessenda colgó su capa empapada en el perchero junto a la entrada y se dirigió con delicadeza hacia el calor reconfortante del hogar, procurando no interrumpir el sereno vínculo de aprendizaje entre Alaïs y Mondi. El niño había enfrentado adversidades inimaginables en un lapso demasiado corto. Los contenidos que su tutora le transmitía le ayudarían a arrinconar, al menos durante el día, el recuerdo de esas desgracias. En menos de un año, Mondi no sólo había perdido a su omnipresente padre. El destino, empedernido en sus giros inesperados y crueles, aún no se había saciado con el chico: La muerte de Agnès, su madre, lo sumió en una tristeza abismal.

La súbita partida de Agnès también arrojó a Ermessenda a un mar de duelo. Durante los días compartidos en Carcasona, había crecido entre ellas un afecto profundo, considerándola no sólo una amiga sino una hermana del alma. Frente a su muerte, también la sobrecogía el peso de una responsabilidad para la que no estaba preparada. Mondi, a quien tanto Ermessenda como Robi habían prometido cuidar, en un principio como un gesto temporal, era ahora un compromiso de por vida.

Desde aquel adiós a puertas del túnel, Mondi no había vuelto a ver a su madre. Al recibir la desoladora noticia de su fallecimiento, el niño lloró durante tres días y tres noches. En ellas, los misteriosos procesos que forjan a las personas, fundiendo lo que les viene del mundo con lo que traen consigo, operaron con asombrosa velocidad.

Tras el duelo, Mondi emergió transformado. La inocencia de su semblante dio paso a una expresión más oscura y resuelta. “Por mis padres, recuperaré Carcasona”, prometió. Ermessenda, testigo de la promesa, no dudó ni por un instante que así sería. Observando la atención extrema con la que el pequeño escuchaba a su maestra narrar las proezas de Alejandro Magno, Ermessenda no podía evitar ver en él el legado viviente de su padre. Aunque su personalidad, por el momento, era más comedida que la de su progenitor, en él vivía la determinación y el espíritu de lucha de un verdadero Trencavel.

Las circunstancias de la muerte de Agnès eran tan controvertidas como las de su esposo. Oficialmente se diagnosticó un mal estomacal. Sin embargo, rumores persistentes hablaban de un emponzoñamiento llevado a cabo por alguien dentro de su propio castillo, posiblemente por orden de Montfort, para liberarse de la pensión vitalicia que debía a Agnès en virtud de la condición impuesta por Pedro.

Mientras Alaïs, con paciencia, satisfacía la curiosidad ilimitada de Mondi, Ermessenda. con un gesto silencioso, extendió su *scriptorium* portátil en el extremo más alejado de la mesa, sumergiéndose en la tarea de escribir. Aunque su crónica sobre el éxodo de los cátaros constituía uno de sus empeños predilectos, no era fácil encontrar la oportunidad de redactarla. La vida cortesana la absorbía por completo. Su padre la demandaba para el gobierno de su pueblo. El rey Pedro tenía en alta estima a Arnau, y lo presionaba insistentemente para que se sumara a su corte real en Zaragoza. A pesar de que Arnau dilataba la aceptación de este deber, era consciente de que no podía eludir indefinidamente la convocatoria de su monarca; más temprano que tarde, tendría que comparecer. Esto implicaría confiar definitivamente la administración del vizcondado a su hija. Y aunque contase con el respaldo de Dalmau de Barberà, su chambelán de probada experiencia y pericia, existían numerosos aspectos del gobierno y la gestión con los cuales Ermessenda aún necesitaba familiarizarse antes de poder asumir una responsabilidad de tal magnitud. Con vistas a esto, Arnau delegaba en manos de su hija cada vez más quehaceres, especialmente en todo lo que concernía a los refugiados que ella misma había traído del Languedoc. Ermessenda comenzaba el día con audiencias, continuaba con visitas al pueblo para involucrarse directamente en la resolución de conflictos cotidianos, y se extendía con frecuentes viajes al campo para encontrarse con sus vasallos o asegurar la recaudación de impuestos.

Lo único que Ermessenda evitaba a toda costa, y que le hacía temer el momento en que su padre dejara el mando en sus manos, era la interacción con Guerau de Cabrera, el sedicente conde de Urgel que pisoteaba los derechos de su joven prima, Aurembiaix. La afrenta a la que este hombre la había sometido años atrás, vulnerando su intimidad y por poco despojándola de su virginidad contra su voluntad, era una herida que seguía allí. A diferencia de la mayoría de las heridas, que cicatrizan con el tiempo (como la que ella le había marcado en la cara a su atacante), ésta se agrandaba con el tiempo, a medida que comprendía más cabalmente la naturaleza de lo sucedido. No se sentía capaz de mirar a los ojos a Guerau de Cabrera, y mucho menos de tratarlo como a su superior, conforme a un lazo feudal ilegítimo, pero del cual él se aprovecharía para volver a humillarla a la primera oportunidad.

Robi y Guerau, por su parte, se odiaban con vehemencia. No sólo por el daño que Guerau le había causado a Ermessenda, sino también por la forma en que Robi había abandonado a Marquesa de Urgel, la madre de Guerau, para casarse con Ermessenda. Guerau culpaba a Robi de haber provocado el mal del corazón que había llevado a su madre a la muerte, alegando que había sido la ruptura de su compromiso matrimonial, y la consiguiente humillación, lo que precipitó su final. Ambos se habían jurado venganza.

Consciente de eso, Ermessenda procuraba que Robi jamás descendiera a la Seu de Urgel, previniendo cualquier encuentro con Guerau, que fácilmente podría escalar a un duelo letal.

Fuera de esta cuestión puntual, en la que aún no se sentía preparada para reemplazar a su padre,

Ermessenda actuaba de hecho como vizcondesa. Gestionaba las finanzas y los recursos y supervisaba la justicia y el mantenimiento del orden. Organizaba la defensa y la seguridad de sus tierras y mediaba en disputas entre sus vasallos. Subida a *Violante*, controlaba los trabajos agrícolas y comerciales que aseguraban el sustento económico del territorio. Además, se había propuesto reforzar cuestiones un tanto abandonadas por su padre: tenía un papel crucial en la organización de eventos sociales y ceremonias que reforzaban las alianzas políticas y la cohesión comunitaria.

En este torbellino de actividades, Dalmau de Barberà emergía como un colaborador indispensable. Sin su apoyo Ermessenda, simplemente, no daría abasto.

La tormenta le brindó a Ermessenda un inusual momento de pausa para plasmar sus pensamientos sobre la pérdida de Agnès. Al observar a su hijo, ahora huérfano, y recordar el profundo amor que Agnès le profesaba, sus ojos se inundaron de lágrimas. “Si algo me sucediera, no quiero que Mondi quede huérfano de padre y madre como yo lo fui. Al menos uno de los dos debe sobrevivir”, recordó decir a su padre, el vizconde Trencavel. Pero la historia se repetía con una exactitud pasmosa.

La devastación de la familia Trencavel era apenas un eco del tormento extendido a lo largo de su pueblo, en este año tumultuoso que se acercaba a su fin. Motivada por este paralelismo de sufrimiento, Ermessenda se dispuso a documentar estos hechos, comprometiéndose a dejar un testimonio escrito de las atrocidades desatadas por la Cruzada Albigense.

Para Occitania, el año que terminaba había sido un periodo de convulsiones, marcado por las cruentas campañas de Montfort y las revueltas igualmente violentas de los *Faidits* bajo el liderazgo de Pierre Roger de Cabaret. Las ciudades habían cambiado de manos en múltiples ocasiones. Con cada cambio, dejaban tras de sí nuevos regueros de sangre, y la región daba un paso más hacia el caos y la desolación.

Sólo dos condados occitanos preservaban una paz razonable, cada uno por distintos motivos. El condado de Toulouse intentaba mantenerse fuera de peligro gracias a la infausta alianza de su conde Raimond VI con los cruzados. No obstante, esta paz comenzaba a tambalearse: Arnaud Amalric exigía la entrega de los cátaros refugiados en sus tierras, a lo que Raimond se resistía, aduciendo que no había ninguno. La impaciencia del legado, consciente de la falacia de estas afirmaciones, ponía en riesgo el delicado pacto, y la amenaza de una nueva excomunión sobre Raimond de Toulouse crecía día a día. Por otro lado, Foix disfrutaba de un respiro gracias a la tregua negociada entre Simón de Montfort y el rey Pedro II de Aragón; una tregua a punto de expirar dentro de unos meses. La incertidumbre sobre lo que seguiría era aterradora.

Robi aprovechó la tensa calma para permanecer todo el año en Castellbó. Su presencia no era requerida en Foix, y ansiaba recuperar los momentos perdidos junto a su esposa, momentos que la contienda les había arrebatado. Estos meses habían sido un oasis de felicidad y serenidad en el pueblo natal de Ermessenda, alejado de las atrocidades de la guerra gracias a la influencia del rey de Aragón.

Mientras Ermessenda gestionaba su vizcondado, Robi, cumpliendo con lo que le prometió antes de casarse con ella, permanecía ajeno a las responsabilidades de gobierno en Castellbó. Invertía

su tiempo en la educación y compañía de Mondi, mientras mantenía su propia condición física para el inevitable retorno al combate. Según Robi, Mondi tenía un futuro prometedor como caballero, y especialmente como arquero.

Aunque la disparidad en sus ocupaciones los mantenía separados durante las horas de sol, al caer la noche Ermessenda y su esposo se reencontraban con deseos renovados de estar juntos. Compartían paseos bajo las estrellas, cenas privadas, un sinfín de besos y caricias, y diálogos que ahondaban en preocupaciones y sueños conjuntos. En algunas ocasiones, la noche culminaba en la intimidad conyugal, pero, sin importar el curso de la velada, todas ellas, sin falta, dormían abrazados; reconfortándose en el calor y los latidos del ser amado. En aquellos momentos, se sentían completos y protegidos, ajenos a las sombras de la guerra.

Unos golpes en la puerta interrumpieron las reflexiones de Ermessenda, que ya de por sí habían desviado su atención de la escritura. Al abrir, un haz de luz potente la cegó. El cielo se había despejado sin que ella, en aquel sombrío recinto sin ventanas, se hubiera dado cuenta. El que ingresó fue Dalmau, que, con su característica cordialidad, tras presentar sus respetos, comunicó que el señor Roger Bernard requería la presencia de Mondi para continuar con sus entrenamientos. La lluvia había cesado.

Mondi solicitó permiso a Alaïs para retirarse y se precipitó hacia la salida, dejando atrás los pergaminos sin enrollar y sus utensilios de escritura esparcidos. Más aún que las clases de historia lo entusiasmaban las lecciones en el arte del combate, que un día le permitirían escribirla, más que estudiarla. Dalmau, que había atado sus rubios cabellos detrás de la espalda en un moño, mantuvo la puerta abierta. El niño salió, pero él no lo acompañó. En su lugar, se dirigió hacia Ermessenda. Sonreía enigmáticamente. Entrelazando el placer de verla y un leve reproche velado, comentó:

—¡Señora Ermessenda! Vuestro esposo os ha estado buscando. ¡Y yo también!...

—Pues aquí me tenéis, aprovechando la tormenta para adelantar mi crónica, en compañía de mi querida amiga, Alaïs. ¿Puedo saber para qué me buscabais?

—El señor Roger Bernard no me ha especificado el motivo de su búsqueda. Yo, sin embargo, quería discutir con vos la situación de la familia Cucunhan. Como sabéis, la mujer que los ha acogido en su hogar ha manifestado quejas de que...

—Ahora estoy ocupada, Dalmau. Lo que mencionas no parece requerir atención inmediata. ¿Sería posible concederme una hora más de tranquilidad para finalizar mis escritos? Luego, te recibiré en el gabinete vizcondal.

Dalmau pareció herido en su orgullo, pero se marchó expresando profusas disculpas por la molestia y despidiéndose de ambas damas con una exagerada venia.

—Le has roto el corazón con tu frialdad —comentó Alaïs entre risas, una vez solas.

—¡Pues que aprenda a lidiar con ello! —respondió Ermessenda—. Soy una mujer casada, y parece que a Dalmau eso le da igual. No pierde ocasión de quedarse a solas conmigo, y luego las aprovecha para mirarme insistentemente a los ojos, intentar suavizarme con sus variadas

sonrisas, y lanzar comentarios sugestivos o dobles interpretaciones atrevidas.

—Pero admitamos que es muy atractivo. ¿Nunca sientes... algo de curiosidad?

—¡Alaïs! —Ermessenda soltó una carcajada—. ¡Imagina si Arthur te oyera!

—Cierto... ahora también estoy "casada". Pero si un hombre como Dalmau me mirara con el deseo con el que te mira a ti... no sé si podría ser tan firme.

Rieron juntas, pero Ermessenda pronto recuperó la compostura para añadir:

—Estoy profundamente enamorada de mi esposo. Si tolero a Dalmau es únicamente porque su ayuda me es imprescindible en el vizcondado.

Alaïs torció las cejas. Ermessenda, por su parte, recogió los folios y guardó su *scriptorium* en el estuche. La musa de la escritura se había desvanecido, y prefirió dedicar el resto de su tiempo libre a conversar con su amiga.

—¿Y cómo van las cosas con Robi? —inquirió Alaïs, acomodándose a su lado—. ¿Continúa con la idea de tener un hijo?

Ermessenda concedió con un movimiento de cabeza. La falta de un embarazo tras un año entero compartido juntos comenzaba a preocuparlo de una posible infertilidad.

—¿Aún sigues bebiendo la tisana para evitar el embarazo?

Ermessenda continuó asintiendo, pero su expresión se tornó más sombría y circunspecta. —Se enfurecería conmigo si lo descubriera. ¡Pero no deseo tener un hijo! Después de haber presenciado el parto de Adèle, en el que la pequeña venía de cola y la pobre madre casi muere desangrada, me he convencido por completo.

—¡Pero Adèle se encuentra perfectamente, y Esperanza se ha convertido en una niña preciosa y saludable! —contrarrestó Alaïs —¡Ya está dando sus primeros pasos! ¿Has tenido la oportunidad de verla caminar? ¡Es adorable!

—Nada de eso cambia mi postura. La maternidad simplemente no es para mí.

—El catarismo recomienda no traer hijos al mundo, para no condenarlos a esta existencia imperfecta y permitirles seguir experimentando la vida celestial como almas puras. Pero a pesar de ello, personalmente me cuesta compartir tu convicción. A veces, viendo la dulzura de esa pequeña, me dan ganas de tener mi propio hijo a pesar de todo. Lo único que me detiene es el hecho de que Arthur sea mi primo... Es sabido que en tales casos hay riesgos para el bebé.

Ermessenda asintió con comprensión.

» Y, por si fuera poco —prosiguió Alaïs —con Evelina ya tengo suficientes dolores de cabeza. Es sólo mi hermana, pero sin nuestros padres cerca me he convertido en su tutora y, créeme, no es tarea fácil. Esta misma noche, por ejemplo, no ha regresado a dormir.

—¿Otra vez?

—Lo hace con alarmante frecuencia, y no dice a dónde va. Las primeras veces que no volvió, estaba aterrada pensando que algo malo le había sucedido. Ahora sé que no es así... que simplemente está con un hombre. Estoy segura de que ya no es virgen. Pero no logro convencerla de confiarme de quién se trata.

—Al menos ha vuelto a sonreír —Ermessenda intentó rescatar lo positivo—. Cuando murió Trencavel, Evelina se sumió en una tristeza tan profunda que temí que su luz se apagara para siempre. Quienquiera que haya conocido, le ha devuelto la alegría de vivir. Eso debe contar como algo bueno.

Alaïs mostró escepticismo. En verdad, la alegría de Evelina había regresado a su alma en cuanto supo, gracias a la red de palomas mensajeras, que su padre, Guy de Perelle, se encontraba bien. Desmintiendo todas las sospechas de Evelina y su hermana, el condestable se hallaba de vuelta desempeñando sus funciones en Foix, tal y como Robi había anunciado. Aunque no había brindado razones sobre su abrupta partida, el alivio de saberlo a salvo también suavizó las tensiones entre Ermessenda y su esposo, disipando las nubes de desconfianza que de a ratos ensombrecían su relación.

Ermessenda y Alaïs subieron las escalinatas enlodadas con cuidado de no resbalar. Encontraron a Evelina en el dormitorio común, cambiándose de ropa tras una bambalina. Había pasado la noche fuera del castillo.

» ¿Dónde has estado? —la irritación de Alaïs era evidente.

—Con alguien —respondió Evelina, desafiante.

—¿Con quién? —insistió Alaïs.

—No te lo diré.

—Si no me lo cuentas, te prohibiré salir a la Seu.

—He asumido un compromiso como paloma mensajera de Esclarmonde. ¡No puedes impedírmelo!

La conversación se agriaba con cada réplica.

—¿Es Bruno? —Alaïs indagaba sobre el joven muchacho que le hacía de enlace en la red de palomas mensajeras. Bruno era casi un niño, sin duda obnubilado por la belleza de Evelina, pero a quien ésta no parecía prestarle la menor atención.

—¿En serio crees que alguien como Bruno podría interesarme? —Evelina se burló de la sugerencia—. ¡Qué poco me conoces, hermana! Yo estuve enamorada del vizconde Trencavel. Sólo los hombres valientes y poderosos, con influencia y personalidad, son los que me atraen. Hombres capaces de protegerme, y que no se dejen pisotear.

—¿Es casado?

—¿Y qué si lo es? —Evelina se tornó aún más contenciosa.

Al intentar Alaïs reprenderla, Evelina elevó el desafío:

» ¡Tú no eres quién para juzgarme, porque a mi edad eras peor! Ahora por estar “casada” con nuestro primo te crees con derecho a criticarme, pero bien que hacías tríos con hombres y mujeres cuando eras joven como yo.

Superada por la furia, Alaïs abofeteó a Evelina, y ésta se marchó ofendida.

Ermessenda intentó deducir quién podría ser el enigmático amante de Evelina. Descartó enseguida a Robi, ya que él dormía a su lado todas las noches, incluso aquellas en que la joven desaparecía. Su mente entonces flotó hacia Dalmau, y luego hacía su propio padre, Arnau. Los dos se ajustaban al perfil de “valientes y poderosos” que Evelina parecía admirar. Eran solteros y, por ende, libres de llevar sus vidas personales como quisieran. Sin embargo, por algún motivo, la mera posibilidad de pensarlos en compañía de Evelina generaba en Ermessenda una incomodidad difícil de sacudir. El hecho de que ambos hombres, en teoría, permanecieran en el castillo durante las noches, contrastado con las llegadas matutinas de Evelina desde más allá de la ciudad, parecía reducir la verosimilitud de tales conjeturas, sugiriendo que el individuo con quien se encontraba no habitaba en Castellbó, sino más lejos.

Durante el último año, Evelina había florecido para convertirse en una mujer deslumbrante, poseedora de una hermosura que acaparaba todas las miradas. Había superado en altura a su hermana Alaïs, y las curvas de su cuerpo se habían formado con una perfección escultural. Sus rasgos angelicales habían dado paso a una feminidad exuberante, capaz de cautivar a cualquier hombre. “Valientes y poderosos”, le gustaban. Ermessenda concluyó, no sin cierta amargura, que Evelina de Perelle, si así lo deseara, sería capaz de seducir al mismísimo rey Pedro de Aragón.

La escudera y los lisiados

Otoño de 1210
Lavaur, Languedoc

En el silencio jadeante del combate cuerpo a cuerpo, Wilhelmina esquivó a duras penas un golpe furtivo que fue a parar peligrosamente cerca de su rostro. Con una maniobra certera, se enfrentó nuevamente a su oponente, interceptando con su escudo una segunda descarga. La vibración sorda del impacto se transmitió a través de su brazo hasta el resto de su cuerpo. Con agilidad fulgurante, giró sobre sí misma, sorteando por un pelo el golpe curvo lanzado hacia ella. Sintió cómo su corazón se aceleraba y supo que iba por buen camino. Evitando mostrar signos de cansancio, asumió una postura de ataque, lanzándose con un vigor renovado. La otra persona, aunque claramente se vio desafiada por los impetuosos sablazos de Wilhelmina, no retrocedió. Con habilidad, detenía cada embestida y se mantenía con firmeza en su posición. —¡Excelente! —dijo Wilhelmina—. Lo estás haciendo muy bien.

Animada por el elogio, la alumna redobló su brío y, con un movimiento ágil, logró arrinconar a Wilhelmina. En un instante la inmovilizó, preparando el golpe final con su espada de madera en alto. Wilhelmina, de mayor tamaño y experiencia que su discípula, capturó su brazo agresor y dio por finalizada la contienda, ofreciéndole felicitaciones por su valentía y progreso. Secándose el sudor, le señaló la importancia de la movilidad constante y le explicó los diferentes ángulos de ataque.

La joven Laura asentía sin decir palabra, constreñida por el mutismo que se había instalado en ella desde lo presenciado en Bram. No obstante, el entrenamiento con Wilhelmina le iba devolviendo un sentimiento de propósito. Al forjarse como guerrera, podría vengar algún día los tormentos infligidos a su familia.

Concluido el entrenamiento, Wilhelmina y su alumna se dirigieron hacia la estancia central del castillo de Lavaur.

Desde su llegada a este lugar desde Montsegur, Laura se había transformado. Aunque su mudez era la misma, las palabras que quería y no podía pronunciar eran otras. Ahora sus ojos brillaban, su rostro reía y su cuerpo no paraba de moverse con entusiasmo, tanto en las prácticas de combate como en los bailes a los que animaba la anfitriona del castillo.

Giralda, matriarca del lugar, las aguardaba con la mesa servida, invitándolas a compartir el almuerzo. Mingus y Roseline, los hermanos menores de Laura, ya ocupaban sus lugares. Sus rostros se iluminaron al verlas acercarse, especialmente porque su llegada implicaba que su espera por la comida había terminado.

Wilhelmina había descubierto la existencia de Giralda, la abuela materna de los niños, al segundo día de la lastimosa aparición de éstos en Montsegur. Al saber que aquellos tres huérfanos aún tenían familia, se precipitó en ella una decisión inapelable: los guiaría hasta Lavaur para reunirlos con su abuela, incluso si ello significaba abandonar su intención de reencontrarse con Berald y su propia familia en Toulouse. Reflexionando sobre la situación,

comprendió que su familia había desencadenado los trágicos eventos que habían destrozado la vida de los tres hermanos, con las decisiones siempre erradas de su padre: primero, apoyar a Montfort. Después, retirarle intempestivamente todas las tropas, impeliéndolo así a su estrategia de terror y tortura ejemplificadora a falta de un ejército regular.

Aunque no podía revertir las pérdidas ni el dolor infligido, Wilhelmina se sentía obligada a hacer todo lo posible por esos niños. Llevarlos con su abuela, la única familia que les quedaba, era lo menos que podía hacer por ellos.

Desde entonces, más de un año había transcurrido, y Wilhelmina seguía en Lavaur. No sólo fue la magnanimidad de Giralda, insistente en su invitación, lo que la animó a quedarse. El interés especial que Laura, la mayor de las hermanas, había comenzado a mostrar en el arte de la lucha, le recordaba a cuando ella tenía su misma edad. Le reconfortaba comprobar que no era la única mujer con esas tendencias, y que su caso no era una total aberración.

Giralda era probablemente la mujer más excepcional que Wilhelmina hubiera conocido. Con una generosidad únicamente comparable a la de Esclarmonde, se distinguía de ésta en que, en lugar de la austeridad y solemnidad de la *perfecta*, Giralda, como simple *credente*, abrazaba la exuberancia de la vida con todos sus sentidos. Se entregaba a los placeres de la comida y bebida con las recetas más gustosas, sin importar que estas llevaran ingredientes de origen animal. Del mismo modo disfrutaba de los tejidos más finos en sus ropajes, adornándose con joyas, y se rodeaba de obras de arte en su castillo. Pero lo que más sobresalía eran las festividades y banquetes que organizaba, momentos en los que su hospitalidad brillaba con luz propia. Para Giralda, era impensable que algún visitante abandonara el castillo, según sus propias palabras, “sin la panza llena y el corazón contento”. Su risa era franca y su entusiasmo, contagioso. Muy joven para ser abuela de una adolescente, apenas superaba la cuarentena. Aunque entrada en carnes debido a sus excesos, su rostro armónico y su vitalidad desbordante le habían ganado un sinfín de admiradores. En el tiempo que Wilhelmina llevaba en su castillo, la había visto aceptar las proposiciones de varios de ellos, a los que se entregaba sin inhibiciones, especialmente tras veladas llenas de danza y vino.

Al enterarse de la identidad de Wilhelmina, el día en que se presentó en el castillo con sus nietos, Giralda declaró conocer “muy bien” a su padre, Raimond de Toulouse. Familiarizada desde siempre con las maneras de su progenitor, y últimamente también con las de Giralda, Wilhelmina ya no dudaba que aquel conocimiento había sido más íntimo que una simple amistad. Lo que más la sorprendió, sin embargo, fue la reacción de Giralda al enterarse de las circunstancias que habían llevado a sus nietos a Montsegur. Giralda emitió un grito eterno y ensordecedor y echó a llorar de un modo tan histriónico como Wilhelmina jamás había creído posible.

En un principio, la intensidad emocional de Giralda le sugirió a Wilhelmina que se había topado con una persona desequilibrada. Pero al cabo de unos meses, comprendió que, en aquel torrente de lágrimas y alaridos, había condensado en una única y desmesurada instancia de aflicción los llantos recurrentes que las personas comunes distribuyen a lo largo del tiempo, tal vez sin sentido.

Sin mostrar nunca más angustia sobre el asunto, Giralda se dedicó en cuerpo y alma al cuidado de sus nietos, deseosa de devolverles el amor por la vida que Simón de Montfort les había

robado.

Mientras le servía una abundante porción de faisán relleno, Giralda preguntó a Laura cómo había transcurrido el entrenamiento. Su nieta mayor respondió sólo con gestos, incapaz de expresarse a través de las palabras. Wilhelmina la complementó, alabando sus significativos avances en el manejo de la espada, lo cual la hizo sonrojar de orgullo.

—Sabes, Laura —comenzó Wilhelmina—, aunque la tradición, al ser mujer, no me reconozca como caballero, en todo menos en la formalidad del nombramiento me desempeño como uno de ellos. Adhiero al código de caballería como si lo hubiera jurado y he participado en batallas definitorias a la par de los hombres, con los mismos honores, riesgos y responsabilidades que el mejor de mis compañeros. Tú puedes hacer lo mismo, si lo deseas. Observo en ti una dedicación más allá de lo ordinario. Si continúas entrenando con intensidad, cuando cumplas los quince años, me enorgullecería nombrarte mi escudera.

Laura sacudió efusivamente la cabeza arriba y abajo con una sonrisa de oreja a oreja. Se había cortado el cabello tan corto como Wilhelmina y renunció a ataviarse con vestidos, prefiriendo las calzas y jubones al igual que su mentora. Notando que Wilhelmina aún continuaba, Roseline la invitó a sentarse a la mesa. Aunque los hermanos menores de Laura no compartían el mismo vínculo estrecho, habían desarrollado un profundo cariño por la guerrera que los había traído a Lavaur.

—Lamento mucho no poder quedarme —se disculpó Wilhelmina con una sonrisa apenada—. Mi esposo me espera impaciente para una jornada de caza. ¡Nos reuniremos de nuevo en la cena!

—¡Que la caza os sea próspera! —respondió Giralda, irradiando calidez—. Tenemos invitados de Narbona esta noche, y les he preparado un espectáculo teatral excepcional.

Wilhelmina aceptó el desafío con gusto. Sus habilidades como cazadora y la extraordinaria puntería de Berald con el arco y la flecha, hacían que cada salida de cacería de la pareja terminara en un opíparo festín.

Berald de Elbine, ahora flamante esposo de Wilhelmina, había llegado a Lavaur poco tiempo después que ella. Una mensajera enviada por Esclarmonde le había hecho llegar la noticia de su paradero. Berald no tardó en emprender el viaje hacia el reencuentro con Wilhelmina. Apareció en Lavaur a lomos de *Sisalle*, el amado corcel que Wilhelmina había debido abandonar en el campamento cruzado al huir junto a Ermessenda, y al que extrañaba como a una parte de su cuerpo. Cuando los vio llegar, su alegría fue doble, tan emocionada por el reencuentro con el hombre como con el equino.

A pesar de las calamidades que la habían conducido a aquel lugar, los días en Lavaur eran los más felices que Wilhelmina hubiera conocido hasta entonces. La vida conyugal al lado de Berald se tejía con una armonía que superaba sus sueños más audaces. Ese hombre suave y gentil, de una belleza sin pretensiones y mesura en cada gesto, era un milagro que el cielo le había enviado. La amaba sin exigencias, sin importarle su vestimenta, su corte de pelo, la falta de maquillaje, o cómo elegía sentarse.

Ahora que conocía a Berald íntimamente y compartía cada día y noche con él, se lamentaba por

haber perdido tantos años suspirando por Robi y viendo a Berald sólo como un amigo, sin darse cuenta de que, desde un principio, debería haber sido a la inversa. La vida era simplemente mejor con él como su compañero inseparable. Eran un par perfecto, y se sentía profundamente bendecida por haberse unido a él.

Como ya había cumplido los veinticuatro años, Wilhelmina no necesitó, según la costumbre occitana, autorización de su padre para contraer matrimonio. Giralda transformó el castillo en escenario de una espléndida fiesta en honor a los recién casados, engalanando la ocasión con músicos, danzarines y trovadores. Los novios no extendieron invitaciones a sus conocidos en otras localidades, para no atraer la atención de los cruzados. Pero, al igual que a otras veladas poéticas y musicales organizadas por Giralda, asistieron unos invitados muy especiales, que disfrutaron dentro de sus posibilidades de la comida y los espectáculos, sólo que ocultos por una fina cortina de seda verde que los apartaba del resto de la concurrencia. Esta separación, diseñada por Giralda en un sector del salón de su castillo, buscaba preservar la privacidad de sus invitados de honor, ocultándolos de las miradas de quienes quizás no comprendían sus inusuales circunstancias.

En cuanto la castellana Giralda supo que hombres, mujeres y niños mutilados en Bram habían sido enviados encadenados a Cabaret para sembrar el pánico y conseguir una rendición instantánea, no se quedó paralizada por el horror como tantos otros. En cambio, mandó a remover cielo y tierra para encontrarlos. Arriesgando sus propias defensas, envió a una significativa fracción de su ya de por sí reducida guarnición a recorrer los pueblos y caminos en su búsqueda. La tarea no fue sencilla, pues muchos de los desafortunados habían sucumbido a la gravedad de sus lesiones. No obstante, tras días de perseverante pesquisa, ocho de los sobrevivientes lograron refugiarse en Lavaur.

Giralda puso su servidumbre a disposición de los lisiados, asegurándose de que fueran bien alimentados, aseados y asistidos en aquellas tareas que, debido a sus discapacidades, no podían realizar por sí mismos. Ella les leía historias y les daba conversación, sin condescendencia y con su habitual humor pícaro. Mandó a instalar esa cortina en su salón para que no se perdieran de ningún evento.

Pero la música, la comida y los esfuerzos de Giralda por brindarles consuelo y esparcir la alegría, tenían sus limitaciones. Una pareja entre los rescatados optó por invocar la *endura*.

La *endura*, anatema para la Iglesia, era el rito cátaro por el cual una persona tenía la libertad para decidir abandonar este mundo, si se sentía una carga para los demás y consideraba que ya no le quedaba nada de importancia por aportar o aprender en esta vida. Se diferenciaba del suicidio en que, en la endura, no se practicaba violencia alguna sobre el cuerpo.

La persona se dejaba ir, en un acto de voluntad pura, sometiéndose a un ayuno progresivo, programado de tal forma que la debilidad inherente a la desnutrición mitigara el sufrimiento. Para hacerse correctamente, la *endura* era supervisada por los *perfectos*. En este caso, Suz. Las juergas en el castillo cesaron durante la semana en que Suz, una anciana *perfecta* de pelo blanco y mirada compasiva, veló por la pareja en su camino de despedida. Calmaba sus pesares con pociones y palabras, mientras disminuía su alimentación de acuerdo con las directrices establecidas por la tradición. Giralda y otros pasaban frecuentemente a visitar. Laura, que no

podía ser vista por los ciegos, y que no podía hacerse a escuchar, eran quien más los tomaba de la mano. Suz los acompañó en oración a lo largo del tránsito, hasta que, serenamente, una mañana lluviosa, con Wilhelmina a su lado, exhalaron su último aliento.

Esta era una forma de devolver a estas almas atribuladas la dignidad de elegir sobre su destino, evitando a su vez el grave pecado del suicidio. Pero lo que más fascinó a Wilhelmina fue considerar a quienes habían optado por el camino de la vida. De las ocho víctimas desfiguradas por Montfort, aun habiendo perdido, además de sus ojos, sus dedos, narices, orejas o lenguas, quedando prácticamente vedados de una existencia normal, únicamente dos de ellos habían solicitado la *endura*. Los seis restantes elegían la vida, a pesar de todo. Escuchándolos reír detrás de la cortina ante las bromas de un juglar, Wilhelmina comprendió que la bondad y la belleza de la vida eran más poderosas de lo que jamás había imaginado. Más poderosas, incluso, que el mal.

La torre del vigía

Otoño de 1210
Castellbó, Cataluña
Dos semanas después
Cinco meses antes de la Pascua de 1211 (final pactado de la tregua)

Aún arrebujada entre las sábanas, Ermessenda observaba con el ceño fruncido cómo su esposo alistaba su equipaje para partir hacia Foix. Aquella noche no habían dormido abrazados. La tensión no provenía únicamente de la decisión precipitada de Robi de volver al Languedoc "antes de que las nieves obstaculizaran su camino", sino de una revelación aún más alarmante: Robi le había confesado que el plan, acordado por correspondencia con su padre Raimond Roger, era romper la tregua y atacar a los cruzados antes de la fecha establecida por Pedro.

—De todos modos, la paz ya está a punto de quebrarse —argumentaba—. Tomando la delantera aseguraremos nuestra ventaja.

Ermessenda no podía estar más en desacuerdo con esta estrategia, que consideraba temeraria. Montfort, enfurecido por la violación del acuerdo, tendría la excusa perfecta para descargar su ira sobre el condado de Foix. Las repercusiones serían catastróficas.

Lo que Ermessenda proponía, y sobre lo que había insistido durante toda la noche a un Robi inflexible como una roca, era extender la tregua, al menos por un año más. Montfort había aceptado respetarla hasta la Pascua de 1211, y por ahora venía cumpliendo. Había buenas posibilidades de que estuviera abierto a una prórroga. La cercanía de Arnau con el rey Pedro podía aprovecharse para solicitar su intervención.

Pero Robi no escuchaba razones.

» El patrón de la cruzada es siempre el mismo —aducía—. Para esta época del año, sus fuerzas están disminuidas. Una vez cumplido su período de servicio, los auténticos cruzados se escapan como comadrejas antes de que el frío los atrape. Y los pocos que se quedan con Montfort son meros mercenarios sin fervor religioso, y sólo atraídos por la promesa de riquezas. Son cobardes y malos combatientes, fáciles de derrotar. Debemos aprovechar este momento de debilidad antes de que Montfort reciba sus refuerzos de primavera, para terminar con él de una vez por todas.

—¿Y qué de las masacres que ha perpetrado? Si provocas su ira rompiendo la tregua, ¡será nuestra gente la que sufra las consecuencias!

—Eso si primero no acabamos con él. Sus despliegues de crueldad no son más que manifestaciones de su debilidad. Manotazos de ahogado para que el terror que siembra oculte su impotencia. ¡Pero a mí no me engaña! Su rey y su papa lo han dejado solo. Su influencia se desmorona. Está desesperado y sin las suficientes tropas para resistir. ¡Romperemos la tregua y lo aniquilaremos!

Sin conseguir ponerse de acuerdo, ambos esposos se miraban y hablaban con reproche, mientras

él continuaba plegando sus ropas y colocándolas en alforjas.

—¿Qué harás con Mondi? —inquirió ella.

—Se quedará aquí contigo, por supuesto. No pretenderás que me lleve a un niño de nueve años a la guerra.

—Cumplirá diez en enero —replicó Ermessenda, desaprensiva—. Ya no es un niño pequeño. Después de todo el entrenamiento que le has dado debería poder asistirte.

La respuesta dejó a Robi estupefacto, mirándola con incredulidad y censura.

» Sólo te aviso. Si lo dejas aquí, no esperes que yo pueda ocuparme de él. Estoy demasiado atareada con mis propias responsabilidades.

—¿Lo mismo dirías si se tratara de nuestro hijo? ¿Considerarías que a los diez años está listo para enfrentar a un monstruo como Simón de Montfort? ¿Lo dejarías de lado para ocuparte de los asuntos menores de tus vasallos? Me decepcionas, Ermessenda. Creí que me había casado con una persona compasiva y generosa, pero veo que me equivoqué.

—¿Dónde vas? —preguntó Ermessenda, aún vapuleada por la crítica, al ver como Robi se encaminaba hacia la puerta. En lugar de responder, Robi se dirigió a un sirviente que apareció en el pasillo.

—¡Muchacho, tú! Llama a Dalmau de Barberà, por favor. Requiero su presencia inmediata en mi recámara —ordenó.

—¿Dalmau? ¿Para qué lo quieres? —preguntó Ermessenda, intrigada.

—Es la única persona en este castillo en la que puedo confiar. Mucho más sensato y servicial que tú —fue su cortante respuesta. Ermessenda saltó de la cama y se vistió raudamente. Debía estar presentable antes de que el chambelán se apersonara. Pero Dalmau, como era su costumbre, compareció sin demoras. Ermessenda aún se estaba retocando el cabello cuando lo vio entrar. La ropa de Dalmau lucía extraordinariamente lisa y su peinado impecable. Tenía la energía de quien llevaba horas de actividad, mientras que ella y su esposo se acababan de levantar.

Robi se paró firme frente a él. Su estatura era menor que la de Dalmau, su cuerpo más delgado y menos formado, y su cabello, corto y castaño, no se comparaba con la espectacular melena dorada del chambelán. Con el peine aún en la mano, Ermessenda se sintió avergonzada de que Dalmau la viera así, en la intimidad de su recámara conyugal, sin terminarse de arreglar. Pero él, haciendo caso omiso de su presencia, se dirigió a su marido.

—Sí, señor, ¿para qué me necesitabais?

—Mañana partiré hacia Foix —anunció Robi—. Quiero encomendarte la gestión de mis deberes en el castillo.

Dalmau mostró su acuerdo con una inclinación de cabeza.

» Te pido que cuides de mi esposa durante mi ausencia.

Dalmau replicó su gesto de afirmación, sin siquiera desviar hacia ella su mirada. Esa mirada, verde y penetrante, que cuando estaban solos no se le despegaba de encima, pero que ahora, ante su esposo, Dalmau controlaba con eficacia absoluta, sin posarla sobre ella ni siquiera por un segundo.

» Pero lo que más me preocupa es la tutela de Mondi Trencavel —añadió Robi—. Ermessenda dice estar muy ocupada para encargarse de él, pero por nada del mundo deseo que el pobre quede a su suerte, deambulando por el castillo día y noche sin nada que hacer. Te pido como un favor personal que te hagas cargo del niño. Aunque comprendo que tus ocupaciones no son menores, sé que hallarás tiempo para tan importante tarea.

—Lo haré, sin duda alguna —confirmó el chambelán.

—Como futuro caballero —continuó Robi—, Mondi necesita orientación masculina en su formación. No estando yo presente, no hay nadie mejor que tú en este castillo para hacerse cargo. Llévalo a sus lecciones con Alaïs, y que siga adelante con sus prácticas de espada, arquería y equitación con Guillaume Ysarn. Asegúrate de que asista a las comidas y de que todas sus necesidades sean atendidas.

—Sí, mi señor. Me ocuparé de él como si fuera mi hijo —proclamó Dalmau.

—Te lo agradezco —dijo Robi, colocando su mano sobre el hombro de Dalmau—. Mi confianza en ti es total.

El joven paje que había ido por Dalmau reapareció en la entrada de la habitación. En su rostro se dibujaba una expresión de inquietud.

—Señora Ermessenda... ¡Señor Dalmau! El vizconde Arnau solicita vuestra presencia en la torre del vigía. Una muchedumbre se acerca desde el norte.

Ambos corrieron al lugar, con los pechos oprimidos. En un Castellbó que desafiaba a la Iglesia alojando cátaros, y al mandamás de Urgel ocultando que lo hacía, había más de un motivo para recibir a un ejército hostil. Aunque Robi no había sido explícitamente convocado, los siguió.

Al alcanzar la cima de la torre del vigía, encontraron a Arnau y a Guillaume Ysarn. En estado de alerta, escudriñaban el horizonte. El grupo que se aproximaba era numeroso. Pero no parecían hombres de armas, como pudo distinguir Ermessenda ante la falta del brillo típico de las armaduras.

—¿Quiénes son? —se cuestionaban todos, envueltos en intriga, mientras los arqueros asumían sus posiciones defensivas, por si acaso fuera necesario.

Estando ya un poco más cerca, fue evidente que, al frente de la comitiva que se aproximaba, marchaban unos seis jinetes a caballo y, detrás de ellos, un grupo disperso de hombres, mujeres y niños. Tal vez eran cincuenta personas en total. Avanzaban hacia Castellbó con paso lento pero

decidido.

Ermessenda fue la primera en identificarlos. Su corazón se hinchó de alegría. Sus dudas y ansiedades empezaron a disiparse; la angustia ante la partida inminente de Robi, el peso de sus responsabilidades por Mondi y el resto de sus cargas cada día más desafiantes, todo se hizo más dulce y llevadero ante la ola de paz y seguridad que quien llegaba, siempre le infundía con sólo verlo.

—¡Es Guy! —exclamó con emoción—, ¡y trae consigo a los cátaros de Foix!

Sus ojos se humedecieron. Allí estaban sus amigos más cercanos de Foix, aquellos con los que había compartido entrañables veladas en la casa cátara de Viana y Natalena durante sus años felices en aquel lugar. Vio a Mireia y Aurora, a Osmund, a Peire y ¡hasta a la posadera Mondana de Acs!; Guy los había traído a Castellbó a tiempo, para protegerlos antes del final de la tregua.

—¡Hay que abrirles la puerta y darles la bienvenida en la plaza! —anunció Arnau con determinación— ¡Parece que hoy acogeremos un nuevo grupo de refugiados occitanos!

Los hombres se apresuraron a bajar la escalera. Sólo Dalmau tuvo la deferencia de permitir que Ermessenda lo hiciera primero, cediéndole el paso.

—¡Tú no! —ordenó Robi, dando unos pasos hacia atrás. La directiva le impactó a Ermessenda como un jarro de agua fría. —¡Quédate aquí arriba! Puede no ser seguro.

—¿Cómo no va a ser seguro?, ¿Acaso te has vuelto loco? —rebatió Ermessenda, incrédula ante la absurdidad de tal precaución—. ¡Son mis amigos! ¡Hace más de un año que no los veo! ¡Permíteme ir a recibirlos!

—Bajarás cuando confirme que no hay peligro. Dalmau, tú te encargarás de acompañar a mi esposa y asegurarte de que no descienda de esta torre hasta que yo lo autorice.

—Como deseéis, mi señor —respondió Dalmau, solícito, mientras Robi se alejaba con prisa.

—Él no es tu señor —lo contradijo Ermessenda, bullendo de humillación—. Es a mí a quien debes obediencia. Y yo te mando que me dejes bajar.

—Vuestro esposo sólo desea lo mejor para vos, señora, y por eso se preocupa por vuestra seguridad.

—¿Mi seguridad? ¡Por favor! Lo único que a Robi le preocupa es su seguridad. ¡Son sus ridículos celos de Guy!

Dalmau elevó una ceja, revelando una compresión repentina que le generaba una incontrolable curiosidad.

—¿Guy de Perelle y vos...? —preguntó entre sorprendido y compinche.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella, ofendida—. Pero parece que a mi esposo le ha dado

por pensarlo, quién sabe por qué razón. ¡Es absurdo!

Dalmau hizo un gesto sugestivo, esta vez con ambas cejas, como si no terminara de creer la negativa, y el descubrimiento le resultara divertido. Frustrada ante la barrera que Dalmau le imponía, Ermessenda observaba el encuentro desde la torre. La vista era franca y los rostros se distinguían con claridad. Cada sonrisa y abrazo que reconocía, su corazón se llenaba de goce por saberlos a salvo y de gratitud hacia Guy por su loable decisión de refugiarlos en Castellbó. Dos cabelleras rubias destacaban entre la multitud; pudo ver cómo Alaïs y Evelina se reunían efusivamente con su padre. Le ardían en las venas la ansiedad de correr hacia ellos, y la abrumadora impotencia de ser retenida en contra de su voluntad. Resuelta a explorar la sensibilidad que sabía despertar en Dalmau, avanzó hasta quedar directamente frente a él. Con ambas manos, sujetó la derecha de Dalmau, mirándolo con ojos llenos de súplica:

—¡Te lo imploro, Dalmau! No como a mi chambelán sino como a un amigo, en nombre del vínculo que compartimos, ¡déjame bajar!

Dalmau cubrió con su mano libre las de ella, apretándolas con calidez y sin rehuir de su mirada. Acercó su rostro al suyo, y le susurró con una voz tan íntima que se sintió como un beso:

—Tu esposo confía en mí, Ermessenda. Eso es algo muy positivo que no debemos desestimar. ¡Mañana mismo se irá! Sería necio arruinar esa fe a último momento. ¿Comprendes? Sólo necesitamos un poco más de paciencia.

Esas palabras le causaron un escalofrío que la hizo soltarse de sus manos y alejarse de él tantos pasos como le fue posible en la reducida extensión de la torre. Al reflexionar por qué la habrían turbado tanto, se dio cuenta de que Dalmau acababa de tutearla por primera vez.

—¿Entonces qué? ¿No vas a dejarme pasar? —insistió Ermessenda, haciéndole frente, aunque a una prudente distancia.

—Las órdenes del señor Roger Bernard fueron explícitas y debemos acatarlas —zanjó él, cerrándole el paso con los brazos cruzados al inicio de la escalera.

—¡Bien dicho, Dalmau! —reapareció Robi por detrás de su hombro—. Sabía que podía contar contigo.

Ermessenda no pudo evitar pensar que, si hubiera llegado apenas unos momentos antes, su impresión habría sido notablemente distinta.

» Todo está bien, Ermessenda —aseguró su esposo—, ya puedes bajar.

Ella lo hizo a toda prisa, sin prestarle más atención a Robi. En la plaza se abrazó con sus amigos. Le cayeron las lágrimas al ver a los niños convertidos en adolescentes y a los bebés en niños. Todos hablaban de Guy, de lo invaluable que había sido su guía durante el largo trayecto, y de lo agradecidos que estaban con él por haberlos puesto a salvo en Castellbó. Pero ¿dónde estaba Guy? Esa, precisamente, fue la pregunta que Ermessenda le espetó a Robi en cuanto se lo topó tras una exhaustiva e infructuosa búsqueda de su antiguo maestro.

—No quiero que lo veas —respondió Robi sin rodeos—. Le he pedido que no volviera y él me desobedeció.

—¿Por qué le has pedido tal cosa? ¡Sus hijas están aquí! ¡Me alegra que te haya desobedecido para salvar a estas personas del peligro en el que tú pretendías meterlos al romper la tregua con Montfort!

—Como sea. Ellos ya están aquí. Pero no consiento que ese hombre y tú os veáis. Guy regresará conmigo, y le he ordenado que permanezca fuera de tu vista hasta entonces. ¡Y lo mismo te exijo a ti!

—Pero no lo entiendo, ¿por qué?

Robi sacó entonces de su faltriquera unos pequeños triángulos de papel, chamuscados en las puntas.

—¡Por esto! —exclamó, extendiéndoselos.

Ermessenda identificó enseguida la apretada caligrafía de Guy.

—¿Por unos simples poemas? —protestó, indignada, tras una rápida oteada— ¡No puedo creer que seas tan absurdo!

—¿Simples poemas? ¿Los has leído? Son poemas de amor y deseo, y hablan de ti.

Ermessenda hojeó uno a uno los fragmentos antes de afirmar con desdén: —Yo no veo mi nombre escrito aquí.

—Pues él mismo me lo ha confesado, cuando lo encaré en Andorra.

—¿Y por eso lo has echado de forma tan desconsiderada? —Su desprecio la superaba—. No fue tu padre quien lo mandó llamar. ¡Fuiste tú quien lo expulsó! ¿Cómo puedes ser tan...?

Esa noche, el ancho de la cama pareció insuficiente para dos, tan separada de Robi como hubiera deseado estar.

Las cinco cualidades esenciales

Otoño de 1210
Castellbó, Cataluña
La mañana siguiente

Ermessenda se sentía incapaz de perdonar a su esposo por obligarla a permanecer separada de Guy, y sobre todas las cosas, por impedirle a él disfrutar de una estancia más prolongada en Castellbó junto a sus hijas, exigiéndole que partiera apenas haber llegado. En su enojo, buscaba a Alaïs y Evelina por todos lados para preguntarles por Guy. Sin duda, las muchachas estarían junto a su padre, aprovechando los escasos momentos que Robi les permitiría compartir con él, antes de volverlo a arrancar de sus vidas. Eso sí, todo indicaba que este preciado encuentro se llevaba a cabo en algún lugar fuera de la vista de Ermessenda, lejos de los muros del castillo.

Los celos de Robi hacia Guy siempre le habían parecido a Ermessenda infundados, pero nunca tan desmesurados. Había que admitir, tras lo poco que había alcanzado a vislumbrar de los textos de su maestro, la posibilidad de que existiera un trasfondo real detrás de ellos. Lamentablemente, los instantes fugaces y agitados en que Robi le había mostrado los poemas habían resultado insuficientes para una comprensión cabal. Algunas frases sueltas, pero impactantes, le venían a la mente, y aunque su contexto era difuso, pensar que Guy podría habérselas dedicado era perturbador… y halagador. Por más que la curiosidad la consumía, sería un despropósito pedirle a su esposo que le prestara los fragmentos para una lectura más detenida. Tampoco sería sensato preguntarle detalles de la confesión que aseguraba haber extraído a Guy en Andorra. Cualquier signo de interés de su parte despertaría aún más la furia de Robi. Ante esta perspectiva, era preferible aguantar el peso de una curiosidad insatisfecha. A final de cuentas, lo que verdaderamente importaba no estaba en las disertaciones de Guy, ni en las elucubraciones de Robi, sino en la clara memoria de Ermessenda: Guy jamás había cruzado un límite con ella.

Respetuoso hasta el exceso, nunca le sostuvo la mirada más tiempo de lo debido. Nunca dio pie a interpretaciones erróneas. Jamás la tocó de manera que pudiera considerarse inapropiada; su comportamiento era casto y protector. Sin importar los sentimientos que Robi creía haber descubierto en él, Guy nunca los manifestó en acciones. Su trato era intachable, y su lealtad hacia Robi ejemplar. ¿Cómo podía su esposo estar tan errado acerca de su naturaleza?

En la imposibilidad de localizar a su amiga o la hermana de ésta, Ermessenda se propuso encontrar al menos a Arthur, el sobrino de Guy. Tal vez él podría informarle algo sobre las circunstancias de su tío, o dejarle un mensaje de su parte. Pero antes de que llegara a las cuadras, alguien se atravesó en su camino. Era Dalmau de Barberà.

—¡Ermessenda! Ven conmigo, por favor. Debes acompañarme.

—¿A dónde?

—Al pueblo. Hay una cuestión urgente que necesita tu atención.

Allí estaba, otra vez, el tuteo de Dalmau.

Sin hacer más preguntas, Ermessenda lo siguió más allá del perímetro del castillo. Descendieron juntos por una calle empedrada hasta que Dalmau se detuvo enfrente de una vivienda modesta.

» Es aquí —le dijo, sosteniéndole la puerta abierta para que ella ingresara.

—¡Pero aún no me dices de qué se trata!

No era infrecuente que Ermessenda visitara a algún vasallo para atender diversos asuntos, y con la llegada de nuevos súbditos no era sorprendente que se requiriera su intervención directa. Pero Dalmau, en el camino, generalmente la ponía al tanto de las circunstancias del caso, lo que esta vez no había hecho.

—Entra y lo comprenderás enseguida —susurró él—. Yo te esperaré aquí afuera.

Intrigada, pero sin temor, Ermessenda ingresó a la morada. En medio del salón, de pie mirando hacia ella, estaba Guy de Perelle. En un impulso de afecto, Ermessenda se lanzó a abrazarlo, a lo que él respondió con igual cariño.

—¡Qué alegría verte, Guy! Temí que te marcharas sin que pudiéramos saludarnos —exclamó Ermessenda. Intentaba que sus palabras sonaran como siempre. Pero en el instante en que lo vio, supo que le sería imposible volver a mirarlo con los mismos ojos después de lo que había leído. Hacía tiempo que Ermessenda sospechaba del *fin'amor* que Guy profesaba por ella, pero enterarse, de primera mano, de la intensidad de estos anhelos, lo cambiaba todo.

—Yo también estaba preocupado por eso —respondió él, ajeno a sus elucubraciones—, pero afortunadamente, tu chambelán ha sido tan amable de arreglar este encuentro.

—Es increíble que mi esposo te haya pedido volver tan pronto a Foix. Me siento profundamente avergonzada por su actitud. Es inaceptable que no te haya permitido pasar al menos una semana con tus hijas, y darle tiempo a *Mistral* para recuperarse del viaje —dijo, reinstaurando el tono de confianza habitual entre ellos.

—No te aflijas por mí, Ermessenda. Mi compromiso está en Foix y volveré allí sin problemas. Sólo consideré necesario poner a estos *credentes* a salvo antes de que se desate el horror sobre nuestras queridas tierras, y supe que tú estarías de acuerdo, a pesar de que esto contraviniera las órdenes de Robi.

—¡Desde luego, Guy! No podrías haber tomado una decisión más acertada. Te estoy enormemente agradecida. —Tuvo el impulso de tomarlo de las manos, pero se detuvo al considerar que, a ojos de él, este gesto podía no resultar tan inocente—. En cuanto a Robi —continuó—, no tengo palabras que puedan disculparlo. En lugar de agradecerte por proteger a los miembros más vulnerables de su pueblo, elige esta conducta; y la manera en que te ha obligado a partir de Andorra, impidiéndote siquiera despedirte de nosotros…

—No seas tan severa con él. Tu esposo te adora, y por ese motivo hace lo que considera necesario para protegerte.

—¿Protegerme de ti? Por favor, Guy, ¡no digas tonterías! Nunca me has causado ningún daño, ni has sobrepasado los límites de nuestra amistad, marcada por el afecto y el respeto mutuo. —Resultaba incómodo estar hablando explícitamente de esto, siempre flotando en el aire, pero nunca dicho.

—¡Y nunca lo haría! En eso tú tienes razón, y tu esposo se equivoca. Por nada en el mundo te pondría en una posición comprometedora ni faltaría el respeto a tu condición de mujer casada. Pero si los celos nublan su juicio, es porque te ama con locura. Y eso lo entiendo.

Las palabras de Guy y su recato habitual terminaron de inclinar la balanza a favor de su inocencia y en contra de los desmedidos celos de Robi. Si de verdad la amaba, en todo caso, esto sólo resaltaría aún más su ejemplar compostura y firmeza de carácter. El encuentro se prolongó apenas unos instantes más, en los que la conversación se centró en los refugiados acogidos en Castellbó, y en las condiciones que se vivían a ambos lados de la cordillera. Ermessenda no se atrevió a indagar sobre los detalles de lo ocurrido entre él y Robi en Andorra, por temor de lo que pudiera salir a la luz. Tampoco mencionó la compleja relación de Alaïs y Arthur, que para Guy seguían siendo sólo primos, pero para el resto eran reconocidos como marido y mujer.

Después de compartir un fugaz y contenido abrazo de despedida, Ermessenda salió de la choza para reunirse nuevamente con Dalmau, que la aguardaba pacientemente en la puerta.

—Eso ha sido más breve de lo esperado —comentó Dalmau, jovial.

—Fue un encuentro corto, sí, pero de gran significado para mí. Gracias por haberlo hecho posible.

—No tienes de qué agradecerme, Ermessenda. Yo más que nadie entiendo las necesidades que una mujer puede sentir fuera de su matrimonio. Guy es un hombre afortunado.

—¿Cómo puedes insinuar algo así? —reaccionó Ermessenda con indignación. —Nuestra interacción ha sido completamente inocente. Guy es como un padre para mí.

—Es un hombre maduro, eso es evidente. Y a su edad es comprensible que las cosas ya no funcionen tan bien como antes. Tal vez te convenga buscar un “amigo” más joven. Alguien con quien, si te encontraras a solas de manera subrepticia, quisieras pasar mucho más que diez minutos...

—¿Es que no lo entiendes? ¡Entre Guy y yo no hay nada! —Ermessenda no daba crédito de la insolencia de Dalmau. Ya tenía suficiente luchando contra los celos de su esposo como para tener que justificarse también ante él. Respiró profundamente para no perder los cabales y devolvió el diálogo al campo de lo razonable: —Lo que sí es cierto es que siento un profundo cariño por Guy, y me habría resultado devastador si hubiese partido de Castellbó sin que tuviéramos la oportunidad de vernos. Pero te ruego que entiendas que no ha sido lo que sugieres.

—No necesitas convencerme de nada porque, aunque lo fuera, yo nunca te juzgaría por ello. No encuentro nada reprochable en permitirse ceder ante el deseo. Al contrario, es natural y necesario.

—¿Eres católico, Dalmau? He oído estas cosas en boca de algunos cátaros, pero en ti no deja de asombrarme. ¿No temes al infierno?

—Creo en honrar a Dios mediante el disfrute de su obra. Si Él nos ha creado con amor, y nos ha brindado cuerpos capaces de deleitarse el uno en el otro, no importa lo que digan los curas, eso no puede ser pecado.

—Ya veo por qué mi padre te ha elegido como su chambelán. ¡Pensáis en formas similares!

Por un breve instante, Ermessenda permitió que una sonrisa iluminara su rostro, pero pronto recuperó su expresión seria para implorar a Dalmau:

» Nunca, ¿me oyes bien? ¡Nunca! debe enterarse mi esposo de este encuentro...

—Ermessenda, ¡tranquila! Tus secretos están a salvo conmigo. La discreción es una de mis mayores virtudes. Sea cual sea el rumbo que tomen nuestros caminos en el futuro, ¡lo que sea!, puedes estar completamente segura de que Robi jamás se enterará.

—Gracias —musitó Ermessenda, insegura de si debía agregar o aclarar algo más, pero Dalmau prosiguió:

—Supongo que habrás escuchado alguna vez sobre mi reputación con las mujeres casadas, ¿me equivoco?

—Algo he oído —replicó ella sin inmutarse.

—Te aseguro que la realidad supera con creces cualquier rumor que te haya llegado —lanzó él, orgulloso de su hazaña como quien despliega un trofeo de caza—. Pero dime, ¿recuerdas el nombre de alguna de esas mujeres?

Tras reflexionar brevemente, Ermessenda se percató de que no venía a su mente ningún nombre en concreto.

» ¡Por supuesto que no puedes recordar ningún nombre! ¿Y sabes por qué? Porque jamás revelaría mis aventuras con ninguna de ellas. Antes moriría que reconocer actos de infidelidad que una mujer haya logrado consumar conmigo. Es una cuestión de honor, a la que jamás fallaría. Esa discreción absoluta es la primera de las cualidades esenciales que un buen amante debe poseer. Y yo, Ermessenda, me enorgullezco de dominar esas cinco cualidades con un nivel de maestría incomparable. ¿Deseas saber cuáles son las otras cuatro?

Ermessenda observó a Dalmau, incrédula ante la ceguera de Robi. ¡Qué irónico resultaba que Guy, que jamás osaría hablarle con tal desparpajo, fuera el objeto de los celos incontrolables de su esposo, mientras que Dalmau era el depositario de su confianza ciega! Con una ingenuidad pasmosa, había llegado a solicitarle que se quedara a solas con ella en lo alto de una torre, sin sospechar que, a escondidas, Dalmau no hacía otra cosa que intentar seducirla.

—Mejor deja que sea yo quien te enseñe sobre las virtudes de una persona leal —replicó

Ermessenda con sagacidad—. Tal vez tengas algo que aprender al respecto. La primera regla consiste en permanecer fiel a tu pareja incluso en los momentos más difíciles, sin importar cuán enfadado puedas estar con él o ella.

—Como desees, Ermessenda. Estoy dispuesto a debatir sobre todo lo que te plazca. De hecho, precisamente, la segunda cualidad esencial de un buen amante es...

—¿No he sido clara en que eso no me concierne? —lo cortó—. Nada podría estar más alejado de mis intereses que tus elucubraciones sobre la infidelidad.

Ermessenda emprendió su camino al castillo, pero después de avanzar unos pasos, se detuvo y se giró hacia él para añadir:

» Ah, y Dalmau, una última cuestión: por favor, vuelve a tratarme de “vos”. No es adecuado que un chambelán emplee el tuteo con la hija de su señor. Es un nivel de familiaridad para el que no has recibido mi aprobación.

—Sí, mi señora. Os pido disculpas. No se repetirá —respondió él, inclinando la cabeza en señal de aceptación.

Ermessenda regresó al castillo sola, con una sonrisa de satisfacción. Lo que ignoraba era que, a sus espaldas, la sonrisa de Dalmau era aún más triunfal.

VIII
Contra la Corriente
Invierno a primavera de 1211

Alix

Invierno de 1211
Pézénas, Languedoc
Tres meses antes de la Pascua de 1211

Simón de Montfort nunca se había sentido tan desanimado en su vida. El invierno anterior lo había enfrentado a duros desafíos, pero aquello era un dulce recuerdo en comparación a hoy. En aquel entonces, había logrado resistir en Carcasona con sus escasas pero aguerridas tropas, hasta que, con la primavera, llegaron los refuerzos y con ellos, la gloria.

Pero este año era distinto.

Este año no estaba frente a un simple retroceso en el camino, sino ante una verdadera debacle. Ni su más empedernida vocación de lucha, ni su resolución de jamás darse por vencido, podrían salvarlo. Esta vez estaba, lisa y llanamente, vencido.

La deserción sistemática de sus cruzados, que se iban tras cumplir los cuarenta días de servicio, era apenas el inicio del problema. Al fin y al cabo, se trataba de un fenómeno predecible, recurrente cada año desde el comienzo de la cruzada. Aunque esta dinámica fluctuante distaba de ser la ideal, Simón se había habituado a ella y había desarrollado una estrategia para continuar, a paso lento pero implacable, con la conquista de Occitania. Durante los meses de verano, Simón recibía pequeños grupos de cruzados que venían desde Francia, peleaban a su servicio durante el período estipulado, y, creyendo haber redimido sus almas, regresaban a sus hogares, dejando espacio para que nuevos voluntarios tomaran el relevo.

Cuarenta días era un lapso insuficiente para preparar a vagos y delincuentes para la lucha contra un adversario tan tenaz como lo era el pueblo occitano. Sobre todo, desde que los *Faidits*, infames guerreros locales, habían adoptado la maldita costumbre de atacar las guarniciones de las plazas tomadas, que intentaban recuperar tan pronto como el ejército de Dios se desplazaba hacia su siguiente objetivo.

Simón había planteado con ahínco, ante el papa Inocencio III, sus quejas acerca de lo exiguo del compromiso exigido a los cruzados. Intentó urdir argumentaciones por la cuales el Señor debía esperar una entrega más permanente de sus siervos, para perdonar las ofensas tan espantosas que la mayoría de esos hombres cargaban sobre sí. No obstante, el peso de la tradición, cimentada desde los días en que el papa Urbano II convocó la Primera Cruzada, se impuso sobre la razonabilidad más elemental. Esta terquedad eclesiástica resultaba particularmente problemática a medida que se acercaba el invierno y la lluvia de refuerzos se interrumpía, dejando a Simón sólo con sus seguidores más fieles y con los mercenarios que pudiera costearse con los botines obtenidos de sus victorias. Sin contar con nadie, debía financiar él mismo la cruzada porque, a diferencia de todos aquellos tibios, él nunca renunciaría a su misión.

En los tiempos de máxima flaqueza, Simón detenía las campañas de expansión y se atrincheraba en un lugar seguro. Desde allí, preservaba sus conquistas mediante exhibiciones de crueldad y operaciones de engaño que lo pintaban invencible. Así, mantenía a los enemigos a tiro hasta la

llegada del siguiente grupo de refuerzos.

Pero este año los vientos soplaban distinto. Hasta los peores tormentos pergeñados por Simón habían perdido su efecto disuasivo. Los occitanos lo sabían desnudo, y estaban dispuestos a destruirlo. Simón se veía encerrado en una situación exactamente opuesta a aquella en la que habría esperado estar a esta altura de la campaña.

Todavía el invierno no había llegado y su imperio ya se tambaleaba, habiendo perdido localidades como Castres y Lombers en manos de los *Faidits*, que encarcelaron y castigaron a las guarniciones norteñas. Los hombres de Montfort sintieron temores que hasta entonces les eran ajenos. Simón también conoció la sucia traición, inevitable consecuencia de la percepción de debilidad, cuando el clérigo que había designado para custodiar Montreal la restituyó a su anterior señor.

De los cuarenta castillos que Simón había conseguido capturar en su momento de máxima gloria, sólo conservaba Carcasona, Beziers, Cabaret, Albi y un puñado de bastiones aislados y sin importancia, separados por grandes extensiones de territorio hostil.

Simón se había atrincherado en Cabaret, donde esperaba resistir el invierno en espera de refuerzos para su siguiente campaña, tal como había hecho en Carcasona el año anterior. Confiado de que de la tregua con Foix se mantendría hasta mediados de abril, su plan era abstenerse de combates, dedicando este tiempo a la diplomacia, especialmente a lograr que el rey Pedro de Aragón reconociera su vasallaje. Lo único que faltaba para que pudieran entrar en este período de hibernación era la unión de las tropas bajo el mando de su teniente Bouchard de Marly, quien traería ochocientos hombres desde Carcasona para consolidar todas las fuerzas en un mismo lugar.

Pero el destino tenía otros planes: ni Marly ni sus hombres alcanzarían Cabaret.

El golpe de gracia lo dio el conde de Foix. Violando flagrantemente la paz pactada por Pedro, el sucio conde fuxeano mandó a su hijo, Roger Bernard, a emboscarlo, faltando todavía cuatro meses para el final de la tregua.

Junto con un gran número de campesinos y ciudadanos, las tropas de Roger Bernard de Foix se escondieron en el bosque que bordeaba Montgey, aguardando la llegada de los hombres de Bouchard de Marly. La sorpresa fue total para los cruzados, que se desplazaban con sus enseres en lo que consideraban un mero traslado rutinario.

A la señal de Roger Bernard, plebeyos y caballeros emergieron del bosque. Con la ventaja artera de quienes golpean primero y repentinamente, atacaron vigorosamente a los cruzados hasta aniquilarlos. Todos los soldados de Marly resultaron muertos, heridos o capturados. Marly mismo fue llevado a prisión. Un caballero que logró escapar a la masacre vino a avisarle a Simón, quien, al enterarse, se sumió en la desesperación más virulenta y angustiante. Deseaba con toda su furia vengarse del conde de Foix y su deleznable hijo, pero se encontraba críticamente corto de tropas. Apenas le quedaban poco más de un centenar de hombres, más cerca de una pandilla que de un verdadero ejército.

Inocencio rechazó sin contemplaciones sus ruegos encarecidos por refuerzos. Dada la apremiante

situación en Tierra Santa y la imperiosa necesidad de defender Constantinopla, los recursos eran insuficientes para atender la contienda occitana.

Con las poderosas huestes del conde de Foix pisándole los talones y sin apenas hombres con los que defenderse, Simón se veía incapaz de vislumbrar una salida. Afligido por la inevitable derrota que se cernía sobre él, empezó a resignarse a la idea de que el final estaba cerca. Si ese era su destino, lo asumiría con honor, luchando hasta el último aliento para llevarse consigo a tantos enemigos como fuera posible.

Sin embargo, cuando todo parecía perdido, un milagro ocurrió. Un milagro con cuerpo de mujer que lo esperaba en Pézénas.

Sansâme fue el primero en avistarla, liderando el formidable contingente de refuerzos que, como caído del cielo, se materializó ante ellos. Trescientos caballeros y más de un millar de soldados portaban los estandartes de la cruzada. Compartiendo la euforia que embargó a Simón, el mastín echó a correr hacia ella, batiendo con energía el medio rabo que Trencavel le había dejado. Cuando *Sansâme* la alcanzó, se irguió sobre sus patas traseras, posando las delanteras sobre la fina cota de malla que cubría la pechera del vestido verde oscuro de la dama. Se mecía y danzaba alrededor de ella como si un espíritu alegre y juguetón, inofensivo, hubiera reemplazado al feroz cazador, sanguinario y terrorífico, que solía habitarlo. Sólo esa mujer era capaz de obrar tal transformación en él.

A Simón le pasaba algo similar cuando estaba con ella. Avanzó hasta situársele enfrente. Ella le extendió sus manos con una sonrisa radiante, y él, incapaz de resistirse, las tomó entre las suyas con delicadeza.

—¡Alix! ¡Esposa mía! ¡Qué grata sorpresa!

—Supe que estabas corto de tropas, y decidí traerte refuerzos.

—¡Eres realmente maravillosa! Pero no lo comprendo... ¿cómo lograste reunirlos?

—Este buen sacerdote me ha acompañado a recorrer las ciudades, pregonando en las plazas, llamando a la cruzada; explicando las atrocidades de la herejía y destacando la noble labor que tú y tus hombres realizáis aquí. No podía quedarme esperando sin aportar a la loable causa de mi amado esposo. Pero ha sido tu excelso nombre en tierras cristianas lo que ha movilizado a todas estas almas.

—¿Y nuestros hijos? —preguntó él, con una sombra de preocupación al no verlos junto a su madre.

—Amaury y Amicie están en buenas manos, en el castillo de Carcasona junto a sus tutores. Asigné cien soldados de mi contingente para reforzar las defensas de la ciudad.

—Has decidido sabiamente, Alix. Eres la bendición más grande que Dios ha puesto en mi vida. Una verdadera muestra de Su valoración hacia mi gesta.

De regreso a Cabaret, Simón cayó en la cuenta de que las fuerzas reunidas por Alix superaban

con creces las que había esperado de Marly en un principio. Parecía que, después de todo, Dios no lo había abandonado.

Una vez a solas en el dormitorio principal del castillo, Simón y su esposa se permitieron el abrazo profundo que habían reprimido frente a los demás. Permanecieron estrechados un largo rato, el necesario para que Simón lagrimeara en silencio, y luego secara sus ojos para mostrarse nuevamente ante Alix. Las tropas aportadas por su esposa lo cambiaban todo. Gracias a ella, la cruzada aún tenía una esperanza.

» El invierno será menos frío a tu lado, mi querida. Y, como muestra de mi gratitud por tu lealtad y valentía, quiero hacerte una promesa: en cuanto el tiempo nos permita vadear el Aude, conquistaré Lavaur para ti, y te nombraré su señora.

Secretos de alcoba

Invierno de 1211
La Seu de Urgel, Cataluña
Una semana después

A Evelina le agradaba permanecer largos ratos abrazada a su compañero después de hacer el amor. Era una oportunidad para el reencuentro, una reconexión necesaria con el hombre real después de haber volado tan alto y tan lejos durante los momentos de placer. Desnudos bajo la tenue luz que se colaba por la ventana, él dibujaba con la yema de su índice líneas suaves sobre su cuerpo. Aprovechando que su esposa se encontraba de viaje, disfrutaban de su tiempo juntos sin prisa, conscientes de que nada ni nadie estorbaría su encuentro clandestino.

—¡Eres bellísima! —dijo él, admirando su figura. Sus movimientos comenzaron a ganar un ímpetu renovado que le hizo saber que pronto, por tercera vez aquella tarde, sus cuerpos volverían a entrelazarse. Evelina se enfrentó a su rostro, acariciándole la barba. Aunque no era un hombre precisamente hermoso, la luz del sol en un ángulo directo se reflejaba sobre sus ojos profundos, haciéndolo ver tan poderoso como un dios griego. Los dedos de Evelina se detuvieron sobre la curiosa cicatriz en forma de 'v' que marcaba el rostro de su acompañante.

—¿Cómo dijiste que te habías hecho esto? —preguntó.

Aunque Guerau siempre rehuía la cuestión, si seguía insistiendo, algún día lograría sonsacárselo.

—Ya te he dicho que es una herida de combate —dijo él, algo molesto.

—Sí, pero nunca me contaste exactamente quién te la hizo y cómo.

—¡Eso no tiene importancia ahora! —Guerau decidió dar cierre al tema besándola en la boca, pero en vez de incrementar la intensidad de sus agasajos hasta desembocar en la siguiente sesión de pasión, volvió a echarse bocarriba, mirando el techo. Aún necesitaban algo más de tiempo para recuperarse. Estaban en Sant Volusian, solos con la servidumbre. Elo había viajado con los niños a visitar a su familia y Dolça, la anciana abuela de Guerau, había fallecido el año anterior. Esa mansión era más deslumbrante que cualquier castillo, y Evelina se sentía orgullosa de estar allí, casi como su señora. Como algo mejor que su señora, de hecho... ya que la esposa del conde era objeto de burlas y engaños, mientras que ella, su amante, era la mujer con la que él verdaderamente deseaba estar. Como tal, recibía lo mejor de él sin tener que soportar sus peores defectos.

¡Si su hermana supiera con quién se hallaba en realidad!, pensó. Alaïs no dejaba de preguntarle con quién se veía fuera de Castellbó. Lo último que se imaginaría era que se trataba del mismísimo conde de Urgel. Porque, aunque Ermessenda y su padre se encapricharan en negarlo, esa era la prestigiosa posición que ostentaba Guerau de Cabrera. Hacía años ya que Guerau actuaba como conde, sin que nadie excepto ellos cuestionaran su autoridad. Las reclamaciones de su prima Aurembiaix habían quedado atrás. Les gustara o no, Guerau era el hombre más poderoso del condado. Alaïs la menospreciaba, creyéndola incapaz de seducir a un noble en las

altas esferas del poder. Se equivocaba. Evelina estaba convencida de que si Trencavel no hubiera fallecido trágicamente cuando ella tenía apenas catorce años, sin duda habría logrado llevárselo a la cama. ¡Más que ello! Se habría ganado su corazón, conquistándolo poco a poco hasta conseguir que la amase con tanta locura como ella a él. Si Trencavel viviera, hoy sería suyo. Además, si la enfermedad de Agnès de Montpellier se la hubiera llevado tal y como hizo, hoy Trencavel sería viudo, y entonces se habría casado con ella. ¡Serían tan felices juntos!, siendo vizconde y vizcondesa de Carcasona o no, eso no importaba, pero se adorarían incondicionalmente hasta el final. Guerau interrumpió sus ensoñaciones con una pregunta que la tomó desprevenida.

—¿Quiénes son, entonces, esas personas que tu padre ha traído de Foix?

Sus réplicas a este tipo de interrogantes tenían que ser cautelosamente meditadas. Aunque sabía que Guerau estaba con ella, sobre todas las cosas, por encontrar irresistibles sus encantos femeninos, era imposible ignorar sus segundas intenciones. Era entendible que un conde deseara conocer qué ocurría paredes adentro de un vizcondado díscolo como Castellbó que, aun formando parte nominal de sus dominios, se negaba a abrirle sus puertas. Sabedora de que él esperaba esto de ella, y deseosa por complacerlo, Evelina le revelaba a Guerau la información que él pedía, aunque a cuentagotas. Era consciente de los detalles que no podía confiar en él. Muy particularmente, evitaba cualquier mención vinculada al catarismo o, desde ya, a su función como paloma mensajera. En lo que a Guerau concernía, tanto Evelina y su familia como todos los refugiados occitanos en Castellbó eran fieles católicos. Era crucial mantener esa fachada, por eso Evelina escogió sus palabras con sumo cuidado:

—Son devotos feligreses de la catedral de Foix, fervorosos en su fe, a quienes mi padre, en un gesto de generosidad, guio hasta aquí para resguardarlos antes de que la guerra los envolviera, ahora que el armisticio entre Foix y los cruzados de Montfort está por acabarse.

—Pero si son católicos, ¿por qué temen tanto a la guerra? Las cruzadas son contra los herejes. La vida de los ciudadanos comunes no corre riesgos tan graves como para justificar traslados masivos fuera del país. —Guerau no era tonto. Evelina necesitaba ser más convincente.

—¡Simón de Montfort no es un enemigo normal! ¡No respeta nada ni a nadie! Su ensañamiento debería centrarse únicamente en esos sucios herejes, lo sé, pero la realidad es diferente. En Beziers, los ha exterminado a todos, sin importar la religión. Y en Bram les ha quitado los ojos, la nariz y las orejas a personas inocentes, mutilando sin piedad a los pobladores de esa pequeña aldea, ¡dónde menos de la mitad eran herejes!

Le resultaba extraño usar despectivamente la palabra “herejes” para referirse, en verdad, a los cátaros como ella. Pero se enorgullecía de hacerlo de forma tan convincente que Guerau jamás sospecharía la verdad.

—¿Y por qué tu padre se quedó tan poco tiempo en Castellbó? —preguntó Guerau, retomando sus caricias mientras le cantaba un nuevo jaque con esa pregunta.

—¡Por culpa de Robi! —respondió ella sin filtro, furiosa como estaba por esa injusta imposición.

—¿De Roger Bernard? —Guerau pareció tan sorprendido como interesado.

—Está celoso de mi padre, por Ermessenda. Me cuentan poco, y no sé si en verdad ha habido algo entre ellos o si solamente son locuras de ese hombre. Lo que sí sé es que Robi detesta a mi padre. Ya lo había mandado a regresar a Foix antes, cuando veníamos de camino, y le ha prohibido acercarse a su esposa.

—Así que Ermessenda y tu padre... —rio Guerau —¿Quién lo habría dicho? ¿Sabías tú que Roger Bernard estaba comprometido a casarse con mi madre? Nuestras vidas están más entrelazadas de lo que parece a simple vista.

Evelina frunció el ceño. Vagamente recordaba la cuestión del compromiso que Robi había roto con una tal "Marquesa" para casarse con Ermessenda, pero recién ahora caía en la cuenta de que se trataba de la madre de Guerau.

—Yo era pequeña cuando eso ocurrió. Siempre me mantenían al margen de las cosas —dijo, desviando sus caricias a las partes más sensibles del cuerpo de su amante, cansada de palabras y deseosa de acción. Sus movimientos dieron resultado tan pronto que decidió montarse a horcajadas sobre él y, engulléndolo como un bocado, dio inicio a la danza íntima que tanto lo enloquecía.

Y entonces Evelina, como hacía cada vez que llegaba esa instancia, cerró los ojos. Los cerró para no ver más a Guerau, porque ese hombre, por mucho que representara, en verdad no le atraía. Los cerró porque sus facciones le disgustaban. Porque sabía que, si lo veía, le sería imposible disfrutar plenamente del momento. Y, sobre todas las cosas, porque cuando los cerraba ocurría la magia. Con Guerau fuera de su vista, las sensaciones comenzaron a apropiarse de su cuerpo como en un poderoso hechizo. En ese instante, se abrieron otros ojos muy distintos en Evelina: no aquellos de la carne, sino los profundos y perceptivos del alma. Con estos nuevos ojos bien abiertos, vio al hombre al que siempre había amado. No era Guerau de Cabrera quien la embestía con lujuria, sino el propio Trencavel, con sus cabellos largos y revueltos, sus maravillosos ojos miel moteados de verde, y su piel tersa y bronceada. La sombra de Guerau se desvanecía en el olvido, dando paso al entrañable Trencavel, con su rostro varonil y dominante, pero que en el fondo conservaba una pureza casi infantil. Trencavel, su amado señor, que había dejado este mundo demasiado pronto, pero hoy estaba allí, amándola. Desde el más allá, su espíritu se encarnaba en el cuerpo de Guerau para hacerle el amor a través de él. Tan claramente lo veía que su presencia obnubilaba sus sentidos. Los gruñidos de Guerau se oían lejanos, diluidos con los ruidos de fondo, reemplazados por la voz amorosa de Trencavel. Eran gemidos de placer que nunca le había oído proferir en vida, pero que escuchaba con tal nitidez que le era imposible dudar de su realidad. Las manos de Evelina, apoyadas sobre el pecho de su hombre mientras iba y venía sobre él, eran inmunes a los ásperos vellos corporales de Guerau, masajeando en cambio la piel tersa y lampiña de su adorado Trencavel. Hasta los olores se transformaban, dando paso al inolvidable aroma a hierbas frescas y a libertad característico de su amado vizconde, que la acometía con ardor, más vivo que nunca.

Refuerzos Furtivos

Primavera de 1211
Lavaur, Languedoc
Un mes y medio antes de la Pascua de 1211

Raimondet de Toulouse posó cariñosamente su mano sobre el vientre protuberante de su hermana.

—¡Todavía no puedo creer que vayas a hacerme tío! —exclamó—. Nunca pensé que el matrimonio y la maternidad fueran parte de tu destino.

—¿Por qué no? —preguntó Wilhelmina, tratando de olvidar por un momento sus responsabilidades militares y la amenaza cada vez más grave que se cernía sobre Lavaur.

—Eh, bueno... —Raimondet buscaba palabras para responder— dados tus intereses peculiares desde niña, supongo que asumí que...

—¿Creías que me sentiría atraída hacia las mujeres? —completó Wilhelmina lo que Raimondet, a pesar de la confianza entre ambos, no se había atrevido a verbalizar—. Pues no lo comprendes, hermano. Los asuntos femeninos en realidad me resultan irrelevantes. El mundo de los hombres es el que siempre me ha fascinado, en todos los sentidos, y esto se extiende a la intimidad...

—¡Eso puedo apreciarlo! —bromeó Raimondet, haciendo un gesto de redondez sobre su propio vientre—. Pero no deja de sorprenderme. Llevar un hijo dentro de ti es, sin duda, lo más femenino que te he visto hacer en tu vida.

Ambos rieron. Se hallaban dando un paseo por los jardines del castillo de Lavaur, poniéndose al día después de casi dos años sin verse.

El reencuentro había sido emotivo, aunque sus circunstancias distaban de ser ideales: Lavaur estaba a punto de sucumbir ante el cerco cruzado. Preocupado por la inminente caída, Raimond de Toulouse, el padre de ambos, había tomado otra de sus decisiones audaces e inesperadas, esta vez alentadora: En teoría aliado de los cruzados, se lanzó en la temeraria campaña de enviar a cien de sus hombres, liderados por su alférez Henri de Valois, a unirse de manera encubierta a las defensas de Lavaur. El *paratge* que le escamoteaba a Montfort se lo devolvía a quienes siempre había debido proteger: los occitanos.

Aunque Lavaur formaba parte de los antiguos dominios de Trencavel, por su cercanía a Toulouse ambas ciudades mantenían lazos estrechos. Esto, sumado a su relación personal con la castellana Giralda y a que su propia hija Wilhelmina se encontraba residiendo con su familia en ese lugar, motivó al conde Raimond VI a este nuevo y secreto viraje, aun a riesgo de echar a perder su alianza con Montfort y con la Iglesia y de recibir represalias que prefería no imaginar.

Las tropas de Montfort eran insuficientes para rodear Lavaur por completo, por lo que la orilla derecha del río Agout estaba libre de asedio. Aprovechando esta falencia, los hombres de Toulouse, desprovistos de estandartes para ocultar su procedencia, lograron infiltrarse en la

ciudad sin ser detectados por los cruzados. Giralda, sabedora de antemano del movimiento, les abrió sus puertas con entusiasmo. Hubiera querido expresar su agradecimiento en persona a su buen amigo, el conde de Toulouse, pero él no se había hecho presente.

Valois y sus cien soldados ya se mezclaban entre la guarnición de Lavaur, mientras Wilhelmina y Raimondet continuaban actualizándose.

—¿Y tú, hermano? ¡He sabido que también te has casado, y nada menos que con la hija natural del rey Pedro de Aragón! ¿Cómo te ha sentado el matrimonio?

—Se trata de una alianza muy conveniente. En un momento en el que las cosas con Montfort se están complicando, fortalecer nuestra unión con Pedro es esencial.

—Lo sé, pero ¡háblame de ella! ¿Cómo es la infanta Sancha? ¿Es bonita? ¿Es amable?

Raimondet se encogió de hombros. —Es muy joven… pero influyente, y eso es lo que importa. No todos tenemos la fortuna de casarnos por amor como tú y Berald.

Poco después, reunidos alrededor de la mesa en compañía de Giralda y varios de sus asesores, Raimondet presentó a la castellana un listado de nombres preparado por su padre.

Naturalmente, Raimondet no permanecería en Lavaur para combatir, pues su presencia allí sería rápidamente detectada por los cruzados, comprometiéndolos a todos como traidores. Su visita tenía un propósito distinto, aunque de vital importancia: asegurar la evacuación de Wilhelmina antes del inminente enfrentamiento. Y no sólo de Wilhelmina, sino también de las otras personas de la lista, que el conde había escogido por vínculos de amistad o lealtad. Raimondet se encargaría de guiarlos hasta Toulouse, donde estarían a salvo.

Aun con los refuerzos liderados por Valois, el conde de Toulouse creía que las posibilidades de repeler a los cruzados eran escasas. Montfort tarde o temprano tomaría Lavaur por asalto. La lucha, una vez dentro de la ciudad, sería feroz y sus resultados impredecibles. Raimond VI no quería que las personas que más apreciaba en Lavaur quedaran atrapadas en el medio del conflicto.

Raimondet se dirigió a Giralda:

—Además de estas personas, mi padre me instruyó que te ofrezca la posibilidad de llevar a diez más, a tu elección.

Giralda envió a sus hombres a convocar a aquellos que habían sido seleccionados para la evacuación. Partirían la mañana siguiente, con la llegada del alba. Sin embargo, ella, que encabezaba la lista, se negó a aceptar el ofrecimiento. Su deber hacia sus vasallos la obligaba a permanecer en su puesto hasta el final.

—Lamento comunicarte que yo tampoco puedo aceptarlo —sorprendió Wilhelmina a su hermano. El rostro de Raimondet de Toulouse perdió todo su brillo en un instante—. Giralda nos ha ofrecido refugio y sustento sin esperar nada a cambio. Ahora que el momento de protegerla ha llegado, no la abandonaré.

—¿Acaso has perdido la razón? —Sentada a la larga mesa, Giralda se mostró implacable—. Ya has hecho demasiado, cuidando de mis nietos como lo hiciste. Nunca podré agradecerte lo suficiente por habérmelos devuelto, y jamás te exigiría más.

—¡Pero Berald y yo deseamos contribuir a la defensa de Lavaur! Es lo menos que podemos hacer, después de haber sido acogidos en tu hogar.

—Eres una guerrera formidable y la destreza de tu esposo con el arco es legendaria en todo el Languedoc. Pero tu hermano nos ha traído cien hombres, y sólo nos pide dos a cambio. Aunque esos cien, aun combinando su valor, no igualen vuestra pericia —dijo, insuflando ligereza con su broma—, ¡ciertamente se acercarán! Además, jamás aceptaría a una mujer embarazada entre mis filas.

—Esas son sólo nimiedades, Giralda. Os ruego que nos permitáis poner mi espada y el arco de mi esposo al servicio de Lavaur.

—Pues no lo permito, y esa es mi última palabra. Como señora de este lugar, te ordeno que regreses a Toulouse junto a tu hermano y que te lleves contigo a mis nietos, y a tu esposo Berald para que te proteja a ti, a los niños, y a tu hijo por nacer. Este año Berald y tú fuisteis como unos segundos padres para mis nietos. Ya han sufrido demasiado perdiendo a los primeros. No consentiré que los dejéis huérfanos otra vez.

Wilhelmina miró a Laura. En un extremo de la mesa, practicaba las vocales sobre un pergamino. Desde su silencio insondable, absorbía todo lo que los adultos conversaban, mirando de tanto en tanto a los presentes. Amaba a esa niña como si fuera su propia hija. Además de entrenarla para la lucha, le estaba enseñando a escribir, con la esperanza de que así, un día, la palabra escrita la ayudara a recuperar la voz que había perdido. Los ojos de Laura, negros y vivaces, poseían toda la expresividad que su voz le negaba. Al observarlos, era evidente lo mucho que la niña tenía por decir y preguntar, y no podía. Cuando aprendiera a escribir, esperaba Wilhelmina, Laura podría al fin comunicar todo aquello que su mutismo guardaba. Con Laura en su corazón y sintiendo la necesidad de no defraudarla, Wilhelmina se armó de valor para insistir:

—Aunque somos mujeres, estoy educando a Laura bajo los principios de honor y valentía propios de un caballero. Un verdadero caballero debe ser leal y valeroso, y jamás huir del peligro para ponerse a salvo de forma egoísta. Para Laura, yo soy un ejemplo a seguir. ¿Qué modelo le daría si abandonara, en la adversidad, este lugar que nos ha acogido con tanta generosidad durante más de un año? Dejemos que Raimondet se lleve a los niños a Toulouse, pero Berald y yo nos quedamos, comprometidos a defender Lavaur con todo nuestro ser. Es la decisión correcta, no sólo por nosotros, sino por el ejemplo que establecemos para Laura.

—¡No es eso lo que quiero! —exclamó una voz fina pero vibrante que Wilhelmina jamás había escuchado en su vida. Alzó su vista, abrumada por la emoción, para confirmar lo que parecía imposible. ¿Laura había hablado realmente?

Giralda se puso de pie de un salto y corrió hasta su nieta mayor. Se arrodilló frente a ella y la tomó de las manos con gentileza, como si temiera que cualquier palabra o gesto pudiera revertir el milagro.

Sin embargo, Laura prosiguió, con una naturalidad sorprendente:

—Cuando crezca, deseo ser tan buena guerrera como tú. Sueño con vencer a Simón de Montfort, ¡con mis propias manos, si me fuera posible! Pero no podré hacerlo si él te mata ahora. Te necesito, Wilhelmina. Si tú no continúas con mi entrenamiento, ningún caballero se dignará a enseñar a una simple niña.

Escuchar a Laura hablar parecía un sueño, tanto así que Wilhelmina debió pellizcarse el dorso de la mano. Wilhelmina, que nunca lloraba, debía de estar afectada por los humores del embarazo, porque los labios le temblaron sutilmente y sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras Laura, prodigiosamente, elaboraba:

» ¡Piensa en el niño que llevas en el vientre! Sé de lo que son capaces los cruzados, y el horror que vi me robó el habla. Ahora que la he recuperado, te lo ruego, Wilhelmina, ven conmigo. ¡Aceptemos el ofrecimiento de tu hermano!

Incapaz de negarse ante tal petición, Wilhelmina se abrazó con fuerza a la niña.

—Y tú también, abuela. ¡Ven con nosotros, por favor! ¡No quiero perderte!

—Niña mía... no sabes lo feliz que me hace oírte hablar nuevamente. Pero necesito que lo entiendas: como señora de esta ciudad y castillo, mi deber primordial es proteger a mis vasallos.

Laura comenzó a sollozar.

» No llores por mí, mi niña. Yo ya he vivido bastante. Una vida más larga y plena que muchos. Pase lo que pase, nadie podrá arrebatarme la alegría de lo vivido. Wilhelmina irá contigo, pero yo debo permanecer junto a mi gente. Eso es lo que mandan el honor y el *paratge*.

Laura terminó por resignarse, abrazada a su abuela entre lágrimas.

Al amanecer, Wilhelmina, Raimondet, Berald y los niños ultimaban los preparativos para su partida hacia Toulouse. Los acompañaba una variopinta comitiva que incluía a algunos *perfectos* y amigos de su padre, así como un puñado de los más respetados artesanos, curanderos, escribanos y mercaderes de Lavaur. Wilhelmina se despidió de Giralda con un afectuoso abrazo, sabiendo que, seguramente, nunca la volvería a ver. Entre los viajeros adicionales elegidos por Giralda, iban cuatro mujeres y dos hombres, desprovistos de ojos. Ya demasiado habían padecido esos desdichados en Bram como para exponerlos nuevamente a las inenarrables crueldades de Montfort. Nadie merecía pasar por algo así una vez en la vida, mucho menos dos.

Ciento veinte personas

Primavera de 1211
Castellbó, Cataluña
Tres semanas antes de la Pascua de 1211

Ermessenda entró al gabinete vizcondal siguiendo el llamado urgente de su padre. Éste se hallaba allí, junto a Dalmau de Barberà y Guillaume Ysarn. A juzgar por la tensión en sus rostros, se hizo evidente que no estaban celebrando nada, sino más bien todo lo contrario. Un pergamino desplegado sobre la mesa parecía ser la fuente de todo el revuelo.

—¿Qué ha sucedido? —indagó, alarmada.

—Carta de Guerau de Cabrera —respondió su padre, y le extendió el pergamino. La mención de Guerau le provocó un escalofrío. Si ese hombre traía el problema, nada bueno se podía esperar. La lectura de la cínica pluma de Guerau la dejó sin aliento. Nada que pudiera haber imaginado era tan grave como lo que allí estaba escrito:

"*He sido informado de asuntos sumamente inquietantes. Se alega que los ciudadanos de origen occitano que albergáis dentro de los límites de vuestro vizcondado son adeptos de la herejía cátara, prófugos de los procedimientos instaurados por la Santa Iglesia en sus tierras de origen. En mi doble calidad de conde de Urgel y piadoso cristiano, me veo compelido a asegurar la pureza de fe dentro de mis dominios, y, por tanto, no permitiré la menor desviación de este sagrado deber.*

Según nuestro censo, son ciento veinte personas las que habéis acogido. Son pues ciento veinte las que deben demostrar inequívocamente su fe católica, bajo apercibimiento de ser retornados a sus lugares de procedencia en caso de no satisfacer los criterios establecidos. Nada mejor que la Pascua que se avecina para apreciar estas pruebas. Sólo aquellos que participen con fervor en la misa y reciban el sacramento de la Eucaristía verán confirmado su derecho a permanecer en este condado.

El obispo y sus acólitos estarán presentes para formular preguntas destinadas a verificar la autenticidad de sus creencias. Adicionalmente, como prueba de su devoción, se requerirá que cada individuo bese la cruz al término de la misa. Finalmente, se exigirá que se sumen a la celebración de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, degustando del cordero y panceta que se ofrecerán en la plaza, sabido como es que muchos herejes se abstienen de ingerir carne, por lo cual este acto servirá como un medio adicional para confirmar su conformidad con las doctrinas de nuestra fe.

Aquellos que no cumplan con estas estipulaciones serán enviados de vuelta a Occitania a la brevedad y depositados en manos de Simón de Montfort, en un viaje que yo mismo organizaré para escoltarlos. Se llevará un registro meticuloso de los asistentes y, de no cumplirse con la totalidad de lo mandado, se tomarán las medidas necesarias para asegurar la observancia de estas disposiciones. Asimismo, he de advertir que cualquier omisión o falta de colaboración por vuestra parte será considerada complicidad con la herejía, situación por la que tanto vuestra

persona como vuestra hija serán juzgados con todo el peso de la ley.”

—Dios mío, esto es peor de lo que pensaba... ¿Qué hacemos? —preguntó Ermessenda agitada, dejando el pergamino sobre la mesa.

—Es grave. ¡Muy grave! —coincidió Dalmau.

—¡Todo lo que hemos conseguido se desmorona! —se lamentó Ermessenda, ahora al borde de las lágrimas.

—No nos desesperemos. Debemos actuar con inteligencia para resolver en lo posible este desastre —intentó imponer algo de calma su padre—. Lo primero es comunicar a la gente lo que se espera de ellos, y hacerles entender que sus vidas dependen de su capacidad de ocultar su verdadera fe. Cuando sepan que la alternativa es ser entregados a Simón de Montfort, la imposición de besar la cruz o la de probar un bocado de carne adquirirá para ellos una nueva perspectiva.

Arnau aclaró su garganta antes de proceder con sus instrucciones para cada uno:

» Guillaume, ve a los campos y reúne a los cátaros refugiados allí, informándoles de la disyuntiva que se les presenta. Vosotros dos, haced lo mismo en el pueblo, intentando convencer al mayor número posible de la necesidad imperiosa de pasar por católicos para sobrevivir. Yo hablaré con el padre Mateo, quien deberá instruirlos en todo lo que necesiten para pasar la prueba el domingo de Pascua.

Bastaron las primeras horas de entrevistarse con sus nuevos vasallos para que Ermessenda se diera cuenta de que no lograrían cumplir con las condiciones exigidas. Aunque muchos, muertos de miedo, estaban dispuestos a lo que fuera con tal de no ser despachados a Montfort, otros, especialmente los más ancianos, fueron rotundos en sus negativas.

Había quienes, por terquedad, rechazaban tomar la comunión o besar la cruz. Otros anunciaban su imposibilidad de aprender en tan poco tiempo los rezos y cantos. Y estaban quienes, aferrados a la prohibición cátara de mentir, se negaban a participar en la farsa por adhesión a sus valores. Ni siquiera su amiga Alaïs, a quien creía sensata y adaptable, se mostró abierta a participar.

Sentada junto a su hermana en la cocina, donde discutían la situación, Alaïs se mordía las uñas, negando con desesperación.

—No puedo hacerlo —dijo, con su rostro mostrando un pánico que la envejeció diez años en un instante—. ¡Dios mío, no puedo!

—¿Por qué dices eso, amiga? Los rezos no son tan difíciles. Yo te los enseñaré —intentó persuadirla Ermessenda.

—¡No es eso! Sé que podría aprenderlos. Haciendo un gran esfuerzo podría tomar la hostia y hasta besar la cruz, sabiendo que Cristo, conocedor de la dura necesidad que me lleva a esas blasfemias, perdonaría las ofensas de besar lo que fue su instrumento de tortura e ingerir lo que se afirma que es su cuerpo.

—¡Por supuesto que Jesús lo entendería y lo perdonaría! ¿Cuál es el problema, entonces?

—¡Es la carne! Guerau exige que todos probemos el cordero y la panceta. ¡Y eso sí que no puedo, Ermessenda! Jamás mi hermana y yo hemos comido carne. ¡Jamás! Por respeto a los animales, a quienes no vemos como comida sino como hermanos. Tan sólo concebirlo me parece una aberración ¿Lo entiendes? Por más que lo intentara, el disgusto no me permitiría hacerlo sin llorar, o temblar, o vomitar, o todo eso junto, y eso me delataría como cátara. ¡Es como si a ti te exigieran comer un ser humano!

Ermessenda buscaba las palabras para combatir este argumento. Era esencial convencer a Alaïs de que aceptara cualquier platillo que se sirviera en la fiesta de Pascua, porque, si se negaba a hacerlo, todo habría sido en vano. Tantos sacrificios, tanta lucha, el esfuerzo de traerlos a Castellbó, la ilusión de sentirse a salvo, todo para que Guerau de Cabrera se interpusiera y lo arruinara todo. Comenzó a hilvanar una respuesta, pero Evelina la distrajo antes de que pudiera completarla. Aferrándose la cabeza con ambas manos, la menor de las hermanas Perelle comenzó a llorar desconsoladamente. Afligida por esta súbita explosión de amargura, Alaïs fue a abrazar a su hermana, sentándose a su lado. Por un momento, Ermessenda tuvo la ilusión de que Evelina fuera de ayuda. Si su llanto se debía a las consecuencias de incumplir con lo exigido, podría contribuir a la sensatez de adaptarse a la dieta pascual y hacer lo que fuera necesario con tal de salvarse.

Las palabras que siguieron la apabullaron:

—¡Fue mi culpa! —proclamó Evelina.

—¿Cómo tu culpa? —exclamó Alaïs, volviendo su mirada clara hacia la lluviosa de su hermana.

Ermessenda observaba atenta el intercambio, preguntándose si realmente podría haber algo tras esta insólita confesión.

—Yo siempre intenté ser cuidadosa al hablar con Guerau, pero tal vez algo que dije... —los sollozos la interrumpían— ¡Guerau sólo me ha usado, Alaïs! ¡Yació conmigo para sacarme información y ahora me ha traicionado! ¡Mandará a la muerte a las personas que más quiero! ¡Pensé que me amaba, pero sólo se estaba aprovechando de mí!

Mientras Alaïs abría los ojos muy grandes, consternada por la revelación, Ermessenda no se sorprendió tanto. Lamentablemente, nunca se le había ocurrido pensar que el amante de Evelina podía ser nada menos que Guerau de Cabrera. De haberlo sabido, le habría advertido sobre él, porque este tipo de traición era exactamente lo que se podía esperar de un hombre de su calaña, y eso, vaya si Ermessenda lo sabía.

—¿Cómo pudiste? —Alaïs ardía de ira hacia su hermana—. Pensé que estabas teniendo una aventura con un hombre casado, pero lo que hiciste es mucho peor. ¡Nos traicionaste! Hablando más de la cuenta nos pusiste en peligro, ¡y ahora todos nosotros tendremos que pagar las consecuencias de tus desatinos!

Sólo Amigos

Primavera de 1211
Castellbó, Cataluña
Dos semanas antes de la Pascua de 1211

Con su padre en Zaragoza y su esposo regresado a Foix para combatir a Montfort, Ermessenda ejerció por primera vez, en los hechos, como vizcondesa de Castellbó. Desde el primer momento, los desafíos de administrar un Castellbó acosado por la amenaza de Guerau de Cabrera la desbordaron. Pero afortunadamente contaba con el inestimable respaldo de su chambelán, Dalmau de Barberà, en quien encontró un apoyo más primordial de lo previsto.

Hacía meses que el rey Pedro II de Aragón venía insistiendo a Arnau para que formara parte de su corte real, en calidad de asesor. Arnau lo postergaba, aduciendo que necesitaba terminar de instruir a Ermessenda para que pudiera encargarse del vizcondado en su ausencia. Sin embargo, había llegado la hora de aceptar. Teniendo a Pedro cerca, habría más posibilidades de convencerlo de interceder ante Guerau por condiciones menos severas hacia los inmigrantes.

—Si Guerau se mantiene al frente del condado de Urgel, sin ser el legítimo heredero, es porque el rey así lo permite. Debemos conseguir que Pedro hable con él. Guerau tendrá que escucharlo, como hizo su tío Ermengol cuando Robi, Raimond Roger y yo fuimos sus prisioneros —había dicho su padre antes de partir.

La actividad en la capilla del padre Mateo era frenética. El párroco organizaba sesiones aceleradas de catequesis que, a su pesar, sabía que en verdad eran de teatro. Quería que los refugiados pudieran pasar decentemente como auténticos católicos cuando fueran puestos a prueba. Lamentablemente, no todos asistían, y de los que lo hacían, muchos abandonaban las lecciones ofuscados. La situación, a pesar de los mejores esfuerzos de Ermessenda, Dalmau, y el padre Mateo, era desalentadora. No había forma en la tierra de conseguir que esas ciento veinte personas comparecieran a la misa de Pascua y satisficieran en forma convincente las astutas exigencias de Guerau. Ni siquiera la mitad lo lograría. Eran demasiados los gestos, errores y omisiones que podrían delatarlos como cátaros. Con el primero que se tambaleara, sus familiares terminarían cayendo por añadidura, y todo se desmoronaría como un castillo de naipes.

Frente a la inevitabilidad de esta catástrofe, Dalmau sorprendió a Ermessenda con una solución no convencional:

—¡Convoquemos católicos de otros pueblos!
Había otras cosas de valor en él, además de su apariencia.

» Católicos que asistan a la misa, comulguen, canten, se sumen con entusiasmo al banquete, y que respondan con soltura a cualquier interrogante sobre su fe. Guerau aguarda la presencia de ciento veinte personas, pero desconoce sus identidades, lo que nos permite reemplazarlos por otros...

La idea parecía tener potencial, pero ni bien pusieron manos a la obra se evidenciaron sus

falencias. Los voluntarios tenían que ser católicos genuinos, y como tales, muchos de ellos repudiaban la herejía cátara, por lo que no se prestarían a la farsa. Con sólo un delator, podrían terminar todos perjudicados. Además, estaba la cuestión del idioma: no podían seleccionar reemplazantes de Cataluña ya que, al ser entrevistados, su acento sería detectado. Debían ser occitanos. Y traerlos desde el otro lado de los Pirineos en tan poco tiempo era imposible. Aunque la propuesta de Dalmau terminó resultando impracticable, al menos él hacía todo lo posible para encontrar soluciones. Se preocupaba, la escuchaba y estaba allí cuando los demás se habían marchado. Ermessenda hallaba en él alguien con quien hablar, desahogarse de sus frustraciones y procurar respuestas.

—¡Gracias, Dalmau! —le dijo después de un día especialmente difícil, mientras ambos caminaban de regreso al castillo—. Honestamente, no sé lo que haría sin ti.

—Es un placer para mí ayudarte en todo lo que esté a mi alcance. Quisiera poder hacer más...

—Ya haces demasiado, te lo aseguro. Mi vida sería un caos si tuviera que encargarme sola de toda esta calamidad.

—Estoy aquí para hacerte feliz —lanzó él, con las riendas ya del todo sueltas.

Tras una pausa que prolongó por el tiempo exacto para que sus palabras surtieran el máximo efecto, Dalmau remató:

» ¿Sabes cuál es la segunda de las cualidades esenciales de un buen amante?

Descolocada por lo inesperado de esta pregunta, Ermessenda respondió con todo el decoro del que fue capaz:

—No, pero no entiendo qué relación podría tener eso con lo que venimos hablando.

—Por supuesto que la tiene. Y lo comprenderás en cuanto te la explique: La segunda cualidad es inclinar siempre la balanza hacia la felicidad de la dama, y nunca hacia el lado contrario. Un buen amante debe darte sonrisas y no lágrimas, soluciones y no problemas, alegrías y no preocupaciones, apoyo y no reprimendas, ni escenas de celos o discusiones. Al fin y al cabo, para eso ya están los esposos, ¿no te parece? —Ermessenda no pudo evitar reír por este último comentario.

—Pesas del lado positivo de mi balanza, desde ya, y por ello te estaba agradeciendo, pero nada tiene que ver ese hecho con las indecencias a las que haces referencia.

—¿De ser amantes? ¡Por supuesto, Ermessenda! Ni falta que hace aclararlo. Nosotros dos somos sólo amigos, eso nunca lo he puesto en duda, y te pido disculpas si algo de lo que dije se pudo malinterpretar. Simplemente lo mencionaba porque las virtudes de un hombre le son inherentes en todo momento y situación. Por ello consideré que aquellas cualidades que he cultivado a lo largo de mi vida, con el fin primordial de ser el mejor amante que alguien podría desear, son perfectamente trasladables a nuestra relación.

Ermessenda no tenía deseos de discutir ni de empañar el ambiente jovial que se había generado

entre ellos, por eso siguió caminando sin replicar.

» Y como amigos, por supuesto, ¿sabes lo que creo que nos merecemos esta noche? Unos buenos tragos de vino. Acompáñame a la bodega, y seguimos conversando allí tranquilos, ¿qué opinas? Ha sido un día ajetreado y merecemos distendernos.

El primer instinto de Ermessenda fue rechazar la invitación, pero luego reconsideró… ¿por qué no? Conocía sus límites y estaba segura de que nada inapropiado ocurriría. Confiaba lo suficiente en Dalmau como para estar con él a solas en un entorno privado. Él jamás haría nada sin su consentimiento y, como ella no consentiría ningún comportamiento indebido, no había peligro. ¡Y el vino le sentaría de maravillas! La sonrisa de Dalmau cuando Ermessenda aceptó su propuesta fue radiante.

Entraron en la bodega casi a oscuras, llevando sólo una vela, con la que a duras penas encontraron las lámparas de aceite y las encendieron. Se acomodaron en las butacas que rodeaban el antiguo barril. Dalmau sirvió una jarra para ella y otra para él. Brindaron por la seguridad de los cátaros de Castellbó. El vino le supo fuerte en el primer trago, pero enseguida se habituó y supo que eso era exactamente lo que necesitaba. El entorno se sentía demasiado íntimo. Tanto, que por un momento Ermessenda sintió culpa. Si su esposo la viera así, sin duda pondría el grito en el cielo. Pero Robi no tendría razón para inquietarse. La irracionalidad de los celos de su esposo era tan perniciosa que estaba invadiendo su propia cabeza como una mala hierba. No estaba haciendo nada malo, apenas compartiendo un momento de tranquilidad y reflexión con su mano derecha, luego de un día difícil gobernando a un pueblo en ebullición.

—¿Crees que tu padre conseguirá algo con Pedro? —preguntó Dalmau, tras apurar en unos pocos tragos su primera jarra.

Ermessenda torció el labio en un gesto pesimista.

—Lo veo muy difícil. Especialmente teniendo en cuenta la “genial” maniobra de mi esposo de romper la tregua con Montfort que el propio Pedro había pactado. ¿Qué inclinación puede tener Pedro a ayudar a un vasallo que incumple su palabra poniendo en entredicho su propia credibilidad?

Ermessenda resopló, y su voz adquirió una mayor gravedad cuando confesó:

» A veces siento que Robi lo hace todo mal. ¡Simplemente no atiende a razones! Le imploré que mantuviera la tregua, pero desoyó mis consejos y lanzó su ataque sorpresa contra los cruzados en Montgey, empleando la misma brutalidad que caracteriza a nuestros adversarios. ¿Y para qué? Montfort enseguida consiguió refuerzos, y la emboscada no sirvió de nada; sólo incrementó su odio y deseo de venganza y perjudicó nuestras relaciones con Pedro.

—Robi es un buen hombre, Ermessenda. Además, no creo que sea ningún tonto. Su estrategia fue audaz, pero bien encaminada. No resultó todo lo efectiva que él esperaba, pero estuvo cerca. ¡Imagina si Montfort no hubiera conseguido a tiempo los refuerzos de su esposa! Las tropas de Foix podrían haberlo cercado en Cabaret. Lo habrían superado ampliamente, y hoy no habría más Montfort. Sin Montfort, la cruzada caería. Así que no desmerezcas a tu esposo. Ha hecho lo más sensato y debes valorarlo.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso te has proclamado su caballero defensor?

—En verdad, Robi merece mi mayor estima y consideración, y no justifico tus duras críticas hacia él. Esto refleja la cuarta de las cualidades de un buen amante: la de no menoscabar al esposo de la dama. Un mal amante aprovecha un momento de disgusto de su dama, en el que ésta se muestra descontenta con el esposo, para desacreditarlo, alimentar su inquina, y surgir como más hombre en comparación. Pero eso es burdo, grosero, mediocre. Un buen amante no sólo evita menospreciar la figura del marido, sino que lo ensalza y defiende, aun cuando la dama expresa quejas sobre él. Porque un buen amante sabe que el matrimonio es sagrado, conoce su lugar y no desea reemplazar al marido, sino complementarlo... llenar los vacíos que éste deja, para que la dama pueda ser verdaderamente feliz.

—Ajá, ¿y la tercera? —preguntó ella, entrando en su juego. Dalmau, sin que Ermessenda se lo pidiera, rellenó las dos jarras de vino una vez más.

—¿Cómo dices? —Bajo los efectos del licor y las luces tenues de la lámpara de aceite, Ermessenda encontró que le resultaba difícil despegar los ojos de Dalmau. Su decencia la impelía a apartar la mirada, pero las formas masculinas en su rostro y en su cuerpo eran tan perfectas que su magnetismo terminaba venciendo a la fuerza de su voluntad. Su voz, ni muy fina ni muy gruesa, pero con una vibración amable, invitaba a escucharlo sin interrumpir.

—Me has revelado la segunda y la cuarta de las cualidades... pero no la tercera —aclaró.

—¡Ah, la tercera! ¡Por supuesto! Siempre como amigos, creo que esta es una cualidad que viene muy a cuento en nuestra situación. La tercera es hacer de tu dama tu prioridad, que nunca deba quedarse esperando por una respuesta ni dudando del papel fundamental que ella juega en tu vida. Que sepa que siempre estarás para ella cuando te necesite, ya sea para una sesión de pasión, unas palabras de aliento, para llorar en tu hombro o simplemente para rellenar su lámpara de aceite. La dama debe sentir que es lo más importante en tu vida, que viene antes que tu trabajo, tus ocupaciones personales, o que cualquier otra persona. Un buen amante hace sentir a su dama como una reina.

—¿Cómo puedes aspirar a tal cosa cuando tienes varias amantes? —preguntó ella con incredulidad y desafío—. Porque según me han dicho, no eres precisamente hombre de una sola dama...

—El truco está en no tomar simultáneamente más de las que se puede satisfacer —respondió él con una calma desarmante—. Cada mujer tiene su nivel de exigencia. Hay que saber encontrar el equilibrio para darles lo que necesitan, y, más aún de lo que puedan soñar. En casos muy especiales, de mujeres únicas que así lo merezcan, esto puede implicar convertirse, por el tiempo que sea necesario, en hombre de una sola dama.

Ermessenda tragó saliva. Él la miró sugestivamente y agregó:

» Dime, Ermessenda, ¿me has visto con otras mujeres desde tu llegada al castillo?

Ella titubeó, recordando los días transcurridos sin presenciar tal cosa; las habladurías se referían

a hechos previos a su arribo.

» Tal vez, —continuó Dalmau sin esperar respuesta —me he estado conteniendo, preparándome para algo más grande.

—Si lo dices por mí... —replicó ella, arrepintiéndose al instante de haber iniciado esa línea de respuesta y viéndose ahora en el aprieto de terminarla. Con las mejillas sonrojadas, temió haber malinterpretado sus palabras y quedar en ridículo con su aclaración.

Pero él no la corrigió y, en su silencio expectante, ella encontró un cierto alivio que la ayudó a proseguir con la idea:

» Si lo dices por mí, yo soy una mujer leal a mi marido y nunca voy a... —empezó a decir, pero fue interrumpida.

—Déjame tener mis esperanzas, Ermessenda. Yo sé ver el deseo a través de las mujeres, incluso antes de que ellas mismas puedan notarlo. Dame el tiempo suficiente para demostrártelo, y pronto verás como me darás la razón.

Dicho esto, y sin borrar su expresión seductora, Dalmau deslizó su vista hacia su escote, posándola impúdicamente sobre sus pechos, para regresarla con ritmo pausado a sus ojos. No disimulaba la voracidad de su deseo. Ermessenda se sintió desnuda bajo su mirada, expuesta y vulnerable ante un hombre que parecía tener el don de desvestir su alma y cuerpo con sólo un truco de su mente. Tanto la incomodó la situación que, sin decir nada más, abandonó la sala repentinamente. En su partida abrupta, sin darse cuenta dejó caer su butaca.

Mientras Dalmau la levantaba con aplomo, en su rostro se dibujó una sonrisa de picardía. Ermessenda se fue con la molesta sensación de haberle permitido ganar esa batalla, y se prometió a sí misma, por su propio honor y por amor y respeto a su marido, que la próxima vez se mostraría mucho más firme.

La hoguera de Lavaur

Primavera de 1211
Lavaur, Languedoc
Diez días antes de la Pascua de 1211

La hoguera de Lavaur era la más espléndida que se hubiera erigido desde el comienzo de la cruzada. Para Simón de Montfort, tal despliegue de grandeza era el más imponente símbolo de su recuperada pujanza, pero sobre todas las cosas tenía un valor personal: era un obsequio para su amada esposa Alix, en agradecimiento por haber aportado las tropas que a último momento le evitaron la ruina definitiva.

En esa majestuosa hoguera comunitaria, cuatrocientos cátaros serían ajusticiados. El número era notablemente superior al de cualquiera de las ciudades tomadas hasta entonces, gracias a la involuntaria generosidad de la castellana Giralda. La mujer había hecho de Lavaur un auténtico nido de herejes, atrayendo cátaros huidos de otras localidades del sur como Cassès, Castres, y Minerve. Aunque ella misma no era *perfecta*, Giralda apoyaba entusiastamente la herejía dando cobijo a *credentes* y *perfectos* de toda la región. Creyendo que los protegía, la muy ingenua sólo los había reunido en un mismo lugar, facilitando así la tarea de Simón. Con más Giraldas, habría culminado su gesta en unas pocas semanas.

Por una vez, las ratas escurridizas no se habían salido con la suya. Hoy hacían fila para ser arrojadas al fuego, que los aguardaba ansioso en su tórrido regazo. Muchos de los cátaros que ya empezaban a arder habían intentado burlar el asedio por la parte trasera de la ciudad, aprovechando que Simón sólo la había cercado por el frente. Aunque algunos habían logrado su objetivo, en su mayoría fueron cazados por las patrullas oportunamente plantadas por Simón en los caminos. Los infelices, para colmo, se abstenían de usar armas y recurrir a la violencia, y tenían una conveniente tendencia a decir la verdad cuando se los interrogaba, todo lo cual había contribuido enormemente a la larga fila que hoy se formaba rumbo a las llamas.

Un cuarto de los condenados ya crujía en la hoguera. Los demás, aunque presenciaban el suplicio de sus compañeros, avanzaban con la frente en alto. Caminaban erguidos con aire desafiante y, si tropezaban por debilidad, se volvían a levantar. Parecían querer demostrar que no tenían miedo. Los ojos de todos, abiertos sin pestañear, apuntaban al frente sin mirar, y sus pasos lentos y pesados eran los de cuerpos que marchaban en forma automática, sin nadie real en su interior. Simón se preguntó si algún brebaje o hechizo podría estar detrás de tal enajenación, o si era fruto de una fe ciega. En este último caso, no cabía duda de que semejante fe debía extirparse de la faz de la tierra. La locura de los adultos se había contagiado a los niños y jóvenes. Todos aquellos condenados, con obstinación ciega y demencial, seguían empeñados en aferrarse a su fe, por más que ello les costase despedirse de esta vida y de un modo poco amable.

Los alaridos de quienes se desintegraban adentro del recinto ígneo no impedían oír un murmullo monótono que se extendía principalmente entre los que aguardaban su fin. Los ciudadanos de bien observaban el espectáculo con una mezcla de respeto y fascinación. Simón pronto se dio cuenta de que las voces que se elevaban al cielo eran cantos. Himnos colectivos de la fe cátara,

que proclamaban hasta la exasperación que esos hombres y mujeres morían sin renegar de sus creencias ni de su destino.

"Oh, Padre Santo, Marchamos hacia ti"

"Oh, Padre Nuestro, ayúdanos a bien morir"

Repetían una y otra vez. ¡Los cátaros se arrojaban al fuego sin dejar de cantar!

Simón exigió silencio, pero más condenados se sumaron al coro de desahuciados, con creciente volumen y energía. Sintió impotencia al advertir que no quedaba otro castigo que pudiera aplicarles para controlarlos.

La caída de Lavaur había sido una gloriosa operación militar, producto no tanto de la superioridad numérica sino de la pericia, paciencia y destreza de los ingenieros de Montfort. Durante las noches, los cruzados obstruían con troncos el foso, actuando con la laboriosidad de los castores, más rápidamente de lo que los defensores podían contrarrestar. Mientras tanto, y a ocultas de la defensa, los ingenieros minaban la muralla de la ciudad. Esta labor meticulosa debilitó las fundaciones de los muros hasta que, inesperadamente para los habitantes de Lavaur, una de sus torres principales colapsó. La implosión posibilitó la incursión de las fuerzas cruzadas. Tomada por sorpresa, la humilde resistencia ofrecida por la guarnición de Lavaur fue fácilmente sofocada. En menos de una hora, la ciudad era de Simón de Montfort. Con la victoria asegurada, la bandera de los cruzados fue izada, orgullosa, sobre el castillo de Lavaur.

Conforme a las tradiciones del combate, la guarnición derrotada quedaba a merced del vencedor. Simón planeaba ejecutarlos a todos, ya que un buen escarmiento era más útil que un puñado de nuevos reclutas de cuestionable lealtad. Sin embargo, uno de sus oficiales llamó su atención con una revelación inesperada: Entre los defensores capturados había hombres que sus propios soldados reconocieron como sus no muy antiguos compañeros de batalla.

¡Eran hombres de Toulouse! Simón comprobó personalmente que entre ellos se encontraba el alférez Henri de Valois y unos ochenta tolosanos cuyos rostros le eran inconfundiblemente familiares. La sorpresa de dar con soldados de su supuesto aliado entre aquellos que habían levantado armas en su contra lo habría dejado atónito de no tratarse precisamente del conde Raimond de Toulouse.

Arnaud Amalric, que sentía un rencor y animadversión calificados hacia el conde de Toulouse, se mostró exultante ante el descubrimiento.

—¡Ni un cabello de estos hombres debe ser tocado! —exclamó con sus ojos radiantes de triunfo —. Son la prueba viva de la traición de Toulouse. Su testimonio será invaluable para algo más significativo que una mera represalia: ¡Con su ayuda, lograremos que Raimond de Toulouse sea excomulgado nuevamente!

Aunque Simón no compartía la obsesión de su compañero de cruzada por excomulgar a Toulouse, ahora que su obscena traición había quedado evidenciada, no veía motivos para empañar la ilusión del legado papal. Bien merecido se lo tenía. Ya habría tiempo para castigar a esos renegados una vez que hubieran cumplido su función.

El fuego estaba en su cenit y el espíritu de la gente también. La multitud gritaba en las tribunas con un clamor ensordecedor, quizás para no oír los incisivos chillidos de los incinerados. Los cátaros aun ilesos y los recién ingresados al hervidero unían sus voces en una melodía blasfema. Ni en sus batallas más impetuosas Simón había escuchado tanto ruido. El bullicio era enloquecedor, y el canto de los mártires especialmente intolerable.

"Oh, Padre Santo, Marchamos hacia ti"

"Oh, Padre Nuestro, ayúdanos a bien morir"

Sin embargo, a medida que sus cuerpos se sumaban al cada vez más impresionante incendio que adornaba el centro de la plaza, los cantos devenían incomprensibles y desafinados, transformándose en intermitentes lamentos que, aunque espeluznantes, no se prolongaban demasiado. Tal era la temperatura que habían tomado las infernales llamas que sus voces, como sus vidas, se extinguían en breves instantes.

Un simple vallado de madera, formado por estacas clavadas al suelo y unidas por tablones, actuaba como separación entre los condenados y los espectadores. Custodiada por guardias apostados cada pocos pasos, esta incipiente cerca era suficiente para disuadir a cualquiera que pensara en escapar. Esto no impedía que algunos asistentes se acercaran a los sentenciados, ya fuera para insultarlos y escupirlos, o para despedirse de ellos.

Tal fue el caso de un extraño hombrecillo jorobado que se detuvo al lado de la cerca para intercambiar unas palabras finales con un cátaro de unos cincuenta años. Simón observó la interacción. El condenado a muerte no era un *perfecto*, a juzgar por su vestimenta, pero tampoco se veía como uno de esos *credentes* disolutos para los que cualquier aberración estaba permitida. Hablaba, vestía y se comportaba como un hombre culto y razonable. Casi como si se tratara de un noble de alta estirpe, íntegro y sereno a pesar de la inminencia de su martirio. Con el cabello corto de un rubio encanecido, unos ojos claros como el cielo, y de mirada amable, el reo parecía más un erudito que un hereje. Más un hombre con quien Simón podría compartir una tertulia que uno al que deseara arrojar a las llamas. ¿Cómo era posible que alguien de esas características prefiriera deshacerse en la hoguera antes que abjurar de su torcida fe? Simón decidió acercarse a él.

El jorobado salió corriendo espantado y se perdió entre la multitud al notar que Simón se aproximaba. El reo, quedando solo frente a él, lo recibió con una mirada tan segura y desafiante que Simón sintió un ligero temblor que lo recorría de arriba abajo. ¿Era posible que en estos extremos demenciales de extraña fe, muerte y máximo sufrimiento estuviera operando Dios en alguna forma desconocida? Pero Simón también era un hombre de certezas:

—¡Arrepiéntete de tus pecados, hereje! Renuncia a tu falsa fe y aún puedes salvar tu alma del infierno y tu cuerpo de las llamas —le espetó.

El hombre lo observó impasible, desde una dimensión alejada. Sabedor de quién era su interlocutor, le respondió con una voz tan profunda y pacífica que resultó perturbadora:

—Arrepiéntete de tus pecados, Simón de Montfort. Renuncia a tu falsa fe y aún podrás

reencarnar en un ser más elevado en tu próxima vida. Más lejos de la crueldad y la violencia y más cerca de la pureza de Dios.

Antes de que Simón pudiera descargarle un golpe, el hombre se lanzó a las llamas, adelantándose ágilmente a sus compañeros. Lo hizo sin mirar atrás, zambulléndose en el ígneo abrazo como si fuera tan sólo un chapuzón en aguas tranquilas.

Simón observó cómo las llamaradas empezaban a desfigurar y oscurecer la piel de este hombre que ningún sonido emitía. Había algo inquietante en la inquebrantable seguridad de aquellos cátaros. Su actitud le trajo reminiscencias de la castellana Giralda, dos días antes, cuando su fortaleza cayó y enfrentó a los cruzados con una determinación feroz:

—¡Hijos del demonio! —exclamaba con el fervor de quien se sabe perdido, pero se muestra indomable—. ¡Vuestras almas están tan vacías de divinidad que no bastarán mil vidas para encontrar redención! Seáis condenados a mil vidas de sufrimientos y carencias. ¡Mil vidas peores que el infierno!

Impulsados por un miedo supersticioso ante lo que percibían como la maldición de una bruja, los soldados se precipitaron sobre ella, arrojándola al oscuro abismo del aljibe del castillo. Sin acercarse, Simón observó cómo sus hombres se inclinaban sobre la boca del pozo, ansiosos por discernir el destino de su caída.

—¡La bruja aún respira! —exclamó uno de ellos—. ¡Está bajo la protección del maligno!

Uno de los hombres tomó una piedra y la arrojó al aljibe. Otros hicieron lo mismo y pronto todo el grupo de cruzados arrojaba piedras con furia a su interior. Simón los dejó a lo suyo, sabiendo que no se detendrían hasta asegurar su muerte. La cesación de los gritos indicó que ese momento había llegado.

Ya más de la mitad de los cátaros ardía en la hoguera de Lavaur y un montículo de restos humanos tomaba forma. El calor era tan insoportable que Simón se vio obligado a alejarse de la pira. Necesitaba acercarse a su esposa, Alix.

—¡Esto es maravilloso, mi amor! —exclamó ella, aferrándose cariñosamente a su brazo mientras admiraba el espectáculo. Otras mujeres estarían horrorizadas por el humo que ardía en los ojos, y por el asqueroso olor de la carne chamuscada, pero Alix sabía ver más allá de lo evidente. La aplastante victoria de su esposo sobre el enemigo la llenaba de gozo. Alix entendía perfectamente que aquellos condenados eran herejes impenitentes, y que, por lo tanto, su ejecución representaba una celebración a ojos del Señor. Tomaba a su esposo del brazo con la frente en alto y un gesto triunfal. Su aplomo reforzaba su imagen de una dama virtuosa, humilde y pía, ejemplificando la esencia de una verdadera cristiana. Alix encarnaba la hermosura profunda de quien lo daba todo por su hombre y por sus deberes.

Pero el semblante de Alix empezó a tornarse sombrío, como si algo en el ambiente perturbara su paz.

—¿Qué te preocupa, amada mía? —inquirió Simón, percibiendo la repentina inquietud en su esposa.

—Son esas niñas... —respondió Alix, apenas en un susurro.

—Hay muchos niños entre los herejes. Es doloroso, sin duda, pero, piénsalo, querida... ¿qué alternativa tenemos si sus padres son ejecutados? No podemos condenarlos a la orfandad. Correrían el riesgo de vagar sin rumbo, sumirse en la mendicidad o caer en el hurto.

—Comprendo eso —dijo Alix—. Pero no hablo de todos los niños de la fila, sino sólo de esas tres.

—¿Las rubias?

—¡Mira qué hermosas son! Sería absurdo que Dios creara unas criaturas tan bellas si su único objetivo para ellas fuera que murieran chamuscadas en la hoguera a tan corta edad. ¡No puede ser esa la voluntad del Señor!

Alix tomó un aliento profundo antes de continuar

» Por favor, Simón, ¡haz que no las maten! ¡Tienen prácticamente la misma edad que nuestra Amicie! Sálvalas y yo misma me encargaré de educarlas en el más estricto catolicismo, y de convertirlas en doncellas para nuestra hija. Te lo ruego, esposo mío. Hazlo como un favor personal para mí.

Sin mediar una palabra más, Simón dio la orden a uno de sus soldados de apartar a las tres niñas de la fila de ejecución y traerlas a su esposa.

Conmovida hasta el fondo del alma, Alix se precipitó a envolver en un abrazo a las tres pequeñas, rescatadas en el último instante antes de ingresar a las llamas.

—Tranquilas, bonitas, ¡ya estáis a salvo!, venid conmigo que os daré algo de comer y beber —musitó entre lágrimas.

—¡Mamá! —gritó desesperada una de las niñas, de unos siete años, mirando hacia la fila de condenados.

—No ocurre nada malo, pequeña —intentó consolarla Alix—. Sólo deben morir porque son herejes, pero vosotras no debéis preocuparos más de esas cosas. Pronto el recuerdo se desvanecerá y seréis educadas en la verdadera fe cristiana.

La niña miró a Alix con sus ojos cargados de lágrimas y de incertidumbre.

» No hay nada que temer, niñas mías. Hoy comienza para vosotras una nueva vida, bajo la luz y la bendición de Dios. Ese fuego se lleva consigo toda la oscuridad.

El buhonero

Primavera de 1211
Castellbó, Cataluña
Una semana antes de la Pascua de 1211

La aparición en Castellbó de un jorobado procedente de Lavaur conmocionó al pueblo entero. Era un buhonero que traía noticias devastadoras. La gente, curiosa y ansiosa por novedades, se congregó alrededor de él en el centro de la plaza. El hombre empezó a narrar los espeluznantes detalles de la quema de cátaros de Lavaur, y del salvaje apedreamiento de la castellana Giralda en el aljibe. Cuanto más espanto causaban sus primicias, más monedas le arrojaba la ávida audiencia, para que siguiera hablando. De ese modo turbio era como esa gente se ganaba la vida, usufructuando la atracción de las multitudes hacia lo nefasto.

A medida que avanzaban los relatos morbosos del buhonero, crecía el miedo de los refugiados occitanos. Asumiendo inevitable que, llegada la Pascua, Guerau de Cabrera entregaría a muchos de ellos a Montfort, debían prepararse para enfrentar el destino que les aguardaba, con la misma hidalguía que sus compañeros de fe de Lavaur. Los castellboenses que escuchaban estaban quizás más abrumados aún. Habían forjado lazos afectivos con los cátaros y la naturaleza de las atrocidades que oían excedía su imaginación.

Ermessenda observaba al buhonero desde lejos y con desdén. El frenesí que desataba con sus descripciones era malsano. El inexplicable placer oculto que se traslucía en sus palabras era perturbador. Ella ya estaba al tanto de los sucesos de Lavaur, gracias a Evelina y su red de palomas mensajeras, y veía a este espectáculo como un reflejo de los peores aspectos de la curiosidad humana.

Encontró entre la concurrencia a Mondi Trencavel y decidió alejarlo de allí.

—Vamos al castillo.

Mondi, rodeado por otros niños del pueblo, se mostró renuente a partir.

—¡Quiero escuchar! Necesito conocer al enemigo para poder vencerlo.

—Conocerás todo lo esencial cuando llegue el momento —le aseguró Ermessenda—. Ahora ven conmigo.

De mala gana, el muchacho se despidió de sus amigos y, murmurando quejas, ascendió al castillo de la mano de Ermessenda. Ella, buscando suavizar su frustración y atendiendo la insistencia de su esposo de cuidar de él, inició una conversación:

» He oído que estuviste practicando tiro con arco. ¡Me encantaría que me muestres lo que has aprendido!

En cuanto llegaron, el niño corrió a la armería a tomar su arco y un carcaj de flechas. Regresó

con el mismo paso erguido y seguro de su padre. Deseoso de demostrar sus recién adquiridas habilidades, Mondi guio a Ermessenda a un sector del bosque que rodeaba el castillo. Allí, su maestro había colocado un bloque de madera pintado en su centro con un círculo mayor y uno menor. Mondi se ubicó detrás de un tronco enfrentado al blanco por una distancia significativa. Su rostro de pronto adoptó los signos de seriedad y quietud que evidenciaban un estado de concentración máxima, que no parecía posible en una criatura de su corta edad. Mondi disparó su primera flecha, y luego tres más. Dos dieron en el centro, una en el círculo exterior y otra en el espacio entre ambos.

» ¡Excelente! —exclamó Ermessenda.

—¿Quieres intentarlo? —la desafió Mondi. Ermessenda jamás había lanzado una flecha, pero aceptó. Mondi debió explicarle cómo sujetar el arco. Como pudo, tiró su primera flecha, que cayó a mitad de camino, lejos del blanco. Sus siguientes intentos se desviaron hacia los costados, quedaron cortos o pasaron por encima del blanco, como si su intención fuera la de no tocar la madera. Mondi empezó a reír y Ermessenda a admirarlo ya que, ahora sí, había entendido que la puntería del muchacho era prodigiosa.

Las carcajadas y felicitaciones culminaron cuando Evelina irrumpió, buscando a Ermessenda con notoria urgencia.

—¡El buhonero ha subido al castillo y pide hablar en privado con nosotras! —anunció—. Solicitó hablar contigo, Ermessenda, y con las hijas de Guy de Perelle. ¡Dijo que trae un mensaje de mi padre!

¿Qué podía tener que ver Guy con el buhonero de Lavaur?, se preguntó Ermessenda. Le pidió a Arthur que ayudara a Mondi a recoger las flechas que habían quedado esparcidas y que siguiera practicando puntería con él.

El jorobado buhonero y Alaïs las esperaban en el patio, junto a la fuente. El individuo tenía un hombro más alto que el otro, y la ceja correspondiente a esa mitad del cuerpo también notoriamente más elevada que la opuesta, como si al nacer la partera lo hubiera estirado de un solo costado. Ermessenda lo invitó a pasar a las cuadras para disponer de una mayor privacidad. Aunque sospechaba que, no contento con las monedas que le había arrancado a la población, aquel deforme mensajero pretendía sacarles aún más a ellas, la mención de Guy de Perelle había despertado su curiosidad.

—Pues bien... —indagó Alaïs ni bien quedaron los cuatro a solas—. Dices que has hablado con nuestro padre. ¿Dónde fue eso?

El jorobado hizo una pausa dramática, como si tuviera dificultad en encontrar las palabras justas dentro de su mente.

—Debéis ser valientes para escuchar lo que tengo para decir —aclaró con voz grave—. Tal vez prefiráis sentaros para recibir esta noticia.

A Ermessenda se le formó un nudo en el estómago. Las tres intercambiaron miradas.

—¡Habla! —ordenó Alaïs.

—¡Como queráis, bellas damas! ¡Yo solamente os estaba advirtiendo! —el buhonero las miró dubitativo, pero enseguida decidió proseguir:

—Hablé con Guy de Perelle en Lavaur... más específicamente, en la fila de cátaros condenados al fuego en Lavaur.

Ermessenda sintió que las piernas se le aflojaban y deseó haber aceptado la sugerencia de tomar asiento, lo que hizo de inmediato, seguida por Evelina y Alaïs. Las tres se dejaron caer, casi sin darse cuenta, sobre un alargado bloque de paja junto al muro del establo. Temblaban profusamente.

—No... ¡no lo entiendo! —tartamudeó Evelina—. Mi padre se encontraba en Foix, ¡no tenía nada que hacer en Lavaur!

—Pues lamentablemente allí estaba. Lo he visto con mis propios ojos y escuchado con mis propios oídos —agregó el buhonero—. Debéis estar muy orgullosas del coraje y convicción de ese hombre.

Alaïs, sentada en el medio, entrelazó los dedos de una de sus manos con su hermana y los de la otra con su amiga y los apretó con fuerza, las tres con la mirada fija sobre el mensajero.

» La fila era larguísima y el calor insoportable... —continuó éste retomando el tono insufrible que ya le habían escuchado en la plaza —y mientras muchos de los cátaros ya ardían en la pira, los otros, que caminaban hacia su muerte, desfilaban por al lado de una valla, detrás de la que yo me hallaba. Fiel a mi labor de informante, ofrecí a los condenados la oportunidad de enviar un último mensaje. Así fue como vuestro padre se acercó a mí. Él fue quien me rogó que viniera a Castellbó. Su pedido me conmovió tanto, que, por venir a veros a vosotras, cumpliendo así con su última voluntad, me he alejado de mi camino habitual. Espero que sepáis recompensarme generosamente...

—Eso se verá, cuando oigamos lo que tienes que informarnos —replicó Ermessenda—. ¿Qué es lo que ha dicho Guy?

—Dijo que no sufráis por su muerte. Que un *perfecto* le ofreció durante su confinamiento el *consolament del buen final*, y que marcha con Dios, hacia una nueva existencia más luminosa. Que ha preferido dar este paso que renegar de su fe, y que, aunque va a extrañaros allí donde esté, sabe que Cristo lo recompensará por su sacrificio y honestidad.

Las lágrimas de las tres mujeres ya fluían libremente por sus mejillas empapadas, mientras sus labios no dejaban de vibrar y sus manos se apretaban con fuerza.

» Guy me ha pedido que os diga que os ama... a las tres. ¡Que seáis felices!

—¿Y qué ha ocurrido después con mi padre? —preguntó Evelina, dispuesta a conocer toda la verdad, mientras su hermana se veía abrumada por una profunda tristeza que le robaba la voz.

—¡Simón de Montfort mismo vino a hablar con él! Ignoro lo que se dijeron porque debí salir corriendo en cuanto vi a ese monstruo acercarse. ¡No fuera a ser que me enviara a la fila por amigo de los herejes! Pero lo que sí puedo deciros con certeza es que, lo que sea que Guy le haya dicho a Montfort, lo dejó pálido como una hoja de papel. Y que enseguida, con la dignidad de un santo, vuestro padre corrió hacia las llamas, anticipándose a quienes esperaban delante de él, y se arrojó al fuego sin miedo. Guy de Perelle murió como un mártir... como un héroe de la fe cátara.

El llanto incesante y desgarrador de las tres muchachas les impedía hablar, abrazadas en un dolor que les estaba imprimiendo marcas indelebles. Pero el buhonero seguía allí, perturbando el duelo al que necesitaban entregarse.

—¿Algo más? —inquirió Ermessenda, buscando una moneda en su faltriquera. Quería sacarse de encima esa inquietante presencia asimétrica y siniestra.

—Sí, hay algo más —la sorprendió el jorobado—. El mensaje que Guy de Perelle me ha dejado para vos, Ermessenda de Castellbó, antes de arrojarse a la hoguera. Guy ha pedido que os diga lo siguiente:

“No confíes en Robi.”

Alaïs y Evelina pausaron sus sollozos para escuchar con atención. Esto no era lo que estaban esperando.

—¡Prosigue! —ordenaron.

—Ha dicho que fue Robi, consumido por celos, quien lo mandó a Lavaur, consciente del destino que allí le aguardaba. Además, el nombre de Guy de Perelle estaba en la lista de cátaros que poseía Montfort, información que sólo Robi podría haberle dado, ya que sólo él sabía que Guy estaría allí. “No confíes en Robi, Ermessenda”, advirtió Guy, “Ese hombre no merece tu amor”.

—¡Es verdad! —clamó Alaïs, aprovechando la oportunidad para transformar la horrenda tristeza en potente ira—. ¡Tu esposo siempre celó de él! Por eso mi padre debió abandonarnos en Andorra, ¡él mismo me lo confesó! Y por eso Robi lo hizo regresar a Foix sin permitirle quedarse con nosotras ni siquiera tres días. Pero esto... ¿Esto? ¡Jamás se lo perdonaré! Y si tú sigues apañándolo a pesar de todo, tampoco te lo perdonaré a ti.

Ermessenda, enceguecida de dolor y amargura, entregó al buhonero una moneda de plata para que se fuera de una vez, y regresó para abrazarse con las hermanas Perelle, pero éstas la rechazaron.

—Vete tú también, Ermessenda, ¡por lo que más quieras! —le rogó Evelina—. ¡Tú y Robi sois los culpables de esta desgracia!

—Mi hermana tiene razón. ¡Vete, por favor! —remató Alaïs, rompiéndole aún más el corazón—. Respeta nuestro dolor.

Ermessenda corrió a su dormitorio, intentando ocultar su rostro lloroso y evitar que cualquiera le hablara por el camino. Cerró la puerta y se arrojó al suelo, incapaz de llegar hasta el lecho. Lloró

como pocas veces en su vida. Guy de Perelle... su querido maestro. Su noble protector, su desinteresado guía. Uno de los hombres más bondadosos, honorables y gentiles que había conocido en su vida. Había dejado el mundo de los vivos ¡y de esa forma tan espantosa! Era lacerante saber que nunca más lo volvería a ver, y que el despiadado fuego había convertido en cenizas sus delicados pensamientos y su sensibilidad sin parangón. No podía evitar imaginar el dolor de Guy cuando las llamas abrazaron su piel y su carne. La horrorizaba tal nivel de maldad, tal locura capaz de aniquilar de forma intencionada cientos de vidas inocentes, incluida la de un ser tan entrañable.

¿Y Robi? ¿Era posible que Robi hubiera enviado a Guy a Lavaur con plena intención?

Ermessenda empezaba a comprender que no había perdido sólo a un hombre al que adoraba, sino a dos.

IX
El destino
Primavera a verano de 1211

El domingo de Pascua

Pascua de 1211
La Seu de Urgel, Cataluña

El día del año que debía significar el renacer de la esperanza, fue recibido en Castellbó con un sentimiento muy distinto: para muchos, había llegado la fecha más temida. Temida primero porque desde hacía más de un año se había marcado como el fin de la tregua entre Foix y los cruzados; y temida después porque Guerau de Cabrera la había trocado en un ultimátum para los cátaros. Aquel domingo de Pascua de 1211 deberían sortear las pruebas para demostrar su inexistente fe católica. De fallar, serían entregados a Simón de Montfort.

Atormentados por las noticias de Lavaur, algunos cátaros habían optado por absorber con devoción las enseñanzas del padre Mateo, decididos a evadir su fatal destino. Por eso hoy, en una Seu de Urgel inundada por multitudes, más de ochenta refugiados occitanos bajo la protección de Ermessenda estaban presentes en la catedral. Se disponían a representar su papel en la celebración pascual, con distintas dosis de convicción. Pero el grupo reunido no llegaba a completar la concurrencia esperada por Guerau. Muchos cátaros permanecían escondidos en Castellbó.

Unas veinte almas católicas y generosas provenientes de Acs-les-Tèrmes se prestaron a la arriesgada propuesta de Dalmau. Pero aun con esta ayuda, lejos estaban de alcanzar el imposible número de ciento veinte occitanos que Guerau había exigido. Para peor, de aquellos presentes en el evento, nada garantizaba que fueran capaces de cumplir con la farsa que se esperaba de ellos.

Un notario, apostado en la entrada de la iglesia, registraba meticulosamente a los asistentes desde detrás de su atril. A cada occitano se le solicitaba su nombre, religión y lugar de procedencia. Recién luego podían entrar a la catedral. Allí, se les había reservado un área exclusiva, delimitada con cuerdas, en el ala sur. Este protocolo provocaba que el acceso fuera exasperantemente lento. La espera sería interminable, dada la cantidad de personas que esperaban su momento de ingresar.

Para no perderlos entre la muchedumbre, Ermessenda iba tomada del brazo de Dalmau por un lado y de Mondi por el otro. Avanzaba a pasos diminutos, intentando localizar a Evelina y Alaïs entre la gente. Estaba verdaderamente preocupada por ellas. Ambas se venían mostrando frías y hostiles desde la noticia del horroroso final de su padre. La culpaban por haber despertado en Robi los celos que habían conducido a Guy a la muerte. Ningún ruego ni explicación de Ermessenda era capaz de matizar la rabia.

Comprendiendo la profundidad del duelo de Ermessenda, recrudecido por el desprecio de las hijas de Guy, y respetando a rajatabla la gravedad de las circunstancias, Dalmau se había comportado de forma intachable desde la llegada del buhonero. Su chambelán entendió que el momento de las frivolidades había terminado, y a partir de ese día sus comentarios inadecuados no volvieron a repetirse.

Ermessenda le estaba inmensamente agradecida; lidiar con sus inoportunas insinuaciones era lo último que necesitaba. Ya demasiado tenía en su plato con su luto agudo por la pérdida de Guy, la falta de respuestas de Robi a sus inquisitivas cartas, y los preparativos de la singular festividad pascual que se venía.

Demostrando que no era tan vano como Ermessenda alguna vez lo había creído, Dalmau había probado su seriedad y valía en tiempos desafiantes. Se había convertido en un verdadero amigo en aquellos duros momentos en los que, de no ser por él, Ermessenda se sentiría completamente sola y perdida.

—¡Allí están las Perelle! —señaló Dalmau. Ermessenda sintió un inmenso alivio al verlas. Tan afligidas se habían mostrado esos días que temió que se rindieran a la desesperación. Su presencia en la Seu de Urgel era una señal alentadora. Se acercó a ellas junto con Dalmau y el niño.

—¡Gracias a Dios, que habéis venido! —exclamó Ermessenda con afecto. Pero las hermanas no retribuyeron su sonrisa—. ¿Vais a cumplir con lo requerido? ¿Tomar la comunión, besar la cruz, comer la carne? Por favor, ¡hacedlo! La tragedia de vuestro padre ya ha sido un martirio suficiente para vuestra familia. Os ruego que no permitáis que os suceda lo mismo a vosotras.

—Haremos lo que nos parezca —respondió Alaïs con frialdad.

—Por favor, cuidad de Mondi —finalizó Ermessenda, viendo que la conversación no daba para más, y le entregó a Alaïs la mano del niño que, como occitano, debía situarse al otro lado de la cuerda. Mondi, al no ser cátaro, era el único entre sus conciudadanos presentes en la misa que no se vería obligado a mentir sobre su religión.

Los tres siguieron la fila más lenta, que pasaba por delante del control notarial. Ermessenda y Dalmau, mientras tanto, se sumaron al aglutinamiento general.

Desde la escalinata de la catedral, Guerau de Cabrera, flanqueado por su esposa Elo y sus dos hijos pequeños, supervisaba el ingreso de los asistentes. Saludaba con afectada cordialidad a sus súbditos y examinaba con solemne desdén a los extranjeros. Cuando Evelina le pasó por al lado, le echó a su antiguo amante una mirada que estallaba de resentimiento. Alaïs la retuvo del brazo, y Ermessenda lamentó no haber sido más contundente el día en que debió defenderse con un trozo de vidrio de su vil agresión.

El flujo de personas hacia la catedral se tornaba cada vez más denso. Las voces de los ciudadanos de Urgel y Castellbó se mezclaban bajo el repicar constante de las campanas que invitaban a conmemorar el momento más sagrado del año cristiano. Pero la curiosidad y sus murmullos se centraban en aquellos nuevos visitantes, venidos desde el otro lado de las montañas, cuyo idioma extranjero y su vestimenta distinta los envolvía en misterio. Según rumoreaban las malas lenguas, podrían ser herejes. Si lo eran o no, hoy se sabría.

Ermessenda estaba preparada para lo peor. A esta altura, el notario ya habría informado a Guerau que los refugiados no llegaban a ciento veinte. Además, a la vista de los semblantes vacilantes de los cátaros, ya era evidente que, si pasaban las pruebas con éxito, obrarían un milagro aún más prodigioso que el de la resurrección.

Un repentino alboroto alteró la marcha del público, desatándose gran barullo y conmoción. Como suele ocurrir en los momentos iniciales, algunos empezaron a correr, aunque sin saber hacia dónde y para qué. Luego, como un río que mágicamente decide fluir cuesta arriba, todos comenzaron a empujar en dirección opuesta a su curso original, ya no hacia dentro de la catedral sino ahora hacia la plaza. Ermessenda se dejó llevar por el impulso colectivo, sin comprender qué ocurría, pero tan curiosa como los demás que, entre exclamaciones de sorpresa, intentaban elevarse sobre la muchedumbre para avistar la causa del revuelo.

Los primeros vítores y aplausos efusivos comenzaron a distinguirse, provenientes de la plaza. Los feligreses, descomprimidos al alejarse de la catedral, se lanzaron a correr a toda prisa hacia allí. Un grito empezó a atronar con insistencia entre la bulla popular y lo explicó todo:

“¡El rey! ¡El rey!”.

Trasladada por la marejada de entusiasmo, Ermessenda apenas pudo creer lo que sus ojos veían. Una comitiva real se abría paso majestuosamente entre la multitud. “¡Viva el rey! ¡Viva el rey!”, proclamaban las voces exaltadas. El mismísimo rey Pedro de Aragón había llegado, sin previo aviso, esbelto como nadie, flanqueado por una reluciente escolta de caballeros que ondeaban estandartes de gules y oro. Lo seguían un centenar de fieros soldados.

La legendaria estatura de Pedro, superior a la de cualquiera, sumada a su innato porte regio, lo ungía magnífico y poderoso sobre su corcel. Iba envuelto en un imponente manto escarlata y su corona brillaba al sol. El pueblo de Urgel, ebrio de admiración, se regocijaba en una atmósfera de júbilo y asombro ante la inesperada llegada de su rey. Ermessenda observó de reojo a Guerau de Cabrera, deleitándose ante su expresión tensa y sombría. Para él también, la visita real era completamente sorpresiva.

Entre la nutrida escolta de caballeros que acompañaban al rey Pedro, Ermessenda experimentó una enorme alegría al ver a uno de ellos: su padre, Arnau de Castellbó. Miró a Dalmau en busca de explicaciones, pero él estaba tan perplejo como ella.

***

Sin descender de su espléndido caballo, Pedro se dirige hacia la iglesia, mientras que Guerau de Cabrera, a pie, toma un rumbo opuesto hasta detenerse frente a él. Los guardias reales, con una precisión coreografiada, forman un semicírculo a su alrededor. Sostienen sus alabardas en alto. El cerco deja a Guerau aislado y empequeñecido, arrodillado frente a la monumental presencia del monarca. Guerau alza la vista para encontrarse con la de su rey.

—Bienvenido seáis a la Seu de Urgel, Vuestra Majestad, rey Pedro II de Aragón. Es un gran honor para mi humilde condado contar con vuestra augusta presencia en la celebración de estas festividades pascuales —dice Guerau, con una voz que le flaquea a pesar de sus esfuerzos, intimidado por la altura, tanto literal como figurativa, desde la que Pedro lo evalúa.

Sin responder al saludo y manteniéndose impasible sobre su brioso animal, Pedro hace un

discreto gesto a su guardia. Sus soldados dan un paso al frente apretando el cerco sobre Guerau y apuntando las alabardas hacia él. La asistencia hace rato está sumida en silencio. En este instante de máxima tensión, el rey pronuncia una orden que deja a todos sin aliento:

—¡Apresad al usurpador!

Guerau no tiene siquiera tiempo de pensar cuando los guardias reales ya lo han aprehendido y encadenado, y comienzan a arrastrarlo hacia fuera de la ciudad.

—¡Guardias a mí! ¿Es que acaso no vais a defenderme? —clama Guerau, entre la indignación y la incredulidad por la inacción de su cuerpo de seguridad. Sin embargo, ninguno de sus hombres osa contradecir el mandato del soberano. El dilema entre ser leal al amo cercano, o al más distante amo del amo, queda resuelto por silenciosa unanimidad.

—A la esposa y los hijos también. ¡Lleváoslos! —ordena Pedro, y los hombres de armas proceden a escoltar a Elo y a los dos pequeños, uniéndolos a Guerau en su abrupto destierro.

Pedro acalla el murmullo incipiente con un potente grito que captura de inmediato la atención de todos:

» ¡Pueblo de Urgel! —pregona—. Como vuestro rey, he venido hoy hasta aquí para liberaros de un farsante. Hasta este momento, el intrépido Guerau de Cabrera se ha autoproclamado conde de estas tierras, un título que nunca le perteneció. La verdadera heredera, Aurembiaix de Urgel, prometida a casarse con mi hijo Jaime, tiene sólo nueve años, y, por ende, no puede asumir sus responsabilidades hasta no ser mayor de edad. Pero esto no otorga a un simple pariente del anterior conde ninguna legitimidad sobre el condado. Por ello, me veo en la necesidad de remover a Guerau de Cabrera del poder y declarar que, desde hoy, asumiré personalmente el título de conde de Urgel, hasta que Aurembiaix y mi hijo tengan edad para casarse. Además de vuestro soberano, ahora soy también vuestro conde.

La multitud aplaude y atruena enloquecida. “¡Que viva el rey de Aragón!” “¡Que viva el conde de Urgel!”

» Vuestra aclamación me honra —continúa Pedro—. En señal de mi cercanía y cariño por estas tierras, os prometo que, de aquí en más, mis visitas serán más frecuentes, y que las necesidades de Urgel serán prioridades del reino.

Pedro sonríe al público en espera de que la ovación le dé un respiro:

» Como rey católico, coronado por el papa, no hay día más sagrado para mí que el Domingo de Resurrección. Por eso he elegido el día de hoy para compartir con vosotros…, con todos vosotros, el inicio de una nueva era para el condado de Urgel. ¡Que comience la misa y sigan las celebraciones!

Pedro desmonta de su caballo y avanza a pie hacia la catedral, entre el entusiasmo y el aplauso general. Hombres, mujeres y niños se acercan a él ansiosos por saludarlo, olvidados de Guerau con una facilidad sólo concebible para un déspota que trata a su pueblo como había tratado a algunas damas en la intimidad.

Al alcanzar la entrada de la iglesia y toparse con el notario, Pedro le extiende la mano, diciendo:

» Entregadme este pergamino, buen hombre. La Pascua es un tiempo de júbilo, no de desconfianzas ni mezquindades. Olvidémonos de listas y cuestionamientos. Aquí, todos deben sentirse libres para conmemorar la resurrección de Cristo a su manera. ¡Y basta de dividirnos!

Unos momentos después y con los ojos llorosos, Ermessenda observa cómo es removida la cuerda que distanciaba a los occitanos de los lugareños. El rey proclama:

» ¡Integraos y fraternizad, pues en mi reino todos somos hermanos!

La multitud se fusiona. Los cátaros se abrazan con una felicidad inmensurable celebrando este milagro. Con Guerau fuera de juego, ya no hay nada que temer.

Ermessenda se dirige hacia su padre, rebosante de alegría, mientras Pedro avanza hacia el altar. Allí, el obispo Preixens lo recibe con un caluroso saludo y fervientes manifestaciones de devoción hacia el rey, como si el destronado Guerau nunca hubiera existido.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunta Ermessenda a Arnau.

—A Pedro le interesaba más que a nadie deshacerse de Guerau para que Aurembiaix, la futura reina de Aragón, pudiera ejercer sus derechos sobre sus tierras catalanas. Mi única función como su nuevo asesor fue convencerlo de hacer su sueño realidad antes de las Pascuas... —responde Arnau, guiñándole un ojo.

Durante la misa, muchos de los cátaros optan por permanecer en silencio, acogiéndose a la libertad recién concedida de no cantar ni orar en voz alta. Pero otros, movidos por la felicidad de haber sido salvados, entonan los cánticos que aprendieron en la capilla, y lo hacen con indisimulado fervor. En el gran banquete que sigue a la misa, nadie se ve obligado a ingerir nada que no desee. La fiesta se extiende a Castellbó, donde aquellos que se habían guarecido, al enterarse de las novedades, se unen incrédulos a las celebraciones, que se prolongan hasta bien entrada la madrugada.

Un duro mensaje

Primavera de 1211
Castellbó, Cataluña
Dos semanas después

Hacía días que Ermessenda había encomendado a Evelina la tarea de desplegar su red de palomas mensajeras para interrogar a Robi acerca de las graves acusaciones en su contra. Pero si después de la muerte de Trencavel Evelina había perdido la capacidad de sonreír, luego de la noticia de la muerte de su padre ya ni siquiera podía pronunciar palabra sin amargura incisiva. Y Ermessenda era el blanco predilecto de su inquina. Ella era el doble chivo emisario de la delación atribuida a su esposo y de la salvajada de Montfort.

Sin embargo, Ermessenda no se resignaría.

—¡Necesito que Robi me conteste! —la interceptó una mañana en la feria del mercado—. No te molestaría si no fueras la única paloma mensajera en Castellbó, pero realmente necesito de ti. ¡Estoy desesperada por conocer la versión de mi esposo sobre los hechos!

—Pues ya tienes su respuesta —replicó Evelina—. Tu mensaje le fue entregado a Robi y él no ofreció contestación alguna.

Ermessenda sabía que no estaba buscando la verdad, sino algo que le permitiera creer en una verdad que no era tal. Sí, prefería que Robi le mintiera, antes que su mutismo o la confesión de una verdad que no podría tolerar.

» ¿No piensas que si fuera inocente hubiera intentado exculparse? A veces, un silencio vale más que mil palabras.

—Te lo ruego, Evelina, envíale mi mensaje una vez más —suplicó Ermessenda, luchando contra la aceptación de una realidad dolorosa—. Necesito esclarecer si fue Robi quien envió a tu padre a Lavaur, y por qué su nombre figuraba en la lista de Montfort. Por favor, asegúrate de que el mensajero no parta de regreso sin que Robi le haya dado una respuesta. La que sea.

Pasaron los días, y la falta de respuesta a los mensajes de Ermessenda terminó de despertar todas las señales de alarma. Si Robi tenía algo que decir a su favor, algo que desmintiera las acusaciones en su contra o al menos explicara sus acciones, ya lo habría hecho.

El corazón de Ermessenda se fue ensombreciendo con nubes de tormenta. La duda angustiante fue dando paso a la certeza de que lo que le habían dicho sobre Robi era verdad. Que su propio esposo había mandado a Guy a Lavaur adrede, condenándolo a la más espantosa de las muertes, y que todo había sido por celos. En su tempestad interior, la culpa se mezclaba con la ira. Pero una cosa era segura: jamás perdonaría a Robi por esto.

Otras noticias llegadas de Occitania no hacían más que acrecentar la veracidad de las imputaciones contra Robi. Dos días antes de la caída de Lavaur, Raimondet de Toulouse había estado allí, en una breve e inexplicable visita. El mejor amigo de Robi, que por otra parte era

también aliado de Simón de Montfort, había incursionado en la ciudad asediada para llevarse a unas pocas personas bajo su protección, justo antes del desastre. ¿Qué le había ofrecido Raimondet a Montfort para obtener este salvoconducto? Todo sugería que lo que le había entregado a cambio era información. Más específicamente, una lista de nombres de cátaros de Lavaur. Nombres entre los cuales, misteriosamente, apareció el de Guy de Perelle, aquel que su amigo inseparable consideraba su rival por el amor de su esposa. ¿Qué mejor forma de sacárselo de encima para siempre, sin ensuciarse las manos, que dejar que Simón de Montfort hiciera el trabajo sucio por él?

Con la evidencia delante de sus ojos, Ermessenda no podía seguir aduciendo ceguera. Buscó una vez más a Evelina, que se encontraba desayunando junto a Alaïs, y le dijo:

—Necesito que le envíes otro mensaje a Robi.

—¿Otro más? Es evidente que tu esposo no quiere responderte.

—¡Esta vez es distinto! Quiero que le digas que lo nuestro terminó. Que sé lo que le hizo a Guy, y que no se lo perdonaré. Que cualquier amor que tuviera por él ha perecido ante tanta bajeza, que me arrepiento de haberme casado con él y de haberlo conocido, y que, aunque siga siendo su esposa ante la Iglesia, nunca volverá a tener mi estima ni mi corazón.

Alaïs quizás sintió que aquello era una reivindicación de su lealtad hacia la memoria de su padre, y se abalanzó a abrazarla. De hecho, lo era.

Desde ese momento, su amistad renació de las cenizas y volvió a brillar. Luego del natural desgarro y el necesario duelo, Ermessenda había tomado partido. También frente a Evelina las cosas se reencaminaron a partir de ese día.

La gravedad de la acción de Robi no ameritaba otra salida. Empezó a considerar las maneras de conseguir la disolución del matrimonio. Pero Dalmau, fiel a su cuarta cualidad, la convenció de lo contrario:

—Tu matrimonio con el heredero del conde de Foix es uno de los mayores logros de tu familia. ¿Por qué echarlo por la borda sólo porque tu marido sea un hombre celoso? Con todo lo que significa ese enlace para tu estirpe, para tu legado... ¿Qué hombre no es celoso en estos tiempos?

—¡Pero sus celos eran injustificados! ¡Y ha matado a alguien por ellos! —se quejó Ermessenda.

—Nuevamente... ¿Qué hombre que se precie no ha matado nunca a nadie? Lamentablemente es lo más normal. Duelos por honor, trifulcas por el amor de una mujer. Pasa todos los días, no puedes arruinar una unión tan conveniente por eso. ¡Tu padre ha ido a la guerra para que pudieras casarte con ese hombre!

—Pero yo ya no lo amo —a Ermessenda le acongojaban sus propias palabras. Cuanto más lo repitiera, más conseguiría creerlo. Porque no podía seguir amando a Robi después de lo que había hecho. En sus ojos azules ya no vería nobleza y un mar en el que desear sumergirse, sino la artera cáscara detrás de la que se tramaban sus pérfidas intenciones. Ella no sería una mujer mansa y dominada que pudiera permanecer ciega a estas miserias y continuar al lado de su

hombre como si nada. Su padre la había educado mejor que eso. Le había enseñado a respetarse y a hacerse respetar.

—Si no lo amas, busca un amante —dijo Dalmau.

Ermessenda lo miró con disgusto. Ese no era momento para juegos. Pero Dalmau aclaró:

—¡No digo que tenga que ser yo! Si por cualquier motivo no te agrado lo suficiente, entonces busca otro hombre que te fascine en todo sentido. ¡Alguien que te haga realmente feliz! Pero continúa casada con Roger Bernard, el heredero de Foix. Piensa en tu descendencia. Tus hijos serán señores traspirenaicos. Con los dominios de ambas familias a ambos lados de la cordillera, tendrán más poder que cualquier otro vasallo del reino de Aragón. No es solamente lo que ha soñado tu padre, sino también tu abuelo, y muchas generaciones antes de él.

—Pero yo no quiero...

—Tu hijo puede ser rubio de ojos verdes, Ermessenda... No debes hacer nada que no quieras. Puede no parecerse en nada a tu esposo, y aun así será el legítimo heredero de Castellbó y Foix.

Ermessenda se retiró con visibles gestos de ofuscación. Le fastidiaba que un pedante intentara alterar sus decisiones importantes, y más aún que lo consiguiera. Contuvo por el momento su deseo de solicitar a su padre la impugnación de su matrimonio.

Al fin y al cabo, Robi ya estaba en plena guerra contra los cruzados. La situación en Occitania recrudecía cada vez más. ¿Quién sabe si regresaría con vida?

La piedra y la montaña

Verano de 1211
Castellbó, Cataluña
Una semana después

Llegado el verano y con Guerau de Cabrera preso en el castillo de Loarre, el pueblo de Castellbó regresó poco a poco a su armonía habitual. Cátaros y católicos andaban a gusto por sus calles, intercambiando costumbres, dialectos y algunas ideas sobre el mundo y Dios.

La satisfacción de Ermessenda de haber contribuido a poner a salvo a aquellos refugiados, que ya eran ciudadanos en pie de igualdad, se empañaba por la pérdida del más querido de los cátaros, Guy de Perelle. Si alguien debía haber tenido el privilegio de disfrutar de aquel Castellbó libre, ese era Guy.

Pero la herida que, sin importar cuánto lo intentara, no conseguía sanar, era Robi, su intervención en lo ocurrido a Guy y su silencio, que perseveraba, cada día más escandaloso. Tal desdén reforzó la certeza de que Robi había hecho matar a Guy, y después, de que Robi, en verdad, la había abandonado a ella, y no a la inversa. Robi ni siquiera le había enviado una réplica a su último mensaje, aquel en que le expresaba su decepción absoluta hacia él y le decía adiós. Ermessenda sabía, de buena fuente, que Robi se encontraba bien, vivito y coleando, en el campamento de Minerve. Esta información, aportada por las palomas mensajeras, disipaba las inquietudes sobre si Robi pudiera estar muerto, enfermo o capturado, y ponía de manifiesto una verdad tan dolorosa como ineludible: él había decidido no comunicarse con ella.

¿Y para eso había enviado a un hombre inocente a la muerte? ¿Por una mujer a la que, evidentemente, no apreciaba lo suficiente como para intentar conservar?

Ermessenda sufrió al concluir que la hostilidad de Robi hacia Guy no se originaba en un verdadero amor hacia ella, sino en su amor a sí mismo, en su propio orgullo herido.

Afortunadamente, las ocupaciones incesantes de Ermessenda en el vizcondado la absorbían de tal manera que le proporcionaban un alivio temporal de la amargura causada por su separación. Con su padre establecido en la corte de Pedro, las exigencias de su posición no le daban respiro, requiriendo toda su atención durante el día y dejándola tan agotada, llegada la noche, que el sueño frecuentemente la atrapaba antes de que pudieran hacerlo las lágrimas.

Una tarde, cuando Ermessenda salió a dar uno de sus renovadores paseos solitarios a lomos de *Violante*, encontró a Dalmau en medio del bosque. Sin que él la viera, dejó a su yegua pastando y se asomó silenciosamente entre los árboles a espiar lo que él hacía. Bajo el sol del verano, su piel bronceada resplandecía con pequeñas gotas de humedad. No llevaba camisa ni jubón. Su pecho lucía al descubierto, musculoso, con sólo un calzón blanco y largo hasta las rodillas, atado por un cordón en la cintura. Ermessenda notó que Dalmau, con los robustos músculos de sus brazos tensados por el esfuerzo, acarreaba pesados troncos de madera desde una pila a otra. Se cuestionó el propósito de esta labor, especialmente con el invierno tan distante como para justificar la acumulación de más leña. Su dedicación era total, y aunque sólo trasladaba los

maderos una distancia tan corta que desafiaba toda lógica, la tarea parecía tener para él un profundo significado.

Después de unos minutos en que Ermessenda lo observó sin hacer ruido, Dalmau depositó el último de los troncos sobre el tope de la pila que armaba y se detuvo a beber de su cantimplora. Aún sin verla, se secó con el antebrazo el sudor de la frente y, con una inspiración profunda, volvió a comenzar. Los troncos que tan prolijamente había apilado los fue recogiendo nuevamente, uno a uno, para volver a colocarlos en su ubicación original. Eso sí que carecía de sentido. ¿Para qué lo hacía? Sin aguantar más su curiosidad, Ermessenda se acercó a él, que pegó un respingo en cuanto la vio.

—¡Perdón! No quise asustarte. Te he estado observando y... ¿qué es lo que haces?

—¡Sencillo! —respondió él con un orgullo de sí mismo que se percibía a la legua—. Trabajo en mi cuerpo. ¿Cómo crees si no que se consiguen estos músculos?

—¿Pero para qué quieres ser fuerte si no eres guerrero?

Ermessenda sabía que los soldados y caballeros entrenaban para adquirir las destrezas físicas necesarias para el combate, pero como chambelán, Dalmau había optado por servir a su señor con las tareas cotidianas del gobierno del vizcondado y la organización de las cuestiones del castillo, todas las cuales requerían más del intelecto que de la fuerza.

—No sólo para la guerra y muerte es útil poseer un cuerpo armonioso y muscular. Al contrario, el físico merece ser cultivado no para la violencia sino para el placer, para la vida, para el amor...

—¡Déjame adivinar! —aventuró Ermessenda comprendiendo hasta qué punto se elevaba la vanidad de aquel hombre—. Esto se relaciona con la quinta de las cualidades de un buen amante... aquella que nunca me has revelado. Siempre intuí que tenía algo que ver con lo físico.

—¡Oh! Así que te has quedado pensando en eso todo este tiempo, por lo que veo... ¡Qué lástima que no me lo hayas preguntado! Con gusto te habría sacado de tu incertidumbre y satisfecho tu curiosidad.

—Pues dímelo ahora...

—De hecho, has estado bastante acertada en tus suposiciones. La quinta cualidad efectivamente tiene que ver con el cuerpo, pero no solamente con su belleza, su salud o su fortaleza. Aunque estos aspectos son importantísimos, por supuesto. No es lo mismo el disfrute que puede tener una dama junto a un hombre vigoroso y bien formado, que con uno obeso o débil y flácido. Un cuerpo en forma es atractivo, y ese es, sin duda, el primer requisito de la quinta cualidad. Sin embargo, lo verdaderamente importante no es la apariencia del cuerpo, sino lo que se hace con él. La forma en la que se mueve en relación al cuerpo de la dama para despertar en ella sensaciones que jamás imaginó.

Ermessenda temió que el sonido de su saliva al tragarla hubiera sido percibido por él, pero lo dejó seguir hablando.

» ¿Sabes tú que existen zonas secretas en el cuerpo de una mujer, capaces de desencadenar en ella un mundo desconocido de sensaciones? Zonas específicas, puntos que sólo los hombres versados en la geografía femenina saben encontrar y que, si se exploran de la manera adecuada, pueden llevarte a conocer el verdadero significado del placer. La relación entre un hombre y una mujer, verás, va mucho más allá de la simple cópula. Hay secretos milenarios, que involucran no sólo lo evidente, sino otras partes del cuerpo, que, cuando se combinan con la receta correcta, son capaces de descubrir una magia oculta.

La miró con intensidad y bajó su voz a un susurro:

» El cuello, la ingle, la zona entre los pechos y debajo de ellos, la cintura y la cadera, y por supuesto la boca... la lengua... las yemas de los dedos —enumeraba lentamente, para que las palabras dieran paso a la imagen de lo que representaban. —Algunos movimientos pueden ser tan leves como una pluma para producir sensaciones sutiles y deliciosas, y otros tan intensos que te trasladan a estados que hoy no puedes siquiera llegar a imaginar.

Sin poder evitar que su mente volara en evocaciones, Ermessenda tuvo la seguridad de que entre estos antiguos secretos se incluiría, y con bastante preponderancia, aquello que había visto hacer a Arthur y a Alaïs aquella vez en la cueva. La mera idea le dio escalofríos. Ella nunca se había atrevido a pedirle algo así a Robi. Ni siquiera en bromas o conversaciones había sacado el tema con él, aunque no dejara de pensarlo. Experimentó un calor ascendente de sólo imaginar la cabellera rubia de Dalmau entre sus piernas, tomando su pelo dorado y sintiendo el roce de su barba rasurada a navaja, pinchándole suavemente entre los muslos, mientras se dejaba llevar por sus movimientos expertos. Súbitamente consciente de que se había quedado callada por demasiado tiempo, decidió preguntar:

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—He aprendido mucho en mis viajes, antes de venir a Castellbó; he conocido a todo tipo de mujeres, que me enseñaron secretos y me mostraron trucos que jamás imaginarías. Cuando un hombre tiene vocación de aprender, ninguna ciencia es impenetrable.

Ermessenda desconocía que Dalmau hubiera viajado tanto y se sorprendió al descubrir lo poco que sabía de su vida. ¿Cuáles eran esos lugares tan exóticos y lejanos que había visitado? De repente, la envolvió el deseo de saber más sobre su pasado.

—Cuéntame más —dijo. Al instante se dio cuenta de que él interpretó su pregunta como curiosidad por sus trucos sensuales más que por sus itinerarios, ya que respondió:

—Más que contarte... ¿No prefieres que te lo muestre?

Observando cómo Dalmau se le acercaba, Ermessenda se quedó petrificada por un momento, incapaz de reaccionar o de pronunciar palabra alguna. Él se posicionó detrás de ella y la rodeó con los brazos. Traía en sus manos una pequeña roca redondeada que colocó en las palmas unidas de ella, envolviéndolas con las suyas. Asomando la cabeza por detrás de su hombro, le dijo al oído:

» ¿Ves esta piedra?

Ermessenda asintió sin palabras.

» Quiero que hurgues en tu memoria. Que invoques, con toda la fuerza de tu imaginación, el mayor placer que la intimidad junto a tu esposo te haya deparado.

Una marea de recuerdos invadió a Ermessenda. Recuerdos placenteros ahora empañados por el dolor de la desunión con Robi y por la amargura de saber que jamás volvería a compartir esos momentos con él como antes, irremediablemente perdidos en el pasado. Pero Dalmau la hizo regresar al presente preguntando:

» ¿Lo tienes?

—¿Qué cosa? —Ermessenda había perdido el hilo de la consigna, distraída por sus evocaciones.

—El momento de mayor deleite que hayas vivido con él.

Ermessenda sacudió la cabeza afirmativamente, aunque en su mente no se había decantado por ningún recuerdo en particular.

» Pues ese placer que has rememorado es esta piedra —dijo, elevando con sus manos las de ella que la sostenían, y remató:

» Ahora, eleva tu vista.

Ermessenda lo hizo, dejando que su visión abarcara el vasto paisaje montañoso que se abría ante ellos.

» ¿Ves aquella montaña?

A Ermessenda le latía tan fuerte el corazón que temió que él, pegado su pecho a su espalda como lo tenía, pudiera percibir la conmoción que sus palabras le provocaban.

» Ese es el placer que aún te falta por descubrir. El que podrías experimentar con un hombre que realmente conozca el arte del amor.

—¿Arte del amor? —musitó ella con una voz tan ligera que parecía etérea.

Depositada la piedra sobre el piso, Dalmau giró a Ermessenda desde su cintura para hacerla quedar de frente a él. Se miraron a los ojos, y Ermessenda, por una vez, se permitió quedarse prendada por su belleza, en vez de sentirse abrumada por ella y culpable, como las veces anteriores. Él la tomó de la espalda y la empujó suavemente hacia su cuerpo, sin dejar de mirarla. Cuando pudo sentirlo más cerca, Ermessenda cerró los ojos, dispuesta a entregarse al momento sin más resistencia. Inclinó la cabeza hacia atrás y entreabrió los labios, esperando su beso.

Pero los segundos pasaron y el beso no llegó. Desorientada, volvió a abrir lentamente los ojos, sin comprender qué lo había detenido. Y entonces lo vio, a escasas pulgadas de su rostro, con una sonrisa radiante, contemplándola con tanto disfrute como un lobo que se relame de su presa

antes de lanzarse a devorarla. Dalmau elevó sus cejas en un gesto de victoria; la había estado observando, anhelante de sus besos. Este anhelo era el verdadero trofeo para él, incluso más codiciado que el propio beso que tanto ansiaba saborear.

—¡Sabía que este momento llegaría! —afirmó rebosante de triunfo antes de sumergirse en su boca con una avidez que la dejó sin aliento. Ermessenda respondió al beso con toda la sangre del rostro agolpándose en sus mejillas. La pasión del encuentro fue tan natural que enseguida fue evidente que jamás nadie la había besado de aquella manera. Las lenguas se entrelazaron con apetito desenfrenado en una danza que los cuerpos no tardaron en acompasar, hasta que ambos se dejaron caer sobre la hierba. Con Dalmau sobre ella y el sol detrás, en una pausa de los besos se detuvo simplemente a apreciar su hermosura, sin poder creer lo que estaba ocurriendo y lamentándose por todo el tiempo perdido.

Ya la barrera se había cruzado. No era sólo un juego, ni algo de lo que pudiera retractarse. Estaba enredada en el fervor de un abrazo apasionado con otro hombre, lo que al casarse prometió en la iglesia que jamás haría. Y, sin embargo, no sentía culpa. No después de lo que su esposo había hecho. No era culpa sino fascinación lo que sentía.

El cabello de Dalmau, reluciente y espeso, largo, dorado y fuerte al tacto, siempre la había deslumbrado. Ahora que por fin podía tocarlo, se dio cuenta de cuánto lo había deseado sin jamás reconocérselo. Llevó las manos hacia el moño que lo ataba detrás de la nuca y se lo desató, soltando la cascada dorada sobre ella. Lo acarició una y otra vez, peinándolo con los dedos mientras él la besaba en la boca, en el cuello y luego en las orejas.

Con una habilidad mayor que la de cualquiera de sus doncellas, Dalmau se desligó de su vestido en un instante, dejándola en su ropa interior, una camisa que llegaba sólo hasta la mitad de las piernas y debajo de la cual no había nada más. Su tejido de lino natural era tan fino que los roces de las manos y mordiscos de Dalmau se sentían casi como si fueran sobre la piel misma.

En cuanto a él, el cordón que sostenía su calzón estaba tan flojo que la prenda se había deslizado hasta la altura de su cadera, dejando visible su vientre plano, mucho más angosto que su espalda. Sobre la línea del vello se veían unos breves pelos que ascendían como una fina senda clara hasta su ombligo. ¡Sería tan fácil desatar el moño y dejarlo caer al suelo, teniéndolo completamente desnudo frente a ella! Pero Ermessenda dejaría que él marcara el ritmo. No porque fuera el hombre, sino porque era el experto.

Dalmau la alzó por el aire, como si su peso fuera para él apenas el de una niña. La sentó arriba de una roca alta, abriendo sus piernas y posicionándose de pie junto a ella, con los pubis pegados pero la ropa de él aún interponiéndose entre ambos... la de ella ya no. Los besos no cesaban. Cada uno, lejos de apagar su sed, sólo servía para avivarla todavía más. Ella trazaba suaves surcos con las uñas sobre su espalda, y comenzó a descender las manos, hasta introducir las puntas de los dedos entre su calzón blanco y su piel. Apretó sus nalgas firmes, atrayéndolo aún más hacia ella.

» Ermessenda... —le susurró él al oído, mientras sus manos recorrían su cuerpo con una pericia que le quitó toda duda:

La montaña era real, y ella ya había empezado a escalarla, alcanzando en apenas unos instantes

alturas que jamás había soñado. Era real, y no un infundado despliegue de pedantería como había intentado convencerse a sí misma antes de atreverse a recorrerla. Era real, como también debían serlo, ya no podía cuestionarlo, las otras cuatro cualidades de las que Dalmau alardeaba. Tan real, que Ermessenda estaba deseosa de entregarse por completo y dejarse llevar a la cima.

Pero algo los interrumpió.

Los pasos se sintieron primero, aunque tan envueltos estaban los dos en el desenfreno que no se inmutaron al percibirlos. Después fue la voz. Una voz masculina y enfurecida que los paralizó de inmediato:

—¡Deteneos!

Tres días de ayuno

Verano de 1211
Castellbó, Cataluña
Al instante

—¡Deteneos! —exigió el grito repentino que sorprendió a Dalmau y Ermessenda en plena pasión. Un instante después sobrevino el desconcierto. ¿Cómo podía ser esto real? Dalmau dio un paso atrás. Ella bajó de la roca sobre la que estaba sentada, alisándose la camisa y entornando los ojos para distinguir lo imposible.

—¡Ermessenda! ¿Cómo has podido? —gruñó la voz que conocía tan bien como la figura que comenzaba a delinearse con irrefutable claridad ante sus ojos, desmintiendo todo aquello que creía saber, y desafiando los límites de lo posible.

Sin terminar de creerlo, Ermessenda corrió hasta abrazarlo con el rostro repentinamente empapado de lágrimas.

—¡¿Guy?!

Se aferró a él con todas sus fuerzas, olvidando por completo que se hallaba semidesnuda.

» ¡Guy! ¡Estás vivo! —Ella no aflojaba en su abrazo, pero él comenzó a empujarla suavemente hacia atrás.

—¡Suéltame, Ermessenda! ¡Por supuesto que estoy vivo!

Ermessenda lloraba a moco tendido, arrancada de repente de su momento de ardor para sumergirse de lleno en la apreciación de un milagro.

» ¡Que me sueltes, he dicho! —Guy la apartó con un empujón brusco, y esto la obligó a dar dos pasos atrás—. ¡Cúbrete por el amor de Dios!

Al instante, Dalmau reapareció con su vestido y se lo colocó tan rápidamente como se lo había quitado.

» ¿Es que acaso no ves que ahora soy un *perfecto*?

Recién entonces, Ermessenda se percató de las vestimentas que Guy traía. Estaba cubierto por la túnica negra que identificaba a los *perfectos*. Para ella, todo seguía sin cobrar sentido.

» No me está permitido tocar a mujer alguna, y por este apretón que me has dado, ¡ahora deberé pagar con tres días de ayuno!

—¡No comprendo nada de esto, Guy! ¡Te creía muerto! ¿Cómo has podido escapar?

Dalmau se mantenía en silencio a unos respetuosos pasos de distancia mientras Ermessenda

terminaba de hacerse a la idea de que Guy de Perelle no había muerto, y de todo lo que esto implicaba...

—¿Cómo has podido tú, Ermessenda, hacerle esto a tu esposo? Me decepcionas profundamente.

—Es que mi esposo... te envió a Lavaur, ¿verdad? Sabiendo que allí te esperaba la hoguera...

—¿Lavaur? —Guy parecía tan confundido como ella—. ¡Jamás en la vida he pisado esa ciudad!

El peso de la culpa aplastó a Ermessenda, no como una roca, sino como toda una montaña.

Si de alguna manera Robi no había enviado a Guy a Lavaur… si Guy estaba vivo y aún defendía a su esposo, entonces ella acababa de traicionar sus votos de amor hacia un hombre que, ahora comprendía, era inocente.

» Robi no me ha enviado a ningún lugar en contra de mi voluntad. Al contrario. En cuanto le comuniqué de mi decisión de tomar el *consolament*, me apoyó incondicionalmente. Se disculpó por sus pasados desplantes, y yo le pedí perdón a él por mis poemas, que, aunque fueran sólo eso, es entendible que lo hayan inquietado. Y por ello, también me disculpo frente a ti. Fueron una debilidad de la que me arrepiento. Pero, desde entonces, Robi y yo hemos vuelto a convivir en paz, como amigos. Él mismo insistió en que viniera a Castellbó, a reencontrarme contigo y con mis hijas, convencido de que, ahora que soy *perfecto*, ya no tiene razón alguna para desconfiar de mí.

A Ermessenda las lágrimas le brotaban sin que se diera cuenta, incrédula de aquello que estaba viviendo.

» Pero ahora veo que sí debería haber desconfiado, aunque de otro. La peor traición es la de quien vive lisonjeándote y después te apuñala por la espalda... —Guy dedicó una mirada despectiva a Dalmau.

—Tus hijas... Alaïs y Evelina ¿Ya te han visto? —Ermessenda cambió de tema, incapaz de encontrar palabras con las que explicar lo sucedido.

—No aún. Recién estaba llegando cuando me topé... ¡con esto!

—¡Se van a poner tan felices de saberte con vida! ¡No imaginas lo mucho que han sufrido al creerte muerto en la hoguera!

Guy apresuró el paso hacia el castillo, seguido por Dalmau y Ermessenda, que apenas se atrevían a mirarse.

Alaïs cargaba un cántaro en la fuente cuando lo vio. Como si un fantasma se hubiera materializado ante ella, soltó la vasija y quedó petrificada. Su hermana, Evelina, se le adelantó, corriendo a abrazar a su padre. Recuperando el movimiento, pero aún pasmada por el milagro, Alaïs se sumó al abrazo entre lágrimas profusas. La aparente resurrección de Guy de Perelle atrajo a otros testigos a la escena. Ellos también lloraban, conmovidos ante el reencuentro de las sufridas hijas con su adorado padre a quien todos creían muerto, y a quien apreciaban

profundamente.

Ermessenda aguantaba el impulso de abrazarse a Guy y sus hijas. No quería imponerle al recién investido *perfecto* más días de ayuno. Su corazón no podía más de tantas emociones ni sus ojos de tantas lágrimas. Sus brazos buscaron a Dalmau, extrañando su calor. Pero Dalmau no estaba allí. Enseguida, Ermessenda comprendió que aquello que había pasado entre ellos nunca debía repetirse.

El buhonero, tan retorcido en sus intenciones como en su cuerpo, había mentido. ¿Pero por qué? ¿Quién se beneficiaría de que Ermessenda creyera que Guy había sido lanzado a las llamas y de que Robi era el culpable? ¿Quién más que el propio Dalmau… que de ese modo se deshacía de ambos, logrando que Ermessenda cayera rendida a sus brazos tal y como lo había hecho? No tendría el valor de enfrentarlo directamente para indagarlo, porque ni siquiera se atrevería a mirarlo a la cara.

Aquella noche Ermessenda no durmió; se montó a *Violante* y rumió sus anárquicos pensamientos bajo las estrellas de Castellbó, procurando que el aroma de la hierba húmeda del alba trajera algo de claridad. Robi era inocente, pero... ¿por qué no había respondido a sus mensajes? Necesitaba volver a dar forma a sus pensamientos y sentido a su realidad ahora que todo había cambiado.

Como un puñetazo, le golpeó la revelación de que, si él no había respondido, tuvo que ser a causa de sentirse ofendido por el tenor de las acusaciones. Para cualquiera, y más aún para alguien con el frágil amor propio de Robi, sería humillante el solo hecho de prestarse a aquellas imputaciones y responderlas. En cambio, él había decidido ponerla a prueba a través de su silencio, esperando que ella recapacitara y rectificara el dislate. Robi era así... orgulloso, rígido. Cuando se sabía víctima de una injusticia, elegía sumirse en el silencio y aislarse en su dolor antes que argumentar y luchar en su propia defensa. Durante su niñez había sufrido por los rechazos de su propia madre, el desinterés de su padre, y la preferencia de ambos por su hermano Othón. No estaba dispuesto a atravesar lo mismo respecto de su esposa.

Dando más crédito a un grotesco mercader de chismes que a la confianza en la nobleza de carácter que siempre había apreciado en su compañero de vida, ella le había fallado de la peor manera y en el peor momento. Se había dejado seducir por Dalmau, y si las cosas no habían pasado a mayores no fue porque ella no lo hubiera deseado, sino porque Guy había reaparecido en el minuto justo para evitarlo. Las infundadas y desmesuradas palabras que le había enviado a Robi, junto con sus propias acciones con Dalmau, la acosaban como dardos ante el recuerdo de cada una. La abrumaba el arrepentimiento ante lo que le había hecho a Robi, su esposo... ¡Su amor!... que no había cometido falta alguna, sino que estaba lejos, y que mientras recibía las incomprensibles incriminaciones de Ermessenda, se jugaba la vida en la lucha contra las fuerzas malignas de Simón de Montfort.

La decisión no se hizo esperar. Existía una sola alternativa: Necesitaba ir a Foix y encontrar a su esposo. Era posible que Robi no le concediera su perdón, pero debía intentarlo. Aunque él ahora creyera lo contrario, ella lo estaba amando más que nunca.

Antes de marcharse, Ermessenda escribió una carta a su padre, anoticiándolo de su partida. Aunque moría de vergüenza, sintió necesario confiarle lo ocurrido entre ella y Dalmau, y su

sospecha de que el chambelán podría haber urdido la gravísima mentira sobre la muerte de Guy y la presunta culpabilidad de Robi. Sólo con pleno conocimiento de las circunstancias podría su padre tomar a consciencia la decisión de conservarlo en su puesto o conseguirle un reemplazo. Partió sin decir adiós a nadie, anunciando al pueblo su partida en una nota que dejó sobre el escritorio del gabinete vizcondal. Guy necesitaba pasar tiempo con sus hijas y, si se enteraba de que ella se lanzaría sola a los caminos, se habría ofrecido a acompañarla. Y en cuanto a Dalmau... de él no podía despedirse. Las emociones del momento íntimo que habían compartido eran intensas y aún muy vivas, tanto como la aprensión de que él estar implicado en las fabulaciones del buhonero.

***

Ermessenda conocía de memoria el camino a Foix, de tantas veces que lo había recorrido de ida y vuelta, y no temía perderse. Su único temor era que los cruzados pudieran interceptarla una vez cruzada la cordillera. Pero haría lo que fuera por Robi. Lo que fuera por recuperar su confianza después de haberlo defraudado tanto. Para atravesar el camino en una sola jornada, salió antes de que amaneciera, y marchó sin pausa.

Avanzaba a través del terreno irregular, alternando entre galopar cuando el camino lo permitía, trotar en tramos más complicados, y andar al paso donde las piedras y las cuestas se volvían traicioneras. La acompañaban los insoportables nervios ante un posible encuentro indeseado. Con una frecuencia pasmosa, le parecía sentir el crujido de unas ramas detrás de ella, o el murmullo de unos pasos a la distancia. La mantenían en vilo, con la visión imborrable de los temibles cazadores de recompensas con los que se había topado en su viaje a Carcasona. Por momentos, sentía que sus perseguidores estaban justo detrás de ella. Se detenía bruscamente, girándose de golpe con su daga firmemente sujeta entre sus dedos. Sin embargo, cada vez que lo hacía, el vacío la recibía; no había nadie allí, sólo la penumbra de sus propios temores proyectada entre los árboles perennes. A medida que el sol comenzaba a declinar, la luz entre los árboles se tornaba más tenue, y las sombras se alargaban, transformando cada rincón oscuro en un escondite ideal para sus enemigos. Ermessenda se obligaba a mantener la calma, recordándose a sí misma que el miedo no debía dominarla. Aun así, el susurro de la brisa entre las hojas se convertía en voces fantasmales. Su corazón se sobresaltaba y apretaba aún más la empuñadura de su daga.

Ya se hallaba en el condado de Foix cuando el sordo sonido de los pasos que la perseguían se hizo más notorio. Ermessenda, con el pulso acelerado y el aliento contenido, se escondió detrás de un árbol para intentar emboscar a su perseguidor. Sostenía su daga con firmeza, preparada para una confrontación. Pero no tardó en darse cuenta de que aquello a lo que se enfrentaba no era la terrible amenaza que imaginaba, sino un inofensivo rostro familiar.

—¿Evelina? ¿Qué demonios haces tú aquí?

—¡Perdóname, Ermessenda! —dijo la muchacha—. ¡Necesitaba venir contigo!

—¿Me has estado siguiendo todo este tiempo? —Ermessenda comenzaba a recuperar su aliento,

aliviada de que sólo se tratara de ella, pero desconcertada por su aparición—. ¿Por qué estás aquí? ¡Tu padre acaba de regresar! ¡Está vivo! ¿No deseaste permanecer a su lado?

—No imaginas la felicidad inmensa que me produce que él esté vivo... no tengo palabras para describirlo. Pero él no ha pensado lo mismo de mí... cuando supo de mi situación.

Ermessenda no comprendía a qué se refería Evelina, pero se sintió inmediatamente hermanada a ella. Al igual que Evelina, ella había sentido una indescriptible alegría al saber que Guy aún vivía, pero también al igual que ella, compartía el amargo sabor de su rechazo. En el caso de Evelina, aún ignoraba la causa; en el de ella, se debía a la vergonzosa forma en que había sido sorprendida en compañía de Dalmau.

—¿Por qué me seguiste a escondidas? —inquirió Ermessenda mientras ambas retomaban el trote a la par.

—No quería que me enviaras de regreso a Castellbó. O peor aún, que decidieras no venir a Foix, cuando supieras lo que tengo para decirte.

Estaban a sólo una hora de llegar a destino. Era muy difícil que cualquier cosa que Evelina le revelara en esta instancia la hiciera cambiar de idea, pero su curiosidad era potente.

—¿Qué es eso que tienes que decirme?

Evelina dudó un instante y luego respondió, mientras ambas seguían cabalgando a buen ritmo:

—Estoy embarazada.

Ermessenda se quedó sin palabras. Evelina prosiguió:

» En la emoción del reencuentro con mi padre, se lo confesé, esperando su apoyo. Pero en lugar de alegrarse por mí, me dijo que debía casarme. ¿Puedes creerlo? Mi padre, *perfecto* cátaro, me exige que me case, siendo que los cátaros no creemos en el matrimonio. Me ha dicho que, en Castellbó, como madre soltera, llamaría la atención sobre mi condición de pecadora, y que debo encontrar un esposo si no quiero terminar en la hoguera.

—Y quizás tenga razón... —validó Ermessenda.

—¿Sabes cómo ha reaccionado mi hermana? Alaïs me ha presionado para que, a menos que me case con Bruno, me deshaga del bebé. Imagínate… ¡con Bruno!

—Él no es el padre, supongo...

—¡Por supuesto que no! Bruno no es más que un amigo. Ni muerta me casaría con él. Pero tampoco abortaré a mi hijo. ¡Eso es un asesinato! Peor que matar animales para comerlos. ¡Me horroriza que mi hermana siquiera lo haya sugerido!

—Y el verdadero padre... no puedes casarte con él —comprendió Ermessenda—, primero, porque ya está casado, con Elo Pérez de Castro... y segundo, porque se encuentra detenido en

Loarre.

—Guerau —asintió Evelina—, es verdad... en parte.

—¿Qué quieres decir con que “en parte”?

—Bueno, verás... Guerau puede ser el padre del hijo que espero... físicamente. No obstante, en el mundo de las almas, su verdadero padre es otro.

—No comprendo tus palabras.

—¡Su verdadero padre es Trencavel!

—Pero Evelina… Trencavel murió hace dos años. ¡No puedes esperar un hijo suyo!

—¡Me refiero en un sentido espiritual! —aclaró Evelina—. Cada vez que hacía el amor con Guerau y cerraba los ojos, era él quien se aparecía ante mí. Siempre.

Ermessenda no podía creer lo que oía.

» Lo veía, lo escuchaba, lo sentía... No era mi imaginación... ¡Era real! Su espíritu estaba allí conmigo. No sé cómo explicarlo, pero puedo asegurártelo. Ya verás, cuando mi hijo crezca, cómo se parece a Trencavel, y nada a Guerau.

Ermessenda decidió no responder. Continuaron el camino en silencio, hasta que los bosques conocidos de Foix comenzaron a tomar forma ante ellas. Estaba a punto de anochecer y las luces del castillo se divisaban a lo lejos. Sus contornos se reflejaban en el río, con el cielo aún no del todo oscuro.

» Antes de que crucemos las puertas del castillo, hay algo más que necesitas saber —reveló Evelina, deteniéndose a un paso de entrar. Ermessenda le clavó la mirada con intensidad. Mientras se empezaban a oír los festivos ladridos de *Aimic*, la hermosa hija de Guy, amante en cuerpo de Guerau y en alma de Trencavel, declaró:

» Tus mensajes a Robi... nunca se los he entregado.

—¿Cómo? ¿Por qué no lo hiciste? —Estaban a momentos de entrar y recién ahora Evelina le revelaba esta verdad.

—¡Lo siento! No te lo mencioné antes porque temía que, al saberlo, decidieras no venir. He desobedecido tu pedido porque las palomas mensajeras están reservadas exclusivamente para asuntos críticos que Esclarmonde ha determinado. La red está destinada a transmitir informaciones vitales, orientadas a salvar las vidas de los cátaros en el contexto de la guerra. Tus mensajes para Robi, claramente, no entraban dentro de esta categoría.

Ahora Ermessenda lo comprendía todo. Esa era entonces la razón detrás de la ausencia de respuestas de Robi.

—¡Pero me hiciste creer que se los habías comunicado y él no respondía! —exclamó

Ermessenda indignada.

—Perdón, Ermessenda. Creí que mi padre había sido ejecutado en la hoguera por tu culpa y la de tu esposo. Estaba cargada de odio y resentimiento. Nunca imaginé que ese buhonero nos había mentido.

Esto también lo tenían en común. Ninguna de las dos lo había sospechado. Estaba rabiosa pero no podía enfadarse con Evelina. La comprendía.

—¿Y mi mensaje final? ¿Ese en el que decía a Robi que lo dejaba y ya no lo amaba? ¿Ese sí se lo has hecho llegar?

—No. Ninguno de ellos.

Una marea de alivio embargó a Ermessenda. ¡Entonces Robi no sabía nada! No sólo ignoraba que había sido acusado de enviar a Guy a su muerte, sino que tampoco se había enterado de que Ermessenda, creyendo esta acusación, había querido dejarlo. ¡Para él era como si nada hubiera sucedido! Su matrimonio, en lo que a él concernía, se hallaba fuera de peligro.

Sin embargo, mientras terminaba de anunciase en la puerta de Foix y la puerta se abría para dejarlas entrar, Ermessenda tuvo una sobrecogedora certeza: Para que su matrimonio pudiera seguir construyéndose sobre la base del amor y la verdad, debía confesárselo todo a Robi, incluso lo de Dalmau. Ahora sí Robi recibiría, sin intermediarios, una comunicación dolorosa.

Saint Martin La-Lande

Verano de 1211
Castillo de Foix, Languedoc
A continuación

No fue difícil darse cuenta de que el grueso del ejército se encontraba en campaña. El patio de armas del castillo de Foix estaba prácticamente desierto. Ermessenda y Evelina sólo vieron al cuerpo de seguridad y a unos cuantos ciudadanos no militares. Quien les dio la bienvenida y confirmó sus sospechas fue nada menos que Geoffroy. Ambas lo saludaron con cariño y júbilo.

—¡No habíamos sabido nada de ti desde que tomaste el lugar de Philippa en Dun! —expresó Ermessenda.

—Cuánto me alegra que hayas regresado sano y salvo de la difícil misión que Roger Bernard te asignó —añadió Evelina.

—No sólo eso, sino que ahora que tu padre, Guy, ha tomado el camino de la religión, Raimond Roger me ascendió a condestable —reveló Geoffroy.

—¡Que honor tan grande! ¡Felicidades! —respondió Evelina irradiando entusiasmo.

—¿Y dónde están todos? —inquirió Ermessenda mientras terminaban de desensillar a las yeguas.

La respuesta que recibió le resultó inverosímil:

—Dando apoyo al conde de Toulouse, en su asedio a Castelnaudary —informó Geoffroy acompañándolas a la torre principal.

Esto sorprendió a Ermessenda porque, hasta donde ella sabía, Toulouse había traicionado a los occitanos pasándose al bando de los cruzados; desde hacía mucho que ya no era aliado de Foix. Además, eran Montfort y sus hombres quienes habitualmente asediaban las ciudades occitanas, y no al revés.

Pero todo esto había cambiado. Y mientras Geoffroy describía esos cambios, Ermessenda lloraba de emoción, feliz, convencida de que la tan esperada paz estaba por venir, y no faltaba mucho.

Montfort había descubierto a un grupo de soldados de Toulouse entre los defensores de Lavaur. Viéndose burlado por quien juraba y perjuraba ser su aliado, solicitó al papa una nueva excomunión contra Toulouse, la cual fue concedida. El conde tolosano quedó, una vez más, fuera del favor eclesiástico. Ante el inevitable escarmiento que Montfort y sus cruzados buscarían aplicar en Toulouse, el conde decidió anticiparse. Y no se anduvo con pequeñeces: asedió Castelnaudary, la última plaza tomada por la cruzada, y dentro de la cual ahora estaba encerrado el propio Simón de Montfort. El sitio era implacable, ya que, entre juerga y juerga, el conde de Toulouse había oteado y aprendido de las eficaces tácticas de su otrora comandante. Los tolosanos habían montado máquinas de asedio e impedían la entrada de provisiones a la ciudad.

Montfort estaba casi al borde de la capitulación. Sólo con una gesta de esta naturaleza, que él se esforzaría en decir que estaba planeada desde un principio, Raimond VI de Toulouse podría recuperar la estima de sus camaradas occitanos.

Entraron a la torre del homenaje en el silencio profundo de la noche. A aquellas altas horas, todos dormían, excepto la clavera Helena que, feliz de verlas, ofreció a Ermessenda las llaves del dormitorio que habitualmente compartía con Robi. Ella y Evelina pasaran allí la noche.

» Sin embargo —continuó Geoffroy en la planta baja antes de despedirse—, Bouchard de Marly ha obtenido refuerzos del reino de Alemania y se dirige hacia Castelnaudary. Su plan es emboscar a las fuerzas de Toulouse desde la retaguardia, para aniquilar su equipo de asedio, lo que podría echarlo todo a perder.

—¿Bouchard de Marly? ¡Creí que Robi lo había tomado prisionero en la emboscada de Montgey! —manifestó Ermessenda.

—¡Y así fue! Pero Montfort negoció su liberación a cambio de soltar a cincuenta de los hombres de Toulouse capturados en Lavaur, incluido el alférez Henri de Valois. Este intercambio selló la reconciliación entre Toulouse y Foix. Por eso ahora, conocedor del avance de Marly con los alemanes, Raimond de Toulouse solicitó el apoyo de Foix para interceptarlos antes de que alcancen el campamento. Así, el conde Raimond Roger de Foix, su hijo y todo el ejército, se encuentran ahora mismo en Saint Martin La-Lande, un pequeño castillo a escasas leguas de Castelnaudary, esperando al contingente de Marly para frenar su avance.

Saint Martin La-Lande quedaba a menos de tres horas a caballo desde Foix. Ermessenda había llegado lejos para ver a su esposo. Un tramo adicional no la detendría. Esa noche y las siguientes pernoctaron en el castillo de Foix, pero, tras ponerse al día con sus cuñados y sobrinos y permitir a las yeguas descansar, Ermessenda continuó junto a Evelina su viaje. Alertas de que Bouchard de Marly y sus cruzados germánicos podían estar merodeando, se adentraron por el bosque en vez de seguir los senderos tradicionales.

***

El primer indicio de la tragedia fue el olor. Un olor nauseabundo, penetrante e inconfundible: el de la muerte. A continuación, observaron el vuelo circular de los cuervos y, al adentrarse en un claro del bosque, la vista se les llenó de horror: cientos de cadáveres de hombres y equinos yacían dispersos a lo largo del campo de batalla, tal vez un millar. Estaban atravesados por lanzas clavadas en medio de sus pechos, cabezas reventadas, brazos y piernas separadas de los cuerpos, señales inequívocas de que un feroz enfrentamiento, desbordante de odio, había tenido lugar. Entre las vestimentas de los caídos, se podían apreciar similares cantidades de combatientes fuxeanos y cruzados. No era posible discernir cuál de los bandos había emergido victorioso.

—¡Dios mío! ¡Espero que mi esposo esté a salvo! —se oyó Ermessenda pronunciar espantada, mientras en un mismo instante emprendía y culminaba la imposible tarea de reconocer rostros.

La felicidad de Ermessenda se hizo añicos, como muchos de los cuerpos que yacían delante suyo. No era la primera vez que la acometía la angustia de no verlo nunca más, pero el dolor ante esta posibilidad era cada vez más punzante.

A paso lento y cauteloso, por si acaso hubiera soldados al acecho en las inmediaciones, y rodeando el devastado campo de batalla desde la seguridad relativa de la arboleda circundante, las jóvenes avanzaron muertas de miedo.

La vista del castillo de Saint Martin La-Lande finalmente se abrió ante ellas. Le edificación era maravillosa, pero más hermoso aún, tan hermoso y glorioso como nunca lo había visto, era el estandarte oro y gules de Foix que flameaba sobre la torre principal. Ermessenda sintió un inmenso alivio.

» ¡Al menos no hemos perdido la plaza! —exclamó extasiada.

Sin embargo, los caídos se contaban en centenas, y nada garantizaba que Robi no estuviera entre ellos. Ambas mujeres atravesaron la muralla, preparadas para lo peor. Al adentrarse en el patio de armas se toparon con una visión del infierno: una procesión incesante de combatientes heridos y sangrantes, otros convalecientes, acompañados por sus camaradas que se esforzaban en tratar sus lesiones y mantenerlos con vida. Ermessenda reconoció inmediatamente a Raimondet de Toulouse, que estaba sin Robi.

No se animaba a escuchar lo que el amigo de su marido tendría para decir, porque la azotó el vívido recuerdo de aquella vez, casi diez años atrás, en que los sobrevivientes fuxeanos habían regresado deshechos a su castillo, tras ser emboscados por Ermengol. Con la misma desesperación de hoy, Ermessenda -había encontrado a Raimondet, anoticiándose por éste de que su esposo había sido tomado prisionero.

Esta vez, por suerte, la noticia era distinta: Raimondet señaló a Ermessenda el lugar donde Robi se encontraba, apoyado sobre una columna cercana, mientras un médico le suturaba una herida en el brazo.

—Robi, ¡amor mío! —lloró Ermessenda arrodillándose ante él y abrazándolo con una intensidad tan enorme como la sorpresa de su esposo. Su mueca de asombro pronto se trocó en una sonrisa amorosa, mientras respondía al abrazo de Ermessenda con un solo brazo, permitiendo que el cirujano siguiera trabajando sobre el otro.

» ¿Estás bien? ¿Te han herido? —preguntó ella con las lágrimas empañando su voz.

—Es sólo un rasguño. Pero tú, ¿qué haces aquí?

—Necesitaba verte... amor mío. Necesitaba... pedirte perdón.

—¿Perdón? —la sonrisa de Robi volvió a desdibujarse en un gesto de preocupación—. ¿Perdón por qué?

Era difícil saber por dónde empezar. El bullicio del entorno y el procedimiento médico dificultaban sostener una conversación con la seriedad que el asunto ameritaba. A pesar de eso,

Ermessenda le habló apresuradamente del buhonero que había llegado a Castellbó y las noticias que invocaba traer de Lavaur: que Guy había sido quemado en la hoguera, y que él, Robi, había sido el artífice de su condena.

—¿Y tú le creíste? —La expresión de Robi se tornó más severa. Ermessenda intentó justificarse, aduciendo la falta de respuesta a los mensajes que creía haberle enviado. El ceño cada vez más fruncido de Robi reflejaba amargo enojo y decepción.

—Por eso... entre otras cosas, es que he venido a pedirte perdón.

—¿Entre otras cosas? ¿Aún hay más? —Robi se puso de pie, y el cirujano le pidió que no se moviera para poder tensar la sutura de una herida que, aunque severa, no era tan grave como la que Ermessenda estaba comenzando a infligirle con su confesión. Robi ignoraba que lo peor aún estaba por venir.

—¿Estás listo, Robi? —interrumpió Raimondet con premura.

—Casi —respondió el cirujano por él, atando un nudo final y cortando con una pequeña navaja el hilo negro que sobraba—. ¡Ya! —remató.

—Tenemos que ir al puente levadizo. Mi padre y el tuyo anunciaron un discurso frente al pueblo.

Evelina regresó hacia ellos con el vestido ensangrentado, después de ayudar a algunos heridos con sus vendajes. Abandonaron el castillo por la salida norte, opuesta a aquella por la que habían ingresado, y que conducía al pueblo. Allí, una pequeña multitud se había congregado, algunos sollozando por sus familiares que no habían vuelto, todos ansiosos por recibir información sobre el intenso combate recién librado. Ermessenda, Evelina, Raimondet y Robi se sumaron a la congregación. Posicionados en el centro del puente levadizo, los condes Raimond Roger de Foix y Raimond VI de Toulouse se preparaban para divulgar noticias. El noble tolosano se adelantó:

—Mis estimados vasallos y vecinos —empezó—, como sabéis, hemos conseguido cercar a los invasores que han devastado nuestras tierras, confinándolos tras los muros de Castelnaudary. Si hubiéramos logrado tomar esa ciudad, la pesadilla que ha atormentado a nuestra región desde 1209 habría por fin concluido. Sin embargo, Simón de Montfort, nuestro temible adversario, moviendo sus influencias incluso en tierras extranjeras, obtuvo el apoyo de cientos de nuevos cruzados, reclutados en el vecino reino de Alemania. Con estas fuerzas, pretendía sorprendernos por la espalda y aniquilarnos a traición. Afortunadamente, Montfort no pudo salirse con la suya, todo gracias a mi gran amigo, Raimond Roger de Foix, un aliado incondicional, que ha aportado sus valientes hombres para detener a los cruzados antes de que alcanzaran mi campamento. Doy aquí las públicas y sentidas gracias al conde de Foix, que antepuso nuestra amistad incluso al período en el que las circunstancias me llevaron acercarme al enemigo, seguramente comprendiendo que, con esa cercanía, obtuve el valioso conocimiento táctico para lograr lo que hoy celebramos.

La mirada del padre de Robi se perdía en el horizonte; en su expresión no había ni ira, ni alegría, tal vez sólo la perplejidad de quien se asoma a un misterio insondable. Toulouse continuó:

» Ha sido una lucha dura y ardua, que tristemente se llevó muchas vidas, pero hemos

prevalecido. ¡Los Foix y los Toulouse estamos unidos otra vez, y juntos somos invencibles!

Los aplausos estallaron entre vítores de ¡Foix! y ¡Toulouse! Luego habló el conde Raimond Roger de Foix:

—¡Mi estimado amigo tiene razón! Nunca deberíamos haber luchado en bandos opuestos. Pero la Iglesia es una fuerza demasiado poderosa, que nadie en su sano juicio desearía tener como enemiga. No es gratuito enfrentarse a ella, especialmente en el caso de buenos católicos como lo somos Raimond VI y yo. Por eso, no hay rencores entre nosotros, sino sólo fortaleza y amistad. Y en esa fortaleza y amistad, hoy hemos conseguido una victoria implacable.

Ermessenda pensó que la victoria no parecía tan decisiva; acababa de ser testigo de un campo de batalla profusamente cubierto por una carnicería pareja. Pero Raimond Roger profundizó:

» Los hombres de Foix se enfrentaron con ardor a los cruzados alemanes dirigidos por Bouchard de Marly. Pero éstos nos superaban en número, y seguían avanzando hacia Castelnaudary. Allí fue donde el conde Raimond de Toulouse intervino. Desplegó desde su campamento de Castelnaudary a la mitad de sus hombres, para venir a reforzarnos. Con la balanza de fuerzas inclinada a nuestro favor, la victoria empezó a sonreírnos, hasta que Simón de Montfort y sus cruzados, atrincherados en la ciudad sitiada, aprovecharon la disminución de las tropas de asedio para romper el cerco y reforzar las filas de su teniente. El propio Simón de Montfort salió de su madriguera para combatir en el frente. Hubo un gran número de bajas pero, finalmente, nuestro triunfo fue contundente.

» De hecho —realizó una prolongada pausa, sumiendo el ambiente en un silencio absoluto—, lo que estoy a punto de compartir con vosotros representa la victoria más significativa que podríamos haber alcanzado. Un motivo de celebración y gloria que os llenará de orgullo y hará que el dolor por las vidas perdidas en la batalla adquiera un nuevo sentido. Escuchadme bien lo que tengo para decir, porque ésta es la noticia más grande que podáis esperar… ¡La que todos hemos estado deseando!

Ya nadie lloraba ni parecía que respiraran. El silencio del pueblo erizaba la piel.

» En los momentos finales del enfrentamiento… —continuó el padre de Robi—, el comandante enemigo, Simón de Montfort, ha caído muerto en batalla, a manos de un honorable soldado de Foix que luego dio su vida en la previsible venganza de los forajidos secuaces de éste pérfido hombre. ¡Sí! Lo habéis oído bien. ¡Celebrad con todo vuestro fervor y agradeced al cielo, porque ha muerto! ¡Simón de Montfort ha muerto!

Tiempo de confesiones

Verano de 1211
Saint Martin La-Lande, Languedoc
Inmediatamente

El murmullo que se esparció entre la multitud rápidamente creció en intensidad, hasta transformarse en un descontrolado bramido de júbilo colectivo. La noticia de la muerte de Simón de Montfort, el cabecilla de la cruzada contra los cátaros, el responsable central de la agresión que había asolado sus tierras, era un punto de inflexión providencial. El alivio y la esperanza brillaban en los ojos de los presentes, cargados de lágrimas de felicidad. La caída de Montfort era mucho más que un triunfo militar. Era el final del terror que les impedía dormir por las noches; la extinción de la mayor fuente de maldad que hubieran conocido en sus vidas, una crueldad inhumana que ningún otro jefe cruzado por el que fuera reemplazado podría igualar.

Los abrazos se extendían entre todos, haciendo que Ermessenda se preguntara si alguna otra vez en la historia del mundo la muerte de un hombre había sido celebrada con tanta euforia.

Fue entonces que lo vio.

—¡Es él! —exclamó, señalando exaltada en su dirección.

—¿Quién? —preguntó Robi, desconcertado.

—Aquel hombre de allí. ¡El jorobado! —apuntó Ermessenda—. ¡Él es el buhonero que nos mintió acerca de ti!

—¡Apresadlo! —ordenó Robi a sus soldados más cercanos—. ¡Atrapad al jorobado de túnica amarilla!

Y los guardias corrieron en obediencia.

» Quédate aquí. Yo me encargaré de él, y ten por seguro que lo haré hablar —sentenció Robi, dejándola sola mientras se dirigía hacia el buhonero.

El conde de Toulouse y el de Foix regresaron al castillo con su comitiva, y Evelina abrazó a Ermessenda mientras ambas se unían a ellos, dejando al pueblo en su arrebatada ovación.

—¡El buhonero está aquí! —informó Ermessenda a su amiga—. El jorobado. ¡Robi ahora mismo debe estar interrogándolo!

Aunque no lo compartió con Evelina, su mayor temor era que el buhonero confesara que el instigador de la mentira había sido Dalmau de Barberà. La posible reacción de Robi ante tal noticia la perturbaba, pero más todavía le afligía lo que esta revelación implicaría sobre el propio Dalmau. Porque si ese hombre había tramado un engaño tan vil sólo para poseerla, todo él se desmoronaría en su imagen, y ella se reprocharía, aún más de lo que ya lo hacía, por su ingenuidad al haber sucumbido a sus tretas y sus zonzas teorías sobre el amor.

—¡Qué hacéis aquí afuera, muchachas! Venid con nosotros, es momento de festejar —exhortó Raimond VI de Toulouse, invitándolas a pasar a una mesa en el salón principal del pequeño castillo, cubierta de frutos secos, quesos y vino tinto.

Ermessenda aceptó el convite con una sonrisa. Presentó a Evelina como su doncella, quien, a pesar de su rango inferior, fue invitada a unirse a ellos. Por un largo rato, todos brindaron, se felicitaron unos a otros, y celebraron con gran emoción por la muerte de Montfort. Era el logro más anhelado por los occitanos. La pesadilla había terminado. Todo era tan perfecto que parecía irreal. Ermessenda se sentía exultante, aunque sabía que aún no había terminado de caer cabalmente en la cuenta de la magnitud y las repercusiones de esta gran noticia. Seguía nerviosa por la conversación que pronto tendría con Robi, pero se regocijaba pensando en la paz que la ausencia del cruel comandante de los cruzados brindaría a la región. La muerte y el sufrimiento generalizados que se evitarían gracias a esta victoria eran mucho más importantes que el destino de su matrimonio, y de su propia vida.

—Pero ¿se puede saber qué haces aquí, Ermessenda? —inquirió su suegro, cuando la algarabía les dio un respiro—. ¡El campo de batalla no es sitio para una dama!

Ermessenda respondió con otra pregunta, aunque dirigida al conde de Toulouse:

—¿Cómo se encuentra Wilhelmina? —contrarrestó, intentando con la mención de aquella indomable mujer guerrera insinuar a su suegro que el sitio de una dama era cualquiera en el que ésta quisiera estar.

Así se enteró no solamente de que Wilhelmina estaba a punto de dar a luz a su primogénito, sino también de que se había casado y tomado a su cargo nada menos que a tres niños cátaros huérfanos de la matanza de Bram.

—Lamento que os hayan excomulgado nuevamente, Raimond —remarcó Ermessenda con amabilidad—, pero infinitamente más importante es teneros de vuelta de nuestro lado.

Toulouse comenzó a disertar sobre lo duro que le había sido distanciarse de la Iglesia, a pesar de lo cual su *paratge* lo había forzado a tomar partido por los occitanos. El monólogo viró hacia su buena relación con los cátaros, pero Ermessenda dejó de escucharlo. Su pensamiento estaba fijo en Robi, y en cómo se estaría desarrollando su diálogo con el buhonero en ese mismo momento.

—¡Como vuestra hermana! —oyó que Evelina lo interrumpía, sin haber captado el contexto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Toulouse, elevando la voz.

—Azalais de Toulouse, vuestra hermana y madre del difunto y venerado vizconde Trencavel, era cátara... Nosotras hemos visto su tumba secreta en Carcasona, ¿no lo sabíais?

Ermessenda temió que el comentario de Evelina despertara la ira de Toulouse, pero en vez de eso, el impredecible conde respondió con una sonrisa nostálgica:

—¡Es cierto! Mi querida hermana, Azalais, se convirtió al catarismo en los últimos años de su

vida, junto a su gran amigo, el trovador Arnaut de Mareuil... Ambos fueron personas de *paratge*.

—Azalais y Mareuil fueron claramente más que amigos... —lanzó Evelina, más insolente que de costumbre—. De hecho, los escritos de él sugieren que poco antes de morir, tuvieron un hijo.

—¿Un hijo? ¿Qué locura es ésta? ¿Estás sugiriendo que mi hermana tuvo otro hijo aparte de Trencavel? —Raimond de Toulouse parecía auténticamente sorprendido por esta revelación.

—¡Yo he conocido al hijo de Arnaut de Mareuil! —intervino Raimond Roger de Foix, no menos perplejo—. Después de que Arnaut murió, siempre visitaba al niño en la casa cátara, hasta que lo invité a mi castillo. El trovador y yo éramos buenos amigos, pero nunca llegó a decirme quién había sido la madre del pequeño. Sólo supe que ella había fallecido de parto, al traerlo al mundo. No tenía idea que ella fuera... ¿Azalais?

—¿Entonces es verdad? ¿Tuve un sobrino del que no supe nada hasta ahora? ¡Y tú lo conociste! —Toulouse estaba exaltado. Fascinado por todo aquello de lo que inesperadamente se estaba enterando —¿Cómo es? ¿Cómo se llama?

—¡Se llama Geoffroy! —soltó Raimond Roger. Las miradas de las dos mujeres se unieron en una expresión de desconcierto compartido—. ¡Y es un gran muchacho, fuerte y moreno como su padre! Muy parecido a él. Arnaut era un buen hombre, y me pidió que cuidara de su hijo, lo cual hice. De hecho, Geoffroy aún hoy sigue a mi lado. Recientemente lo he nombrado condestable de mi castillo.

—¡Mi sobrino desconocido es el nuevo condestable de Foix! Hijo de mi queridísima hermana Azalais, ¿medio hermano de Trencavel? ¡Necesito conocerlo!

—¡Esta misma mañana lo hemos visto! —señaló Evelina—. Es un joven ejemplar. Ruego a Dios que castigue a todos y cada uno de los responsables de la muerte de Trencavel, y también rogaré que sea ajusticiado quien ose dañar a su medio hermano.

Toulouse quedó tieso y mudo.

Robi reapareció en ese momento, disculpándose ante todos y retirando a su esposa de la mesa.

—¿A dónde vamos?

Con expresión severa, la llevó a través del patio hasta una torre y ascendieron al segundo piso. Llegaron a una estancia pequeña, oscura y sin muebles, con tan sólo un banco de piedra empotrado en la pared y una ventana diminuta. Era un sitio poco acogedor, pero apropiado para conversar en privado.

—Pude hablar con el buhonero —inició Robi. Ermessenda tragó saliva—. Me confesó que alguien le pagó para decir esas mentiras.

Afuera, los cánticos del pueblo resonaban cada vez más efusivos.

» Y ese alguien ha sido... —Robi sabía que el corazón de Ermessenda saltaba dentro de su pecho,

pero él parecía disfrutar del suspenso— Guerau de Cabrera.

—¿¡Guerau!? —Esa no era la respuesta que ella esperaba. Su corazón se llenó de una reconfortante tibieza al descubrir que el culpable de tales patrañas había sido ese canalla, al que desde hacía años detestaba, y no Dalmau—. Guerau de Cabrera… ¡No puedo creerlo!

—¡Guerau me odia! ¿Qué es lo que te sorprende? Siempre me ha culpado de la muerte de su madre, por haberla abandonado para casarme contigo. Es previsible que buscase dañar mi imagen... Lo que no entiendo es... ¿Guy de Perelle? ¿Cómo pudo Guerau saber de mis celos por él, como para presentar la información de forma...

—Evelina —lo interrumpió Ermessenda. Robi la miró, arqueando las cejas—. Evelina fue amante de Guerau. Es más: ¡está esperando un hijo de él! Ha compartido demasiados secretos con él cuando estaban juntos. Secretos que terminaron haciéndolo sospechar que los alojados en Castellbó eran cátaros, metiéndonos en grandes aprietos a todos. Tiene sentido que, en el marco de la confianza entre ambos, le haya revelado también esto...

—¡Eso lo explica todo! Según confesó el buhonero, hubo en Lavaur un hombre que voluntariamente se arrojó al fuego tras discutir con Montfort; y presenciar este hecho dejó en él una profunda impresión. Ante la solicitud, bien remunerada, de Guerau de Cabrera, el jorobado reconoció haber descrito exactamente aquello que vio, sólo mintiendo acerca de que ese mártir hubiera sido Guy de Perelle.

—¡Por eso resultó tan creíble! —comprendió Ermessenda—. No hay mentira más efectiva que aquella que posee una parte de verdad.

—Dime entonces, Ermessenda, ¿cuál es la verdadera dimensión del daño que las maniobras sucias de Guerau me han causado? Por cómo me has hablado antes, queda claro que aún no me lo has dicho todo.

Los ojos de Ermessenda se cubrieron de lágrimas antes incluso de empezar a hablar. La hora de la verdad había llegado. Robi se puso tenso, captando la gravedad que esas lágrimas anunciaban.

—¡Perdón, amor mío! —suplicó ella, sin decir todavía por qué. Él la miraba impasible, esperando el resto de la confesión.

Ermessenda respiró hondo antes de decirlo, buscando las palabras menos dolorosas.

» Cuando creí que habías enviado a Guy a su muerte, me sentí fuertemente decepcionada. Imagina mi dolor y turbación... con el cariño inocente pero profundo que siempre he tenido por él, un hombre digno y honorable...

Se quedó callada, esperando que asentara la idea. Pero él no dio respiro:

—¡Sigue! —pujó.

—En esos difíciles momentos, en los que creí que tú no me respondías y que nuestro matrimonio había terminado... hubo alguien, un hombre, que me apoyó incondicionalmente, cuando me

sentía más sola y desesperada.

—¿Quién? —preguntó él, comenzando a entender de qué iba la cosa.

—No importa. Pudo haber sido cualquiera, eso no es lo relevante. —No quiso revelar el nombre de Dalmau, temiendo lo que Robi pudiera hacerle—. Lo único que cuenta es que el tiempo pasó sin que yo supiera nada de ti. Mi inquina y devastación, por las aberraciones de las que te creí culpable, me llenaron de rabia.

—¿Qué es lo que has hecho? —la apuró él.

—¡Lo besé! —confesó ella, sin aguantar más la tensión. Robi reaccionó como si le hubieran dado una estocada, dando un paso hacia atrás y llevándose ambas manos a la cara para no llorar, o para esconder el llanto.

—¿Qué más? —preguntó, sin levantar la vista.

—¡Nada más! —respondió ella entre lágrimas y miedo—. ¡Te lo juro! Ese hombre y yo no hemos tenido... acceso carnal; fue sólo un beso. Y me arrepiento con toda mi alma.

Era una verdad a medias, que Ermessenda sintió que necesitaba decir para calmar al volcán en erupción. Desde ya, había sido mucho más que un simple beso, pero era cierto que no había llegado a haber copulación, con lo cual, en su conciencia, no había jurado en vano.

—¿Quién es? —volvió a preguntar él, alzando cada vez más la voz—. ¡Dime toda la verdad si pretendes que te perdone!

—Mira cómo estás, Robi... Estos celos, esta ira. Y el hombre no tiene la culpa... No puedo permitir que pague por mis faltas. Soy yo la que te debía lealtad, y la que falló al creer a un desconocido. Debería haberme dado cuenta de que era una mentira. La culpa es sólo mía...

—¿Por qué lo defiendes? ¿Aún sigues... enamorada de ese...?

—¡No! —aseguró ella—. Mis sentimientos por él han sido de afecto, y de atracción... —Robi apretó los ojos con fuerza como si no pudiera soportar escucharla decir eso—. ¡Pero no amor! —se apresuró a completar—. Yo te amo a ti, Robi... ¡Siempre te he amado! Lo que ocurrió fue un error, fruto de la mentira que Guerau urdió para...

—¡Dime quién es! —insistió una vez más, casi con violencia—. ¿Es Guillaume Ysarn? ¿Es el trovador Elion?

—¡No te voy a responder por sí ni por no! —lo cortó ella, exasperada, elevando el volumen de su voz. Era insólito que, ni siquiera teniéndolo todo en bandeja, Robi sospechara de lo más evidente, de aquello que había tenido siempre enfrente de sus ojos. —Si has de perdonarme o no, es algo entre tú y yo. Quién haya sido él no cambia nada.

—¿Qué más? —regresó a la segunda de sus preguntas, viendo que, por el momento, no podía sonsacarle la información sobre su identidad—. ¿Eso es todo? ¡Júrame que no has yacido con él!

—¡Te lo juro por lo más sagrado! —afirmó ella entre lágrimas—. Me desangro por lo que te he hecho, como si tus heridas fueran las mías.

Esto pareció calmarlo un poco, aunque seguía dando vueltas por la pequeña sala, como un león enjaulado.

—Aunque, a decir verdad... —musitó Ermessenda, causando que Robi se tensara. Ahora que había decidido sincerarse, tenía que hacerlo por completo para merecer su perdón.

—¿Qué? ¡Habla!

—Hay otra cosa, sobre un asunto diferente, en la que no te he sido completamente honesta.

Robi le clavó la mirada expectante.

» Se trata del motivo por el cual no he quedado embarazada —Ermessenda introdujo con voz temblorosa pero clara. Robi se llevó las manos al pecho con una mueca de dolor profundo, como si esta revelación lo lastimara incluso más que las confesiones de infidelidad.

» Sé lo mucho que querías tener un hijo... pero yo no lo deseaba. No me sentía lista para ser madre... por eso, en verdad, nunca dejé de tomar el té de Esclarmonde... ¡Lo siento!

Los ojos de él comenzaron a gotear, en lágrimas espesas que le dolieron a Ermessenda más que las suyas propias, por entender cuanto más significaban en un hombre.

—¡Desaparece de mi vista! —demandó él, con una firmeza que la dejó muda—. ¡Vete de este castillo! No deseo verte más.

Ermessenda quedó desolada.

—Por favor, mi amor. ¡Yo te amo! Y ahora que Montfort ya no está, más que nunca merecemos estar juntos. Te pido perdón por...

—Vete. Tus lloriqueos ya no me conmueven. Además, para que lo sepas, ¡Montfort no ha muerto!

—¿Qué tonterías dices, Robi?… comprendo que estés enojado conmigo, pero inventar ese tipo de patrañas para dañarme es…

—¡Que no ha muerto! Esa es la pura verdad. Quien ha mentido a todos fue mi padre, como una jugada estratégica… Pero lo cierto es que Simón de Montfort ha huido, vivito y coleando, y se ha vuelto a encerrar en Castelnaudary. Si te queda algo te dignidad, no debes contárselo a nadie. ¡Y ahora vete! —zanjó él, tomándola del brazo y arrastrándola hacia la puerta—. Ya no eres mi esposa y no deseo volver a verte.

Ermessenda bajó la escalinata con el corazón destrozado mientras su mente se hundía en la perplejidad y la turbación. Observó con una profunda pena a la multitud que celebraba su quimera envuelta en regocijo, y también se contempló con dolor a sí misma. Cuando pensaba

que lo peor había pasado, siempre descubría que el pozo de su desdicha no tenía fondo y que podía caerse incluso más bajo.

El amor te cambia

Verano de 1211
Castillo de Foix, Languedoc
Semanas más tarde

Despedida por Robi con una rabia definitiva, pero reacia a alejarse demasiado de él, que permanecería por algún tiempo más en Saint Martin La-Lande, Ermessenda volvió a Foix esa misma noche. No quería regresar ya mismo a Castellbó. Si nunca más podría volver a sentir en persona la fragancia de su esposo, al menos lo haría una vez más a través del lecho en el que habían compartido tanta felicidad.

Fue acogida amablemente por Cecile y Bernardo, que ignoraban la ruptura entre ella y Robi, y permaneció allí durante días sumida en soledad. Se preguntaba si era posible volver a unir las piezas de todo lo que había roto, y cómo debía hacerse. En su morada interior, la separación había dejado una habitación vacía en la que el nombre de Robi hacía eco, retumbando hasta ensordecerla. Le había enviado mensajes, haciéndole saber que se encontraba en Foix, que todos los días volvía a pedirle disculpas, y que lo esperaba. Pero la falta de respuesta esta vez era real, y no podía atribuirse a un malentendido.

Lo más duro eran las mañanas. Algo en el sueño la convencía de que despertaría con un nuevo comienzo, pero cada amanecer abría los ojos y recordaba que él ya no estaba. El reencuentro con el pequeño *Aimic* la reconfortaba en sus momentos más llorosos; por ello le permitía permanecer por las noches con ella, durmiendo acurrucado a los pies de su cama.

Durante las tardes, su cuñada Cecile le ofrecía algo de compañía y conversación. Creía entender que sus ojeras y su continua congoja eran provocadas por la movilización militar de Robi. Ermessenda no la sacaba de su error, no por falta de confianza en ella, sino porque aún conservaba la esperanza de que el conflicto marital pudiera resolverse. Y si esto ocurría, cuantas menos personas supieran de su distanciamiento, mejor. Por eso, más que las inútiles y extraviadas palabras de consuelo de Cecile, lo que le hacía bien eran las buenas noticias que su cuñada tenía para dar. Hacía apenas unos meses, Cecile había recibido la visita de su amiga Serene de Toulouse-Lautrec. Ermessenda, al saberla liberada y completa, se sintió relevada de una pesadez que la hostigaba en silencio cada día de creerla cautiva.

Evelina, por su parte, había vuelto a instalarse en la vieja casa que habitaba con sus padres. Casa que ahora le correspondía, como nuevo condestable, a Geoffroy, a quien la muchacha se encargó presurosamente de transmitir la noticia de su verdadero linaje como hijo de Azalais de Toulouse.

Ermessenda no tardó advertir que su estancia en aquel hogar iba más allá del papel de una simple invitada. Lo confirmó cuando los vio besándose en el jardín. Por ello decidió hablarle:

—No le rompas el corazón a Geoffroy, Evelina. Es un buen muchacho, no merece que lo dañes.

—¿Dañarlo? ¡Siempre ha querido estar conmigo! ¡Y ha aceptado ser el padre del hijo que espero!

Era evidente que Geoffroy se sentía en el cielo al lado de Evelina, pero eso precisamente era lo que preocupaba a Ermessenda.

—¿Y tú has decidido prestarle atención después de todos estos años, justo ahora que te enteraste de que es hermano de Trencavel?

No cabía duda de que este conocimiento súbitamente había realzado sus atractivos para Evelina. De hecho, desde la noticia, era notorio que, si uno pasaba por alto la diferencia entre los colores de ambos hermanos, heredados de sus respectivos padres, sus facciones guardaban un considerable parecido. Evelina, sin embargo, negaba que su acercamiento a Geoffroy se debiera al recién descubierto parentesco con su adorado vizconde.

—Geoffroy fue mi primer amor infantil. Mucho antes de conocer a Trencavel. Él fue la persona por la que descubrí por primera vez el sentimiento de fascinación que otro ser humano es capaz de despertar en mí... Y eso, Ermessenda, jamás se olvida.

Ermessenda se mantuvo al margen, dudando si Evelina realmente veía a Geoffroy en la intimidad o a su medio hermano fallecido, pero decidió que no era su lugar juzgar o dar consejos sobre cómo manejar los sentimientos de otros, especialmente después de haber despedazado el corazón de su propio esposo.

Pronto debería regresar a Castellbó. No había más que pudiera hacer en Foix. Su relación con Robi era una barca robusta y poderosa, pero un solo agujero había bastado para llenarla de agua y hundirla hasta el fondo del mar. Un agujero que ella misma había calado al desconfiar de él y creerlo un criminal, que había agrandado al sucumbir ante los encantos de Dalmau, y un poco más todavía, al evitar intencionalmente quedar encinta y confesárselo todo.

Ignoraba la situación de su vizcondado: Si su padre había regresado al recibir su carta, o si seguía en Zaragoza junto a Pedro. Si Dalmau continuaba siendo chambelán de Castellbó, o si su padre lo había reemplazado al anoticiarse de lo ocurrido entre ellos, y, en tal caso, por quién. Esperaría unos pocos días más antes de regresar y enfrentarse a Dalmau si es que aún seguía allí.

Enterarse de que Montfort en verdad no había muerto tuvo el efecto opuesto a cuando supo lo mismo de Guy. Parecía que Dios no la hubiera considerado digna de premiarla con tal milagro sin contrarrestarlo con un castigo de simetría perfecta. Pero por más grande que fuera su desazón, tenía que reconocer que la idea de Raimond Roger de Foix, de difundir aquella falsa noticia, estaba resultando sorprendentemente efectiva. Creyendo en la versión, los *Faidits*, secundados por las masas enardecidas de los pueblos, se habían levantado, tomando con facilidad las guarniciones y recuperando un sinfín de plazas para los occitanos. Montfort, entretanto, seguía acorralado por los aliados occitanos en Castelnaudary, sin salida a la vista. Si lograban acceder a él y asesinarlo, la treta de su suegro se completaría redondamente, y nadie tendría por qué saber que su supuesta muerte había sido un engaño. Pero si Montfort conseguía refuerzos y lograba romper el cerco, la represalia sería feroz. Ermessenda conocía perfectamente la capacidad de su enemigo y temía verlo renacer de entre las cenizas, sabedora de que, si Montfort lo hacía, la demostración de que seguía con vida sería elocuente.

El domingo antes de partir, Ermessenda se quedó en la cama hasta más tarde de lo habitual,

abrumada por una vida en la que se sentía rechazada y abandonada por el hombre que amaba, y al mismo tiempo culpable y estúpida, cuando *Aimic* la despertó con sus ladridos. La puerta del dormitorio se abrió y, con ojos rojos de tanto llorar, vio conmocionada que aquel que se hacía presente no era otro que su esposo.

Robi se sentó al pie de la cama y tomó su mano. Dudosa de si él la rechazaría si intentaba abrazarlo, Ermessenda se acercó lentamente a él. Al ver que no retrocedía, se lanzó a sus brazos. Su felicidad fue incalculable cuando él respondió al abrazo, envolviéndola con fuerza.

—¡Perdóname, amor! —dijo ella una vez más, besándole la mejilla.

—Perdóname tú a mí —respondió él, y Ermessenda quedó pasmada por tal respuesta.

—¿Yo a ti? Robi, ¿qué dices? Si tú no has hecho nada malo... soy yo la que...

—Estas semanas de silencio —interrumpió él— he tenido tiempo para reflexionar y me di cuenta de que todo lo sucedido ha sido culpa mía.

Ermessenda lo observó perpleja, entornando los ojos, mientras él prosiguió:

» Si tú pudiste creerme capaz de mandar a un hombre honorable como Guy a la muerte en la hoguera por mis celos irracionales, es porque yo te he dado motivos para creerlo.

—¡No, Robi, yo...!

—¡Claro que lo hice! —continuó Robi—. Obligué a Guy a regresar a Foix cuando lo vi en Andorra, y luego de nuevo cuando volvió a Castellbó trayendo refugiados cátaros. Lo confronté con la hostilidad de un desquiciado. ¡Incluso lo reté a duelo!, y si el enfrentamiento no se llevó a cabo fue sólo porque él, adherido a los principios cátaros contra el uso de armas, se negó a combatir; por eso le perdoné la vida. Pero no, no es absurdo que hayas creído a ese buhonero mentiroso. Conociendo mis actos, cualquiera le hubiera creído, y no puedo culparte. Porque yo obré mal. Tan loco estoy de amor por ti que los poemas de Guy me enceguecieron de ira. Pero me doy cuenta ahora de que sólo fueron eso: poemas, y que él nunca te ha tocado. Lamentablemente, lo descubrí demasiado tarde, porque ahora otro hombre sí lo ha hecho. Y eso también fue mi culpa. Yo te eché a los brazos de ese otro, por los celos horribles que demostré. Por la forma amarga en que nos despedimos y por no haberte contactado durante varios meses. Pero el amor te cambia. Estar a punto de perderte me hizo darme cuenta de que no es posible desenredar mi corazón del tuyo. No deseo ser ese hombre perseguido y resentido que te hizo dudar de mí y correr hacia otro. Quiero volver a ser el Robi del que te enamoraste.

Tomó ambas manos de Ermessenda, que estaba fascinada de oírlo hablar así, y remató, con un brillo anhelante en sus ojos:

» Si aún me amas, si me aceptas nuevamente a tu lado, quiero volver a estar contigo.

—¡Por supuesto que te amo, Robi! —le dio varios besos cargados de emoción—. ¡No puedo encontrar el límite donde tu alma termina y empieza la mía! Y estoy dispuesta a revelarte quién fue el hombre al que he besado... sólo necesito que me asegures que no le harás daño.

—No me digas nada. Prefiero no saberlo. Como muestra de mi transformación, no te preguntaré nunca más quién ha sido él. Ya no seré ese esposo celoso que te alejó de su lado. Si prometes que no volverás a estar con él, no preguntaré más, y te perdonaré.

—¡Te lo prometo! Ni con él ni con nadie —afirmó Ermessenda, desbordante de emoción—. Serás mi único amor de aquí y para siempre, como nunca debiste dejar de ser, como juré cuando nos casamos.

—Entonces yo seré tuyo hasta el día de mi muerte —afirmó él, sellando su renovado compromiso con un abrazo que encapsulaba promesas de perdón, entendimiento y un futuro reconstruido sobre la base de un amor más maduro. Ambos fundieron sus labios en un beso glorioso que supo a reconciliación. Después de haber temido perderlo para siempre, Ermessenda sintió un agradecimiento profundo por el regocijo de besar a su esposo, algo que antes daba por sentado.

—Y respecto de los hijos —dijo ella—. Lamento mucho haberte mentido... No he vuelto a tomar el té desde que regresé de Saint Martin La-Lande.

—Respecto de los hijos —repitió él, como si no hubiese escuchado lo demás— también fue mi culpa que te hayas sentido obligada a mentir sobre eso. Tan obsesionado como estaba con el deseo de ser padre, no supe escuchar que tú querías algo distinto. Me duele, pero lo entiendo. Y no quiero forzarte a ser madre si no lo deseas. No debí haberte presionado y no volveré a hacerlo, hasta que estés lista, si algún día lo estás.

Los besos se intensificaron, adquiriendo un tono cada vez más sensual, y pronto los esposos se encontraron despojándose de sus ropas, entregándose a la pasión de un reencuentro que ambos habían considerado en algún momento como imposible. Robi se posicionó encima de ella, listo para consumar su unión, cuando ella le recordó:

—¡La tisana!

Él la miró perplejo por un momento, sin entender lo que estaba sucediendo.

» No la he tomado en tres semanas, y tarda en hacer efecto. Si nos unimos ahora... dijiste que no ibas a presionarme.

—Y no lo haré —aseguró él, apenado, separándose dificultosamente de ella, aunque la pasión ejercía un magnetismo difícil de resistir—. Sin embargo —volvió a hablar Robi, regresando a besarla y abrazarla—, que no vayamos a consumar el acto en sí no significa que tengamos que alejarnos. —Sus besos se deslizaron por su cuello hasta sus pechos, y luego siguió descendiendo en un recorrido prohibido e inexplorado hasta entonces—. Hay otras formas...

Incrédula de que esto finalmente estuviera sucediendo, todo el cuerpo de Ermessenda se estremeció cuando el deseo que tantas veces había imaginado en secreto y con culpa, y que jamás se había atrevido a verbalizar, se hizo realidad…

Entonces Ermessenda, al ritmo de los besos desenfrenados de su esposo, comenzó a escalar una

montaña más alta de lo que hubiera imaginado jamás. Una montaña más alta que mil montañas, entre el placer de lo prohibido y el de la intimidad que sólo el verdadero amor puede brindar. Y así la llevó hasta la cima, y Ermessenda sintió ver el mundo a sus pies desde las nubes. Vio entonces los ojos profundos y azules de su amado, mirándola desde abajo, generosos, bondadosos, rebosantes de amor, y quiso ascenderlo a su lado.

—¿Te ha agradado eso? —preguntó él, ante la novedad de una primera vez.

—Más de lo que puedas imaginar —respondió ella, sin temer sincerarse con palabras después de la honestidad indisimulable de su cuerpo.

—Pues para mí ha sido delicioso... —reconoció él, inesperadamente—. Podría saborear gustoso ese banquete cada día y cada noche, si me lo permites...

Ermessenda sonrió y lo besó con ternura, y en un arrebato, lo rodeó con sus piernas y se montó sobre él.

» ¿Qué haces? —inquirió él, sorprendido.

—Quiero que me hagas tuya —respondió ella con una decisión repentina.

—Pero ¿y el té? No lo has bebido...

—Eso ya no importa —anunció ella, empujándolo hacia dentro de sí.

—¿Cómo que no? ¡Detente! —Robi se puso de pie—. ¡No permitiré que por la pasión del momento caigas en aquello que deseas evitar! —dijo, con esa nobleza y *paratge* que habían hecho que Ermessenda se enamorara de él.

—El amor te cambia —concluyó ella, envolviéndolo y atrayéndolo nuevamente hacia su cuerpo —. No es sólo la pasión del momento. Estoy segura.

Él la miró expectante. Sus ojos centelleaban de amor.

» Te amo con toda mi alma, y tu crecimiento me ha obligado a confrontarme con mis propios egoísmos y falencias. Nunca he estado más lista para dar este paso en mi vida. Vuelve al centro de mí, Roger Bernard de Foix. ¡Deseo darte un heredero!

Nota Histórica

(No leer antes de terminar la novela)

Esta novela pertenece al género de ficción histórica: los hechos históricos reales se entrelazan con tramas y personajes de ficción. Este ida y vuelta permite una gran riqueza narrativa, pero a la vez puede dejar a los lectores con una comprensible duda: ¿Qué es real y qué no de todo esto?

Aunque no seré tan puntillosa como para esclarecer cada detalle, en esta nota busco aclarar las principales dudas y dar una idea general del nivel de adhesión de la obra al rigor histórico.

El primer punto importante que mis lectores deben conocer es el increíble camino que me llevó a escribir sobre esto.

A mis veintisiete años de edad, a partir de distintas lecturas, ya me había llegado al corazón la herejía de los cátaros, ese grupo marginal de cristianos díscolos y pacíficos sobre el que poco hay escrito, y hoy aparentemente extinto. Las razones de este interés en ese oscuro retazo de la historia medieval de la región occitana me resultaban inexplicables.

Por fue una revelación asombrosa e inverosímil, cuando investigando mi genealogía familiar, descubrí que soy, efectivamente, descendiente directa de quienes habían protegido a los cátaros: Ermessenda de Castellbó y Roger Bernard de Foix (mi parentesco se ilustra con detalle en los cuadros genealógicos después de este anexo).

Ese hallazgo fue un momento importante en la formación de mi identidad y lo que sembró las semillas de lo que terminaría convirtiéndose en esta trilogía.

En “El éxodo de los cátaros” los personajes históricos conviven con otros de ficción. Para que el lector pueda distinguirlos he incluido en mis anexos una “lista de personajes”. La mayoría de los miembros de la nobleza, la realeza y el alto clero mencionados en la obra son personas reales, mientras que los cátaros, sirvientes y la gente del pueblo suelen ser personajes ficticios, debido a la falta de información sobre estos individuos en la historiografía. El caso más destacado de personajes imaginarios es el de Guy de Perelle y su familia, así como el de Dalmau de Barberà. Los detalles de la relación personal entre Ermessenda y su esposo Roger Bernard no constan en las fuentes consultadas. Como mucho, los documentos notariales muestran dónde estuvo cada uno de ellos en distintos momentos de la historia, a veces juntos, a veces separados… por lo que debí completar esos vacíos con mi imaginación.

El contexto histórico general presentado en la novela es verídico, con una Occitania que en el siglo XIII era más bien independiente, y no parte del estado francés. Muchos de los señores occitanos eran vasallos del rey de Aragón, inclinados más hacia el mundo hispano que al galo. Precisamente por eso, el rey de Francia se aliaba al papa Inocencio para librar la Cruzada Albigense en contra de los cátaros, con el objetivo ulterior de anexar estas tierras (que hoy, a raíz de dichas campañas sangrientas, forman parte de Francia).

Si bien mi ilustración del catarismo puede resultar un poco idealizada, su cosmovisión, valores, costumbres, doctrinas y sacramentos escenificados a lo largo de la novela, son fieles a la

realidad. Lamentablemente, igualmente verídica es la horrorosa persecución que sufrieron los cátaros por parte de los cruzados liderados por un Simón de Montfort real, tanto o más despiadado de lo que se retrata en el libro.

Así, la dinámica ilustrada en la novela, en la que Montfort recibía refuerzos cada primavera y se quedaba sin ellos en invierno, está documentada en los anales de la época. No obstante, las fechas de las tomas de las ciudades y la cronología específica de la cruzada han sido simplificadas para beneficio de la trama. La masacre de Bram fue descrita por diversos historiadores con distintos grados de virulencia en cuanto a las mutilaciones y demás atrocidades infligidas a las víctimas. Todos coinciden en que les quitaron los ojos, pero algunos relatos van más allá aún. Opté por no ser demasiado gráfica, para respetar las sensibilidades y el tono ameno de la obra, pero me pareció importante mostrarlo para dar una idea de la magnitud de la crueldad de Montfort.

Las fluctuaciones de lealtad del conde Raimond VI de Toulouse, y sus reiteradas excomuniones, están bien documentadas, así como la humillación que sufrió en Saint Gilles para reconciliarse con la Iglesia y su consecuente adhesión a la cruzada. Su carácter, así como el de Trencavel, Montfort, y otros personajes notables de la época, están inspirados en lo que puede deducirse de las diversas fuentes que hablan sobre ellos.

También es cierto que, durante la Cruzada Albigense, un grupo sustancial de cátaros emigrados del Languedoc se refugió en Castellbó y otros pueblos catalanes como Josa del Cadí. Aunque no hay evidencia directa de que Ermessenda los acompañara personalmente en el cruce de la cordillera, su conexión con la casa de Foix tuvo que haber influido en la decisión de darles asilo. De hecho, el apoyo de Ermessenda al catarismo está acreditado, ya que tanto ella como su padre, el vizconde Arnau de Castellbó, fueron condenados póstumamente por la Inquisición, precisamente por proteger a los cátaros.

En cuanto a la toma de Carcasona, es real que Montfort efectivamente recibió la ciudad vacía de pobladores. Sin embargo, los historiadores difieren respecto de las circunstancias de su evacuación. Los túneles que describo son una hipótesis personal. La muerte en prisión de Trencavel en circunstancias dudosas, tras su captura traicionera cuando había ido a parlamentar con Montfort, también es un hecho verídico, y rodeado de misterio.

La caída de Lavaur y el apedreamiento de su castellana están basados en hechos reales, al igual que el apoyo furtivo que el conde de Toulouse les envió, a pesar de supuestamente seguir siendo aliado de los cruzados. Sin embargo, los nietos de Giralda y la idea de que ella haya dado cobijo a algunos sobrevivientes de Bram son invenciones mías. Simplemente me pregunté qué habría sido de ellos, e imaginé que una mujer de la reconocida generosidad de Giralda podría haberlos buscado para ofrecerles protección.

El refugio de los *perfectos* en Montsegur y la rebelión de los *Faidits* son fenómenos históricos, aunque se manifestaron algunos años después de lo que narro en la novela.

El asedio cruzado a Carcasona, la toma de sus suburbios primero, y la negociación forzada por la sed que obligó a su vizconde a salir a parlamentar, están basados en hechos reales. Aunque el bloqueo del acueducto con cuerpos es una licencia ficticia, era una táctica plausible en la época,

y existen numerosos reportes de medidas similares, como lanzar cabezas y cuerpos de prisioneros con catapultas.

Es llamativamente verídico que Simón de Montfort haya sido el primero en usar máquinas de guerra como la trebuchet en campañas europeas. Arnaud Amalric, a su vez, es un personaje real cuya animadversión hacia Toulouse, su visión sobre la herejía, y otros aspectos de su personalidad están basados en sus propios escritos. Sansâme, en cambio, es una figura metafórica introducida para lograr una ilustración más vívida de Montfort.

Es cierto que Guerau de Cabrera usurpó el título de conde de Urgel, desplazando a su pequeña prima, Aurembiaix. Que Aurembiaix, a su vez, estaba comprometida desde niña a casarse con Jaime, el hijo del rey Pedro, y que Pedro destronó a Guerau en 1211, lo encarceló en el castillo de Loarre, apresó también a su esposa e hijos, y se autoproclamó conde de Urgel. Aunque Arnau de Castellbó formó parte de la corte real de Pedro como su asesor, mis suposiciones sobre su influencia en esa decisión son meras conjeturas. No obstante, si los eventos ocurrieron como imagino, tendría mucho sentido. También son auténticas la tregua que Pedro de Aragón negoció con Montfort en Montpellier y sus términos, así como el hecho de que los Foix la rompieron antes de lo estipulado, con un ataque sorpresa en Montgey.

Existen reportes históricos que afirman que, en un momento de gran necesidad, Alix de Montgomercy, esposa de Simón de Montfort, llevó tropas de refuerzo a su marido. De igual forma, la anécdota que se le atribuye de pedir a Simón que salvara de la hoguera a tres niñas porque eran “demasiado bonitas” es auténtica, aunque ajusté la cronología para lograr un delicado encastre de estos dos eventos en la trama de la novela.

En la vida real, Raimond Trencavel, el hijo del vizconde Trencavel y de Agnès de Montpellier, fue educado por la familia de Foix tras quedar huérfano de padre y madre. Aunque no se le conocía como “Mondi”, le asigné este apodo para evitar confusiones con otros “Raimonds” de la historia.

Por último, en el final de la novela, no sólo son históricos el regreso de Toulouse a la alianza con los occitanos y el sitio de Castelnaudary, el retorno de Bouchard de Marly con cruzados provenientes de Alemania, y la intervención de las tropas de Foix para evitar su llegada, sino que también es cierto, por sorprendente que parezca, que el conde de Foix difundió “falsas noticias” sobre la muerte de Montfort, lo cual tuvo un impacto positivo para recuperar algunas plazas perdidas.

La crónica sobre el catarismo que Ermessenda escribe a lo largo de esta novela, y ya referenciada en la anterior, es fruto de mi imaginación, pero es mucho más que eso. Es una manifestación de mi propia necesidad de escribir en general, y de contar esta historia en particular. A la vez, el “libro de las siete verdades” representa la herencia de Ermessenda para las generaciones futuras, hasta llegar a mí, su descendiente de la 25ª generación. Creo haber recibido la crónica de Ermessenda, si no en papel, al menos en espíritu, y al escribir esta trilogía estoy honrando su legado.

Lista de personajes

PERSONAJES HISTÓRICOS

En Castellbó:

- Ermessenda de Castellbó (protagonista, futura condesa y vizcondesa)
- Arnau de Castellbó (vizconde, padre de Ermessenda)
- Arnaldina de Caboet (vizcondesa, madre de Ermessenda)
- Guillaume Ysarn (comandante de la caballería)

En Urgel:

- Ermengol VIII de Urgel (conde)
- Guerau de Cabrera (conde, hijo de Marquesa)
- Elizabet de Cabrera (hermana de Guerau)
- Arsenda de Cabrera (hermana de Guerau)
- Marquesa de Urgel (vizcondesa, hermana de Ermengol)
- Aurembiaix de Urgel (futura condesa, hija de Ermengol y Elvira)
- Dolça de Foix (condesa, madre de Ermengol, tía de Raimond Roger de Foix)
- Ponç de Cabrera (hijo de Guerau y Elo)
- Guerau de Cabrera (hijo de Guerau y Elo)
- Bernard de Preixens (obispo)
- Elo Pérez de Castro (condesa, esposa de Guerau)
- Elisenda de Cardona (prometida de Arnau)

En Foix:

- Roger Bernard II de Foix, “Robi”, (protagonista, futuro conde, esposo de Ermessenda de Castellbó)
- Raimond Roger de Foix (conde, padre de Roger Bernard)
- Philippa de Montcada (condesa, *perfecta*, madre de Roger Bernard)
- Esclarmonde de Foix (*perfecta*, hermana de Raimond Roger)
- Cecile de Foix (hermana de Roger Bernard)
- Bernardo de Cominges (esposo de Cecile)

En Occitania:

- Raimond VI de Toulouse (conde)
- Raimond VII de Toulouse, “Raimondet” (futuro conde, hijo de Raimond VI)
- Wilhelmina de Toulouse (hermana de Raimondet)
- Berald de Elbine (esposo de Wilhelmina)
- Baduino de Toulouse (hermano menor de Raimond VI)
- Aubri de Toulouse (hermano de Raimond VI, fallecido en 1180)

- Constanza de Francia (madre de Raimond VI de Toulouse)
- Luis V de Francia (rey de Francia, padre de Constanza)
- Serene de Toulouse-Lautrec (hija de Baduino)
- Bertrán de Nogaret (aristócrata, esposo de Serene)
- Antoine de Nogaret (hija de Serene)
- Raimond Roger Trencavel, "Trencavel", (vizconde de Carcasona)
- Roger Trencavel (vizconde, padre de Trencavel)
- Azalais de Toulouse (vizcondesa, hermana de Raimond VI, madre de Trencavel)
- Bernard Ato (vizconde de Carcasona antepasado de Trencavel)
- Agnès de Montpellier (vizcondesa, esposa de Trencavel)
- Raimond Trencavel "Mondi" (hijo de Trencavel)
- María de Montpellier (reina, hermana de Agnès, esposa de Pedro y madre de Jaime)
- Guilhem de Montpellier (señor de Montpellier, padre de María y Agnès)
- Roger de Cominges (conde)
- Domingo de Guzmán (fundador de los monjes dominicos)
- Pierre Roger de Cabaret (*Faidit*)
- Raimond Miré (*Faidit*)
- Özil de Morlhon (*Faidit*)
- Arnaut de Mareuil (Trovador)
- Giralda de Laurac (castellana de Lavaur)
- Aude de Fanjeaux (*perfecta*)
- Fays de Durfort (*perfecta*)
- Bertrand de Saissac (instructor cátaro)

En el bando cruzado:

- Felipe Augusto (rey)
- Simón de Montfort (comandante cruzado)
- Arnaud Amalric (legado papal, arzobispo de Narbona)
- Inocencio III (papa)
- Amicie de Montfort (hija de Simón)
- Amaury de Montfort (hijo de Simón)
- Alix de Montgomercy (esposa de Simón de Montfort)
- Pierre de Castelnau (legado papal)
- Bouchard de Marly (segundo en el mando de Montfort)

En Aragón:

- Pedro II de Aragón (rey)
- Nuño Sancho de Rosellón (primo de Guerau)
- Ramón de Josa (noble, aliado de Arnau)
- Leonor de Aragón (hermana de Pedro II, esposa de Raimond VI de Toulouse)
- Sancha de Aragón (hija de Pedro II, esposa de Raimondet de Toulouse)
- Jaime I de Aragón (futuro rey, hijo de Pedro)

PERSONAJES FICTICIOS

En Castellbó:

- Padre Mateo (sacerdote)
- Dalmau de Barberà (chambelán)
- *Violante* (yegua)

En Urgel:

- Ludmila (dama de compañía de Elisenda)
- Bruno (paloma mensajera)

En Foix:

- Guy de Perelle (maestro, cátaro, condestable de Foix)
- Alaïs de Perelle (hija mayor de Guy)
- Evelina de Perelle (hija menor de Guy)
- Daufina (esposa de Guy, *perfecta*)
- Othón de Foix (hermano de Roger Bernard)
- Mondana (posadera)
- Arthur (sobrino de Guy)
- Geoffroy (mozo de cuadra/ condestable/ medio hermano de Trencavel)
- Helena (clavera)
- Mireia o Mirèlha (*credente*)
- Aurora (*credente*)
- Viana (*perfecta*)
- Natalena (*perfecta*)
- *Aimic* (perro)
- *Mistral* (caballo)
- *Incitatus* (caballo)
- *Gaillac* (caballo)
- *Tòrt* (mulo)
- *Saltador* (mulo)
- *Fresia* (yegua)

En Occitania:

- Henri de Valois (alférez de Toulouse)
- Eudald de Laurac (escudero de Raimond de Toulouse)
- Gastón (cazador de recompensas)
- Bernat (asesino de Eudald de Laurac)
- Sor Caritat (monja dominica)
- Beatriz y Elise (*credentes*)
- Odette (prostituta)
- Yves Renaud (senescal de Trencavel)
- Durand (*aquarius* de Carcasona)
- Fabrice (alumno de Alaïs)
- Lòc (alumno de Alaïs)

- Michel de Montpellier (obispo cátaro pariente de Agnès)
- Familia Morin (ciudadanos de Carcasona)
- El manco Vincent (soldado de Toulouse)
- David (soldado de Toulouse)
- Elion (trovador)
- Paul (hermano de Elion)
- Adèle (esposa de Elion)
- Esperanza (hija de Adèle y Elion)
- Julien (carpintero)
- Ulric (condestable de Carcasona)
- Irenèu e Isangarda (ciudadanas de Carcasona)
- Samuel (*perfecto* del Castelar)
- Elba (madre de Elion)
- Marisa (ciudadana del Castelar)
- El Toro y el Oso (ciudadanos del Castelar)
- Familia Blanchet (ciudadanos del Castelar)
- Fortún (chambelán de Carcasona)
- Leonor de Gaucelme (partera)
- Richard (*perfecto* de Montsegur)
- Gilda (*perfecta* de Dun)
- Laura, Roseline, Mingus (huérfanos de Bram)
- Jacques (tío de Laura, Roseline y Mingus)
- Suz (*perfecta* de Lavaur)
- *Sisalle* (caballo)

En el bando cruzado:

- Lucien Legrand (ingeniero militar de la cruzada)
- *Sansâme* (perro de Montfort)

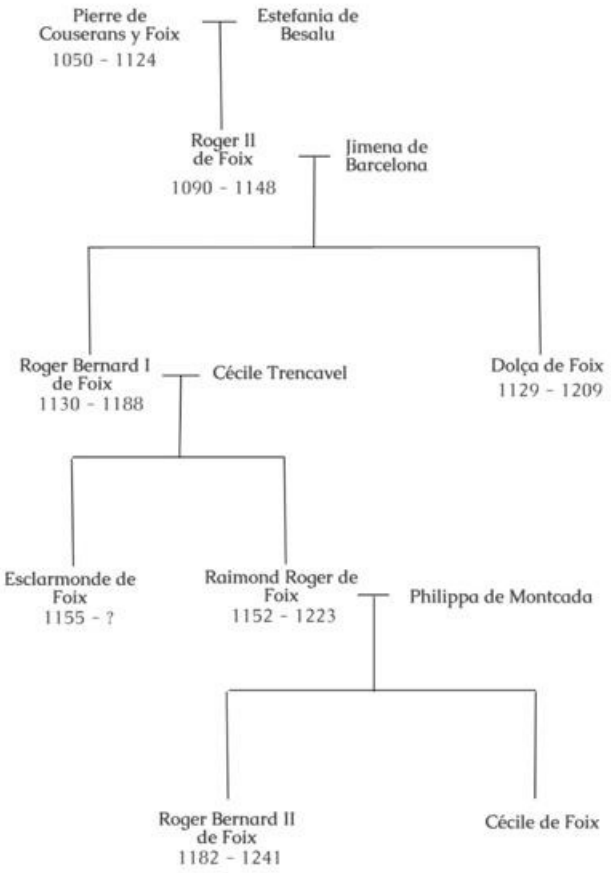
Cuadros genealógicos

A continuación, se incluyen algunos cuadros genealógicos sobre los personajes históricos mencionados en esta novela. Dentro de la variedad de fechas que pueden encontrarse en diversas fuentes y de formas de escribir los nombres se han elegido aquellas que más coinciden con la novela.

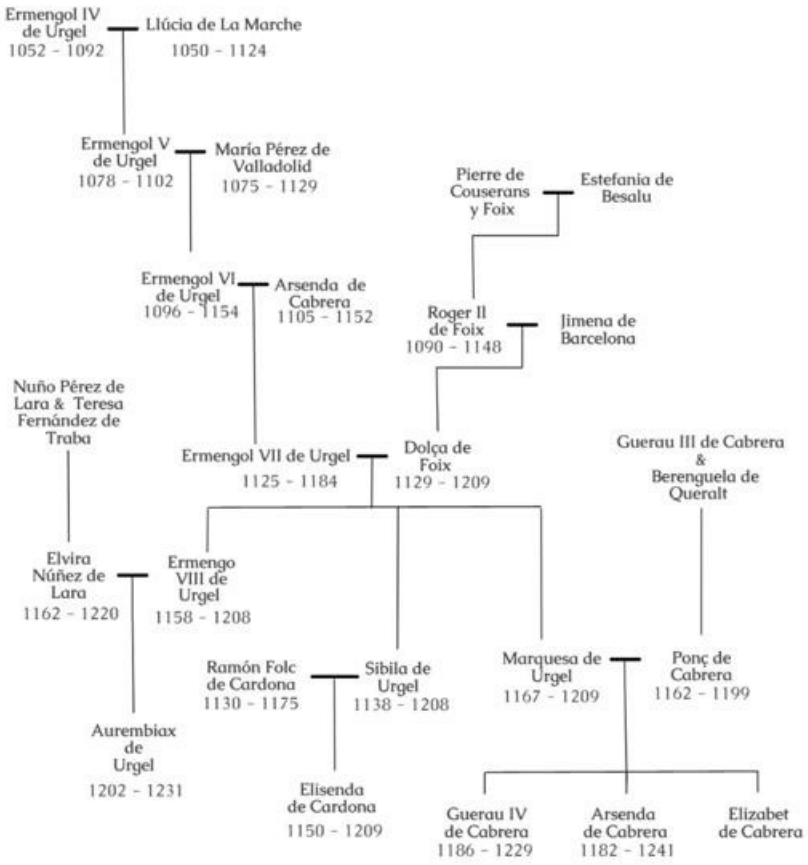
En mi sitio web **www.ermessenda.es** pueden consultarse árboles genealógicos más completos y a color, incluyendo los descendientes de Ermessenda y Roger Bernard, así como también la estructura más amplia de personajes de la nobleza y realeza del Languedoc y Cataluña en la época de la Cruzada Albigense.

PARENTESCO ENTRE LA PROTAGONISTA Y LA AUTORA

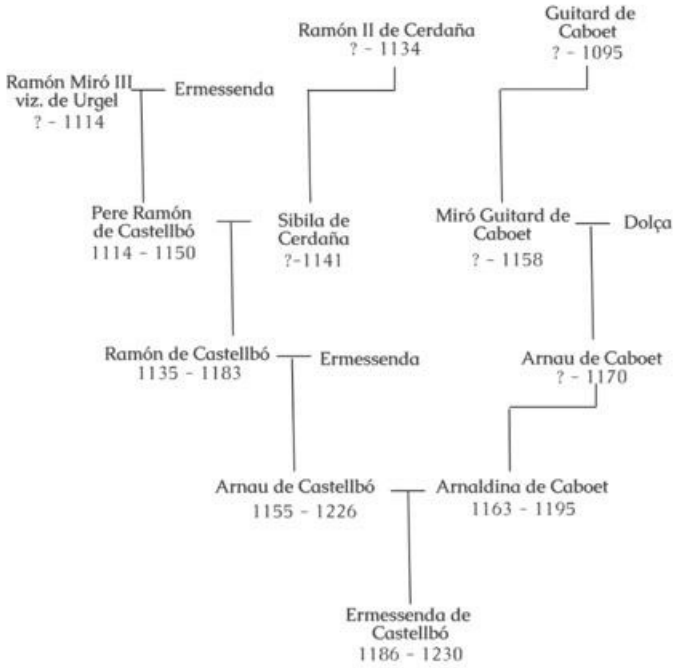
CUADRO GENEALÓGICO DE LOS CONDES DE FOIX



CUADRO GENEALÓGICO DE LOS CONDES DE URGEL



CUADRO GENEALÓGICO DE LOS VIZCONDES DE CASTELLBÓ



Nota final

Gracias por leer el segundo libro de la trilogía sobre la sorprendente historia real de Ermessenda de Castellbó. Espero que hayas disfrutado de la aventura y que desees conocer más sobre su vida.

Si te gustó lo que leíste, por favor, toma un momento para **dejar una reseña en Amazon**. Tus comentarios son muy importantes para mí y ayudan a otros lectores a descubrir el libro.

¡Usa el siguiente código QR para acceder fácilmente a la página de Amazon y dejar tu reseña!

Acabas de leer el segundo libro, "**El éxodo de los cátaros**", que resalta el papel de Ermessenda como protectora de los cátaros en la Cruzada Albigense. Si aún no has leído "**Los dos Castillos**", el primer libro de la trilogía, probablemente te interese conseguirlo para comprender los antecedentes de esta historia y disfrutar de una aventura completamente diferente, pero con la misma emoción e intriga y ambientada en el mismo apasionante mundo que la que acabas de disfrutar. "**Los dos Castillos**" se centra en la juventud de Ermessenda y en las peripecias en torno a su matrimonio, primero obligado, luego prohibido. Finalmente, el tercer libro, "**El honor y el paratge"**, narrará sus inspiradores últimos años de vida y su participación en el épico final de la cruzada.

Si quieres sumergirte en el universo de Ermessenda y su historia, visita: **www.ermessenda.es**

Allí encontrarás más información, contenido exclusivo para lectores y la oportunidad de suscribirte a mi lista de correo para recibir noticias, promociones especiales y actualizaciones.

¡No te pierdas la próxima entrega de esta apasionante trilogía!